



Adolf Friedrich von Schack

Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Adolf Friedrich von Schack

Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia

Preliminares

Advertencia preliminar del traductor

Si este libro no me pareciese de muy amena lectura y de bastante interés para los españoles, no me hubiera puesto yo a traducirle, y a publicarle después, seguro, como lo estoy, de la poca o ninguna recompensa que ha de alcanzar mi trabajo. No voy aquí a encomiar el libro y a recomendarle a los lectores. Ellos comprenderán su mérito sin que yo me canse en hacerlo patente. Tampoco voy a contradecir o a impugnar al autor, poniendo de manifiesto los errores en que puede haber incurrido; mi gran ignorancia de la lengua y literatura arábigas no lo consiente:

Yo me hubiera abstenido de poner palabra alguna, propia mía, al frente de esta obra, sino fuese porque quien la leyere traducida por mí, y sin advertencia alguna, podrá pensar que coincido con el autor en opiniones, que no son las mías. Ni yo soy tan entusiasta, como él, de los árabes, ni denigrador, como él, de los arabistas españoles.

Siempre he creído que toda gran civilización nace, crece, y vive entre los pueblos que llaman de raza indo-germánica, y, en particular, entre los que habitan Europa, sobre todo en el Mediodía: en Grecia, Italia, España y Francia. Sólo un pueblo de otra raza, un pueblo singular, los judíos, compite con los pueblos europeos, y aun descuella por su inteligencia, influyendo de un modo enérgico, poderoso y bienhechor en el progreso humano.

En los árabes veo poco o nada original, y no hablo del carácter, sino de la inteligencia, salvo la poesía ante-islámica, bárbara y ruda por los sentimientos, refinada, culterana y hasta pedantesca por el estilo, y falta de todo ideal. Su filosofía, su ciencia, casi toda su cultura, y hasta cierto punto su poesía misma, posterior al islamismo, me parecen, como el propio islamismo, un reflejo y un trasunto del saber de los judíos y de las civilizaciones de los pueblos indo-germánicos; en Oriente, de los indios y de los persas. Grecia influyó también, con extraordinario brío, en el desarrollo intelectual de los musulmanes; sin Aristóteles y Platón, acaso nunca los musulmanes hubieran filosofado; sin Hipócrates y

Galeno, no hubieran tenido buenos médicos; ni hubieran comprendido nada de las ciencias exactas y naturales, sin Euclides, Ptolomeo y el ya mencionado Estagirita.

En las artes tampoco tienen los árabes nada propio, si se exceptúa la arquitectura; pero, aunque yo me admiro de la Alhambra y de la mezquita de Córdoba, mi entusiasmo no raya muy alto. No lamento y deploro tanto como otros el que se haya levantado un templo cristiano en el centro de la soberbia fábrica de Abd al-Rahman. Todavía me parece aquel templo cristiano más noble y hermoso que el arábigo que le circunda, y los primores de la celebrada capilla, vulgarmente llamada del Zancarrón, no llegan, en mi sentir, a los primeros de la sillería del coro, ni a la gracia y belleza de uno de los púlpitos.

No se opone lo dicho a que yo estime la civilización arábigo-hispana en todas sus manifestaciones; pero entiendo que esta civilización debe mucho a la influencia inspiradora del suelo de Andalucía, y a la raza que antes de la conquista habitaba allí. En Persia, a pesar del Corán y a pesar de la conquista mahometana, se desenvolvió y floreció, bajo el imperio de los musulimes, una cultura indígena y nacional; se creó una gran epopeya, una admirable poesía lírica, una mitología y una filosofía. En España, aunque en menor grado, porque no teníamos lengua propia, y no la pudimos conservar, concurrió, sin duda, poderosamente el pueblo vencido a la cultura y adelanto de los árabes vencedores. La historia da indicio de ello, afirmando la prontitud con que los españoles aprendieron el árabe. Ya en el siglo IX se quejaba Álvaro de Córdoba del olvido en que los cristianos tenían el latín, del afán con que estudiaban la lengua del Yemen; y, según un historiador, traducido por Gayangos, hubo hasta obispos que se dedicaron con ardor a la poesía arábigo, y aun compusieron elegantes Qasidas.

Lo cierto es que en España han llegado algunos pueblos, de los que sucesivamente han venido a habitarla, a más alto grado de cultura, y a ser más fecundos intelectualmente, que en otras regiones. Esto se puede afirmar, más que de nadie, de los árabes y de los judíos.

Traduzco, pues, el libro de Schack, porque la poesía y el arte de los árabes en España nos pertenecen en gran manera; deben más bien llamarse poesía y arte de los españoles mahometanos. No creo que me engañe el patriotismo al entender que nuestra tierra ha sido siempre fértil en grandes ingenios, y nuestros hombres muy dispuestos para las ciencias y para todas las creaciones del espíritu. Si España no ha llegado jamás a tener una civilización propia, tan fecunda, completa e influyente en el resto del humano linaje, como la de Grecia o la de Roma, tal vez lo deba a un fanatismo religioso, vivo y ardiente, que, aguijado por nuestro genio, en extremo democrático y nivelador, apenas ha consentido que nadie salga del camino trillado, ni que se levanten enérgicas individualidades y una aristocracia independiente en las esferas del saber. Los príncipes y dominadores, aún los más ilustres y gloriosos, han alagado a veces esta propensión del vulgo. Si al-Hakam II y Don Alfonso el Sabio protegieron las ciencias, más fueron los que las miraban con recelo y las perseguían. Encerrado así nuestro pensamiento en un mezquino y estrecho círculo, se ahogaba o marchitaba, y venían al fin a caer en el ergotismo y en los más pueriles discreteos. Esto se ha repetido en varias épocas de nuestra historia. El grande al-Mansur y el no menos grande Cisneros quemaban los libros, y si se descuidaban, quemaban también a los filósofos. ¿Qué no harían los almorávides, y qué no habían de hacer más tarde los inquisidores?

Por fortuna, la civilización es tan natural a nuestro suelo, y tiene en él tan hondas raíces, que es imposible extirparla. Aunque se corte hasta el tronco el árbol de la ciencia, siempre retoña y reverdece.

La amarga censura que hace Dozy de Conde y de Casiri, y que Schack reproduce, no es menester saber la lengua arábica para conocer que es injusta. Casiri y Conde habrán errado bastante, pero ellos empezaron la obra que Dozy ha continuado, y no son tan equivocadas, tan absurdas y mentirosas las noticias que dan.

No puedo menos de hacer notar, por último, que el silencio que guarda Schack acerca del Sr. Gayangos es injusto también, sobre todo si se ha valido algunas veces de su traducción incompleta de al-Maqqari, a quien tan a menudo cita.

No niego la gloria de Dozy y el inmenso servicio que ha hecho con sus publicaciones; pero el Sr. Schack, tan conocedor y tan buen juez de nuestra literatura, no debiera ignorar que hoy tenemos en España arabistas que siguen las huellas del sabio holandés, si no entran con él en competencia. Moreno Nieto, Lafuente Alcántara, Fernández y González, Simonet y otros han publicado ya trabajos que importan mucho al adelanto de los estudios orientales.

Por lo demás, el Sr. Schack ha escrito su obra con un verdadero amor a España, ensalzando nuestro país de un modo que, si bien es justo, merece gratitud respetuosa.

Prólogo del autor

La siguiente obra es fruto de estudios, a que me indujeron mi larga permanencia en Andalucía, y singularmente dos veranos que pasé en la hermosa Granada. A causa de mis frecuentes visitas a la Alhambra y al Generalife, y de las excursiones que me llevaban, ya al arruinado palacio de los Alijares, ya a las encantadoras colinas de Dinadamar o a la maravillosa Alameda, ornada de flores, cercana al Jardín de la Reina, así como a causa de mis paseos por la hoy desierta capital del imperio omiada, los monumentos de los árabes que me rodeaban se fijaron en mi mente como firme objeto de atenta consideración. Al propio tiempo se despertó en mí el deseo de conocer más de cerca la cultura del pueblo, de cuyo buen gusto en artes daban brillante testimonio aquellas obras de arquitectura, tan bellas como originales. Yo ansié reanimar los salones de los alcázares arábigos, así como las figuras de los hombres que en otra edad discurrían por ellos, como también con los cantares que entonces allí resonaron. Se oponían a mi propósito la oscuridad y el olvido en que ha caído la nación que casi por espacio de ocho siglos dominó en España, y que durante la Edad Media hizo tan gran papel. Con un celo sin ejemplo se han dado a conocer, hasta en sus más insignificantes producciones, los trabajos de los poetas provenzales, del norte de Francia, castellanos, alemanes, escandinavos e ingleses; pero en este coro de todas las naciones falta la voz del pueblo que justamente resplandeció sobre los demás por su

cultura. Es cierto que los libros de historia hablan de la extraordinaria florescencia a que llegó el arte de la poesía, a más de casi todas las ciencias, entre los españoles mahometanos; es cierto que se ha escrito, tiempo ha, aunque más bien con vagas afirmaciones que con fundado conocimiento de los hechos, sobre el fecundo influjo de la poesía árabe-hispana en la del resto de Europa; pero en balde se procuraría, por medio de alguna de las modernas lenguas europeas, tener noticias de estas poesías, y menos conocerlas. Toda una gran literatura poética, que fue altamente admirada por un pueblo rico de ingenio, en el apogeo de su civilización, y cuya fama se extendía desde el ocaso hasta el oriente más remoto, ha desaparecido tan por completo como si jamás hubiera sido.

La sorpresa que esto causa se disminuye al pensar que la misma historia política de los árabes españoles ha permanecido en la más profunda oscuridad hasta hace poco; porque, según el gran orientalista holandés irrefragablemente atestigua, Conde, tenido durante tanto tiempo por principal autoridad en este asunto, ha dado, por traducción de historiadores árabes, trozos mutilados de crónicas latinas; y, cuando realmente traducía un texto oriental, le entendía tan poco, que no raras veces convertía en dos o tres a un individuo sólo, trocaba el infinitivo en nombre propio, hacía morir a muchos hombres antes de que naciesen, y ponía en escena personas que nunca existieron. Con todo, el libro de este español ha sido, hasta nuestros días, el fundamento de cuanto se ha escrito sobre los árabes de España. En todas las universidades de Europa se ha estudiado por él esta parte de la historia; todas las obras sobre España, escritas por alemanes, ingleses, americanos o españoles, han tomado de Conde sus noticias sobre aquel brillante período; y del mismo manantial se han infundido los hechos falsos de todo género en las historias universales, aun de los más famosos autores, en las historias generales de la Edad Media, en las descripciones de los viajeros, etc., etc. La Biblioteca de Casiri apenas merece más fe que el libro de Conde.

Sólo recientemente, con la publicación de los más importantes historiadores árabes en el texto original, se ha adquirido un fundamento seguro para conocer la España mahometana. Dozy, el ya citado eminente sabio a quien debemos en su mayor parte estas ediciones, ha coronado su meritorio trabajo con una verdadera historia crítica de los mahometanos en España, desde el octavo hasta el duodécimo siglo. Esta obra, que en conjunto llama el autor Investigaciones sobre la Edad Media española, debe ser considerada como una de las más altas y ya cumplidas tareas científicas de nuestro siglo, pues por ella ha salido, por primera vez, de las tinieblas de la fábula y de la mentira a la luz de la verdad, toda una parte de la historia del mundo tan importante y comprensiva. De esperar es que Dozy termine su empresa, describiendo aún la dominación mahometana en la Península, desde más allá del tiempo de los almorávides hasta la conquista de Granada.

No podía entrar en el plan de este egregio literato, tratar de la historia literaria de los árabes españoles, además de la historia política; su ya gigantesco trabajo se hubiera aumentado así desmesuradamente. Sólo con ocasión de otros casos, tienen lugar en su obra algunas noticias de esta clase. Sin embargo, no se puede negar que es por muchas razones deseable un más íntimo conocimiento de la poesía árabe-hispana. Aun prescindiendo del deleite que ha de esperarse de las creaciones poéticas de un pueblo tan bien dotado, no se ha de estimar en menos el valor histórico de dichas creaciones. Como dice Ibn Jaldun, en parte alguna se retratan los antiguos árabes mejor que en el libro de los cantos de Ali de Ispahán

(Prolegómena, III, 321). Así el espíritu y la vida de los habitantes musulmicos de España se reflejan en sus canciones. Por último, la cuestión presentada a menudo sobre si la poesía de la Europa cristiana en la Edad Media ha recibido el influjo de la poesía arábigo, se decide aún, sin que sea lícito negarlo, por afirmaciones generales y someras analogías, mientras que sólo el conocimiento de la misma poesía arábigo-occidental puede derramar luz sobre este punto oscuro.

Mientras tanto, ya que me decido, en prueba de haber consagrado mi actividad a este objeto, a publicar el presente ensayo, conviene decir que lo publico confiando en que será juzgado como la primera obra que se escribe sobre un asunto no tratado hasta ahora, y no como aquellos escritos que versan sobre asuntos más trillados y conocidos anteriormente. Sólo después de haber sido ilustrada la literatura de los trovadores por una serie de escritos, que se sucedieron durante tres siglos, pudo componerse una obra como la de Díez. De esta suerte, sólo será posible presentar el cuadro completo de la poesía arábigo-hispana, cuando la aplicación unida de muchos autores suministre para ello los materiales, y aún entonces, apenas bastarán las fuerzas y laboriosidad de una persona sola para abarcar la monstruosa magnitud de este ramo de la literatura, y para dar cima a una empresa tan gigante. Conocedor yo de estas cosas, he renunciado a hacer aquí un trabajo que, ni con mucho, presuma de completo; lejos de querer agotar el inmenso océano de la poesía arábigo-hispana, me he contentado con recoger algunas conchas de su orilla. Como mi obra sólo tiene por mira facilitar a los que no son orientalistas la entrada en una región literaria hasta hoy del todo inexplorada, me atrevo a dar a dicha obra una forma exenta de todo método sistemático.

En las traducciones que doy de algunas poesías, no echarán de menos los conocedores el más esmerado estudio para conservar el valor y sentido de los textos originales, a menudo difícilísimos. Para la interpretación de dichos textos me han guiado los principios que ya he seguido anteriormente en trabajos del mismo orden. Una reproducción métrica no puede tener por objeto el servir de guía y auxilio para la inteligencia del original, sino más bien el reflejar poéticamente su imagen. Aun suponiendo que sea posible traducir literalmente los poetas de la clásica antigüedad y los de la mayor parte de los modernos pueblos europeos, sin perjudicar la impresión poética, todavía, semejante proceder, empleado con los arábigos, cuyo genio e idioma tanto difieren de los nuestros, engendraría monstruosidades; por donde Dozy ha dicho discretamente que la mayor infidelidad nace las más de las veces del prurito de ser muy fiel. Así pues, aunque, llevado de esta persuasión, haya procedido yo en ocasiones con libertad notable al traducir lo accesorio, creo que, por esto mismo, he hecho más factible la reproducción fiel del espíritu y del sentido.

El vivo interés que la arquitectura de los árabes me inspiró en Andalucía, me ha inducido a ligar el estudio del arte de este pueblo con el de sus poetas. Disto mucho, con todo, de querer competir, entrando de lleno en lo técnico de la arquitectura, con otros escritos sobre este asunto; pero, mientras todos aquellos escritos, cuyo merecimiento, por otra parte, no trato de disminuir en lo más mínimo, han tomado sus datos en los errores de Conde y en otros libros semejantes, que no merecen fe, he procurado yo, bebiendo en manantiales arábigos, que para esto son los solos conducentes, dar otro valor a mi obra. Que mi ensayo, por su dificultad y por la escasez de documentos había de ser defectuoso, lo sabía yo desde

que le empecé; pero también estoy persuadido de haber tomado el único camino derecho para poner en claro esta parte de la historia del arte.

Pienso asimismo echar una mirada sobre la poesía y el arte de los árabes en Sicilia; pero, como la cultura arábica no ha florecido en aquella isla ni tan largo tiempo ni tan generalmente como en Andalucía, las páginas que consagro a esto tienen que ser proporcionalmente pocas. Es de advertir, además, que sobre aquella isla poseo muchos menos documentos y noticias que sobre España.

La forma libre de todo mi ensayo me permite, en los capítulos sobre el arte, decir algo también acerca del país en que éste ha florecido. Si por ello se me censura de que a veces me aparto de mi objeto, y tomo el tono de un turista entusiasta, advertiré que la arquitectura arábica está en la más estrecha relación con la naturaleza que la rodea, y que, por lo tanto, quien desee caracterizar las creaciones de este arte, no debe dejar también de fijar su atención en los objetos circunstantes. Por otro lado, era para mí del todo imposible el hablar con el tono seco del topógrafo sobre paisajes y lugares, cuyo mágico encanto no es sobrepujado por el de otro alguno en la tierra. Asimismo me atrevo a recordar aquí que hasta el severo historiador Falcando, y los sabios estadistas Pedro Mártir y Navagero no pueden contenerse al contemplar a Palermo y a Granada, y muestran su entusiasmo en inspiradas descripciones y en elocuentes alabanzas. Sírvame de excusa el ejemplo de estos grandes hombres.

- I -

Introducción

Nunca nación alguna se ha criado en suelo menos a propósito para la poesía que los árabes. Arenosas y desnudas colinas, que se pierden en lontananza; montañas pedregosas, en cuyas grietas brotan zarzas y otras plantas miserables, escasamente regadas por el rocío de la noche; y sólo en raros sitios, por donde corre algún arroyo, tal cual palma o arbusto balsámico y un poco de yerba verde. Añádase a esto el huracán, que levanta en torbellinos la ardiente arena, y el encendido sol, que vierte sus rayos abrasadores. Alguna vez, o bien cuando la tormenta anuncia y trae la por largo tiempo deseada lluvia, o bien cuando en la clara bóveda del cielo, profundamente azul, resplandecen verticalmente las pléyades y la maravillosa estrella de Canopo, hay un cambio en la triste uniformidad.

En este inmenso desierto, que se extiende desde las peñascosas orillas del mar Rojo hasta el Éufrates y el golfo Pérsico, y desde las costas del Yemen y del Hadramaut, ricas de incienso, hasta la Siria, los errantes pastores o beduinos vagan desde los primeros tiempos de la historia. En tribus independientes, van de sitio en sitio plantando sus tiendas, ora acá, ora acullá, según encuentran pasto para sus camellos y ovejas. La libertad es el supremo bien de ellos; hasta el caudillo, que cada tribu elige para sí, alcanza poder muy limitado, y ha menester para cualquiera de sus actos, aunque no sea más que para levantar el campamento, la aprobación de los padres de familia. Los beduinos miran con desprecio a los habitantes de las ciudades, quienes, encerrados en lóbregas casas, pasan muy penosa vida, y la ganan con el comercio, la agricultura y la industria. Tienen por único placer la guerra, la caza; el amor y la hospitalidad, dada o recibida. Cada tribu es un mundo para sí; considerándose como hermanos los individuos de ella, se defienden unos a otros con la sangre y la vida, y miran las otras tribus, si no están con ellas en las mejores relaciones de amistad o alianza, como tan enemigas, que cualquier expedición en contra, o cualquier incursión nocturna con el propósito de conquistar el botín, no es sólo permitida, sino que parece además gloriosa hazaña. Sin embargo, el deber de la hospitalidad está sobre todo entre ellos. Para el beduino el extranjero es sagrado apenas pasa el umbral de su tienda. Aun cuando sea su mortal enemigo, le defiende contra todos, y consume su hacienda para hospedarle y regalarle espléndidamente; pero, no bien le ha dejado ir, no tarda en obedecer a otro deber santo que le ordena matarle. La ley de una sangrienta venganza es inviolable entre ellos. Para expiar la muerte de un compañero de tribu, debe caer la cabeza del matador. De generación en generación domina a aquellos hombres este terrible sentimiento, exigiendo sangre por sangre, y por cada sacrificio otro nuevo.

A causa de las enemistades permanentes de las innumerables pequeñas tribus, nace, entre aquellos pastores guerreros del desierto, un modo de vivir atrevido, arrogante y heroico. Siempre amenazado de muerte, siempre pensando en cumplir el santo deber de vengador que le está confiado, el árabe errante sabe estimar sobre todo la gloria de la valentía. Las mujeres participan de este espíritu guerrero; acompañan a marido e hijos en sus expediciones, y los anima al combate. Como una vez, según se cuenta, durante la larga guerra de los becritas y taglabitas, los soldados del anciano Find vacilasen y cediesen, las dos hijas de aquel héroe secular se precipitaron entre las filas enemigas, mientras que en versos improvisados zaherían de cobardes a los suyos y los provocaban a la pelea. Porque entre aquellos hijos del desierto, en medio de su vida de forajidos, llena de peligrosas aventuras y continuos azares, tomó asiento el arte de la poesía, prefiriéndolos a los cultos cristianos. Y, cosa extraña, entre ellos alcanzó este arte una perfección que jamás, en épocas de la cultura más refinada, ha sido excedida, ni en la exquisita elegancia del lenguaje, ni en la exacta observancia de las complicadas y rigurosas reglas del metro.

Las primeras expansiones poéticas de los árabes fueron versos aislados, que improvisaban bajo la impresión del momento. Todas las tradiciones y colecciones de poesías de tiempos ante-islámicos están llenas de estas breves manifestaciones rítmicas de un contenido enteramente personal, según esta o aquella ocasión lo requería. Sentimientos o consideraciones, producidos acaso por una situación, eran expresados en forma sencilla y ligera, o sólo en rimadas sentencias. Sirvan de ejemplo los versos que el antiguo Amr dijo en su lecho de muerte:

Cansado estoy de la vida
harto larga ha sido ya;
años cuento por centenas;
doscientos llegué a contar,
y aún caminando la luna,
me concedió alguno más.

En ocasiones habla uno en verso de repente, como provocación o desafío, y otro da asimismo una respuesta en versos improvisados. Un caso que trae Abu-l-Fida, puede, aunque ya no es de los tiempos ante-islámicos, servir aquí como muestra del mencionado género: «Alí, adornado de rojas vestiduras, se precipitó ansioso al combate; Marhab, el comandante de la fortaleza, salió a encontrarle, cubierta la cabeza de un yelmo. Marhab dijo:

Yo soy el héroe de Marhab,
que todo Chaibar celebra,
armado de fuertes armas,
valeroso hasta la huesa.

Alí respondió:

León me llamó mi madre;
de ser león daré pruebas;
con mi espada mediré
ese valor que ponderas.

Entonces ambos se acometieron, y la espada de Alí rompió el yelmo y cortó la cabeza de Marhab, la cual rodó por el suelo».

Importa conocer esta forma primitiva de la poesía arábica, no sólo porque sirve de fundamento a todas las formas posteriores más artificiosas, sino porque ella misma

permanece siempre inalterable al lado de los demás modos de poetizar. En suma: lo personal y subjetivo, procediendo de determinadas circunstancias, en mas alto o más pequeño grado, forma el carácter de toda poesía arábica. Las poesías están las más veces tan íntimamente enlazadas con la vida de los poetas, que sólo conociendo ésta pueden entenderse aquéllas bien, al paso que las colecciones de poesías son como un hilo biográfico, y aclaran los sucesos y lances que las han inspirado.

Hasta el sexto siglo de nuestra era no parece que el talento poético de los árabes haya dado otra muestra de sí que estas breves improvisaciones. Pero de tan pequeños comienzos, el arte de la poesía se alzó de repente y de una manera pasmosa a su más completa perfección, en el siglo mencionado. Como si no hubiese tenido ni crecimiento ni desarrollo, se manifiesta de una vez en toda su lozanía y ornada de cuantas propiedades la han distinguido siempre. Según sentencia de un antiguo árabe, los diversos poetas sobre cuya prioridad disputan diversas tribus han vivido casi en la misma época, y el más antiguo de ellos no es mucho más de un siglo anterior a la huida de Mahoma. En dicho momento histórico, hacia los años 500 después de Cristo, se encuentran también las primeras huellas del conocimiento de la escritura en Arabia, y al tiempo que corre desde entonces hasta mediada la vida del Profeta, deben su origen las estimadas obras maestras de la poesía ante-islámica.

En Ucaz, ciudad pequeña, cercada de palmas, a tres jornadas cortas de la Meca, había anualmente una gran feria o mercado, donde venía a reunirse el pueblo de todos los puntos de la península. La feria se celebraba al empezar los tres santos meses, durante los cuales el pelear y verter sangre estaba prohibido; los que a ella acudían, se hallaban, por consiguiente, obligados por un precepto religioso a imponer silencio a sus rencores; si un hijo descubría entre los allí presentes al matador de su padre, en balde y por largo tiempo buscado, no se atrevía a cumplir su venganza. Cuando había motivo de temer que, a pesar de la prohibición, pudiesen romperse las hostilidades, cada uno, antes de llegar al sitio de la reunión, deponía las armas. Los poetas, que casi siempre eran guerreros también, entraban allí en pacíficos certámenes y recitaban sus versos, en los que celebraban las propias hazañas, la gloria de los antepasados o las preeminencias de su tribu. Cuando uno de ellos obtenía en alto grado la aprobación de los oyentes, según una antigua tradición, cuya exactitud, a la verdad, se pone recientemente en duda, su composición poética, escrita sobre seda con letras de oro, era suspendida en los muros de la Caaba, el más antiguo santuario de los hijos de Ismael. Siete de estos cantares premiados, las famosas Mu'allaqat, se conservan aún. Lo que principalmente los distingue de los primeros ensayos, es que no constan de algunos pocos versos, sino que son más extensas composiciones, en un ritmo más artificioso, y propendiendo a formar en su conjunto un todo completo. Se ha de confesar, sin embargo, que no llegan a la perfecta unidad, en que todos los pensamientos se subordinan a una idea capital, sino que contienen descripciones y sentimientos aislados; pero, a pesar de esta licencia, en cada composición se deja ver la propensión a un solo objeto, a más de estar ligadas todas las partes por una rima semejante y por el mismo metro.

En la edad de que hablamos, el amor a la poesía se extendió entre todo el pueblo. No sólo en la feria de Ucaz, sino en otros puntos, hubo mufajaras, o certámenes de gloria, en los cuales cada tribu hacía valer su derecho a la preeminencia sobre las otras por medio de un poeta, y siempre alcanzando la victoria aquella cuyo encomiador acertaba a expresar más elegantemente sus alabanzas. Cuando en una familia sobresalía alguien por su talento

poético, todos la felicitaban, se disponían fiestas para honrarla, y las mujeres venían al son del tamboril y proclamaban dichosa a la tribu entera, porque en ella se había levantado un poeta, que haría sabedora a la posteridad de todos sus grandes hechos. Hasta donde los árabes llevan su existencia vagabunda sobre las llanuras arenosas y respiran el aire libre bajo la bóveda inmensa del cielo, resonaban tales cantares, y eran estimados, después de la valentía, como la prenda más alta del hombre; tanto en las tiendas de los príncipes de las tribus y en las cortes de los reyes Gassan y de Hira, cuanto en el pobre campamento de los esclavos y en la guarida del facineroso, eran celebrados en verso el heroísmo, la lealtad y el amor. Los versos que se distinguían por felicidad de pensamientos o de expresión se propagaban con rapidez, pasando de boca en boca. De esta suerte eran incalculables el poder y el influjo que el talento poético ejercía. Cuando surgían disputas entre las familias, el poeta era a menudo elegido como árbitro, y las gentes se sometían de buen talante a sus decisiones. Como por su encomio o su censura podía extenderse la fama y la gloria de una tribu, el favor del poeta era tan solicitado, como temido su enojo. Un pobre habitante de la Meca, que aún tenía muchas hijas por casar, hospedó amistosamente al poeta Ašhab, que iba camino de Ucaz, y le habló incidentalmente de sus hijas y de la triste situación de él y ellas. El poeta no creyó pagar mejor aquella buena hospitalidad, que cantando en la feria de Ucaz las nobles cualidades del huésped y de sus hijas. Así lo hizo, y se cumplió su propósito. Apenas se divulgó su canto, los más ilustres caudillos de las diversas tribus pretendieron casarse con las doncellas.

La poesía ante-islámica de los árabes se conserva principalmente en la colección de las Mu'allaqat, Hamasa, Diwan de los Hudaylís y Gran libro de los Cantares. Un conocimiento cumplido de este inmenso tesoro es cosa de que pocos se pueden jactar; pero aún para aquél que sólo en parte le conoce, es motivo de pasmo la contraposición entre el contenido y la forma de estos cantares. Por un lado, las pasiones desenfrenadas de un tiempo bárbaro, el asesinato y la sed de venganza; por otro, tal sutileza de lenguaje y tan rebuscado primor en la expresión, como si la poesía se hubiese escrito para aclarar con ejemplos un capítulo de la gramática. ¿Cómo era posible que el guerrero errante y sin reposo, que diariamente tenía que combatir por la vida contra la inclemencia y aridez del suelo y contra las enemigas espadas, pudiese cuidar la parte técnica de la poesía con esmero propio sólo de los períodos de la más alta y avanzada civilización? Ésta es una excepción entre todas las literaturas; pero el conocimiento de las leyes y riquezas del idioma, así como el de las diferentes genealogías y el de los astros que lo guiaban en sus excursiones nocturnas, fue desde muy antiguo para los árabes objeto de constante afán y de trabajoso estudio. Aún de los tiempos primitivos se citan ejemplos que demuestran cuán grande importancia daban a la elección de los vocablos, a la exactitud de las rimas y a la perfección del estilo. El poeta Tarafa criticó, siendo aún niño y mientras jugaba con otros niños, una expresión mal escogida en una poesía, por lo cual fue admirada la delicadeza de su gusto. Otro poeta al-Nabiga, recitó a ciertos amigos, a quienes visitó en Jathrib, uno de sus cantares. Los amigos, notables conocedores del arte, advirtieron que había un consonante malo; pero, temiendo ofenderle si ellos mismos se lo decían, hicieron que una cantadora, que tenía excelente pronunciación, recitasen el cantar. Al punto reconoció el defecto el propio al-Nabiga, y se apresuró a corregirle. Desde entonces solía decir: «Cuando fui a Jathrib, era yo el más grande de los poetas». Más sensible a la crítica se muestra Amr-al-Qays. Conversando una vez sobre poesía con el poeta al-Qama, se recitaron ambos mutuamente sus versos, y convinieron al cabo en que la mujer de Amr-al Qays fuera árbitro

y decidiese a cuál de los dos pertenecía el lugar primero. El certamen empezó. Cada uno hizo cuanto pudo por sobrepasar a su contrario; pero ella decidió al fin que al-Qama había ganado el premio, por haber hecho una más feliz descripción del caballo. Amr-al-Qays se sintió tan herido en su orgullo poético por esta sentencia de su mujer, que vino a divorciarse de ella. Al-Qama la tomó por suya.

A imitación de la Mu'allaqat de Amr-al-Qays, empezaron a escribirse poesías más extensas, o Qasidas, en las cuales el poeta convida a uno o más amigos, que le acompañan en una peregrinación, a lamentarse con él sobre el suelo dichoso, ya abandonado, donde moró su amada. Ella ha ido con los suyos a otras regiones del desierto. En su dolor, el poeta no presta oído a las palabras con que sus amigos procuran consolarle; sumido en sus recuerdos, cuenta las horas deliciosas que ha pasado con su amor. Ley es de este género de poesía que sus diversas partes formen un todo como las perlas de una gargantilla; pero la elección y el orden de estas partes (que son por lo común descripciones, panegíricos y narraciones breves) dependen de la voluntad del autor, y suelen ser distintos, según quien escribe. Puede darse, con todo, una noción general de la marcha y forma de estas composiciones. Venciendo poco a poco su melancolía, habla el poeta de los lugares que ha visitado ya, con la esperanza de volver a encontrar a su querida, y refiere las aventuras que le han ocurrido en estas excursiones. Luego suele pasar a una, descripción de su corcel o camello, que ha resistido todas las fatigas del largo viaje; alaba su propia valentía y su prontitud en cumplir el deber de la venganza, o cuenta cómo una noche se perdió en el desierto y vio brillar sobre una altura una luz que le guió a la tienda de un árabe hospitalario. Los amigos le exhortan entonces a que concluya; él dirige una mirada de despedida a los sitios que le han sido tan caros, y da fin con la alabanza de la libertad y de los gloriosos hechos de su tribu. Acaso descubre el poeta una nube, precursora de lluvia, y su vista le llena de contento. La tierra seca reverdecerá, y él podrá concebir la esperanza de que la tribu de su amada vuelva pronto a los primeros sitios en que apacentó su ganado.

No es fácil de desechar la constante acusación de que la antigua poesía árabe se mueve siempre dentro de un estrecho círculo. Sin una mitología propia, sin una tradición épica (pues las referentes a Antara y a otros libros de caballerías son probablemente de épocas posteriores), y al mismo tiempo sin fuerza de imaginación bastante a crear estas cosas, el árabe gentil se limita a la descripción de la realidad que le rodea y a la expresión de sus sentimientos. De aquí la perpetua repetición de los mismos asuntos. Casi siempre leemos en dichas poesías una peligrosa excursión por el desierto, un encuentro con tribus enemigas, la descripción de una tempestad, de un caballo, de un camello o de una gacela, con puntual y menuda pintura de cada una de sus partes, el elogio de diversas armas, etc., etc. Mas, a pesar de la poca variedad en los asuntos, y a pesar de la falta de unidad en el plan, poseen las antiguas Qasidas indisputable belleza. El beduino, cuyos ojos se han hecho más perspicaces con la contemplación de la naturaleza, ve todo cuanto le circunda bajo mil diversos puntos de vista, y sabe dar novedad aun a los objetos con más frecuencia descritos. El desierto, así en la temerosa oscuridad de la noche, como durante el encendido resplandor del mediodía, cuando los rayos del sol pintan en las leves y vagarosas exhalaciones de la tierra mágicas imágenes, ofrece al poeta a cada momento diversos cuadros. Él ha observado cada uno de los movimientos de su fiel camello, que sin cansarse jamás, le lleva por inhospitables soledades, o ha oído cada relincho de su valeroso corcel como la voz de un amigo. La abrumadora calma de un tiempo ardoroso, no mitigada ni por una ligera ráfaga

de aire, el silbido del viento, las nubes, ora apiñándose, ora disipándose, la alternativa y los efectos de luz y de sombra, y el surco deslumbrador del relámpago en el cielo tenebroso, de todo esto, no sólo en general, sino en cada uno de sus momentos, y con su propio carácter y fisonomía, sabe apoderarse el poeta, y prestar duración con gráficas palabras a la instantánea y mudable faz de las cosas. Ni le falta imaginación instintiva para pintar los encantos de su amor y las excelencias de su espada o de su lanza reluciente. En sus breves narraciones, no obstante la índole lírica de toda la obra, acierta con pocos rasgos atrevidos a contar los sucesos y a presentarlos vivamente a la fantasía.

La Qasida de Yafar ofrece un modelo perfecto de la antigua poesía arábiga en toda su originalidad y en toda su pureza. En ella se retrata con rasgos profundos e indelebles y con patente grandeza el héroe salvático del desierto, que hasta a los cielos desafía. Lleno de enojo contra los hombres y el mundo, avanza durante la noche por el desierto, donde saluda como amigos al tigre y a la hiena hirsuta. Tendido sobre el duro suelo, desecado por los rayos del sol y sólo llevando en su compañía el valiente corazón, el arco y la brillante espada, se complace en la soledad, para el noble y generoso refugio contra la maledicencia y la envidia. Muchas noches ha caminado él, acompañado del hambre, el furor y el espanto, a través de la lluvia y las tinieblas. Por él han quedado viudas muchas mujeres, huérfanos muchos hijos. Sin embargo, sólo ha alcanzado la gratitud de sus compañeros de tribu. Por esto se halla tan bien avenido con los genios del desierto, que no hacen traición a los amigos, que no divulgan los secretos. En adelante quiere vivir con los hambrientos lobos que rápidamente se precipitan por los barrancos, y que son altivos y valientes como él.

En más dulce tono celebra Antara el recuerdo de su Abla, de cuyos labios emana un aroma como el del suelo de primavera bañado por el rocío; en ella piensa cuando las lanzas enemigas y las agudas espadas quieren apagar la sed bañándose en su sangre; y su nombre invoca cuando sobre su ligero corcel, cubierto ya de heridas, se arroja en medio del tumulto de la batalla, y echa al suelo a tanto combatiente, que el olor embriagador de la sangre derramada llama y atrae a las hienas hambrientas, que buscan una presa que devorar en la oscuridad de la noche.

Tarafa excita en sus versos a la alegría y a los deleites de este mundo; porque, ¿hay alguien acaso que esté seguro de la inmortalidad? Tres cosas son las que dan todo su encanto a la vida: por la mañana, temprano, antes de que se despierte el severo censor, confortarse con el rojo zumo de las uvas; apresurarse sobre un corcel jadeante en socorro de un guerrero cercado de enemigos, y pasar las horas de un día lluvioso y sombrío, bajo la desplegada tienda, en dulces juegos con una hermosa muchacha. La vida es un tesoro, del cual cada noche se lleva una parte. Iguales son los sepulcros del avariento, que contempla suspirando sus amontonados tesoros, y del pródigo, que despilfarra la herencia paterna en alegres goces; ambos sepulcros están cubiertos con un montón de piedras frías. Por estas razones, jamás se buscará en balde al poeta en la regocijada compañía de los bebedores, mientras que brille el sol para él y no esté hundido en la noche eterna.

Atrevido y lleno de arrogancia juvenil, resuena el canto de Amr ibn-Qallas en alabanza de su tribu, cuyos blancos estandartes la llevan a la pelea, como va el ganado al abrevadero, y siempre vuelven rojos. «Apenas, dice, uno de nuestros niños se ha olvidado del pecho de su madre, cuando se postran de hinojos ante él, para reverenciarle, los más soberbios caudillos

de las tribus extrañas. En la pelea derribamos las cabezas enemigas, como los muchachos derriban las piedrecillas cuando juegan». Pasablemente árida es la Mu'allaqat de Harit, llena de alusiones sobre toda clase de sucesos, y en la cual se defendían los becritas contra las acusaciones que Amr les había dirigido. De la boca del anciano Zuhayr brotan sabias sentencias. Harto de las penas de la vida, porque cuenta ochenta años, mira indiferente a la ciega fortuna, sin desear sus dones. La fortuna no le ha sido propicia, y por esto ha vivido tanto. Él sabe lo que es hoy, y lo que ayer fue, pero no presiente lo que será mañana; así es que anhela, antes que la muerte le arrebatase, amonestar a las tribus para que observen con fidelidad los convenios, a fin de que no arda de nuevo la tea de la discordia, y la desventura las triture, pesada como piedra de molino.

Pintorescas imágenes de diversa clase presenta la Mu'allaqat de Amr-al-Qays, ora sea que el poeta refiera una aventura de amor, y cómo sorprendió a una muchacha que se bañaba mientras que las pléyades lucían en el cielo, y penetró en la tienda a despecho de los guardadores y de los recelosos parientes; ora describa una partida de caza, montado él sobre un caballo impetuoso, el cual se precipita, semejante a un peñasco que arrastra en sus ondas el torrente desde la altura; ora pinte las gacelas que descienden del monte al llano, al presentir la tempestad, y cómo ésta troncha las palmas, hace que se desborden los arroyos, y es saludada por las aves con jubilosos trinos.

La Mu'allaqat de Labid nos ofrece una hermosa pintura de la antigua vida de los árabes. Labid se jacta de haber estado a menudo de atalaya, para defender a su tribu, en las más altas colinas, desde donde podía espiar los movimientos del enemigo, y ver el polvo que levantan los cascos de los caballos, y columbrar los estandartes; siempre el peregrino halló refugio en su tienda contra el frío de la mañana, cuando sopla el helado viento del norte; siempre halló refrigerio en su mesa toda mujer menesterosa y desvalida. Por último, el poeta habla severamente de lo caduco y percedero de todas las cosas de la tierra. Nosotros pasamos para nunca volver, mientras que las estrellas tornan a levantarse en el cielo; aun las montañas y los alcázares permanecen y nos sobreviven. La suerte toca una vez a cada mortal; con los hombres sucede como con los campamentos y con aquellos que los habitan: pasan éstos adelante, y quedan yermos estotros. Sólo un relámpago, un resplandor ligero es el hombre; arde, luce y deja cenizas. Mayor variedad que en las Qasidas hay en las numerosas pequeñas composiciones poéticas contenidas en la Hamasa, en el Diwan de los Hudaylís y en otras colecciones. Allí se encuentran cantos de guerra y de hazañas al lado de poesías eróticas o gacelas, e himnos fúnebres, mezclados con sátiras y versos báquicos, festivos o jocosos. Muchas de estas composiciones se distinguen por el rapto lírico, las atrevidas imágenes, los giros pasmosos y las brillantes descripciones; pero la carencia de una extensa y alta noción del universo encierra también esta clase de poesía en muy estrechos límites. Es casi siempre esta poesía hija de una inspiración que nace de momentáneas y determinadas circunstancias; ya un arranque de enojo sobre el ofendido honor de la tribu, ya una lamentación sobre un pariente o un amigo asesinado, ya una invectiva contra un enemigo, y ya excitaciones a la valentía, o el propio elogio por lo hecho en la pelea o por el valor manifestado en los peligros, todo ello mezclado con proverbios y máximas morales. Como la patria del árabe antiguo se limita a su tienda, y como mira con desprecio todo lo que no pertenece a su tribu, sus pensamientos poéticos y las voces de su alma corren parejas con aquel modo de sentir, y no van más allá tampoco. Con todo, lo que su poesía pierde por esto en extensión de horizonte y en riqueza de tonos y colorido, lo

vuelve a ganar en profundidad y en vigor intenso dentro de aquel campo exclusivo en que vive. Ciertos tonos quizás no fueron nunca, como por ella, lanzados con mayor fuerza para herir los corazones. La ira, que sólo puede calmarse en un torrente de sangre, y que arde como un volcán con ocasión de una ofensa recibida; el noble orgullo del hombre, realzado por la conciencia de su libertad; su devoción y prontitud a sacrificar la vida por sus hermanos de tribu; el audaz espíritu de aventura, que no se detiene ante ningún obstáculo; el dolor profundo por los asesinados amigos, cuya sangre no ha bebido aún la tierra, cuando ya la venganza ha caído sobre los matadores, y el recuerdo amoroso de las virtudes de las víctimas, y de la magnanimidad con que profusamente difundían sus dones, como las nubes del cielo; todo esto se muestra por estilo inspirado, vivo y lleno de sentimiento, en los mencionados cantares. Hay en ellos rasgos ardientes de afecto, y un fervor y un torbellino y un torrente de pasiones, en pos del cual apenas puede ir la expresión, apresurada, violenta y concisa. A veces, y como perdiéndose y desvaneciéndose en el aire, se oyen más dulces modulaciones en la lira del árabe primitivo, y suspira por la amada ausente, cuya imagen sólo ve en sueños; pero pronto canta de nuevo el tumulto de las batallas y el resonar de las lanzas y de las espadas, y prorrumpe en frases de indómita y casi diabólica fiereza, para la cual las aventuras más temerarias, el homicidio y el robo, son el mayor deleite de la vida.

Labid, el autor de la última Mu'allaqat, fue enviado, en su vejez, por embajador de su tribu, a Mahoma, quien hacía ya tiempo que figuraba como profeta, pero era aún desconocido y menospreciado de muchos. Labid encontró a Mahoma en medio de una gran multitud de pueblo, al cual anunciaba la ira del Dios único contra los no creyentes. «Los que dejan el camino verdadero, decía, y siguen el error, no esperen galardón alguno. Se parecen a los que encienden una hoguera, y cuando el fuego luce en torno, Dios le apaga, y los deja en tinieblas, y no ven. Quedan sordos, ciegos y mudos, y no pueden volver atrás. Y son como peregrinos durante la tormenta cuando trueno y relámpago caen del cielo, cubierto de oscuras nubes. Y por no oír el estampido del trueno se tapan con los dedos las orejas; pero Dios tiene a los infieles en su poder; el relámpago los ciega. A veces, mientras brilla, caminan a su luz; pero se desvanece en las tinieblas, y se paran. Si Dios quisiese, los cegaría por completo y les quitaría el oído, porque Dios todo lo puede». Apenas oyó Labid estas palabras de la segunda Sura, cuando reconoció que su Mu'allaqat había sido sobrepujada, y abandonó la poesía, y se hizo sectario del Islam.

Se comprende el entusiasmo y el asombro que debió producir la aparición del Corán. Verdaderamente, el contenido de este libro religioso, o mejor dicho, de esta colección de improvisaciones líricas, que ha venido a servir de base a la creencia de una parte tan grande del linaje humano, es harto pobre por el pensamiento. ¡Cuánto no difiere de aquella abundancia de ideas profundas, expresadas con una sencillez infantil, que hay en los santos libros de nuestra religión! Pero el Corán está lleno de imágenes deslumbradoras, que, merced a la brillante retórica y al ímpetu apasionado del Profeta, arrebatan el espíritu y encantaban los oídos de los árabes. La poesía, que hasta entonces había estado en Arabia ligada a la tierra y consagrada a las emociones y efectos de lo presente, rompió con Mahoma los límites del tiempo y del espacio, para volver al séptimo cielo y mostrar la felicidad de los santos, y para descender a los infiernos y hacer patentes las llamas en que han de consumirse los infieles. La palabra de Alá, divulgada por su profeta, resuena como una tempestad sobre la tierra temblorosa, amenazando con los terrores del juicio final a los vivos y a los muertos. El Profeta jura por el sol resplandeciente, por la noche tenebrosa y

por las errantes estrellas, que se aproxima el último día. La tierra se estremecerá; las montañas, despedazadas, se desharán en polvo; la mar se disipará en llamas; se arrollarán los cielos; se abrirá el libro del destino. Los caballos de los niños encanecerán de espanto; se quebrantarán las peñas, de angustia; los hombres, apresurados y sin aliento, tratarán de convertirse, si hubiera tiempo aún. Cuando empiece el día temeroso, sonarán las trompetas con un espantable sonido, por el cual hasta los ángeles tiemblan. Y entonces se oirá decir: «Apoderaos de los enemigos de Dios, y atadlos con cadenas de setenta varas, y arrojadlos en la humareda de los infiernos, que se levanta hacia el cielo en tres columnas altísimas, y ni les da sombra ni los preserva del fuego devorador. Las almas saldrán de los sepulcros como bandadas de langostas, y serán lanzadas en el abierto abismo. Y Dios gritará al infierno: «¿Estás ya lleno?» Y el infierno responderá: «¡No...! ¿Tienes aún más impíos que yo devore?» Pero no todo será terror en aquel día. Los creyentes verán cumplidas las promesas, e irán al paraíso a gozar de una inmensa bienaventuranza, sentados en verdes praderas, sobre almohadones recamados de oro. Allí reposarán, debajo de los plátanos frondosos y de los lotos sin espinas, y al borde de murmuradores arroyuelos, donde no sentirán ni calor ni frío. Una fresca sombra los cubrirá, y los frutos caerán sobre ellos desde las ramas. Estarán vestidos con ropas de seda verde, bordadas de oro, y adornados con brazaletes de plata. Mancebos inmortales les escanciarán en vasos de cristal un vino que hace perlas y que no turba la razón, y vírgenes amables, de grandes y negros ojos, serán su recompensa.

Reconocido pronto por las diversas tribus como una revelación divina, y llevado en la punta de las lanzas por todas las regiones del mundo, el Corán fue en adelante para los árabes el fundamento de la civilización. Cada muslim estaba familiarizado con sus máximas desde la infancia, y sabía de memoria las más de ellas. Y no sólo obtenía este libro una veneración religiosa como si fuese la palabra de Dios, sino que era también admirado como el dechado más perfecto de la elocuencia. El Corán, por consiguiente, no pudo menos de ejercer un grande influjo en la literatura, pero se exageraría demasiado este influjo, si se creyese que la poesía arábiga se había transformado por él fundamentalmente. Mahoma no se presentaba ni se tenía por un poeta; sus Suras no están en verso, sino en una prosa mezclada con rimas, y no pudo servir de modelo a la poesía. Ésta, aunque se enriqueció con nuevas ideas e imágenes, permaneció lo mismo en cuanto al estilo, imitando el de los antiguos cantares, a menudo hasta en las extrañezas. En todos los tiempos de la literatura arábiga los autores de las Mu'allaqat son considerados como maestros, con quienes se puede competir, pero a quienes no se puede vencer; y aún entre muchos vino a arraigarse la creencia de que toda la poesía posterior a Mahoma es sólo un pobre rebusco de aquella cosecha poética abundantísima de la época primera, y de que en balde se fatigan los poetas posteriores por asemejarse a los corifeos ante-islámicos. Así es que la mayor alabanza que se podía hacer de uno era decir: Si hubiera vivido algunos días en tiempo del paganismo, hubiera sido el primero de los poetas. En cierta ocasión, el famoso Feresdak, oyendo recitar a uno que pasaba el octavo verso de la Mu'allaqat de Labid, se postró como para orar, con la cabeza contra el suelo, y dio la siguiente explicación a los que le preguntaron por qué hacía aquello: «vosotros conocéis pasajes del Corán, ante los cuales debe el hombre postrarse, y yo conozco versos a los cuales el mismo honor es debido». Esta sentencia se daba principalmente en atención al lenguaje; porque éste, no bien el Islam empezó a propagarse, parece que perdió mucho de su pureza, sobre todo en las ciudades y cortes, donde tenía su principal asiento la literatura. Sólo los habitantes del desierto conservaron aún, en cierto

modo, la primitiva pureza del lenguaje, por donde vino a ponerse en uso el que los poetas fuesen a vivir durante algún tiempo entre los beduinos, a fin de aprender de ellos la recta significación de los vocablos y los giros y propiedades de la lengua clásica, así como también a fin de conocer por experiencia propia la vida del desierto, cuya pintura seguía siendo siempre una parte esencial de la qasida.

El primer califa que tuvo a sueldo poetas fue Yazid, hijo del fundador de la dinastía omeya. La tarea principal de los poetas cortesanos era naturalmente ensalzar, por todos los modos posibles, a sus señores. Siguiendo la marcha de las ideas que predomina en las mu'allaqat, solían empezar estos poetas las qasidas, que principalmente tenían el objeto ya dicho, despidiéndose de sus queridas o del lugar en que moraban, y luego hacían la descripción del viaje que debía llevarlos cerca de su valedor, con cuyo pomposo elogio terminaban. Era tan grande la importancia que se daba a estas poesías encomiásticas, que un príncipe envidiaba a otro un solo verso feliz, una sola bella frase en que hubiese sido elogiado. Estos dos versos de una qasida de al-Ajtal en honor de los omeyas gozan, en dicho sentido, de superior estimación:

Al más fuerte enemigo sujeta su poder,
pero inmensa es su gracia cuando llega a vencer.

Después de caer esta dinastía, Abu-l-Abbas, fundador de la dinastía abasida, invitado a oír a un poeta que había compuesto una qasida en honor de su familia, exclamó tristemente: ¡Ah! ¡cómo ese poeta podrá decir nada que equivalga a aquellos dos versos de Ajtal en elogio de los omeyas!

El referido Ajtal y Yarir y Feresdak pasan por los más egregios poetas de los dos primeros siglos del islamismo. Cada uno de los tres se creía por encima de sus antecesores y rivales, porque la virtud de la modestia no es fácil de hallar entre los poetas árabigos. Una vez quiso oír el califa la opinión de Yarir sobre los autores de las mu'allaqat y sobre Feresdak y Ajtal. Yarir encomió al punto el mérito de cada uno de los mencionados con entusiastas expresiones. «Tanto has gastado en elogiarlos, dijo entonces el califa, que nada resta ya para tí. ¡Oh Príncipe de los creyentes! replicó Yarir, yo soy el centro de la poesía; de mí emana y a mí vuelve; yo encanto con mis versos amatorios, aniquilo con mis sátiras e inmortalizo con mis alabanzas; en suma, soy insuperable en todos los géneros, mientras que cada uno de los otros poetas en uno solo brilla». Este poeta no parece que se limitase, más que en el propio elogio, en sus exigencias a la liberalidad de su valedor. Muy contento con una de sus qasidas, le prometió el califa, en premio, ciento de sus mejores camellas. «Pero, Príncipe de los creyentes, dijo Yarir, temo que se me vayan, si no tienen algún guardador. Está bien, respondió el califa, te doy ocho esclavos para que las guarden. Ahora sólo me falta, prosiguió Yarir, una vasija en que puedan ser ordeñadas»; y al propio tiempo echó la vista sobre un gran vaso de oro que había en el salón. Así consiguió que también el Califa le regalase el vaso.

El número de poetas que florecieron durante el primer siglo del Islam fue grandísimo, y no menor la consideración que los más notables alcanzaron entre el pueblo, y el influjo que ejercían. La gente pretendía su favor como el de un Rey, y temía su ira como la del enemigo más poderoso, porque un verso punzante hacia heridas más profundas que el más afilado acero.

Cierto joven se atrevió a dirigir contra Feresdak versos de burla. Sus parientes, temiendo las naturales consecuencias de esta impertinente audacia, se apoderaron de él, le llevaron a Feresdak y le dijeron: «Aquí te entregamos a este mozo; castígale como quieras, dale de palos o arráncale las barbas; reconocemos que su temeridad merece un severo castigo». Feresdak contestó que le bastaba la satisfacción que acababan de darle, y el temor que habían mostrado de su venganza.

Entre todas las clases del pueblo se había difundido una verdadera pasión por la poesía. Ni el estruendo de las armas, ni el fanatismo religioso, que entonces ardía en vivas llamas y pugnaba por extender la nueva fe sobre toda la redondez de la tierra, podían apagar esta pasión. Durante las guerras más empeñadas, se discutía acerca de la excelencia de un poeta sobre otro con tanta viveza como si se tratase del más importante negocio de Estado.

Guerreando el general Muhalib, en el Corasan, contra una secta herética, oyó en el campamento un gran tumulto. Se informó del motivo de él, y supo que entre sus soldados se había suscitado una disputa sobre quién era mejor poeta, si Feresdak o Yarir. Algunos soldados entraron en la tienda del General y le rogaron que decidiese la cuestión; pero Muhalib les dio esta respuesta: «¿Acaso me queréis entregar a la venganza de uno de esos dos perros rabiosos? Me guardaré muy bien de sentenciar sobre ellos; dirigíos mejor a los herejes, contra quienes hacemos la guerra, los cuales no temen ni a Feresdak ni a Yarir, y suelen ser muy inteligentes en poesía». Al otro día, cuando los dos ejércitos enemigos estuvieron frente a frente, se adelantó un hereje, llamado Ubayd, y provocó a combate singular a los del ejército de Muhalib. Al punto aceptó la provocación un soldado, fue hacia Ubayd, y le rogó, antes de que empezasen a reñir, que le resolviese la cuestión sobre cuál era más gran poeta, Feresdak o Yarir. Ubayd recitó entonces un verso, preguntó de quién era, y cuando el otro contestó que de Yarir, dijo que a éste tocaba la preeminencia.

El propagar entre el pueblo las obras de los poetas, a más de lo que los mismos poetas las difundían, era negocio de una clase de hombres que se llamaban, rawia, esto es, tradicionalistas o recitadores. Estos rapsodas iban de lugar en lugar, y donde quiera eran oídos con vivo deseo. De la memoria que poseían algunos de ellos se cuentan cosas que rayan en lo increíble. Uno de los más famosos llamado Hammand, contestó en cierta ocasión al califa Walid, que le preguntó cuántas poesías sabía de memoria: «Por cada letra del alfabeto te puedo recitar cien grandes Qasidas, que rimen con las letras y esto sin contar las pequeñas canciones. Advierto además que serán Qasidas del tiempo del paganismo, y que puedo recitarte después las compuestas en los días del Islam». El Califa se decidió a ponerle a prueba y le mandó que recitase los versos. Hammand empezó al punto, y estuvo tan largo tiempo recitando, que al fin se cansó el Califa de oírle, y encargó a otro que ocupase su puesto, a fin de poder juzgar acerca de la verdad de aquella jactancia. Así llegó a recitar Hammand hasta dos mil novecientas Qasidas del tiempo del paganismo, y al-Walid, cuando se informó del hecho, le hizo un regalo de cien mil dirhems.

El canto y la música, que ya desde antiguo era muy del gusto de los árabes, fueron condenados por muchos severos musulimes, fundándose en algunas sentencias del Corán y en otras muestras de desaprobación del Profeta; pero la afición innata de los árabes a ambas cosas venció pronto toda consideración, y aquellas artes alegres llegaron a más altura que nunca. Pronto resonaron en los palacios de los califas los cantares, el laúd y la cítara. De numerosos cantores y cantarinas se conservan noticias históricas desde los tiempos de Mahoma hasta la caída de los Omiadas. Muchos de ellos procedían de Persia o habían tenido maestros persas, de quienes aprendieron nuevas modulaciones, y las añadieron a aquellas que antes eran ya celebradas. Bastará aquí, en vez de citarlos a todos, citar a los dos más famosos músicos, el cantor Ma'bad y a la cantarina Assa-al-Mayla. De ésta se dice que era la reina de cuantas cantan o tocan el laúd o la cítara. Ma'bad, estando en gran privanza, por su habilidad musical, en la corte de al-Walid, dijo una vez, porque celebraban en su presencia a un general que había tomado siete fortalezas: «Por Dios santo, que yo he compuesto siete cantares, cada uno de los cuales me hace más honor que la conquista de una fortaleza». Estos siete cantares fueron llamados desde entonces las fortalezas de Ma'bad. Otra anécdota de la vida del mismo artista prueba el poder que la música ejercía aun entre las clases ínfimas del pueblo. En su viaje a la Meca, adonde había sido convidado por un príncipe de Hiyaz, llegó Ma'bad a una tienda, muerto de calor y de sed. Como viese allí a un negro con muchos cántaros de agua fresca, se llegó a él y le pidió un trago; pero el negro se negó a la demanda. Ma'bad le suplicó entonces que al menos le dejase descansar un rato a la sombra de la tienda, pero el negro le rehusó también este favor. después de una acogida tan dura, Ma'bad se tendió por tierra a la sombra de su camello, a fin de reposar un poco, y empezó a entonar una canción. Apenas la oyó el negro, fue donde estaba Ma'bad, le llevó a su tienda y le dijo: «¡Oh tú, a quien venero más que a padre y madre! ¿no quieres que te prepare una fresca horchata de cebada?» Ma'bad, no aceptando esto, se limitó a beber agua, y se preparó a partir. Entonces dijo el negro: «¡Oh glorioso cantor! el calor es extraordinario; permite que te acompañe y que lleve en pos de ti un odre con agua, a fin de que siempre que tengas sed pueda yo servirte agua fresca; tú, en pago, me cantarás una canción cada vez». Contentóse el cantor con lo propuesto, y el negro le fue siguiendo con el agua hasta que terminó su viaje, y cada vez que le daba de beber era recompensado con una canción.

Mientras que en el palacio imperial de Damasco, la magnificencia, que más tarde había de desarrollarse con mayor brillantez aún, empezaba ya a mostrarse con exceso y a ponerse al servicio de la poesía, Maisun, mujer del califa Muawiya, en medio de todos aquellos esplendores que la cercaban, suspiraba por su patria en el desierto. Un día la sorprendió su marido cantando los versos siguientes:

Con un traje de pieles
era yo más dichosa
que con las rozagantes vestiduras
que aquí siempre me adornan.
Mi tienda del desierto,
a través de la cual el viento sopla,
prefiero a los alcázares;

allí mejor se mora.
El reposado andar de mansa mula
me cansa, y no el camello cuando trota;
más me agrada el ladrido de mi perro
que el son de los timbales y las trompas.
Un pastor de mi tribu
más valor atesora
que todos estos necios cortesanos,
y su lujo y su pompa.

Muawiya se enojó al oír tales palabras y dijo: «Ya veo, oh hija de Bajdal, que no te has de dar por contenta hasta que me transforme en un rudo beduino. Libre eres, si gustas, de volverte con los tuyos, ya que tanto lo deseas». Maisun, en efecto, se volvió al desierto con su tribu, de la cual, como dice el historiador arábigo, había aprendido la elocuencia y el arte de los cantares. Entre los vagabundos beduinos, como en su verdadera patria, conservó la poesía su indomable rudeza, lo mismo que en los tiempos ante-islámicos. El poeta Tahman se vio obligado a servir de guía en el desierto a Nayad el hanifita y a los que le seguían, los cuales estaban en abierta rebelión contra los Omiadas. Durante la noche, cuando dormían todos, se levantó Tahman, ensilló un camello, y se puso precipitadamente en fuga, montando sobre él; pero a la mañana siguiente fue perseguido y aprisionado por Nayad, quien le condenó a perder, por ladrón, la mano derecha. La cruel sentencia fue al punto, ejecutada. Ardiendo en sed de venganza, se dirigió entonces Tahman a la corte de Abd al-Malik, y le recitó unos versos, pidiéndole que le vengase. En estos versos, que se conservan aún, conjura al Califa para que salve de la deshonra su mano cortada. Como un verdadero beduino, no considera vergonzoso robar un camello a los enemigos; pero teme que sea perpetua su infamia si no lava con sangre la injuria que se le hizo, si su mano se pudre inulta en el desierto. Mientras recitaba la poesía, mostraba Tahman su brazo mutilado al Califa. «Mira cuán fuerte brazo sería éste, si no hubiera sido tan impiamente mutilado. Véngame, oh Rey; porque, si no, tendrás que responder un día de mi mano ante el tremendo tribunal de Dios. Véngame y véngate, oh Rey, porque los que me han mutilado arden también en ira contra ti. Apenas están crecidos sus hijuelos, abominan y maldicen de tu casta; pero el más maldito de todos es el maldito cabecilla de la facción». El Califa se sintió tan conmovido al oír estos versos, que consoló a Tahman, concediéndole, como indemnización, la facultad de cortar la mano derecha a cien hanifitas.

Al lado de tales composiciones, inspiradas por el odio, la venganza y la cólera, se abría en el desierto, la flor de los cantares amorosos. Desde antiguo tenía fama la tribu de los Usras de producir las muchachas más hermosas y los más enamorados mancebos. En cierta ocasión hubo en una de sus aldeas treinta jóvenes a la muerte, sin otro mal que mal de amores sin esperanza. Se cuenta que un beduino contestó a uno que le preguntaba de qué tribu era: «Yo soy de la tribu de los que mueren cuando aman»; y que una muchacha que se hallaba presente dijo en seguida: «¡Por Ala! éste es de la tribu de los Banu Usra!» De esta tribu era también Yamil. Enamorado desde la infancia de Butayna, la pidió por mujer

apenas tuvo la edad; pero los parientes de ella, que le eran contrarios, se opusieron a la boda. Desde entonces sólo pudo ver a su amada en secreto, y exhaló su pena y su pasión amorosa en ardientes cantares. A menudo, a pesar de los guardas, pasaba noches enteras en un valle solitario, a la sombra de unas palmas, en dulces pláticas de amor con ella; pero, según juró después en su lecho de muerte, nunca se propasó a más que tomar la mano de Butayna y a estrecharla contra su corazón, a fin de calmarle un poco. En una de sus peregrinaciones tuvo Yamil la fortuna de obtener la gracia del Gobernador de Egipto por medio de una poesía encomiástica. El Gobernador le prometió que intercedería para que consiguiese la mano de su amada; pero poco después cayó Yamil peligrosamente enfermo. En aquel instante supremo encargó a un amigo que, después de su muerte, tomase su vestido y se lo llevase a Butayna. El amigo cumplió puntualmente aquella última voluntad. Vino a la tribu de Butayna, y recitó en alta voz algunos versos, participando la muerte de Yamil. La infeliz enamorada acudió entonces, con semblante descolorido, semejante a la pálida luna, y gritó y se hirió el rostro al ver el traje. Las mujeres de la tribu la cercaron y lloraron con ella, y entonaron un himno fúnebre. Butayna cayó desmayada. Al volver en sí exclamó:

Jamás podré consolarme,
Yamil, de haberte perdido;
el bien y el mal de la tierra,
sin ti, me importan lo mismo.

Y desde entonces no volvió Butayna a componer nuevos cantares.

En este rápido bosquejo hemos seguido a la poesía arábica hasta el punto en que los límites del suelo en que empezó a florecer se habían extendido al Indo y al Oxo, abarcando toda el Asia Menor, el Norte de África, las grandes islas del Mediterráneo y la Península Ibérica hasta los Pirineos. El objeto de nuestro escrito nos obliga a dejar aparte el ramo oriental de esta poesía, para consagrar toda nuestra atención al otro ramo que fue transplantado a Occidente. Bajo el imperio de los Abasidas empieza en Oriente un nuevo período en la historia de la poesía, y, con la fundación en España de un poder independiente del califato, eleva el tono la poesía andaluza, cuya voz sólo había resonado hasta entonces lánguidamente entre el tumulto de las armas, así de la guerra de conquista como de la guerra civil. La caída del trono de los Omiadas en Damasco marca, sobre poco más o menos, el punto en que dicha poesía andaluza puede ser considerada por separado.

Largo tiempo hacía que se preparaba la venganza, por antiguas iniquidades, contra la dinastía de los Omiadas, y esta venganza se cumplió por completo en aquella espantosa caída.

Antes de que nos separemos del Oriente, daremos aquí la noticia de una pequeña composición poética, de la época de aquella terrible lucha, cuyo término fue la elevación de

los Omiadas al califato. Cuando Alí y Muawiya se disputaban el imperio a muerte y a vida, dio el último a su general Bišer la horrible orden de matar a todos los parciales de su rival, sin perdonar a niños y mujeres. Bišer cumplió el encargo con exactitud escrupulosa. En el Yemen arrebató a los dos inocentes hijos del que allí mandaba de entre los brazos de su madre Umm al-Hakam, y los degolló con sus propias manos. Alí, cuando supo este cruel asesinato, dirigió a Dios una ardiente plegaria para que castigase al malvado con la pérdida de la razón. Su plegaria fue oída. Umm al-Hakam entre tanto se entregaba a la más devoradora aflicción por la muerte de sus hijos, vagaba desesperada de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, se mezclaba entre las turbas, y pedía a todos que le devolviesen a sus hijos, recitando los siguientes versos, que sólo traducimos en prosa, porque cualquier esfuerzo para ponerlos en forma métrica borraría la impresión de aquel profundo sentimiento, cercano al delirio, que consumía todas las fuerzas del alma. «¡Oh tú, que has visto a mis hijos! Eran dos perlas en una concha! ¡Oh tú, que has visto a mis hijos! Eran mi corazón. ¡Me han robado el corazón! ¡Oh tú, que has visto a mis hijos; el tuétano de mis huesos; y el tuétano de mis huesos se ha consumido! Oí hablar de Bišer, y no pude creerlo. Es mentira el crimen que se le imputa. Pues ¡qué! ¿su espada ha separado del tronco la cabeza de mis dos hijos? Mienten. No descansaré hasta que halle hombres de su tribu, varones eminentes y valerosos. ¡La maldición de Dios sobre Bišer, como la tiene merecida! Lo juro por la vida del padre de Bišer; este hecho es un crimen horrible. ¿Quién de vosotros dará nuevas a una pobre madre, loca, sedienta y fatigada, de dos niños que ha perdido y cuya suerte la conmueve?» Así fue Umm al-Hakam a la Meca, y allí también entonó su endecha lastimosa. Un árabe, movido a piedad, tomó la resolución de vengarla. Buscó a Bišer, se apoderó de sus dos hijos, y los mató, arrojándolos por un despeñadero.

- II -

Elevada cultura de los árabes españoles. Eflorescencia de la poesía entre ellos

La historia no ofrece ejemplo de más inmensas y rápidas conquistas que las de los primeros sectarios del Islam. Embriagados con las promesas del Profeta, salieron de sus soledades, como el ardiente huracán del desierto, para difundir su creencia y ganar así el ofrecido paraíso. Apenas habían pasado cuarenta años desde la muerte de Mahoma, cuando ya había llegado hasta el Océano Atlántico el estampido de aquella tempestad. Según refiere la leyenda, el fiero general Uqba llegó a la costa occidental de África, entró en el mar, y exclamó, mientras que las olas espumosas pasaban sobre la silla de su camello: «¡Alá, yo te invoco por testigo de que hubiera llevado más allá el conocimiento de tu santo nombre, si no lo estorbaran las encrespadas olas que amenazan tragarme!» No mucho después ondeaba el estandarte musulmán desde los Pirineos y las columnas de Hércules hasta las montañas celestes de la China, y por un momento estuvo en duda si se pondría a orillas del Garona,

en vez de la cruz de los templos, como ya Abu Yafar al-Mansur le había llevado por la Mesopotamia y le había plantado sobre las pagodas de los indios. Así llegó, al terminar el primer siglo de la Égira, a adquirir el imperio de los califas mayor extensión que otro alguno; más que el romano antes; más que después el de los mongoles. Pero el peligro de una pronta división no podía menos de amenazar a un tan monstruoso conjunto de diversos países, y casi al mismo tiempo vino a hacerse sentir en los dos extremos del imperio. Mientras que en el extremo Oriente, en las crestas del Parapamiso, los Tahiridas levantaban de nuevo la antigua bandera del Irán, la provincia más occidental se separó también del dominio de los califas. Cansados ya de las luchas con que los gobernadores dependientes del califato devastaban la tierra, los jeques de al-Andalus, nombre que se daba entonces a toda España, buscaron un príncipe que los gobernase con independencia, y le hallaron en Abd al-Rahman, vástago de los Omiadas.

La caída de esta dinastía, dominadora del mundo, es una de las más espantosas tragedias que registra el Oriente en sus anales. Después que el califa Abu Marwan sucumbió en una batalla contra su rival Abu-l-Abbas, éste dio orden a su lugarteniente en Siria y Egipto, de perseguir y matar a todos los individuos de la destronada dinastía. Abd Allah, que mandaba en Damasco, mostró un celo extraordinario en cumplir la voluntad de su señor; atrajo a su palacio a unos noventa Omiadas, fingiendo que deseaba tomarles juramento de fidelidad y celebrar en un festín la reconciliación de la antigua dinastía con la nueva. Cuando aquellos incautos estaban ya presentes y prontos a sentarse a la mesa, entró en la sala el poeta šubl, probablemente excitado a ello, y recitó los versos siguientes:

Tiene la casa de Abbás
seguro y firme el imperio,
ya que el afán de venganza,
reprimido largo tiempo,
en sangre de los Humeyas
pudo quedar satisfecho.
Mas conviene exterminar
este linaje protervo,
desde el tronco de la palma
hasta el retoño más tierno.
Mientras mienten amistades,
acicalan los aceros.
No fiéis de sus engaños:
Mucho me pesa de verlos,
sobre almohadones mullidos,
tan cerca del trono excelso.
Lo que Dios ha roto ya,
hoy aniquilar debemos.
Venganza pide la sangre
de Said; venganza aquellos
que en las arenas desiertas
del Kurdestán perecieron.

Al oír estos versos, mandó Abd Allah que matasen a cuantos allí estaban reunidos. Gente armada penetró en el salón, y acabó con los convidados, dándoles de golpes con largos palos de tiendas. Sobre los moribundos y los muertos se extendieron alfombras; y mientras que resonaba el ruido de los platos y vasos a par de los gemidos de las víctimas, Abd Allah y los suyos prosiguieron la fiesta en aquel salón lleno de sangre, solemnizándola con regocijados cantos de victoria. No contento Abd Allah con haber asesinado a los Omiadas vivos, volvió también su furor contra los muertos: abrió en Damasco los sepulcros de los califas, esparció al viento las cenizas de Muawiya, enclavó en una cruz el cadáver de Hišam, y le quemó luego en una hoguera.

Con la misma crueldad que en Damasco, se procedió en las otras ciudades principales del inmenso imperio contra los individuos de aquel desventurado linaje, y sólo pocos se pudieron salvar, apelando a una rápida fuga.

Uno de estos últimos fue el mancebo Abd al-Rahman, hijo de Muawiya. Después de haber vagado fugitivo, entre mil peligros mortales, en los desiertos arenosos de África, halló amistosa acogida en las tiendas de algunos beduinos hospitalarios, donde recibió la embajada de los jeques andaluces, la cual le presentó su demanda. Abd al-Rahman, aceptando los ofrecimientos que se le hacían, desembarcó en las costas de España, y pronto se vio cercado de numerosos parciales; venció a sus contrarios, y, como soberano independiente de España toda, colocó el trono de su imperio en la ciudad de Córdoba. Aún amenazaron una vez al Islam, desde el Norte, las huestes de Carlomagno; pero después que fue herido Roldán en la funesta garganta de Roncesvalles, y pidió socorro en vano, tocando su cuerno, sólo quedó por competidor del Corán en la Península, un puñado de valientes godos, refugiados en las montañas de Asturias, apenas perceptible cuna de la monarquía castellana.

Con el intento de hermohear su capital por todos estilos, a imitación de las ciudades de Oriente, empezó Abd al-Rahman en Córdoba, de cuyo esplendor puso los cimientos, la construcción de la gran mezquita, que aún en el día sobresale, entre las ruinas de tantas obras maestras del arte arábigo, como una maravilla del mundo. Al mismo tiempo edificó una quinta hacia el noroeste de la ciudad, a la cual dio por nombre Ruzafa, en conmemoración de una casa de campo cercana a Damasco y perteneciente a su abuelo Hišam. En los jardines que se extendían en torno de este palacio hizo plantar árboles raros de Siria y de otras tierras de Oriente. Una palma, que allí, bajo el apacible cielo de Andalucía, creció como en su patria oriental, y que parece haber sido la madre de todas las otras palmas de Europa, infundiendo en el alma de Abd al-Rahman melancólicos recuerdos del país nativo, le inspiró los siguientes versos:

Tú también eres ¡oh palma!
en este suelo extranjera.
Llora, pues; mas siendo muda,

¿cómo has de llorar mis penas?
Tú no sientes, cual yo siento,
el martirio de la ausencia.
Si tú pudieras sentir,
amargo llanto vertieras.
A tus hermanas de Oriente
mandarías tristes quejas,
a las palmas que el Éufrates
con sus claras ondas riega.
Pero tú olvidas la patria,
a par que me la recuerdas;
la patria de donde Abbas
y el hado adverso me alejan.

Otra composición al mismo asunto dice como sigue:

En el jardín de Ruzafa
una palma hermosa vi.
Que, de otras palmas ausente,
bien parecía gemir.
Y la dije: «te apartaron
de tus hermanas, y a mí
de amigos y de parientes
me aparta el hado infeliz.
Muy lejos yo de los míos,
y tú en extraño país,
mi suerte es como la tuya,
mi imagen eres aquí.
Que llene, para regarte,
la lluvia todo el jardín;
que las estrellas del cielo
se liquiden sobre ti».

Una melancolía semejante contiene esta tercera canción de Abd al-Rahman:

Dios te guíe, caballero
que hacia mi patria caminas;

llévate la bendición
y los suspiros que envía
una parte de mi alma
a otra parte que allí habita.
Encadenado mi cuerpo
está a la tierra que pisa,
y el recuerdo de otra tierra
el sueño dulce me quita;
allí dejé el corazón
y cuanto bien poseía.
Así lo dispuso Alá;
tal vez su bondad permita
que a la patria el desterrado
logre volver algún día.

Bajo la dinastía de los Omiadas que fundó Abd al-Rahman, y que duró dos siglos después de la caída de su antecesora en Oriente, floreció España hasta tal punto de poder y esplendor, que oscureció a los demás Estados de la Europa de entonces. Con las abundosas fuentes de la riqueza pública, que nacían de la agricultura, favorecida por un cuidadoso sistema de irrigación, de la actividad industrial, y del comercio, que se extendía por todas las regiones del mundo, la población creció también de un modo portentoso. El viajero Ibn Hawqal llama a Córdoba la más gran ciudad de todo Occidente, e Ibn Adhari dice que en la época de su prosperidad contenía dentro de sus muros ciento trece mil casas, sin contar las pertenecientes a los visires y empleados superiores, y que sus mezquitas eran tres mil, y los arrabales veintiocho. El valle del Guadalquivir estaba lleno por todas partes de palacios, quintas y casas de recreo, y de huertas, jardines y públicas alamedas, a cuya sombra acudían a solazarse los ciudadanos, cuando querían apartarse del polvo y del tumulto de la ciudad. Hišam, el sucesor de Abd al-Rahman, construyó el puente sobre el Guadalquivir, y casi terminó la mezquita. Pronto se difundió por Oriente la fama de este templo del Islam, el mayor y más esplendoroso de todos. Atraídos por ella, vinieron a ver sus inmensas calles de columnas fieles musulimes de las comarcas más remotas. Abd al-Rahman II mandó construir otros magníficos edificios, a fin de hermopear más su capital. Aficionado al lujo y a la pompa, se rodeó, como los califas de Bagdad, de una brillante corte. No sólo en Córdoba, sino en muchos puntos de Andalucía, se hicieron, por orden suya, alcázares, acueductos, puentes, caminos militares y mezquitas. Pero hasta más tarde, reinando Abd al-Rahman III, el Grande, y el primero que tomó el título de califa, no se elevó el imperio andaluz a aquel altísimo grado de bienestar material, que fue el fundamento de una cultura intelectual no menos alta. Este bienestar aparece con el mismo brillo en las descripciones de los escritores occidentales y orientales. Mientras que encomia al-Masudi la España mahometana de aquel tiempo por la riqueza y número de sus ciudades, y por sus extensos campos, bien cultivados, deslindados y divididos por firmes cercas, Ibn Hawqal se admira del orden que reina por donde quiera, del bienestar del pueblo, de la superabundancia del tesoro público, y del estado floreciente de la agricultura, que había transformado las más

áridas comarcas en ricos vergeles, y el abad Juan de Gorz, que vino a Córdoba como embajador de Otón el Grande, pinta con colores no menos vivos el poder guerrero de Abd al-Rahman y la pompa deslumbradora de su corte. Hasta allá muy lejos, en el Norte, en las celdas del claustro sajón de Gandersheim, penetran las noticias de la maravillosa ciudad del Guadalquivir; la abadesa Hroswitha, en su poesía sobre el martirio de San Pelagio, ensalza a Córdoba como «joya brillante del mundo, ciudad nueva y magnífica, orgullosa de su fortaleza, celebrada por sus delicias, resplandeciente con la plena posesión de todos los bienes».

Con mayor celo aún que sus antecesores, miró al-Hakam II por las ciencias y cuidó del desenvolvimiento intelectual de su pueblo. Antes de él no faltaban, por cierto, buenas escuelas. Mientras que en el resto de Europa casi nadie, salvo los clérigos, sabía leer y escribir, el conocimiento de ambas cosas estaba en Andalucía generalmente divulgado. Al-Hakam creyó, con todo, que debía extender la instrucción mucho más, y fundó en la capital veintisiete colegios, en los cuales los niños de padres pobres eran educados gratis. La juventud concurría en gran número a las academias que en Córdoba, Sevilla, Toledo, Valencia, Almería, Málaga y Jaén dependían de las mezquitas. Allí se encontraban profesores y estudiantes de todas las partes del mundo mahometano. La fama de aquellas florecientes y magníficas escuelas superiores atraía hacia España hasta a los habitantes de las más remotas regiones de Asia, así como, por el contrario, muchísimos andaluces emprendían fatigosas peregrinaciones a los más apartados países, a fin de saciar su sed de ciencia. En ningún otro país, y en ninguna otra edad de gran cultura, ha sido tan común la afición a los largos viajes científicos, como en la España musulmana, principalmente desde el siglo X. Casi de continuo ocurría que habitantes de la Península emprendiesen el largo camino de toda la costa boreal de África, pasasen a Egipto y fuesen luego a Bujara y a Samarcanda, con el fin de oír las explicaciones de algún sabio afamado. A uno le impulsaba el anhelo de reunir tradiciones sobre la vida y las sentencias del Profeta, a otro el amor de las investigaciones filológicas, y muchos querían estudiar jurisprudencia, medicina, astronomía, filosofía o matemática con los más egregios maestros. Durante la peregrinación, eran visitadas las escuelas de Túnez, Qayrawan, Cairo, Damasco, Bagdad, Meca, Basora, Cufa, y otras no menos célebres, y el viajero, rico de nuevas ideas, volvía a su patria. En algunas ocasiones estos viajes científicos se extendían hasta la India y la China, y hasta el centro de África.

Con pasión reunió al-Hakam libros de todas clases y envió a todos los países, agentes para comprarlos. De este modo formó una inmensa biblioteca, que contenía cuatrocientos mil volúmenes y que estaba abierta al público en su palacio de Córdoba. Se asegura que al-Hakam había leído todos estos libros, y los había anotado con observaciones escritas de su mano. Hábiles copistas y encuadernadores estaban constantemente en su palacio, ocupados por él. Su corte era el centro a donde acudían los más notables escritores, y su liberalidad para con ellos no tenía límites. Libros compuestos en Siria o en Persia eran conocidos en España mucho antes que en Oriente. Al-Hakam envió a Alí de Ispahan un espléndido presente a fin de obtener el primer ejemplar de su célebre libro de los Cantares. Con la protección de un príncipe tan apasionado a las ciencias, se desarrolló un vivo movimiento intelectual, y en la Edad Media no hubo una época literaria más brillante que la de su reinado en España. También del poderoso al-Mansur, que bajo los débiles sucesores de al-Hakam tuvo el gobierno del Estado, recibieron las ciencias grande favor, y los sabios

muchas honras y recompensas. Sólo de la filosofía, que ya antes había podido mostrarse con toda libertad, fue enemigo al-Mansur por fanatismo religioso.

Un horrible sacudimiento conmovió la tan floreciente civilización española a causa de las guerras civiles que en los últimos años de la dinastía de los omeyas asolaron la tierra. Después de la toma de Córdoba por los bereberes, en 1013, la gran biblioteca de al-Hakam fue en parte destruida, en parte vendida. Seis meses enteros se emplearon en transportar de un lugar a otro aquella enorme cantidad de libros. Pero, poco después de la caída del califato, empezó un nuevo período histórico, en general favorable a la literatura. Los numerosos estados independientes, que se levantaron entre las ruinas del destrozado imperio, fueron otros tantos centros de actividad literaria y artística. Entre las pequeñas dinastías de Sevilla, Almería, Badajoz, Granada y Toledo reinaba una verdadera emulación en punto a proteger las ciencias, y cada una procuraba sobrepasar a las otras en sus esfuerzos para lograr este fin. Multitud de escritores y de floridos ingenios se reunían en estas cortes, algunos disfrutando fuertes pensiones, otros recompensados con ricos presentes por las dedicatorias de sus obras. Otros sabios conservaban toda su independencia, a fin de consagrarse al saber libres de todo lazo. En balde envió Muyahid al-Amiri, rey de Denia, mil monedas de oro, un caballo y un vestido de honor al filólogo Abu Galib, a fin de excitarle a que le dedicara una de sus obras. El orgulloso autor devolvió el presente, diciendo: «He escrito mi libro para ser útil a los hombres y para hacerme inmortal; ¿cómo he de ir ahora a poner en él un nombre extraño, para que se lleve la gloria? ¡Nunca lo haré!» Cuando el rey supo esta contestación de Abu Galib, se admiró mucho de su magnanimidad, y le envió otro presente doble mayor. Todas las preocupaciones religiosas desaparecieron de estas pequeñas cortes. Reinaba una tolerancia como aún no se ha visto igual, en nuestro siglo, en ninguna parte de la Europa cristiana. Los filósofos podían, por lo tanto, entregarse a las más atrevidas especulaciones. Muchos príncipes procuraban ellos mismos sobresalir por sus trabajos literarios. Al-Muzaffar, rey de Badajoz, escribió una grande obra enciclopédica en cerca de cien volúmenes; al-Muqtadir, rey de Zaragoza, fue famoso por sus extraordinarios conocimientos en astronomía, geometría y filosofía; y las dinastías de los abbadidas de Sevilla y de los Banu Sumadîh de Almería produjeron poetas de primer orden.

El brillo de esta elevada cultura con que resplandecían todos aquellos pequeños estados, no puede deslumbrar hasta el extremo de que se desconozca la mala situación que había nacido de la desmembración del califato en tantos menudos trozos. Los celos de los príncipes entre sí engendraban innumerables discordias, y la falta de unidad en la dirección de las armas musulmicas ofrecía al enemigo sobrado atractivo y esperanza de buen éxito, para que no se aprovechase de ella. Pronto vacilaron todos los tronos musulmanes ante las incursiones victoriosas de los ejércitos cristianos, y los príncipes, llenos de susto, se volvieron, en busca de auxilio, hacia el poderoso Yusuf, emperador de los almorávides, cuyo señorío se había dilatado, en breve tiempo, sobre casi todo el África septentrional.

Pero estos príncipes ciegos atrajeron sobre sí el mal que debía destruirlos. Se diría que habían vuelto los terribles primeros días del Islam, cuando el feroz Yusuf y sus hordas, venidas de los desiertos del Sáhara, vencieron en una de las más grandes batallas que jamás se había dado, cubriendo de cadáveres cristianos los vastos campos de Zalaca. A todas las ciudades de sus dominios, hasta a la tierra de los negros, envió el vencedor mensajeros para

que colocasen sobre las puertas las cabezas de los muertos. Sus troncos mutilados fueron apiñados en forma de alminar, y desde la cima de tan espantosa torre anunció el muezín a los cuatro ángulos de la tierra que no hay más Dios que Alá. Así se afirmó de nuevo el Islam en Andalucía; pero los que habían sido soberanos hasta entonces, fueron destronados o encerrados en una cárcel, pagando tan caro el auxilio, y Yusuf hizo de España una parte de su gran imperio. Como él y cuantos le cercaban eran de estirpe berberisca, y ajenos a la elegancia y el saber de los árabes, harto se deja presumir que en adelante no se podía esperar nada parecido a la anterior cultura. Afortunadamente la dominación de los almorávides no duró lo bastante para que sus fanáticos santones y su grosera soldadesca acabasen de desarraigar la civilización tan firmemente plantada en el suelo español. Bajo los muwahides, o almohades, renació el libre movimiento intelectual. Si bien esta dinastía había subido al trono por una revolución nacida del fanatismo religioso, hubo en ella muchos príncipes aficionados a las letras. En la corte de Abd al-Mumin vivieron altamente honrados Averroes (Ibn Rusd), Avenzhoar (Ibn Zuhr) y Abu Bakr (Ibn Tufail), que después se hicieron tan famosos en el resto de Europa. Mucho antes de que floreciera en Occidente el estudio de las humanidades, estudiaron estos hombres los escritos de Aristóteles y divulgaron los conocimientos filosóficos; pero se debe advertir que no leían el texto original, sino sólo las traducciones siriacas, por medio de las cuales conocían ya los árabes, desde el siglo VIII, los autores griegos. Si Córdoba sobresalía por su amor a la literatura, en Sevilla se estimaba y florecía principalmente la música. Como en cierta ocasión se discutiese sobre cuál de las dos ciudades, Córdoba o Sevilla, se señalaba más por su cultura, Averroes dijo: «Cuando en Sevilla muere un sabio y se trata de vender sus libros, los libros se envían a Córdoba, donde hay más seguro despacho; pero si en Córdoba muere un músico, sus instrumentos van a Sevilla a venderse». El mismo escritor que refiere esta anécdota, añade que, entre todas las ciudades sujetas al Islam, Córdoba es aquella donde se hallan más libros. Yusuf, sucesor de Abd al-Mumin, fue el príncipe más instruido de su época, y reunió en su corte sabios de todos los países. Aunque los soberanos de esta misma dinastía, que reinaron después, no tenían las mismas inclinaciones, y aunque hacia el fin del siglo XII hubo una gran persecución contra la filosofía, no se puede dudar de la duración del movimiento intelectual en la España mahometana. Todavía en el siglo XIII había en las diversas ciudades de Andalucía setenta bibliotecas abiertas al público.

Cuando los ejércitos cristianos fueron adelantándose hacia el Mediodía, y el rey San Fernando colocó al fin la cruz, en 1236, sobre la mezquita de Córdoba, y poco después ganó a Sevilla, el mahometismo se vio reducido a muy estrechos límites en el sudeste de España; pero aún allí, en el reino de Granada, dio una última y hermosa luz aquella civilización, que en tiempo de los omeyas, y en el siglo XI, había resplandecido de un modo tan luminoso. Tratando de imitar el glorioso ejemplo de al-Hakam II, Muhammad ibn Ahmad, fundador de aquel reino, y sus sucesores los nazaritas, crearon muchos establecimientos científicos y literarios, escuelas y bibliotecas, y ofrecieron en sus estados un refugio a los sabios fugitivos. Así más de dos siglos después de la toma de Córdoba, fue cultivada en Granada la literatura arábiga, y, antes de que cayese este último baluarte del Islam, pasó a África, donde cada vez más fue desapareciendo y extinguiéndose, con toda la civilización del pueblo que la había producido.

Durante toda la dominación musulímica, hubo en España una viva luz intelectual, que brilló, ora más, ora menos, según las circunstancias, pero que no se extinguió nunca; antes bien,

cuando parecía que iba a apagarse, volvía a resplandecer de nuevo. Cuando en el resto de Europa, entre las densas tinieblas de la ignorancia, apenas se columbraban los primeros rayos del saber, en España se aprendía, se enseñaba y se investigaba por todas partes celosamente. Hasta bastante tiempo después de haber entrado en competencia científica las naciones europeas, no se dejaron vencer los árabes. Y lo que es más de notar, no sólo se adelantaron a los pueblos cristianos en encender la antorcha del saber, sino que también mostraron antes aquel espíritu de honor caballeresco, y de galantería, que ennobleció los últimos siglos de la Edad Media. Mucho distó de poner en Oriente, como algunos hacen, el origen de la caballería; pero es un hecho que no pocas de las ideas fundamentales, que constituyen su ser, reinaban entre los árabes desde muy antiguo. La veneración de las mujeres, y el empeño de ampararlas, el afán de buscar peligrosas aventuras y la protección de los débiles y de los oprimidos, constituían, después del deber de la venganza, el círculo dentro del cual se encerraba la vida de los antiguos héroes del desierto; y quien lee la maravillosa novela de Antár, ve con asombro que los guerreros orientales se movían por el mismo impulso que los paladines de nuestra poesía caballeresca. Esta manera de pensar y sentir de los árabes se acrisoló y depuró bajo la influencia de la más elevada civilización a que llegaron en Occidente, y ya en el siglo IX encontramos versos de poetas andaluces, donde se muestran aquellos blandos sentimientos y aquella veneración casi religiosa que el caballero cristiano consagraba a la dama de su corazón. El influjo del mismo cielo, bajo el cual vivieron tan largo tiempo en la Península musulmanes y cristianos, y el trato frecuente que, a pesar del mutuo aborrecimiento religioso, no podía menos de haber, desarrolló cada vez más la concordancia de ambas naciones en el mismo espíritu caballeresco, que brotaba de lo íntimo del ser de cada una de ellas. Lo mismo los historiadores musulmanes que los cristianos, dan testimonio de cómo este espíritu se había difundido entre los árabes. Cuando el rey Alfonso VII sitiaba la fortaleza de Oreja, los árabes reunieron un grande ejército para impedir la rendición de la plaza; pero, en vez de marchar directamente contra el campamento de Alfonso, se encaminaron hacia Toledo, cuyos campos talaron, a fin de obligar al enemigo a levantar el sitio y a volver en socorro de la capital. Entonces, cuenta la Crónica, la reina de Castilla, que se había quedado en Toledo, y que se vio cercada por los moros, les envió mensajeros que les dijese de su parte: «¿No veis que no podréis ganar gloria alguna peleando contra mí, que soy mujer? Si queréis batalla, id a Oreja y trabadla con el Rey, que os aguarda con armas y bien apercebido». Cuando los príncipes, los generales y todo el ejército de los moros oyeron esta embajada, alzaron los ojos y vieron en una alta torre del alcázar a la reina, que estaba allí sentada con muy ricos y regios atavíos, y rodeada de una multitud de nobles damas, que cantaban al son de cítaras, laúdes, timbales y salterios. Luego que los príncipes, los generales y el ejército vieron a la reina, se maravillaron y avergozaron mucho, y, después de saludar respetuosamente, emprendieron la retirada. Los autores árabes cuentan muchos lances de la vida del guerrero Hariz famoso por sus portentosas fuerzas, que bien podrían figurar en un libro de caballerías. El rey de Castilla, refieren, ansiaba conocer a este hombre famoso, y le convidó a que viniese a su campamento a hacerle una visita. Hariz aceptó el convite, y después de haber tomado cierto número de cristianos importantes como rehenes para su seguridad, pasó la frontera y entró en tierra de cristianos. Con la coraza y con todas las demás armas pasó Hariz por las calles de Calatrava, y el pueblo se agolpaba para verle, y se quedaba pasmado de su corpulencia de gigante, de su porte majestuoso y del lujo y primor de su armadura, mientras que se referían muchos de sus valerosos hechos. Así llegó Hariz al campamento del rey, donde Alfonso y los más notables caballeros del ejército cristiano salieron a recibirle. Mientras

que Hariz se disponía a bajar de su caballo, hincó su lanza en el suelo, con una fuerza tal, que al rey le pareció mayor que todo lo que la fama decía. Entre tanto los caballeros cristianos estaban impacientes de medir su fuerza con la de aquel jayán, y el más robusto de todos le provocó al combate. El mismo rey Alfonso se mostró deseoso de ver cómo el celebrado héroe árabe sostenía aquella prueba. Sin embargo, Hariz contestó: «El valiente sólo pelea con aquellos cuyas fuerzas son iguales a las tuyas; veamos si alguien contradice lo que yo afirmo; yo afirmo que ninguno de los que aquí están arranca mi lanza del suelo, en donde la he hincado. Con quien la arranque estoy pronto a combatir, sea uno, sean diez». Al punto se adelantaron los más forzudos caballeros cristianos, pero ninguno pudo mover la lanza del sitio en que estaba clavada. Después que se repitió muchas veces, y siempre en vano, la misma tentativa, pidió el rey al propio Hariz que él arrancase la lanza, y éste, llevando hacia allí su corcel, y echando sólo una mano, arrancó la lanza del suelo. Todos los caballeros se admiraron mucho de la pujanza del árabe, y el rey se acercó a él y le hizo muchas distinciones. Otro caso, que atestigua también la cortesía caballeresca de los musulmanes, es como sigue: Alfonso XI tenía puesto cerco a Gibraltar, y la ciudad estaba ya próxima a rendirse, cuando el rey murió de la peste. De resultas, el cerco se levantó, y los cristianos, temiendo que los enemigos los atacasen en la retirada, tomaron muchas precauciones. Pero dice la Crónica: «Después que supieron los moros que el Rey D. Alfonso era muerto, ordenaron entre sí que ninguno non fuese osado de facer ningún movimiento contra los cristianos, ni mover pelea contra ellos. Estidieron todos quedos, et dician entre ellos que aquel día moriera un noble Rey et príncipe del mundo, por el cual non solamente los cristianos eran por él honrados, mas aún los caballeros moros por él habían ganado grandes honras, et eran preciados de sus reyes. Et el día que los cristianos partieron de su real de Gibraltar con el cuerpo del Rey D. Alfonso, todos los moros de la villa de Gibraltar salieron fuera de la villa, et estidieron muy quedos, et non consintieron que ninguno de ellos fuese a pelear, salvo que miraban como partian dende los cristianos». En el sitio de Baza por los Reyes Católicos, el marqués de Cádiz pidió al príncipe Sidi Yahya una breve suspensión de hostilidades, a fin de que la reina doña Isabel pudiese dar un paseo hasta los muros de la ciudad y pasar revista a sus huestes. El deseo fue satisfecho, y Sidi Yahya, no sólo vio con enojo e hizo volver atrás a algunos capitanes que tenían el propósito de atacar la regia comitiva, sino que resolvió también dar una muestra de la gentileza de los moros en los ejercicios de la caballería. Así fue que, mientras la reina doña Isabel y sus damas miraban los muros de Baza, y sus torres, tejados y azoteas, cubiertos de moros y moras curiosos, advirtieron que salían a deshora por las puertas de la ciudad espesas filas de caballeros árabes, con armas refulgentes y banderas desplegadas, al mando de Sidi Yahya. Algunos cristianos echaron mano a las espadas para defender a la reina del imaginado peligro, pero los quietó el marqués de Cádiz, que conocía mejor a los moros. Éstos se adelantaron en bizarro escuadrón, y caracoleando sobre sus hermosos caballos y blandiendo las lanzas, hicieron un lindo simulacro para recrear a la reina, después de lo cual, la saludaron con suma cortesía, así como a sus damas, que estaban gustosamente maravilladas de verlos, y entraron de nuevo en la ciudad. Rasgos de una verdadera índole caballeresca se imprimían profundamente en el ánimo de los españoles, y a pesar del odio religioso que los animaba, les hacían confesar en los romances que aunque moros, eran caballeros. Hasta el fanático confesor de don Fernando y doña Isabel conviene en esto, al referir, en su Crónica de la guerra de Granada, un caso por el estilo. Cuando los cristianos sitiaban a Málaga, uno de los defensores de esta ciudad, llamado Ibrahim Zenete, aprisionó, en una salida que hizo, a siete u ocho muchachos cristianos, y en vez de hacerles daño, les tocó suavemente con la

lanza, diciéndoles: «Id, niños, id con vuestras madres». Mientras los muchachos se fueron precipitadamente, otros moros echaron en cara a Ibrahim que no los hubiese muerto. Ibrahim respondió que no tenían barbas. «Así mostró, añade el cronista, que, si bien era moro, tenía virtud para obrar como un buen hidalgo cristiano».

En estas observaciones generales sobre la civilización de los árabes españoles, debemos aún citar algunos de los innumerables casos que traen los historiadores árabes, a fin de dar una noción más completa de las raras prendas de los andaluces. En prueba de su memoria portentosa cuentan, por ejemplo, que uno durante toda una noche estuvo recitando versos, eligiendo sólo aquellos que acababan con la letra kaf. En testimonio de su agudeza de ingenio, dicen que el médico Ibri Firnas inventó un instrumento para medir el tiempo, y construyó una máquina, con la cual se levantaba por el aire a muy considerable altura. Otras anécdotas ponen de realce la viveza y despejo que hasta los niños manifestaban. Así la siguiente: El rey al-Mutasim entró una vez en casa de un súbdito suyo, y preguntó a su hijo pequeño al-Fath: «¿Qué casa es más hermosa, la del príncipe de los creyentes o la de tu padre?» El muchacho contestó: «La casa de mi padre es más hermosa, ya que el príncipe de los creyentes está ahora en ella». Maravillado el rey de la presencia de espíritu del niño, quiso ponerla otra vez a prueba, y le preguntó: «Dime, al-Fath, ¿hay algo más hermoso que este anillo?», mostrando uno que llevaba en el dedo. «Sí- contestó al-Fath-, la mano que le lleva». También se refieren muchos casos en prueba de la innata disposición de los andaluces para la poesía: Un habitante de la ciudad de Silves, de la familia de los Banu Milah, salió una vez de paseo con su hijo pequeño, y habiendo llegado a un arroyo, oyó cantar las ranas. El padre dijo al muchacho: «Tú completarás los versos. ¿Oyes que en el agua cantan?» El chico respondió: «De ese modo el frío espantan». El padre: «¿Qué alboroto están armando: esto es charlar por los codos?» El hijo: «Lo mismo sucede cuando en casa se juntan todos». En esto enmudecieron las ranas, al sentir las pisadas de los paseantes. El padre añadió: «¿Habrán perdido la voz en la musical contienda?» Y replicó el muchacho: «Un hambre tienen atroz, y acuden a la merienda». Y del mismo modo iba completando el chico de repente todos los versos. «Por cierto, añade el escritor que cuenta la anécdota, que esta prontitud en improvisar hubiera sido cosa de maravilla en una persona ya granada, ¿cuánto más no debía serlo en un niño pequeñuelo?»

La poesía era como el punto céntrico de toda la vida intelectual de los andaluces. Durante seis siglos, por lo menos, fue cultivada con tal celo, y por una tan grande multitud de personas, que el mero catálogo de los poetas árabe-hispanos llenaría tomos en folio. Ya a mediados del siglo IX se había extendido tanto el gusto por la poesía, aun entre los cristianos que vivían bajo el dominio musulmán, que Álvaro de Córdoba se lamenta de que sus correligionarios descuidaban por completo la lengua latina, leían con afán en la árabe poesía y cuentos, y aun componían en esta última lengua versos más correctos y elegantes que los árabes mismos. Casi un siglo después compuso Ibn Faray su antología, *Los Jardines*, que contenía doscientos capítulos, y en cada capítulo cien dísticos, todos exclusivamente de autores andaluces.

Otras muchas colecciones selectas, de las cuales las de Ibn Jaqan y de Ibn Bassam son las más celebradas, completaron la de Ibn Faray, y la continuaron en los siglos siguientes. Con todos los acontecimientos de la vida y con el ser mismo de la nación estaba íntimamente enlazada la poesía. Los grandes y los pequeños la cultivaban; y mientras que, por ejemplo,

en la comarca de Silves apenas había campesino que no poseyese el don de improvisar, y hasta el gañán que iba en pos del arado hacía versos sobre cualquier asunto, los califas y los príncipes más egregios nos han dejado algunas poesías en testimonio de su talento. Aún nos queda una obra, que sólo trata de los reyes y grandes de Andalucía que se distinguieron por sus dotes poéticas. Las mujeres, en el harén, entraban en competencia con los hombres por sus cantares: composiciones poéticas, formando primorosos y variados dibujos, constituían, en los palacios, un adorno capital de las columnas y paredes; y aun en las cancillerías hacía la poesía su papel. Ningún historiador o cronista, por árido que fuese, dejaba de amenizar las páginas de sus libros con fragmentos poéticos. Sujetos de la clase más baja se elevaban sólo por su talento poético a las más altas y honrosas posiciones, y obtenían el valimiento de los príncipes. La poesía daba la señal de los más sangrientos combates, y también desarmaba la cólera del vencedor; echaba su peso en la balanza, a fin de prestar más fuerza a las negociaciones diplomáticas; y una improvisación feliz rompía a menudo las cadenas del cautivo o salvaba la vida del condenado a muerte. Cuando dos ejércitos enemigos se encontraban, algunos guerreros salían de la línea de batalla y provocaban a la pelea a los contrarios con un par de versos improvisados, a los cuales se solía responder en el mismo metro y con la misma rima. Ejercicios de este orden, pero con un fin más pacífico, y sólo para que cada cual mostrase su habilidad en improvisar, eran muy usuales en la vida ordinaria; y la correspondencia epistolar entre amigos o entre enamorados se seguía en verso con frecuencia. A menudo se empleaba también el alto estilo en prosa rimada, como le conocemos en las maqamas de Hariri. El saber expresarse en este estilo se tenía por una condición esencial de la buena crianza. Se usaba en las obras científicas, en los documentos oficiales y diplomáticos, y hasta en los pasaportes.

La lengua arábica, en boca de los andaluces y tan lejos de su país nativo, perdió pronto su pureza, y degeneró en dialecto vulgar, que no se sujetaba a las severas reglas de una gramática tan delicada y escrupulosa. Un beduino hubiera hallado mucho que censurar en el habla hasta del español mejor educado. Para lo escrito, con todo, se siguió usando el arábigo puro. Toda persona que presumía de tener una educación distinguida, procuraba, con el estudio del Hamasa, de las mu'allaqat, etc., manejar bien dicho idioma, y un joven no pasaba por bien criado si no había aprendido de memoria una multitud de trozos escogidos, en prosa y verso. Añádase a esto que todo musulmán desde su primera juventud conocía y leía habitualmente el Corán, y se comprenderá cómo no podía desaparecer el conocimiento del legítimo idioma. Además los niños estaban ya instruidos en la gramática y en la poética, como preparación para la lectura de los poetas.

Desde el primer instante en que hubo en España una corte mahometana, el arte de la poesía arábica se encontró allí como en su patria. En el palacio de Abd al-Rahman, el primer omeya, se celebraban reuniones, en las que asistía Hišam, el príncipe heredero, y donde se entretenían los convidados recitando versos, refiriendo leyendas o sucesos históricos, y haciendo panegíricos de hombres distinguidos y de grandes acciones. Siguiendo el ejemplo que había dado en Oriente su antepasado Yazid I, los omeyas tuvieron a sueldo poetas de corte, y aun hubo grandes señores, como Ibrahim, que vivió en Sevilla en 912, bajo el reinado de Abd Allah, y que alcanzó un poder y una riqueza casi regios, que se complacían en ser protectores muy liberales de los poetas. En tiempo de los primeros califas floreció y obtuvo grande estimación el poeta Yahya, apellidado al-Gazal (la gacela) a causa de su hermosura. Fue enviado como embajador a muchas cortes, y por donde quiera se ganaba la

voluntad de las gentes con su finura, buen trato y discreta conversación. El emperador de Constantinopla mostró deseos de que se quedase en aquella capital, pero él se disculpó diciendo que como le estaba prohibido beber vino, no podía hacerle buena compañía. En otra ocasión, estando Yahya sentado cerca del emperador, entró la emperatriz, que era en extremo hermosa. El poeta no podía apartar de ella los ojos, y se mostró tan distraído en la conversación, que el emperador, ofendido, le preguntó la causa por medio del intérprete. Yahya contestó que la hermosura de la emperatriz le había hecho una impresión tan invencible, que le había quitado el discurso, y que no podía proseguir la plática. Después se explayó en una maravillosa pintura de los encantos de la augusta señora. Cuando el intérprete tradujo todo aquello, creció de punto el favor de Yahya cerca del emperador, y la misma emperatriz quedó complacida de tan finas lisonjas. En otra misión cerca del rey de los normandos, alcanzó el poeta mucho favor con la reina Theuda por unos versos que improvisó, elogiándola de hermosa. Más tarde, desterrado de la corte de Abd al-Rahman II por haber escrito cierta sátira, Yahya se fue a Bagdad, adonde llegó poco después de la muerte del grande Abu Nuwas, tan celebrado en Oriente, que se creía que ningún otro poeta ni muy remotamente podía compararse con él. Encontrándose Yahya en una tertulia de literatos, oyó hablar a casi todos los que allí estaban con gran desprecio de los poetas españoles. La conversación recayó luego sobre Abu Nuwas, que había muerto hacía poco. Yahya nada había contestado antes a las críticas contra los poetas españoles, pero entonces empezó a recitar una poesía, dándola como obra de Abu Nuwas. La poesía fue aplaudida extraordinariamente. Cuando el entusiasmo del auditorio llegó al más alto grado, Yahya exclamó: «Moderad vuestra admiración; los versos son míos». Y como nadie, al principio, quisiese creer su aserto, Yahya recitó aquella qasida suya que empieza con estas palabras:

Mis pecados saqué de la bebida
y vergüenza y virtud allí se ahogaron...

Cuando hubo recitado esta poesía, la reunión se avergonzó y se separó.

En la corte de Abd al-Rahman III vivían los célebres poetas Ibn Abd Rabbih e Ibn Said al-Mundir. El último prestó un importante servicio al califa en la recepción de una embajada de Bizancio. Todos los altos empleados del imperio estaban reunidos en la gran sala del trono, lujosamente adornada, y ya los embajadores habían presentado sus cartas en audiencia solemne, cuando Abd al-Rahman encomendó a los más distinguidos sabios de su séquito que elogiasen en un discurso, ante los circunstantes, la grandeza del Islam y del califato; pero todos ellos se desconcertaron y no dijeron nada. Entonces se levantó el poeta y pronunció un largo discurso en verso, que excitó la más profunda admiración de todo el auditorio, y por el cual le recompensó el califa con un elevado empleo. También el poderoso al-Mansur se rodeaba de poetas, los reunía en su palacio para tener conversaciones literarias, y se hacía acompañar por ellos en sus expediciones militares. Ibn Darray, llamado también el Castellano, y Yusuf al-Ramadi, eran los dos poetas que descollaban en su corte. Sin embargo, otro poeta, llamado Said, alcanzó más favor en

palacio con el motivo siguiente. Mucho tiempo hacía que al-Mansur no deseaba nada más fervientemente que tener en su poder a García Fernández, conde de Castilla, y no había medio mejor de lisonjearle, que decirle que García iba a sucumbir pronto. Said discurrió una vez llevar de presente a al-Mansur un ciervo atado con una cuerda, y recitarle una composición, en la cual había los versos siguientes:

¡Oh refugio de los tristes!
¡Oh talismán de los flacos!
Tú, de los menesterosos
y desvalidos amparo,
del que te debe la dicha
recibe aqueste regalo:
ceñido de fuertes cuerdas
un ciervo hermoso te traigo;
García tiene por nombre,
para que sea presagio
de que pronto otro García
caerá lo mismo en tus manos.

Por una extraña casualidad, García Fernández cayó en efecto prisionero el mismo día en que Said tuvo esta ocurrencia, y al-Mansur, desde el momento en que recibió la noticia, mostró gran respeto al poeta, cuya predicción tan felizmente se había cumplido. Para conservar su valimiento y para lisonjear la vanidad de al-Mansur, acudía Said a todas las trazas imaginables. Una vez mandó hacer un traje para su esclavo Safur, que era de gigantesca estatura, con todos los talegos en que al-Mansur le había enviado dinero. Cuando vio al-Mansur aquellos extraños atavíos, preguntó, admirado, por qué el criado de su poeta de corte llevaba un vestido tan haraposo. «Señor, respondió Said, tú me has hecho ya tantos presentes de dinero, que sólo con los talegos que le contenían he podido hacer un traje para este gigante». Al-Mansur sonrió, satisfecho con la lisonja que el poeta hacía a su liberalidad, y mandó en seguida que le envasen nuevos regalos, y además un hermoso traje para Safur. La brillante posición de que Said gozaba, despertó la envidia de otros muchos ingenios, y en palacio se formó en contra suya una verdadera conjuración. No siempre mostró al-Mansur la debida entereza contra las maquinaciones de este partido. Una vez se dejó llevar hasta el extremo de hacer que echasen al río una obra del poeta, contra la cual había oído muchas censuras. Said compuso sobre el caso este epigrama:

Su lugar y destino conveniente
halló mi libro ahora;
porque el seno del agua transparente
las perlas atesora.

En otra ocasión regalaron a al-Mansur una rosa temprana, cuyo cáliz aún no estaba del todo abierto. Said, que se hallaba presente, improvisó lo que sigue:

El cáliz entreabierto de la rosa
olor suave en el ambiente inspira
cual su encanto la virgen pudorosa,
que oculta su beldad a quien la mira.

Este epigrama agradó mucho a al-Mansur; pero un rival de Said, que allí estaba, dijo que los versos no eran suyos, sino de un poeta de Bagdad, a quien los había oído recitar en Egipto. «Yo los tengo, añadió, escritos de su mano, en el respaldo de un libro.- Muéstramelos», exclamó al-Mansur. Al punto se fue el acusador a casa de un poeta muy conocido por su talento para improvisar, le contó lo ocurrido, le hizo interpolar en otra composición los versos de Said, y escribirla toda con tinta amarillenta e imitandola escritura egipcia, en el respaldo de un libro, y después se volvió a palacio. Cuando al-Mansur leyó la composición, y se dio por convencido de que Said había plagiado de ella los versos, fue grande su cólera, y dijo: «Mañana quiero ponerle a prueba, y si sale mal, lo enviaré a un destierro». A la mañana siguiente fue llamado Said a palacio, donde encontró a todos los cortesanos convocados por al-Mansur, y vio en una sala, ricamente adornada, una grande pila, y en torno de ella muchas flores que formaban como un banco, sobre el cual se sentaban figuras hechas de jazmines, que parecían muchachas, y el centro de la pila tenía la apariencia de un pequeño lago, cuyo fondo, en vez de contener menudas guijas, estaba cubierto de perlas, y una serpiente nadaba en él, y una doncella, hecha también de flores, vogaba sobre las ondas en una barquilla, cuyos remos eran de oro. Al-Mansur exigió de Said que describiese en verso aquella pila y su contenido a fin de probar así que no eran plagio sus poesías. De otra suerte, tenía que recelar mucho malo. Said correspondió al punto a la excitación, e improvisó versos tan excelentes sobre la maravillosa pila, que al-Mansur, en vez de desterrarle, le regaló cien monedas de oro y cien vestidos, y le aseguró además una pensión mensual de otras treinta monedas de oro.

Los músicos gozaban de igual favor en la corte y entre el pueblo. Abd al-Rahman II convidó al cantor Ziryab para que viniese de Bagdad a Córdoba, y le recibió muy afectuosamente y con mil honrosas muestras de estimación, señalándole una lujosa vivienda en su propio palacio, y diciéndole las condiciones bajo las cuales quería tenerle cerca de sí. Éstas eran en extremo brillantes: Ziryab debía recibir doscientas monedas de oro cada mes, y además de muchas ricas adheblas, otras dos mil monedas de oro como presente anual; y por último, debía gozar del usufructo de varias casas, campos y jardines, que constituían un capital de catorce mil monedas de oro. Después de haber hecho estos

espléndidos ofrecimientos, pidió Abd al-Rahman al cantor que se dejase oír, y cuando hubo cantado, quedó el califa tan prendado de su habilidad, que en adelante no quiso oír cantar a otro alguno. Pronto escogió a Ziryab para que fuese de los que más íntimamente le trataban, y se complacía en hablar con él de poesía, de historia, de artes y de ciencias. El cantor tenía muy extensas nociones de todo; prescindiendo de que sabía de memoria la melodía y letra de diez mil cantares, había estudiado astronomía e historia, y no había nada más instructivo que oírle hablar sobre los diversos países y las costumbres de sus habitantes. Pero aún más que su gran saber, eran admirados su ingenio y su buen gusto. Su canto era tan encantador, que se divulgó la creencia de que por las noches venían los genios a visitarle y a enseñarle sus melodías. Vivía Ziryab con un boato de príncipe, y siempre que aparecía en las calles le circundaban cien esclavos. Del celo con que se estudiaba entonces la música vocal e instrumental, dan testimonio, no sólo las obras teóricas que se escribieron sobre este arte, sino también un gran libro de los cantares andaluces, compuesto para competir con la colección que hizo Alí de Ispahan de los cantares de Oriente.

El Cancionero de Alonso de Baena, donde se habla de una juglaresa morisca, y la poesía del Arcipreste de Hita, que menciona los bailes y canciones en medio de las calles de las moriscas cantadoras, favorecen la opinión de que el modo de ser de los músicos entre los árabes era muy parecido al de los castellanos y provenzales. También en el siglo XI, después de la caída de los omeyas, la vida de los poetas árabes presenta mucha analogía con la de los trovadores. Todas las pequeñas cortes que había entonces en España hubieran parecido desiertas a sus soberanos, si no las hubiese hermoñado la poesía. Semejante a sus hermanos de la Provenza, peregrinando de lugar en lugar, y trocando por ricas alabanzas recompensas no menos ricas, bullían los poetas como un enjambre, en los alcázares de los príncipes y en las casas de los grandes señores. Si uno de los pequeños soberanos era celebrado en una qasida sobresaliente, al punto se suscitaba entre los otros una verdadera emulación. No tenían ambición mayor, como asegura un árabe, sino la de que se pudiese decir: tal o tal sabio se halla en la corte de tal o tal rey; este o aquel poeta es el valido de este o aquel rey. Basta aquí un ejemplo para dar idea de la liberalidad de estos soberanos cuando querían mostrarse agradecidos a los buenos versos en su elogio. Ibn Saraf, que tenía en feudo una aldea, tuvo una vez una disputa con un recaudador de tributos, porque éste le exigía que pagase demasiado. Ibn Šaraf fue a ver a al-Mutasim, rey de Almería, para pedirle justicia, y le trajo una composición poética, que contenía lo que sigue:

Desde que tú gobiernas,
no esgrime su puñal el asesino,
sólo vírgenes tiernas
la muerte dan con su mirar divino.

El rey gustó mucho de estos versos, que son dos solamente en el original, y preguntó al poeta cuántas casas (en árabe bayt) contenía su aldea; y como el poeta dijese que contenía cincuenta, el príncipe añadió: «Está bien; en premio de este dístico (en árabe bayt también),

quiero dártelas todas en plena propiedad, y así ningún recaudador podrá en lo sucesivo exigirte tributo.

Aunque es indudable que el deseo de ganar dinero y nombre llevaba a muchos poetas a las cortes, y hasta se cuenta de uno que no hacía una composición encomiástica por menos de cien monedas de oro, todavía no se puede afirmar que la avaricia fuese en general su único móvil. Se disfrutaba en aquella corte de una vida alegre y deleitosa, y en ella se encontraban los ingenios más a propósito para un agradable trato y comercio de ideas, y para certámenes sobre las bellas artes. En las hermosas noches de verano de Andalucía, descansaban recostados sobre blandos cojines en uno de los encantadores y floridos patios del alcázar, contaban cuentos, y ejercitaban y mostraban la habilidad con animadas y agudas pláticas y versos improvisados, mientras que murmuraban las fuentes, y el aura mansa difundía el aroma de las flores. El príncipe se mezclaba con toda confianza entre, sus huéspedes, hacía que circularan las buenas bebidas, y aun se aventuraba a entrar en competencia con los maestros del canto. A veces se solían celebrar certámenes poéticos en ciertas grandes festividades, como, por ejemplo, el que estableció el rey de Granada por el natalicio del Profeta.

Aunque por lo común era reconocido y estimado en mucho el mérito de los poetas andaluces, no faltaban sabios españoles que los mirasen con cierto menosprecio, y que afirmasen que el Oriente sólo era la verdadera patria de la poesía. Un escritor del siglo XII zahiere esta injusticia con palabras punzantes, y dice que los historiadores españoles de la literatura sólo vuelven los ojos hacia los autores de Oriente. «Cuando allí grazna un cuervo, añade, cuando en la más remota comarca de la Siria o del Irak zumba un mosquito, caen de rodillas como delante de un ídolo, mientras que aprecian en poco más que en nada todo verso y toda prosa que ve la luz pública en Andalucía; y sin embargo, España, aunque apartada de las otras regiones del Islam, ha producido varones distinguidísimos y elocuentes, así en prosa elegante como en verso; y Andalucía, si bien ha sido la última de las conquistas musulmicas, y si bien está cercada por el mar y por los godos y los francos, puede jactarse de un sinnúmero de poetas, cuyas obras compiten en resplandor con el sol y con la luna». Aunque, cegados por la manía de admirar lo extranjero, desconociesen muchos españoles el talento y el valor de los autores nacionales, no dejaban los poetas andaluces de gozar de gran fama en Oriente, ni de ser colocados a la misma altura que mejores poetas orientales. Así obtuvo Ibn Zaydun el dictado de El Buhturi de Occidente, así cada uno de los tres poetas Ibn Jani, Yusuf al-Ramadi e Ibn Darray fue designado con el título de Mutanabbi occidental, y el propio al-Mutanabbi, al oír recitar una poesía española, no pudo menos de exclamar, entusiasmado: «¡Este pueblo posee en alto grado las facultades poéticas!» Abu Nuwas, el gran cantor del vino y de los suaves goces de la vida, en tiempo de Harun al-Rašid, pidió a un español que fue a Bagdad, que le recitase versos de poetas andaluces, y un habitante del remoto Jorasán expresó su admiración en las reuniones literarias del famoso sevillano Ibn Zuhr, aplicando a los poetas andaluces estas palabras de Mutanabbi:

Al ver salir el sol por Occidente,
dije: ¡Grande es Alá!

Lo más interesante de estas anécdotas es que nos hacen concebir la inmensa extensión de los países en que florecía la literatura arábigo.

Desde el Ganges hasta la desembocadura del Tajo, y desde el Jaxartes hasta el Níger, se poetizaba en dicho idioma, y el activo tráfico y las continuas comunicaciones entre tantas y tan remotas comarcas hacían que cada nueva aparición literaria algo importante fuese pronto un bien común de todos los pueblos que habían adoptado la lengua del Corán y el islamismo. Por medio de las caravanas que anualmente iban a la ciudad donde nació el Profeta, desde los últimos confines del mundo musulmán, La Meca era como un gran mercado, en el cual los más apartados habitantes de la tierra trocaban sus producciones literarias; de suerte que una obra compuesta al pie de Sierra Morena podía con facilidad y en breve tiempo abrirse camino hasta los valles del Caúcaso indiano.

- III -

Observaciones generales sobre la poesía arábigo-hispana

¿Quién no ha de tener la curiosidad de conocer los cantares que resonaron en los encantadores salones de los alcázares andaluces, en las galerías de columnas afiligranadas de arabescos, y en los pensiles de al-Zahra; cuyo eco se mezcló con el murmurar de las fuentes y con el gorjeo de los ruiseñores del Generalife? Así como los árabes, donde quiera que pusieron el pie en el suelo español, hicieron brotar fertilidad y abundancia de aguas, entretejieron en frondoso laberinto los sicomoros y los granados, los plátanos y las cañas de azúcar, y hasta lograron que floreciesen las piedras en variados colores, así también puede creerse que su poesía compitió en aroma y delicado esmalte con los bosquecillos umbrosos de la huerta de Valencia, y en rico esplendor con los arcos alicatados de prolijas labores y con las esbeltas columnatas de la Alhambra. Crece más aún el deseo de conocer esta poesía por la conjetura de que la penetra un espíritu caballeresco, que imprime en la vida de los mahometanos de España un sello peculiar y característico; porque el cielo de Occidente puso sobre las prendas de la poesía arábigo, sobre su riqueza y pompa oriental, mayor precisión y un estilo más claro, acercándola mucho a nuestro modo de sentir.

Esta esperanza no será del todo defraudada. Entre las producciones de la poesía arábigo-hispana se encuentran muchas que manifiestan sentimientos extraordinariamente parecidos a los nuestros, y que contienen ideas que no podían nacer en la antigua Arabia, sino bajo el

más dilatado horizonte del Occidente. Sin embargo, la mencionada esperanza no debe engrandecerse mucho. En todas las épocas y en las más distintas regiones del mundo, a donde sus conquistas los llevaron, los árabes guardaban vivos en el alma los recuerdos de la patria primera. Aunque la península del Sinaí volvió a caer en la barbarie, la miraron siempre como la cuna de su civilización, desde los brillantes centros de la cultura que habían creado, así en el extremo Oriente como a orillas del Atlántico. La historia de sus antepasados les era familiar desde la infancia, y la peregrinación a los lugares santos de su creencia, que casi todos emprendían, no dejaba que jamás se entibiase en ellos el sentimiento de amor y dependencia del país de donde salieron. Por esto sus poesías están llenas de alusiones a las leyendas, héroes y localidades de la antigua Arabia, de imágenes de la vida nómada y de descripciones del desierto. Consideraban además las mu'allaqat y el Hamasa como modelos insuperables, y bastantes creían que el medio más seguro de llegar a ser clásicos era imitar mucho su estilo. La admiración inmensa que estas poesías excitaban entre los andaluces, y el diluvio de imitaciones que producían, ocasionaron la burla y la sátira del antólogo Ibn Bassam, aburrido y harto de la repetición de lo ya dicho tantas veces. «Mueve a tedio -exclama- el oír cantar perpetuamente sobre las ruinas de la casa de Jawla»; el «parad aquí, amigos, para que lloremos», debiera ya desecharse; cuando se lee aquello de «¿es ésta la huella de Umm Awfa?» Bien se puede tener por cierto que la huella de una persona, que se fue tanto tiempo ha, está ya borrada. Muchos hermosos pensamientos fueron ajenos de aquellos antiguos poetas, por lo cual han dejado no poco que decir a los posteriores, pues no se debe tener sólo y absolutamente por bueno al que ya murió. Si la poesía arábigo-hispana contiene, a causa de las formas prestadas de la poesía ante-islámica, muchas ideas e imágenes que nos son extrañas, esta extrañeza crece más aún por la grande importancia que se daba a la parte técnica y al primor del lenguaje. Los habitantes de la península ibérica presumían mucho de sus conocimientos filológicos, y hacían un estudio especial de todas las sutilezas de la lengua arábigo escrita; así es que sus poetas debían ser, antes de todo, hábiles y sutiles gramáticos, y el mérito de sus obras solía ponderarse, más que por el contenido de ellas, por la perfección del estilo y por el arte con que el autor sabía dominar la infinita riqueza del vocabulario arábigo. De aquí dimana el que muchos antólogos y críticos alaben a menudo, como incomparables, versos que nos parecen de poquísimo valer, y que aseguren que estaban en la boca de todos, sin que nosotros acertemos a comprender esta fama. La explicación de esto sólo debe buscarse en el dichoso acierto de la expresión y en lo primoroso de la forma; porque, no tanto la energía poética cuanto el artificio métrico y filológico despertaba a veces el entusiasmo. Estas bellezas artificiales de la poesía, que valen más para el oído que para el alma, sólo son gustadas y bien estimadas por el pueblo para quien se crearon. Por esta razón, una parte de las más encomiadas obras maestras que encantan a los árabes son letra muerta para nosotros. El prurito de lucir la maestría en el manejo de la lengua y las sutilezas gramaticales, ha dictado versos a los poetas arábigos del Oriente y de Occidente, cuyo único valer consiste en la dificultad vencida, y donde en balde se buscará un contenido poético, pues sólo hay una sonora aglomeración de sílabas, un extraño laberinto de giros y de voces, incomprensibles sin comentario. Añádase a esto el afán, en más o menos grado sentido por todos los poetas, de emplear metáforas y comparaciones traídas de muy lejos, antítesis extravagantes y expresiones hiperbólicas. Esta inclinación parece innata en los árabes. Es un error el encomiar a los poetas ante-islámicos por su estilo sencillo y exento de imágenes rebuscadas, y el censurar a los posteriores por la afectación y el mal gusto que introdujeron. Ya Imru-l-Qays, en su mu'allaqat, escrita por lo menos cincuenta años antes

del nacimiento de Mahoma, raya en extravagante cuando compara, por ejemplo, el pecho de su querida con un bruñido espejo o con un huevo de avestruz, y su mano con los ramos de una palma, y cuando dice que su caballo se mueve como un trompo con que juega un niño. Verdad es que en los tiempos posteriores se aumentó este defecto. Los mismos asuntos habían sido ya tratados tantas veces, que tenían poco interés en sí, y para prestárseles nuevo se buscaban inusitadas maneras de tratarlos. No creo, con todo, que deba desecharse como de mal gusto cuanto a primera vista nos parece raro en los poetas árabes; por ser muy diferente de lo que los poetas europeos dicen. Así, verbi gracia, el usar, como imagen de la magnanimidad y liberalidad, las nubes y la lluvia que de ellas se desprende, es una comparación bien escogida, porque la humedad restauradora que la lluvia difunde, es mirada como el mayor beneficio por los orientales y andaluces, abrumados con los ardores del sol. Ni es del todo censurable, por muy extravagante que nos parezca, el decir que los dientes de la querida, por su humedad y blancura, son como granizos, su cándida tez como alcanfor, y su nariz como el pico saliente de una montaña. Cada idioma tiene sus idiotismos y convenciones, y tal vez no sean más impertinentes estas imágenes que muchas de las comunes entre nosotros lo serían para los árabes; pero, de todos modos, dan a la poesía en que se hallan un carácter harto peregrino. Es singular, porque no se descubre la semejanza que pueda haber entre una cosa y otra, que se comparen los cabellos negros con enramadas de mirto, y las trenzas con escorpiones. Y no es menos singular el modo de bendecir una casa exclamando: «¡Oh querida casa, ojalá que te riegue con abundancia la lluvia de las nubes!»; porque, si bien una lluvia abundante es muy provechosa para los hombres y los campos sedientos, no hay clima alguno donde no sea perjudicial para los edificios. Por último, el servirse como metáfora de la palabra narcisos en vez de ojos, porque los menudos tallos de los narcisos, al inclinarse lánguidamente, hacen pensar en la languidez de los ojos, y el asemejar los bucles entrelazados con letras del alfabeto, y los lunares de las mejillas con hormigas que van corriendo hacia la miel de la boca, son imágenes, en parte falsas, porque no es bastante el punto de comparación, y en parte de pérfido gusto.

En lo tocante a la composición artística, no se impusieron los árabes españoles reglas más severas que sus antepasados orientales. Sólo pueden celebrarse de tener completa unidad algunos pequeños cantos, donde el fuerte impulso del sentimiento lo ha creado de un modo inconsciente. En más extensas composiciones, pocas veces la idea capital predomina entre los pormenores con la energía que se requiere para producir un conjunto armónico. De aquí proviene que estas composiciones sean a menudo, más que un todo, una serie de pensamientos y de imágenes; por manera que los antólogos suelen citar una parte, no como fragmento, sino como obra entera, y en otras ocasiones, una misma composición, citada por escritores diferentes, se encuentra que varía o en el número o en el orden de los versos, sin que tales cambios o faltas perturben esencialmente el conjunto. Esta carencia de enlace en la composición depende de una propiedad profundamente arraigada en el espíritu de los árabes, que los lleva a considerar, más que nada, las cosas particulares, perdiendo de vista lo general; el lazo que forma el todo. Su condición natural les hacía difícil el elevarse a una más extensa comprensión de los asuntos; entre los modelos de la propia literatura, no poseían uno sólo de más ordenada y artística composición, y tampoco aprendieron nunca a estimar, con el estudio de las literaturas extranjeras, la hermosura y el mérito que se hallan en el enérgico desenvolvimiento de un plan grande. En todas las épocas y por donde quiera les fue completamente desconocida la literatura de los otros pueblos; ninguno de sus autores deja traslucir que la conoce, y es lícito afirmar que hasta el escritor arábigo más

discreto e instruido. Ibn Jaldun, habla sólo de oídas cuando da principio al capítulo sobre la poesía de los árabes, observando que también en otras naciones, a saber, entre los persas y los griegos, ha florecido la poesía, por lo cual Homero es nombrado y celebrado en los escritos de Aristóteles. El decantado cultivo de la literatura griega por los árabes españoles se limitó a obras de filosofía y de ciencias exactas, que vertieron en su lengua de la siríaca, y que después comentaron; pero sobre todo aquello que no pertenecía a esta parte de las ciencias, como por ejemplo, sobre la historia y la mitología de los pueblos antiguos, se quedaron siempre en la mayor ignorancia. Sus historiadores refieren que en Itálica se halló en una excavación un grupo de mármol de portentosa hermosura, que representaba una joven y un niño perseguido por una serpiente, y sus poetas celebraban este grupo en sus versos, pero ninguno sabe que aquellas figuras eran indudablemente Venus y Cupido. El geógrafo al-Bakri, tan bien enterado en todo lo relativo a las tierras musulmicas, no sabe distinguir si un epitafio hallado en las ruinas de Cartago es latino, púnico o de otra lengua, y llama a Aníbal rey de África. Por último, el gran filósofo Ibn Rusd o Averroes, en su paráfrasis de la Poética de Aristóteles, cita a los Antara, Imru-l-Qays y Mutanabbis, en vez de citar a los poetas griegos, y tiene tan pocas nociones de la griega literatura, que define la tragedia el arte de elogiar, y la comedia el arte de censurar, y, de acuerdo con esta teoría, halla que las composiciones satíricas y encomiásticas de los árabes son comedias y tragedias.

Aunque según lo expuesto, la poesía de los árabes en España tenía muchos rasgos iguales a la de su hermana oriental, todavía no dejó de sentir el influjo del suelo de Andalucía. Los poetas, a pesar de toda su admiración del y de las mu'allaqat, y a pesar del prurito de imitarlos, no pudieron desechar los nuevos asuntos que se ofrecían para sus canciones. Ya no podían cantar las enemistades entre tribu y tribu, ni las discordias por causas de los pastos, sino la gran contienda del Islam contra las huestes reunidas del Occidente; en vez de convocar a los compañeros de tienda para la sangrienta venganza de un pariente asesinado, debían inflamar a todo un pueblo para que defendiese la hermosa Andalucía, de donde los enemigos de la fe amenazaban lanzarlos. A par de las peregrinaciones por el desierto y de la vivienda abandonada del dueño querido, lo cual, por convención, había de tener siempre lugar en una qasida, había entonces que describir risueños jardines impregnados con el aroma del azahar, arroyos cristalinos con las orillas ceñidas de laureles, blandas y reposadas siestas bajo las umbrosas bóvedas de los bosquecillos de granados, y nocturnos y deleitosos paseos en barca por el Guadalquivir. Inevitablemente tuvieron los poetas, al tratar estos nuevos asuntos, que adoptar imágenes desconocidas a sus antepasados, y el estado de la civilización, enteramente distinto, hubo también de imprimirse en sus versos. Andaluces que habían llegado a un alto punto de cultura social y científica, cortesanos elegantes e instruidos, que habían estado en la escuela filosófica de Aristóteles, no podían sentir y pensar ya como los rudos pastores del desierto. Aunque muchas de sus qasidas se parezcan, no sólo en la forma y en la expresión, sino también en las ideas y sentimientos, a las de los árabes antiguos, esto es sólo porque los autores creían poder competir mejor con los modelos ciegamente reverenciados de un Antara o un Labid, cuando más se apartaban y substraían del influjo de su época y de cuanto los rodeaba. Por fortuna, estas tentativas desgraciadas de copiar el estilo y el espíritu de épocas anteriores, renegando de lo presente, no es lo único que nos queda de la literatura de los árabes españoles. Aun cuando los poetas tienen delante de los ojos la poesía ante-islámica, y cuentan el remedarla como mérito, introducen, sin notarlo, en la antigua forma, nuevos modos de ver y de sentir; y en otras

composiciones obedecen, sin volver la vista atrás, lo que les dictan el corazón y la mente, y en vez de beber la inspiración en los libros, pintan lo que ellos mismos han sentido y experimentado. Estas últimas composiciones merecen principalmente nuestra atención, y en ellas, como todos aquellos rasgos que distinguen la poesía occidental de la oriental, se nos muestran los árabes como europeos. Cuando oímos, con voces semíticas y con el peregrino acento del Oriente, el elogio de las verdes praderas y de los corrientes arroyos de Andalucía, y la expresión de sentimientos amorosos, más tiernos que los que los trovadores expresaban, imaginamos oír también entre el susurro de la palma oriental, los suspiros del aura de Occidente, que agita y orea las enramadas del jardín de las Hespérides.

A semejanza de su lengua, que no posee las ricas y gráficas combinaciones de las indogermánicas, sino que íntimamente forma sus vocablos por la adición de una sola letra a la radical, o por el cambio de las vocales y acentos, toda la actividad creadora de los árabes tiene un carácter subjetivo. Pinta con preferencia la vida del alma, hace entrar en ella los objetos del mundo exterior, y se muestra poco inclinada a ver claro la realidad, a representar la naturaleza con rasgos y contornos firmes y bien determinados, y a penetrar en el seno de otros individuos para describir los sucesos de la vida y retratar a los hombres. Por esto aquellas formas de poesía que requieren la observación de las cosas exteriores y una gran fuerza para representarlas, no son conocidas entre los árabes. Ensayos dramáticos, ni aun de la clase inferior, como los han tenido otros pueblos mahometanos, no se han producido por los árabes en el suelo español, o al menos no dan indicio de ellos los escritores que se han consultado hasta el día. La poesía narrativa, según veremos después, no fue extraña del todo a los árabes españoles; pero no han producido ninguna epopeya propia. En la poesía lírica fue donde aunaron todas sus fuerzas, y en ella vertieron cuantas penas y cuantos deleites movían sus corazones. Por este cauce corrió el torrente de la poesía, en el suelo andaluz, con una inmensa abundancia. Las producciones líricas de los poetas árabe-hispanos se distinguen en general por la dicción rica y sonora y por el brillo y atrevimiento de las imágenes. En vez de prestar expresión a los pensamientos y de dejar hablar al corazón, nos agobian a menudo con un diluvio de palabras pomposas y de imágenes esplendentes. Como si no les bastase conmovernos, propenden a cegarnos, y sus versos se asemejan, por el abigarrado colorido y movimiento deslumbrador de las metáforas, a un fuego de artificio que luce y se desvanece en las tinieblas, que hechiza momentáneamente los ojos con sus primores, pero que no deja en pos de sí una impresión duradera. El empeño de sobrepujar a otros rivales populares y famosos ha echado a perder de esta suerte muchas de sus composiciones. Y, por el contrario, el éxito de sus composiciones para con nosotros es tanto mayor cuanto menos ellos le buscan, olvidados de su ambición, y haciendo la poderosa inspiración de un instante, dado que expresen un sentimiento verdadero en no estudiadas frases.

Los asuntos sobre los cuales escriben, son de varias clases. Cantan las alegrías del amor bien correspondido, y el dolor del amor desgraciado; pintan con los más suaves colores la felicidad de una tierna cita, y lamentan con acento apasionado el pesar de una separación. La bella naturaleza de Andalucía los mueve a ensalzar sus bosques, ríos y fértiles campos, o los induce a la contemplación del tramontar resplandeciente del sol o de las claras noches ricas de estrellas. Entonces acude de nuevo a su memoria el país nativo de su raza, donde sus antepasados vagaban sobre llanuras de candente arena. Expresiones de un extraño fanatismo salen a veces de sus labios como el ardiente huracán del desierto, y otras de sus

poesías religiosas exhalan blanda piedad y están llenas de aspiraciones hacia lo infinito. Ora convocan a la guerra santa, con fervorosas palabras, a los reyes y a los pueblos; ora aclaman al vencedor; ora cantan el himno fúnebre de los que han muerto en la batalla, o se lamentan de las ciudades conquistadas por el enemigo, de las mezquitas transformadas en iglesias, y de la suerte infiel de los prisioneros, que en balde suspiran por las floridas riberas del Genil desde la ruda tierra de los cristianos. Elogian la magnanimidad y el poder de los príncipes, la gala de sus palacios y la belleza de sus jardines; y van con ellos a la guerra, y describen el relampaguear de los aceros, las lanzas bañadas en sangre y los corceles rápidos como el viento. Los vasos llenos de vino que circulan en los convites, y los paseos nocturnos por el agua a la luz de las antorchas, son también celebrados en sus canciones. En ellas describen la variedad de las estaciones del año, las fuentes sonoras, las ramas de los árboles que se doblan al impulso del viento, las gotas de rocío en las flores, los rayos de la luna que rielan sobre las ondas, el mar, el cielo, las pléyades, las rosas, los narcisos, el azahar y la flor del granado. Tienen también epigramas en elogio de todos aquellos objetos con que un lujo refinado ornaba la mansión de los magnates, como estatuas de bronce o de ámbar, vasos magníficos, fuentes y baños de mármol, y leones que vierten agua. Sus poesías morales o filosóficas discurren sobre lo fugitivo de la existencia terrenal y lo voluble de la fortuna, sobre el destino, a que hombre ninguno puede sustraerse, y sobre la vanidad de los bienes de este mundo, y el valor real de la virtud y de la ciencia. Con predilección procuran que duren en sus versos ciertos momentos agradables de la vida, describiendo una cita nocturna, un rato alegre pasado en compañía de lindas cantadoras, una muchacha que coge fruta de un árbol, un joven copero que escancia el vino, y otras cosas por este orden. Las diversas ciudades y comarcas de España, con sus mezquitas, puentes, acueductos, quintas y demás edificios suntuosos, son encomiadas por ellos. Por último, la mayor parte de estas poesías están enlazadas con la vida del autor; nacen de la emoción del momento; son, en suma, improvisaciones, de acuerdo con la más antigua forma de la poesía semítica.

- IV -

Cantos de amor

La situación de las mujeres en España era más libre que entre los otros pueblos mahometanos. En toda la cultura intelectual de su tiempo tomaban parte las mujeres, y no es corto el número de aquéllas que alcanzaron fama por sus trabajos científicos o disputando a los hombres la palma de la poesía. Tan alta civilización fue causa de que se les tributase en España una estimación que jamás el Oriente musulmán les había tributado.

Mientras que allí, con raras excepciones, el amor se funda sólo en la sensualidad, aquí arranca de una más profunda inclinación de las almas, y ennoblece las relaciones entre ambos sexos. A menudo el ingenio y el saber de una dama tenían tan poderoso atractivo para sus adoradores, como sus prendas y hechizos corporales; y una inclinación común a la poesía o a la música solía formar el lazo que ligaba dos corazones entre sí.

En testimonio de lo dicho, los cantos de amor de los árabes españoles manifiestan, en parte, una pasmosa profundidad de sentimientos. Algunos respiran una veneración fervorosa de la mujer, a la cual era extraña la Europa cristiana de entonces. En los movimientos y voces del estos cantares se halla una mezcla de blandos arrobos y de violentas pasiones, que recuerdan la moderna poesía por el melancólico. amor a la soledad, y por la estática y soñadora contemplación de la naturaleza.

Con todo, un extraordinario esplendor de colorido y otras muchas calidades nos hacen pensar en el origen oriental de estos cantos. Transportémonos por un momento, a fin de conocerlos mejor en su esencia y propiedades, bajo el hermoso cielo de Andalucía, donde nacieron. Anochece; la voz del muecín se ha oído convocando para la oración; los fieles entran en las mezquitas; el silencio reina sobre el cerro a orillas del río; su peñascosa cima está coronada por las almenadas torres y chapiteles de un alcázar; con los últimos resplandores del sol, brillan los dorados alminares de la ciudad; las sombras de los cipreses se proyectan con más extensión; por los arcos de herradura de los ajimeces se percibe movimiento; por entre las rejas se ven vagar blancos velos; y murmurando y alzándose por encima de las copas de los granados, se oye subir del valle el sonido de un laúd. Una voz canta:

Por la inmensidad del cielo
con afán mis ojos giran.
En las estrellas buscando
la luz de tu faz querida.
En pos del rastro oloroso
que tu beldad comunica,
voy por todos los senderos
y detengo al que camina.
Parar los vientos ansío,
por si en sus alas envías
un eco de tus palabras,
una nueva de tu vida.
Por si pronuncian tu nombre,
mi oído anhelante espía,
y en todo rostro encubierto
mi mente el tuyo imagina.

Otra voz canta:

Di a mi amada, mensajero,
que me da muerte su amor,
y que la muerte prefiero
a tan acerbo dolor.
Desdeñosa o enojada,
sólo a morir me convida,
mas con su dulce mirada
puede volverme la vida.

Otra tercera voz dice:

Desde que me dejaste,
y a los brazos de otro te anudaste,
es mi vida tan negra y tan amarga
como la noche larga.
Dime, infiel; di, gacela fugitiva,
¿no recuerdas las noches deliciosas
en que gocé de tu beldad, cautiva
en cadenas y tálamo de rosas?
¿Así olvidas el lazo que formamos,
de un collar perlas y de un tronco ramos?
El mismo manto entonces nos ceñía,
era tu forma una con la mía,
y de dorada luz un limpio velo
nos echaban los astros desde el cielo.

Para comprender de cuánta ternura de sentimientos eran capaces las almas más nobles y delicadas de los árabes españoles, se debe leer la descripción del amor juvenil de uno de los más importantes escritores del siglo XI, tal como él mismo nos la ha dejado escrita.

«En el palacio de mi padre, dice Ibn Hazm, vivía una joven, que recibía allí su educación. Tenía dieciséis años, y ninguna otra mujer se le podía comparar en beldad, entendimiento, modestia, discreción y dulzura. Las pláticas amorosas, el burlar y el reír no eran de su gusto, por lo cual hablaba poco.

Nadie osaba levantar hasta ella sus pensamientos, y sin embargo, su hermosura conquistaba todos los corazones, pues, aunque orgullosa y reservada en dar muestras de su favor, era más seductora que las que conocen a fondo el arte de encadenar a los hombres. Su modo de pensar era muy severo y no mostraba inclinación alguna por los vanos deleites, pero tocaba el laúd de un modo admirable. Yo era entonces muy mozo, y sólo pensaba en ella. A veces la oía hablar, pero siempre en presencia de otros, y en balde busqué durante dos años una ocasión de hablarle sin testigos. Ocurrió en esto que se dio en nuestra casa una de aquellas fiestas que se acostumbraban en los palacios de los grandes, a la cual asistieron las mujeres de nuestra casa y las de mi hermano, y donde, por último, estuvieron convidadas también las mujeres de nuestros clientes y más distinguidos servidores. Después de pasar una parte del día en el palacio, fueron éstas a un pabellón, desde donde se gozaba de una magnífica vista de Córdoba, y tomaron asiento en un sitio desde el cual los árboles de nuestro jardín no estorbaban la vista. Yo fui con ellas, y me acerqué al hueco de la ventana donde se encontraba la joven; mas apenas me vio a su lado, cuando con graciosa ligereza se huyó hacia otra parte del pabellón. Yo la seguí, y se me escapó de nuevo. Mis sentimientos le eran ya hartamente conocidos, porque las mujeres poseen un sentido más perspicaz para descubrir las huellas del amor que se les profesa, que el de los beduinos para reconocer la vereda trillada en sus excursiones nocturnas por el desierto. Por dicha, ninguna de las otras mujeres advirtió nada de lo ocurrido, porque estaban todas muy embelesadas con la vista, y no prestaban atención.

Cuando más tarde bajaron todas al jardín, las que tenían mayor influjo por su posición o por su edad, rogaron a la dama de mis pensamientos que entonase un cantar, y yo uní mi ruego a los de ellas. Así rogada, empezó, con una timidez que a mis ojos realzaba más sus encantos, a pulsar el laúd, y cantó los siguientes versos de Abbas, hijo de al-Ahnaf:

En mi sol pienso sólo,
en mi muchacha linda.
¡Ay, que perdí su huella
tras de pared sombría!
¿Es de estirpe de hombres,
o de los genios hija?
Ejerce de los genios
el poder con que hechiza;
de ellos tiene el encanto,
pero no la malicia.
Es su cara de perlas,
su talle palma erguida,
blando aroma su aliento,
ella gloria y poesía.
Ser de la luz creado,
graciosamente agita
la veste vaporosa,
y ligera camina;
su pie no quiebra el tallo
de flores ni de espigas.

Mientras que cantaba, no fueron las cuerdas de su laúd, sino mi corazón, lo que hería con el plectro. Jamás se ha borrado de mi memoria aquel dichoso día, y aún en el lecho de muerte he de acordarme de él. Pero desde entonces, nunca más volví a oír su dulce voz, ni volví a verla en mucho tiempo.

No la culpes, decía yo en mis versos, si es esquiva y huye. No merece por esto tus quejas. Hermosa es como la gacela y como la luna, pero la gacela es tímida, y la luna inasequible a los hombres.

Me robas la dicha de oír tu dulce voz, decía yo además, y no quieres deleitar mis ojos con la contemplación de tu hermosura. Sumida del todo en tus piadosas meditaciones, entregada a Dios por completo, no piensas más en los mortales. ¡Cuán dichoso Abbas, cuyos versos cantaste! Y sin embargo, si aquel gran poeta te hubiese oído, se hubiese llenado de tristeza, te hubiera envidiado como a su vencedora, porque, mientras que cantabas sus versos, ponías en ellos un sentimiento de que el poeta carecía, o que no supo expresar.

Entre tanto sucedió que, tres días después que al-Mahdi subió al trono de los califas, abandonamos nuestro nuevo palacio, que estaba en la parte de Oriente de Córdoba, en el arrabal de Zahira, y nos fuimos a vivir a nuestra antigua morada, hacia el Occidente, en Balat Mugit; pero, por razones que es inútil exponer aquí, la joven no se vino con nosotros. Cuando Hišam II subió otra vez al trono, caímos en desgracia con los nuevos dominadores; nos sacaron enormes sumas de dinero, nos encerraron en una cárcel, y cuando recobramos la libertad, tuvimos que escondernos. Entonces vino la guerra civil; todos tuvieron mucho que padecer, y nuestra familia más que todos. Entre tanto murió mi padre el 21 de Junio de 1012, y nuestra suerte no se mejoró en nada. Cierta día, asistiendo yo a las exequias de un pariente, reconocí a la joven en medio de las mujeres que componían el duelo. Muchos motivos tenía yo entonces para estar melancólico; se diría que venían sobre mí todos los infortunios, y sin embargo, no bien la volví a ver, me pareció que lo presente, con todas sus penas, desaparecía como por encanto. Ella evocó y trajo de nuevo a mi memoria mi vida pasada, aquellos días hermosos de mi amor juvenil, y por un momento volví a ser joven y feliz, como ya lo había sido. Pero ¡ay, este momento fue muy corto! Pronto volví a sentir la triste y sombría realidad, y mi dolor, acrecentado con las angustias de un amor sin esperanza, se hizo más devorador y violento.

Ella llora por un muerto que todos estimaban y honraban, decía yo en mis versos que en aquella época compuse; pero el que vive aún tiene más derecho a sus lágrimas. Es extraordinario que compadezca a quien ha muerto de muerte natural y tranquila, y que no tenga compasión alguna de aquél a quien deja morir desesperado.

Poco tiempo después, cuando el ejército de los berberiscos se apoderó de la capital, fuimos desterrados, y yo tuve que abandonar a Córdoba en el verano de 1013. Cinco años pasaron entonces, durante los cuales no vi a la joven. Por último, cuando en el año de 1018 volví a

Córdoba, fui a vivir a casa de uno de mis parientes, donde la encontré de nuevo; pero estaba tan cambiada, que apenas la reconocí, y tuvieron que decirme quién era. Aquella flor, que había sido el encanto de cuantos la miraban, y que todos hubieran tomado para sí, a no impedirlo el respeto, estaba ya marchita; apenas le quedaban algunas señales de que había sido hermosa. En aquellos infelices tiempos, la que había sido criada entre la abundancia y el lujo de nuestra casa, se vio de pronto en la necesidad de acudir a su subsistencia por medio de un trabajo excesivo, no cuidando de sí misma ni de su hermosura. ¡Ay, las mujeres son flores delicadas; cuando no se cuidan, se marchitan! La beldad de ellas no resiste, como la de los hombres, a los ardores del sol, a los vientos, a las inclemencias del cielo y a la falta de cuidado. Sin embargo, tal como ella estaba, aún hubiera podido hacerme el más dichoso de los mortales si me hubiese dirigido una sola palabra cariñosa; pero permaneció indiferente y fría, como siempre había estado conmigo. Esta frialdad fue poco a poco apartándome de ella. La pérdida de su hermosura hizo lo restante.

Nunca dirigí contra ella la menor queja. Hoy mismo no tengo nada que echarle en cara. No me había dado derecho alguno para estar quejoso. ¿De qué la podía yo censurar? Yo hubiera podido quejarme si ella me hubiese halagado con esperanzas engañosas; pero nunca me dio la menor esperanza; nunca me prometió cosa alguna».

Hasta aquí lo que refiere Ibn Hamz de los amores de su juventud. Si examinamos ahora algunos cantos de amor de diversos autores, veremos qué variedad de tonos hay en ellos. El siguiente expresa el alborozo de un alma embriagada de felicidad al ver cumplidos todos sus deseos:

¡Alá permite que triunfe,
y al fin la puerta me abre,
por donde en noche sombría
el alba espléndida sale!
Alba su amor me concede;
amigos, felicitadme,
que a durar más su desdén,
muriera yo de pesares.
¡Oh alcores!
¡Oh verdes ramos,
florida gala del valle!
¡Y tú, gacela, Alba mía,
que mi noche iluminaste!
Pronto despierta cualquiera
de la embriaguez en que cae;
mas la que tú me infundiste
jamás podrá disiparse.
No hay censor que me la quite,
aunque me reprenda grave;
el mal llegó a tal extremo,
que no me le cura nadie.

El mismo júbilo inspira esta otra composición:

No bien el sol se hundiera entre celajes de oro,
y mostrase la luna su claro resplandor,
me prometió la dama gentil a quien adoro
venir a mi morada en alas del amor.
Y vino, como viene la luz de la mañana,
cuando nace en oriente, y dora y besa el mar.
Aérea deslizándose, y cual rosa temprana,
el ambiente llenando de aromas al pasar.
Como en cada capítulo del Alcorán severo
besa todas las letras el piadoso lector,
do estampaba la huella su breve pie ligero,
besaba yo la tierra con amante fervor.
Iluminó mi estancia, cual la luna radiante;
mientras todos dormían, velábamos allí;
y yo no me cansaba de besar su semblante
y de estrecharla al seno con dulce frenesí.
Al fin a separarnos nos obligó la aurora.
¡Noche al-Kadir! ¡oh noche bendita por Alá!
Más goces y misterios y dichas atesora
la noche que a su lado bendita pasé ya.

No son menos apasionados los versos en que la princesa Umm al-Kiram celebra a su querido al-Sammar:

¿Quién extraña el amor que me domina?
Él solo le mantiene,
rayo de luna que a la tierra viene,
y con su amor mis noches ilumina.
Él es todo mi bien, toda mi gloria;
cuando de mí se aleja,
ansioso el corazón, nunca le deja.
Y le guarda presente la memoria.

Cualquiera pensaría, al leer la siguiente composición de Said Ibn Yudi, que es obra de un Minnesänger o un trovador. Y sin embargo, el poeta autor de los versos vivió mucho antes, en el siglo IX:

Desde que su voz oí,
paz y juicio perdí;
y su dulce cantinela
me dejó tan sólo pena
y ansiedad en pos de sí.
Jamás a verla llegué.
Y en ella pensando vivo;
de su voz me enamoré,
y mi corazón cautivo
por su cantar le dejé.
Quien por ti, Yuyana, llora,
tu nombre, escrito en el seno,
pronuncia, y piedad implora,
Cual un monje nazareno
de aquella imagen que adora.

Esta otra breve canción parece un suspiro arrancado de lo íntimo del pecho por el dolor de la ausencia:

Lejos de ti, hermosa,
la pena me causas
que un pájaro siente
si quiebran sus alas.
Sobre el mar anhelo
volar do te hallas,
antes que la ausencia
la muerte me traiga.

Muchos de los cantares cortos recuerdan de una manera pasmosa las seguidillas improvisadas que todas las noches se cantan, al son de la guitarra, bajo los balcones de Andalucía. Así las que siguen:

En el cielo la luna
radiante luce,
pero pronto se vela
de negras nubes;
que, al ver tu cara,
envidiosa se esconde
y avergonzada.

Una eternidad dura
la noche triste
para el enamorado
que llora y gime;
mientras él vela,
ni querida ni amigos
oyen sus quejas.

La desdicha me tiene
de ti muy lejos,
mas a tu lado vive
mi pensamiento:
tu dulce imagen,
vagando ante mis ojos
llorar me hace.

Una idea que se repite a menudo es la de que dos amantes se ven mutuamente en sueños durante la ausencia, y de esta suerte hallan algún consuelo en su aflicción. Ibn Jafaya canta:

Envuelta en el denso velo
de la tenebrosa noche,
vino en sueños a buscarme
la gacela de los bosques.
Vi el rubor que en sus mejillas
celeste púrpura pone,
besé sus negros cabellos,
que por la espalda descoge,
y el vino aromoso y puro
de nuestros dulces amores,
como en limpio, intacto cáliz,

bebí en sus labios entonces.
La sombra, rápida huyendo,
en el Occidente hundióse,
y con túnica flotante,
cercada de resplandores,
salió la risueña aurora
a dar gozo y luz al orbe.
En perlas vertió el rocío,
que de las sedientas flores
el lindo seno entreabierto
ansiosamente recoge;
rosas y jazmines daban
en pago ricos olores.
Mas para ti y para mí,
¡oh gacela de los montes!
¿Qué más rocío que el llanto
que de nuestros ojos corre?

Ibn Darray expresa el mismo pensamiento más sencillamente:

Si en los jardines que habita
me impiden ver a mi dueño,
en los jardines del sueño
nos daremos una cita.

En la canción que sigue reproduce la misma idea el príncipe heredero Abd al-Rahman:

¡Oh desdeñosa gacela mía!
Tu dulce boca nunca me envía
palabra alguna que dé consuelo.
¡Qué mal respondes a tanto anhelo!
¡Qué mal me pagas tanto amor!
Como con flechas enherboladas
hieres mi alma con tus miradas,
y ni das bálsamo para la herida,
ni esa tu hermosa forma querida
mandas en sueños al amador.

Estos otros versos respiran una pasión tierna y profunda:

¿No tendrá fin esta noche?
¿No dará jamás alivio
El alba a quien vela y gime
de tu hermosura cautivo?
El dolor me oprime el seno,
y del corazón herido
arranca violentamente
apasionados suspiros.
En la cama me revuelvo,
sin quedar nunca tranquilo,
cual si estuviese erizada
de mil puñales buídos.
Enamorado me quejo,
y a ti mis ayes dirijo;
sé piadosa, oh muy amada,
sé menos dura conmigo.
Mas sólo quien de amor sabe
comprenderá mi martirio.
Cuánto queman las heridas
que amor en mi pecho hizo;
tú no, que en vez de sanarlas,
las renuevas con ahínco,
y al fin me hieres de muerte,
del alma en el centro mismo.

En esta otra composición hay un sentimiento más blando:

Pon en tu pecho brío,
¡oh mi querida Selma!
A fin de que resistas
el dolor de la ausencia.
Al apartarme ahora
de tu sin par belleza,
soy como condenado

que aguarda la sentencia;
pues nunca manda el cielo
más espantosa pena
que la de separarse
dos almas que se quieran.
Separación y muerte
igual dolor encierran,
aunque al muerto acompañen
con llantos a la huesa.
De nuestro amor se rompe
la florida cadena,
el nudo de mi pecho
y tu pecho se quiebra
ramos del mismo tronco
son esta angustia acerba
y el placer que tuvimos
en comunión estrecha.
Siempre el mayor deleite
mayor pesar engendra,
y la más dulce vida
más amarga tristeza.

Por último, muchas de las poesías eróticas de los árabes españoles son, como acontece a menudo con los versos de los pueblos meridionales, más bien que la expresión inmediata del sentimiento, un ingenioso juego de palabras, y una multitud de imágenes acumuladas por la fantasía y el entendimiento reflexivo. A esta clase pertenecen las composiciones que voy a citar. De Ibn Jafaya:

Cuántas noches contigo, deliciosas,
vino en el mismo cáliz yo bebía,
y nuestro hablar suave parecía
el susurro del céfiro en las rosas.
Perfume dulce el cáliz exhalaba;
pero más nuestros juegos; más las flores
que de tu seno y ojos seductores
y de tus frescos labios yo robaba.
Sueño, embriaguez, un lánguido quebranto
rindió tu cuerpo hermoso,
que entre mis brazos a posarse vino;
pero la sed, en tanto,
apagar quiso el corazón ansioso,
de tu boca en el centro purpurino,

fue entonces limpia y rutilante espada
y fue bruñido acero tu figura,
al desnudar la rica vestidura
tan primorosamente recamada.
Y yo estreché con lazo cariñoso
tu esbelto talle y delicado seno,
y besé tu sereno
rostro, que sol hermoso
para mi bien lucía,
dando ser a mi alma y alegría.
Toqué con ambas manos
toda la perfección de tu hermosura,
anchas caderas y cintura breve,
y dos alcores cándidos, lozanos,
que separa de un valle la angostura
y que están hechos de carmín y nieve.

De Ibn Baqi:

Cuando el manto de la noche
se extiende sobre la tierra,
del más oloroso vino
brindo una copa a mi bella.
Como talabarte cae
sobre mí su cabellera,
y como el guerrero toma
la limpia espada en la diestra,
enlazo yo su garganta,
que a la del cisne asemeja.
Pero al ver que ya reclina,
fatigada, la cabeza,
suavemente separo
el brazo con que me estrecha,
y pongo sobre mi pecho
su sien, para que allí duerma.
¡Ay! el corazón dichoso
me late con mucha fuerza.
¡Cuán intranquila almohada!
No podrá dormir en ella.

De Ibn Saraf:

Con su gracia y sus hechizos
enciende en mi corazón
una vehemente pasión
la niña de negros rizos.
No da sombra a su mejilla,
sobre los claveles rojos,
el cabello, porque brilla
cual sus negrísimos ojos.

De Abd Allah Ibn Abd al-Aziz:

Danos ventura, mostrándote,
¡oh luna de las mujeres!
¿Habrás más dulce ventura
que la ventura de verte?
Todos dicen a una voz,
donde quiera que apareces:
¡Ya ilumina nuestra noche
la luna resplandeciente!
Pero yo al punto replico
que la luna sólo tiene
una noche luz cumplida,
y tú la difundes siempre,
por Alá juro, señora,
que hasta el sol, cuando amanece,
no sale a dar luz al mundo
mientras tú no se lo ordenes;
porque ¿cómo podrá el sol
teñir de grana el Oriente,
sin que tus frescas mejillas
vivo rosicler le presten?

De al-Rusafi, A una tejedora:

Olvida tus amores,
me dicen los amigos;
no es digna la muchacha
de todo tu cariño.
Yo siempre les respondo:
vuestro consejo admito;
mas seguirle no puede
mi corazón cautivo,
de su dulce mirada
me retiene el hechizo,
y el olor que en sus labios
entre perlas respiro.
si echa la lanzadera,
brincan todos los hilos,
y mi corazón brinca,
y versos la dedico.
Si en el telar sentada,
forma un bello tejido,
me parece que urde
y trama mi destino.
Mas si entre las madejas
trabajando la miro,
me parece una corza
que en la red ha caído.

De Ibn al-Abbar, La cita nocturna:

Recatándose medrosa
de la gente que la espía,
con andar tácito y ágil
llegó mi prenda querida.
Su hermosura por adorno,
en vez de joyas, lucía.
Al ofrecerle yo un vaso
y darle la bienvenida,
el vino en su fresca boca
se puso rojo de envidia.
Con el beber y el reír
cayó en mi poder rendida.
Por almohada amorosa

le presenté mi mejilla.
Y ella me dijo: en tus brazos
dormir anhelo tranquila.
Durante su dulce sueño
a robar mil besos iba;
mas ¿quién sacia el apetito
robando su propia finca?
Mientras esta bella luna
sobre mi seno yacía,
se oscureció la otra luna,
que los cielos ilumina,
pasmada dijo la noche:
¿quién su resplandor me quita?
¡Ignoraba que en mis brazos
la luna estaba dormida.

De Umayya Ibn Abu-l-Salt, A una bella escanciadora:

Más que el vino que escancia,
vierte rica fragancia
la bella escanciadora,
y más que el vino brilla
en su tersa mejilla
el carmín de la aurora.
Pica, es dulce y agrada
más que el vino su beso,
y el vino y su mirada
hacen perder el seso.

Estos delicados versos son del príncipe Izz al-Dawla:

Lleno de afán y tristeza,
este billete te escribo,
y el corazón, si es posible,
en el billete te envío.
Piensa al leerle, señora,
que hasta ti vengo yo mismo;

que sus letras son mis ojos
y te dicen mi cariño.
De besos cubro el billete,
porque pronto tus pulidos
blancos dedos romperán
el sello del sobreescrito.

El poeta Abu Amir dirigió a la hermosa Hind, tan célebre por su talento en música y poesía, la siguiente invitación para que viniese a su casa con el laúd:

Ven a mi casa; ansía tu presencia
un círculo de amigos escogido;
escrúpulo no tengas de conciencia,
que no se beberá nada prohibido.
Ven, Hind; que agua clara
sólo como refresco se prepara.
De ruiñeñores un amante coro
en mi jardín oímos;
mas todos preferimos
tu voz suave y tu laúd sonoro.

Apenas hubo leído estas líneas, escribió Hind en el respaldo de la carta:

Señor, en quien la nobleza
y la elevación se unen.
Que allá en los siglos remotos
hubo en los hombres ilustres,
Hind cede a tu deseo,
y al punto a tu casa acude;
antes que tu mensajero,
quizás ella te salude.

Abd al-Rahman II amaba con pasión a la hermosa Tarab, la cual se aprovechaba a menudo interesadamente de esta inclinación. Una vez se mostró tan enojada y zahareña, que se encerró en su estancia, donde el califa no logró penetrar en largo tiempo. Para hacérsela propicia y atraerla de nuevo a sus brazos, mandó entonces poner muchos sacos de oro a la puerta. A esto ya no pudo resistir la hermosa Tarab; abrió la puerta y se arrojó en los brazos de su regio y espléndido amante, mientras que las monedas de oro rodaban a sus pies por el suelo. En otra ocasión regaló Abd al-Rahman a esta muchacha un collar que valía diez mil doblas de oro. Uno de los visires se maravilló del alto precio del presente, y el califa respondió: «Por cierto que la que ha de llevar este adorno es aún más preciosa que él: su cara resplandece sobre todas las joyas». De esta suerte se extendió más aún alabando la hermosura de su Tarab, y pidió al poeta Abd Allah Ibn al-šamar que dijese algo en verso, sobre aquel asunto. El poeta dijo:

Para Tarab son las joyas;
Dios las formó para ella.
Vence a su luna y al sol
el brillo de la belleza.
Al dar la voz creadora
ser al cielo y a la tierra,
cifró en Tarab el dechado
de todas sus excelencias.
Ríndale, pues, un tributo
cuanto el universo encierra;
los diamantes en las minas,
y en el hondo mar las perlas.

Abd al-Rahman halló muy de su gusto estos versos, y también él improvisó los que siguen:

Excede a toda poesía
la poesía de tus versos.
¿Quién no te admira, si tiene
corazón y entendimiento?
Tus cantares se deslizan
en lo profundo del pecho,
pasando por los oídos
con un mágico embeleso.
De cuanto formó el Criador
para ornar el universo,
en esta linda muchacha
cifra dechado y modelo.
Sobre jazmines las rosas

en sus mejillas contemplo;
es como jardín florido,
es mi deleite y mi cielo.
¿Qué vale el collar de perlas
que rendido le presento?
Mi corazón y mis ojos
lleva colgados al cuello.

Hafsa, célebre poetisa granadina, no menos encomiada por su hermosura que por su extraordinario talento, tenía relaciones amorosas con el poeta Abu Yafar. El gobernador de Granada puso en ella los ojos, y como celoso, empezó a tender lazos contra su rival. Hafsa se vio obligada a obrar con mucho recato, y estuvo dos meses sin contestar a un billete que su amante le había escrito pidiéndole una cita. Abu Yafar le volvió a escribir entonces:

Tú, a quien escribí el billete,
a nombrarte no me atrevo,
di, ¿por qué no satisfaces
mi enamorado deseo?
Tu tardanza me asesina;
de afán impaciente muero.
¡Cuántas noches he pasado
dando mil quejas al viento
cuando las mismas palomas
no perturban el silencio!
¡Infelices los amantes
que del adorado dueño
ni una respuesta consiguen,
ni esperanza ni consuelo!
Si es que no quieres matarme
de dolor, responde presto.

Abu Yafar envió a su querida este segundo billete con su esclavo Asam y ella contestó al punto en el mismo metro y con la misma rima:

Tú, que presumes de arder
en más encendido afecto,
sabe que me desagradan

tu billete y tus lamentos.
Jamás fue tan quejumbroso
el amor que es verdadero,
porque confía y desecha
los apocados recelos.
Contigo está la victoria:
no imagines vencimientos.
Siempre las nubes esconden
fecunda lluvia en el seno.
Y siempre ofrece la Palma
fresca sombra y blando lecho.
No te quejes; que harto sabes
la causa de mi silencio.

Hafsa entregó esta contestación al mismo esclavo que le había traído el billete de Abu Yafar, y al despedirle, prorrumpió en invectivas contra él y contra su amo. «Mal haya, dijo, el mensajero, y mal haya quien le envía. Ambos son para poco y no quiero tratar con ellos». El esclavo volvió muy afligido a donde estaba Abu Yafar, y mientras éste leía la respuesta, no cesó de quejarse de la crueldad de Hafsa. Cuando Abu Yafar hubo leído, le interrumpió, exclamando: «Necio ¿qué locura es ésta? Hafsa me promete una cita en el kiosko de mi jardín que se llama la Palma». En efecto se apresuró a ir allí, y Hafsa no se hizo esperar mucho tiempo. Abu Yafar quiso darla nuevas quejas, pero la poetisa, dijo:

Ya basta; juntos estamos;
cuanto ha pasado olvidemos.

El grande al-Mansur estaba sentado una vez, en compañía del visir al-Mugira, en los jardines de su magnífico palacio de Zahara. Mientras que ambos se deleitaban bebiendo vino, una hermosa cantadora, de quien al-Mansur estaba enamorado, pero que amaba al visir, entonó esta canción:

Ya el sol en el horizonte
con majestad se sepulta,
y con sus últimos rayos
tiñe el ocaso de púrpura.
Como bozo en las mejillas,
se extiende la noche oscura

por el cielo, donde luce,
dorada joya, la luna.
En la copa cristalina
que como hielo deslumbra,
del vino los bebedores
el fuego líquido apuran.
Entre tanto, confiada,
he incurrido en grave culpa;
pero su dulce mirar
el corazón me subyuga.
Le vi, y al punto le amé,
él huye de mi ternura,
y con estar a mi lado
la está haciendo más profunda.
A caer entre sus brazos
enamorada me impulsa,
y a suspenderme a su cuello
en deleitosa coyunda.

Al-Mugira fue tan poco circunspecto, que contestó a la canción de esta manera:

Para llegar hasta ti
abrir camino pretendo,
y una muralla le cierra
de amenazantes aceros;
mas por lograr tu hermosura
perdiera la vida en ellos,
si supiese que me amas
con un amor verdadero;
pues el que noble nació
y se propone un objeto,
ni ante el peligro se para,
ni retrocede por miedo.

Al-Mansur se levantó furioso, sacó su espada, y gritó con voz de trueno a la cantarina:
«Confiesa la verdad; tu canción iba dirigida al visir. -Una mentira aún pudiera salvarme
acaso, contestó ella; pero no quiero mentir. Sí; su mirada ha penetrado en mi corazón; el
amor me ha obligado a declarar lo que debí callar. Puedes castigarme, señor; pero eres

magnánimo y te complaces en perdonar a los que confiesan su delito». En seguida añadió, vertiendo lágrimas:

No pretendo sincerarme;
mi falta no tiene excusa,
a lo que el cielo decreta
me resigno con dulzura.
Pero tu poder supremo
en la clemencia se ilustra:
muéstrate, señor, clemente,
y perdona nuestra culpa.

Poco a poco fue al-Mansur calmándose y suavizándose con ella; pero su cólera se volvió contra el visir, a quien abrumó de reproches. El visir dejó primero que cayesen sobre él las quejas, y al cabo dijo: «Señor, confieso que he faltado gravemente; pero no podía ser otra cosa. Cada uno es esclavo de su destino y debe someterse a él con calma. Mi destino ha querido que yo ame a una hermosa a quien nunca debí amar». Al-Mansur calló al principio, pero respondió finalmente: «Está bien; os perdono a los dos: al-Mugira, la muchacha es tuya; yo te la doy».

- V -

Cantos de guerra

Desde el momento dice Ibn Jaldun, en que España fue conquistada por los mahometanos, esta tierra, como límite de su imperio, se hizo perpetuo teatro de sus santos combates, campo de sus mártires, y puerta de entrada a la eterna bienaventuranza de sus guerreros. Los deliciosos lugares que habitaban los musulimes en esta tierra estaban como fundados sobre fuego devorador, y como entre las garras y los dientes de los leones, porque a los creyentes de España los cercaban pueblos enemigos e infieles, y sus demás correligionarios vivían separados de ellos por el mar».

Sabido es como aquel puñado de valientes godos que en el octavo siglo, acaudillados por Pelayo, conservaron sólo su independencia de los musulimes, defendiéndose en un principio

de la cueva de Covadonga, fueron creciendo en número y poder, emprendieron la guerra ofensiva, y volvieron a llevar la bandera de la cruz por toda la Península. Más de siete siglos duró la guerra entre cristianos y moros, en un principio con notable superioridad de los últimos; después de la caída de los omeyas, con frecuente y brillante éxito para los primeros. Si todavía, hacia el fin del siglo X, el poderoso al-Mansur penetró hasta el corazón de Galicia, arrasó en venerable santuario de Santiago, e hizo traer a Córdoba, sobre los hombros de los prisioneros cristianos, las campanas de las iglesias destruidas, ya en el siglo siguiente Alfonso VI hace tributarios a algunos príncipes mahometanos y conquista a Toledo. Pero más terrible que nunca ardía entonces la pelea. El Islam parecía amenazar a toda Europa. Fervorosas huestes, llenas de religioso fanatismo, se precipitaban de nuevo, y con frecuencia, desde África en la Península, a fin de lanzarse contra los ejércitos cristianos, los cuales, reforzados por caballeros de otros países, y singularmente de Provenza, sólo reconocían la mar por límite de sus atrevidas cruzadas. No hay un palmo de tierra en todo el territorio español, que no esté regado con la sangre de estos combates de la fe. Cien millares de hombres caían por ambos lados en las espantosas batallas de Zalaca, Alarcos y las Navas de Tolosa, confiados firmemente, los unos en que por tomar parte en el triunfo de la santa cruz alcanzarían el perdón de sus pecados y se harían mercedores del Cielo; los otros, en que entrarían como mártires en el paraíso de Mahoma. «A medianoche (así describe Rodrigo, arzobispo de Toledo, los preparativos para una gran batalla) resonó en el campamento de los cristianos la voz del heraldo, que los excitaba a todos a que se armasen para la santa guerra. Después de haberse celebrado los divinos misterios de la pasión, se confesaron y comulgaron todos los guerreros, y se apresuraron armados a salir a la batalla. Las filas estaban en buen orden, y levantando las manos al cielo, dirigiendo a Dios los ojos, y sintiendo en el fondo del corazón el deseo del martirio, se arrojaron todos a los peligros de la batalla, siguiendo las banderas de la cruz e invocando el nombre del Altísimo». Un escritor árabe dice: «El poeta Ibn al-Faradí estaba una vez como peregrino en la Meca, y abrazándose al velo de la Caaba, pidió a Dios Todopoderoso la gracia de morir como mártir. Posteriormente, sin embargo, se presentaron a su imaginación con tal viveza los horrores de aquella violenta muerte, que se arrepintió de su deseo y estuvo a punto de volver y de rogar a Dios que tuviese por no hecha su súplica; pero la vergüenza le retuvo. Más tarde alcanzó de Dios lo que le había pedido. Murió como mártir en la toma de Córdoba, y se cuenta que uno que le encontró tendido entre un montón de cadáveres, le oyó murmurar, durante la agonía, y con voz apagada, las palabras siguientes de la santa tradición: «Todo el que es herido en los combates de la fe (y bien sabe Dios reconocer las heridas que se han recibido por su causa) aparecerá en el día de la resurrección con las heridas sangrientas; su color será como sangre, pero su aroma como almizcle. Apenas hubo dicho estas palabras expiró.

Apariciones maravillosas inflamaban por ambos lados el celo de la religión. Un historiador arábigo refiere: «Abu Yusuf, príncipe de los creyentes, se pasó en oración toda la noche que precedió a la batalla de Alarcos, suplicando fervorosamente a Dios que diese a los musulimes la victoria sobre los infieles. Por último, a la hora del alba, el sueño se apoderó de él por breve rato. Pero pronto despertó lleno de alegría; llamó a los jeques y a los santos varones y les dijo: Os he mandado llamar para que os alegréis con la noticia de que Dios nos concede su auxilio. En esta bendita hora acabo de ser favorecido por la revelación. Sabed que mientras que estaba yo arrodillado, me sorprendió el sueño por un instante, y al punto vi que en el cielo se abría una puerta y que salía por ella y descendía hacia mí un

caballero sobre un caballo blanco. Era de soberana hermosura y difundía dulce aroma. En la mano llevaba una bandera verde, la cual desplegada, parecía cubrir el cielo. Luego que me saludó, le pregunté: ¿Quién eres? ¡Dios te bendiga! Y él me contestó: Soy un ángel del séptimo cielo, y vengo para anunciarte, en nombre de Alá, la victoria a ti y los guerreros que siguen tus estandartes, sedientos del martirio y de las celestiales recompensas».

Así como a los árabes se les aparecían los ángeles del séptimo cielo o el Profeta, los cristianos veían a Santiago, no sólo anunciando la victoria, sino también como campeón contra los infieles. Don Rodrigo, arzobispo de Toledo, cuenta de la batalla de Clavijo: «Los sarracenos avanzaron entonces en portentosa muchedumbre, y las huestes del rey Don Ramiro retrocedieron a un lugar llamado Clavijo. Durante la noche el rey estaba en duda sobre si aventuraría la batalla. Entonces se le apareció el bendito Santiago y le dio ánimo, asegurándole que al siguiente día alcanzaría una victoria sobre los moros. El rey se levantó muy de mañana, y participó a los obispos y a los grandes la visión que había tenido. Todos dieron por ella gracias a Dios, y llenos de fe en la promesa del apóstol, se apercibieron a la pelea. Por la otra parte, los sarracenos salieron también a combatir, confiados en su mayor número. De este modo se trabó la batalla; pero pronto se desordenaron los moros y se pusieron en fuga. Setenta mil de ellos quedaron antes en el campo. En esta batalla se apareció el bendito Santiago sobre un caballo blanco y con una bandera en la mano». El cronista general de Galicia dice: «Treinta y ocho apariciones visibles de Santiago en otras tantas batallas, en las cuales el Apóstol dio auxilio a los españoles, son enumeradas por el erudito D. Miguel Erce Jiménez; pero yo tengo por cierto que sus apariciones han sido muchas más, y que en cada victoria alcanzada por los españoles, este gran capitán suyo ha venido a auxiliarlos». «Santiago, dice otro escritor español, es en España nuestro amparo y defensa en la guerra; poderoso como el trueno y el relámpago, llena de espanto a los mayores ejércitos de los moros, los desbarata y los pone en fuga».

Aquella grande y secular pelea, que conmovía todos los corazones, halló también eco en la poesía. Entre el estruendo de las batallas, el resonar de las armas los gritos invocando a Alá y el tañido de las campanas, su voz llega a nuestro oído. Oigámosla, ora excitando al guerrero de la cruz, ora al campeón del Profeta, ya prorrumpiendo en cánticos de victoria, ya entonando himnos fúnebres.

Cuando los cristianos, en el año 1238, estrechaban fuertemente a Valencia, Ibn Mardaniš, que mandaba en la ciudad, encargó al poeta Ibn al-Abbar que fuese a África, a la corte del poderoso Abd Zakariya, príncipe de los hafsidas, a pedirle socorro. Llegado allí, el embajador recitó en presencia de toda la corte la siguiente qasida, e hizo tal impresión, que Abd Zakariya concedió al punto el socorro demandado, y envió una flota bien armada a las costas de España:

Abierto está el camino; a tus guerreros guía,
¡oh de los oprimidos constante valedor!
Auxilio te demanda la bella Andalucía;
la libertad espera de tu heroico valor.
De penas abrumada, herida ya de muerte,
un cáliz de amargura el destino le da;

se marchitó su gloria, y sin duda la suerte
a sus hijos por víctimas ha designado ya.
Aliento a tus contrarios infunde desde el cielo,
y a tu pesar, ¡oh patria! del alba el arrebol;
tu gozo cambia en llanto, tu esperanza en recelo
cuando a ocultarse baja en Occidente el sol.
¡Oh vergüenza y oprobio! juraron los cristianos
robarte tu amoroso y máspreciado bien,
y repartir por suerte a sus besos profanos
las mujeres veladas, tesoro del harem.
La desdicha de Córdoba los corazones parte;
Valencia aguarda, en tanto, más negro porvenir;
en mil ciudades flota de Cristo el estandarte;
espantado el creyente, no puede resistir.
Los cristianos, por mofa, nos cambian las mezquitas
en conventos, llevando doquier la destrucción,
y doquiera suceden las campanas malditas
a la voz del almuédano, que llama a la oración.
¿Cuándo volverá España a su beldad primera?
Aljamas suntuosas do se leyó el Corán,
huertos en que sus galas vertió la primavera,
y prados y jardines arrasados están.
Las florestas umbrosas, que alegraban la vista,
ya pierden su frescura, su pompa y su verdor;
el suelo se despuebla después de la conquista;
hasta los extranjeros le miran con dolor.
Cual nube de langostas, cual hambrientos leones,
destruyen los cristianos nuestro rico vergel;
de Valencia los límites traspasan sus pendones,
y talan nuestros campos con deleite cruel.
Los frutos deliciosos que nuestro afán cultiva,
el tirano destroza y consume al pasar;
incendia los palacios, las mujeres cautiva;
ni reposa, ni duerme, ni sabe perdonar.
Ya nadie se re opone; ya extiende hacia Valencia
la mano para el robo que ha tiempo meditó;
el error de tres dioses difunde su insolencia;
por él en todas partes a sangre y fuego entró.
Mas huirá cuando mire al aire desplegado
el pendón del Dios único, ¡oh príncipe! por ti;
salva de España, salva, el bajel destrozado;
no permitas que todos perezamos allí.
Por ti renazca España de entre tanta ruina,
cual renacer hiciste la verdadera fe;
ella, como una antorcha, tus noches ilumina,
en pro de Dios tu acero terrible siempre fue.
Eres como la nube que envía la abundancia;

la tiniebla disipas como rayo de sol;
de los almorávides la herética ignorancia
ante tu noble esfuerzo amedrentada huyó.
De ti los angustiados aguardan todavía
que les abras camino de paz y de salud;
Valencia, por mi medio, estas cartas te envía;
socorro te demanda; espera en tu virtud.
Llegamos a tu puerto en nave bien guiada,
y escollos y bajíos pudimos evitar;
por los furiosos vientos la nave contrastada,
temí que nos tragasen los abismos del mar.
Cual por tocar la meta, reconcentra su brío
y hace el último esfuerzo fatigado corcel,
luchó con las tormentas y con el mar bravío,
y en puerto tuyo, al cabo, se refugió el bajel.
El trono a besar vengo do santo resplandece
el noble Abd Zakariya, hijo de Abd al-Wahid;
mil reinos este príncipe magnánimo merece;
el manto de su gracia los sabe bien cubrir.
Su mano besan todos con respeto profundo;
de él espera cuitado el fin de su dolor;
sus órdenes alcanzan al límite del mundo
y a los remotos astros su dardo volador.
Al alba sus mejillas dan color purpurino;
su frente presta al día despejo y claridad;
siempre lleva en la mano su estandarte el Destino;
aterra a los contrarios su inmensa potestad.
Entre lanzas fulgura como luna entre estrellas;
resplandores de gloria coronan su dosel,
y es rey de todo el mundo, y por besar sus huellas,
se humillan las montañas y postran ante él.
¡Oh rey, más que las pléyades benéfico y sublime!
De España en el Oriente, con brillo y majestad,
álzate como un astro, y castiga y reprime
del infiel la pujanza y bárbara maldad.
Lava con sangre el rastro de su invasión profana;
harta con sangre ¡oh príncipe! de los campos la sed;
riégalos y fecúndalos con la sangre cristiana;
venga a España tu ejército esta sangre a verter.
Las huestes enemigas intrépido destruye;
caiga mordiendo el polvo el cristiano en la lid;
a tus siervos la dicha y la paz restituye;
impacientes te aguardan como noble adalid.
Fuerza será que al punto a defendernos vueles;
España con tu auxilio valor recobrará.
Y con lucientes armas y rápidos corceles,
al combate a sus hijos heroicos mandará.

Dinos cuándo tu ejército libertador envías;
esto, señor, tan sólo anhelamos saber,
del cristiano enemigo para contar los días,
y su total derrota y pérdida prever.

A esta composición, que no carece de empuje, brillo y fogosa elocuencia, puede contraponerse esta otra en antiguo provenzal, donde el trovador Gavaudan convoca a los cristianos para una cruzada contra el muwahide Jacub al-Mansur.

«¡Ah, señores! por nuestros pecados crece la arrogancia de los sarracenos. Saladino tomó a Jerusalén y aún la conserva. El Rey de Marruecos, con sus árabes insolentes y sus huestes de andaluces, mueve guerra a los príncipes cristianos para extirpar nuestra fe.

Llama a las tribus guerreras de África, a los moros berberiscos y masamudes, todos juntos, y vienen ardiendo en furia. No cae la lluvia más espesa que ellos, cuando se precipitan sobre el mar. Para pasto de buitres los lleva su rey, como corderos que van a la pradera a destruir vástagos y raíces.

Y se jactan, llenos de orgullo, de que el mundo entero les pertenece; y se acampan con mofa, amontonados sobre nuestros campos, y dicen: Francos, idos de aquí, porque todo es nuestro hasta Puy, Tolosa y Provenza. ¿Hubo nadie jamás tan atrevido como estos perros sin fe?

Oye, emperador; oíd, reyes de Francia y de Inglaterra; oye, conde de Poitiers; tended una mano protectora a los reyes de España; nunca tendréis mejor ocasión de servir a Dios. ¡Oídmme, oídmme! Dios os dará la victoria sobre los paganos y los renegados, a quienes ciega Mahoma.

Se nos abre un camino para hacer penitencia de los pecados que Adán echó sobre nosotros. ¡Confiad en la gracia de Jesucristo! Sabed que Jesucristo, de quien dimana la verdadera salud, ha prometido darnos la bienaventuranza y ser nuestro amparo y defensa contra esa canalla feroz.

Nosotros, que conocemos la verdadera fe, no debemos vender esta promesa a esos perros negros, que se aproximan furiosos desde el otro lado del mar. ¡Sús, pues! apresuraos, antes que la desgracia caiga sobre nosotros. Por largo tiempo hemos dejado ya solos a Castilla, Aragón, Portugal y Galicia, para que caigan entre sus garras.

No bien las huestes de Alemania, adornadas de la cruz, y las de Francia, Inglaterra, Anjou y Bearn, con nosotros los provenzales, estemos unidos en un poderoso ejército, derrotaremos al de los infieles, cortaremos sus cabezas y sus manos, hasta que no quede nada de ellos, y nos repartiremos el botín.

Gavaudan el vidente os lo anuncia; los perros serán pasados a cuchillo; y donde Mahoma impera, será adorado Dios en lo futuro.

Pero la predicción del trovador no se cumplió, porque la batalla de Alarcos puso término a la cruzada, que él había convocado, con una terrible derrota de las huestes cristianas.

El mismo escritor árabe, de quien hemos copiado la historia de la aparición que anunció al rey mahometano la victoria durante la noche que precedió a la batalla, refiere la batalla de esta manera: «El maldito Alfonso, enemigo de Dios, se adelantó con todo su ejército para atacar a los musulimes. Entonces oyó a la derecha el redoblar de los tambores, que estremecía la tierra, y el sonido de las trompas, que llenaba los valles y los collados, y mirando a lo lejos, columbró los estandartes de los muwahides, que se acercaban ondeando, y el primero de todos era una blanca bandera victoriosa, con esta inscripción: -¡No hay más Dios que Alá; Mahoma es su profeta; sólo Dios es vencedor!- Al ver después a los héroes musulmanes que hacia él venían con sus huestes, ardiendo en sed de pelear, y al oír que en altas voces proclamaban la verdadera fe, preguntó quiénes eran, y obtuvo esta respuesta: «¡Oh maldito! quien se adelanta es el Príncipe de los creyentes, todos aquellos con quienes hasta aquí has peleado eran sólo exploradores y avanzadas de su ejército. De esta suerte, Dios Todopoderoso llenó de espanto el corazón de los infieles, y volvieron las espaldas y procuraron huir; pero los valientes caballeros musulimes los persiguieron, los estrecharon por todos lados, los alancearon y acuchillaron, y, hartando sus aceros de sangre, hicieron gustar a los enemigos la amarga bebida de la muerte. Los musulimes cercaron en seguida la fortaleza de Alarcos, creyendo que Alfonso quería defenderse allí; pero aquel enemigo de Dios entró por una puerta y se escapó por otra. Luego que las puertas de la fortaleza, tomada por asalto, fueron quemadas, todo lo que había allí y en el campamento de los cristianos cayó, como botín, en poder de los musulimes; oro, armas, municiones, granos, acémilas, mujeres y niños. En aquel día perecieron tantos millares de infieles, que nadie puede decir su número; sólo Dios lo sabe. A veinte y cuatro mil caballeros de las más nobles familias cristianas, que en la fortaleza quedaron cautivos, mostró su piedad el Príncipe de los creyentes, dejándolos ir libres. Así ganó alta fama de magnánimo; pero todos los musulimes, que reconocen la unidad de Dios, censuraron esto como la mayor falta en que puede incurrir un rey».

Oigamos ahora un cántico triunfal de los árabes, en el cual se celebra, no esta victoria de las armas musulmicas, sino otra casi tan brillante. Cuando Abu Yusuf, después de la batalla de Écija, entró en Algeciras, recibió del príncipe de Málaga, Ibn Aşqilula, la siguiente qasida, felicitándole:

Los vientos, los cuatro vientos,
traen nuevas de la victoria;
tu dicha anuncian los astros
cuando en el Oriente asoman.
De los ángeles lucharon
en tu pro las huestes todas,
y era su número inmenso
la inmensa llanura angosta.

Las esferas celestiales,
que giran majestuosas,
hoy, con su eterna armonía,
tus alabanzas entonan.
En tus propósitos siempre
Alá te guía y te apoya;
tu vida, por quien la suya
diera el pueblo que te adora,
del Altísimo, del único,
has consagrado a la gloria.
A sostener fuiste al campo
la santa ley de Mahoma,
en tu valor confiado
y en tu espada cortadora;
y el éxito más brillante
la noble empresa corona,
dando fruto tus afanes
de ilustres y grandes obras.
De incontrastable pujanza
Dios a tu ejército dota;
sólo se salva el contrario
que tu compasión implora.
Sin recelar tus guerreros
ni peligros ni derrota,
a la lid fueron alegres,
apenas nació la aurora.
Magnífica de tu ejército
era la bélica pompa,
entre el furor del combate,
teñido de sangre roja,
y el correr de los caballos,
y las armas que se chocan.
Alá tiene fija en ti
su mirada protectora;
como luchas por su causa,
Él con el triunfo te honra.
Y tú con lauro perenne
nuestra fe de nuevo adornas,
y con hazañas que nunca
los siglos, al pasar, borran.
Justo es que Alá, que te ama
y virtudes galardona,
la eterna dicha en el cielo
para tus siervos disponga.
Alá, que premia y ensalza
y que castiga y despoja,
en el libro de la vida

grabada tiene tu historia.
Todos, si pregunta alguien,
¿quién los enemigos doma?
¿Quién es el mejor califa?
Te señalan o te nombran.
No sucumbirá tu imperio;
deja que los tiempos corran.
Y que el destino se cumpla
en la señalada hora.
Álcese, en tanto, en el solio
con majestad tu persona,
y ante su brillo se eclipsen
las estrellas envidiosas.
Pues eres de los musulimes
defensa, amparo y custodia,
y su religión salvaste
con la espada vencedora.
Que Alá te gué y conserve,
y haga tu vida dichosa,
y de todo mal te libre,
y sobre tu frente ponga
el resplandor de su gracia
y sus bendiciones todas,
para que siglos de siglos
se perpetúe tu gloria.

La siguiente composición contiene otro llamamiento a la guerra santa, cuando ya los cristianos se habían enseñoreado en la mayor parte de la Península. La escribió, por encargo de Ibn Ahmar, rey de Granada, su secretario Abu Omar, a fin de avivar más el celo de combatir contra los enemigos de la fe en el corazón del sultán Abu Yusuf, de la dinastía de los Banu Merines, a quien entregaron los versos en Algeciras, en el año de 1275:

Camino de salud os abre el cielo
¿quién no entrará por él, de cuantos vivan
en España o en África, si teme
la gehenna inflamada, y si codicia
el eterno placer del paraíso,
sus sombras y sus fuentes cristalinas?
Quien anhele vencer a los cristianos,
la voz interna que le llama siga;
llénese de esperanza y fortaleza,
e irá con él la bendición divina.

Mas ¡ay de ti! si exclamas: «¿Por qué ahora
ha de volverse a Dios el alma mía?
Será mañana». ¿Y quién hasta mañana
te puede asegurar que tendrás vida?
Pronto viene la muerte, y tus pecados
la penitencia sólo borra y limpia.
Mañana morirás, si hoy no murieras;
la jornada terrible se aproxima,
de la que nadie torna; para ella
provisión de obras buenas necesitas.
La obra mejor es ir a la pelea;
ármate, pues, y ven a Andalucía;
no pierdas un instante; Dios bendice
a todo aquel que por su fe milita.
Con las infames manchas del pecado
llevas toda la faz ennegrecida;
lávatela con lágrimas, primero
que a la presencia del Señor asistas,
o siguiendo el ejemplo del Profeta,
arroja del pecado la ignominia,
y, por la fe lidiando, en las batallas
el alma con la sangre purifica.
¿Qué paz has de tener con los cristianos,
que niegan al Señor, y te abominan,
porque, mientras adoran a tres dioses,
que no hay más Dios que Alá constante afirmas?
¿Qué afrenta no sufrimos? En iglesias
por doquiera se cambian las mezquitas.
¿Quién, al mirarlo, de dolor no muere?
Hoy de los alminares suspendidas
las campanas están, y el sacerdote
de Cristo el sacro pavimento pisa,
y en la casa de Dios se harta de vino.
Ya en ella no se postran de rodillas
los fieles, ni se escuchan sus plegarias.
Pecadores sin fe la contaminan.
¡Cuántos de nuestro pueblo en las mazmorras
encerrados están, y en vano ansían
la dulce libertad! ¡Cuántas mujeres
entre infieles también lloran cautivas!
¡Cuántas vírgenes hay que, por librarse
del rudo oprobio, por morir suspiran;
y cuántos niños cuyos tristes padres
de haberlos engendrado se horrorizan!
Los varones piadosos, que en cadenas
yacen entre las manos enemigas,
no lamentan el largo cautiverio,

lamentan la vileza y cobardía
de los que a darles libertad no vuelan;
y los mártires todos, cuya vida
cortó la espada, y cuyos santos cuerpos,
llenos de sangre y bárbaras heridas,
cubren los vastos campos de batalla,
venganza de nosotros solicitan.
Un torrente de lágrimas derraman
desde el cielo los ángeles, que miran
tanta desolación, mientras del hombre
las entrañas de piedra no se agitan.
¿Por qué, hermanos, no arden vuestras almas
de indignación y de piadosa ira,
al saber cómo triunfan los infieles,
cómo la muerte aclara nuestras filas?
¿Olvidados tenéis los amistosos
lazos que antiguamente nos unían?
¿Nuestro deudo olvidado? ¿Son tan viles
los que adoran a Cristo, que no esgriman
el acero en defensa del hermano
y por vengar la injuria recibida?
Se extinguió el vivo ardor de vuestros pechos;
la gloria del Islam está marchita;
gloria que en otra edad os impulsaba,
mientras que ahora el miedo os paraliza.
¿Cómo ha de herir la espada, si desnuda
en una diestra varonil no brilla?
Mas los Banu Merines que más cerca
de nosotros están, ya nos auxilian;
la guerra santa es el deber supremo,
y en cumplir el deber no se descuidan.
Venid, pues; la pelea con laureles
o con la palma del martirio os brinda.
Si morís peleando, eterno premio
el Señor de los cielos os destina;
os servirán licores deliciosos,
del Paraíso en la floresta umbría,
las hermosas huríes ojinegras,
que anhelando están ya vuestra venida.
¿Quién, pues, cobarde, a combatir no acude?
¿Quién su sangre no da por tanta dicha?
Alá promete el triunfo a los creyentes,
y su promesa se verá cumplida.
Venid a que se cumpla. Nuestra tierra
clama contra los fuertes que la olvidan,
cual clama en su aflicción el pordiosero
contra el que el oro en crápulas disipa.

¿Por qué están los musulimes divididos,
y los contrarios en estrecha liga?
Liguémonos también, y pronto acaso
de todo el mundo haremos la conquista.
¿Qué ejército más fuerte que el de aquellos
a quienes el Altísimo acaudilla?
¿Cómo, en vez de suspiros y de quejas,
por nuestra santa fe no dais la vida?
Delante del Profeta, ¿con qué excusa
lograréis disculpar vuestra desidia?
Mudos os quedaréis cuando os pregunte:
«¿Por qué contra las huestes enemigas,
que a mi pueblo maltratan, no luchasteis?»
Y estas palabras de su boca misma,
duro castigo, si tenéis vergüenza,
serán para vosotros; y en el día
de la resurrección, que no interceda
justo será por vuestras almas míseras.
A fin de que interceda, a Dios roguemos
que al gran Profeta y a su ley bendiga;
y por su ley valientes combatamos,
a fin de que las fuentes dulces, limpias,
que riegan el eterno Paraíso,
nos den hartura en la región empírea.

En contraposición de estos versos, citaremos aquí otro llamamiento poético a la cruzada. Parece que el trovador Marcabrún le escribió, cuando Alfonso VII preparaba una expedición contra los moros andaluces, y que se cantó en España, en cuya parte de Oriente la lengua provenzal era entendida:

«Praxim nomine Domini. Marcabrún ha compuesto este canto, música y letra; escuchad lo que dice: El Señor, el Rey del cielo, lleno de misericordia, nos ha preparado cerca de nosotros una piscina que jamás la hubo tal, excepto en ultramar, allá hacia el valle de Josafat; y con ésta de acá nos conforta.

»Lavarnos mañana y tarde deberíamos según razón, yo os lo afirmo. Quien quiera tener ocasión de lavarse mientras se halla sano y salvo, deberá acercarse a la piscina, que no es medicina verdadera, pues si antes llegamos a la muerte, de lo alto caeremos en una baja morada.

»Pero la avaricia y la falta de fe no quieren acompañarse con los méritos propios de la juventud. ¡Ay! cuán lamentable es que los más vuelan allá donde se gana el infierno. Si no

corremos a la piscina antes de que se nos cierren la boca y los ojos, ninguno hay tan henchido de orgullo, que al morir no se halle con un poder superior.

»El Señor, que sabe todo cuanto es y cuanto será y cuanto fue, ha prometido el honor y nombre de emperador... ¿y sabéis cuál será la belleza de los que irán a la piscina? más que la de la estrella guía-naves, con tal de que venguen a Dios de la ofensa que le hacen aquí, y allá hacia Damasco.

»Cundió aquí tanto el linaje de Caín, del primer hombre traidor, que ninguno honra a Dios; pero veremos cuál le será amigo de corazón, pues en la virtud de la piscina se nos hará Jesús amigo, y serán rechazados los miserables que creen en agüero y en suerte.

»Los lujuriosos, los consume-vino, apresura-comida y sopla-tizón quedarán hundidos en medio del camino y exhalarán fetidez. Dios quiere probar en su piscina a los esforzados y sanos. Los otros guardarán su morada, y hallarán un fuerte poder que de ella los arroje, con oprobio suyo.

»En España, y acá el Marqués (Raimundo Berenguer IV) y los del templo de Salomón sufren el peso y la carga del orgullo de los paganos, por lo cual la juventud coge menguada alabanza; y caerá la infamia, a causa de esta piscina, sobre los más poderosos caudillos, quebrantados, degenerados, cansados de proezas, que no aman júbilo ni deporte.

»Desnaturalizados son los franceses si se niegan a tomar parte en la causa de Dios, pues bien sabe Antioquía cuál es su valor y cuál su prez. Aquí lloran Guiena y Poitú, Señor Dios junto a tu piscina. Da paz al alma del Conde y guarda a Poitú y a Niort el Señor que resucitó del sepulcro.»

Mientras que la poesía provenzal podía competir así con la arábica en brio y raptó lírico, para animar a la guerra santa, la castellana, que ya desde el siglo XII se había atrevido a dejar oír su tímida voz, no podía aún entrar en competencia. Pero, no bien esta poesía encontró un órgano adecuado en la lengua que poco a poco iba formándose de la latina, tomó también por asunto de su canto las expediciones guerreras contra los enemigos de Cristo. Estos comienzos, aunque briosos, todavía rudos y poco hábiles, de una poesía que estaba en la infancia, no se podían comparar con el arte de los árabes, llegado ya a su madurez; su torpe tartamudear se ahogaba entre el sonido de las trompas de los poetas mahometanos; los severos contornos de su dibujo palidecían ante el brillo del colorido deslumbrador de la poesía oriental. Sin embargo, éste es el lugar de presentar en el espejo de las noticias arábicas al héroe que ensalza el canto más antiguo escrito en lengua castellana tanto más cuanto que el cuadro de estas noticias encierra algunas poesías que iluminan a dicho héroe con una luz completa. Nadie se admire de que el famoso Cid Rui Díaz el Campeador, a quien la tradición nos pinta como un modelo ejemplar de piedad, de lealtad y de todas las virtudes del caballero aparezca de un modo menos brillante en las descripciones de sus enemigos. Si aquélla le retrata como un varón excelente, fiel a su injusto rey, aunque hablándole con severa franqueza, éstas nos le hacen ver como un cruel

tirano, quebrantador de la palabra dada, y que no pelea por defender a su rey y a su religión, sino para servir a pequeños príncipes mahometanos. La narración arábica nos coloca en el momento en que el príncipe de los almorávides, Yusuf Ibn Tašufin, ha invadido a Andalucía con sus hordas africanas, y amenaza derrocar los tronos de los príncipes mahometanos españoles. «No bien, dice, Ahmad Ibn Yusuf ibn Hud, el que en estos mismos momentos se agita en la frontera de Zaragoza, se cercioró de que los soldados del emir al-Muslimin salían de todos los desfiladeros, y se subían por todas partes a los puntos elevados, excitó a un cierto perro de los perros gallegos, llamado Rodrigo y apellidado el Campeador. Era éste un hombre muy sagaz, amigo de hacer prisioneros y muy molesto. Dio muchas batallas en la Península, y causó infinitos daños de todas especies a las taifas que la habitaban, y las venció y las sojuzgó. Los Banu Hud, en tiempos anteriores, fueron los que le hicieron salir de su oscuridad. Le pidieron su apoyo para sus grandes violencias, para sus proyectos viles y despreciables. Le habían entregado en señorío ciertas comarcas de la Península, y puso su planta en los confines de sus cinco mejores regiones, y plantó su bandera en la parte más escogida de ellas, hasta el punto de robustecer su imperio; y semejante a un buitre, depredó las provincias cercanas y las más apartadas. Entre tanto, Ahmad, temiendo la caída de su reino y notando que iban mal sus asuntos, trató de poner al Campeador entre él y la vanguardia del ejército del emir al-Muslimin, y le facilitó el paso para las comarcas de Valencia, y le proporcionó dinero, y le mandó después hombres. El Campeador sitió entonces la ciudad, en la cual había grandes discordias, y el cadí Abu Yahaf se había apoderado del mando. Mientras que las parcialidades ardían en lo interior, Rodrigo continuó el sitio con vivo celo, persiguiendo su objeto como se persigue a un deudor, y estimándole con la estimación que dan los amantes a los vestigios de sus amores. Cortó los víveres, mató a los defensores, puso en juego toda clase de tentativas, y se presentó sobre la ciudad de todas maneras. ¡Cuántos soberbios y elevados lugares, cuya posesión había sido envidiada por tantas gentes, y con quienes no podían competir ni la luna ni el sol, cayeron en poder de este tirano, que profanó sus misterios! ¡Cuántas jóvenes, cuyos rostros daban envidia a los corales y a las perlas, amanecieron en las puntas de las lanzas, como hojas marchitas por las pisadas de sus viles soldados!

»El hambre y la miseria obligaron a los habitantes de la ciudad a comer animales inmundos, y Abu Ahmad no sabía qué partido tomar, y no tenía dominio sobre sí y se culpaba de todo. Imploró el auxilio del emir al-Muslimin y de los vecinos que rodeaban sus cercanías, mas como aquél estaba lejos, demoró su venida, unas veces porque no oyó sus quejas, otras porque le impidió venir algún inconveniente. Sin embargo, en el corazón del emir al-Muslimin había piedad, y se condolía de sus males prestándoles oído, mas fue tarde en dar socorro, porque se encontraba muy distante de la ciudad y sin poder para otra cosa. Cuando Dios dispone un suceso, abre las puertas y allana los obstáculos.

»Mientras que Valencia estaba en el mayor apuro, se dice que un árabe subió a la torre más alta de los muros de la ciudad. Este árabe era muy sabio y entendido, e hizo el siguiente razonamiento:

¡Valencia, Valencia mía,
cuán terrible es tu desgracia,
muy cerca estás de perderte;
sólo un milagro te salva.
Dios prodigó mil bellezas

y bienes a tu comarca;
toda alegría y deleite
dentro de ti se guardaban.
Si el Señor tiene del todo
tu ruina decretada,
por tus enormes pecados
y tu soberbia te mata.
A fin de llorar tus cuitas,
ya por juntarse se afanan
las piedras fundamentales
en que tu mole descansa;
y los muros, que en las piedras
con majestad se levantan,
se cuarteán y vacilan.
Porque el cimiento les falta.
A pedazos se derrumban
tus torres muy elevadas,
que alegrando el corazón,
a lo lejos relumbraban.
Ya no brillan como antes,
por el sol iluminadas,
tus almenas relucientes
más que la cándida plata.
Al noble Guadalquivir
y a todas las otras aguas
del útil y antiguo cauce
los enemigos separan;
y sin esmero y limpieza,
se turban y se encenagan
las acequias con sus ondas
tan cristalinas y claras.
Ya en tus fértiles jardines
ni flor ni fruto se halla,
porque los lobos rabiosos
todo de cuajo lo arrancan.
Ya se agostan las praderas,
do el pueblo se deleitaba
con el canto y el aroma
de las aves y las plantas.
Tu puerto, que era tu orgullo,
con las naves no se ufana,
que riquezas te traían
de mil regiones extrañas.
El vasto y ameno término
en qué tu trono se alza,
en humo denso te envuelve,
devorado por las llamas.

Grande dolencia te aflige;
perdiste toda esperanza;
ya para ti no hay remedio
los médicos te desahucian.
¡Valencia mía, Valencia!
al decir estas palabras,
el dolor me las inspira
y el dolor me parte el alma.

«El tirano Rodrigo logró, al fin, sus vituperables designios con su entrada en Valencia, en el año de 487, hecha con engaño, según su costumbre, y después de la humillación del cadí, que se tenía por invencible a causa de su impetuosidad y soberbia. El cadí se sometió a Rodrigo y reconoció la dignidad que le daba la posesión de la ciudad, y contrató con él pactos, que, en su concepto, debían guardarse, pero que no tuvieron larga duración. Ibn Yahaf permaneció con el Campeador corto tiempo, y como a éste le disgustaba su compañía, buscó un medio de deshacerse de él, hasta que pudo lograrlo, dicese que a causa de un tesoro considerable de los que habían pertenecido a Ibn Du-l-Nun.

»Sucedió que Rodrigo en los primeros días de su conquista preguntó al cadí por el tal tesoro, y le tomó juramento, en presencia de varias gentes de las dos religiones, acerca de que no le tenía. Respondió el cadí, jurando por Dios y sin cuidarse de los males que debía temer de su ligereza. Le exigió Rodrigo, además, que se extendiese un contrato, con anuencia de los dos partidos, y firmado por los más influyentes de las dos religiones, en el cual se convino en que si Rodrigo averiguaba el paradero del tesoro, retiraría su protección al cadí y a su familia, y podría derramar su sangre.

»Rodrigo no cesó de trabajar para descubrir el tesoro, valiéndose de diferentes medios. Al fin llegó a conseguirlo, poniendo al cadí y a su familia en el colmo de la desesperación. Después hizo encender una hoguera, donde el cadí fue quemado vivo.

»Me contó una persona que le vio en este sitio, que se cavó en tierra un hoyo, y se le metió hasta la cintura para que pudiese elevar sus manos al cielo, que se encendió la hoguera a su alrededor, y que él se aproximaba los tizones con el fin de acelerar su muerte y abreviar su suplicio. ¡Quiera Dios escribir estos padecimientos en la hoja de sus buenas acciones, y olvide por ellos sus pecados, y nos libre de semejantes males, por él merecidos, y nos impulse hacia lo que se aproxima a su gracia!

»También pensó Rodrigo, a quien Dios maldiga, en quemar a la mujer y a las hijas del cadí; pero le habló por ellas uno de sus parciales, y después de algunos reparos, no desoyó su consejo y las libró de las manos de su fatal destino.

»La noticia de esta gran desgracia cayó como un rayo sobre todas las regiones de la Península y entristeció y cubrió de vergüenza a todas las clases de la sociedad.

»El poder de este tirano creció hasta el punto de ser gravoso a los lugares más elevados y a los más cercanos al mar, y de llenar de miedo a los pecheros y a los nobles. Y me contó uno haberle oído decir, cuando se exaltaba su imaginación y se excitaba su codicia: -En el reinado de un Rodrigo se perdió esta Península, y otro Rodrigo la libertará; -palabras que llenaron de espanto los corazones, y que infundieron en ellos la certeza de que se acercaban los sucesos que tanto habían temido. Con todo, esta calamidad de su época, por su amor de la gloria, por la prudente firmeza de su carácter y por su heroico ánimo, era uno de los milagros de Dios. Murió a poco, de muerte natural, en la ciudad de Valencia.

»La victoria, maldígale Dios, siguió constante su bandera, y él triunfó de las taifas de bárbaros, y tuvo varios encuentros con sus caudillos, como con García el de la boca torcida y con el príncipe de los francos. Desbarató los ejércitos de Ibn Radmir, y con pequeño número de los suyos mató gran copia de los contrarios. Cuéntase que en su presencia se estudiaban los libros y se leían las memorias heroicas de los árabes, y que, cuando llegó a las hazañas de Muhallab, se exaltó su ánimo y se llenó por él de admiración».

En aquel tiempo, Ibn Jafaya dijo sobre Valencia lo que sigue:

«¡Cómo ardían los aceros
en los patios de tu alcázar!
¡Cuánta hermosura y riqueza
han devorado las llamas!
Profundamente medita
quien a mirarte se para,
¡oh Valencia! y sobre ti
vierte un torrente de lágrimas.
Juguete son del destino
los que en tu seno moraban;
¿qué mal, qué horror, qué miseria
no traspasó tus murallas?
La mano del infortunio
hoy sobre tus puertas graba:
«Valencia, tú no eres tú,
y tus casas no son casas».

Cantares báquicos. Descripciones

Sin música no hay fiesta. «¡Oh reina de la hermosura! Beber sin cantar no es estar alegres», dice, en la perla de las Mil y una noches, en el cuento de Nurud-Din y de la bella Persiana, el viejo jardinero que hospeda secretamente a los fugitivos en el pabellón del califa. Esta sentencia tenía no menos valor en España que en Oriente. Grande es, pues, el número de los cantares que celebran el vino y los festines en todos los días y estaciones del año. Desde la mañana temprano, durante la primavera, solían circular los vasos en los aromáticos jardines, según lo atestiguan estos versos:

Ya el alba ahuyenta las sombras,
y ya los vasos circulan
en el huerto, que el rocío
cubrió de perlas menudas,
no con lánguidas miradas
nos deleita la hermosura,
sino el vino, que orla el vaso
de blanca y brillante espuma.
No creo que las estrellas
en el ocaso se hundan;
más bien descienden al huerto
y entre nosotros fulguran.

Burlándose de los preceptos religiosos que ordenan a los creyentes la oración de la mañana en las mezquitas, al-Mutadid de Sevilla fingió otro precepto que prescribe a los fieles beber a la misma hora:

¡Mirad cómo los jazmines
en el huerto resplandecen!
Olvida todas sus penas
quien por la mañana bebe.
Que beba por la mañana
está mandado al creyente;
el tiempo es húmedo y frío,
y calentarse conviene.

Por el mismo estilo es este otro cantar:

Ven al huerto, muchacha;
ya difunde alegría
la refuljante aurora,
y a beber nos convida,
antes que de las flores
besando las mejillas,
puro rocío beba
el aura matutina.

Ibn Hazm se burla de la hipocresía de los anacoretas y derviches:

No es un crimen beber vino;
poco el precepto me asusta;
hasta los mismos derviches
lo beben, y disimulan.
La garganta se les seca
con tanta oración nocturna,
y a fin de que se refresque,
vino en abundancia apuran.
Mi casa es cual sus ermitas;
lindas muchachas figuran
los mucines, y los vasos,
no las lámparas, me alumbran.

Hasta el famoso sabio al-Bakri incurre y se deleita en estos deportes:

Casi no puedo aguardar
que el vaso brille en mi diestra,
beber ansiando el perfume
de rosas y de violetas.

Resuenen, pues, los cantares;
empiece, amigos, la fiesta;
y de oculto a nuestros goces
libre dejando la rienda,
evitemos las miradas
de la censura severa.
Para retardar la orgía
ningún pretexto nos queda,
porque ya viene la luna
de ayunos y penitencias,
y cometen gran pecado
cuantos entonces se alegran.

Abu-l-Hasan al-Merini refiere: «Estando yo una vez con algunos amigos bebiendo alegremente en frente de la Ruzafa, se llegó a nosotros un hombre mal vestido y se sentó a nuestro lado. Nosotros le preguntamos por qué venía a sentarse sin conocernos de antemano. Él sólo contestó: -No os enojéis desde luego contra mí.- Un momento después levantó la cabeza y dijo:

«Mientras que junto al alcázar
de Ruzafa estáis borrachos,
poneos a meditar
cómo cayó el califato,
y cómo el mundo está siempre
en un incesante cambio.
Cuando sobre esto medita
el espíritu del sabio,
ve que la gloria, el poder
y el señorío son vanos;
pronto el tiempo los destruye,
y los borra el desengaño.
Nada son y nada valen
todos los seres creados;
sólo el vino y el amor
importan y valen algo».

»Apenas acabó de hablar así, le besé la frente y le pregunté quién era. Entonces dijo su nombre, y añadió que la gente le tenía por loco.- Por cierto, repliqué yo, que los versos que

has dicho no son de un loco; sabios hay que no los hacen mejores. Quédate, por Alá, en nuestra compañía, y recítanos más versos sentenciosos, a fin de que nuestro placer sea completo.- Efectivamente, él se quedó entre nosotros y dijo otras composiciones, que nos regocijaron mucho. Por último, le dejamos sosteniéndose contra las paredes para no venir al suelo, y gritando: ¡Alá, perdóname!»

El príncipe Rafi al-Dawla dice:

Las copas, Abu Allah,
están de vino colmadas,
a los huéspedes alegran
y de mano en mano pasan.
Besa el céfiro y agita
levemente la enramada;
su olor despiden las flores,
y los pajarillos cantan,
mientras las tórtolas gimen,
columpiándose en las ramas.
Ven a beber con nosotros
aquí a la orilla del agua.
La copa hasta el fondo apura,
en ella no dejes nada.
El rojo vino encendido,
que te sirve esta muchacha,
se diría que ha brotado
de sus mejillas de grana.

Said Ibn Yudi encomia así los goces de la vida:

Cuando entre alegres amigos
los vasos circulan llenos,
y miran a las muchachas
amorosos los mancebos,
el mayor bien de la tierra
es ceñir el talle esbelto
de nuestra amada, y reñir
para hacer las paces luego.
Por la senda del deleite,
como caballo sin freno,
me arrojo, salvando montes,
hasta alcanzar mi deseo.

Nunca temblé en las batallas,
la voz de la muerte oyendo;
pero a la voz del amor,
todo me turbo y conmuevo.

Ibn Saïd compuso lo que sigue, estando una tarde con varios amigos, al ponerse el sol, en el huerto de la Sultaniyah, cerca de Sevilla:

La tarde va pasando;
traednos pronto vino.
Hasta que el alba ría,
bebed, bebed, amigos.
El sol hacia el ocaso
prosigue su camino,
y junto al horizonte
se dilata su disco,
que ardiente se refleja
en las ondas del río.
Gocemos, mientras dura
del fulgor vespertino.
Suene el laúd, empiece
el canto y regocijo,
y fijemos los ojos
en el jardín florido
que nos rodea, antes
que nos robe su hechizo
la noche, al envolverle
en su manto sombrío.

En elogio de estos festines de por la tarde, Ibn Jafaya dice:

Por la tarde a menudo
con los amigos bebo,
y al cabo, sobre el césped,
me tumbo como muerto.
Bajo un árbol frondoso,
cuyas ramas el viento

apacible columpia,
y donde arrullos tiernos
las palomas exhalan,
gratamente me duermo.
Suele correr a veces
un airecillo fresco,
suele llegar la noche
y retumbar el trueno,
mas, como no me llamen,
yo nunca me despierto.

Después de estos días amenos, la noche azul-profunda se levanta con sus lucientes estrellas y trae nuevos placeres. En una ligera barquilla va el poeta, en compañía de gente joven, sobre las mansas ondas del Guadalquivir:

El mágico embeleso
de la noche me admira
cuando sobre las aguas
la barca se desliza,
resplandece en la barca
una muchacha linda.
Sus formas elegantes
y su estatura erguida
son cual esbelta palma
cuando el aura la agita.
Lleva en la blanca mano
una antorcha encendida.
Entre Orión y el Águila
la luna llena brilla,
pero más su semblante,
que la antorcha ilumina.
El río como espejo,
su hermosura duplica,
y parece que arden
las ondas cristalinas.

Frecuentemente la musa de los árabes españoles se entrega a la contemplación de la naturaleza de su hermosa patria, y presta alma a flores, estrellas, bosquesillos y fuentes. Los

seres animados e inanimados la saludan con amor cuando entra en los encantados jardines de Andalucía:

Teje la primavera
con seda de colores
la túnica de flores,
adorno del vergel;
y la fuente sonora
al aura mansa atrae,
que en un desmayo cae,
enamorado de él.
Perlas prende el rocío,
de la rosa en el seno,
y en el jardín ameno
al ir a penetrar,
que extiende el claro arroyo
los brazos me parece,
y que un ramo me ofrece
de anémonas y azahar.
Los pajarillos cantan
en la fresca espesura,
que forma de verdura
un rico pabellón;
y lirios y violetas
saludan mi llegada,
dando al aura templada
fragante emanación.

La musa arábigo-hispana elogia así los naranjales de Sevilla:

Entre ramos de esmeraldas,
como globos de rubíes.
Parece que las naranjas
ya maduras se derriten.
Y vino puro y dorado
del fresco seno despiden,
mientras que suavemente
las mece el aura apacible.
¿Quién, como en puras mejillas,
en ellas besos no imprime?
¿A quién no encanta su olor

más que el olor del almizcle?

La rosa es saludada así, como nuncio de la perenne hermosura de la primavera:

¿Más rico olor por perlas
al alba quién envía?
¿Quién hay que en hermosura
con la rosa compita?
Acepta el homenaje
con modestia sencilla,
cuando las otras flores
al mirarla se inclinan,
su beldad adorando.
O muriendo de envidia.
Salud, ¡oh primavera!
Cada rosa que brilla,
al abrir su capullo,
anuncia tu venida.
No eres cual otros nuncios,
¡oh rosa purpurina!
Con mayor gloria el cielo
te adorna y califica.
Las nuevas que tú traes
son clara profecía.
Si tu tallo perece,
y si tú te marchitas,
eterna es la que anuncias
primavera florida.

Las descripciones de paseos por el agua se repiten con frecuencia:

Ya vogamos por el río,
que fulgura como el éter:
las ampollitas del agua
son como estrellas lucientes.
Su negro manto la noche
sobre las ondas extiende;

manto que el sol con sus rayos
bordó primorosamente.

El recuerdo hechicero de tales paseos por el Guadalquivir es también el punto céntrico de un cuadro en que pinta el español Ibn Said, durante su permanencia en Egipto, los placeres de su antigua vida en la patria andaluza:

Éste es Egipto; pero ¿dó está la patria mía?
Lágrimas su recuerdo me arranca sin cesar;
locura fue dejarte, ¡oh bella Andalucía!
Tu bien, perdido ahora, acierto a ponderar.
¿Dónde está mi Sevilla? Desde el tiempo dichoso
que yo moraba en ella, lo que es gozar no sé.
¿Qué apacible deleite cuando, al son melodioso
del laúd, por su río, cantando navegué!
Gemían las palomas en el bosque, a la orilla;
músicas resonaban en el vecino alcor...
Cuando pienso en la vida alegre de Sevilla,
lo demás de mi vida me parece dolor.
¡Y aquellas gratas horas en el prado florido!
¡Y aquella en los placeres suave libertad!
Recordando mi dulce paraíso perdido,
cuanto en torno me cerca es yermo y soledad.
Hasta el eco monótono de la movible rueda
que el agua de la fuente obligaba a subir,
cual si cerca estuviese, en mis oídos queda;
toda impresión de entonces en mí suele vivir.
No eran por la censura mis goces perturbados;
la ciudad es tan linda, que se allana el Señor
a perdonar en ella los mayores pecados;
allí hasta el fin del mundo puedes ser pecador.
La soberana pompa del caudaloso Nilo
se eclipsa ante la gloria del gran Guadalquivir.
¡Cuántas ligeras barcas en su espejo tranquilo
se ven, al son de músicas alegres, discurrir!
Y los oídos gozan, y gozan más los ojos
con las bellas muchachas que en las barquillas van,
y cuya tersa frente y cuyos labios rojos
el fulgor de la luna avergonzando están.
Con su sonar los vasos, las flores con su aroma,
dicha en el alma infunden y lánguido placer:
en noches de verano, hasta que el alba asoma,

es grato las orillas en barca recorrer.
En pos deja la barca su luminosa estela,
suelos hilos de perlas sobre ondulante chal;
es la barca, adornada por su cándida vela,
cisne que se columpia en líquido cristal.
También con sus memorias Algeciras me abruma,
y su enriscada costa recuerdo con amor;
en ella el mar bramando alza montes de espuma,
que estremecen los árboles de angustia y de terror.
En los labios el vino y en brazos de mi amada,
allí de mil auroras me sorprendió la luz,
mientras que, por la luna con oro recamada,
tendía el mar la fimbria de su túnica azul.
En tu valle, ¡oh Granada! fructífero y umbrío,
y en ti pienso con lágrimas, ¡oh fecundo Genil!
Como desnuda espada reluce el claro río,
brinca en sus verdes márgenes la gacela gentil.
Con el fuego amoroso de sus tiernas miradas
hacen las granadinas una herida mortal.
Y disparan sus ojos mil flechas inflamadas,
y sus pestañas matan como mata un puñal.
A Málaga tampoco mi corazón olvida;
no apaga en mí la ausencia la llama del amor.
¿Dónde están tus almenas, ¡oh Málaga querida!
Tus torres, azoteas y excelso mirador?
Allí la copa llena de vino generoso
hacia los puros astros mil veces elevé.
Y en la enramada verde, del céfiro amoroso,
sobre mi frente el plácido susurrar escuché.
Las ramas agitaba con un leve ruido,
y doblándolas ora, o elevándolas ya,
prevenir parecía el seguro descuido,
y advertimos si alguien nos venía a espiar.
Y también ¡Murcia mía! con tu recuerdo lloro.
¡Oh entre fértiles huertas deleitosa mansión!
Allí se alzó a mi vista el sol a quien adoro,
y cuyos vivos rayos aún guarda el corazón.
Pasaron estas dichas, pasaron como un sueño:
nada en pos ha venido que las haga olvidar;
cuanto Egipto me ofrece menosprecio y desdeño;
de este mal de la ausencia no consigo sanar.

No sólo la naturaleza, sino asimismo las obras de la mano del hombre, y especialmente los palacios de los príncipes, fueron ensalzados en verso. Cuando una poesía de esta clase alcanzaba grande aplauso, se le concedía la honra de grabarla con primorosas letras de oro sobre las paredes del mismo palacio que ensalzaba. Ya citaremos más adelante muchas de estas composiciones, que encomian las quintas y palacios de Sicilia, o que brillan aún sobre los muros de la Alhambra. Entre tanto vamos a trasladar aquí varias composiciones que celebran a toda Andalucía o algún lugar determinado:

Nada más bello, andaluces,
que vuestras huertas frondosas,
jardines, bosques y ríos,
y claras fuentes sonoras.
Edén de los elegidos
es vuestra tierra dichosa;
si a mi arbitrio lo dejasen,
no viviría yo en otra.
El infierno no temáis,
ni sus penas espantosas;
que no es posible el infierno
cuando se vive en la gloria.

OTRO ELOGIO DE ANDALUCÍA

Hace perpetua mansión
el gozo en Andalucía:
allí todo corazón
está lleno de alegría.
Vivir allí recompensa
el trabajo de vivir,
y felicidad intensa
el vino suele infundir.
Nadie esta tierra consiente
por otra tierra en cambiar:
allí murmura la fuente
con más dulce murmurar.
Allí el bosquecillo umbroso
y el siempre verde jardín
nos convidan al reposo,
al deporte y al festín.
Del Edén formará idea
el que sus vegas y huertos

siempre tan lozanos vea
de flor y fruto cubiertos.
Allí el ambiente templado
ablanda el alma más dura,
y al pecho desamorado
infunde amor y ternura.
y es plata todo arroyuelo,
perlas y limpios joyeles
las guijas, almizcle el suelo,
rica seda los vergeles.
Si allí las aguas hermosas
bajan el campo a regar,
ámbar y esencia de rosas
el campo llega a exhalar;
vierte allí perlas sin cuento
la fresca aurora en el prado,
y no brama, gime el viento,
sumiso y enamorado.
¿Cómo describir la rara
beldad de aquella región?
¿Quién su imagen os mostrara,
que guardo en el corazón?
Al salir del mar profundo
esta tierra encantadora,
la aclamó el resto del mundo
emperatriz y señora.
Las claras ondas en torno
como un collar la ciñeron,
y al ver su gala y su adorno,
de placer se estremecieron.
Y desde entonces las aves
cantan allí sus amores,
y aromas dan más suaves,
y son más bellas las flores.
Cuando de allí me destierra,
no me quiere el hado bien:
un yermo es toda la tierra.
Y sólo aquella un Edén.

A GUADIX

Tu pensamiento embelesa

toda mi alma, ¡oh Guadix!
El destino generoso
te adornó de encantos mil.
Por Alá que, cuando arde
vivo el sol en el cenit,
fresca sombra presta siempre
tu verde ameno pensil.
Con sus miradas de fuego
quiere penetrar allí
el sol, pero se lo estorba
de ramas un baldaquín.
Pompas de cristal levanta,
copos de espuma sutil,
si riza tu faz ¡oh río!
El cefirillo gentil;
y las ramas que coronan
tu manso curso feliz,
como eres sierpe de plata,
Tiemblan por miedo de ti.

A UN PALACIO DESIERTO EN CÓRDOBA

Tus salas y desiertas galerías
mis ojos contemplaban;
y pregunté: ¿Dó están los que, otros días,
en tu seno moraban?
En mi seno, dijiste, breve ha sido,
muy breve, su vivir,
ya se ausentaron; pero ¿dónde han ido?
No lo puedo decir.

AL PEÑÓN DE GIBRALTAR

La frente elevas al cielo,
y ya de apiñadas nubes,
que flotan sobre tus hombros,
un negro manto te cubre;

ya joyas áureas, que en cerco
de limpio cristal discurren,
sobre ti, como diadema.
Los claros astros relucen;
y ya la luna amorosa
hace tu sueño más dulce,
besándote con sus rayos
y bañándote en su lumbre.
Resiste tu mole altiva
de los siglos el empuje,
sin que sus dientes voraces
tus duras piedras trituren.
Todo lo muda el destino
sin que a ti nunca te mude;
como un pastor su rebaño,
tú los sucesos conduces.
Ve tu pensamiento el giro
de la fortuna voluble,
y lo que es y lo que ha sido
y lo que será descubre.
Con misterioso silencio
la fija mirada hundes
en el tenebroso abismo
del mar, que a tus plantas ruge.

- VII -

Panegíricos y sátiras

Para los cantos en alabanza de los califas y príncipes se presentaban las mu'allaqat a los árabes de todos los tiempos como modelos clásicos. Así es que siempre ponían en estos cantos encomiásticos las reminiscencias de la antigua poesía. Las quejas de amor y las descripciones de la vida de los beduinos no podían faltar en ellos, y hace una impresión extraña el considerar que los ojos del poeta se apartan de la magnificencia que le rodea, del suelo fértil de Andalucía y del lujo extraordinario de las cortes de sus príncipes, y se fijan en los desiertos de Arabia como en una patria mejor y más antigua. Ibn al-Haddad empieza

una qasida en loor de al-Mutasim, rey de Almería, como si fuese un pastor errante de la época de Imru-l-Qays:

A índico ámbar trasciende
la solitaria vereda;
¿pasó por aqueste valle
dichoso Lubna la bella?
Que no está lejos mi amada
estos aromas me muestran,
y al punto mi corazón
enamorado despierta.
En el desierto, a menudo,
su antorcha la señal era
que dirigía mis pasos
en las noches sin estrellas.
Relinchaba alegremente
siempre mi caballo al verla,
y la caravana entonces
caminaba más de prisa.
Detengámonos ahora
do suele morar aquélla
con cuyo recuerdo el alma
de contino se sustenta.
Éste es el valle de Lubna,
y la única fuente ésta
en que puede hallar hartura
el alma mía sedienta.
¡Cuán delicioso es el valle
y cuán fecunda la tierra
do la tribu de mi amada
sus rebaños apacienta!
¡Bendito y querido el suelo
en que se estampó su huella!
¡El lugar en que ha vivido
mi amada bendito sea!
Aquí mis tiernos suspiros
y mis amorosas penas
nacieron, y la esperanza
con que el alma mía sueña.

Los reyes, que solían habitar en palacios suntuosos, en medio de fértiles jardines, son casi siempre representados como príncipes nómadas, en cuyo campamento hallan un refugio los que vagan en el desierto durante la noche. Ibn Billita, por ejemplo, dice en una qasida:

Vierten las nubes abundante lluvia,
de al-Mutasim para imitar la gracia;
del árbol gentilicio de este príncipe,
que ornó la antigüedad de perlas raras
y a las edades primitivas llega,
su espléndido collar hizo la fama.
Bajo sus tiendas reposó la gloria,
que siempre sus banderas acompaña.
¡Oh príncipe, tú enciendes por las noches
un fuego con que indicas tu morada,
y guías al perdido caminante,
y le albergas después y le regalas.
Yo digo, si pregunta en el desierto
por ti, señor, la errante caravana:
nadie cual él; ¿qué antorcha brillar puede
donde brilla del sol la lumbre clara?

Tampoco la descripción de la despedida del dueño amado o del comienzo del viaje, que ha de llevar al poeta a la corte de su valedor, falta, casi nunca en esta clase de composiciones; pero en esto suele haber pinturas donde se retrata la rica naturaleza de Andalucía, y que nunca un árabe del desierto hubiera podido imaginar. Así, por ejemplo, cuando Ibn Jaraf canta:

Larga fue la noche triste
que precedió a mi partida;
las estrellas se quejaban
de velada tan prolija.
El viento de la mañana
agitó al fin la sombría
vestidura de la noche,
mientras las esencias ricas
de las flores olorosas
en sus alas difundía.
Se alzó en Oriente la aurora,
virgen ruborosa y tímida,
húmedas por el rocío
las rosas de sus mejillas.

En tanto la noche huyendo
de estrella en estrella iba,
y a su paso las estrellas
cual hojas secas caían.
Salió, por último, el sol,
que con su fulgor disipa
las tinieblas y las sombras,
y los cielos ilumina.
Yo, desvelado en mi tienda,
en vano dormir quería;
sólo a mis párpados sueño
trajo el aura matutina.
Mientras que durmiendo estaba,
rendido ya de fatiga,
mientras que en torno las flores,
frescas, lozanas se abrían
para beber el rocío
que el alba en perlas destila,
se me apareció fantástica
la imagen de mi querida,
de aquélla por quien el alma
constantemente suspira.
A calmar vino mi anhelo
su aparición peregrina.
¡Cuán hermosa con sus anchas
caderas me parecía!
¡Cuán esbelta su figura,
en el aire sostenida!
Cuando echó atrás los cabellos,
que la frente le cubrían,
vi que ahuyentaba la noche
el alba con su sonrisa,
pues sus perfumadas trenzas
son como noche negrísima,
y cual la luz de la aurora
sus sonrosadas mejillas.

En un canto encomiástico de Ibn Darray al poderoso al-Mansur, en vez de la descripción de la tienda del beduino, pinta el poeta su verdadera casa, como si estuviese en una ciudad. Al empezar habla con su mujer, y dice:

Peor que la muerte, ¡oh mujer!

Es este largo sosiego;
es una tumba mi casa,
en que de todo carezco.
El peligro y las fatigas
del viaje que hacer quiero,
si beso a al-Mansur la mano,
lograrán colmado premio.
A beber aguas salobres
me resigno en el desierto,
y hartaré mi sed al cabo
de su gracia en el venero.

Más adelante describe así el poeta la despedida de su mujer y de su hijo:

Vacilaba mi firmeza,
movida por sus lamentos,
cuando vino a despedirme
del día al albor primero,
rogándome no olvidase
su firme y ardiente afecto.
Al lado estaba la cuna
de nuestro hijo pequeño,
que apenas hablar sabía,
pero que hería mi pecho
con su sonrisa inocente
y con sus dulces ojuelos.
En nuestras almas moraba
el niño, y era su lecho
el regazo de su madre,
su blanco y hermoso seno.
Por la que el seno le daba
de amor hubiera yo muerto.
Mi alma se enternecía
al ir a apartarme de ellos;
mas la sonrisa del niño
y de mi adorado dueño
las lágrimas y las quejas
detenerme no pudieron.
Por último, me ausenté;
y el profundo sentimiento
a mi mujer desolada
hizo caer por el suelo.

Todas estas cosas, como se ve, podían ocurrir perfectamente en una ciudad de España; pero no había de faltar el imprescindible viaje por el desierto, aunque Ibn Darray, que vivía en Córdoba como poeta de corte de al-Máncer, no había menester peregrinar tanto para llegar a donde su protector se hallaba. Con todo, la descripción de este fingido viaje se distingue por una gran viveza:

¡Oh! si ella me hubiese visto
al ardor del mediodía,
lanzando el sol sobre mí
sus saetas encendidas,
o cuando imágenes vanas
en los vapores se pintan
del desierto, y sin temor
yo mi camino seguía,
o cuando en candente arena
se hunde la planta indecisa,
y el más ligero airecillo
con ansiedad se respira;
si ella así visto me hubiese,
hubiera dicho en seguida,
que no teme los peligros
quien la suerte desafía.
El cobarde ve la muerte
bajo mil formas distintas,
mas el fuerte y valeroso
ni la teme ni la mira.
Como un rey a sus esclavos,
él los temores domina,
y para vencerlo todo,
en su espada se confía.
En el silencio nocturno
y en la llanura extendida,
el ruido de mis pasos,
difundiéndose, crecía,
y excitaba de los duendes
el conversar y las risas,
y al oírle, entre las matas
el fiero león rugía.
Como vírgenes que danzan
en una selva florida,
en la bóveda del cielo

las Pléyades relucían,
y alrededor de la clara
luz del polo, siempre fija,
el coro de las estrellas
sus círculos describía,
cual vasos que en un convite
entre los huéspedes giran,
por hermosas manos llenos
de deliciosa bebida.
La vía láctea en la oscura
noche su fulgor vertía,
como en el rostro de un viejo
la blanca barba crecida.
De Saturno el ominoso
brillo no me detenía,
y al fin, los astros dormidos
se quedaban de fatiga.
¡Oh, si ella visto me hubiese,
hubiera dicho enseguida:
así de al-Máncer la gracia
contra la suerte conquista!

En cuanto a la parte meramente encomiástica de esta clase de composiciones, se debe decir que una grande hinchazón la afea con frecuencia. La repetición constante en el elogio de la valentía, de la liberalidad y de la magnificencia regia, forzaba a los poetas a buscar en lo extraño de la expresión, en lo pomposo del estilo, y en lo rebuscado y raro de las comparaciones, un medio de tener novedad, y con todo, incurrían en este defecto, sin lograr por eso libertarse de la monotonía de que ansiaban huir. A veces, sin embargo, en medio de lo hueco e hiperbólico, se hallan pasajes que sorprenden por la energía de la expresión o por el atrevimiento de las imágenes. Dos o tres ejemplos bastarán a mostrarnos las buenas y malas cualidades de que hemos hablado.

Abu Amir dice en un canto, alabando a un general famoso:

Harto saben ya los buitres
que como leones bravos
se arrojan sobre la presa
tus valerosos soldados.
Sobre ti hambrientos se ciernen,
y graznan pidiendo pasto,
hasta que vuelven al nido,
de carne humana saciados.

Ibn Hani canta:

Señor, cuando tus corceles
a la pelea se lanzan,
no detienen su carrera
las más sublimes montañas.
Los primeros siempre son
en entrar en las batallas;
ojos no hay que los sigan;
al relámpago aventajan,
y su rapidez apenas
los pensamientos igualan.
Vierten las fecundas nubes
raudos torrentes de agua,
pero tu pecho magnánimo
más beneficios derrama.
De las estrellas del cielo,
que con sus giros preparan
riego a los campos, tu diestra
tal vez la senda señala.

Ibn Abd Rabbih dirigió a Abd al-Rahman III, antes que tomase el título de califa, los versos siguientes:

Ancha senda al Islam Dios bondadoso
tiene abierta en el día,
y van los hombres en tropel copioso,
do esta senda los guía.
Ya la tierra con rica vestidura
reluce ataviada,
y se viste de gala y hermosura
para ser tu morada.
¡Oh hijo de califas! es consuelo
tu gracia y bien del mundo;
no dan jamás las nubes desde el cielo
un riego más fecundo.

Nunca la guerra, si por ti guiados
a tus valientes mira,
el ánimo que das a tus soldados
en los otros inspira.
Postra a tus pies su avergonzada frente
la herejía tremenda;
el indómito potro fácilmente
se somete a la rienda.
Atada a tus reales estandartes
camina la victoria,
y siempre te obedece en todas partes,
por amor de tu gloria.
¡Oh vástago de reyes! ofendido
al Califato tienes,
porque con su corona no has querido
ceñir aún tus sienes.

Casi con el mismo celo que el encomio, era cultivada la sátira, y es admirable el atrevimiento con que los poetas solían disparar los más agudos dardos contra los poderosos. Véase, por ejemplo, esta composición, escrita cuando al-Máncer, el poderoso ministro del impotente omeya Hišam, gobernaba el imperio:

De cuanto en torno contemplo
en verdad me maravillo;
este mal que nos aqueja
no puede tener alivio.
el alma creer no quiere
lo que los ojos han visto.
¿Cómo, si viven aún
de omeya los nobles hijos,
pretende subir al trono
un giboso advenedizo?
¿Por qué los fuertes guerreros,
de sus armas con el brillo,
circundan el palanquín
pomposo donde va el jimio?
¿Por qué ocultáis, Banu Omeyas,
vuestros rostros tan queridos,
que cual las Pléyades daban
sus resplandores benignos?
Leones erais, y ¡oh mengua!
Os domó el zorro ladino.

A veces aparece la sátira como parodia de la qasida encomiástica, y empieza también con pinturas de la vida del desierto. Así es que Ibn Ammar, en unos versos que compuso contra al-Mutamid, rey de Sevilla, empieza saludando a una tribu de beduinos que hay en Occidente, y en cuyo campamento las tiendas se aprietan unas a otras; pero en vez de proseguir con los amorosos recuerdos de su querida, habla burlescamente el poeta de la aldea de donde procede la familia del rey, y la llama la capital del mundo; después se complace en escarnecer a la mujer del rey, que no vale más que el cabestro de un camello, etc.

También los poetas se perseguían entre sí con sátiras literarias. Con estos versos zahería Ibn Ujt Ganim a su rival Ibn Šaraf de Berja:

Se cree en Irak nacido
este coplero de Berja,
se finge que es un Buhturi,
y se declara poeta.
Cuando sus coplas recita,
se aburren hasta las piedras,
y quien no muere al oírle,
en no volver sólo piensa
a escuchar del chafallón
las obrillas chapuceras.
¡Oh Yafar, cómo tus versos
este infeliz estropea!
¡Cómo a los grandes ingenios
groseramente remeda!
Del licor que beben ellos
no quiere el cielo que beba;
infeccionan la poesía
sus labios cuando la besan.

Como la mayor parte de las poesías de este género, más que a censurar en general las debilidades humanas, van dirigidas contra determinadas personas y han sido compuestas en circunstancias especiales, no ofrecen sino poquísimo interés a la posteridad. Me limitaré, pues, para terminar este capítulo, a citar aquí algunos versos epigramáticos.

El poeta al-Nahli, protegido del rey de Almería al-Mutasim, en un viaje, que hizo a Sevilla, se presentó en la corte del rey al-Mutadid, y dejó que se le escapasen los siguientes versos en una poesía encomiástica:

Mutadid, con tu triunfo celebrado
las berberiscas tribus exterminas;
también al-Mutasim ha exterminado
la casta de los pollos y gallinas.

No sospechando que esta burla fuese conocida de su antiguo valedor, el poeta se volvió a Almería, y a poco recibió una invitación para ir a cenar con el rey. Apenas entró en el comedor, al-Mutasim le acogió con suma benevolencia y le llevó delante de una mesa cubierta toda de pollos y gallinas. «Quería mostrarte, le dijo, que toda esta casta no ha sido completamente exterminada por mí».

El poeta al-Husri, mientras que se hallaba en África, fue convidado por al-Mutamid para que viniese a su corte, pero se excusó diciendo:

Quieres que pase el mar en un madero.
Bendígate el Señor, mas yo no quiero.
Para pasarle a pie no soy Mesías,
ni eres Noé, pues arca no me envías.

- VIII -

Elegías. Poesías religiosas

Lo más bello de cuanto posee la literatura de los árabes en el género elegíaco es sin disputa lo que compuso en la prisión el infortunado rey al-Mutamid, de Sevilla. Más adelante daremos a conocer sus obras. Casi igual en mérito es una elegía, llena de los más profundos

sentimientos y de los más elevados raptos, en la cual Abu Bakr, de Ronda, después de la toma de Córdoba y Sevilla por San Fernando, deplora la inminente caída del Islam en España.

La elegía dice así:

Cuando sube hasta la cima
desciende pronto abatido
al profundo.
¡Ay de aquel que en algo estima
el bien caduco y mentido
de este mundo!
En todo terreno ser
sólo permanece y dura
el mudar.
Lo que hoy es dicha o placer
será mañana amargura
y pesar.
Es la vida transitoria
un caminar sin reposo
al olvido;
plazo breve a toda gloria
tiene el tiempo presuroso
concedido.
Hasta la fuerte coraza
que a los aceros se opone
poderosa,
al cabo se despedaza,
o con la herrumbre se pone
ruginosa.
¿Con sus cortes tan lucidas,
del Yemen los claros reyes
dónde están?
¿En dónde los Sasánidas,
que dieron tan sabias leyes
al Irán?
¿Los tesoros hacinados
por Karún el orgulloso
dónde han ido?;
¿De Ad y Tamud afamados
el imperio poderoso
dó se ha hundido?
El hado, que no se inclina
ni ceja, cual polvo vano
los barrió,
y en espantosa ruina

al pueblo y al soberano
sepultó.
Y los imperios pasaron,
cual una imagen ligera
en el sueño;
de Cosroes se allanaron
los alcázares, do era
de Asia dueño.
Desdeñado y sin corona
cayó el soberbio Darío
muerto en tierra.
¿A quién la muerte perdona?
¿Del tiempo el andar impío
qué no aterra?
¿De Salomón encumbrado
al fin no acabó el poder
estupendo?
Siempre del seno del hado
bien y mal, pena y place
van naciendo.
Mucho infortunio y afán
hay en que caben consuelo
y esperanza;
mas no el golpe que el Islam
hoy recibe en este suelo
los alcanza.
España tan conmovida
al golpe rudo se siente
y al fragor,
que estremece su caída
al Arabia y al Oriente
con temblor.
el decoro y la grandeza:
de mi patria, y su fe pura,
se eclipsaron;
sus vergeles son maleza,
y su pompa y hermosura
desnudaron.
Montes de escombros y desiertos,
no ciudades populosas,
ya se ven;
¿qué es de Valencia y sus huertos?
¿Y Murcia y Játiva hermosas?
¿Y Jaén?
¿Qué es de Córdoba en el día,
donde las ciencias hallaban,
noble asiento,

do las artes a porfía
por su gloria se afanaban
y ornamento?
¿Y Sevilla? ¿Y la ribera
que el Betis fecundo baña
tan florida?
Cada ciudad de éstas era
columna en que estaba España
sostenida.
Sus columnas por el suelo,
¿cómo España podrá ahora
firme estar?
Con amante desconsuelo
el Islam por ella llora
sin cesar.
Y llora al ver sus vergeles,
y al ver sus vegas lozanas
ya marchitas,
y que afean los infieles
con cruces y con campanas
las mezquitas.
En los mismos almimbares
suele del leño brotar
tierno llanto.
Los domésticos altares
suspiran para mostrar
su quebranto.
nadie viva con descuido,
su infelicidad creyendo
muy distante,
pues mientras yace dormido,
está el destino tremendo
vigilante.
Es dulce patria querida
la región apellidar
do nacemos;
pero, Sevilla perdida,
¿cuál es la patria, el hogar
que tenemos?
Este infortunio a ser viene
cifra de tanta aflicción
y horror tanto;
ni fin, ni término tiene
el duelo del corazón,
el quebranto.
Y vosotros, caballeros
que en los bridones voláis

tan valientes,
y cual águilas ligeros,
y entre las armas brilláis
 refulgentes;
que ya lanza ponderosa
agitáis en vuestra mano,
 ya, en la oscura
densa nube polvorosa,
cual rayo, el alfanje indiano
 que fulgura;
vosotros que allende el mar
vivís en dulce reposo,
 con riquezas
que podéis disipar,
y señorío glorioso
 y grandezas;
decidme: los males fieros
que sobre España han caído,
 ¿no os conmueven?
¿Será que los mensajeros
la noticia a vuestro oído
 nunca lleven?
Nos abruman de cadenas;
hartan con sangre su sed
 los cristianos.
¡Doleos de nuestras penas!
¡Nuestra cuita socorred
 como hermanos!
El mismo Dios adoráis,
de la misma estirpe y planta
 procedéis;
¿por qué, pues, no despertáis?
¿Por qué a vengar la ley santa
 no os movéis?
Los que el imperio feliz
de España con alta honra
 sustentaron,
al fin la enhiesta cerviz
al peso de la deshonra
 doblegaron.
Eran cual reyes ayer,
que de pompa se rodean;
 y son luego
los que en bajo menester,
viles esclavos, se emplean
 sin sosiego.
Llorado hubierais, sin duda,

al verlos, entre gemidos,
arrastrar
la férrea cadena ruda,
yendo para ser vendidos,
al bazar.
A la madre cariñosa
allí del hijo apartaban
de su amor;
¡separación horrorosa,
con que el alma traspasaban
de dolor!
Allí doncellas gentiles,
que al andar perlas y flores
esparcían,
para faenas serviles
los fieros conquistadores
ofrecían.
Hoy en lejana región
prueban ellas del esclavo
la amargura,
que destroza el corazón
y hierde la mente al cabo
con locura.
Tristes lágrimas ahora
vierta todo fiel creyente
del Islam.
¿Quién su infortunio no llora,
y roto el pecho no siente
del afán?

Goza de fama singular otra elegía compuesta por Ibn Abdum a la caída de la dinastía de Badajoz; pero difícilmente podemos convenir con los críticos árabes, que la encomian como una obra maestra. Esta elegía está sobrecargada de erudición histórica, y su estilo lleno de antítesis, y sus muchas alusiones, que apenas se entienden sin comentario, hacen creer que la tal poesía no ha sido verdaderamente inspirada por el sentimiento de las desgracias de aquella familia real.

Un sentimiento más verdadero hay en los versos elegíacos, que al-Abbas, de Jerez, el cual había vivido en Damasco mucho tiempo, escribió, recordando con amor los días que allí había pasado:

Suspira por vosotros

mi corazón herido,
de Damasco la hermosa
¡oh mis caros amigos!
¿Por qué ninguna nueva
de vosotros recibo?
Ni cuando estoy despierto,
ni cuando estoy dormido,
mi corazón encuentra
para su mal alivio,
desde que tan distante
de vuestro lado vivo.
Aquellos gratos días
recuerdo de continuo,
que, estando yo en Damasco,
pasaron fugitivos.
¡Cuál otro era yo entonces,
si, al albor matutino,
de Nairab en los valles,
húmedos de rocío,
las flores contemplaba,
y escuchaba el sonido
del aura entre las hojas,
y el murmurar del río,
y de blancas palomas
el amante gemido!
Del monte en la ladera,
tal mi ventura ha sido,
que otra igual en mi vida,
de lograr desconfío.
Allí riegan las plantas
arroyos cristalinos:
¡bien pudieran mis ojos
con lágrimas suplirlos!

Al poeta Abu-l-Majši, que vivió en tiempo de Abd al-Rahman I, le sacaron los ojos por orden del príncipe Sulayman, porque se atrevió, en unos versos que le había dirigido, a hacer algunas alusiones ofensivas a su hermano Hišam, de que Sulayman se creyó en el deber de tomar venganza.

Aquel desgraciado escribió las siguientes líneas con motivo de su ceguera:

La madre de mis hijos abrumada

por el dolor está,
porque mis ojos con su diestra airada
ha fulminado Alá.
Ciego me ve seguir la esposa mía
esta mortal carrera,
hasta que el borde de la tumba fría
con el báculo hiera.
Y la infeliz, postrada por el suelo,
exclama: «¡Oh suerte, oh suerte,
no aumentarás tan espantoso duelo,
ni con la misma muerte!»
Y abre en mi corazón profunda llaga,
diciendo: « No hay pesar
como no ver la luz, que ya se apaga
en tu dulce mirar».

Cuando el poeta se hizo llevar delante del Califa y le recitó estos versos, Abd al-Rahman se conmovió hasta verter lágrimas, y le dio dos mil dineros, mil por cada ojo. También Hišam, cuando subió al trono, recordó con piedad esta desgracia, que Abu-l-Majši había tenido por causa suya, y siguiendo el ejemplo de su padre, le dio mil dineros por la pérdida de cada ojo.

La siguiente elegía religiosa se compuso a la memoria del rey de Granada Abu-l-Hayyay Yusuf, asesinado traidoramente en la mezquita, mientras hacía oración. La elegía adorna como epitafio la losa de su sepulcro:

Logre la gracia divina
quien en esta tumba yace,
y la bendición del cielo
mientras que el tiempo durare.
Hasta el día del juicio,
cuando ante Dios los mortales
caigan con la faz en tierra,
Dios te bendiga y te guarde.
Pero una tumba no eres,
eres un jardín fragante,
donde el aroma del mirto
en torno embalsama el aire;
de la flor más delicada
eres el precioso cáliz,
y eres nacarada concha
de la perla más brillante;

y ocaso donde la luna
hundió su fulgor suave,
y asilo de la grandeza,
y centro de las bondades;
porque guardas en tu seno
al príncipe más amable,
heredero de Nazar,
honra y prez de su linaje.
Tú guardas al que a los débiles
protegía con su alfanje,
al defensor de la fe
al rayo de los combates.
Fue siempre de la justicia
el más firme baluarte,
y el más terrible enemigo
de heréticas impiedades.
Noble vástago de Ubada,
heredero de sus padres
ocupó el trono, y fue digno
por su virtud de ocuparle.
De la vasta mar inmensa
dar una idea es más fácil
que de su piedad profunda
y de sus hazañas grandes.
Al fin nos le arrebató
del tiempo el cambio incesante.
¿Qué no perece en el mundo?
¿Qué es duradero y estable?
Con la noche y con el día,
de doble rostro hace alarde
el tiempo: ¿cómo extrañar
que nos burle y nos engañe?
Orando a Dios, de rodillas,
él sucumbió como un mártir.
La luna de los ayunos
cumplió con celo laudable,
su rara virtud mostrando
en mil obras ejemplares.
Y en la fiesta en que se rompe
el ayuno, vino a darle
un asesino la muerte,
porque su ayuno acabase,
con la copa del martirio
para el banquete brindándole.
por más que las lanzas sean
y los dardos penetrantes,
sólo cuando hiere Dios

son las heridas mortales.
¡Ay de aquél que se confíe
en este mundo mudable,
y en arena movediza
torres de orgullo levante!
Tú, Señor de aquel imperio
en que término no cabe,
que nuestra vida gobiernas,
y marcas nuestro viaje,
echa el velo a nuestras culpas
de tu gracia inagotable.
En tu bondad sólo debe
todo mortal confiarse.
Envuelto en ella conduce
el rey de los musulmanes
a la mansión venturosa
de los goces celestiales.
En ti tan sólo se encuentran
salud y dicha durables:
en el mundo todo engaña,
y todo en el mundo cae.

Con esta elegía se puede decir que hemos entrado en el dominio de la poesía religiosa, y, por consiguiente, debemos presentar aquí algunas otras muestras de ella. También en España hallaron numerosos parciales el misticismo y el ascetismo, que ya aparecieron en los primeros siglos del Islam, y alcanzaron en el sufismo su perfección más alta. Así en las ciudades como en la sociedad de los montes se levantaron claustros y ermitas, donde piadosos anacoretas, apartados del mundo, se consagraban enteramente a la contemplación de lo infinito. Sin embargo, en las poesías religiosas del pueblo español de entonces, al menos en aquéllas que nos son conocidas, en balde hemos buscado la mística profundidad por donde se distinguen las obras de los sufíes orientales. No hay en ellas aquel arrobó, aquella embriaguez divina de un alma que se anega en la inmensidad del sentimiento y que llega a aniquilar su propio ser en el abismo del amor de Dios, sino severas consideraciones sobre lo pasajero de la vida, arrepentimiento de los pecados y esperanza en la misericordia del Altísimo.

De los siguientes versos asegura su propio autor Ibn Suhayd, que cada uno que los recite para implorar la gracia de Dios, verá satisfecho su deseo:

¡Oh tú, que el más oculto sentimiento
sabes del corazón!
¡Oh tú, que en los trabajos das aliento,

y alivio en la aflicción;
a quien se vuelve lleno de esperanza
el corazón contrito;
por quien el pecador tan sólo alcanza
expiar su delito!
Tú, que viertes de gracias un tesoro,
«Así sea», al decir:
Escúchame, Dios mío, yo te imploro;
mi voz dignate oír.
Que mi propia humildad por mí interceda,
¡oh mi dulce sostén!
Eres el solo apoyo que me queda,
eres mi único bien.
En mi abandono, en tu bondad confío;
a tu puerta he llamado;
si no me abres, el dolor impío
me hará caer postrado.
Tú, cuyo nombre invoco reverente,
si no das lo que anhela
tu pobre siervo en oración ferviente,
señor, su afán consuela.
Haz que no desespere en tanta cuita
el débil pecador.
Pues tu misericordia es infinita
e inexhausto tu amor.

Ésta otra plegaria es de Ibn al-Faradi:

Cautivo y lleno de culpas
estoy, Señor, a tu puerta,
temiendo que me castigues,
aguardando mi sentencia.
De mis pecados el cúmulo
con tu mirada penetras;
por tí me angustia el temor,
y la esperanza me alienta.
Pues ¿de quién, sino de ti,
el alma teme o espera?
Es inevitable el fallo
de tu justicia tremenda.
Cuando a abrir llegues el libro
donde escribistes mis deudas,

la suma de mis maldades
temo escuchar con vergüenza.
Ilumíname y consuélame,
del sepulcro en las tinieblas,
donde yaceré olvidado
de mis más queridas prendas;
y que el perdón de mis culpas
tu gran bondad me conceda.
Pues tendré, sin tu perdón,
una eternidad de penas.

Abu-l-Salt Omeya compuso los siguientes versos en la hora de su muerte, y mandó que los grabasen en su sepulcro:

Mientras que me arrastraba
del mundo la corriente fugitiva,
yo jamás olvidaba
que hacia la muerte caminando iba.
Hoy la muerte no temo,
cuando me siento próximo a morir,
sino del Juez supremo
el fallo inevitable que he de oír.
¿Qué destino me espera?
De mis culpas el número es crecido.
¡Cuán justo el Señor fuera
castigando a quien tanto le ha ofendido!
Pero el alma confía
en su misericordia y su perdón,
para gozar del día
venturoso y eterno en su mansión.

De Ibn Sara:

¿Por qué tan dócil oído
sueles prestar todavía
a la dulce voz de aquéllos
que a las fiestas te convidan?

¿No te anuncian ya tus canas
que la muerte se aproxima?
¿Para qué te ha dado Dios
entendimiento, si evitas
escuchar las advertencias
que tu destino te avisan?
Sordo y ciego debe estar
todo aquél que no las siga.
Lo pasado y lo presente
el porvenir garantizan.
Al cabo, de las esferas
se romperá la armonía,
y se apagarán la luna
y el sol que las ilumina.
No ha de durar siempre el mundo;
cuantos en la tierra habitan,
ya bajo tiendas movibles,
ya en las ciudades y villas,
deben al cabo perder
la existencia fugitiva.

- IX -

Poesías varias

Hasta aquí hemos agrupado las diferentes composiciones, atendiendo a la semejanza de su contenido; pero hay muchas que se resisten a esta división por su índole propia y porque el autor ha expresado en ellas sus ideas o sentimientos sobre los hombres y la naturaleza, bajo muy diversos puntos de vista. A menudo se advierte esta diversidad en una misma composición, la cual está como formada de muchas partes, conteniendo cada una distinto asunto, como si fuesen varias composiciones. Esta falta de unidad resalta, por ejemplo, en la famosa qasida en elogio de Córdoba, que estaba en boca de todos los andaluces con el título de El tesoro de la fantasía. Empieza la qasida, a la manera de las antiguas poesías arábicas, hablando con pena y deseo amoroso de las enamoradas ausentes, y en seguida, y

sin transición, hace el poeta el elogio de Córdoba, su patria, lamenta el mal estado de los negocios, por lo cual tiene que privarse de muchos placeres, y dice que por todas partes le aconsejan que emigre y busque fortuna en países extraños; pero él se resuelve decididamente a no abandonar la patria querida. Toda la qasida, que no carece de interés, a pesar de lo defectuoso de su composición, dice como sigue:

Dé muy lejos el saludo
llega a mí de mis queridas,
como suspiro del aura,
lleno de fragancia rica.
Sobre praderas de aromas
parece que se desliza,
las esencias recogiendo
de rosas y clavellinas.
Dentro de mi pecho infunde
nuevo espíritu de vida,
y mi muerto corazón
para el amor resucita.
Este espíritu suave,
que ellas de lejos me envían,
de la profunda tristeza,
de los pesares me alivia.
Mil amorosos recuerdos
pasan por el alma mía,
cual sobre arena candente
la fresca y húmeda brisa.
Como manso viento lleva
hojas del árbol caídas,
mi corazón arrebatan
las pasadas alegrías;
y me embriagan cual vino,
y todo mi ser agitan,
y despiertan esperanzas
por largo tiempo dormidas.
El perfume de tu amor,
¡oh hermosa! el alma respira,
y cuando te llora ausente,
verte otra vez imagina;
y vuela, el rastro oloroso
tomando siempre por guía,
porque el ansia de logarte
nuevamente la domina.
De tu aérea vestidura
tocar anhelo la fimbria,
y de lágrimas y besos
enamorado cubrirla.

Arrastro sobre esta tierra
mis penas y mis fatigas,
sin tener consuelo alguno
mi negra melancolía.
Corro del valle de Akik
a la Ruzafa magnífica
(sólo al mentar estos nombres,
De repente mis mejillas
con lágrimas se humedecen);
ya mis pasos se encaminan
al prado de Addun, al claustro,
a la fúnebre capilla,
o a la puerta de aquel hombre
poderoso, que me brinda
con su vino y su amistad,
que siempre son mi delicia.
Alá le guarde y proteja,
y me conceda la dicha
de poder verle y hablarle
todo el tiempo que yo exista.
A la puerta de Damasco
no quiero hallarme en la vida;
ir a regiones extrañas
mi pensamiento no ansía.
El que su patria abandona,
no bien ausente se mira,
arrepentido lamenta
su arrebatada partida.
¿Qué alcanza ni qué consigue
el que mucho peregrina?
Ganar tal vez con trabajo
su sustento solicita;
pero ¿qué saben los hombres
de lo que Dios determina?
Quien emigrar me aconseja,
con mayor razón podría
aconsejar a un eunuco
el ser padre de familia.
Mi salud en este mundo
y en el otro aquí se cifra;
por nada la deliciosa
Córdoba yo dejaría.
Grande es la ciudad; del río
las ondas son cristalinas;
verde espesura, jardines
y flores bordan su orilla.
Para vivir siempre en Córdoba

más que Noé viviría.
De Faraón los tesoros
déme la suerte propicia
para gastarlos en vino
y en cordobesas bonitas,
ojinegras, cariñosas,
que a dulces besos convidan.
Mas, ¡ay! que debo quejarme
de la fortuna maldita,
que con pobreza y cuidados
de continuo me atosiga.
Jamás alcanza mi mano
a donde alcanza mi vista.
Menos que yo valen otros,
y llegan a donde aspiran.
Entre desdichas tan crudas
es la más cruda desdicha
tener, como un pordiosero,
la bolsa siempre vacía,
y de caprichos de rey
la imaginación henchida.
A contemplar no me atrevo,
de Yabrin en las colinas,
a las esbeltas mujeres,
cual las anémonas lindas.
Al verme tan angustiado,
me dicen muchos: Emigra;
y yo respondo: Lo haré,
cuando no esté de la viña
colgado mi corazón;
cuando el aura matutina
con el aroma del mirto
no dé a mi pecho alegría;
cuando los cantares odie
y las redondas mejillas,
como la granada rojas,
y no exciten mi codicia
las pomas de amor fragantes,
que blandamente palpitan.
Para evitar la miseria
trabajaré noche y día;
haré esfuerzos por lograr
una suerte más benigna;
mas no pretendáis de mí
que deje la patria mía;
al caballo de viaje
no pondré jaez ni brida.

Muy sano es vuestro consejo,
mas permitid no le admita;
no puede el alma sufrir
que otros en mi casa vivan.
Quiero ser fiel a mi patria,
aunque me dio poca dicha,
aunque en ella mis deseos
y voluntad se marchitan.
En ella apenado vivo,
y con desprecio me miran;
mas no he de ver otras tierras
y gentes desconocidas.
«Viene a medrar con nosotros
este extranjero», dirían,
mis frases más amistosas
pagando con invectivas;
«lejos de aquí; sólo agradas
si de delante te quitas;
tu presencia me es odiosa
y me despierta la ira».
¡Oh amorosos ojos negros!
¡Oh mujeres peregrinas!
No es para mí vuestro amor;
me atrevo apenas la vista
a tender hacia vosotras;
tanto la inopia me humilla.
Y tú, vino del convento,
confortadora bebida,
para gustarte a menudo,
dinero se necesita.
¡Oh Tú, que con decir «sea»,
cuanto hay en el mundo crías,
ve que en Córdoba me quedo
en necesidad grandísima;
poderoso y grande Alá,
en ti mi alma confía!

Mostraremos aún con otro ejemplo cuán poco necesario era, en concepto de los árabes, que un pensamiento claramente determinado ligase entre sí todas las partes de una composición poética. En la qasida que vamos a insertar a continuación, describe Ibn Said unas relaciones amorosas, que defiende contra toda censura, y después una noche pasada alegremente en las cercanías de Granada, a orillas del Genil. Ambas partes se enlazan tan poco, que sin dificultad pudieran formar dos composiciones en lugar de una sola:

Mientras gimen las palomas
alárgame el vaso lleno:
venga vino, y de mi seno
ahuyente todo pesar.
Acércate, y que yo pueda,
estrechando tu cintura,
de tu boca en la frescura
mi sed ardiente calmar.
Dulce tesoro tu boca
es de perlas orientales,
es un cerco de corales,
lleno de aromas y miel,
mi vida y alma son tuyas;
más que a mí mismo te amo.
Eres cual airoso ramo
en encantado vergel.
Sobre una excelsa colina
eres cual planta lozana,
y compiten la mañana
y la noche por tu amor.
¿Cómo extrañar que tu gracia
mi corazón encadene?
Te amaré aunque me condene
tanto severo censor.
Aunque mi afecto escarnezca
y ría de mi constancia,
siempre haré con arrogancia
frente a la murmuración
más fuerte que sus calumnias
es el amor que me inspiras;
sus consejos y mentiras
no matarán mi pasión.
Dicen que por causa tuya
adquiero perversa fama;
que el mundo loco me llama
y que se burla de mí;
que tus amores quebrantan
la energía de mi vida;
que está mi hacienda perdida;
que hasta mi honra te di.
Pero yo al punto respondo
que temo más tus desdenes,
que honra, paz, salud y bienes
en un instante perder.
Ni conjuros ni razones

vencen mi amante locura:
me liga con tu hermosura
un invencible poder.
Aunque dicen que me engañas,
en tu lealtad me confío;
ir a tus brazos ansío,
y tú a mis brazos venir.
Lanzas y espadas en vano
se oponen a tu venida;
no hay densa nube que impida
que llegue el sol a lucir.
Burlas a los guardas, rompes
de tus prisiones los hierros;
no hay vigilancia ni encierros
que te detengan jamás:
para llegar amorosa
donde tu amante suspira,
¿de qué discreta mentira,
de qué medio no usarás?
Si un día de mí te burlas,
y si por otro me dejas,
no serán nunca mis quejas
porque poco te guardé.
Sé que guardar es inútil
el amor de las mujeres:
guárdate tú, si me quieres,
y consérvame tu fe.
Mas, aunque al cabo me engañes,
vivirán en mi memoria,
como recuerdos de gloria,
tus caricias y tu amor;
cuando tus labios hermosos
con los míos se estrechaban,
y en vano calmar ansiaban
su fuego devorador.
Yo nunca a Dios en mis rezos
bastantes gracias daría
por aquel dichoso día
que pasé junto al Genil,
cuando entonaban sus himnos
alondras y ruiseñores,
Siendo de aquellos cantores
los verdes ramos atril:
el sol poniente los árboles
mágicamente doraba,
y el río serpenteaba,
cual argentino riel.

Vertía amante ternura
en nuestras almas el vino,
cual topacio cristalino
y dulce como la miel.
La blanca espuma que al borde
del vaso lleno subía,
entre rosas parecía
un floreciente jazmín;
y la luz formaba un iris
en el vino penetrando,
que perlas y aromas dando,
regocijaba el festín.
Así del festín gozamos,
hasta que en el occidente
el sol su manto luciente,
al hundirse, recogió.
Para evitar las tinieblas
las lámparas encendimos;
pero el vino que bebimos
mucho más nos alumbró.
En estrella se transforma
por la noche cada vaso,
en estrella sin ocaso,
que no cesa de brillar.
La noche en estos deleites
fue pasando hora tras hora,
y al fin anunció la aurora
de las aves el cantar.
Y llegó el día, y entonces
un viajero que pasaba,
por nuestras almas rezaba,
porque muertos nos creyó,
viéndonos allí tendidos
inmóviles y beodos.
Bendito el vino, que a todos
tan grato sueño nos dio.

Las composiciones siguientes pueden considerarse como epigramas en el sentido de los de la Antología griega:

A UNA ESPADA

Cual astro en las tinieblas aparece,
como tea inflamada;
entre nubes de polvo resplandece,
como el sol, esta espada.
Tiembla y huye el contrario si la mira,
que se acerque temiendo;
sólo su imagen el terror inspira
a quien la ve durmiendo.

INSCRIPCIÓN DE UN ARCO

Cuando el polvo se levanta
sobre el lugar del combate
y marcha la destrucción
de fila en fila triunfante,
y ejército contra ejército
lucha con rudo coraje,
y sobre todo guerrero
vuela la muerte implacable,
manda para el enemigo
que de más bravo hace alarde,
de improviso, un hierro agudo,
que en el corazón se clave.
Brillo como media luna
entre revueltos celajes;
como estrellas ominosas
mis flechas cruzan el aire.

A UNA ESTATUA DE VENUS QUE SE HALLÓ EN SEVILLA EN UNA EXCAVACIÓN

¡Con cuántos hechizos brilla
esta imagen de mujer!
Da la luz a su mejilla
un mágico rosicler.
Un hijo tiene la hermosa,
mas nadie pensar pudiera

que una lanzada amorosa
jamás su cuerpo oprimiera.
Es de mármol, pero mira
tan dulce y lánguidamente,
que al verla, de amor suspira
el alma menos ardiente.

A UN MANCEBO QUE HABÍA PELEADO VALEROSAMENTE EN LA BATALLA DE ZALACA

En negro corcel, ¡oh joven!,
te vi entrar en la batalla:
cual la luna, cuando el velo
de oscuras nubes desgarrar,
y luce entre las tinieblas,
que disipa amedrentadas,
tu hermoso rostro lucía
entre flechas y entre lanzas.

Muy tiernamente sentida está la siguiente composición a un joven sevillano, cautivo en Murcia:

Con honda pena el desdichado gime,
y nada le sosiega;
inútilmente su dolor reprime;
en lágrimas se anega.
Ten compasión del mozo que suspira,
de libertad sediento:
sólo en la huesa su reposo mira;
muerte en cada momento.
Del aire aspira con amante anhelo
la ráfaga ligera.
Porque aspirar del sevillano suelo
los aromas espera.
Que le preste sus alas, sollozando,
demanda el avecilla,
con el intento de volver volando

a su amada Sevilla.

Estos versos son de al-Humaydi:

Vivir de mi patria ausente
es mi costumbre hace tiempo;
otros gustan del reposo,
yo gusto del movimiento.
Innumerables amigos
en todas las tierras tengo:
he desplegado mi tienda
en mil ciudades y pueblos.
Desde el Oriente al Ocaso
recorrer el mundo quiero:
no ha de faltar un sepulcro
en que descanse mi cuerpo.

Sirvan como muestras de poesía gnómica o sentenciosa las que siguen:

Aunque su cuerpo perezca,
el sabio nunca perece;
el ignorante está muerto
aun antes de que le entierren.

Como nuestra misma sombra
son los bienes de la tierra:
huyen de quien los persigue,
persiguen a quien los deja.

Cálices llenos de acíbar
suelen ser todos los hombres,
y sus frases amistosas,
miel extendida en el borde.

La dulzura del principio
a beber nos predispone,
y al fin gustamos lo amargo
que en el corazón se esconde.

Dos partes tiene la vida:
lo que pasó, que es un sueño;
lo restante, lo que aún
no pasó, que es un deseo.

Ibn al-Habbad, aunque era un tierno poeta erótico, escribió estos versos en un momento de mal humor:

Si te engaña tu querida,
sé también su engañador;
quien desdeña o quien olvida
se cura del mal de amor.
Cuando tienes un rosal
que te da rosas hermosas,
que se lleve, es natural,
el que pasa algunas rosas.

Con ocasión de encanecerse rápidamente sus cabellos, dijo burlando el famoso médico Ibn Zuhr o Avenzohar:

Así exclamé, sorprendido,
al mirarme en el espejo:
«¿Quién es este pobre viejo?
¿A dónde, a dónde se ha ido
aquel joven conocido
que en tu fondo yo veía?»
Y el espejo respondía:
«Sulema lo explicará,
que ya te dice ¡papá!
y ayer ¡hijo! te decía».

El mismo Avenzohar hizo para sí este epitafio:

Párate y considera
esta mansión postrera,
donde todos vendrán a reposar.
Mi rostro cubre el polvo que he pisado;
a muchos de la muerte he libertado,
pero yo no me pude libertar.

Ibn Bayya (llamado Avempace por los cristianos) dijo, al presentir su próxima muerte:

Al ver que mi alma la muerte temía,
le dije: «La muerte dispónete a sufrir;
llamarla en las penas es gran cobardía,
mas debes tranquila mirarla venir».

Abu Amr, paseándose un día por los alrededores de Málaga, su patria, se encontró con Abd al-Wahhab, gran aficionado de la poesía, y habiéndole rogado éste que dijera algunos versos, recitó los que siguen:

Sus mejillas al alba roban luz y frescura,
cual arbusto sabeo es su esbelta figura;
las joyas no merecen su frente circundar.
De la gacela tiene la gallarda soltura
y el ardiente mirar.
Sean, cual perlas bellas,
engarzadas estrellas
de su hermosa garganta magnífico collar.

Cuando Abd al-Wahhab, hubo oído estos versos, lanzó un grito de admiración y cayó como desmayado. Cuando volvió en sí, dijo: «¡Perdóname, amigo! Dos cosas hay que me ponen fuera de mí y me quitan todo dominio sobre mí propio: el ver una hermosa cara y el oír una buena poesía».

El califa Abd al-Rahman III tuvo que sangrarse a causa de una ligera indisposición. Estaba sentado en el pabellón de la gran sala, que se alzaba en el punto más elevado de al-Zahra, y ya el cirujano iba a herir su brazo con el instrumento, cuando entró volando un estornino, se paró sobre un vaso dorado, y dijo lo siguiente:

Hiere con mucho cuidado
el brazo con la lanceta,
porque la vida del mundo
circula por esas venas.

El estornino repitió muchas veces estas palabras, y Abd al-Rahman, muy divertido y maravillado, trató de averiguar quién le había proporcionado aquella sorpresa, enseñando los versos al pájaro. Entonces supo que había sido su mujer Muryana, madre del heredero del trono al-Hakam, y recompensó su ocurrencia y el placer que le había dado con un presente muy rico.

Un joven, empleado en la administración de la hacienda pública en Córdoba, fue conducido a la presencia del poderoso ministro al-Máncer, para responder de la malversación de ciertos fondos, por lo cual se le acusaba. Habiendo tenido que confesar su delito, al-Máncer le dijo: «Pícaro, ¿cómo te has atrevido a apoderarte de los dineros del sultán?» El mozo respondió: «El destino es más poderoso que los mejores propósitos, y la pobreza seduce a la lealtad». El ministro, muy incomodado, mandó que le llevaran a la cárcel con cadenas para darle un severo castigo. Cuando ya le llevaban, dijo el reo:

No acierto a ponderar cómo es profundo
el infortunio mío;
no hay quien pueda salvarme en este mundo;
en la bondad de Dios sólo confío.

Al oír al-Máncer estos versos, ordenó a los esbirros que se detuviesen, y preguntó al prisionero: «¿Has recitado esos versos de memoria o los has improvisado?» El mozo

respondió: «Los he improvisado», y el ministro mandó que le quitasen las cadenas. Entonces añadió el mozo:

Como Alá, bondadoso sé que eres,
y perdonar sin agraciarse no quieres.
Con el perdón no se contenta Alá;
sobre el perdón el Paraíso da.

Al-Máncer mandó que no sólo le dejasen en libertad, sino que también se desistiese de toda ulterior persecución a causa de la suma malversada.

Ibn Hudayl refiere: «Cierta día, yendo yo a una quinta que poseo al pie de la sierra de Córdoba, en uno de los más hermosos sitios del mundo, me encontré con Ibn al-Qutiyya, que volvía precisamente de los jardines que tiene en aquel punto. Cuando me vio dirigió hacia mí su caballo, y se mostró muy contento de haberme encontrado.

Yo mismo, de muy buen humor, le dije de repente:

Sol, que el mundo iluminas refulgente,
¿de dónde vienes, varón a quien respeto?

Al oírme se sonrió, y respondió al instante:

De donde meditar puede el creyente,
y el pecador pecar puede en secreto.

Esta respuesta me agradó tanto, que no me pude contener, y le besé la mano y pedí para él la bendición de Dios. Era además mi antiguo maestro y merecía esta muestra de alta estimación».

Ibn Sadik cuenta: «Había yo llegado a Toledo con mi hermano, y ambos fuimos a hacer una visita al jeque Abu Bakr. Apenas entramos donde estaba, nos preguntó de dónde veníamos.

«De Córdoba», respondimos. «¿Y cuándo la dejasteis?», volvió a preguntar. «No ha mucho», volvimos a responderle. Entonces, dijo, «llegaos más cerca de mí, a fin de que yo respire el ambiente de Córdoba». Y cuando ya estuvimos junto a él, se inclinó sobre mi cabeza y dijo:

«¡Oh ciudad de las ciudades,
Córdoba espléndida y clara!
¿Cuándo volveré a tu seno,
hermosa y querida patria?
¡Ojalá fecunda lluvia
sobre tus pensiles caiga,
mientras que el trueno repita
el eco de tus murallas!
Brillen serenas tus noches,
un cinturón de esmeraldas
te cerque y tu fértil vega
te perfume con algalia».

El poeta Ibn Suhayd recibió la noticia de que Suhayd, lugar de su nacimiento, cerca de Málaga, había sido destruido por los cristianos, y sus parientes habían sido muertos. Al punto fue allí, y al ver las ruinas de su pueblo, exclamó conmovido:

¿En dónde están los nobles generosos
que en tu seno vivían;
que a menudo en sus brazos amorosos
aquí me recibían?
Ni a mi voz ni a mi llanto ha respondido
ninguna voz amada;
el eco o de la tórtola el gemido
responde en la enramada.
Honda pena me causa, patria mía,
estar tus males viendo,
y no poder a la maldad impía
dar castigo tremendo.

Al-Mutamid

Quien ha visto a Sevilla, aunque sea de paso, tiene que admirarse de la multitud y variedad de monumentos que tantos y tan diversos pueblos y siglos han ido dejando en aquella famosa ciudad, ensalzada proverbialmente como una maravilla del mundo. Mientras que las columnas de la Alameda vieja hacen pensar en la dominación de los romanos, la elegante Lonja, el Archivo de Indias y la Torre del Oro, a orillas del Guadalquivir, a donde aportaban las flotas de la recién descubierta América, traen a la memoria el esplendor de la monarquía universal de Carlos V. Y mientras que la Giralda, graciosa a la par que majestuosa, nos transporta a los tiempos en que el almuédano hacía oír su voz desde su altura, llamando a la oración a la floreciente capital del imperio de los almohades, recuerda al lado mismo la magnífica catedral el ahora no menos decaído poder de la católica jerarquía. Pero, a par de tan importantes monumentos de lo pasado, que aún permanecen sin haberse destruido, en vano se buscan otros que debieron existir en otra edad, si no hemos de tener la historia por fábula. Han desaparecido hasta los vestigios de aquellos edificios suntuosos con que adornó su capital la brillante dinastía de los abbadidas.

El tiempo, que no ha perdonado los palacios y quintas de aquellos príncipes, también ha borrado casi su recuerdo. Y sin embargo, no sólo levantaron los Banu Abbad, merced a su espíritu emprendedor y a su valor guerrero, el poder de su reino a una altura que sobresalía entre la de los otros estados contemporáneos de la península, sino que, como valedores de la ciencia y de la poesía, hicieron de su corte un centro de reunión de sabios y de poetas, con el cual apenas compite en esplendor el que hubo en Córdoba en el más glorioso período del califato. Aún hay más: un individuo de esta dinastía, al-Mutamid, ocupa un distinguidísimo lugar entre los poetas árabes, y por su extraño destino, y por la trágica caída en que arrastró a todos los suyos, aparece como un héroe digno de la poesía.

De la anarquía que siguió a la caída de los omeyas nació un gran número de pequeños estados independientes. Córdoba, Badajoz, Toledo, Granada, Almería, Málaga, Valencia, Zaragoza, Murcia y otras ciudades fueron asiento de otras tantas dinastías, que a menudo se combatían entre sí.

Pronto descolló como la más ilustre de estas familias soberanas la casa de los abbadidas. El fundador de esta casa, Abu-l-Qasim Muhammad, había adquirido grande influjo en Sevilla, así por sus riquezas como por sus prendas personales. Impulsado después por su infatigable ambición, y aprovechando un momento favorable de la incesante lucha de los partidos, se alzó con el poder supremo. Para esto se valió de un extraño ardid. Desde la desmembración del califato, habían transcurrido veinte años en continuas revoluciones de palacio, derramamiento de sangre y combates entre diversos pretendientes a la corona. El último omeya, Hišam, había muerto de una manera tan misteriosa, que había dado ocasión a que se

creyese que no era cierta su muerte, sino que había huido del vacilante trono para vivir en un seguro asilo. De repente apareció, probablemente por instigación de nuestro Abu-l-Qasim, un hombre que decía ser Hišam, haciendo un papel semejante a los de los falsos Demetrios, Sebastianes y Waldemares. Aseguraba este hombre que, huyendo del puñal de Sulayman, que se había sentado en el solio después de él, había pasado a Oriente, en donde hasta entonces había vivido, y de donde acababa de volver. Pronto se esparció el rumor de la vuelta de Hišam, y por donde quiera se contaban sus aventuras: que había llegado a Córdoba disfrazado y ganándose la vida con el trabajo de sus manos; que había recorrido todo el Oriente, durmiendo por las noches en las mezquitas; y que, por último, quería de nuevo subir al trono. Abu-l-Cusumbe hizo de modo que algunas mujeres que antes habían habitado en Córdoba asegurasen la identidad del embustero con el califa, y cuando una parte del pueblo le hubo creído, aclamó al falso Hišam como soberano, pero le tuvo encerrado con varios pretextos, en los aposentos interiores del alcázar, mientras que gobernaba en nombre suyo.

Abu-l-Cusumbe procuró enseguida ensanchar los límites del nuevo reino de Sevilla; pero quien llevó adelante con más éxito sus planes ambiciosos fue su hijo, que subió al trono después de la muerte de Abu-l-Cusumbe, en el año 1042. Era el nuevo príncipe hombre de gran fuerza y corpulencia, de agudo entendimiento y de notable presencia de espíritu. Tenía además una esmerada educación literaria, adquirida durante la vida de su padre, por medio de asiduos estudios; pero apenas se abrió para él el camino del imperio, cuando todos sus pensamientos se enderezaron al mismo fin; al engrandecimiento de su poder. No contento de gobernar con el mero título de visir, dispuso que las plegarias se hiciesen en su nombre, y no en el del monarca fantasma; divulgó la nueva de que Hišam había muerto de apoplejía, y tomó, como único soberano, el nombre de al-Mutadid Bilah, el que se apoya en Dios. Cualquier medio de satisfacer su ambición le parecía bueno, y a fin de extender el término de Sevilla, no había obstáculo que no allanase, o por fuerza o por astucia. Un solo ejemplo, entre muchos, dará a conocer las artes de que se valía para apoderarse de los estados de otros príncipes, confinantes con el suyo. Hallándose desavenido con el jefe de los berberiscos, Ibn Nuh, que dominaba en Arcos y Morón, recorría al-Mutadid, disfrazado, los alrededores del castillo de Arcos, cuando fue reconocido por los servidores de su contrario y hecho prisionero. Ibn Nuh, a cuya presencia le condujeron, pudo tratarle con mucha dureza, pero le acogió con la mayor bondad y le dejó al punto libre. Al-Mutadid quedó agradecido a esta acción magnánima, afirmó a Ibn Nuh en su señorío, e hizo alianza con otros caudillos berberiscos que poseían territorios alrededor del suyo. Todos los príncipes mencionados rivalizaban en acatar al más poderoso señor de Sevilla. Éste dispuso, en el año de 1043, una gran fiesta y convidó a ella a sus nuevos amigos. Con el pretexto de honrarlos más, los hizo entrar en una sala de baño, que estaba caliente. Sólo Ibn Nuh, fue conducido a otra estancia donde él se hallaba. Entonces se cerraron, por orden de al-Mutadid, las puertas y los resquicios todos de la sala de baño, y no volvieron a abrirse hasta que aquellos infelices estuvieron todos ahogados. De este modo cayeron en su poder Ronda, Jerez y otras plazas fuertes. Ibn Nuh, a quien al-Mutadid había perdonado por gratitud, murió también poco después; y su hijo y sucesor, viéndose cada día más estrechamente cercado por las tropas del rey de Sevilla, abandonó por último sus estados.

Al-Mutadid llevaba en sus palacios una vida de crápula, y los compañeros de sus orgías, con quienes pasaba a menudo noches enteras en la más desenfadada disipación, solían

brindar a su salud con esta frase: «¡A que puedas matar a muchos!» Hizo al-Mutadid adornar los jardines de su alcázar con las cabezas de los enemigos que había muerto, y se deleitaba con esta vista, que a los otros hombres causaba horror. No estaba menos orgulloso de una preciosa cajita, donde guardaba como un tesoro los cráneos de los príncipes que había hecho morir. Cuando más tarde, después que sucumbieron los abbadidas, cayó Sevilla en poder de sus enemigos, hallaron en el alcázar un saco, donde imaginaron que habría oro y piedras preciosas, pero que sólo contenía calaveras.

A pesar de su índole malvada, este tirano cruel, no sólo fue amante y favorecedor de las letras, sino poeta también y autor de muchas composiciones. Sirva de ejemplo la siguiente a la ciudad de Ronda:

- I -

La perla de mis dominios,
mi fortaleza te llamo,
desde el punto en que mi ejército,
a vencer acostumbrado,
con lanzas y con alfanjes,
te puso al fin en mi mano.
Hasta que llega a la cumbre
de la gloria peleando,
mi ejército valeroso
no se reposa en el campo.
Yo soy tu señor ahora,
tú mi defensa y amparo.
Dure mi vida, y la muerte
no evitarán mis contrarios.
Sus huestes cubrí de oprobio;
en ellas sembré el estrago,
y de cortadas cabezas
hice magnífico ornato,
que ciñe, cual gargantilla,
las puertas de mi palacio.

Otras poesías características de al-Mutadid son:

Ni cuando duermo me deja
mi noble anhelo de gloria,
y sueño con la ambición,
que el corazón me devora,

que no me concede paz,
que me atormenta y agobia,
si me retiene en mi estancia
enfermedad enojosa.
Cualquier enfermo, si duerme,
se tranquiliza o mejora;
mas el sueño huye de mí;
mis pensamientos le arrojan.
Apenas cierro los párpados,
grita una voz poderosa,
«¡Mutadid, piensa en tus fines!»
Y el dulce sueño me roba.
Y así despierta mi alma,
y combates y victorias
ansiendo férvidamente,
ni un solo punto reposa.

- II -

Locuaz y alegre en el trato
me suele poner el vino:
con quien más bebe en la orgía,
con quien más ríe compito.
Si al trabajo la mitad
de mi existencia dedico,
la otra mitad al reposo
quiero dar y al regocijo.
Son mis fiestas y deportes
cuando el sol hunde su disco;
cuando de nuevo amanece,
el cuidar de mis dominios.
Mas aunque a cántaros beba,
siempre en mi gloria medito:
mis hazañas y mi nombre
no ha de tragar el olvido.

En la familia de al-Mutadid ocurrió un suceso trágico, que recuerda, por circunstancias muy semejantes, las cortes de Felipe II, Cosme I de Médicis y Pedro el Grande de Rusia. Ya

hacía mucho tiempo que entre el rey y su hijo mayor, Ismail, había grandes desavenencias. Un conato de rebelión del príncipe, que halla alguna disculpa en la extraordinaria dureza del padre, fue frustrado, y castigado con la muerte de los conspiradores. Entonces Ismail, temiendo para sí mismo la peor suerte e impulsado por la desesperación, penetró una noche en palacio: creía encontrar dormido a Mutadid y estaba resuelto a matarle; pero le encontró apercibido y a la cabeza de sus guerreros. Ismail emprendió la fuga, pero fue detenido y conducido nuevamente a palacio. El padre, fuera de sí de ira, hizo que le llevasen a uno de los cuartos interiores, se quedó solo con él, y con sus propias manos le dio allí mismo la muerte. Parece que al-Mutadid sintió más tarde profundos remordimientos por esta acción, que echó una negra sombra sobre lo restante de su vida. En medio de su carrera de dominador y triunfador, que siguió siempre con buen éxito, fue detenido al-Mutadid por una peligrosa dolencia. Sospechando que se acercaba el fin de sus días, mandó llamar a un cantor siciliano, para sacar un agüero de las primeras palabras con que empezase a cantar. El cantor empezó de este modo:

Al tiempo mata, que matarte quiere;
Pronto la vida pasa, pronto muere
quien se ufanaba ayer.
El humor de las nubes cristalino
mezcla, ¡oh mi amada! con el dulce vino,
y dame de beber.

El rey consideró estos versos como un mal pronóstico. En efecto, sólo vivió cinco días más después de haberlos oído.

Su hijo al-Mutamid, que en el año 1069 le sucedió en el trono, unía a las prendas de hombre de estado de su padre una más noble manera de sentir y un talento poético incomparablemente más alto. Había pasado este príncipe una parte de su juventud en la ciudad de Silves, de la cual, así como del mágico palacio de Sarayib, donde moraba, guardó siempre un dulce recuerdo. En elogio de Silves compuso los versos siguientes:

Saluda a Silves, amigo,
y pregúntale si guarda
recuerdo de mi cariño
en sus amenas moradas.
Y saluda, sobre todo,
de Sarayib el alcázar,
con sus leones de mármol,
con sus hermosuras cándidas.
¡Cuántas noches pasé allí
al lado de una muchacha

de esbelto y airoso talle,
de firmes caderas anchas!
¡Cuántas mujeres hirieron
allí de amores mi alma,
siendo cual flechas agudas
sus dulcísimas miradas!
¡Y cuántas noches también
pasé a la orilla del agua,
con la linda cantadora,
en la vega solitaria!
Un brazalete de oro
en su brazo fulguraba,
como en la esfera del cielo
La luna creciente y clara.
ebrio de amor me ponían,
ya sus mágicas palabras,
ya su sonrisa, ya el vino,
ya los besos que me daba.
Luego solía cantarme,
haciendo a los besos pausa,
algún cántico guerrero
al compás de mi guitarra;
y mi corazón entonces
de entusiasmo palpitaba,
como si oyese en las lides
el resonar de las armas.
Pero mi mayor deleite
era cuando desnudaba
la flotante vestidura,
y como flexible rama
de sauce, me descubría
su beldad, rosa temprana,
que rompe el broche celoso
y ostenta toda su gala.

Su carácter, más inclinado a los goces y placeres de la paz que a los afanes de la guerra, se manifestó ya en vida de su padre, cuando éste le envió mandando una expedición contra Málaga. Deleitándose en fiestas con sus compañeros de armas, se descuidó, de suerte que se dejó sorprender y arrollar por los enemigos y, habiendo perdido una gran parte de sus guerreros, sólo con dificultad pudo hallar refugio en Ronda. Hondamente enojado con esto, el padre le hizo poner en una prisión y le amenazó con el último suplicio; pero las poesías que al-Mutamid le dirigió lograron poco a poco mitigar su ira. En una de ellas se expresaba al-Mutamid de este modo:

No ya de los vasos el son argentino,
ni el arpa, ni el canto me inspiran placer,
ni en frescas mejillas rubor purpurino,
ni ardientes miradas de hermosa mujer.
No pienses, con todo, que extingue y anula
un místico arrobamiento mi esfuerzo y virtud;
bullendo en mis venas, cual fuego circula
y bríos me presta viril juventud.
Mas ya las mujeres, el vino y la orgía
calmar no consiguen mi negra aflicción;
ya sólo pudiera causarme alegría
¡oh padre! tu dulce y ansiado perdón;
y luego cual rayo volar al combate,
y audaz por las filas contrarias entrar,
y como el villano espigas abate,
cabezas sin cuento en torno segar.

En otra composición trata al-Mutamid de ganarse la voluntad de su padre, alabando así sus hazañas:

¡Cuántas victorias, oh padre,
lograste, cuyo recuerdo
las presurosas edades
no borrarán en su vuelo!
Las caravanas difunden
por los confines extremos
de la tierra la pujanza
de tu brazo y los trofeos;
y los beduinos hablan
de tu gloria y de tus hechos,
al resplandor de la luna,
descansando en el desierto.

Así, por último, tuvo lugar la reconciliación entre padre e hijo. Éste también mostró más tarde mayor aptitud para la guerra, y cuando vino a heredar el reino, logró agrandarle con la conquista de Córdoba.

Al-Mutamid, dice un historiador árabe, era el más liberal, hospitalario, magnánimo y poderoso entre todos los príncipes de España, y su palacio era la posada de los peregrinos, el punto de reunión de los ingenios y el centro a donde se dirigían todas las esperanzas, de suerte que a ninguna otra corte de los príncipes de aquella edad acudían tantos sabios y tantos poetas de primer orden.

En los alcázares y quintas de al-Mubarak, al-Mukarram, al-Zuraya y al-Zahi, había, según las diferentes estaciones del año, variada y siempre encantadora vivienda, donde el rey se deleitaba y entregaba a los placeres del amor y de la poesía, al margen de primorosas fuentes, indispensable requisito de todo morisco alcázar, y arrullado por el murmullo de los surtidores, que brotaban de la boca de elefantes de plata o de marmóreos leones. Con él estaba siempre su esposa Itimad, célebre por sus altas prendas de poetisa. El modo con que el rey trabó conocimiento con ella tiene un carácter muy novelesco. Solía el rey ir de paseo, disfrazado y en compañía de su visir Ibn Ammar, a un ameno sitio que llamaban los sevillanos la pradera argentina. Una tarde, mientras los dos discurrían por la orilla del Guadalquivir, el viento agitaba y rizaba las ondas. Entonces al-Mutamid dijo a Ibn Ammar:

El viento transforma el río
en una cota de malla.

«¡Acaba tú los versos!» El visir se disculpaba y decía que no podía acabarlos, cuando una mujer que se encontraba allí exclamó:

Mejor cota no se halla
como la congele el frío.

Mucho se maravilló al-Mutamid de ver vencido por una mujer, en el arte de improvisar, al famoso Ibn Ammar; miró a la improvisadora, se prendó de su hermosura y se enamoró de ella.

De vuelta a su palacio, mandó a un eunuco que se la trajese. Cuando la vio de nuevo, se confirmó en su primera impresión, y cuando supo por ella que estaba soltera, la tomó por mujer. Desde entonces ella fue su fiel compañera, así en la prosperidad como en la desgracia.

Itimad era amable, ingeniosa, discreta y muy animada en la conversación; pero estaba llena de caprichos, con lo cual dio mucho que hacer a su consorte. Cierta día vio a unas mujeres del pueblo que con los pies desnudos amasaban barro para hacer adobes, y de pronto se apoderó de ella un vivo deseo de ir donde estaban las mujeres y de hacer lo mismo.

Entonces al-Mutamid hizo desmenuzar en polvo las más olorosas especies y esparcirlas sobre el pavimento de una sala, de modo que por completo le cubriesen. Después mandó verter encima agua de rosas, y, habiéndolo mezclado todo, formó una especie de barro. Y sobre aquel barro o lodo de mirra, almizcle, canela y ámbar, dijo el rey a Itimad que se descalzase e hiciese adobes. En lo sucesivo, cuando Itimad se enojaba con el rey y le decía que nunca había hecho nada extraordinario por ella, el rey solía responder: «Menos el día del barro»; con lo cual ella se avergonzaba y pedía perdón.

El primer período del reinado de al-Mutamid, que este soberano pasó en el pleno goce de su poder y de todos los bienes de la tierra, ha dado a los historiadores de Occidente tanto asunto de anécdotas como a los de Oriente la vida de Harun al-Rašid.

Lo mismo que el califa de Bagdad, gustaba el rey de Sevilla de recorrer de noche las calles de su capital, en compañía de su visir. Una vez, pasando por la puerta de un jeque famoso por sus bufonadas y extravagancias, dijo el rey a sus acompañantes que llamasen a la puerta de aquel viejo loco, para que les diera ocasión de reír. Dicho y hecho, llamaron a la puerta. Desde dentro respondieron: «¿Quién está ahí?». Al-Mutamid replicó: «Un hombre que desea que le enciendas su lámpara.

-Por Alá, dijo el anciano, aunque el mismo al-Mutamid llamase a estas horas a mi puerta yo no le abriría.

-Bien, contestó éste; yo soy al-Mutamid.

-Pues te daré mil bofetones», exclamó el viejo.

Esta amenaza hizo reír tanto al rey, que se echó por tierra. Luego dijo al visir: «Vámonos; no sea que lo de las bofetadas llegue a ser serio. Se fueron entonces y al día siguiente envió el rey al viejo mil dirhems, mandándole a decir que era la paga de los mil bofetones de la víspera.

En los alrededores de Sevilla no había seguridad, a causa de un famoso bandido, conocido con el nombre de el halcón pardo, de cuyos robos se contaban las cosas más extraordinarias.

Era tal su habilidad, que llegó a robar aun estando enclavado en una cruz. El rey había mandado que le crucificasen en un sitio por donde solían pasar los campesinos, a fin de que le vieses. Mientras estaba pendiente de la cruz, vinieron su mujer y su hija, y lloraron por él y porque las dejaba solas y desvalidas. En esto pasó por allí un labrador, caballero en una mula, la cual iba cargada con un saco de vestidos y otros objetos. El ladrón le dijo: «Mira en qué situación me hallo; apiádate de mí y hazme una merced que a ti mismo te traerá mucho provecho». Habiéndole preguntado el labrador de qué se trataba, hubo de contestarle: «¿Ves aquel pozo allí abajo? Cuando los alguaciles me prendieron eché en él

cien monedas de oro. Tú puedes fácilmente sacarlas. Mi mujer y mi hija guardarán tu mula mientras que tú descienes al pozo». El labrador tomó una soga y se echó en el pozo en busca del dinero, del que había convenido en quedarse con la mitad. Cuando estuvo en lo hondo, cortó la soga la mujer del ladrón, tomó con su hija los vestidos y demás objetos de la mula, y huyó con ellos. El labrador empezó a gritar; pero como era la hora de la siesta y hacía mucho calor, nadie pasaba por allí, y las mujeres pudieron escaparse. Por último, acudió gente que oyó los lamentos del labrador y que le sacó del pozo. Le preguntaron qué le había sucedido, y él dijo: «Este pícaro, este tuno astuto me ha engañado, y su mujer y su hija me han robado mis vestidos y otros objetos». Al-Mutamid se maravilló mucho cuando supo esta historia, y mandó que descolgasen al ladrón de la cruz y le llevasen a su presencia. Entonces le preguntó cómo era posible que ya en el umbral de la muerte hiciese tales fechorías. El ladrón contestó: « Señor, si tuvieses idea de la inmensa alegría que causa el hurtar, dejarías tu trono para entregarte a dicho ejercicio». Al-Mutamid, le censuró, riendo, aquella propensión tan criminal, y añadió al cabo: «Si yo te perdonase y diese libertad y una buena colocación, que bastase para mantenerte, ¿te enmendarías y olvidarías tus malas mañas?

-¡Oh, señor! contestó el ladrón, ¿cómo no había yo de hacerlo cuando sólo así puedo librarme de la muerte?» Al punto el rey le indultó y le colocó entre los guardias públicos de Sevilla.

Al-Mutamid oyó un día que un cantor cantaba la siguiente copla:

Del odre sacó la niña
el vino que se bebió;
si oro sólido pagamos,
oro líquido nos dio.

Al punto añadió el Rey, improvisando:

Yo le dije: «Dame vino,
y te regalo esta joya»;
y ella contestó: «Mareos
si bebes, en cambio toma».

En otra ocasión daba el rey con sus amigos un paseo a caballo, para solazarse, fuera de la ciudad. Los caballos iban corriendo, y cada cual procuraba adelantarse a los otros. Al-

Mutamid, que caminaba delante de todos, penetró en unas huertas y se paró junto a una higuera cubierta de higos negros maduros. Uno muy gordo llamó su atención y le dio con un palo para derribarle, pero permaneció firme en la rama. Entonces retrocedió al-Mutamid y dijo al primero de los que le seguían:

Asido está a la rama con firmeza.

El del séquito prosiguió:

Cual de un negro rebelde la cabeza.

La prontitud de esta contestación agradó mucho a al-Mutamid y la recompensó con un rico presente.

Una vez oyó al-Mutamid recitar versos en que se afirmaba que la fidelidad era ya tan fabulosa como el cuento de aquel poeta que recibió de presente mil monedas de oro.

-¿De quién son esos versos? -preguntó. -De Abd al-Yalib -le contestaron. -¿Es posible, dijo entonces el rey, que uno de mis servidores, un excelente poeta, pueda considerar como fabuloso el presente de mil monedas de oro?- Y en seguida envió a Abd al-Yalib la mencionada suma.

Una serie de versos improvisados de al-Mutamid, que sus biógrafos reproducen y acompañan con noticia de las circunstancias en que se compusieron, nos manifiestan lo que era este rey como poeta, durante el primer período dichoso de su vida. Estos versos no carecen a menudo de gracia y de primor; pero su más alta inspiración poética la debió al-Mutamid más tarde al infortunio.

I

«En una hermosa noche de verano había al-Mutamid reunido en torno suyo, en los jardines de su palacio, a sus cortesanos y más fieles servidores y a algunas cantarinas. El aura suave acariciaba a los convidados como una poesía de amor, el resplandor de las lámparas rielaba en los arroyos cristalinos y murmuradores, y resonaba dulcemente la música de los laúdes y cítaras, mientras que los rayos de la luna se quebraban en las columnas del patio del alcázar y se diría que temblaban sobre la verdura de la enramada. El rey dijo:

Que brille el vino en los vasos,
y que del nocturno velo,
extendido por el cielo,
disipe la oscuridad.
Hacia Orión ya la luna
va derramando su lumbre,
cual rey que llega a la cumbre
de su gloria y majestad.
Un ejército de estrellas
cubre la extensión oscura;
la luna hermosa fulgura
y descuella en medio de él.
Incansable peregrina
por vagorosos senderos,
y los más ricos luceros
ornan su regio dosel.
Como en el cielo la luna,
así en la tierra me ostento,
cuando me cerca contento,
mi ejército vencedor,
o cuando lindas muchachas
en torno me ofrecen vino,
y con acento argentino
entonan himnos de amor.
La noche de sus caballos
de oscuridad me circunda,
y en luz el vino me inunda
que ellas me quieren brindar.
Cántame, pues, las hermosas,
y las cítaras resuenen:
las hondas copas se llenen
y bebamos sin cesar.

II

Una risueña mañana, en el palacio de Muzayniya, el jardín competía en esplendor con las elegantes habitaciones. Ya las aves habían empezado su concierto de alegres trinos y las flores confiaban misterios de amor al céfiro que besaba sus cálices. Delante del rey estaba una doncella cuyo rostro brillaba como la luz de la aurora, y que resplandecía con tantas joyas como si las pléyades mismas le sirviesen de collar. Inclinandose con gracia, como una rama airosa, ofreció al rey un vaso de cristal lleno de vino.

El Rey improvisó:

Bella es la dama que me ofrece vino,
refulgente licor,
oro líquido en hielo cristalino,
que exhala grato olor.

III

Refiere uno de los favoritos de al-Mutamid que en una hermosa noche de luna penetró en los jardines del alcázar. Allí vio al rey, que estaba al borde de un estanque, en cuyas claras aguas se reflejaban las estrellas, por tal arte, que parecía un pensil lleno de celestiales y luminosas flores. En el fondo de la onda pura se veía la vía láctea. Un aroma de ámbar llenaba el ambiente, los vientos de la noche movían con suavidad las enramadas de mirto, y agitando las flores, les robaban los encantadores misterios del jardín y los difundían por donde quiera. Al-Mutamid, sin embargo, permanecía con la mirada fija en la tierra, y sus suspiros daban señales del dolor de su alma. Por último, lamentándose de la ausencia de su amada, exclamó de esta suerte:

Pronto será vencedora
la muerte de mi pasión,
si no calmas, corazón,
el dolor que me devora.
Ausente de mi señora,
mis recelos me dan guerra;
no logro paz en la tierra,
y el sueño, que invoco en vano,
con su delicada mano
nunca mis párpados cierra.

IV

En un hermoso día se encontraban Ibn Siray y otros visires y cortesanos en al-Zahra, aquella quinta de los califas de Córdoba tan brillante en otro tiempo. Ya se deleitaban con las tempranas flores de la primavera, y ya iban de un kiosko a otro, donde se regocijaban con vino. Por último, se detuvieron en un florido jardín, regado por cristalinos arroyos y cubierto de una fresca alfombra de verdura. Junto a ella se veían muchos árboles frondosos,

cuyas ramas movía el viento, y se veían asimismo las ruinas del palacio. Lo decaído de este soberbio edificio parecía burlarse de su pasada magnificencia. Los grajos graznaban en los muros. Los caprichos de la suerte habían extinguido el brillo del palacio y ennegrecido la grata sombra que en otro tiempo esparcía. Ya hacía mucho que los califas no le iluminaban con su presencia, aumentando sus vergeles y avergonzando a las nubes con la abundante lluvia de su liberalidad inagotable. La destrucción había extendido su manto sobre el palacio y echado por tierra sus cúpulas y azoteas.

Con todo, los visires y cortesanos se deleitaban allí, bebiendo vino, cuando se llegó a ellos un mensajero de al-Mutamid, y les dio una carta, que contenía estos renglones:

A estos palacios de al-Zahra
hoy mis palacios envidian.
Porque de vuestra presencia
consiguen ellos la dicha.
Como el sol fuisteis a ellos,
apenas amanecía,
venid a mí, cual la luna,
que ya la noche principia.

En efecto, fueron al Palacio del jardín, Qasr al-Bustan, que estaba cerca de la puerta de los perfumeros, y tuvieron allí una espléndida fiesta, hermosea con danzas y juegos y esclarecida por la presencia del rey, donde se les sirvió por muchos esclavos un agasajo suntuoso.

V

Abu-l-Asbag fue enviado a al-Mutamid como embajador del rey de Almería. En Sevilla se prepararon grandes solemnidades para recibirle. Desde el último lugar en que pernoctó antes de llegar a la corte, anunció el embajador su pronta llegada y la de su comitiva con los siguientes versos, dirigidos a al-Mutamid:

¡Oh señor prepotente! bajo tu regio manto
los pueblos se congregan buscando protección;
tu solo nombre llena al bárbaro de espanto;
los árabes te tienen en gran veneración.
Ya cerca de la corte do tu valor descuella,
nos sumergió la noche en honda oscuridad;
mas hacia ti nos guía, como luciente estrella,
tu imagen, que en el alma infunde claridad.

Al-Mutamid respondió al punto:

Salud y dicha os envío,
salud y dicha os dé el cielo,
cuando yo realmente os vea
y no en imagen del sueño.
Apresurad el viaje,
romped el nocturno velo;
es vuestra alegre embajada
cual faro que os guía al puerto.
El saber, nobles varones,
mana del estilo vuestro:
regalo dais al oído
con frases y con acentos.
Instruís con vuestro trato,
sois doctos en el derecho,
y abundan vuestros escritos
en profundos pensamientos.
Oh Abu-l-Asbag, ven, que afable
a recibirte me apresto,
y ganar tu voluntad
y ser tu amigo deseo.
A cada paso que dan
los vigorosos camellos
que a mi morada os acercan,
palpita alegre mi pecho.
No reposaré esta noche,
con ansia y afán de veros,
y ya estaré, con el alba,
si llegasteis inquiriendo.

VI

El biógrafo árabe de al-Mutamid tiene por una de sus más elegantes y graciosas gacelas la que sigue:

Lejos de ti, pensando de continuo,

infortunios recelo;
ebrio me siento, pero no de vino,
sino de triste y amoroso anhelo.
Ceñir quieren mis brazos tu cintura,
y mis labios besar tus labios rojos;
hasta gozar de nuevo tu hermosura,
han jurado mis ojos
del sueño no rendirse a la dulzura.
Vuélvete, dueño amado;
sólo volverme así la dicha puedes,
que está mi corazón aprisionado
para siempre en tus redes.

VI

A su visir Ibn al-Labbana, cuando éste le ofrecía vino en un vaso de cristal:

Es de noche, mas el vino
esparce el fulgor del día,
puro brillando en el seno
de su cárcel cristalina:
torrente de oro fundido
dentro del vaso se agita,
y en el haz se cuaja en perlas
resplandecientes y limpias;
centellea como el cielo
que los astros iluminan,
y alza espuma como arroyo
al quebrarse entre las guijas.

VIII

A la imagen de su amada, que se le apareció en sueños, durante la noche:

Un afán enamorado
me infunden, al verte en sueños,
las rosas de tus mejillas

y las pomas de tu pecho.
También acercarme a ellas
ansío cuando despierto,
mas entre los dos se pone
de los espacios el velo.
Sientan otros de la ausencia,
sientan el dolor acerbo;
y tú, pimpollo de palma,
tú, gacela de ojos negros,
tú, de aromáticas flores
fecundo y cerrado huerto,
a mi corazón marchito,
a mi corazón sediento
da vida con el perfume
y el rocío de tus besos:
así te colme de dichas
y bendiciones el cielo.

IX

Al visir Abu-l-Hasan Ibn al-Yasa, que le había enviado un ramillete de narcisos:

Ya muy tarde, por la noche,
tus narcisos recibía,
y al punto quise con vino
solemnizar su venida.
En la bóveda del cielo
las estrellas relucían,
y el licor, pasto del alma,
brindaba una joven linda.
En su seno reclinado,
duplicaban mis delicias
el zumo que dan las uvas,
sus besos, que son almíbar.
Otros, tomando confites,
anhelan más la bebida;
a mí tus dulces recuerdos
de confites me servían.

La primera sombra que cayó sobre la felicidad de al-Mutamid fue la trágica muerte de su hijo Abbad, a quien, desde que se apoderó de Córdoba, tenía allí de gobernador.

Pronto tuvo éste que resistir el ataque de Ibn Uqayya, caballero cordobés, que se había puesto al servicio del rey de Toledo y que anhelaba conquistar la ciudad en su nombre. Abbad procuró reunir su ejército rápidamente, mas no logró rechazar la repentina acometida nocturna. Pereció en la batalla, y su cabeza, separada del tronco, fue enviada al rey de Toledo. El padre, que amaba a este hijo con la mayor ternura, sintió, al recibir la nueva de su muerte, un dolor desesperado.

Corrió en seguida a la venganza, reconquistó a Córdoba, e hizo clavar en una cruz a Ibn Uqayya. Aún no presentía cuántos otros casos dolorosos tendría que lamentar en adelante; pero sus infortunios se acercaban con rápidos pasos.

En aquel tiempo, dice Ibn Jallikan, se había hecho tan poderoso Alfonso VI, rey de Castilla, que los pequeños príncipes mahometanos se vieron precisados a ajustar paces con él y a pagarle tributo. Al-Mutamid, aunque más poderoso que los otros, se hizo también tributario de Alfonso; pero éste, cuando en el año de 478 de la égira (1085 de Cristo) conquistó a Toledo, empezó a poner la mira en los estados de al-Mutamid; no se contentó sólo con el tributo, y le envió una embajada amenazadora, pidiéndole que le entregase sus fortalezas. El rey de Sevilla se enojó de tal suerte con la embajada, que dio de golpes al embajador e hizo matar a la gente de su séquito. Apenas supo Alfonso lo ocurrido, empezó a reunir todos los aprestos para sitiar a Sevilla.

Entre tanto se congregaron los jeques del Islam para tratar los medios con que podrían salvarse de tamaño peligro. Todos convinieron en que el poder de los mahometanos estaba perdido si los soberanos persistían, como hasta entonces, en hacerse la guerra unos a otros. Sobre el camino que debían tomar, en la desesperada situación en que se hallaban en aquel momento, hubo diversidad de pareceres. Por último, resolvieron que debían pedir auxilio contra los cristianos a Yusuf Ibn Talifin, emperador de Marruecos.

Este poderoso príncipe, jefe de los fanáticos almorávides, adelantándose desde los desiertos de África a las fructíferas comarcas de la costa, había sujetado a su dominio una gran parte del Magreb. Respecto a la suerte desgraciada que, por causa suya, tuvieron más tarde los Abbadidas, cuenta lo siguiente un historiador árabe:

«Al-Mutamid se informaba continuamente, cuando recibía noticias de África, sobre si los bereberes se habían enseñoreado ya de las llanuras de Marruecos. Alguien le había profetizado que este pueblo había de despojar del reino y del trono a él o a su hijo. Cuando recibió, por último, la nueva de que ya se habían apoderado de la mencionada llanura, reunió a sus hijos en torno suyo y les dijo: «¿Quién puede saber si los males con que ese pueblo nos amenaza caerán sobre mí o sobre vosotros? «A lo cual respondió Abu-l-Qasim, después apellidado al-Mutamid: «¡Dios quiera tomarme por víctima en lugar tuyo y descargar sobre mi cabeza todos los infortunios que se anuncian! «Esta plegaria y ofrenda se cumplió más tarde como una profecía».

No debió, con todo, de infundir gran recelo lo profetizado en el ánimo de al-Mutamid, pues que no se opuso a la decisión que tomaron los jeques de Sevilla. Antes, por el contrario, en el año de 1086 se embarcó y fue a Marruecos en busca de Yusuf, a quien rogó que le socorriese con armas y caballos contra los cristianos. Yusuf prometió al punto que cumpliría su deseo, y el rey de Sevilla volvió a Andalucía muy satisfecho. Ignoraba que él mismo daba ocasión a su ruina, y que la espada, que él creía que iba a desnudarse en su favor, se volvía contra él. Yusuf se apercebó con grandes armamentos para su venida a Andalucía, y todos los caudillos de las tribus bereberes que pudieron, acudieron a él; de suerte que logró reunir un ejército de cerca de 7000 caballos y muchísima infantería. Con estas fuerzas se embarcó en Ceuta y desembarcó en Algeciras.

Al-Mutamid salió a recibirle con los más ilustres señores de su reino, le hizo grandes honras, y le regaló una infinidad de tesoros, tales, que Yusuf no los había visto mayores en su vida, y éstos fueron los que, por vez primera, encendieron en su alma el deseo de apoderarse de Andalucía.

Aumentado con las huestes de todos los príncipes de la Península, se dirigió hacia el Norte el ejército de los musulimes. Por la otra parte, Alfonso no había perdonado ni amenazas ni promesas para reunir bajo sus estandartes muchos guerreros. El encuentro de ambos ejércitos tuvo lugar en tierra de cristianos, no lejos de Badajoz. Allí se dio, en el año 1086, la tremenda batalla de al-Zallaqa. Al-Mutamid, cuyas tropas tuvieron que resistir lo más fuerte de la pelea, combatió eón extraordinario valor y recibió muchas heridas. Largo tiempo estuvo indecisa la victoria; más por último se inclinó del lado de los musulimes, que la alcanzaron brillantísima. Con dificultad pudo escaparse el rey Don Alfonso VI. Yusuf mandó cortar las cabezas de los cristianos muertos, y cuando las amontonaron delante de él, era tal su número, que parecían una montaña. Diez mil de estas cabezas envió a Sevilla, otras tantas a Zaragoza, Murcia, Córdoba y Valencia, y cuatro mil a África, que fueron colocadas en diversas ciudades. En el Magreb y en toda la España musulímica hubo muchos regocijos públicos, se repartieron limosnas y se dio libertad a no pocos esclavos para dar gracias a Alá por haber engrandecido y afirmado la verdadera fe con un triunfo tan glorioso.

Yusuf se volvió a África, y al-Mutamid a Sevilla. Al año siguiente volvió Yusuf a Andalucía y descubrió por vez primera sus miras, destronando al rey de Granada y apoderándose de su reino. Sin embargo, con al-Mutamid siguió conduciéndose aún como fiel aliado y amigo; pero su alma se llenaba cada vez más de admiración y codicia por la riqueza y hermosura de España. Los que más de ordinario le rodeaban empezaron entonces a representarle cuál fácil le sería apoderarse de un país tan hermoso, y trataron de enojarle contra el rey de Sevilla, poniendo en su conocimiento algunas cosas que al-Mutamid les había dicho contra él en el seno de la confianza.

Mientras que estas nubes tempestuosas se amontonaban sobre la casa de los Abbadidas, se diría que al-Mutamid no abrigaba aún ninguna sospecha. En cambio, su hijo al-Rašid no podía desechar los más tristes presentimientos. Una vez, estando de conversación con algunos amigos, se habló de los sucesos de Granada y de la toma de posesión de aquella ciudad por Yusuf. El príncipe oía silencioso, ensimismado y melancólico. Por último, dijo, pensando en la destrucción de los palacios de Granada: «De Dios venimos y a Dios

volvernos», Los amigos desearon entonces perpetua duración a sus palacios y a su reino. Al-Rašid se sosegó, y mandó a Abu Bakr, de Sevilla, que cantase una antigua poesía arábica, cuyos primeros versos son:

¡Mansión de maya, al pie del alto monte
abandonada yaces y en ruinas!

El rostro del príncipe volvió a cubrirse de tristeza. Al-Rašid mandó a una cantarina que cantase otra cosa. La cantarina dijo:

¿Quién de tan seco corazón, no llora
la ciudad asolada contemplando?

Esto aumentó su pesar. Su frente se anubló más aún. Mandó cantar a otra cantarina, y ésta dijo:

Anhelo repartir a manos llenas
entre los desvalidos mi tesoro;
pero ¿qué han de esperar los desvalidos,
cuando yo mismo soy menesteroso?

Queriendo entonces el poeta Ibn al-Labbana borrar la mala impresión de estos versos, recitó los siguientes:

Palacio de los palacios,
morada de la nobleza,
ojalá que siempre brilles
con los varones que albergas.
Un palacio es como otra,
más éste más gloria encierra;
pues dos príncipes ilustres

con su valor le sustentan;
Al-Rašid, que resplandece
como de Orión la estrella,
y al-Mutadd, que la fe escuda
y que es un rayo en la guerra.
Ambos, con brazos robustos,
como a corceles enfrenan
al Ocaso y al oriente,
tirándoles de la rienda.
Cual relámpago deslumbran
sus ojos en la pelea;
dones en la paz prodigan,
como el rocío a la tierra.

El Príncipe se tranquilizó bastante al oír los primeros versos de esta composición; pero en las palabras un palacio es como otro creyó ver, como los demás, que había un mal agüero, y todos se llegaron a convencer de que este mal agüero se vería cumplido.

No tardó mucho el destino en realizar aquellos temores; Yusuf, en 1090, arrojó de repente la máscara de aliado, que había conservado hasta entonces, se apoderó de la fortaleza de Tarifa, y desde allí se hizo proclamar señor de toda Andalucía. Con el propósito de llevar a cabo su plan, largo tiempo meditado, dominaba ya previamente varias fortalezas andaluzas en los confines de los reinos cristianos. Los guerreros que estaban en ellas cayeron entonces sobre Córdoba y la sitiaron. Al-Mamun, hijo de al-Mutamid, defendió valerosamente la ciudad, pero fue muerto de una resistencia heroica, y Córdoba cayó en poder de los enemigos.

Éstos marcharon entonces contra Sevilla y empezaron el sitio. Al-Mutamid, que se hallaba en la ciudad, mostró gran serenidad y valor, y compartió todos los peligros. Cuando ya no le quedaba ninguna esperanza, hizo muchas salidas, y se arrojó, buscando la muerte, sólo, con una túnica y sin armadura, en medio de los contrarios. Su hijo Malik murió a su lado en esta ocasión; mas él se salvó de la muerte. Por último, en septiembre de 1091 entraron los almorávides en la ciudad. Los habitantes corrían desesperada y angustiosamente por las calles. Algunos escaparon arrojándose desde los muros o nadando por el río. Los enemigos entraron a saco en las casas y robaron cuanto había en ellas. Los palacios de al-Mutamid fueron ignominiosamente devastados.

Al-Mutamid, prisionero, se vio obligado a mandar a sus dos hijos, al-Mutadd y al-Rašid, que estaban en Ronda y Mertola, que entregasen aquellas fortalezas casi inexpugnables, pues de lo contrario él y todos los suyos perderían la vida. Los hijos no querían en un principio pasar por tal oprobio y se negaban a hacer la entrega; pero, considerando el peligro que corrían su padre y su madre, las entregaron al fin, no sin hacer antes

capitulaciones honrosas. Las capitulaciones fueron violadas, y el general enemigo privó a al-Mutadd de todos sus bienes. Al-Rašid fue muerto a traición.

Yusuf mandó que llevasen a al-Mutamid, cargado de cadenas, y en compañía de toda su familia, en un bajel a África. El día de la partida se reunió el pueblo de Sevilla, con grandes lamentos, a la orilla del Guadalquivir, y despidió con lágrimas a los desterrados.

Conducido así a Marruecos al-Mutamid con los suyos, se vio condenado a prisión por toda la vida. El lugar que se destinó para su prisión fue la ciudad de Agmat, al sudoeste de Marruecos. Allí exhaló su dolor sobre las mudanzas de la fortuna, de que él era tan lastimoso ejemplo, y lamentando sus desgracias y las de su familia, y suspirando por la hermosa y para siempre perdida patria, improvisó poesías tan llenas de verdad y profundidad de sentimiento, que nada hay comparable a ellas en toda la literatura arábica.

«Las sentidas y conmovedoras elegías de al-Mutamid, dice Dozy, arrebatan de tal suerte al lector, que cree sentir el mismo amargo dolor que el rey poeta, y encontrarse con él y con sus hijos y demás familia en el mismo duro encierro».

La serie de estas composiciones empieza con unos versos que dijo cuando le encadenaron:

Cadena, que cual serpiente
en torno ciñes mi cuerpo,
antes que tus eslabones
me aprieten y den tormento,
ulcerándome los pulsos
y quebrándome los huesos,
piensa en lo que he sido antes
y en que me debes respeto.
La mano que ligas hoy,
generosa en otro tiempo,
amparaba al desvalido
y premiaba a los ingenios,
y si empuñaba el alfanje
en el combate tremendo,
las puertas del paraíso
abría y las del infierno.

Cuando él, dice Ibn Jaqan, se vio arrastrado lejos de su patria, despojado de todos sus tesoros y como enterrado vivo en una mazmorra de África; cuando se vio secuestrado de todo comercio y trato con los hombres, sin poder hablar con sus amigos y conocidos, y sin poder consolar algo sus penas en amistosos coloquios, entonces suspiró y gimió de continuo, porque no le era dable concebir la menor esperanza de volver a ver su país tan

querido. Los sitios donde en otra época había sido tan dichoso se presentaban a su imaginación, y se le aparecían las ciudades arruinadas y desiertas, y veía los palacios que él mismo había edificado, como hijos que lloran la pérdida de su padre y la ausencia de sus alegres y antiguos moradores. Los alcázares y jardines de Sevilla, iluminados antes por la luna llena de su magnificencia real, y animados con el murmullo de las más dulces pláticas y con el suave sonido de las fiestas nocturnas, estaban ahora oscuros y silenciosos, y huérfanos de su noble dueño, se convertían en montones de escombros.

Perdido al-Mutamid en estos pensamientos compuso lo siguiente:

Los palacios desiertos de Sevilla
por sus príncipes gimen,
generosos y dulces en las paces,
leones en las lides.
De Zoraya el alcázar se lamenta;
sus cúpulas sublimes
no ya de mi largueza soberana
el rocío reciben.
El gran Guadalquivir mi ausencia llora;
las quintas y jardines,
que en su líquido espejo se miraban,
al oprobio se rinden.
Y yo, que del torrente de mis dones,
la dicha brotar hice,
arrastrado en torrente de infortunios,
de libia al centro vine.

Al-Mutamid había tenido siempre en gran predilección la quinta de al-Zahi, la más hermosa y amena de todas las suyas. Allí, en la orilla del Guadalquivir, entre olivares y huertas, había pasado los mejores días de su vida. Así es que en el desierto y en la prisión nada anhelaba tanto como volver a ver su quinta, a cuyo recuerdo cantaba:

Mientras que, de España ausente,
estoy en Magreb cautivo,
allá en mi querida patria
me llora el trono vacío;
mi fuerte lanza y mi alfanje
están de luto vestidos.
Los almimbares me lloran
por compasión y cariño.
La dicha, que a otro sonrío,

de mí para siempre ha huido.
¡Ay! que de las nobles almas
envidioso y enemigo,
me robó corona y reino
desapiadado el destino,
y lleno de amargas penas
el fondo del pecho mío.
De mi suerte deplorable
se conduce el cielo mismo.
Así, libre de cadenas,
ver de nuevo aquellos sitios
me deje, donde dichoso
y respetado he vivido;
discurrir sobre las ondas
del Guadalquivir tranquilo,
a la luz de las estrellas
en clara noche de estío;
a la sombra reposarme
de los frondosos olivos,
y oír el susurro leve
del aura mansa en los mirtos,
o entre la verde enramada
de la tórtola el gemido.
Si otra vez mis ojos vieran
los soberbios edificios
de al-Zahi y de Zoraya,
por mi amor ellos movidos,
brillar harían de gozo
los torreones magníficos;
y al-Zahi me albergaría
en su encantado recinto,
como recibe una esposa
al dulce dueño querido.
Imposible es tanta dicha;
fuera esperarla delirio,
y si en Alá no se esperase
y en su poder infinito.

En Agmat se celebró una fiesta. El rey prisionero vio desde el fondo de su calabozo al pueblo, que salía al campo en alegres grupos. Sus hijas entraron entonces en la prisión, llorando y con las vestiduras desgarradas. Estas princesas se veían ahora obligadas a ganar la vida hilando, y una de ellas servía en la casa de la hija de un antiguo servidor de al-

Mutamid. Cuando el desdichado rey vio a sus hijas con los pies desnudos y enflaquecidas por el hambre y los trabajos, rompió en lastimero llanto y dijo, hablando consigo mismo:

Cuando estabas libre,
las fiestas solían
el alma alegrarte,
que hoy gime cautiva.
Cubiertas de harapos
hoy ves a tus hijas,
que hilando afanosas
sustentan la vida.
Llorando a ti llegan,
muertas de fatiga;
sus áridos labios
tu frente acarician.
Hollaron un tiempo
regias alcatifas,
sobre ámbar y algalia
la planta ponían.
Con los pies desnudos
ora el lodo pisan,
ora la miseria
sus rostros marchita,
y lágrimas ora
surcan sus mejillas.
Bien es que lamentos
la fiesta del día.
Esclavo te hizo
del hado la envidia;
el hado, que antes
brindábate dichas.
En vano en su fuerza
los reyes confían:
el poder es sueño,
la gloria mentira.

Mientras al-Mutamid arrastraba en África tan penosa existencia, uno de sus hijos se alzó en Andalucía contra los usurpadores del reino paterno; se apoderó del castillo de Arcos, cerca de Sevilla, y se mantuvo en él durante muchos meses, esperando que también se alzasen y viniesen en su auxilio los parciales de los Abbadidas. Cuando al-Mutamid supo esta nueva, se lisonjeó por un momento con la esperanza de que el alzamiento tendría buen éxito y con que podría volver a sus estados; pero pronto tornó a caer en su primera melancolía y dijo:

¿Por qué en olvido y en ocio
ya se enmohece mi espada,
aunque ardiendo en sed de guerra,
quiero siempre desnudarla?
¿Por qué se llena de herrumbre
el acero de mi lanza,
sin que en la sangre se moje
de las enemigas bandas?
Ya no cabalgaré nunca
en mi corcel de batalla,
que, el duro freno tascando,
de espuma se salpicaba.
No obedecerá a mi brida,
ni, al presentir la emboscada,
para advertirme el peligro,
se alzaré sobre las ancas.
Si a nadie la lanza puede,
ni el alfanje, infundir lástima,
aunque cubiertos de oprobio,
aunque ruginosos yazgan,
tú al menos ¡oh madre tierra!
Ten piedad de mis desgracias;
dame reposo en tu seno,
sepúltame en tus entrañas.

El desesperado alzamiento de Andalucía fue sofocado pronto, y el hijo de al-Mutamid, defendiendo la fortaleza de Arcos, fue muerto de un flechazo. Después de este inútil conato para restaurar la dinastía de los Abbadidas, el encierro del rey cautivo se hizo más duro, y la más profunda tristeza que él sintió entonces la expresó en estos versos:

En vez de las gallardas cantadoras,
me canta la cadena
rudo cantar, que el alma a todas horas
de dolor enajena.
La cadena me ciñe cual serpiente;
cual serpiente mi acero
entre los enemigos fieramente
resplandeció primero.
Hoy la cadena sin piedad maltrata
mis miembros y los hiere,

y acusa el corazón la suerte ingrata,
y morir sólo quiere.
A Dios en balde mi clamor elevo,
porque Dios no me escucha:
cáliz de acíbar y ponzoña bebo
en incesante lucha.
Los que sabéis quién soy y quién yo era
lamentad mi caída:
se marchitó cual flor de primavera
la gloria de mi vida;
música alegre, espléndidos salones
trocó el hado inseguro
en resonar de férreos eslabones
y en calabozo oscuro.

Una vez vio al-Mutamid, desde el fondo de su calabozo, una bandada de palomas torcaces que iban volando, y pensó en que no estaban aprisionadas en red alguna ni separadas de sus polluelos, sino que libres se movían por el aire y podían buscar sitio donde beber como quisiesen. Entonces le pareció que tenían doble peso sus cadenas, y sintió doble que el carcelero no diese fácil entrada en su prisión a su querida familia, y el tener que sufrir en soledad y aislamiento las penas de su alma. Pensó también en sus hijas, y en la pobreza y la miseria que las consumían; y estos pensamientos eran aún más amargos, porque se unían al recuerdo de su pasada bienandanza y grandeza. Sobre esto se expresa así:

Pasar volando en libertad os veo,
¡oh palomas! y lágrimas derramo.
La envidia no me mueve;
muéveme el amor y muéveme el deseo
de estar unido con las prendas que amo;
de vagar libre por el aire leve,
de romper la sombría
cárcel, de ver el campo y su alegría.
Si como sois yo fuera,
la muerte de mis hijos no llorara,
y de continuo viera
cerca a mis hijas y consorte cara,
sin arrancar del alma hondo gemido
el recuerdo cruel del bien perdido.
Dichosas sois: la suerte no os separa
de los dulces hijuelos,
ni veláis entre angustias y celos,
y en noche larga y soledad oscura,

y crujir de los goznes de la puerta,
y de la firme y gruesa cerradura
el agrio rechinar nunca os despierta.
Dios no quiera, palomas, que el milano
los hijuelos os robe, ya que en vano
llorando estoy los míos,
los que robó la muerte despiadada,
y los que fresca sombra y claros ríos
perdieron, con el nido y la enramada.

Al-Mutamid lamentó la muerte de sus hijos en la siguiente elegía:

Fuente que brotas perene,
de tus ondas el tesoro
menos lágrimas contiene
que amargas lágrimas lloro.
¿Por qué no me matarán
de los hijos que he perdido
los recuerdos, si un volcán
en mi pecho han encendido?
¡Ah! no me devora el fuego
de mi violenta pasión,
porque con lágrimas riego
de continuo el corazón.
Si bienes me dio el destino
en lozana juventud,
mayores males previno
para echarme al ataúd.
La muerte de Fath lloraba,
y apenas de aquella herida
la cicatriz se cerraba,
perdió mi Yazid la vida.
¡De mi amor estrechos lazos,
ya para siempre os perdí!
¡De mis entrañas pedazos,
os arrancaron de mí!
¡Oh refulgentes luceros,
vuestra luz se extinguió ya!
Hasta los días postreros
vuestro padre os llorará.
Guíeme tu luminosa
huella ¡Oh Fath! al paraíso,

ya que como mártir quiso
darte Alá muerte gloriosa.
¡Oh Yazid! no me consuelo
de tu pérdida temprana.
Ni aun creyendo que del cielo
gozas la luz soberana.
Vuestra madre, en su dolor,
la bendición os envía;
con ella va el alma mía
a los hijos de su amor.
Nuestro llanto de amargura
corre unido sin cesar.
¿Quién, de alma fría y dura,
no llora al vemos llorar?

Mientras que al-Mutamid, cargado de cadenas, sólo con gran trabajo podía arrastrarse de un lugar a otro, vino a visitarle su hijo Abu Hišan, y a la vista del desventurado padre rompió en desconsolados sollozos. Era el más mozo de los hijos de al-Mutamid, el más amado, y aquel a quien el Rey, después de la batalla de al-Zallaqa, donde sobresalió por su valentía, había dirigido estos versos:

Pensé en un instante en la fuga,
mas firme volví a la lid,
porque al mirarte, hijo mío,
me avergonzaba de huir.

Ahora Abu Hišan, en muy diferentes circunstancias, estaba llorando delante de su padre. Éste dijo:

¡Ay, cuánto he padecido!
¡Tened piedad de mí, rudas cadenas!
El peso me ha rendido.
Los fuertes eslabones me han herido,
consumiendo la sangre de mis venas.
Mi Abu Hišan, el corazón llagado
y el noble rostro en lágrimas bañado,
este tormento mira.

Tened también piedad del joven bello,
que no doble al dolor su erguido cuello;
que el destino, en su ira
no le obligue a que llore
y de vosotras compasión implore.
Mover en fin vuestra piedad debían
sus hermanas pequeñas, que en el seno
maternal con la leche ya bebían
del infortunio el áspero veneno.
Una en continuas lágrimas se anega,
cuyo fervor la ciega;
otra fecundo pecho busca en vano
con los hambrientos labios y la mano.

Cuando se vio completamente aislado, sin amigo alguno con cuya conversación distraerse o consolarse, y cuando vio que su infortunio no tenía término, se lamentó de esta manera:

¿Por qué he de esperar que vuelvan
aquellas horas alegres,
y que sanen mis heridas
y que mis dolores cesen?
Con mi vida el infortunio
se ha ligado para siempre.
¡Oh palacio de al-Zahi!
¡Oh suntuosos banquetes,
cuando en mi mesa solían
tomar asiento los reyes!
Así el placer y el dolor,
así los males y bienes
la tela de nuestra vida
con varios colores tejen,
hasta que corta la tela
y la esperanza la muerte.

Cuando había ya padecido largo tiempo en la dura cárcel, y pasado en ella horribles noches de insomnio, dijo a la tormenta, cuyos relámpagos y truenos le parecía que anunciaban al mundo su prisión y sus males:

Ora en todas las regiones
con su voz el trueno anuncia
que encerrado en la mazmorra
yaces como en una tumba.
Desde el ocaso al oriente
la tempestad rauda cruza
y con su voz va llenando
los corazones de angustia.
La nueva de tu infortunio,
que sus acentos divulgan,
arranca llanto a los ojos,
conmueve el alma más dura,
y con dolor compasivo
la paz y la dicha turba
de los felices espíritus
que moran en las alturas.
Éstos dicen: «¿Quién al fuerte,
al vencedor atribula?
¿Quién al primero en las lides
lanza en sima tan profunda?»
Yo respondo: «En esta sima
me lanzó la desventura;
combatí contra el destino
y fui vencido en la lucha.
Cual saquea los rebaños
de ladrones una turba,
de bienes, poder y gloria
me despojó la fortuna».

Entre los prisioneros de Agmat había algunos dotados de talento poético, los cuales suplicaron al alcaide que los dejase algunas veces entrar en el calabozo de al-Mutamid para consolar su dolor conversando. Siempre que el alcaide accedía a esta súplica, halló al-Mutamid algún alivio a sus penas, contando a los amigos su desgracia y confiándoles los secretos de su corazón; pero cuando pasaba el tiempo que para estar juntos se les había otorgado, y el rey se quedaba solo, caía de nuevo en honda melancolía. Por último, estos prisioneros fueron puestos en libertad, y él permaneció en la cárcel. Cuando vinieron a despedirse, tristes ya sólo por el rey y contentos de su ventura, al-Mutamid les dijo:

¿Por qué de mi llanto nunca
ha de agotarse el venero
que mis mejillas marchita,

constantemente corriendo?
Por el infeliz amigo
rogad, amigos, al cielo,
y dadle gracias porque
os libró del cautiverio.
A esperar igual ventura,
a soñarla no me atrevo.
¿Quién romperá las cadenas
que me lastiman los miembros?
Me ciñen cual negras sierpes
sus eslabones de hierro,
y cual dientes de leones
van triturando mis huesos.
Mas esta dicha presente
de mi dolor es consuelo,
vuestros corazones laten
con vivo gozo en el pecho.
Id, pues, felices y libres,
y a Dios juntos alabemos
por mi constante desdicha,
por vuestro bien y contento.

Por último, el desventurado príncipe se rindió al peso de tantos males. Murió en su calabozo de Agmat, en el año 1095. En su entierro cuenta su biógrafo, se llamó al pueblo a la última oración y se habló de él como de cualquier otro extranjero. ¡Extraño destino de un soberano en otro tiempo tan poderoso y grande! ¡Alabado sea el Ser que siempre permanece y cuyo poder y grandeza eternamente duran! En cuanto a la suerte de los suyos, sólo podemos decir que una de sus hijas fue vendida en Sevilla como esclava, y que su nieto se ganaba posteriormente la vida con el oficio de platero.

- XI -

Ibn Zaydun, Ibn Labbun, Ibn Ammar e Ibn al-Jatib

Al echar una mirada sobre la larga lista de poetas andaluces cuyos nombres nos han transmitido los historiadores arábigos, es difícil dominar el sentimiento de tristeza que nos inspira lo caduco de la gloria literaria. Las obras de estos poetas, que los críticos y literatos contemporáneos ponían en las nubes con extraordinarias alabanzas, que estaban en la boca de todos, que eran el encanto de un pueblo ingenioso y culto, han desaparecido en gran parte, y aun aquellas, bastante numerosas, que se han salvado de la pérdida general en los Diwanes y Antologías, no llaman a sí cuanto deben la atención de los filólogos orientalistas, a fin de descifrarlas con trabajo.

Si el celo que recientemente se ha despertado en favor de la literatura provenzal se aplicase también a la arábigo-hispana, y se hiciesen ediciones y traducciones de las vidas y escritos de los poetas andaluces, alcanzaríamos el debido conocimiento de un memorable período de la cultura europea. No creo que me ciega una extremada predilección al asegurar que la poesía de los musulmanes españoles, a pesar de todas sus faltas, es muy superior a la poesía de los trovadores provenzales, por la ternura del sentimiento y la riqueza y el brillo de las imágenes, mientras que el valor de su contenido histórico no es menor tampoco. Sin embargo, apenas se puede esperar que este vacío en la historia general de la literatura se llene pronto cuando se nota la desidia que aqueja a los orientalistas. El presente trabajo no pasa de ser una tentativa, un conato de cumplir empresa tan grande, para la cual apenas bastaría toda la vida de un hombre.

En mi obra, por consiguiente, sólo se da al lector una ligera noticia del vasto campo inexplorado. Las biografías de los diversos poetas quedan fuera de sus límites, y sólo por excepción se habla de la vida de algunos, o bien cuando así lo requiere la inteligencia de los versos que se citan, o bien cuando los sucesos de dichas vidas vierten mucha luz sobre las circunstancias literarias de la España musulímica. Por estas razones hemos hecho el bosquejo de la vida de al-Mutamid, y por estas razones vamos a dar también una breve noticia de algunos de los innumerables poetas andaluces.

Entre los más famosos resplandece Ibn Zaydun. De él sabemos que nació en el año 1003, y que, gracias a su talento sobresaliente, alcanzó alta posición e influjo, desde su primera juventud, cerca de Ibn Yahwar, el que después de la caída del último omeya, de quien había sido guarda-sellos, fue en Córdoba presidente del Senado y supremo jefe del ejército de la república. Durante mucho tiempo poseyó Ibn Zaydun la entera confianza del mencionado personaje, y fue enviado como embajador a muchas de las pequeñas cortes de Andalucía. Así evitó los tiros de la envidia; mas al fin le hirieron y le hicieron caer. Las circunstancias que concurrieron a su desgracia se ignoran del todo, pero es verosímil que contribuyesen a ella sus relaciones amorosas con la hermosa y discreta Wallada. Esta princesa, de la familia de los Beni-Omeyas, apasionada de la poesía y famosa asimismo por sus versos, dio la preferencia a Ibn Zaydun entre todos sus otros adoradores, y sin duda un rival despechado se vengó del favorecido con acusaciones, a que prestó fácil oído Ibn Yahwar. El antes poderoso favorito fue entonces encerrado en una cárcel, y en balde procuró ganar otra vez el favor de su señor por intercesión de un amigo. Logró, con todo, fugarse de la prisión, y después de haber estado algún tiempo escondido en Córdoba, se fue hacia la parte occidental de Andalucía. Su amor por Wallada y el deseo de vivir cerca de ella le trajeron a menudo a los ya medio desolados jardines y quinta de al-Zahra, donde esperaba ver en secreto a su querida princesa. Después anduvo vagando mucho tiempo por diversos puntos

y comarcas de España, y vino, por último, a la corte de al-Mutamid, quien le acogió amistosamente, y desde entonces, honrado con la confianza de este príncipe, vivió en Sevilla. Ocurrió su muerte en el año 1071.

Los antólogos árabigos, tan inclinados por lo común a los más pomposos encomios, de los cuales no es posible hacer mucho caso, apuran en loor de la grandeza poética de Ibn Zaydun todo el tesoro de sus acostumbradas hipérboles. «Su poesía, dicen, posee una fuerza superior a la del arte mágica, y su sublimidad compite con la sublimidad de las estrellas». Aunque no debemos convenir en tales exageraciones, los versos de Ibn Zaydun, inspirados en gran parte por su amor a Wallada, nos parecen notables por el espíritu que en ellos vive y que tanto recuerda el espíritu de la moderna poesía. Generalmente se cree que aquellos arrobos de amor, aquellos ensueños melancólicos, aquellos sentimientos delicados y aquellas pinturas de la naturaleza, que tanto hermocean la poesía moderna, hallaron en Petrarca su primera expresión; pero yo me atrevo a afirmar que Ibn Zaydun debe ser considerado como predecesor del cantor de Vauclusa. Como Petrarca, «vaga triste y pensativo por el silencioso sendero, en cuya arena no hay estampada huella humana; los peñascos y el arroyo murmurador son sus confidentes, y nadie hay en torno suyo que oiga sus quejas; sólo el amor va siempre a su lado. Entre las recientes ruinas de la grandeza omeya, en los devastados mágicos jardines de al-Zahra, aumenta su constante amor a Wallada, y llama por testigos de su dolor a los astros que iluminan sus noches de insomnio. Como Childe Harold, lleva consigo de lugar en lugar el desasosiego de su espíritu, buscando la paz que a su corazón le ha sido para siempre negada.

De la época de su estancia habitual en al-Zahra son las siguientes líneas, que su biógrafo encabeza de esta suerte:

«Luego que la primavera adornó los huertos con su túnica verde, abrió lirios y rosas, dio más caudal a los arroyos, e inspiró a los ruiseñores dulces trinos, con el espíritu más sereno, solía el poeta pasar alegremente las tardes en la enramada florida y en los bosquecillos umbrosos respirando el dulce y perfumado ambiente».

Entonces sentía con viveza el deseo de volver a ver a Wallada; y no pudiendo ir a Córdoba, escribía cartas a la princesa, donde le pintaba las emociones de su corazón y le daba quejas porque no venía a visitarle, teniéndole tan cerca:

Triste por los jardines de al-Zahra
en ti pensando voy:
ríe la tierra, y despejada y clara
la atmósfera está hoy.
Tan apacible el aura de Occidente
y tan blanca suspira,
que me parece que mis penas siente
y con piedad las mira.
Si al discurrir por floresciente suelo
brilla, del sol herido,
collar de perlas es el arroyuelo

a tu cuello ceñido.
Este día recuerda la hermosura
de otro remoto día,
cuando, en secreto, amor nos dio la ventura
y fugaz alegría.
Las flores que destilan el rocío
se diría que lloran,
que lamentan el fin del amor mío,
que mi suerte deploran.
Hoy, como entonces, la fecunda vega
se adorna de colores,
y al peso del rocío se doblega
el tallo de las flores.
Cual rosicler de la mañana vivo
la rosa resplandece,
y el loto soñador y pensativo
en el aura se mece.
Y todo cuanto siento y cuanto veo,
flor, aura, luz, perfume,
enciende, aviva más este deseo,
que el alma me consume.
Ojalá que me hubiese arrebatado
sentir y ser la muerte,
antes que me apartase de tu lado
la despiadada suerte.
Si el céfiro a tu lado me llevara
en sus alas ligeras,
en lo pálido y mustio de mi cara
mi dolor conocieras.
Mi única, mi querida, mi tormento,
a quien jamás olvido,
tus protestas de amor, tu juramento,
dime, ¿dónde se han ido?
La ingratitud del pecho te arrancaba
tan molesta memoria,
mientras guardar la fe que te juraba
era toda mi gloria.

A Wallada van también dirigidas las siguientes composiciones:

Cuando en el centro del alma
te hablo de amor, vida mía,
el corazón me destrozan
los recuerdos de mi dicha.
Desde que ausente te lloro
mis noches pasan sombrías,
porque nunca tu belleza
con su luz las ilumina.
El que de ti me apartasen
entonces yo no temía:
hoy juzgo al verte de nuevo
dulce y soñada mentira.

- II -

Aunque de ti me alejaron
es tu morada mi pecho:
por el mundo me olvidaste,
y eres mi mundo y mi cielo.
Las dichas que te rodean
borran en tu pensamiento
del que constante te ama
hasta el más leve recuerdo.
Aún no he logrado, sin duda,
el fin que siempre pretendo
¿qué fin? dices. De mi vida
responda cada momento.

- III -

Si tú quieres, nunca, nunca
acabará nuestro amor:
misterioso, inmaculado,
vivirá en mi corazón.
Para conquistar el tuyo,
sangre y vida diera yo.
Siendo corto el sacrificio,

comparado al galardón.
Este yugo de mi alma
nadie nunca le llevó;
mas tú le pusiste en ella;
no temas su rebelión.
¡Despréciame! he de sufrirlo;
¡ríñeme! tienes razón;
¡huye! te sigo; ¡habla! escucho;
¡ordena! tu esclavo soy.

- IV -

Desde que dejé de verte,
las fuerzas me abandonaron,
y se descubrió el misterio
que sólo a ti he confiado.
Me han de rechinar los dientes
si me intimido y abato,
y no intento lo imposible
para vivir a tu lado.
Quiera Dios que ver de nuevo
pueda yo tu soberano
rostro, bello cual la luna,
como las estrellas claro.
Ora, en mis oscuras noches,
me lamento, recordando
las que contigo lucientes
y tan rápidas pasaron.

Durante su permanencia en el Occidente de Andalucía, compuso Ibn Zaydun unos versos, donde, con motivo de las fiestas que siguen al Ramadán, que es el mes de ayuno o la cuaresma de los musulimes, recuerda con vivo sentimiento los días felices que pasó con los amigos en la patria. En estos versos se citan varios palacios, jardines y quintas de Córdoba y sus cercanías:

Ya no me alegran las fiestas
con que el Ramadán termina:

temprano y tarde mi pecho
lleno de dolor suspira.
Volar a Yarb al-Icab
tan sólo mi mente ansía.
O el prado que al pie del monte
extiende verde alcatifa,
o el bello alcázar persiano,
que el alma jamás olvida,
ya que por él mi deseo
arde como llama viva.
En el valle de Ruzafa
mi pensamiento se fija,
tristes memorias hallando
de breves pasadas dichas.
¡Cómo en Musannat Malik
era grande mi alegría,
ya bebiendo, ya nadando
sobre las ondas tranquilas!
En el claro y limpio lago
blandamente me mecía,
y en los espejos bruñidos
era su faz cristalina
que en los famosos salones
de Salomón relucían.
¡Oh sitios donde he gozado
de las mayores delicias,
do amor me brindó sus bienes,
do paz y contento habitan!
¡Oh mi al-Zahra, cómo anublan
las lágrimas mis pupilas,
al ver que en tu paraíso
la entrada me fue prohibida!
¡Oh, de alicatados muros,
morada de los califas,
cuyo resplandor ofusca
más que sol de mediodía!
Siempre los ojos del alma
contemplan la hermosa quinta
y las dos torres soberbias,
que como las joyas brillan.
A todos allí los hados
dones espléndidos brindan;
como en el Edén, allí
el pensamiento se hechiza;
allí, donde las palomas
del calor que las fatiga
buscan alivio, en las siestas,

bajo la enramada umbría,
el amor me dio su gloria,
me fue la suerte propicia.
Ora, en vez de los acentos
de las cantadoras lindas,
mi sueño interrumpe el búho,
que agorero y ronco grita.
Antes, al dorar los cielos
el alba con su sonrisa,
vino aromático y puro
me escanciaba mi querida;
hoy me despierta azorado
espantosa pesadilla,
y pongo mano a la lanza
para defender mi vida.
¡Ay cuán rápida pasaba
del Betis en las orillas!
Orillas del Guadiana,
¡ay, qué lenta se desliza!

En el tiempo que aún estaba el poeta escondido en Córdoba, escribió la siguiente epístola a su íntimo amigo Abu Bakr Ibn Labbana, poeta también. En ella habla de su desgracia y de su amor a Wallada, se disculpa de su fuga del calabozo, y ruega a su amigo que interceda por él cerca de Ibn Yahwar, para que desatienda las acusaciones de sus enemigos, a las que dio crédito muy ligero:

Vivo de mis amigos separado,
por la distancia no, sí porque ahora
verlos y hablar con ellos no me es dado.

La suerte, siempre infiel, siempre traidora,
aquel lazo rompió que nos unía,
y su crueldad mi corazón deplora.

Desde que no los veo, cual solía,
raras veces mis párpados el sueño
con encantado bálsamo rocía.

En balde forma el peregrino empeño,
por llegar a los puros manantiales
y ser del agua codiciada dueño.

¡Ay! Detienen su paso los jarales;
con espinas le hiere la maleza;
cercada está la fuente de zarzales.

De aquella corza de sin par belleza,

a quien mi tierno pecho dio guarida,
me separa del hado la fiereza.

¡Cuán gentil es la vida de mi vida,
profundo el seno, estrecha la cintura,
y toda ella en juventud florida!

El corazón, henchido de amargura,
como tiembla el zarcillo de su oreja,
me temblaba dejando su hermosura.

Yo no logré mi enamorada queja
decir entonces, porque anuda el llanto
la lengua y libres los suspiros deja.

¿Cómo no ve la juventud que tanto
atrevimiento al envidioso mueve?
¿Cómo el corcel no mira con espanto
que detenerle en su carrera debe
y sus bríos domar áspero freno,
cuando del mundo al límite se atreve?

¿No se mella el alfanje sarraceno?
¿No se abate la flecha voladora?
A pesar del destino, está sereno
mi corazón indómito, y ahora
a ti se vuelve, y por tu amor confía
en recobrar lo que perdido llora.

Noble Abu Bakr, de la vida mía
firme sostén, desde que el padre amado
cerró los ojos a la luz del día,

sobre mí tu favor has prodigado,
como el tesoro de las aguas vierte
fecunda nube en el sediento prado;
tú, de mi alma en el acero inerte
al tocar, produjiste la centella,
el fuego que en mi espíritu se advierte,
mientras el que tu espíritu destella
cual sol hizo brotar las gayas flores,
y adelantó la primavera bella,

y aromas dio y espléndidos colores
al jardín de los genios, do he podido
ramilletes tejer encantadores.

Hoy el dolor me tiene envejecido;
dentro de mí se anida el desaliento,
y aún no está mi caballo encanecido.

Cual huerta no regada el alma siento,
cuyo verdor lozano se marchita;
estéril, seco está mi pensamiento.

Más que alienzo sutil que el viento agita,
más que al camello carga triplicada,
me ha quebrantado la prisión maldita.

Como a otros, cosecha sazónada
en su pensil el mundo me ofrecía,
y me dio sólo fruta emponzoñada.

Quizás ardiente anhelo me extravía;
pero, si mi imprudencia erró el camino,
me valdrán la constancia y la osadía.

Me alcé como el lucero matutino,
las pléyades herir quiso mi frente,
y al suelo en fin me derribó el destino.

Anhelado lugar; puesto eminente
el Príncipe en su gracia me otorgaba,
cuando me desechó tan duramente.

Fue inútil luego cuanto yo pugnaba
por tornarle propicio, pues artera
la envidia su cariño me robaba.

Yo canté la justicia con que impera,
y de Córdoba el alto señorío,
joya luciente, del saber esfera,

que al mundo da magnífico atavío,
cinto en el medio, y en la sien corona;
pero el Príncipe oyóme con desvío,

porque la turba que feroz se encona,
la camada de sierpes, que arrastrando
al águila sus vuelos no perdona,
me estaba en las tinieblas calumniando.

Harto ya de sufrir tanta clausura
y receloso del contrario bando,

audaz fuguéme de la cárcel dura;
mas el huir no prueba mi delito:
para evitar más honda desventura,
inocente Moisés huyó de Egipto.

Con el dueño benigno a quien venero
a poderosa intercesión te invito.

En ti fundar mi confianza quiero:
de su dulzura, que el error olvida,
que tu voz oiga y me perdone espero.

Si mi súplica humilde es atendida,
¡oh Abu Bakr! tu apoyo nuevamente
el sello del honor pondrá en mi vida.

En tu apoyo al pensar goza mi mente,
como goza el olfato, si el perfume
de almizcle y ámbar derretido siente.

Tendrá fin el pesar que me consume,
si el ansiado perdón por ti me llega,
como mi alegre corazón presume;

pero si injusto el Príncipe le niega,
apelo al mismo Dios, Señor del mundo,

cuya justicia la pasión no ciega,
y ve del corazón en lo profundo.

Como una de las más sobresalientes figuras entre los poetas mahometanos de España debe contarse también Ibn Labbun, noble señor andaluz, de atrevidos y elevados pensamientos. Gobernador de Murviedro, se hizo independiente de la soberanía del débil al-Kadir, pero sin tomar el título de príncipe. Cuando el Cid se apoderó de Valencia, pidió a los comandantes de todos los castillos cercanos que le suministrasen víveres para su ejército, con, la amenaza de que los tomaría por fuerza si a ello no se avenían. Esto colocó a Ibn Labbun en situación muy angustiada. Era evidente que con sus cortísimos recursos no se podía defender contra el Cid, y que era absurdo provocar su cólera. Por otra parte, aun cediendo, estaba seguro de que el Cid había de saquear su estado. Entonces determinó dar a Murviedro y sus demás dominios a Ibn Razin, señor de Albarracín, a trueque de la renta de un año. Pronto, sin embargo, se arrepintió de lo hecho, y lamentó su pérdida grandeza, aumentando este sentimiento lo mal que Ibn Razin se condujo con él. Las más de sus composiciones poéticas están escritas con este motivo:

- I -

Atrás. ¡Dejadme que corra
al Ocaso y al Oriente!
¡Venga el fin de mi dolor,
o venga pronto la muerte!
Un cubil y un hueso bastan
para que el can se contente;
mas el águila real
será menester que vuele.
Desde lo sumo del aire,
en que altanera se cierne,
con los penetrantes ojos
campos busca, espía reses,
o remontándose al cielo,
la tierra de vista pierde,
yo como el águila vivo,
volando, aspirando siempre.
Cuando una región me cansa,
el mejor de los corceles
me lleva cual torbellino
a otras regiones y gentes.
Los amistosos consejos
no consiguen detenerme;
espuelas doy al caballo;

voy donde nadie se atreve,
soy como el sol, que en un punto
del ancho cielo amanece,
y en la extremidad opuesta
entre las ondas se duerme.

- II -

¿Dónde se ocultan los soles
que cerca de mí lucieron,
mientras que el mundo envolvían
las sombras en negro velo?
¿Dó las noches que a tu lado
pasé con dulce misterio,
cuando dormía el celoso
y no espiaban sus celos?
¡Qué placer cuando tu diestra
el vaso me daba lleno
del áureo vino, encendido
cual flor del algarrobero!

- III -

Seguidme al desierto, amigos,
para que busque en la arena,
de la mansión de mi amada
las ya derruidas piedras.
Recordar quiero las noches
que alegre pasé con ella,
y llorar el tiempo hermoso
que para siempre se aleja.
Lozano vástago verde
entonces mi vida era,
que crece en planta jugosa
y se dilata con fuerza.
Aún en paz con el destino,
dichas lograba completas:

rico vino me escanciaba,
mañana y tarde, mi bella.
Estrechándola en mi seno,
ebrio de vino y ternera,
beber pensaba en sus ojos
el fulgor de las estrellas.
El deleite sobre ambos
quiso desplegar su tienda:
allí pláticas sabrosas,
risas, cantares y tiernas
caricias, y dulces besos,
y el sonar de la vihuela,
y tener en abundancia
cuanto la mente desea,
a fin que el anhelo en goces
apenas nacido muera.
¿Quién pensará que venía
el infortunio tan cerca?
No hay que fiar ¡oh fortuna!
En tus falaces promesas.
Quien gusta licor suave,
nunca las heces sospecha.
Me embriagaste con tus dones,
trastornando mi cabeza,
y luego de hiel amarga
me diste la copa llena.
¡Cuánto dolor sobre mí
desde aquel instante pesa!
¡Ay, cuánta noche de insomnio
pasé sintiendo mis penas!
¿Cómo pensar que mis planes
en mi daño se volvieran?
¿Por qué me castiga el cielo?
¿Por qué culpa me condena?
Cuando me llamó la gloria,
no reposé hasta tenerla,
llevando en nobles arranques
a todos la delantera.
Aunque eres cruel, fortuna,
justo es que yo te agradezca
que arrancaste de mis ojos
alucinados la venda.
Antes soñando vivía;
ya tu mano me despierta,
de los hombres y del mundo
mostrándome la vileza.

- IV -

Basta, basta; ya del mundo
para siempre me separo;
sus mentiras no me ciegan,
he roto todos sus lazos;
ya mi horizonte limita
de un pobre huerto el vallado.
En mis libros confidentes
y amigos tan sólo hallo.
Noticias me dan del mundo
y de los siglos pasados.
Y un tesoro de verdades
me ofrecen y desengaños;
mas sentiré que en la huesa
me den los hombres descanso,
sin saber qué corazón,
qué ingenio habrán sepultado.

La vida de Ibn Ammar presenta uno de los más extraordinarios ejemplos de los lances y aventuras de los errantes cantores de Andalucía. Nacido de humilde cuna y en desvalida pobreza, vagando luego de lugar en lugar como un mendigo, cantando y pordioseando su pan, amigo después y consejero de un rey, su visir prepotente y su dichoso y hábil capitán, que despojaba de sus estados a los príncipes; y, por último, elevado también a la dignidad real, aunque derrocado pronto desde tan vertiginosa altura en más hondo abismo de miserias, este poeta sería adecuado héroe de una historia en que se reflejase la España musulímica del siglo XI, como la España cristiana del XVII se refleja en el Gil Blas. Ibn Ammar nació en una aldea cerca de Silves. En Silves recibió su primera educación literaria, de allí pasó a Córdoba a perfeccionarse. Pronto sus composiciones poéticas le dieron cierta fama, y desde entonces empleó este talento para ganarse la vida, recorriendo las ciudades y villas de Andalucía, y componiendo panegíricos a grandes y pequeños en cambio de una limosna. Así volvió a Silves, sin poseer más que una mula, a la que no tenía pienso que dar. En este apuro, acudió a un rico y presumido mercader, antiguo conocido suyo, y le compuso una qasida llena de las más estruendosas alabanzas. El mercader no se mostró insensible a tanta lisonja, y le dio en pago un costal de cebada. Ibn Ammar quedó encantado de tanta generosidad y de tan rico presente. Otra qasida, que empieza:

Dadme el vaso; las auras matinales
se extienden sobre valles y colinas;
las pléyades se paran fatigadas
de recorrer la bóveda sombría.

Llamó la atención del rey al-Mutadid de Sevilla, el cual mandó que le presentasen al errante poeta. Éste consiguió pronto hacerse amigo del Príncipe heredero al-Mutamid. Las relaciones amistosas entre los dos, según la expresión de su biógrafo, eran más íntimas que las de un hermano con un hermano y las de un padre con su hijo. Lo que hizo que nuestro aventurero conquistase en tan alto grado el favor del Príncipe fue principalmente su talento poético. Ibn Ammar se hizo tan famoso con sus qasidas que, después de Ibn Zaydun, pasa por el mejor poeta de su siglo. Sin embargo, sus composiciones están, en nuestro sentir, muy por bajo de las de Ibn Zaydun. Rara vez hay en ellas una sola palabra que salga del corazón y que vaya al corazón, y en cambio, nos fatigan con rebuscados giros y metáforas, que causan más bien la impresión de ejercicios retóricos que de legítima poesía.

En la encantadora mansión de Silves, donde gobernaba al-Mutamid, pasaron los dos amigos muy felices días, que ambos han inmortalizado en sus versos. Con todo, Ibn Ammar tuvo desde entonces sombríos presentimientos de que su dicha y la amistad del Príncipe no habían de durar siempre. Se cuenta que una tarde le llamó al-Mutamid a la estancia, en la que sólo era permitido entrar a los más íntimos. Al-Mutamid solía hacer esto con frecuencia, pero aquella tarde estuvo más afectuoso que de costumbre, y convidó también a Ibn Ammar a que pasase allí la noche. Ya muy mediada ésta, y cuando ambos dormían, oyó Ibn Ammar una voz que le gritaba: «¡Está alerta, infeliz; porque te matará dentro de poco!» Entonces despertó, lleno de espanto, pero pronto volvió a dormirse, y oyó de nuevo el mismo grito, que le despertó otra vez. Habiendo oído el mismo grito por vez tercera, Ibn Ammar se levantó azorado, se envolvió en un cobertor y bajó precipitadamente al patio del palacio, a fin de esconderse allí y aguardar la venida de la mañana para huir hacia algún puerto y embarcarse para África.

Poco después se despertó también al-Mutamid, notó la desaparición de su amigo, y llamó a sus esclavos para que encendiesen antorchas y le buscasen. El mismo al-Mutamid iba buscándole, y pronto le descubrió en su escondrijo. Cuando le preguntó a solas la causa de su fuga, Ibn Ammar no pudo menos de confesarla. «Amigo, contestó al-Mutamid, el vino te ha trastornado la cabeza y ha producido la pesadilla. ¿Cómo había yo de matarte? Tú eres mi alma y mi propia vida. Eso sería un suicidio». Con estas cariñosas palabras volvió la calma a su espíritu; pero, como añade el biógrafo, al-Mutamid mató su propia vida.

El escepticismo de Ibn Ammar, despertado en él desde temprano, quizá por efecto de su vagabunda y desastrada vida, y que se mostraba en el pleno goce de los favores y amistad del Príncipe, haciéndole dudar de que fuesen estables, se extendió también a la religión. Un día, yendo con el Príncipe a la mezquita, y oyendo la voz del muecín que en el alminar resonaba, dijo al-Mutamid, improvisando:

¡Oye! En el alminar de la mezquita
el almuédano llama a la oración.

Ibn Ammar contestó:

La suma de sus culpas infinita
así tal vez conseguirá perdón.

Al-Mutamid prosiguió:

Bien merece el perdón y la ventura,
porque da testimonio de verdad.

Y Ibn Ammar replicó:

Con tal que todo eso que asegura
no lo tenga por una falsedad.

No bien subió al-Mutamid al trono, Ibn Ammar, como su principal valido, obtuvo los más altos empleos. Primero fue gobernador de Silves, donde hizo su entrada con casi regia pompa, cercado de numerosos esclavos y servidores. El brillo de su nueva posición no le hizo olvidar a aquellos que le habían favorecido con algún beneficio cuando era poeta vagabundo. Habiendo sabido que vivía aún el mercader que le había dado por su qasida un costal de cebada, le envió el mismo costal lleno de monedas de plata; haciendo que le dijese que si le hubiese enviado trigo en vez de cebada, en vez de monedas de plata hubiera recibido monedas de oro.

El joven Rey no pudo por largo tiempo sufrir la ausencia de su favorito. Le llamó a Sevilla y le nombró su visir y primer general. Ibn Ammar, que era ya temido de los príncipes andaluces a causa de lo punzante de sus sátiras, adquirió entonces tal influjo y tan alto grado de poder, que su fama se extendió por toda la Península. Era depositario de los sellos reales; mandaba con casi ilimitado poder en el ejército, y cuando caminaba con brillante séquito y banderas desplegadas, se hacían sonar las trompetas. También mostró Ibn Ammar notable habilidad para la diplomacia, y muchas veces fue enviado a la corte de Castilla para tratar importantes asuntos. En cierta ocasión, como las huestes cristianas avanzasen en gran número contra Sevilla, logró por medio de un ardid apartar el peligro que amenazaba a los mahometanos. No ignoraba la afición de Alfonso VI al juego de ajedrez, se apercibió con uno de costoso trabajo, cuyas figuras eran de ébano, sándalo y aloe. En seguida fue como negociador al campamento de Alfonso VI, y se compuso de suerte, que su juego de ajedrez llamó la atención de los cortesanos. Uno de ellos habló de él al Rey, y excitó de tal suerte su deseo de poseer el juego, que en cuanto vio a Ibn Ammar le dijo que le quería. «Bien está, contestó el astuto visir por medio del intérprete; jugaré contigo una partida, y, si me ganas, te quedarás con el ajedrez; pero, si yo te gano, has de satisfacerme una exigencia». El Rey, luego que vio el ajedrez, quedó tan encantado, que se inclinó a aceptar la condición para poseerle. Entre tanto, Ibn Ammar, que se había retirado, puso en secreto de su parte a algunos de los grandes por medio de considerables sumas de dinero. El juego de ajedrez no se apartaba del pensamiento del Rey, y no pudiendo resistir más, consultó a los grandes sobre la proposición que Ibn Ammar le había hecho. Éstos excitaron más su codicia, y Alfonso VI llamó de nuevo al árabe y aceptó la condición. Se preparó el tablero, y el Rey y el mahometano se pusieron a jugar, siendo los caballeros y grandes, allí presentes, testigos y jueces en la contienda. Ibn Ammar era un jugador de ajedrez distinguidísimo; no había en toda Andalucía quien compitiese con él. Así es que ganó la partida en presencia de todos y de un modo brillante. Entonces dijo al Rey: «Está bien: ahora puedo enunciar claramente mi petición». Alfonso le preguntó que cuál era. «Te pido, contestó, que tú y tu ejército os volváis al punto a vuestra tierra». Al oír estas palabras, el Rey frunció el entrecejo y se levantó enojado, pero pronto se repuso y dijo a los grandes: «Algo sospechaba yo de que iba a parar en esto; pero vosotros me dijisteis que su petición no podía tener importancia». Entonces mostró el propósito de no considerarse obligado por la promesa, y de llevar adelante su expedición; pero le hicieron presente que el primero de los reyes cristianos no debía faltar a su palabra. Poco a poco el Rey hubo de tranquilizarse, prometiendo que se retiraría si en aquel año se le pagaba doble tributo. Ibn Ammar, no sólo convino en esto, sino que inmediatamente puso a los pies del Rey el dinero que dicho tributo importaba. El Rey se retiró con sus huestes, y así, por aquella vez, se vieron libres los mahometanos de la invasión enemiga:

También fue enviado Ibn Ammar para tratar asuntos diplomáticos a la corte de Raimundo Berenguer II, conde de Barcelona. A su vuelta pasó por Murcia, y concibió la idea de agrandar el reino de Sevilla con aquel estado. Después de persuadir a al-Mutamid de lo excelente de su plan, marchó con un poderoso ejército para derribar de su trono a Ibn Tahir, señor de Murcia. Con el auxilio de un traidor lo consiguió pronto, y Murcia le abrió sus puertas. Ibn Ammar quiso dulcificar la suerte del príncipe destronado, que había caído en su poder, y le envió una vestidura de honor. Ibn Tahir respondió orgullosamente al que se la trajo: «Di a tu amo que yo no quiero de él sino una larga zamarra y un gorro tosco».

Cuando repitieron a Ibn Ammar tales palabras, dijo para sí: «Ya comprendo lo que significan: me recuerda el vestido que yo usaba cuando pobre y menesteroso vine a su corte y le recité mis poesías. ¡Alabado sea Aquél que, según su voluntad, da y quita, eleva y abate!» Con todo, no perdonó a Ibn Tahir la ofensa, y mandó que le redujesen a dura prisión en un castillo.

Desde entonces imperó en Murcia nuestro aventurero, en apariencia como virrey o lugarteniente de al-Mutamid, pero en realidad con ilimitada soberanía. El buen éxito de sus empresas y la deslumbradora altura de poder en que se había colocado le hicieron perder el tino. Cuando daba audiencia, aparecía con un adorno de cabeza o bonete puntiagudo, que sólo los reyes solían usar, y empezó a obrar tan inconsiderablemente, que vino a hacerse sospechoso de rebelión. A la verdad no había ningún fundamento para afirmar que tuviese propósito de sublevarse, pero su extraña conducta facilitó a sus enemigos y envidiosos el darle cierto viso y apariencia de desleal, excitando los recelos de al-Mutamid. Ibn Ammar procuró entonces apaciguar a su amo con una poesía en que apelaba a las innumerables pruebas de adhesión que le había dado, pero sus rivales no descansaron hasta que le pusieron en lucha abierta con el Rey. Versos, como de costumbre, dieron la señal para el rompimiento de las hostilidades. Ibn Tahir, el destronado príncipe de Murcia, se escapó de la cárcel en que Ibn Ammar le tenía, y halló asilo en la corte del príncipe de Valencia. Ibn Ammar, furioso contra éste, compuso una poesía excitando a los valencianos a la rebelión. Al-Mutamid la parodió, llenando de invectivas a su antiguo privado, y éste, ardiendo en cólera, escribió una sátira, en donde, no sólo maltrató al Rey de Sevilla, sino que también insultó a su mujer. La sátira llegó a noticia de los injuriados, y la reconciliación se hizo imposible.

De este modo se vio precisado Ibn Ammar a tomar una posición independiente. Poco después, a instigación de aquel mismo traidor que le había abierto las puertas de Murcia, se le sublevaron los soldados, pidiendo a gritos las pagas atrasadas, y amenazándole con entregarle a al-Mutamid sino les pagaba. Para huir de este peligro, Ibn Ammar se puso en precipitada fuga y se fue a la corte de Alfonso VI. No habiendo sido acogido allí como esperaba, pasó a Zaragoza y entró al servicio de al-Muqtadir. Allí también su espíritu inquieto le incitó a emprender peligrosas aventuras, una de las cuales fue causa de su perdición. Al tratar de apoderarse del castillo de Segura, cayó en manos del Señor de aquella fortaleza, quien le encerró en un calabozo, cargado de cadenas, y anunció que le vendería a aquél de sus enemigos que le diese más dinero por él. Con este motivo, compuso Ibn Ammar los siguientes versos:

En almoneda se vende
mi cabeza; pagad caro;
que merece mi cabeza
venderse a precio muy alto.

Al-Mutamid fue el más alto postor. Envió a Segura a uno de sus hijos, para entregar la suma estipulada y traerse el prisionero. Ibn Ammar vino entonces a Córdoba, encadenado, cercado de soldados y puesto sobre un mulo entre dos haldas de paja. Así atravesó las calles de la ciudad, llenas de inmenso gentío. Al-Mutamid quiso que le viesan tanto los nobles como el pueblo, los cuales en otras ocasiones, cuando entraba en Córdoba Ibn Ammar, salían todos a recibirle, y hasta los más ilustres se estimaban dichosos si obtenían un saludo suyo o lograban besarle la mano. El infortunado visir, caído ya de su elevación y de la dignidad casi regia a que se había encumbrado, fue conducido a la presencia de al-Mutamid, quien le echó en cara los favores que le había prodigado y su negra ingratitud. Ibn Ammar bajó los ojos al suelo, y respondió por último: «No niego nada de lo que me echas en cara, oh mi señor, a quien Dios proteja; y si lo negase, las piedras hablarían para desmentirme. He faltado, he delinquido; pero perdóname». Al-Mutamid replicó: «Lo que has hecho no puede perdonarse».

Entonces Ibn Ammar fue conducido a Sevilla en una embarcación y encerrado en el calabozo de una torre que estaba al lado del palacio de al-Mutamid. A fuerza de súplicas, logró el prisionero que le diesen papel y recado de escribir, y compuso una qasida, que hizo llegar a manos del rey. Algo enternecido éste, mandó que llevasen a Ibn Ammar a su presencia. Al-Mutamid, en esta nueva entrevista con su antiguo amigo, le volvió a hablar de sus favores y de lo ingrato que había sido. El prisionero no respondió palabra al principio, pero con muchas lágrimas trató de mover a compasión el ánimo del rey. Por último, le recordó la amistad que en la mocedad los había unido y los dichosos días que entonces habían pasado juntos.

Estos recuerdos de la antigua amistad no dejaron de conmover el corazón de al-Mutamid, que, si bien no perdonó a Ibn Ammar, le dirigió algunas palabras afectuosas. De vuelta a su calabozo, no pudo éste contener el gozo dentro de sí, juzgándose ya perdonado, y escribió al punto una carta a al-Rašid, hijo de al-Mutamid, participándole sus esperanzas. Rašid recibió la carta cuando tenía en su casa convidados a algunos antiguos enemigos de Ibn Ammar, los cuales se enteraron de todo y difundieron sobre el contenido de la carta no pocas mentiras a propósito para excitar la cólera del rey. Al-Mutamid mandó a preguntar al punto al prisionero si había puesto en conocimiento de alguien la conversación que ambos habían tenido el día anterior. Ibn Ammar lo negó. El rey le mandó a preguntar entonces en qué había empleado el segundo de los pliegos de papel que le había enviado, en uno de los cuales había escrito la qasida. Ibn Ammar contestó que en escribir el borrador de los versos. Al-Mutamid pidió que le remitiese el borrador. Ibn Ammar no tuvo al fin más recurso que confesar que había escrito una carta a al-Rašid. Excitado entonces por el sentimiento de que Ibn Ammar había hecho de nuevo traición a su amistad, rayando su ira en demencia, y creyendo cuanto le habían dicho de malo sobre el contenido de la carta, tomó el rey un hacha magnífica, que Alfonso VI le había regalado, bajó a saltos la escalera, y se precipitó en el calabozo de Ibn Ammar. Anonadado éste al ver al rey ardiendo en ira, conoció que venía a matarle, y agobiado con el peso de las cadenas, se arrojó a sus pies, demandando piedad. El rey, sordo a todas las súplicas, levantó el hacha e hirió repetidas veces a Ibn Ammar hasta que le dejó muerto.

Los árabes no seguían la opinión, hoy muy general, de que el talento poético se desenvuelve mejor en la soledad y lejos del tumulto de la vida, ni mucho menos la de que

perturba, en quien le posee, la serenidad y la perspicacia que se requieren para dirigir los negocios de estado. Por el contrario, sus príncipes solían confiar los más elevados empleos a los poetas, y éstos se valían a menudo de la poesía para alcanzar más brillantes resultados en la política que por medio de notas diplomáticas. De esto da notable ejemplo la vida de Ibn al-Jatib. Nacido a orillas del Genil, en la ciudad de Loja, en la primera mitad del siglo XIV, vino muy joven a establecerse a Granada, floreciente capital a la sazón del reino nazarita. Aunque era médico y filósofo, su predilecta inclinación le llevaba más que a nada al estudio de la literatura; así es que estudió con gran celo las obras poéticas de los antiguos árabes, y ya, desde su más temprana mocedad, se dio a conocer por sus epístolas y otras composiciones en prosa rimada, que manifestaban un raro ingenio. Una qasida que compuso en elogio del rey Abu-l-Hayyay alcanzó extraordinaria fama y llegó a divulgarse por todo el reino y aun por los más remotos países. En premio de esta obra, le llevó el rey a su lado, y luego le dio un empleo en la cancillería de palacio. Pronto su talento le allanó el camino de más altos empleos, y desde el año de 1348 gozó de la más completa privanza, siendo primer ministro y visir de Abu-l-Hayyay. Los escritos que en nombre de su soberano dirigió a otros monarcas, excitaron la mayor admiración por la elegancia del estilo; pero a pesar del afán y del esmero con que se ocupaba en los asuntos públicos, aún tuvo que vagar para componer obras históricas sobre Granada y sobre los hombres ilustres que en dicha ciudad habían nacido, así como muchas poesías, que más tarde han sido coleccionadas en un diwan. Cuando al-Muhammad V subió al trono, después de la muerte violenta de su padre Abu-l-Hayyay, Ibn al-Jatib tuvo que ceder una parte de su posición e influjo a Radwan, favorito del nuevo rey, pero conservó el visirato, y Muhammad V le mostró pronto la confianza que de él hacía, enviándole de embajador cerca del sultán Abu Inan, de la dinastía de los Banu Merines, para pedirle auxilio contra los cristianos. No bien el poeta fue recibido en audiencia en el palacio de aquel poderoso príncipe, pidió permiso para recitar una poesía, antes de empezar las negociaciones. El Sultán se le concedió, y el embajador, de pie delante de él, dijo como sigue:

¡Representante de Ala!
Que Alá tu gloria prospere,
mientras el velo nocturno
rayos de la luna argenten;
que la mano del destino
de peligros te preserve,
y haga por ti todo cuanto
humana fuerza no puede.
Tu faz disipa las sombras
cuando el pesar nos conmueve,
y tu poderosa diestra
al desvalido protege.
a echarnos de Andalucía
quizás los cristianos lleguen,
si no acudes y nos salvas
con tus valerosas huestes.
Para calmar su recelo
y vencer la adversa suerte,

sólo necesita España
que en sus costas te presentes.

Estos y algunos cuantos versos más, que dijo el embajador, agradaron sobre manera al Sultán, quien dio al punto el auxilio que se le pedía, colmando de obsequios y presentes a todos los individuos de la embajada.

Cinco años hacía ya que Ibn al-Jatib y Radwan dirigían juntos los negocios del Estado, cuando un sobrino del rey formó y llevó a cabo el plan destronarle. Durante la ausencia de Muhammad V que estaba en una quinta, penetraron los conjurados en la Alhambra asesinaron a Radwan, encerraron a Ibn al-Jatib en un calabozo, y pusieron sobre el trono a Ismail, hermano del rey, mientras que el sobrino gobernaba en su nombre. Muhammad oyó desde su quinta el estruendo de las trompas, y temeroso de una traición, se huyó a Guadix, desde donde envió una embajada, notificando lo ocurrido al Sultán de los Banu Merines Abu Salim. Éste había ya de antemano negociado con la corte de Granada para que pusiesen en libertad a Ibn al-Jatib y dejasen a Muhammad salir libremente de Andalucía. Conseguido esto, el rey destronado y su visir se embarcaron juntos para África. Cuando ya estaban cerca de Fez, salió el Sultán a recibirlos a caballo y con brillante séquito; los llevó al salón de audiencia de su palacio, donde estaban reunidos todos los magnates, e hizo que el rey de Granada se sentase en un trono al lado del suyo. Entonces se adelantó Ibn al-Jatib hacia el Sultán e improvisó, en nombre de su amo, una larga composición poética, pidiéndole auxilio para recuperar el trono de Granada. Empezaba, imitando las antiguas casidas arábicas, con la descripción de la despedida de las mujeres amadas:

Preguntad a mi querida
si se recuerda del valle
de Mojavera; si adornan
su suelo rosas fragantes;
si aún riega lluvia fecunda
el alcor donde yace
nuestro albergue abandonado,
sin que yo logre olvidarle;
allí del amor un día
apurábamos el cáliz;
allí como verde huerto
lucieron mis mocedades;
allí mi patria y mi nido,
donde crecieron pujantes
mis alas. ¿Quién nido, patria
y alas hoy pudiera darme?
¡Cómo los bienes humanos
caducos son y fugaces!

Me arrojó del Paraíso
el destino inexorable;
pero aquel lazo que une
a mi corazón amante
con la patria, siempre dura
sin que se rompa o desate.
Lejos de ella, largos siglos
me parecen los instantes.
¿Quién nuevamente a su seno
al punto quiere llevarme?
Cuando me apartaba de ella
fue mi amargura tan grande,
que acibaraba mi llanto
los dulces manantiales.

Hasta aquí no es un rey de Granada quien se lamenta de la pérdida de su reino, sino Yamil, el pastor errante, que habla de la separación de su querida Butayna. La poesía prosigue aún imitando los modelos antiguos, y describe la peregrinación por el desierto. Por último, la composición llega a hablar del objeto que le es propio, y muestra las esperanzas que funda el soberano destronado en el auxilio del sultán:

Permite, tú de la estirpe
de Jacob tallo lozano,
que en tu valor soberano
cifremos nuestra salud.
Las noches del infortunio
con tu esplendor se iluminan;
las caravanas caminan
a divulgar tu virtud.
Si la mar en sí tus dones
espléndidos recibiera,
flujo y reflujo no hubiera,
llena hasta el borde la mar.
Cuando la diestra levantas
tiembla de miedo el destino;
te abre la muerte camino
cuando vas a guerrear.
Te obedece la ancha tierra
hasta el confín más distante,
hasta la cima gigante,
do nadie pone los pies;
y las estrellas confirman

tus palabras de consuelo,
reflejándose en el cielo
toda esperanza que des.
¡Rey de reyes! Suplicantes
a ti venimos al cabo:
el destino, que es tu esclavo,
nos hiere con crueldad;
pero le arredra tu nombre;
le pronunciamos y ceja:
haz justicia a nuestra queja,
impónle tu voluntad.
Dénos tu gloria un asilo
contra muerte y desventura,
y dé tu nombre frescura
de nuestro pecho el ardor.
Tu grandeza imaginamos
cruzando el mar en un leño:
ya el mar juzgamos pequeño,
al contemplarte, Señor.
Tú del poeta mereces
la más sublime alabanza;
norte de nuestra esperanza,
faro de nuestro bajel.
Si a otros príncipes acaso
alabase la poesía,
a su deberes sería
y a su propósito infiel.
al rey sin trono concede
el favor que de ti espera;
vuelva a su patria hechicera,
vuelva a su trono por ti.
El bálsamo de tu auxilio
del pueblo sane la herida;
ve que el pueblo te convida,
ve que te llaman allí.
Con esta fácil proeza
la gloria que conquistares
más que el oro que gastares
constantemente valdrá.
Cual préstamo a corto plazo,
acaba el vivir del hombre;
pero su claro renombre
nunca, nunca acabará.
Menester ha de las armas
que tu bondad le conceda,
tu huésped, para que pueda
su pretensión conseguir.

Menester ha de corceles
que al viento en correr humillen,
y cual relámpago brillen,
avezados en la lid.

Y dromedarios de duras
ancas, de lomo eminente
y de pelo reluciente
como el oro, ha menester.

Y hombres cual leones bravos,
con turbantes y garzotas
blancos y con férreas cotas
de malla, debe tener.

De casta Banu Merines
ha de ser tropa tan fiera:
de uno sólo tu bandera
vencedora plantará,
atajando con pavura
los contrarios escuadrones,
pronto en fuga a los bribones,
yertas las crines, pondrá.

Los protectores más fuertes
son tus valientes soldados;
no hay lugares encumbrados
do no trepe su valor.

Cumpliendo toda promesa,
abatan al orgullo,
y dan al menesteroso
y al suplicante favor,
de la ignominiosa fuga
en la sangrienta pelea,
sólo concebir la idea
les parece criminal;
mas tímidos y cortados
huyen toda compañía
donde suena en boca impía
razonamiento inmoral.

Es premio de sus afanes,
es su más preciosa paga,
el elogio que embriaga
y hace el corazón latir.

En bosques de lanzas lucen
sus varoniles figuras,
como en verdes espesuras
las flores suelen lucir.

¡Oh príncipe! Sin tu amparo
se me acababa el aliento,
extinguido el pensamiento,

marchita la voluntad;
mas, como muerto que sale
del sepulcro a nueva vida,
ya la esperanza perdida
me devuelve tu bondad.
Con harta razón tu pecho
de generoso blasona;
en mis sienes la corona
de nuevo quieres poner.
No hay palabras que encarezcan
un favor tan señalado:
el bien que me has otorgado
nunca podré agradecer.

Esta composición arrancó lágrimas a todo el auditorio. El sultán prometió en seguida a su huésped que le auxiliaría para recuperar el trono, y mientras se aguardaba el momento favorable para obrar, dio un asilo en su corte a él y a su séquito, alojándolos en suntuosos y elegantes palacios. Ibn al-Jatib aprovechó este tiempo de su permanencia en África en recorrer las comarcas marroquíes y visitar sus lugares más notables.

Ya se proponía en sus peregrinaciones el conversar con piadosos ermitaños, ya el ver y admirar los edificios de antiguos reyes, ya el arrodillarse junto al sepulcro de jeques santos. Una vez tomó el camino de Agmat para ver el monumento fúnebre donde al-Mutamid, el desventurado rey de Sevilla, reposa al lado de su esposa Itimad, en la falda de un otero, coronado de corpulentos almeces. A la vista de estas tumbas, Ibn al-Jatib no pudo contener el llanto, y dijo:

Báculo de peregrino
tomo con piadoso impulso;
vengo a Agmat, y reverente
miro y beso tu sepulcro.
Sultán magnánimo, faro
que dio clara luz al mundo,
en tus rayos, si vivieras,
me bañaría con júbilo,
y mis poesías mejores
fueran el encomio tuyo;
ora postrado de hinojos
sólo la tumba saludo.
Egregiamente descuella
entre circunstantes túmulos,
cual tú de reyes y vates

descollabas entre el vulgo.
Siglos ya sobre tu muerte
pasaron y tu infortunio;
pero guardas la corona;
no te la quita ninguno.
¡Oh rey de muertos y vivos!
Tu igual vanamente busco;
que no ha nacido tu igual,
ni nacerá en lo futuro.

En el año 1362 pudo Muhammad V subir de nuevo al trono de Granada. Su familia, que se había quedado en Fez, fue conducida por Ibn al-Jatib a Andalucía. Éste recobró al punto su antigua posición, y supo derribar a cuantos ganaron la confianza del rey. Una qasida suya, celebrando la vuelta del rey, y que se considera como de las mejores entre todas sus obras, obtuvo el honor de ser inscrita por completo en las paredes de la Alhambra. Por largo tiempo aún fue Ibn l-Jatib el consejero universal de la corona, y los negocios todos del Gobierno estaban en su mano. Alcanzar su favor era el punto de mira de todas las esperanzas, y grandes y pequeños se agolpaban a su puerta. Sin embargo, no eran pocos los envidiosos y los émulos que ponían en juego la maledicencia y la calumnia a fin de perderle. En un principio, Ibn l-Jatib se juzgó seguro, y dio por cierto que el rey cerraba los oídos a tales insinuaciones; pero al cabo notó que las intrigas de sus enemigos le amenazaban con grandes peligros, y abandonando Granada, se refugió en África, cerca del nuevo sultán Abd al-Aziz. Éste, a quien había prestado algunos importantes servicios, le recibió de la manera más honrosa, lo cual excitó más aún los celos y la envidia de los cortesanos de Granada, que procuraron por cuantos medios estaban a su alcance causar la desgracia del fugitivo. Presentaron sus más ligeros deslices como gravísimas culpas; le acusaron de difundir en sus conversaciones ideas materialistas; y consiguieron que el cadí de Granada, que examinó sus escritos, los declarase irreligiosos, y a su autor impío. Muhammad V fue bastante débil para contribuir a la pérdida de su antiguo visir y para enviar al susodicho cadí en embajada al sultán Abd al-Aziz, a fin de impetrar el castigo del refugiado con arreglo a las prescripciones del Corán. El sultán pensó con bastante nobleza que no debía hacer traición a los deberes de la hospitalidad. La respuesta que dio a semejantes pretensiones fue que, no sólo a Ibn al-Jatib, sino también a cuantos andaluces habían venido con él a África, daría cuantiosas pensiones.

Mientras que vivía en Fez en tan honroso encumbramiento, no pudo nuestro poeta desentenderse de su odio contra su antiguo amo, y estimuló al sultán a que conquistase a Andalucía. Para apartar de sí este peligro, que le amenazaba, el monarca granadino envió a Abd al-Aziz un presente de extraordinario valor, compuesto de los más hermosos productos de la industria española, y además de poderosas mulas andaluzas, muy buscadas entonces por sus grandes fuerzas, y de esclavos y esclavas cristianos. El embajador que trajo este presente pidió la extradición de Ibn al-Jatib, pero su petición fue rechazada con firmeza. Más peligrosas se hicieron las circunstancias después de la muerte de Abd al-Aziz. El

nuevo sultán Abd Abbas, no reconocido al principio de todos, había prometido entregar al rey de Granada a su antiguo visir. Apenas llegó por entero al poder, lo primero que hizo fue mandar prender a In al-Jatib. Pronto vino nuevo embajador granadino reclamando el castigo del prisionero. Al punto se nombró una comisión que le juzgase. Mientras estuvo encarcelado, el infeliz Ibn al-Jatib veía constantemente la inevitable muerte delante de sí, pero aún tuvo sobrada serenidad para componer muchas elegías sobre su mala ventura. En una de ellas dice:

Aún estoy sobre la tierra,
mas de ella júzgame lejos:
de mi fatigada vida
se acerca el último término;
sólo se mueven mis labios,
que sella ahora el silencio,
para lanzar un suspiro
cual leve, espirante rezo.
Grande fue mi poderío
y fue temible mi esfuerzo,
mas hoy de todo no guardo
sino la piel y los huesos.
Muchos a mi mesa antes
convidados acudieron;
hoy a la mesa de otros
debiera atender cual siervo.
Yo fui el sol de la gloria;
mas sus rayos se extinguieron,
y en las tinieblas derrama
llanto compasivo el cielo.

La principal acusación contra Ibn al-Jatib era que en sus obras había sostenido doctrinas heréticas. Aún tenía que sufrir sobre esto varios interrogatorios, antes que se dictase la sentencia; pero, a instigación de sus mortales enemigos, penetraron en su prisión unas turbas del populacho y le asesinaron.

- XII -

La poesía de los árabes en Sicilia

También en el antiguo suelo de Grecia, en aquella hermosa isla, donde en los tiempos fabulosos resonaron los cantos pastorales de Dafnis, y más tarde los versos de Bión, Teócrito Y Stesícoro, fue la poesía arábica trasplantada. ¡Singular mudanza de los tiempos! Sobre las gigantescas ruinas del teatro de Siracusa, donde el más poderoso de los trágicos griegos había conseguido tantos triunfos, se escucharon los himnos de los poetas de raza semítica, a cuyos oídos nunca llegó el nombre de Esquilo; que nunca oyeron hablar de Orestes ni de Prometeo. Donde, en otras edades, Terón de Agrigento, vencedor con la blanca cuadriga, fue celebrado en la sublime oda de Píndaro, los emires orientales se hacían encomiar en qasidas pomposas.

No es fácil hallar nada que sea menos favorable a la poesía arábica que comparar sus producciones a las obras maestras de la musa helénica. De lo que constituye la perfección inasequible de estas obras, de lo plástico de la representación, del arte con que las ideas particulares se agrupan en torno del pensamiento fundamental, y forman un conjunto armónico, no hay rastro alguno en las composiciones de los árabes, quienes se elevan con dificultad hasta aquel punto desde el cual se descubren en su totalidad las partes de un objeto, y pueden ordenarse con un plan grande y sabio. En completa contraposición a la poesía de los antiguos, en la cual todo es figura y contorno determinado, la arábica se difunde en mil aéreos paisajes, que, cuando parece que van a tomar una forma perceptible, se desmenuzan de nuevo en brillantes colores. Quien está acostumbrado a la noble maestría y a la firmeza de las líneas por donde se distinguen las obras de los griegos, no podrá menos de deplorar lo inseguro y vago de los contornos y dibujos en las obras de los árabes.

Sin embargo, la poesía de los trovadores y de los minnesänger no resiste tampoco la comparación con aquellos sublimes modelos de armonía y de hermosura que nos han dejado los antiguos, y no por eso se tiene por indigna de ser estudiada. De la misma manera puede la poesía arábica reivindicar su derecho a nuestra atención. No sólo la merece históricamente, como expresión de las ideas y sentimientos de un pueblo tan importante en la historia del mundo, sino también por sus propias excelencias, las cuales, a pesar de la falta de firmeza y de precisión en el conjunto y en la forma, no pueden desconocerse, merced a la magia con que se apoderan de los sentidos. Consisten estas indisputables excelencias en la expresión, a menudo verdadera, del sentimiento que conmueve los corazones, en la gran riqueza de imágenes y de adornos, en lo vivo de las descripciones y en lo brillante y deslumbrador del colorido. Como el que conoce los maravillosos monumentos de Pericles se deja dominar por un extraño encanto en los hadados salones de los alcázares moriscos, así el admirador entusiasta de Homero y de Sófocles, reconociendo la inmensa superioridad de los griegos, puede también ser sensible al hechizo de perfume y de melodía que brota de muchas poesías orientales.

La dominación de los árabes en Sicilia no fue, ni con mucho, de tan larga duración como en España, y, no alcanzó nunca tampoco el mismo esplendor y grandeza. Los mahometanos, no bien aseguraron su señorío en el África Septentrional, pusieron la mira en la hermosa isla. Ya en el año de 704, antes de la conquista del al-Andalus, Muza había desembarcado

en las Baleares, en Cerdeña y en Sicilia, y después de una incursión devastadora, había vuelto cargado de botín. Tales incursiones se repitieron a menudo en el siglo siguiente, pero siempre fueron pasajeras. Por primera vez, en el año de 827, los aglabidas de Kairuán emprendieron seriamente la conquista de la isla. Según los autores italianos la venganza personal de un traidor, como ya había ocurrido en España al sucumbir el imperio de los visigodos, abrió también en Sicilia las puertas de la dominación a los musulimes. Ya en 831 había caído Palermo en su poder y residía allí un lugarteniente de los aglabidas; pero hasta principios del siguiente siglo no abandonaron del todo la isla de los bizantinos, que habían conservado a Taormina y a Siracusa. La primera época, después de la conquista, se pasó en alborotos, rebeliones y guerras civiles. Con el siglo X comenzó un período más feliz para Sicilia, sucediendo en el poder a los aglabidas los fatimidas. Ubayd Allah, apellidado el Mahdi, o el guiado de Dios, supuesto descendiente de Alí y Fátima, había fundado esta dinastía, y edificado en una pequeña península del golfo de Túnez a Media, capital de su imperio. Con asombrosa rapidez creció el poderío de la nueva casa reinante; la mayor parte del norte de África y Sicilia se le sometió, aunque no sin largas guerras y disturbios; y por último, el Egipto cayó también en su poder, y su brillante capital El Cairo fue el punto céntrico del nuevo califato. Como lugarteniente de los fatimidas vino a Palermo, en 948, Hasan Ibn Alí, de la tribu de los kelbidas, y pronto fue la isla un emirato independiente y hereditario en su familia, calmándose las discordias interiores, que habían destrozado a Sicilia, y floreciendo en su suelo la civilización, la cual, o bien se desarrolló con prontitud notable, o bien había germinado anteriormente, en medio de las guerras y entre el estruendo de las armas. Lo cierto es que el viajero oriental Ibn Hawqal, que visitó a Palermo a mediados del siglo X, describe la ciudad, adornada de magníficos edificios, y, habla de sus trescientas mezquitas, donde los sabios se reunían y se comunicaban sus conocimientos, Como la huerta de Valencia y la vega de Granada, resplandecían los campos de la antigua Siracusa, las colinas de Agrigento, ricas en ruinas, y más que nada, la áurea concha de Palermo con la vegetación de Asia y de África. Las norias vertían agua abundante en los valles, que, fecundados por ellas, producían a par de la viña y el naranjo, el algodón, la mirra, el azafrán, los plátanos y la palma. Al lado de los antiguos templos dóricos de Selino y Segeste, se alzaban los santuarios mahometanos, y los palacios en el estilo fantástico y encantador del Oriente descollaban entre los frondosos jardines. Así como la industria, la agricultura, la arquitectura y las ciencias, fue también la poesía objeto de asiduo cuidado para la dinastía de los kelbidas, y su alcázar de Palermo vino a ser, como en otro tiempo el palacio de Hierón de Siracusa, el punto de reunión de innumerables cantores. La musa árabe se naturalizó de tal modo en el suelo de Sicilia, que aún mucho tiempo después de la caída del poder musulímico hizo oír allí su voz. Luego que Roger y sus caballeros normandos se apoderaron de la isla, destrozada de nuevo por interiores discordias, no pudieron sustraerse al influjo del pueblo vencido. Los vencedores eran pocos en número para que pudieran pensar en expulsar a los mahometanos, y así, reconocieron la necesidad de respetar, o de tolerar al menos, la religión y las costumbres de aquellos con quienes tenían que vivir en adelante. No bien los guerreros del Norte se vieron en los encantados palacios y jardines de los emires sarracenos, rodeados de todo el lujo y de toda la pompa del Oriente, cuando los atractivos del arte y de la naturaleza, la dulzura del clima y la civilización, incomparablemente superior, de los musulimes, los domeñaron de improviso. Los conquistadores adoptaron las costumbres, los usos, las artes y las ciencias de los vencidos. Los reyes de la casa de Hauteville tomaron hasta las formas del gobierno y del ceremonial de los árabes. Árabigos fueron sus diplomas y las leyendas de las monedas

acuñadas por ellos, en las cuales se conservaron la fecha de la égira y hasta las fórmulas de la creencia musulímica. Ellos consagraron, como lo atestiguan aún varias inscripciones, los palacios que edificaban, no en el nombre de Dios Trino y Uno, sino en el nombre del misericordioso y bondadoso Alá.

En suma, todo cuanto los rodeaba tenía un carácter oriental tan completo, que bien se puede decir que los conquistadores normandos de Sicilia se asemejaban más a los sultanes que se dividieron entre sí los restos del califato, que a los príncipes cristianos de Europa. De las palabras de Falcando, el gran historiador de Sicilia, así como de las de Benjamín de Tudela, se infiere que dichos príncipes normandos tenían un harem. El viajero Ibn al-Yubayr, de Granada, que visitó la Sicilia hacia fines del siglo XII, nos ha dejado una curiosa descripción de la corte de Guillermo el Bueno. Dice que el rey tenía gran confianza con los mahometanos y que elegía de entre ellos sus visires y camareros y los demás empleados públicos y de palacio. Al ver a estos altos personajes, prosigue Ibn al-Yubayr, se conocía el esplendor de aquel reino, porque todos ostentaban costosos vestidos e iban en fogosos caballos, y cada cual con su séquito, su servidumbre y sus clientes. El rey Guillermo poseía magníficos palacios y preciosos jardines, principalmente en la capital de su reino. En sus diversiones cortesanas imitaba a los reyes musulimes, como también en la legislación, en el modo de gobernar, en la jerarquía de sus vasallos, y en la pompa y en el fausto de su persona y casa. Leía y escribía el idioma arábigo, y según me contó uno de sus más fieles servidores, tenía por divisa: «Alabado sea Alá; justa es su alabanza». Las mancebas y concubinas que guardaba en su palacio eran todas mahometanas. De boca del ya mencionado servidor, que se llamaba Yahya, y es hijo de un bordador de oro, que borda los vestidos del rey, he oído algo más pasmoso, a saber: que las cristianas francas que habitaban en el palacio real habían sido convertidas al islamismo por las muchachas mahometanas. El mismo Yahya me refirió que en la isla había habido un terremoto y que el rey idólatra, circulando, lleno de asombro, por su palacio, sólo había oído las voces de sus mujeres y servidores que se encomendaban a Alá y al Profeta. Cuando éstos vieron al rey se asustaron; pero el rey dijo: «Cada cual debe invocar al Dios que adora; quien cree en su dios tiene el espíritu tranquilo».

La inclinación de los príncipes normandos por los mahometanos viene también atestiguada por historiadores cristianos de aquel tiempo. El monje Eadmero dice en su crónica: «El conde Roger de Sicilia no sufría que ni por acaso se convirtiese un musulmán al cristianismo. No sé decir qué motivo tenía para esto, pero Dios le juzgará». Según Godofredo de Malaterra, el gobernador de Catania en nombre de Roger fue un sarraceno. Falcando refiere que la muerte de Guillermo I causó el más vivo dolor entre los árabes; las mujeres de las principales familias, en traje de luto y con los cabellos sueltos, rodeaban el palacio y daban mil quejas al viento, mientras que sus servidoras recorrían las calles de la ciudad cantando himnos fúnebres al son de instrumentos músicos.

Del mismo modo que las costumbres musulímicas prevalecían en la corte normanda, hasta el punto de que en las iglesias cristianas se empleaban las letras del Corán, los nuevos príncipes edificaron también sus palacios y quintas en el estilo que hallaron en la isla, y dispusieron que fuesen encomiados por los poetas arábigos, en versos, que en parte se conservan aún.

Había un libro de amena lectura, La perla preciosa, que contenía versos escogidos de ciento setenta poemas. De aquí se deduce que había sido grande el número de los poetas que la isla había producido. Y si bien esta abundancia no prueba ninguna extraordinaria difusión del talento poético verdadero, porque allí, como en Andalucía, el hacer versos fue con más frecuencia efecto del ejercicio y de la educación que de la inspiración, todavía descollaron, en medio de esta caterva de versificadores, algunos ingenios de orden superior, cuya fama se extendió hasta el Oriente.

Por desgracia, poco de sus obras ha llegado hasta nosotros o se ha descubierto hasta ahora. De los primeros tiempos no se conserva casi nada. Pero de las muestras que nos quedan aún, se infiere que la poesía de los árabes sicilianos tenía los mismos caracteres esenciales que su hermana la española. Nadie espere verla inspirada por el genio griego bajo un cielo tan clásico. Nadie espere oír sus meditaciones sobre las grandes épocas pasadas, cuyos monumentos soberbios se ofrecían a sus ojos. Los árabes estuvieron siempre encerrados en un círculo limitado de impresiones y pensamientos. Podían sentir el encanto de la bella naturaleza, que sonreía en torno de ellos, en los bosques de limoneros y en los valles del Etna, perfumados por los rosales siempre floridos; pero no poseían la facultad de penetrar la historia y la mitología de pueblos extraños. Así es que no hallamos en sus versos ni la más leve huella de todas aquellas imágenes, que el solo nombre de Sicilia hace brotar, como por encanto, en nuestra mente; ni la sagrada fuente de Aretusa, ni el valle de Etna, donde la Proserpina tejió guirnaldas de flores, ni los peñascos que lanzaba Polifemo en el mar. De todo el mundo fantástico de la Odisea nada sabían, salvo quizás aquello que han trasladado a las aventuras de Simbad el marino. Ni con una palabra mencionaron jamás los restos colosales de ciudades y de templos, mucho más numerosos y magníficos entonces que ahora, y que los rodeaban como un mundo destruido. Ni los gigantes que sostenían el techo del templo de Júpiter olímpico en Agrigento, ni las soberbias columnas de Selino, ni el teatro maravilloso de Taormina, les arrancaron una sílaba de admiración. Conviene, sin embargo, no olvidar que la poesía árabe en Occidente fue siempre como una planta exótica, importada de remotos climas, la cual, si bien recibía su nutrimento de la nueva tierra, sólo cambió su forma exterior y nunca se modificó esencialmente. Como los poetas árabes de España, no salían nunca los de Sicilia de un círculo de imágenes que no son comunes en Occidente, y acudían para sus comparaciones a objetos que nos parecen extraños. Más a menudo que los ricos y encantadores campos de su isla nativa, les prestaba el desierto asunto e imágenes para sus canciones. Lo que es para los poetas de la moderna Europa, que más o menos se han formado en la escuela de griegos y romanos, la mitología y la poesía de la clásica antigüedad, era para ellos la antigua vida de los beduinos con sus héroes y cantores, de los cuales, y del lugar que habitaron, tomaban su fraseología. Su Arcadia es un valle desierto entre montes de arena, donde la habitación abandonada y triste de Maya yace en una ladera; en vez de hablar del céfiro, hablan del viento oriental, que trae el olor del bálsamo de las costas de Darín; en vez de cantar de Filis o de Cloe, cantan de Abla, que se ha ido con la caravana. Las gacelas y los camellos, que no se criaban en Sicilia, hacen gran papel en sus versos; la capital del Yemen, Sana, que probablemente ni en los tiempos de su mayor esplendor podría compararse a Palermo, era ensalzada como el asiento de toda bienaventuranza terrena; y las cortes de Gassán y de Hira se les presentaban como lo más sublime que puede verse en el mundo en punto a lujo y magnificencia. Por dicha, no siempre se inspiran los poetas sicilianos en las reminiscencias de las mu'allaqat o

de otras poesías del Oriente, y precisamente al olvidarse de ellas es cuando empiezan a ser interesantes para nosotros. Con gran placer escuchamos cuando nos describen las quintas y palacios de su hermosa isla, los complicados arabescos y los aéreos techos de estalactitas de sus salones, los arcos, las columnas y las fuentes con leones de sus patios. Con gusto nos dejamos guiar por ellos a la espesura de sus siempre verdes jardines, donde los limones prenden de la enramada y la palma mece la gallarda copa en el tibio ambiente o a la orilla de un lago cristalino, en cuyas ondas se refleja el elegante kiosco que en su centro se levanta. También los aplaudimos cuando cantan su amor, impulsados por los sentimientos del corazón y sin disfrazarse en pastores errantes, o cuando celebran el vino de Siracusa y las noches alegres pasadas entre cantadoras y flautistas, o cuando los unos defienden al Islam que decae, contra la cristiana invasora, y los otros encomian el esplendor de la corte normanda y nos hacen ver la condición singular de una civilización medio musulmana, medio cristiana. Nosotros debemos fijar nuestra atención en estas composiciones que no nacieron del prurito de imitar, sino que fueron inspiradas por la realidad circunstante o brotaron de un impulso interior y propio. Sólo por ellas puede ser juzgada y estimada la poesía de los árabes sicilianos. Si algún rasgo característico la distingue principalmente, es una cierta blancura voluptuosa, una inclinación a los deleites del momento, un medio de la hermosa naturaleza, rasgo por el cual, a pesar de todas las diferencias de razas y de épocas, se diría que se asemejan y reconocen los compatriotas de Teócrito. Al leer estos versos arábigos se recuerdan a veces las descripciones del antiguo bucólico, cuando los pastores, bajo la copa sombría de un pino, competían cantando, mientras que las tostadas cigarras no cesaban en su música estridente, y el viento, impregnado del perfume de las silvestres flores, convidaba al sueño con sus tibios soplos. Pero, a par de estos dulces olores, debemos respirar también el aroma narcótico y embriagador del Oriente.

Como el poeta árabe más ilustre que ha producido Sicilia, puede contarse Ibn Handis, que nació en Siracusa, el año 1056. Su juventud fue muy borrascosa, y más que a las ciencias, consagrada a los combates, pasiones y deportes. En una qasida describe una orgía a que asistió en un convento de monjas. Dice que, en compañía de alegres compañeros, penetró en el convento de noche, y que, en un recinto brillantemente iluminado había bebido excelente vino, mientras que cantadoras, bailarinas y flautistas hermozeaban la fiesta. La qasida, interesante por más de un concepto, es como sigue:

Mi alma en los deleites se perdía,
allá en la juventud;
hoy la cana vejez al alma mía
exhorta a la virtud.
Cual planta en suelo estéril arraigada
la virtud era en mí;
fue en balde por el cielo cultivada;
ningún fruto le di.
Del alma mis pasiones se lanzaron
como pompa ligera,
y en átomos su ser desmenuzaron,
volando por do quiera.
Y hubo borrasca, confusión, combate,

do perdí los estribos:
flacos mis pensamientos al embate,
quedáronse cautivos.
El vino, el claro vino do bullía
en blanca espuma el oro,
fue mi mayor encanto, de la orgía
en el alegre coro.
Nunca la escanciadora allí faltaba,
bella, rica de amor,
que la fuerza del vino mitigaba,
refrescando su ardor.
De cuero de gacelas marroquies,
con odre de agua henchido,
perlas iba vertiendo en los rubies
del líquido encendido.
Ni faltaban allí nobles coperos,
cuya beldad fulgura
más que la luz de nítidos luceros
en la celeste altura.
Los vasos, como en circo los corceles,
corrían en redondo;
y vino derramaban los donceles
del cántaro más hondo.
En resplandor bañado matutino
por la noche el ambiente,
con sus rizos de espuma teje el vino
una red transparente.
Extendida en el haz, como las aves,
porque colar no puedan,
del vino los espíritus suaves
en ella presos quedan.
Al tramontar de sol, todo sediento,
yo hacia el vino volaba:
una monja la puerta del convento,
rico en vino, guardaba.
Movíame la llena candiota,
el olor del tonel,
el aroma purísimo que brota
del zumo moscatel;
aroma que se extiende y se derrama
del claustro hasta el confín,
como el preciado almizcle que embalsama
el puerto de Darín.
del dinero al oír, hecho ya el trato,
el sonar argentino
de la balanza en el bruñido plato,
daba la monja vino.

No olvidaré que varios compañeros
cierta noche tomamos
cuatro toneles vírgenes, enteros,
que desflorar pensamos.
Desde el punto en que el mosto efervescente
hinchó su cavidad,
diez mil giros la esfera reluciente
hizo en la inmensidad.
Parecían los aros, que sujetan
las duelas encorvadas,
brazos que el talle con amor aprietan
de mujeres amadas.
Un infalible catador, experto
paladar y nariz,
eligió los toneles con acierto,
con discreción feliz.
Pronto en cada tonel reconocía,
sólo por el olor,
la calidad y el rancio que tenía
el dorado licor.
Pero ¿qué mucho? si fijaba luego,
¡tal su pericia era!
Con fecha exacta, cuando fue el trasiego
del mosto a la madera.
Después a un patio de naranjos fuimos,
con mirtos y rosales,
donde, cual astros refulgentes, vimos
muchachas ideales.
Escogimos un rey para la fiesta,
que desterró el pesar,
y en dulces tonos acordada orquesta
empezó a resonar.
Con el plectro la cítara hábilmente
linda joven hería;
otra la flauta, como en beso ardiente,
con el labio oprimía;
y otra a compás, batiendo con el dedo
el adufe sonoro,
marcaba la medida al paso ledo
de la danza y el coro.
Como columnas en extensa hilera
brillaban teas mil;
de rojas flores ondulantes era
un hadado pensil.
De la noche rasgaba con su lumbre
el fuerte oscuro velo,
y en ráfagas de luz hasta la cumbre

alzábase del cielo.
Cuando Sicilia llena mi memoria,
¡ah qué dolor el mío,
al recordar la juventud, mi gloria,
mi amante desvarío!
Allí de las huríes la belleza,
del Edén los placeres,
rebozando el ingenio y la agudeza
en hombres y mujeres.
Desde que de tu seno desterrado
me vi, patria querida,
tu gracia y tu beldad he celebrado;
nunca el alma te olvida.
Aunque amarga, no menos abundante
de mi llanto es la vena,
que las que dan su riego fecundante
a tu campiña amena,
allí mozo reí, con veinte años
y mejillas rosadas:
hoy, viejo de sesenta, desengaños
lloro y culpas pasadas.
Más no me tengan ya por tan perdido
los adustos censores:
grande es Alá; Alá siempre ha querido
perdonar pecadores.

Los siguientes versos parecen ser de aquellos serenos años juveniles del poeta:

- I -

¡Sus! Que te traiga vino
la de cinto gentil moza garrida.
Ya el albor matutino
a la noche convida
a que de nuestro cielo se despida.
Acude a los placeres;
sigue del alegría la carrera,
si conseguirlos quieres;
con sandalia ligera
va buscando al deleite que te espera.
Apresúrate ahora;
pronto el licor de la ventura bebe,

antes que de la aurora
las lágrimas se lleve,
flores besando el sol cuando se eleve.

- II -

Como del amor ansío
siempre el mágico embeleso,
en cambio de un beso mío
anoche te pedí un beso.
Y al punto la sed ardiente
de mi corazón calmó
la más pura y limpia fuente
que para el amor nació.

- III -

El arroyo murmura,
aunque el aura le besa
y pule el haz de suerte
que el fondo transparenta.
Parece que suspira,
parece que se queja,
porque su inquieto seno
hieren agudas piedras.
Quizá infeliz amante
en él su forma trueca,
y va corriendo al lago
a sepultar su pena.

Circunstancias que no sabemos de cierto, impulsaron a Ibn Handis a salir de su patria. En 1078 pasó a la corte de al-Mutamid de Sevilla, centro de reunión de los más egregios poetas de Occidente. El rey, al principio, no fijó en él la atención, y ya Ibn Handis, desesperado, se

preparaba a partir, cuando una noche llegó a su casa un siervo de al-Mutamid con una linterna y un caballo, pidiéndole que montase en él y le siguiese a palacio. El poeta obedeció aquella orden. Ya en palacio, el rey le mandó que se sentase, y le dijo: «Abre la ventana que está junto a ti». Abrió, y vio a lo lejos un horno de vidrio en el que se acababa de trabajar. En las oscuridad se veía fuego, reluciendo a través de sus dos puertas, que ya se cerraban, ya se abrían. Una puerta del horno de vidrio estuvo largo tiempo cerrada, y abierta la otra. Mientras que Ibn Handis miraba estas cosas, el rey le dijo: «Responde a estos versos:

¿Qué brilla ardiendo entre la sombra espesa?»

El poeta respondió:

Un hambriento león que busca presa.

Al-Mutamid:

Abre los ojos y los cierra luego.

El poeta:

Como quien por dolor no halla sosiego.

Al-Mutamid:

La luz de un ojo le robó la suerte.

El poeta:

Al destino no escapa ni el más fuerte.

Al-Mutamid quedó tan satisfecho de estas respuestas improvisadas, que hizo dar al poeta un magnífico presente y le tomó a su servicio.

Ibn Handis fue desde entonces uno de los más brillantes ornatos del círculo literario que en torno suyo había reunido aquel ingenioso príncipe. Avezado desde muy mozo en el ejercicio de las armas, Ibn Handis acompañó también a su amo a la guerra. En la batalla de Talavera, en el primer choque con los cristianos fue derribado de su corcel, pero pronto pudo recobrarle, lanzándose valerosamente por medio de los enemigos y cuidando, más que de sí mismo, de su hijo, que, si bien era muy muchacho aún, peleaba a su lado con bizarría. Cuando cayó la dinastía de los Abbadidas y el desventurado al-Mutamid fue conducido a Agmat y encerrado en un calabozo, Ibn Handis le siguió a África, donde dirigió al prisionero muchos versos elegíacos o consolatorios.

En medio de los variados sucesos de su existencia, jamás se olvidó el poeta de su amada Sicilia:

Vivo recuerdo constante
guardo de la hermosa isla,
que en mis venas ha infundido
el espíritu de vida.
Como los lobos rabiosos
en las florestas sombrías,
los infortunios destruyen
los vergeles de Sicilia.
Era un Edén, que las ondas
enamoradas ceñían.
Do todos eran deleites,
do no me hirió la desdicha.
Allí sin recelo vino
a mí la gacela tímida;
compañero de mis juegos
fue el león en su guarida.

Allí el sol de la mañana
sobre mi frente lucía:
y hoy pienso verle tan sólo
cuando al ocaso declina.
Si, navegando, a tus costas
pudiera volver un día,
cumplido viera mi anhelo,
la suerte hallara propicia.
Así la creciente luna
en su ligera barquilla,
tierra del sol, me llevase
a tus praderas queridas.

En otro lugar habla Ibn Handis de la tierra «donde los rayos del sol animan con una fuerza amorosa las plantas que llenan los aires de aroma; donde se respira una felicidad de la que huyen los adustos cuidados; donde se siente una alegría que borra la huella de todos los pesares».

Aquellas campiñas fértiles
a menudo se presentan
ante mis ojos en sueño,
y osa mi espíritu verlas.
Con lágrimas pienso siempre
en aquella hermosa tierra,
do los huesos de mis padres
hallan descanso en la huesa.
Mi juventud, ya marchita,
tuvo allí su primavera;
siempre hablaré de mi patria,
recordándola con pena.

Mas, a pesar de sus saudades de la patria, nunca quiso nuestro poeta volver a ver Sicilia, porque había caído bajo el dominio extranjero de los normandos. Así elogiaba el valor de los sicilianos guerreros:

Tan grande horror se apodera
del que irritados les mira,

que más le asusta su ira
que las garras de una fiera.
En el combate tremendo
por la fe de sus mayores,
sus alfanjes cortadores
van como el rayo luciendo.
como a la zorra con fuerte
garra destroza el león,
sus lanzas llevan la muerte
y esparcen la destrucción.
Sus huestes a la victoria
van en pujantes navíos,
combatiendo por la gloria
y venciendo sus desvíos,
siempre salvarse desean
los cobardes con huir;
mas ellos, cuando pelean,
prontos están a morir;
porque sólo la bravura
de sus nobles adalides
halla honrosa sepultura
en el polvo de las lides.

Pero el poeta lamenta así las discordias civiles que impidieron a los musulmanes de Sicilia oponerse juntos al enemigo:

¡Con pensamientos y obras,
aún a costa de mi vida,
oh cara y hermosa patria,
la libertad te daría!
Mas ¿cómo de los bandidos
librarte que te dominan?
¿Cómo sacudir el yugo
con que el infame te humilla,
si se agotaron tus bríos
en discordias fratricidas,
si devoraron las llamas
tus bosques y tus campiñas.
y si los hermanos mismos
bañaron, en lucha impía,
en sangre de los hermanos
las cimitarras y picas?

Ibn Handis, siempre suspirando así por la patria, pasó los últimos años de su vida en las cortes de los badisíes de Media y de los hamudíes de Bugía. Un palacio suntuoso, que el príncipe al-Mansur había edificado en esta última ciudad, fue ensalzado por nuestro poeta en la siguiente qasida, que llegó a ser muy famosa. Como se ve, en ella trata la poesía de competir con la arquitectura, produciendo con la riqueza de las imágenes una impresión semejante a la que debía producir el mismo palacio con sus arabescos, brillantes azulejos y prolijos alicatados y adornos de estuco.

EL PALACIO

¡Espléndido es tu palacio!
Ya basta para su gloria
que brille en él un reflejo
de tu majestad heroica.
Sólo con herir los ojos
su lumbre maravillosa,
por la virtud que derrama
vista los ciegos recobran.
Revivir hace a los muertos
su ambiente, con el aroma
de las fuentes de la vida
que en el Paraíso brotan.
Quien ve morada tan rica
de su beldad se enamora,
y amor y dichas pasadas
destierra de la memoria.
Más que Javarnac se eleva,
más que Sedir ilusiona,
y al Iwan de los Cosróes
eclipsa su regia pompa.
Jamás los antiguos persas,
que hicieron tan grandes obras,
en el arte se elevaron
aa altura tan prodigiosa.
Siglos pasaron y siglos,
pero nunca en Grecia toda
hubo alcázar más brillante,
ni vivienda más hermosa.
En sus fresquísimos patios,
en sus salas de alta bóveda,
del Edén las alegrías

cumplidamente se gozan.
Trasunto exacto de aquéllos
que la virtud galardonan,
sus encantados jardines
al creyente corroboran;
y, al verlos, el pecador
el recto camino toma,
con penitencia impetrando
de Dios la misericordia.
La luz de los siete cielos
la noble vivienda dora,
que allí de al-Mansur
el astro Como por su oriente asoma.
Me parece, cuando miro
todo el primor que atesora,
que al paraíso los sueños
en sus alas me trasportan.
Cuando sus puertas se abren,
ledos los gonces entonan
saludo de bienvenida
al que allí penetrar logra;
y los leones, que muerden
de las puertas las argollas,
para bendecir a Alá
parece que abren la boca,
o que a saltar se preparan
y a dar una muerte pronta
a quien en aquel recinto
entrar sin licencia osa.
La hermosura del palacio
a las almas aprisiona;
por él vagan, y al fin caen,
embelesadas y absortas.
Brilla en sus patios el mármol
cual bien labradas alfombras,
donde en polvo han esparcido
alcanfor y otros aromas.
Perlas difunde el rocío,
la fuente menudo aljófara,
y la tierra olor de almizcle,
que en el aire se remonta.
Al sol que se hunde en ocaso
y deja reinar las sombras,
este palacio reemplaza,
luciendo como la aurora.

LOS SURTIDORES

Nunca leones tuvieron
tan esplendente guarida:
cual si rugiesen, murmuran
con el agua cristalina.
Sus cuerpos parecen oro,
que en lo interior se liquida,
y en raudales transparentes
por las bocas se deriva.
Dijeras que los leones,
mal refrenando la ira,
aunque ningún temerario
los ofende o los irrita,
con anhelo de dar muerte,
la crespa melena erizan,
rugen, y ya se preparan
a echarse sobre la víctima.
Estos monstruos espantosos,
cuando el sol los ilumina,
son todos como de fuego,
tienen las lenguas flamígeras;
y cual espadas candentes,
que de la fragua retiras,
con el sol fulgura el agua
que por las fauces vomitan.
Sobre el estanque, en que cae,
el aura mansa suspira,
y como cota de malla
las fugaces ondas riza.
Un árbol luce con frutos
entre tantas maravillas,
medio metal, medio planta,
de una labor exquisita.
Un resplandor nunca visto
todos los ojos hechiza,
y en el ramaje flexible,
que blandamente se cimbra.
Colúmpianse varias aves
de forma y pluma distinta,
sin querer abandonar
el sitio donde se anidan.
A un surtidor de agua clara,

que como diamantes brilla
por el sol iluminado,
de cada pico salida.
Y aunque las aves son mudas,
dulces parece que trinan,
porque del agua el murmullo
forma grata melodía.
Están las ramas del árbol
cual de brocados vestidas;
líquidos rayos arrojan
con plateadas cintas,
y en la ancha taza de jaspe
al caer las gotas limpias,
son en el fondo de esmeraldas
topacios y perlas finas.
Como blancos dientes muestra
bella dama con su risa,
muestra la fuente alba espuma
que esmaltan fúlgidas chispas.

LAS PUERTAS Y LOS TECHOS

Bellos adornos las puertas
tienen y dibujos lindos;
en labores de ataujía
intrincado laberinto.
Los gruesos clavos redondos,
forjados con oro fino,
como los pechos resaltan
de huríes del Paraíso.
Todo lo envuelven los rayos
del sol en mágico nimbo,
y parece que en los techos
se miran, por raro hechizo,
junto a la esfera celeste
los verdes prados floridos.
Esmaltadas golondrinas
en ellos hacen el nido,
y allí también se contemplan,
con magistral artificio,
fieras que acosa en los bosques
el cazador atrevido.

La enramada y las figuras
vierten rutilante brillo,
como si en el sol mojará
sus pinceles quien las hizo.
Quien mira el jaspe y las piedras
de mil colores distintos,
piensa de los altos cielos
mirar los jardines mismos.
Hay también un cortinaje
pintado, mas descorrido
de manera, que la vista
goza de aquellos prodigios.
Rey del mundo poderoso,
a quien concede propicio
de la guerra en el tumulto
victoria tanta el destino,
muchos Príncipes tuvieron
palacios, en otros siglos,
mas el tuyo vence a todos
por más hermoso y más rico.
En él sobre el trono luces,
y a tus pies yacen rendidos,
y se arrastran en el polvo,
temblando, tus enemigos.

Por último, Ibn Handis se quedó ciego, y, doblegado bajo el peso de la vejez y de los infortunios, se parecía a un águila que ya no puede volar y buscar la comida de sus polluelos. Murió en el año de 1133, según unos en Mallorca, y en Bugía según otros.

A principios del siglo XI floreció Ibn Tubi, famoso por sus poesías amorosas, llenas de gracia y ternura. Damos como muestra las siguientes:

- I -

Mi vida acabe si nunca
más en mis brazos te estrecho;
en tu mirar y en tu rostro
el ser y la vida bebo.
Cuando en pura y limpia fuente
consigue beber sediento,
menos goza el peregrino
que yo si tu boca beso.

- II -

No crea más prodigios el encanto
que su beldad y gracia;
el sano aliento de su fresca boca
huele mejor que el ámbar,
aérea y misteriosa se desliza;
ignoro donde para;
mas un rastro de luz y de perfume
su camino señala.

- III -

Con sus grandes ojos negros
me trastornó la cabeza;
una sabia zurcidora
fue a declararle mis penas;
y, cual absorbe una lámpara
el jugo de adormideras,
¡oh dicha! me trajo al punto
a la hermosa de la diestra.

De Ibn Tazi, siciliano famoso por sus obras sobre gramática, por sus epístolas y poesías,
poseemos una colección de epigramas, entre los cuales se cuentan éstos:

- I -

No te enojés ni respondas
si es que te injurian los necios:
¿acaso a ladrar te pones
cuando te ladran los perros?

- II -

No me censure que huya
toda humana compañía;
con víboras y serpientes
no quiero pasar la vida.

- III -

A un hablador

Cien mil regalos te ofrece,
pero nunca te da nada;
no fía en su oferta el amigo,
ni en contrario en su amenaza.

- IV -

A un avaro

Entré en su casa tan sólo
para charlar un momento:
creyó que a pedir prestado
iba, y murióse de miedo.

- V -

A un músico

Cantando, las doce plagas
de Egipto me echas encima;
tocas el laúd, y anhelo
rompértelo en las costillas.

- VI -

A un valentón

Es el bien entre los hombres
fuente que pronto se agota;
y el mal, torrente exhausto
que por doquier se desborda.

De otro poeta de Sicilia es esta sentencia, llena de amargura:

Yo te sufría, esperando
que te amansasen los cielos:
te casaste, y tu bravura
ha crecido con los cuernos.

Otro siciliano, que tomó el nombre de Bellanubi, del lugar de su nacimiento, compuso a la muerte de su madre una elegía, de la que tomamos lo que sigue:

Tu pérdida a llorar, madre querida,
con el alma me entrego,
donde tu muerte me causó una herida,
que más arde que fuego.
Más distancia que a Oriente de Occidente

me separa de ti;
pero en mi corazón estás presente:
descansa en paz ahí.
Mi llanto y de los cielos el rocío
rieguen tu tumba al par,
para que en torno de su mármol frío
flores puedan brotar.

Abu-l-Arab alcanzó también gran fama de poeta. Cuando los normandos conquistaron a Sicilia, no quiso someterse al yugo extranjero, y emigró, diciendo que no era él quien abandonaba su patria, sino su patria quien le abandonaba:

¿Por qué, si me burla siempre,
he de seguir la esperanza?
Seguir el recto camino
baste que el honor señala.
Mis pensamientos vacilan;
yo no sé donde me vaya;
ya me inclino al Occidente,
y ya el Oriente me agrada.
Pero lo quiere el destino;
es mi inevitable marcha
más cruel que al dromedario
los arenales de África.
No cedas, corazón mío,
al gran dolor que te embarga;
de tu compañía huésped
tan enojoso separa.
Si cautivo de cristianos
hoy mi país se rebaja,
yo me subiré en los riscos
donde se anidan las águilas.
El ser me ha dado la tierra;
¿en qué región apartada
no será el hombre mi hermano,
no será el mundo mi patria?

Al-Mutamid, rey de Sevilla, ofreció en su corte un asilo a este poeta, le envió una buena suma de dinero para el viaje, y fue siempre en lo futuro su valedor generoso. En cierta ocasión hallábase el siciliano en la cámara del rey, cuando acababan de traer de la Zeca gran cantidad de monedas de oro recién acuñadas. Al-Mutamid regaló al poeta dos talegos de aquel oro; mas no contento Abu-l-Arab con el presente, puso los ojos en varias figuras de ámbar que allí había, y singularmente en una que estaba adornada con perlas y que representaba un camello. «Pero, señor, dijo por último, para llevar esta carga necesito un camello». El rey se sonrió y le regaló la figura de ámbar.

Ibn Katta fue autor de muchas obras históricas y sobre gramática, y entre ellas, de una Historia de Sicilia. Él fue también quien coleccionó la Antología ya mencionada, que contiene composiciones de ciento setenta poetas sicilianos. Asimismo abandonó la isla cuando la conquistaron los normandos. Como muestra de sus versos pueden servir los siguientes, de los cuales se infiere, como de otras producciones por el mismo estilo, que también en la verde Sicilia se conservó la costumbre de adornar las qasidas con imágenes de la vida del desierto, y de verter lágrimas sobre el campamento abandonado de los beduinos y sobre la mansión derruida de la mujer amada:

No pierdas en amoríos
los momentos de tu vida,
llorando el desdén de Noma
o llamando a Zaida impía.
No del campamento llores
la soledad y ruina.
Ni por la mansión de Maya
abandonada te aflijas.
Un fin busca únicamente,
sólo a un propósito aspira,
ve que sólo sobrevive
del pecado la ignominia.

No todos los poetas sicilianos siguieron a los nombrados ya en su emigración voluntaria. Aún floreció la poesía arábica en la corte de Roger y de sus sucesores. Muchas pruebas de esto se han conservado, principalmente poesías en las cuales se celebran los palacios de los reyes normandos. De una qasida, que Ibn Omar de Butera compuso en elogio de Roger, son estos versos:

Con los líquidos rubíes
haz que circulen los vasos,
y bebe mañana y tarde
del licor ardiente y claro.

Goza el deleite del vino,
y resuenen entre tanto
los cantares y el laúd
magistralmente pulsado.
Venzan a Mabid tus músicos,
como el vino siciliano
vence en dulzura a los otros
y en preservar de cuidados.

En esta misma poesía eran más adelante celebrados los hermosos edificios de Palermo;
pero sólo se conserva aún el elogio del palacio de la Mansuriya o la Victoriosa:

De la Victoria el palacio
reluce con sus almenas;
en él encontró el deleite
su venturosa vivienda.
Míranle todos los ojos
con agradable sorpresa;
no hay un primor ni un encanto
que Dios no le concediera.
No hay quinta más deliciosa
sobre la faz de la tierra,
con sus balsámicas plantas
y con su verde floresta.
No son más puras y limpias
las aguas que el Edén riegan
que las que aquí por las fauces
vierten leones de piedra.
Estos patios y estas salas
adorna la primavera
con vestidura tejida
de luz, de flores y perlas.
Cuando el sol al mar descende,
y cuando del mar se eleva,
difunde olor y frescura
la brisa y el huerto orea.

Por su gracia se distingue una composición poética, en la cual Abd al-Rahmán de Trápani celebra la villa Favara, cerca de Palermo, hoy Mare dolce:

¡Palacio de los palacios,
cuál resplandeces, Favara,
mansión de deleites llena,
a orilla de entrambas aguas!
Nueve arroyos, que relucen
en tus prados de esmeralda,
riegan los bellos jardines
con onda fecunda y clara.
Dos surtidores se empinan
y en curva buscan la taza,
desmenuzándose en perlas
que el iris fúlgido esmalta.
En tus lagos amor bebe
elixir de bienandanza;
junto a tu raudal su tienda
tiene el placer desplegada;
quinta mejor que tu quinta
en el mundo no se halla;
nada más lindo que el lago
do se miran las dos palmas.
Sobre él los árboles doblan
las verdes y airosas ramas,
como para ver los peces
que por sus cristales nadan,
y que de carmín y oro
el líquido seno cuajan.
Mientras que encima las aves
gorjean en la enramada.
¡Oh cuán hermosa es la isla,
donde brillan las naranjas,
entre el verdor de las hojas,
como relucientes llamas,
y los pálidos limones
como en noche solitaria
un amador melancólico
que está lejos de su amada!
Las dos palmas que crecieron
sobre la misma muralla.
Allí parecen amantes
que temerosos se amparan,
o más bien, que con orgullo
su fina pasión proclaman,
y los celos desafían,

y burlan las amenazas.
Nobles palmas de Palermo
que la lluvia en abundancia
os bañe; creced frondosas
mientras duerme la desgracia;
y que florezcan en tanto
árboles, yerbas y plantas,
tálamo dando mullido
al amor y sombra opaca.

Por último, Abu Daf compuso la elegía siguiente a la muerte de un hijo de Roger:

¿Cómo no liquida el llanto
las mejillas por do corre,
y los continuos gemidos
no parten los corazones?
Llena de dolor la luna
su luz en nubes esconde,
y cubren toda la tierra
las tinieblas de la noche.
Ruina las firmes columnas
amenazan y los postes,
porque se eclipsó su gloria
y su poder acabóse.
¡Ay de aquel que confianza
en la infiel fortuna pone!
Es cual la luna que brilla
o apaga sus resplandores.
Bello y espléndido, ha poco,
lucía el ilustre joven;
con él robó la fortuna
brilló a la patria y amores.
Que el llanto de las doncellas
por él las mejillas moje,
como perlas en corales,
como el rocío en las flores.
Grande es el dolor; no hay pecho
que inflamado no solloce;
y fuego y agua se mezclan,
pues no hay ojos que no lloren.
Sus armas y sus palacios
conmueve tan rudo golpe,

y parece que suspiran
al relinchar sus bridones.
Laméntanle las palomas,
y tal vez lágrimas broten
de las ramas, si su muerte
llegan a saber los bosques.
¡Cuánto luto! Nos castiga
el destino con su azote.
¿Do habrá consuelo o paciencia
que le mitigue o soporte?
Día de horror fue aquel día
en que el mancebo murióse;
cano de espanto se puso
el cabello de los hombres;
así, cuando acabe el tiempo
y un ángel la trompa toque,
y la tempestad destruya
la armonía de los orbes.
Estrecha vendrá la tierra
al gran tumulto de entonces;
hombres, niños y mujeres
darán lamentos y voces.
Hoy, no sólo los vestidos,
sino los pechos se rompen;
se desolaron las almas,
gimieron los ruiseñores.
Del blanco traje de fiesta
la multitud desnudóse;
solamente negro luto
ora conviene que adopte.

- XIII -

Poesía popular y poesía narrativa

Al lado de la poesía erudita tuvieron los españoles mahometanos, sin que en ello quepa la menor duda, una poesía popular. Aunque de ella no quedase resto alguno, su existencia estaría confirmada por el acorde testimonio de los escritores cristianos y musulmanes. Al-Qazwini cuenta que en los alrededores de la ciudad de Silves no había nadie que no compusiese versos, y que, si se pedía al gañán que iba detrás del arado que los recitase, al punto los improvisaba sobre cualquier tema que se le diera. Populares, como éstos, debieron ser asimismo los versos a que se refiere el Arcipreste de Hita cuando habla de los cantares de danza que él mismo compuso para cantadoras judías y moriscas, y de los instrumentos que no convienen a los cantares de arábigo. Aún mucho más tarde, cuando la lengua escrita de los árabes hacía tiempo que había caído en desuso entre los infelices moriscos, les prohibió la inquisición cantar versos arábigos, los cuales estaban, sin duda, en el dialecto del pueblo.

Se ha de considerar además que de las innumerables obras escritas de los árabes de España, sólo una mínima parte ha llegado hasta nuestros días. Primero en las devastadoras invasiones de los almorávides y almohades, y después en las de los cristianos, fueron destruidas las bibliotecas, Y por último, los libros mahometanos que en la Península quedaban fueron entregados a las llamas por el fanático furor de los vencedores. Sólo se salvaron de la gran destrucción algunos pocos, que por una feliz casualidad pudieron ocultarse, y los que de antemano habían sido enviados a África o a Oriente. Más cruel aún que con los documentos escritos de la literatura, debió de ser el destino, que lanzaba de su antigua mansión a aquel pueblo, y que le destruía como nación, con los cantos populares, los cuales, de acuerdo con su naturaleza, pasaban de boca en boca, y rarísima vez eran conservados por escrito. No debiera, pues, parecernos extraño si totalmente hubiesen desaparecido, sin dejar vestigio alguno. Con todo, no ha sido así, por dicha, porque muchos de ellos se conservan. Por ejemplo, la siguiente poesía, que trae Maqqari, tiene un carácter enteramente popular. Para su mejor inteligencia importa saber que se compuso en los últimos tiempos del reino de Granada, cuando la ciudad y el campo padecían mucho a causa de la guerra:

Con sus rayos el amor
aún inflama nuestros pechos;
mas ¿dónde están las amigas
y los dulces compañeros?
¿Cómo pasaron las fiestas
alegres en otro tiempo?
Los convites y manjares
¿Cómo se desvanecieron?
¿Dónde están los ricos guisos,
condimentados con queso,
que el corazón nos robaban
en la mesa apareciendo?
¿Dónde los tarros, de leche
deliciosísima llenos,
preparada con almíbar

y arroz esponjoso y tierno?
¿Do la carne que, pendiente
del hogar en un caldero,
en las brasas se cocía
con moscatel del añejo?
¿Do del añafil alegre
los melodiosos acentos,
que competían acordes
con el laúd y el pandero?
Allí cantábanse en coro
tales tonadas y versos,
que a Mabid y que a Zirjab
envidia dieran y celos.
La rienda allí se soltaba
a las burlas y a los juegos;
y rompía los cerrojos
de toda puerta el deseo.
Idos, allí se decía
a los censores severos,
si no queréis que a jirones
el vestido os arranquemos.
Sin escándalos rompía
allí cada cual el freno;
nadie censurarle osaba,
nadie vigilar sus hechos.
Exprimido de las uvas
el deleite andaba suelto,
entre la verde enramada
y entre las flores del huerto.
Alzaban allí las copas
los árboles hasta el cielo,
cual grupo de amigos fieles
y camaradas discretos.
Cuando en sus tallos lozanos
las flores se iban abriendo,
de su beldad y su gracia
se maravillaban ellos.
Eran esposas las flores,
que en aquel hermoso tiempo
de primavera venían
a celebrar su himeneo.
Y cuando la nueva fruta
los árboles daban luego,
miel el paladar gustaba,
rubíes los ojos viendo.
¡Ay! todas estas delicias
como relámpago huyeron.

Ya no las gozan los grandes;
¿qué han de esperar los pequeños?
¿Cómo vencer el destino
y derogar sus decretos?
En balde el bien que nos roba
que nos devuelva queremos.

También debe contarse entre la poesía popular la siguiente lamentación del tiempo en que Granada estaba sitiada por los cristianos:

El clangor de los clarines
y el son de los atabales,
turbando nuestro reposo,
asustan a cada instante.
Horror de guerra denuncian,
llamando a duros combates,
¡Señor, mis brazos se rinden;
esfuerzo y brío prestadles!
¡En tal angustia, a mi alma
dad sufrimiento bastante,
para que de él se revista
cual arnés impenetrable.

Pertenecen además al género popular dos especies de cantares, que en España estuvieron muy en moda y que fueron cultivados con extraordinario afán: el zéjel o himno sonoro, y la muwaššaha o cantar del cinturón. El signo característico que los distingue está en la forma. Consiste ésta en que la rima, o combinación de rimas, de la primera estrofa, es interrumpida por otras rimas; pero vuelve al fin de cada estrofa, haciendo así la terminación del todo. Se dan también ejemplos en que falta la estrofa de introducción, mientras que la composición conserva en lo restante la misma estructura, y todas las estrofas están ligadas entre sí por las mismas rimas finales. El orden y enlace de los pensamientos y la elección del metro quedan a gusto del poeta. Que el zéjel pertenece a la poesía del pueblo es cosa segura, porque los cantos de esta clase que se han conservado están escritos en dialecto vulgar, y por lo común no guardan en la metrificación las leyes de la cantidad, tan severamente observadas en la poesía culta o erudita, antes bien se guían por el acento. De la muwaššaha se puede afirmar lo mismo, en vista de lo que dice un escritor arábigo, de que parta semejantes poesías no hay lugar en los libros de un mérito duradero. Se deduce también de esta sentencia que los escritores que juzgaron dignos algunos de estos cantos populares de que ellos los

transcribiesen y conservasen en sus obras, escogieron precisamente aquéllos que más se aproximan al carácter de la poesía erudita. Hacer una distinción entre estos dos géneros de composiciones es harto difícil, pues ambos tienen en toda su estructura gran semejanza entre sí.

La imitación de la forma de estas composiciones poéticas, sólo es posible traduciendo muy libremente el texto. Con esta condición, presento aquí los primeros ejemplos de un zéjel y de una muwaššaha en nuestra lengua.

ZÉJEL

Cercada de guardadores
y tímida y zahareña,
¿do hallarla, si me desdeña,
huyendo de mis amores?

¿Acaso nunca entraré
donde reposa mi amiga?
¿Cuándo será que consiga
que una respuesta me dé?
En el corazón guardé
el amor que me maltrata;
mas extraño que la ingrata,
sin piedad de mis dolores,
en lid traidora me mata,
huyendo de mis amores.

Deja mi bien, el huir,
y ven do amor te convida;
ven a la margen florida
del claro Guadalquivir;
ven conmigo a compartir
de amor el fruto y las flores,
do en átomos voladores
esparce el agua el molino;
allí beberemos vino,
allí aprenderás amores.

Y si otro sitio te agrada,
ven donde gira la noria,
donde Ruzafa su gloria
despliega en regia morada,
do no vienes, prenda amada,

me quema el vino y hastío,
esquivo la compañía
de los amigos mejores,
y juzgo noche sombría
del alba los resplandores.

Ten confianza en el cielo,
valor y desenvoltura,
y no te inspiren recelo
mis caricias y ternura.
Di, ¿por qué inclinas al suelo,
toda confusa, los ojos?
Sé propicia a mis amores,
y con místicos fervores
burla sospechas y enojos
de tus necios guardadores.

¿Llegó el alma a delirar
con ensueños de esperanza?
¿El bien que anhela y no alcanza,
al cabo podrá lograr?
No sé; mas siento un pesar
enorme en el alma mía,
que sólo vencer ansía
tu desdén y tus rigores,
y que un imperio daría
por conseguir tus amores.

MUWAŠŠAHA

Los vasos circulan, la fiesta ha empezado;
no dejéis de darme del licor dorado.

Gocemos del claro vino
en el ameno banquete;
chispeante y espumoso
en el hondo vaso hierve,
y una tempestad de perlas

y de topacios parece;
como si en el seno del vino agitado
las pléyades mismas se hubiesen prensado.

Mil dulcísimos cantares
hacen más vivo el deleite,
y el ser la fiesta entre flores
bajo la enramada verde,
do las gotas de rocío
entre las ramas se mece.
Frescura el rocío difunde en el prado
y exhalan las flores olor delicado.

Recorriendo los jardines
linda moza se divierte;
sobre su fresca mejilla
posé mis labios ardientes,
y dije: ¡Bendito sea
el punto en que logro verte!
Antes que la vida nos haya dejado,
del goce apuremos el vaso encantado.

De otros ejemplos de esta clase hablaremos más tarde, cuando examinemos la poesía de los árabes en relación con la poesía de los pueblos cristianos de Europa.

La muwaššaha fue inventada, en el siglo IX de nuestra era, por un poeta de la corte del emir Abd Allah. De él la tomó Ibn Abd Rabbih, el contemporáneo de Abd al-Rahmán III. Posteriormente, en la primera mitad del siglo XII, se distinguieron en este género Ibn Zuhri e Ibn Baqi, muerto en 1145. El zéjel empezó a usarse en tiempo de los almorávides. Con esto queda rebatida la opinión de que los árabes no hubiesen usado esta forma antes de conocer los cantares españoles, y hasta de que no hubiesen poetizado en el dialecto vulgar y por semejante estilo. Dicha opinión descansaba en la errónea creencia de que pudiese existir un pueblo sin una poesía popular, la cual se ha descubierto siempre, así entre las tribus más rudas como entre las naciones de la más refinada civilización. La diferencia ha consistido sólo en la mayor perfección y difusión de esta poesía. Por lo tocante a la de los árabes españoles, sólo podremos añadir a nuestras escasas noticias, citando varias composiciones del género del zéjel, porque si no se puede asegurar decididamente su procedencia española, todavía consienten que algo nos inclinemos en favor del país donde el género tuvo origen. La primera de estas composiciones, de la que daremos pocos versos como muestra, describe el día del juicio y sus horrores:

Al fin habrá de cumplirse
de Dios el alto mandato,
y se quedarán vacíos
las chozas y los palacios;
y será dada la orden
de exterminar lo creado,
y dominará la muerte
sobre ciudades y campos.
No habrá hombres ni habrá duendes,
morirán fieras y pájaros,
se oscurecerá la luna,
y el sol perderá sus rayos.

Otras dos poesías hemos de citar, que nos parecen más importantes; pues demuestran que había cantores o declamadores, semejantes a los juglares de la edad media, los cuales recitaban versos por el estilo del zéjel, en un corro de gente del pueblo que en torno suyo reunían. Algunas de estas composiciones no eran meramente líricas. En una de ellas suplica el cantor a su noble y benévolo auditorio que le preste atento oído, pues va a referir una aventura amorosa. Luego prosigue:

Una hermosa y noble dama,
que solazándose iba,
hallé un viernes, en la calle,
de cuatro esclavas seguida.
Miróme, y quedó en sus ojos
de amor el alma cautiva.
A una esclava me dirijo;
la esclava dice con risa:
la Princesa, mi señora,
del emir Yaban es hija.
Yo replico que el emir
cuanto tiene me debía.
Luego hablé de mis tesoros
y riquezas infinitas,
de mis siervos y corceles,
de mis palacios y quintas.
La Princesa me escuchaba
y de este modo decía:
sujeto de tan buen talle
no puede decir mentira.

Alentado, le propuse
ir a hacerle una visita;
entre amorosa y turbada
ella al fin lo concedía.
Muy pronto un alma y un cuerpo
fuimos, y una sola vida;
los besos que yo le daba
con usura me volvía.
No bien cumplí mi deseo,
y logré toda mi dicha.
Ver mis inmensos tesoros
la Princesa pretendía.
Yo respondí: Soy poeta,
y tengo un alma tan rica,
que al oro, de que carezco,
aventaja mi poesía.
Aunque mis joyas y mis chales
ni te adornen ni te vistan,
mis versos harán famosa
tu hermosura peregrina.

Terminada esta narración, el poeta hace el elogio de Mahoma, declara su nombre y su patria, se jacta de haber compuesto muchas qasidas y muchos zéjeles, y concluye con estas palabras: «¡Oh pueblo de Zifta! cuando yo esté en el sepulcro, pide a Dios, siempre que te acuerdes de mí, que me perdone mis pecados».

La otra poesía, como ya lo indica su título, es también una narración, y trata igualmente de una visita nocturna a una hermosa. De un pasaje de esta composición se puede inferir que el que la recitaba pedía dinero a sus oyentes.

En las poesías mencionadas, no sólo tenemos interesantes pruebas de que existía la poesía popular entre los árabes, sino también de que se equivocaba la opinión de que entre los árabes no hubo más forma de poetizar que la lírica. Lo único, por consiguiente, que nos queda por dilucidar es hasta qué punto la poesía arábigo, singularmente la arábigo-hispana, contuvo en sí el elemento narrativo.

Como, según Tácito, los cantos de los antiguos germanos eran sus únicos documentos de los casos pasados, así, según Suyuti, los árabes anteriores al Islam no tenían más historia que sus breves poesías. «Cuando un beduino, dice, refería un suceso histórico a personas para quienes era nuevo, había regularmente la exigencia de que recitase algunos versos que viniesen en apoyo del caso narrado». La narración en prosa, con poesías interpoladas, que daban autoridad y crédito a la narración, mientras que la narración misma era como comentario y aclaración de ellas, fue la más antigua forma de la tradición, y aun la única,

mientras no vino la escritura a servir de medio para conservar la memoria de los sucesos. Hasta después de haberse extendido el uso de la escritura duró este modo de tradición oral. Versos de carácter lírico, improvisados en un instante dado, y explicando una determinada situación, corrían de boca en boca, con una aclaración en prosa sobre las circunstancias en que se compusieron, y una clase de hombres, que ya dijimos en otra parte que se llamaban ruwah, en singular rawi, esto es, narradores o recitadores, se encargaban de difundir entre el pueblo, en esta mezcla de prosa y de poesía, los acontecimientos dignos de conmemoración. Estos narradores eran famosos por su prodigiosa memoria y afirmaban que no sólo recitaban fielmente los versos, sino también la narración prosaica, que repetían palabra por palabra, conformen la habían aprendido de ancianos jeques, y éstos de otros más ancianos. Una gran cantidad de tales tradiciones sobre las batallas y aventuras de los árabes del desierto, fue reunida por un contemporáneo de Harun al-Rašid, y nos ha sido conservada por el andaluz Ibn Abd Rabbih, poeta de la corte de Abd al-Rahmán III.

Pero, si puede creerse que este o aquel rawi fue bastante escrupuloso de conciencia para repetir los hechos sin la menor adición y con las mismas palabras que sus antecesores, también es imposible pensar que sean constantes tales escrúpulos en todos ellos y a través de tantas generaciones. No cabe duda en que muchos rawíes han de haber intentado referir los acontecimientos, no como realmente sucedieron, sino como debieron suceder, excitando así con más viveza el interés del auditorio. Semejante procedimiento ha ido creando por todas partes la epopeya, propiamente dicha, y es menos de creer que faltase en el caso de que hablamos. En otros casos, la actividad del rapsoda sólo podía emplearse sobre un contenido, firmemente encerrado ya en el metro, el cual ayudaba también a la memoria, y sin embargo, esta actividad, cambiando la forma y la estructura, ponía mano en la poesía. Entre los árabes, por el contrario, siendo difícilísimo conservar la prosa en la memoria, era no sólo más fácil, sino también más ventajoso para el narrador el enriquecer y adornar los hechos tradicionales con la propia fantasía, en vez de atenerse a recitar meramente lo aprendido. De esta suerte no podía dejar de ocurrir la transformación de la historia en la leyenda, y de que en efecto la hubo es claro testimonio y ejemplo, en la historia literaria de los árabes, el libro de los hechos de Antara. La gran colección de leyendas sobre dicho héroe y poeta tiene por esencial fundamento hechos históricos, conocidos y conservados en el libro de los cantares y en el comentario de las mu'allaqat. El modo de narrar es el ya descrito: una noticia sobre las hazañas del héroe, con versos interpolados, que él pronunció en esta o en esta otra circunstancia. Es de presumir que, en un principio, se conservaron fielmente las palabras del primer narrador; pero, mientras que los versos, que se guardaban con facilidad en la memoria y que a causa de su forma artística no se podían cambiar sin trabajo, permanecieron en gran parte los mismos, la parte prosaica de la narración hubo de sufrir notables mudanzas al ir pasando de boca en boca. No sólo tomó en muchos pasajes cierta estructura rítmica y se adornó con rimas, sino que recibió en su contenido multitud de adiciones y cambios. Los narradores procuraron prestar un nuevo encanto a lo ya conocido, y hacer más interesante el asunto, añadiendo con la propia inventiva aventuras por el orden de las primeras. Por último, aquel de quien este conjunto de tradiciones recibió la forma que tiene hoy, aquel que pasa comúnmente por el autor de la obra, sólo puede colocarse al final de una serie de antecesores, cuyo trabajo, que había durado siglos, él terminó y perfeccionó, reuniendo y ordenando con diestra mano los trozos esparcidos. Así, en la narración de las hazañas de Antara, la historia, pasando de generación en generación, ha venido a convertirse en poesía, y la misma manera de nacer han tenido otros monumentos

importantes de la poesía épica, aun cuando les haya faltado, para ser una epopeya en todo el sentido de la palabra, la unidad y el conjunto armonioso.

También en España, durante los primeros siglos de la dominación arábiga, apenas si la noticia de los sucesos se transmitía de otro modo que por los labios y los oídos del pueblo. La necesidad de escribir la historia casi no se hacía sentir cuando diariamente se contaba en los campamentos, en los palacios y en las plazas de las ciudades. Así es que más tarde apelaban los historiadores al testimonio de los narradores o rawíes, al referir los sucesos de los primeros siglos después de la conquista. Los guerreros sabían recitar versos y aventuras de los antiguos tiempos, y hasta los reyes eran encomiados porque guardaban en la memoria los versos y las hazañas de los árabes, así como los anales de los califas, y porque eran buenos recitadores de versos. El visir Muza, principal miembro de la sociedad que el emir Abd Allah solía reunir en torno suyo para conversar discretamente, no sólo era famoso como improvisador y como poeta, sino también como buen narrador y muy versado en la historia de los Banu omeyas. En el palacio, en aquella especie de tertulias literarias, se recitaban poesías que narraban los combates de los antiguos árabes y otras historias guerreras, y que ensalzaban las gloriosas hazañas. Esto recuerda un pasaje de Cicerón, idéntico casi, así en el sentido como en las expresiones, en el que se dice que era costumbre entre los antiguos romanos cantar en los festines las alabanzas de los ilustres varones. Así como de estas palabras se ha venido a deducir la existencia de cantares narrativos entre los romanos, podemos también nosotros sacar la consecuencia de que entre los árabes españoles había tradiciones épicas. No se quebranta nunca la ley según la cual la historia, cuando pasa oralmente de individuo a individuo y de lugar a lugar, se convierte en poesía. Y no es objeción que el tiempo de que aquí se habla era ya demasiado histórico para que en él se llegase a crear una tradición épica. Aun durante las cruzadas, cuando en el ejército de los cruzados mismos había cronistas, han empezado a formarse semejantes tradiciones. Desde que se hizo el importante descubrimiento de que la historia de los primeros tiempos de Roma, escrita por Tito Livio, no sólo se funda en una poesía heroica ya perdida, sino de que además esta poesía ha entrado en parte en la historia mencionada, se ha observado tan a menudo el mismo fenómeno en tantas supuestas obras históricas de los más diversos pueblos, que un nuevo caso de lo mismo no debe ya maravillar a nadie. La primitiva Historia de Armenia, por Moisés de Chorene, está ya demostrado hasta la evidencia que se funda sobre antiguos cantares. Las sagas escandinavas, tomadas de los propios labios de los scaldas, constituyen la mayor parte del asunto que Saxo Grammatico ha tratado en prosa latina. De góticas poesías heroicas nace la obra de Jornandes, y longobárdicos cantares, aunque con diversas palabras, ha entretejido Paulo Diácono para formar la suya. Una multitud de romances, que desaparecieron ya, se han conservado, al menos en los contornos, en la Crónica general de D. Alfonso X. Nadie duda ya que Gonfried de Monmouth, en su Historia de los reyes bretones, ha intercalado cantares gaélicos del cielo épico del gran rey Arturo. Y no es maravilla que antiguos historiadores procediesen así; pero ¿hasta qué extremo llegaría esta transformación de la poesía en historia, cuando todavía historiadores de estos últimos siglos han seguido involuntariamente las huellas de Turpin, el cual compuso su historia de Carlos Magno y de Roldán con poesías románicas, traducidas en prosa latina? Esto ha sucedido, sin embargo: Mariana cuenta de buena fe una historia de las bodas de los Condes de Carrión con las hijas del Cid, que lleva tan claramente el sello de la poesía popular como cualquiera otra de la Crónica general. Mariana siguió en esto a un cronista; pero el cronista había, sin duda, tomado por garante a

un compositor de romances. Por último, Hume ha introducido en su Historia de Inglaterra dos narraciones sobre los amores de Edgardo, sacadas de Guillermo de Malmesbury, el cual, a su vez, las había compuesto siguiendo unas antiguas baladas.

Si abrimos ahora los libros arábigos que tratan la antigua historia de Andalucía, reconoceremos al punto que hay mucho de fabuloso y poético en las noticias allí contenidas. Sirva de ejemplo lo siguiente: Ibn al-Qutiyya, que casi exclusivamente ha bebido en la tradición oral, refiere como Musa, el conquistador de España volvió en triunfo a Siria. Iban en su séquito cuatrocientos hijos de príncipes godos, adornados con coronas y cinturones de oro. Cuando ya se acercaba a Damasco, supo que el califa al-Walid estaba enfermo de muerte, y recibió una embajada de Sulayman, el inmediato sucesor al trono, exigiéndole que dilatase su llegada, a fin de que el nuevo califa pudiese solemnizar el principio de su reinado con la entrada del conquistador de España. Musa, no obstante, contestó al mensajero: «Mi deber me ordena ir adelante sin detenerme. Si el destino llama a mi bienhechor a otra vida antes de mi llegada, suceda lo que está escrito». Musa, en efecto, prosiguió su viaje e hizo aún su entrada en Damasco antes de la muerte del anciano califa. El enojo de Sulayman le amenazó desde entonces. Apenas Sulayman subió al trono, cargó de cadenas a Musa, extendió su venganza sobre su hijo Abd al-Aziz, y envió mensajeros a Andalucía para que le trajesen su cabeza. Abd al-Aziz, casado con la viuda del último rey godo, residía en Sevilla como gobernador, y recibió a los enviados sin el menor recelo. La mañana después de su llegada fue a hacer su oración a la mezquita, y estaba leyendo en el mihrab la sura de la apertura cuando los que le cercaban desnudaron de pronto los alfanjes y le cortaron la cabeza, la cual fue enviada a Damasco al califa. Éste tuvo la crueldad de hacer venir al padre del asesinado y de presentarle en un plato la cabeza de su hijo. Al verla prorrumpió el infeliz anciano en estas palabras: «Por Alá, tú le has asesinado mientras hacía su oración como un buen muslim; pero tú mismo, Sulayman, no tendrás otra suerte, durante tu reinado, que la que has hecho sufrir a Musa.

Otro ejemplo es éste: En Córdoba se había encendido una rebelión espantosa. Multitud de pueblo, ardiente en ira, recorría la ciudad, y se dirigía de todas partes contra el alcázar para entrar en él por asalto. El rey al-Hakan veía desde la azotea las turbas que se agitaban en siempre creciente número, y oía sus amenazas y feroces gritos, que se mezclaban con el resonar de las armas. Entonces llamó a su paje Jacinto y le mandó que le trajese un pomo de bálsamo. Jacinto creyó que había entendido mal la orden, y vacilaba antes de cumplirla. Al-Hakan exclamó impaciente: «Ve, hijo de un incircunciso, y tráeme pronto lo que deseo». El esclavo se dio prisa, y al volver con el pomo, el Rey se ungió con el bálsamo las barbas y el cabello. Maravillado el paje, se atrevió a preguntar: «Señor, ¿es éste tiempo a propósito para aromas? ¿No ves el peligro en que estamos?» «-Calla, miserable», replicó al-Hakan; «¿cómo podrán aquellos en cuyas manos caiga, distinguir de los demás la cabeza de al-Hakan, cuando la encuentren separada del tronco y no ungida?» Dicho esto, se vistió el arnés, repartió las armas entre los suyos y se lanzó en la pelea.

Es tan innegable el carácter poético-popular de estos fragmentos, que parecen romances desligados e interpolados en la prosa. Tampoco faltan prodigios. Cuando Tariq se dio a la vela, en la costa de África, para la conquista de España, vio en sueños al Profeta, rodeado de sus primeros prosélitos: todos llevaban espadas en las manos y arcos en la espalda, y Mahoma caminaba delante del bajel, hacia la orilla española, y decía a Tariq: «Ve a tu

destino». Después de sus conquistas en el norte de España, vio Musa un ídolo, en cuyo pecho estaban escritas estas palabras: «¡Oh hijos de Ismael! hasta aquí habéis llegado con buen éxito; pero, si queréis saber de la vuelta, os diré que habrá entre vosotros discordias y combates, y que los unos a los otros os cortaréis la cabeza».

Sobre las aventuras de Abd al-Rahman I, y sobre la fundación del imperio omiada en Córdoba, se conservan los restos de una grande epopeya tradicional, esparcidos en diversos historiadores. Citaremos lo más sustancial. En tiempo en que los abasidas ejercían una sangrienta persecución sobre la derribada dinastía y familia de los Banu omeyas, el joven Abd al-Rahmán estuvo a punto de asistir al traidor convite del gobernador de Damasco, donde le aguardaba el mismo fin que en él hallaron los otros omiadas. En el camino se encontró con un hombre que le debía muchos favores. Éste se llegó a él, dando muestras de la más viva emoción, y le dijo: «Atrás, atrás; huye hacia el Occidente, donde un reino te espera; todo esto es traición de Abd al-Abbas, que desea librarse de los omiadas con un solo golpe». Abd al-Rahman contestó: «¿Cómo puede ser eso, cuando el gobernador ha recibido orden de convidarnos, de restituírnos nuestros bienes, y aun de hacernos ricos presentes?». No te dejes alucinar por tales ofrecimientos, replicó el hombre; porque, créeme, los abasidas no se juzgarán nunca seguros en el poder mientras los omiadas tengan abiertos los ojos.- Si yo sigo tus consejos, preguntó Abd al-Rahman, ¿qué habrá de sucederme?». El de los avisos contestó: «Desnuda tus espadas y déjame ver tus hombros; porque si no me equivoco, tú eres el hombre a quien el destino promete el imperio de Andalucía». Abd al-Rahman desnudó sus hombros, y el hombre vio en uno de ellos el lunar negro que había visto mencionado en el libro de las profecías. Entonces repitió las palabras: «Atrás, atrás; huye hacia el Occidente»; y añadió: «Yo te acompañaré una parte del camino y te daré veinte mil dineros. No bien los recibas debes partir». Abd al-Rahman preguntó quien le daba aquella suma, y exclamó maravillado, cuando supo que su tío Maslama: «¡Por alá, hombre, tú dices la verdad! Ahora recuerdo que cuando yo era niño todavía, mi tío Maslama, en cuya casa me crié desde la muerte de mi padre, descubrió un día sobre mi hombro el lunar de que hablas, y al verle prorrumpió en llanto. Mi abuelo el califa Hisham, que estaba allí, preguntó a mi tío la causa de su repentina emoción, y Maslama dijo: «¡Oh príncipe de los creyentes! este niño huérfano ha de sobrevivir a la caída de nuestro imperio en Oriente y ha de ser rey en Occidente!» Mi abuelo preguntó de nuevo que cuál era el motivo del llanto en lo que acababa de decir, y mi tío replicó: «Yo no lloro por él; lo que me arranca lágrimas es la suerte de las mujeres y de los niños de la estirpe omiada, cuyos collares de plata y de oro han de convertirse en cadenas de hierro, y cuyos dulces aromas y olorosos ungüentos han de convertirse en hediondez y podredumbre. ¡Pero Dios está sobre todo! A la prosperidad y a la gloria siguen la decadencia y el infortunio».

En virtud de estos avisos, Abd al-Rahman se abstuvo de ir al convite. Pronto recibió la nueva del asesinato de los omiadas, del cual pocos de sus parientes lograron salvarse. Los esbirros de los abasidas le buscaron luego; hallaron a su hermano Yahya y le dieron muerte. Abd al-Rahman huyó con uno de sus más cercanos parientes, durante la oscuridad de la noche, hasta que llegó a una aldea, oculta entre árboles y cañaverales, a orillas del Éufrates. Allí esperó esconderse y aguardar una ocasión favorable para fugarse a África. Estando así escondido y descansando en un cuarto oscuro, porque estaba enfermo de los ojos, vio que su hijo Sulayman, que sólo contaba cuatro años y que estaba jugando a la puerta de la casa, entró de pronto en la habitación y se echó en sus brazos como si buscara asilo. Como el

príncipe no comprendía lo que aquello podría significar, rechazó al niño; pero éste se asió a él más fuertemente aún, y con gestos de violenta angustia empezó a lamentarse. Abd al-Rahman salió entonces de la estancia para averiguar la causa de aquel espanto, y vio los negros estandartes de los abasidas, que ondeaban al viento muy cerca ya de la aldea. Apresuradamente tomó consigo algún dinero y emprendió la fuga con su hermano menor, dejando a su hijo pequeño bajo la custodia de sus hermanas. A éstas y a su liberto Badr los informó del camino que emprendía, y les indicó un lugar donde volverían a encontrarse. Así pudo escapar de sus perseguidores, y vino a ocultarse de nuevo, con su hermano, a corta distancia de la aldea. La casa, no bien ellos la dejaron, fue circundada por una tropa de gente de a caballo y registrada escrupulosamente. Entre tanto llegó Badr donde estaban los fugitivos; pero mientras éstos enviaron al dicho Badr y a las otras personas de confianza a comprar caballos y otras cosas conducentes a continuar la fuga, un esclavo traidor descubrió a los enemigos el sitio en que se escondían. Otra vez oyeron a poco el estruendo de los jinetes que se aproximaban, y huyeron precipitadamente hacia el Éufrates. Antes de que los de a caballo llegasen a la orilla, la alcanzaron ellos y se echaron al agua para pasar el río a nado. Los perseguidores, habiendo tocado la orilla poco después, les gritaban: «Volved; no os haremos ningún daño». Abd al-Rahman no se fió de aquellas traidoras palabras y siguió nadando sin cesar. Cuando estuvo en medio del río, vio que su hermano, no tan buen nadador como él y desconfiando de sus fuerzas, retrocedía para volver a la orilla de que había partido. Abd al-Rahman procuró animarle para que siguiese, pero el temor de morir ahogado, y las mentidas promesas que le hacían los jinetes de que respetarían su vida, le decidieron a volver, falto de aliento. Abd al-Rahman le gritaba: «¡Adelante, hermano, a mí, a mí!»; pero en balde. Abd al-Rahman llegó solo a la opuesta margen del Éufrates. Uno de los de a caballo pareció inclinarse por breves instantes a lanzarse en el río y nadar detrás de él, pero sus camaradas le disuadieron, y cesó la persecución. Apenas Abd al-Rahman puso pie en tierra, buscó con los ojos a su hermano, y le vio con angustia entre las manos de los soldados, los cuales, sin tener compasión de aquel mancebo de trece años, que se les había entregado bajo la fe de su palabra, le degollaron, y partieron, llevando en triunfo su cabeza.

Después de este horrible momento, el príncipe continuó sin descanso su fuga, hasta que logró internarse y esconderse en un espeso bosque. Cuando se creyó más seguro de ulteriores persecuciones, salió del escondite y prosiguió su viaje hacia el Occidente.

Poco después aparece Abd al-Rahman en Palestina, donde vuelve a encontrar a su fiel Badr; más tarde le vemos buscar un asilo en África. Un judío, que había estado primero al servicio del tío de Abd al-Rahman, había profetizado al gobernador de aquella provincia que un quraysita de la familia de los Banu omeya, a quien era fácil reconocer por dos rizos en la frente, y que se llamaba Abd al-Rahman, había de apoderarse del imperio en Andalucía. Ocurrió que el gobernador vio por acaso al príncipe, y habiendo observado los dos rizos en su cabeza, dijo al judío: «Ése es aquel de quien me hablaste; mandaré que le maten». El judío respondió: «Si no es aquél, nada te importe; y si es aquél, no podrás matarle».

Abd al-Rahman prosiguió su fuga, y acordándose de la primera predicción, trató de ir hacia Andalucía. Errante de lugar en lugar, y de una tribu de beduinos en otra tribu, corrió mil

aventuras y se expuso a mil peligros entre los bárbaros habitantes del norte de África. Durante algún tiempo le tuvieron oculto los parientes de su madre. También un caudillo bereber le hospedó amistosamente en Maghila. Cierta día, hallándose en la tienda del mencionado caudillo, aparecieron los espías del gobernador, que le perseguía siempre, y registraron, buscándole, todos los rincones; pero la mujer del caudillo le escondió bajo sus ropas y así le salvó de sus perseguidores. Abd al-Rahman no olvidó en toda su vida aquel servicio; y cuando fue soberano de Andalucía, convidó al caudillo y a su mujer a que fuesen a Córdoba, los recibió entre las personas que le eran más familiares, y los colmó de honores y distinciones.

En España, destrozada por las guerras de los diferentes generales, siempre enemigos, se habían formado una parcialidad, que abrigaba la idea de que solo un jefe independiente de los califas orientales podía curar las heridas que los golpes de la guerra civil habían abierto en la ensangrentada patria. Cuando Abel al-Rahman oyó hablar de este partido, compuesto en gran parte de partidarios de los omiadas, se despertaron con brío sus antiguas esperanzas y planes, alimentados con predicciones; y su fiel Badr, comisionado por él, desembarcó en las playas andaluzas para preparar la realización de dichos planes. Los parciales de los Banu omeyas recibieron bien al embajador, y luego le enviaron de nuevo a África, en compañía de dos de los suyos, para que invitase al fugitivo a pasar a la península. Abd al-Rahman siguió la voz que le llamaba, atravesó el estrecho, pisó el suelo español, y pronto se vio rodeado de un numeroso ejército, que de día en día, conforme avanzaba en su marcha, se iba engrosando. En Archidona, el emir del distrito le condujo a la mezquita el día en que termina el ayuno, y no bien el imán subió al mimbar, le dijo de repente con voz sonora: «Anuncia la destitución de Yusuf, y di la oración en nombre de Abd al-Rahman, hijo de Muawiya, porque él es nuestro soberano y el hijo de nuestro soberano». Volviendo luego a la gente allí congregada, le preguntó su opinión, y en seguida le respondieron: «Nuestra opinión es la tuya «Poco tiempo después ya había Abd al-Rahman sujetado a su dominio todo el occidente de Andalucía, e hizo su entrada en Sevilla. Aún tenía en contra, como poderoso contrario, a Yusuf, el lugarteniente del califa, quien también pretendía para sí la independencia del poder supremo. Para combatirle, marchó Abd al-Rahman sobre Córdoba, y dio orden a sus soldados de prepararse para una marcha nocturna, a fin de hallarse delante de los muros de la ciudad al romper el alba. «Si dejamos, dijo, que nos siga a pie la infantería, no será posible que avance al mismo paso que nosotros. Tome, pues, cada jinete un peón a la grupa de su caballo». Y al punto, para dar ejemplo, llamó a un joven guerrero que por acaso se ofreció a su vista, y le preguntó su nombre. «Mi nombre, respondió, es Sabik, hijo de Malik, hijo de Yazid.- Bien está, replicó Abd al-Rahman, haciendo un juego de palabras con el significado de los nombres; Sabik, ponte al frente de mi ejército; Malik, guíale; Yazid, cumple nuestros deseos. Dame la mano y salta en las ancas de mi caballo». La descendencia de este mancebo conservó como recuerdo los nombres de Banu Sabik-r-Radif: esto es, hijo de Sabik, el que iba en la grupa.

El ejército marchó con gran prisa durante la noche, y se halló al amanecer a orillas del Guadalquivir, enfrente de Córdoba. Difícil era vadear el río, que entonces no tenía puente; pero un soldado se echó resueltamente al agua, y siguiendo su ejemplo, se aventuraron todos los demás; de suerte que en breves instantes había pasado a la otra orilla todo el ejército, caballeros y peones.

Un combate de pocas horas aniquiló el partido de Yusuf. Éste emprendió la fuga, y Abd al-Rahman entró como vencedor en Córdoba, donde en la solemne oración del viernes asistió a la mezquita, y prometió con juramento velar por el bien de sus súbditos.

Aún tuvo que luchar el joven príncipe omíada con otro peligroso competidor. El califa al-Mansur envió a al-Alá, empleado en la España occidental, un diploma dándole la lugartenencia de Andalucía, con la condición de que destruyese el poder del nuevo dominador. Al-Alá acudió al punto a las armas, y reunió un numeroso ejército bajo sus banderas. Abd al-Rahman salió contra él con un corto número de sus leales, y se fortificó en Carmona, bajo cuyos muros acampaba el enemigo. Dos meses había ya pasado Abd al-Rahman en aquel encierro, cuando el desorden que notó en el ejército contrario le animó a hacer una salida, a pesar de la enorme inferioridad de sus fuerzas. Hizo encender una hoguera en la puerta de Sevilla y ordenó a sus compañeros de armas que arrojasen en ella las vainas de sus alfanjes. Luego todos ellos, y Abd al-Rahman a la cabeza, salieron de la fortaleza con los alfanjes desnudos, y aunque sólo eran setecientos, pusieron en fuga a los sitiadores. La cabeza de al-Alá, a quien encontraron muerto sobre el campo de batalla, fue separada del tronco por mandato del vencedor, embalsamada con alcanfor, y colocada en la misma caja en que al-Alá había recibido el diploma de lugarteniente y el estandarte de los abasidas. Un piadoso habitante de Córdoba, que hizo la peregrinación a la Meca, recibió el encargo de llevar consigo la caja, a fin de que fuese conservada como trofeo de Abd al-Rahman en aquel santuario del mundo mahometano.

Ocurrió que en la misma época el califa al-Mansur también cumplía el deber de todo creyente, de visitar el templo de la Caaba, y que vio la caja que contenía la cabeza. A su vista se conmovió profundamente, y dijo: «¡Desgraciado! ¡le hemos condenado a muerte sin pensar! ¡Alabado sea Alá, que me separa por medio de los anchos mares de un contrario como Abd al-Rahman!»

Inmediatamente comprenderá cualquiera que estas noticias de las maravillosas aventuras de Abd al-Rahman no contienen una historia en el más severo sentido, sino que los acontecimientos reales están ya algo transformados y propenden a cambiarse en leyenda al pasar por el espíritu y la boca del pueblo. Aun prescindiendo de pormenores aislados, que llevan el sello evidente de su origen poético-popular, hasta el conjunto tiene en sí un carácter que manifiesta la tradición poética, y que, a pesar de su fundamento histórico, que sin duda existe, se diferencia esencialmente de la historia. No por eso se afirma aquí que los árabes españoles hayan poseído una verdadera poesía heroico-épica. Es de creer que la leyenda heroica sólo tomó la forma de narración en prosa o de la ya mencionada mezcla de prosa y verso, que desde antiguo era propia de los árabes, y en la cual aún se nos muestra la historia de Antár. No es, sin embargo, infundada la conjetura de que fueron celebrados en cantares muchos memorables acontecimientos y hazañas. El tono fundamental de estos cantares habrá sido lírico sin duda, pero en la intercalación de la parte narrativa deben de haber traspasado los límites del lirismo puro. Algunas veces, como pronto haremos ver, falla la regla de que la poesía erudita de los árabes españoles haya sido siempre extraña a la narrativa, y en lo tocante a la poesía popular, es inconcebible que precisamente desechase lo que está más cerca de ella, y que los cantores públicos, que sin duda hubo, no se hubiesen nunca apoderado de las historias y tradiciones. La desaparición de estos cantos populares, que jamás se escribieron, no nos debe maravillar; mayor maravilla hubiera sido

que se hubiesen conservado, a pesar de la suerte que tuvieron los árabes españoles. ¿Dónde están hoy los cantos épicos de los longobardos, de cuya primera existencia nos persuade Paula Diácono? ¿Dónde los de los godos, de que se valió Jornandes? A pesar de la invención de la imprenta, hasta las antiguas poesías populares de muchas naciones de Europa han estado a punto de perderse para siempre, si la curiosidad erudita no se hubiese consagrado a reunir las y salvarlas desde fines del siglo pasado; y con todo, se han perdido muchas de ellas.

Tal, con notable extensión, ha sido el caso en Portugal. Casi nadie sospechaba que este país, así como España, poseía romances caballerescos; los más habían caído en olvido, cuando, pocos años ha, un hombre de mérito, el señor Almeida Garrett, reunió los que quedaban, cuya hermosura hace que lamentemos doblemente la pérdida de los otros. Del mismo modo han desaparecido en gran parte las narraciones de los provenzales, y sólo de la imitaciones de los franceses del Norte se infiere que las hubo.

Viene en apoyo de nuestras conjeturas lo que el general Daumas, uno de los más distinguidos conocedores de la moderna Argelia y de sus habitantes, dice sobre los cantares que allí corren entre el vulgo. Para que el peso de este testimonio sea valedero en la cuestión presente, se ha de considerar que, no sólo las tribus árabes de África del Norte pertenecen a la misma familia que las que habitaban entonces en España, sino que también entre Andalucía y África hubo, durante la dominación mahometana, el comercio más activo. Toda la extensión de tierra del otro lado del estrecho de Gibraltar se surtió de instrumentos músicos que iban de España, y aún en el día de hoy son muchos de los más usuales, como laúd, rabel, gaita y adufe, los mismos que los españoles, hasta con los nombres, tomaron en otro tiempo de sus compatriotas musulimes. Cuando las armas cristianas se volvieron a enseñorear poco a poco de la Península, el África del Norte fue el asilo donde los árabes vencidos se refugiaron con los restos de su cultura; y, por último, después de la caída del postrer trono mahometano, la población del reino de Granada emigró en gran parte a la Argelia; de modo que se puede afirmar que circula sangre española en las venas de los actuales argelinos. Como éstos muestran notable predilección por los cantares lírico-épicos, es de presumir que sus antepasados de Andalucía sintiesen la misma predilección. El general Daumas dice: «La historia vive para el pueblo árabe casi exclusivamente en las narraciones y cantos populares, prestando en ellos su espíritu entusiasta duración a los sucesos, en los que cree ver el dedo de Dios. Sus libros mismos son leyendas escritas, y de todo esto, así como de los recuerdos de los ancianos, pueden la política y la erudición sacar una interminable multitud de noticias, hechos y estudios de costumbres. Desde que entramos en Argelia, no se ha conquistado una ciudad, ni se ha dado una batalla, ni ha ocurrido acontecimiento alguno importante, que no haya sido cantado por un poeta árabe». El general Daumas ha publicado muchos de estos cantos, y entre ellos, uno a la conquista de Argel, donde, en medio de líricas lamentaciones, están pintadas con viveza la lucha de los naturales contra los franceses, y la toma de la ciudad por éstos últimos.

Tampoco la poesía erudita, si bien predominaba la narración como fuera de su jurisdicción y dominio. Sirva de ejemplo de esta clase épico-lírica la composición siguiente a la victoria del emir Muhammad sobre los cristianos y los renegados, a orillas del Wadi-Salit o Guadalete:

Con variados colores
con gritería confusa,
en hileras apretadas
los guerreros se apresuran,
y hacia los hondos barrancos
bajan en revuelta turba,
como rasgando las nubes,
brillan en la noche oscura
el relámpago y el rayo,
las cimitarras deslumbran.
Moviéndose a un lado y otro
los estandartes ondulan,
como al golpe de los remos
barca que las ondas surca.
El poder de la batalla,
que a los contrarios tritura,
es cual rueda de molino
que el agua a girar empuja;
y es el eje de la rueda
del rey la mente profunda;
del rey, que en virtud y gloria
sobre los reyes despunta,
y su nombre, el del Profeta,
con mil hazañas ilustra.
Llor al Profeta demos,
que el triunfo nos asegura,
cuando, sacudiendo el alba
el cendal que la circunda,
la verde yerba y las flores
cubre de perlas menudas,
de Wadi-Salit los cerros
lloran la mala ventura,
que de los incircuncisos
y renegados son tumba,
pues el destino allí quiere
que su pérdida se cumpla.
Cual enjambre de langostas
acudieron a la lucha;
pero las huestes reales
pronto los ponen en fuga.
Cayeron nuestros valientes
sobre la medrosa chusma,
como balcones que destrozan
una bandada de grullas,
o cual persiguen y matan

las bravas sierpes astutas
a los escuerzos cobardes,
que en vano esconderse buscan.
Huyendo, dice Ibn Yulis
estas palabras a Musa:
«¡La muerte! ¡Do quier la muerte!
no hay esperanza ninguna».
Murieron miles y miles,
murieron en lid tan ruda,
al filo de los alfanjes,
de las lanzas en la punta,
o en la corriente del río
encontrando sepultura,
o rodando por las peñas
o rompiéndose la nuca.

Ibn al-Qutiyya, como él mismo declara, ha tomado, en parte, las noticias que da en su historia, de una composición en verso sobre la conquista de España, escrita por Tamman, visir de Abd al-Rahman II. Yahya Ibn Hakan escribió una historia o crónica, todo en verso y lo mismo se cuenta de Abu Talib de Alcira. De Ibn Sawwan, de Lisboa, se conserva aún una poesía, en la cual se refiere cómo estuvo cautivo entre los cristianos de Coria, y cómo fue rescatado. Sobre estas citas podrán, sin duda, hacerse otras, cuando el tesoro que aún nos queda de la literatura árabe-hispana esté más al alcance de todos. Esperamos la pronta publicación del poema, en el cual Ibn Abd Rabbih ha cantado las hazañas de Abd al-Rahman III, y donde podremos tener un modelo cumplido de la poesía narrativa de los poetas árabes cortesanos. Entre tanto servirá aquí para este fin otra composición que celebra la expedición de los Banu merines a España, y de la cual traduciremos un par de fragmentos. Empieza con las alabanzas de Dios:

Alabando al Señor empiece el canto,
de poesía y de bien rico venero;
entrar, por obra de su auxilio santo,
en el recinto del Edén espero,
luz en mi mente, y en mi ingenio encanto,
y verdad en los casos que refiero
piden la voz y el corazón ahora
al Rey eterno que en los cielos mora.

Su palabra sacó, con decir «sea»,
a todo ser del polvo, de la nada:

es vida, amor, poder, fuerza e idea;
toda la existencia en él está cifrada,
no impiden las tinieblas que no vea
del más ruin viviente la pisada.
No evita el trueno, ni la mar bramando,
que oiga la voz de quien le está llamando.

No comprende el humano pensamiento,
por más que se dilate su grandeza;
el da a los siete cielos movimiento,
y al sol su resplandor y su belleza;
y en su trono, en el alto firmamento,
mira de nuestro mundo la bajeza,
y cuenta, a par de estrellas a millares,
cada grano de arena de los mares.

Después de esta introducción o invocación, que se extiende mucho más, entra el poeta en su asunto propio:

Desembarcó el ejército en Tarifa;
llenó el rumor el pueblo y la montaña:
Abu Jacub, espléndido califa,
desplegó allí su tienda de campaña:
sobre una hermosa pérsica alcatifa
su trono alzó para domar a España,
y tomó asiento en él, rico y luciente,
como el dorado sol en el Oriente.

Luego cayó sobre Arcos, y asolada
dejó toda la tierra circunstante:
por el fuego y el filo de la espada
de los infieles se miró triunfante:
después pasó a Jerez, la celebrada,
y de sus puertas acampó delante:
circundan la ciudad prados y huertas
y hazas de rica mies todas cubiertas.

Mil aldeas y lindos caseríos
al campo daban esplendor y adorno;
pero de Abu Jacub los duros bríos
difunden el terror por los contornos:
los lugares quedando van vacíos,
y la desolación se esparce en torno:
huyen los campesinos aterrados
del ímpetu y furor de los soldados.

Abu Jacub después con los ligeros
corceles a Sevilla se encamina;
y sujetan la tierra sus guerreros,
y la llenan de escombros y ruina;
y haciendo mil cristianos prisioneros,
los lleva do su hueste predomina,
como lobos con buitres peleando
y a los cristianos por do quier domando.

Abu al-Mushafi y su hermano llegan,
célebres ambos por heroicos hechos;
a Arús los de Carmona ya se entregan,
a donde sus soldados van derechos;
los enemigos que con él refriegan
quedan muertos o en fuga van deshechos,
siendo tanto el botín en aquel día
que estrecho el campamento parecía.

- XIV -

La poesía de los árabes en relación con la poesía de los pueblos cristianos de Europa

Hubo un tiempo, no muy remoto aún, en que se ponderaba sin medida el influjo del Oriente en la civilización europea. Todo aquello que tenía algo de análogo en el Oriente se suponía

que nos había venido de allí. Se decía que la Tabla Redonda del rey Arturo era un remedo del ciclo caballeresco de Kai Cosroes o Nuchirwan, y que el Santo Grial procedía de la copa de Yamsid, rey de los genios. La rima fue tenida por una invención que los musulmanes nos habían transmitido, y en suma, apenas quedó arte o disciplina que no hubiésemos aprendido de ellos.

Por el contrario, en nuestros días hay una propensión decidida a empequeñecer el influjo de los árabes en la cultura cristiana, y hasta a negar su acción en la poesía de los pueblos neolatinos.

Creo que este punto, tocado superficialmente por muchos, pero nunca bien estudiado, merece que nos detengamos un rato a considerarle. Desde luego no podemos menos de notar el hondo abismo que separa a cristianos y musulmanes en cuanto a las creencias religiosas, y que debía hacer muy difícil todo contacto entre una y otra civilización. Cuando leemos los autores cristianos de la Edad Media, siempre nos asombra la grosera ignorancia que muestran al hablar de los árabes, así de su religión como de sus costumbres. Al pueblo que proclamaba la unidad de Dios como fundamento capital de su fe, le distinguían con el apodo de pagano, y representaban a Mahoma como un ídolo, a quien era costumbre inmolar víctimas humanas. En el antiguo libro francés, *Le roman de Mahomet*, aparece el Profeta como un barón, rodeado de sus vasallos, y que (en las yermas cercanías de la Meca) posee bosques, praderas, ríos y huertas. Turpín habla de un ídolo de Mahoma, todo de oro, que se adoraba en Cádiz, y que estaba custodiado por una legión de diablos, y algo parecido se lee también en la antigua canción francesa de Rolando. La España mahometana era para los escritores de la edad media una tierra de misterios y maravillas. En un manuscrito pagano, esto es, arábigo, que Kiot, escudero de Wolfram, halló en Toledo, *Flegetanis*, pagano por parte de padre, y gran conocedor del curso de las estrellas y de su influjo en el destino de los hombres, había escrito por primera vez la historia del Santo Grial. Gerbert, que fue después papa con el nombre Silvestre II, se dijo que había estudiado en Sevilla las ciencias de los árabes, y vino a ser el héroe de multitud de leyendas fabulosas. De los musulmanes aprendió la significación del canto y del vuelo de las aves, la evocación de los muertos, y otras artes ocultas. Pronto se adelantó Gerbert a todos los mágicos de su tiempo, excepto a uno, que poseía un libro de conjuros, donde se ocultaba un tesoro de sabiduría sobrehumana; pero Gerbert, auxiliado por la hija del mágico, se apoderó de esta joya y huyó con ella. De allí en adelante todo le salía a medida de su gusto. Bajo el influjo de determinadas constelaciones fundió una cabeza de metal, que le revelaba los casos por venir. Nombrado arzobispo, y más tarde papa, se elevó al primer puesto de la cristiandad; pero aún siendo vicario de Dios sobre la tierra, no dejó de ejercer las artes diabólicas, que había aprendido en los árabes. En cierta ocasión descubrió en Roma una estatua de bronce que tenía la mano derecha extendida, con esta inscripción: ¡Cava ahí! Gerbert señaló el punto en que caía la sombra de la mano, y con una luz y acompañado de un paje, acudió de noche a aquel sitio. Entonces formuló un conjuro y se abrió la tierra. El Papa bajó a aquella profundidad y descubrió un palacio de oro, en cuyo centro resplandecía un carbunco, que lo iluminaba todo con luz deslumbradora. Alrededor, en los salones, había estatuas y columnas, todo de oro, etc., etc. En suma, algo parecido, si no idéntico, al cuento de Aladino.

No se debe extrañar que en la mayor parte de Europa prevaleciesen ideas tan fantásticas y tan notable ignorancia de la España de los árabes. Los musulmanes, a la verdad, habían dominado, desde el siglo VIII al siglo X, en una parte del mediodía de Francia, y desde allí se habían extendido en sucesivas excursiones por Saboya, Suiza y el Piamonte, llegando hasta San Gall, y poseyendo aún, en el año 960, las alturas del monte San Bernardo; pero, distantes ya de la patria, endurecidos por la guerra, y en perpetua lucha con los cristianos, de quienes eran mortalmente aborrecidos, no podían rectificar aquellas ideas erróneas. El comercio de los árabes españoles era principalmente con Levante, África y los bizantinos, y sus relaciones con Francia, Alemania e Italia se limitaron por lo común a varias embajadas que enviaron y recibieron. El conocimiento de algunos hechos, como, por ejemplo, el del martirio de San Pelagio en Córdoba, referido a la monja Hroswitha por un testigo ocular, no basta a hacernos creer en más frecuentes relaciones. No es posible dar fe a lo que muchos escritos aseguran de que las escuelas arábigas de España, eran frecuentadas por gran multitud de franceses, ingleses, alemanes e italianos. Hasta el mismo ya mencionado Gerbert es muy dudoso que estuviese entre los árabes. Sólo se sabe de cierto que en el año de 967 residía Gerbert en Barcelona, donde había adquirido los conocimientos matemáticos y astronómicos, que hicieron de él un tan pasmoso personaje; pero Barcelona estaba ya entonces en poder de los cristianos. Lo propio se puede decir de los jóvenes suevos y bávaros, que, según cuenta Cesario de Hesiterbarch, habían estudiado la nigromancia en Toledo. Si hemos de creer lo que este autor asegura, dichos jóvenes estudiaron en Toledo, después del año 1085, en que la ciudad fue reconquistada por los cristianos.

De otro modo debían de ser las relaciones entre moros y cristianos en el país mismo en que, durante muchos siglos, vivieron juntos. Sin embargo, estaban tan divididos por las creencias religiosas, que no es de extrañar que se lean en autores españoles de todas las épocas juicios sobre las cosas del Islam, que dan testimonio de la ignorancia más crasa. También entre estos autores se había divulgado la opinión de que los árabes eran hechiceros y brujos, y todavía un escritor español de tiempos muy posteriores asegura con toda formalidad que en Toledo, Sevilla y Salamanca, se enseñaban públicamente las artes diabólicas, y que él mismo había visto en esta última ciudad una cueva, en la cual solían iniciarse los curiosos en los misterios más ocultos de la brujería. Pero, a pesar de esta oposición de ambas religiones, y a pesar de las preocupaciones todas que de ello se originaban, no llegaron a evitarse las relaciones entre moros y cristianos.

En todas las comarcas de España había innumerables mozárabes, que, si bien eran maltratados a veces por los musulmanes, eran tratados con dulzura por el Gobierno, y alcanzaban completa libertad en el ejercicio de su religión. Muchos de ellos servían en el ejército de los califas, y otros desempeñaban empleos importantes y lucrativos en las cortes de los príncipes y en los palacios y casas de los más ilustres musulimes. De esta suerte adquirieron pronto la brillante cultura arábiga. Los más instruidos despreciaban su dialecto vulgar, el latín corrompido e inútil para todo propósito literario, y se apropiaban con empeño el idioma de los vencedores. Las quejas del obispo Álvaro de Córdoba prueban cuán temprano y con cuánta extensión sucedió esto. «Muchos de mis correligionarios, escribe dicho obispo, a mediados del siglo IX, leen las poesías y los cuentos de los árabes y estudian los escritos de los teólogos y filósofos mahometanos, no para refutarlos, sino para aprender cómo han de expresarse en lengua arábiga con más corrección y elegancia. ¿Dónde se hallará hoy un lego que sepa leer los comentarios latinos sobre las Santas

Escrituras? ¿Quién entre ellos estudia los evangelios, los profetas y los apóstoles? ¡Ay! Todos los jóvenes cristianos que se hacen notables por su talento, sólo saben la lengua y la literatura de los árabes, leen y estudian celosamente los libros arábigos, a costa de enormes sumas forman de ellos grandes bibliotecas, y por donde quiera proclaman en alta voz que es digna de admiración esta literatura. Si se les habla de libros cristianos, responden con desprecio que no merecen su atención dichos libros. ¡Oh dolor! Los cristianos han olvidado hasta su lengua, y apenas se encuentra uno, entre mil, que acierte a escribir a un amigo una carta latina pasable. En cambio, son infinitos los que saben expresarse en arábigo del modo más elegante, y hacen versos en dicho idioma con mayor primor y artificio que los árabes mismos». Muchos cristianos de aquella época, que se distinguieron por sus conocimientos en la lengua arábigo, son citados nominalmente. Aún se conservan algunos versos de un poeta cristiano del siglo XI, natural de Sevilla, los cuales atestiguan que el autor conocía magistralmente el habla y la métrica arábigo. El latín cayó poco a poco tan en desuso entre una parte de los habitantes de Andalucía, que, a fin de ilustrar a los fieles y hacerse entender de ellos, el presbítero Daniel tradujo al árabe los antiguos Cánones de la Iglesia española, y Juan, arzobispo de Sevilla, tradujo la Biblia. No debemos, con todo, conjeturar, en vista de estos hechos, que el idioma latino o neo-latino desapareció por completo de todas las regiones de la península dominadas por los mahometanos. Mucha parte de la población cristiana debió arabizarse del todo, pero siempre el latín, o mejor dicho el romance, quedó en general como idioma del vulgo, y hasta había entre los árabes quienes le hablaban o lo entendían, si bien con más frecuencia, por el conocimiento de ambas lenguas, latina y arábigo, solían servirse los mahometanos de los cristianos como intérpretes y negociadores con los francos.

El comercio intelectual de los árabes con éstos y con los leoneses, navarros y otros pueblos independientes del norte de España, no pudo tener lugar de un modo extenso y permanente en los primeros tiempos de la dominación del Islam en la Península. Poseídos de un aborrecimiento fanático contra los infieles, se mostraban los cristianos no menos enemigos de aquella civilización extraña. Poco a poco, sin embargo, se les fueron ofreciendo ocasiones de conocerla más de cerca y de estimarla; por ejemplo, cuando como cautivos o rehenes eran llevados a la corte de los califas; cuando Sancho, Príncipe de León, fue a Córdoba en el año de 960, a consultar a los médicos; o cuando Alfonso el Magno, rey de Asturias, hizo venir a su corte a dos sabios árabes para que educasen a su hijo. Con todo, el trato establecido de esta suerte no fue bastante a comunicar la ciencia y la cultura del pueblo, entonces, más civilizado, a sus vecinos, tan distantes de él por el habla, la raza y la manera de sentir. Si Gobmar, obispo de Gerona, sabía bastante árabe para escribir en esta lengua una historia de los francos, dedicada a Hakan II, cuando éste era aún el príncipe heredero, el caso debe mirarse como enteramente excepcional.

Desde el siglo XI en adelante debieron ser más íntimas y duraderas las relaciones entre los musulimes y los cristianos del Norte, que eran como el germen de la futura nación española. Desde aquella época la bandera de la cruz iba penetrando más y más hacia el Mediodía, y la cultura arábigo quedaba como implantada sobre las mezquitas de las grandes ciudades, transformadas en iglesias. Aunque muchos de los vencidos se retiraban a las provincias del Sur, todavía se quedaba una numerosa población musulímica en los antiguos lugares de su nacimiento, y además los mozárabes, esto es, los cristianos que habían estado sometidos al dominio musulmán, vivían desde entonces en medio de sus correligionarios. La existencia

de los mozárabes se debe tener presente, ante todo, para conocer por qué arte y hasta qué punto la cultura oriental penetró entre los pueblos europeos. Familiarizados los mozárabes con la lengua arábiga y con los estudios literarios y científicos del pueblo, en medio del cual tan largo tiempo habían vivido, debieron extender entre los nuevos conquistadores aquella cultura, llena de elementos orientales. No menos útiles para este fin fueron los judíos que desde muy antiguo se habían difundido en gran número por la España musulmana. Entre ellos, como es sabido, se había desenvuelto una rica vida intelectual, fecunda, tanto en producciones poéticas cuanto filosóficas, astronómicas y filológicas. En sus escritos empleaban con más frecuencia que la lengua hebraica, la lengua arábiga, su hermana, que poseían magistralmente hasta el extremo de no tener competencia con los más famosos retores del Oriente. Asimismo solían saber los judíos el latín y el romance. No es, pues, de extrañar que, no bien cayeron bajo el poder de los nuevos dominadores, obrasen poderosamente para infundir la civilización musulímica en la cristiana.

El lugar en que más temprano se enlazaron el Occidente y el Oriente, fue la brillante ciudad de Toledo, fúlgido centro de la ciencia y del arte arábiga. Poco después de que esta antigua capital de la España gótica abriese sus puertas a las huestes cruzadas de Alfonso VI, vemos penetrar por sus muros a los hombres de Occidente, sedientos de saber, a fin de descubrir los secretos de la sabiduría arábiga, por medio de los doctos mozárabes y judíos. En los sombríos claustros del Norte, esta sed de ciencia de ciertos espíritus más adelantados fue mirada como una pecaminosa aspiración al fruto del árbol prohibido. Así es que Toledo aparece a los ojos de los cristianos de los siglos XI y XII como la capital de la hechicería y de la nigromancia. Allí se encuentran los mejores maestros de magia negra. Un mágico de allí envió hasta el Weser y el Hunt una bandada de brujas a buscar a Conrado de Marburgo; y allí, según Cesario de Heisterbach, estudiaron la brujería algunos jóvenes alemanes. Lo cierto es que el deseo de estudiar las obras científicas y filosóficas de los árabes, y sobre todo sus interpretaciones de los autores griegos, fue lo que movió a no pocos curiosos a visitar la ciudad del Tajo. Allí encontramos a Gerardo de Cremona, a Miguel Scotto, al alemán Hermann y a muchos otros, empleados en el estudio de Avicena, Averroes y Aristóteles arabizado. Allí también, y bajo la presidencia del mismo arzobispo, se fundó a mediados del siglo XII, una escuela de traductores, en la que principalmente trabajaban los judíos. Esta actividad no se limitó a Toledo. También la rica y floreciente Valencia se apoderó de los tesoros intelectuales de los vencidos, después de la reconquista, y sus sabios judíos y cristianos trasportaron estos tesoros a la corte de D. Jaime de Aragón, y a la cercana Provenza. Por último, cuando después de las grandes guerras del rey San Fernando, las capitales de Andalucía, Córdoba y Sevilla, sucumbieron, Alfonso el Sabio, en aquellos asientos predilectos de los omíadas y abadidas, tan amantes de las artes, trató de aprovecharse de la literatura arábiga en beneficio de la vida intelectual de su nación. Su palacio fue el centro de los sabios musulimes y judíos, y con su auxilio redactó las llamadas Tablas Alfonsinas; compuso la Crónica general de España, sacada en gran parte de fuentes arábigas, y tradujo del árabe una multitud de obras filosóficas, matemáticas y médicas. Asimismo fundó en Sevilla una escuela de lengua arábiga.

Es inverosímil que, en tales circunstancias, la poesía arábiga quedase enteramente desconocida para los cristianos españoles. ¿Podían aquellos cristianos, que se habían criado entre los árabes y que hasta habían hecho versos en su lengua, sometidos ya a un gobierno cristiano y viviendo entre sus correligionarios, no hacerlos participantes del rico tesoro de

la poesía oriental? ¿No se escaparían involuntariamente de sus labios fragmentos poéticos y proverbios, como solían emplearlos a cada momento los orientales? A esto se puede objetar que faltaba la inteligencia de esta poesía; que la lengua árabe es la más difícil de todas las lenguas; que hasta quien la sabe bien para comprender los prosistas, necesita aún de un año de estudio para poder leer de corrido los poetas; y que no se debe pensar, ni hay tampoco nadie que lo atestigüe, que los españoles de entonces se dedicaran a semejante tarea. A estas objeciones responden algunos hechos; verbi gracia, cuando el famoso poeta judío Ibrahim Ibn al-Fajjar elogió al rey D. Alfonso, en cuyo servicio estaba empleado en una poesía árabe que se conserva aún. Indudablemente, no se explicaría que el poeta hubiese escrito estos versos si el Rey y su corte no lo hubiesen entendido. Por otra parte, aquí no se trata de si entendían o no los cristianos españoles aquel idioma extraño, sino sólo de la comunicación que entre las gentes que hablaban o el uno o el otro idioma establecían los mozárabes. Para éstos era el árabe como el idioma nativo, y asimismo entendían correctamente el romance o castellano, en el cual, mientras más le iban usando en el trato con los otros cristianos, vertían pensamientos, máximas a imágenes de la poesía árabe.

Los cristianos que habían pasado la juventud entre los árabes, y que, según la costumbre general, habían compuesto versos en lengua árabe, procuraron entonces poetizar en aquella lengua que hablaban diariamente con sus victoriosos correligionarios, y como era natural, en el nuevo modo de expresión que habían adoptado, hicieron pasar sin duda no poco del espíritu y de las formas orientales. Como ejemplos de poetas árabes mozárabes, citaremos a Ibn al-Margari, de Sevilla, que al regalar al rey al-Mutamid un perro de caza, le acompañó con una elegante qasida, y el mestizo Aurelio, hijo de un musulmán y de una cristiana, que fue doctísimo en la literatura musulmana.

Hombres como éstos, viviendo ya en una sociedad donde se hablaba el romance, no pudieron menos de dar a conocer la poesía con que estaban familiarizados desde la niñez. Mayor influencia ejercieron los judíos, los cuales dominaban tan hábilmente los diversos idiomas que ya imitaban todos los primores de Hariri en las maqamas, ya mezclaban versos castellanos con sus poesías hebraicas, ya llegaban a mezclar hasta siete lenguas. Así es que los judíos fueron, desde el siglo XI, como los jefes y directores de este movimiento literario, en particular transmitiéndonos las obras de matemáticas, filosofía y física del Oriente. Asimismo pusieron al alcance de los pueblos de Occidente las fábulas y los cuentos de los árabes, y no pocas de sus poesías. Pedro Alfonso, judío, bautizado en el palacio del rey D. Alfonso VI, dice terminantemente que ha sacado de fábulas, sentencias y proverbios árabes su colección de proverbios y narraciones, veneno abundante y primordial de la posterior literatura novelesca. Mayor aún hubo de ser el influjo de los judíos por medio de la conversación. ¿Cómo no habían de citar con frecuencia versos y máximas de poetas orientales, traduciéndolos y explicándolos luego en el menos perfeccionado idioma? Además, los que ya habían mezclado versos castellanos en sus poesías árabes y hebraicas, no pudieron menos de escribir más tarde otras poesías del todo en castellano. Del célebre Judá Ha Levi se sabe de cierto que poseía las lenguas árabe y castellana, y que en ambas había poetizado; y como toda la escuela poética neo-hebraica española se había formado sobre modelos árabes, tanto sus versos castellanos como sus versos orientales debían de contener no poco de dichos modelos.

Por último, tampoco se puede negar que muchos cristianos, aun sin el auxilio de los mozárabes y de los judíos, entendían las poesías arábicas. Poco importa que esta inteligencia se extendiese a todos los primores y sutilezas, o se limitase al sentido de los pensamientos principales. Sin duda sería ridículo suponer que poetas y caballeros españoles, los cuales, a menudo, ni leer sabían, hubiesen estudiado la poesía arábica; pero no pocos de ellos pudieron adquirir de otro modo un conocimiento superficial de dicha poesía. Por enormes que sean las dificultades de esta poesía artística, no se ha de suponer que sólo la han entendido, entre los mismos árabes, ciertas personas ilustradas. De seguro que el vulgo más bajo la entendería tan mal o peor que un campesino zuavo o de la baja Alemania entiende las elegías romanas de Goethe; pero las personas medianamente educadas debían estar desde la primera juventud preparadas para entenderla. Al-Rumaykiyya, aunque era de baja clase, compuso unos versos tan correctos y elegantes, así en el metro como en las frases, que el rey al-Mutamid, con ser tan delicado de gusto, se prendó tanto de ellos, que dio en pago su mano a la autora. Los libros históricos de los árabes están llenos de poesías, escritas por estilo clásico que hombres y mujeres de toda laya improvisaban en distintas ocasiones. De todo esto nos es lícito conjeturar que también los cristianos, los cuales estaban a menudo en contacto con los musulmanes, habían llegado hasta cierto punto a comprender el sentido de estas poesías. El caso aislado que refiere Maqqari, de un conde francés y de un judío que no entendieron un cantar arábigo, nada prueba en general. Casi todas las crónicas españolas hablan a menudo de infantes castellanos o aragoneses, de ricos hombres y caballeros, los cuales, o bien por enojo con sus soberanos o señores, o bien impulsados del afán de buscar aventuras, se fueron a vivir a tierra de moros, permanecieron allí largo tiempo, y a veces volvieron las armas contra sus correligionarios en pro de los musulimes. Durante todo el siglo IX, y aún más tarde, una gran parte del ejército del rey de Zaragoza era de cristianos. El mismo Cid había pasado muchos años de su vida entre los infieles; y si, como ya queda dicho anteriormente, se hacía leer las historias de las proezas de los árabes y las escuchaba con encanto, es más que probable que así como entendía la prosa, entendiese también los versos, que van constantemente mezclados a las historias susodichas. Ya hemos apuntado además que según una antigua costumbre arábica, los valientes guerreros provocaban a pelear a sus contrarios por medio de breves composiciones improvisadas. Al Cid, de acuerdo con esta costumbre, le habían apellidado Barráz, esto es, campeador o provocador. Es verosímil, por consiguiente, que el Cid, que no sólo había peludo en las guerras entre cristianos y musulmanes, sino que también había intervenido con las armas en las discordias particulares de éstos, improvisase versos de dicha clase, los cuales no exigían mucha corrección y atildamiento. Importa asimismo recordar aquí que los árabes, como nunca debió ponerse en duda, y como ya está plenamente probado por documentos justificativos, tuvieron, a más de la poesía erudita, una poesía popular que no estaba sujeta a las reglas severísimas de la gramática y de la prosodia clásicas. Esta poesía, según es natural y según consta de irrefragables testimonios, era comprendida por los cristianos que sabían la lengua de sus enemigos.

Lo que cuentan Lucas de Tuy y Mariana de un pescador del Guadalquivir, que después de la batalla de Calatañazor, en que al-Mansur fue vencido, recitó ciertos versos, ya en arábigo, ya en romance, no merece por cierto mucho crédito, pero prueba, con todo, que no parecía cosa extraña oír de una misma boca versos en ambas lenguas. La poesía del Arcipreste de Hita muestra con evidencia, no sólo que este poeta entendía los cantos populares arábicos, y los componía él mismo, sino que la poesía popular española creció en

íntima relación y contacto con la arábica. El Arcipreste cuenta (v. 1482 y siguientes) sus amoríos con una mora, con la cual hablaba en arábigo, y a la cual envió versos amorosos por medio de una tercera. Después cuenta que ha compuesto muchos cantares de danzas y troteras para cantadoras moriscas (sin duda en la lengua de ellas), y habla de los instrumentos que no convienen a los cantares arábigos, y cita uno de éstos por las palabras con que empiezan.

La ocasión de tratar directamente con los árabes y de oír y entender su poesía duró para los cristianos hasta la conquista de Granada, y aún algún tiempo después, hasta que el insano fanatismo de los vencedores hizo un crimen en los vencidos aún el uso del propio idioma. Hasta entonces vivieron esparcidos por toda España, y no perturbados en el ejercicio de su religión; muchos musulimes, en parte mezclados con los cristianos, en parte en ciertas comarcas, que se reservaron casi exclusivamente.

Contribuía principalmente a llenar el abismo de la diversidad de creencias y a hacer más frecuentes las relaciones entre moros y cristianos, la hermosura de las moriscas, que ejercían un gran poder de seducción sobre los jóvenes hidalgos españoles. «Celebrar el novenario con una mora» vino a ser un modo de hablar proverbial, y se compusieron no pocas poesías amorosas de caballeros cristianos a las seductoras hijas de Ismael. Estos musulimes que vivían esparcidos por toda la España cristiana aprendieron poco el castellano y compusieron versos en este idioma, de los cuales, algunos, escritos con letras arábigas, se conservan todavía. Posible es que estos o aquellos moriscos, bajo el influjo de circunstancias especiales, olvidasen su propia lengua; pero, en general, puede tenerse por cierto que, hasta después de la conquista de Granada, estuvo muy extendido el uso de la lengua arábica en el centro y en el mediodía de la Península. Dan testimonio de esto los numerosos documentos expedidos en dicha lengua por cristianos y hasta por clérigos, la inscripción sepulcral arábica de San Fernando en Toledo, y las leyendas arábigas de las monedas acuñadas en los siglos XII y XIII por los reyes de Castilla. Y aún cuando los moriscos o mudéjares, que así se llamaban los musulimes que estaban bajo el dominio cristiano, se hubiesen españolizado más de lo que creemos, todavía el elemento arábigo obró poderosamente desde Granada sobre el resto de la Península; porque, no sólo durante las guerras entre fronterizos notamos que hay relaciones entre castellanos y granadinos, sino que también en tiempo de paz fue visitada la corte de los nazaritas por caballeros cristianos, de los cuales, unos buscaban allí un asilo contra las persecuciones, y otros iban por mera curiosidad, a lo que parece. Ejemplo de estos últimos fue el caballero y poeta Oswald de Wolkenstein, el cual estuvo en Granada, en el año de 1412, en la corte del rey Bermejo, quien llevaba, como todos los nazaritas, el sobrenombre de Ibn al-Ahmar, hijo del Bermejo. Allí fue recibido muy benévolamente el caballero Oswald, quien después se jactaba de que había aprendido la lengua arábica.

En vista de lo susodicho, bien se puede conjeturar que la poesía española lleva en sí las señales de haber crecido cerca de la arábica y en contacto con ella. Las razones que se han alegado en contra de esto no tienen valor alguno. A la afirmación de que los españoles no pudieron de ningún modo conocer la poesía de los que fueron durante siglos sus compatriotas, hay mucho que oponer. Pudieron conocerla, en primer lugar, por todos aquellos que se educaron entre los musulimes y vivieron luego entre los cristianos, y que hablaban igualmente los idiomas de ambos pueblos; y en segundo lugar, por el

conocimiento que solían tener los cristianos de la lengua árábica; conocimiento que distaba mucho, sin duda, de ser filológico y fundamental, pero que, si no era bastante para entender muchos versos difíciles, bastaba para apoderarse de algunas imágenes y de algunos pensamientos. Y a la verdad no era necesario más que esto para que la poesía española pudiera enriquecerse así. A más de esto, conviene considerar que las influencias literarias, no sólo se hacen patentes en una directa imitación, sino que más por lo común van por ocultos caminos, y pasan, por la tradición popular, de espíritu en espíritu y de boca en boca, y se muestran a menudo en una literatura, de repente y cuando menos se piensa. Nadie sostiene ya que la poesía árábica fue exclusivamente lírica y erudita, y la española, por el contrario, narrativa y popular. Mas aun cuando sostuviésemos esto a pesar de las razones que hemos aducido en contra, todavía pudiera responderse que también la poesía narrativa y popular puede recibir la influencia de la lírica y erudita. Por otra parte, este último género de poesía, el lírico, no se ha desenvuelto menos lozanamente que el épico-popular en la España cristiana, y según los restos que quedan, ha sido poco anterior este género al otro. Se añade además que los árabes españoles imitaban demasiado los antiguos modelos, por donde sus poesías se hacían ininteligibles a los extraños, a causa de la multitud de imágenes de la vida del desierto. La verdad es que en cierta clase de composiciones harto cultivada se atuvieron a dicha imitación; pero a más de esto, compusieron cantares báquicos y amorosos, elegías y sátiras; celebraron en sus versos los frutos y las flores, los corceles y las espadas, los encantos de Andalucía y sus ciudades, jardines y palacios; ensalzaron las fiestas y los paseos nocturnos al resplandor de la luna; difundieron todos sus sentimientos en sus cantares; y procuraron prestar duración con la poesía a todos los casos dignos de memoria. Tales composiciones nada tenían de común con el desierto y con la vida de los beduinos; acaso de vez en cuando se hallaba en ellas alguna imagen extraña, pero su contenido, en lo sustancial, era para los extraños del todo inteligible.

Si, por un lado, no se puede afirmar que la poesía árábica no ha ejercido ningún influjo en la española, sería también, por otro lado, un error el atribuir a aquella un influjo muy profundo en ésta, hasta el extremo de trastocar su ser. La poesía de los españoles ha nacido de lo íntimo de la vida de la nación, y si ciertas abstracciones fuesen lícitas, bien se podría afirmar que su espíritu y su sustancia se hubieran desenvuelto como son en el día, aunque nunca los castellanos hubieran sabido nada de la poesía de otros pueblos. Pero, de la misma suerte que en los accidentes, y guardando en su pureza el carácter fundamental que penetra todas sus creaciones, la poesía castellana se ha apropiado mucho de las de otros pueblos, como algunas formas de versos imitadas del italiano, y en los cancioneros no poco de los poetas de Provenza; así también ha guardado en sí algunas señales de la poesía árábica, como recuerdo de la época en que el Oriente y el Occidente se tocaban en el suelo en que ha nacido.

La falta de los que primero hablaron de orientalismo en las literaturas neo-latinas, consistió en apoyar sus afirmaciones sobre generalidades, sin corroborarlas con ningún ejemplo; de modo que pudiera sospecharse que ninguno de ellos conocía siquiera un verso de un poeta árábigo-hispano. Aunque el plan y propósito del presente escrito no consiste hacer muy larga digresión sobre este asunto, todavía quiero, para no incurrir en la misma falta, citar algunos casos en que la poesía española, ya en el contenido, ya en la forma, ha conservado alguna impresión de la árábica. En estas cuestiones sobre influencias literarias es difícil, a la verdad, obtener una seguridad absoluta; porque el que quiere negar la influencia, siempre

puede asegurar que la nación o el autor ha concebido en sí mismo los pensamientos que se suponen imitación, siendo sólo mera coincidencia. Sin embargo, algunos de los ejemplos siguientes dan tan inequívoco testimonio de la rectitud de mi afirmación, que sólo podría rechazar su validez quien, por ejemplo, se hallase resuelto a negar que el hexámetro alemán ha sido tomado de los antiguos, y le considerase como una invención alemana.

Un antiguo romance popular español, impreso en el Romancero de 1550, y también en otros más antiguos, sin fecha, nos presenta al rey D. Juan, a la vista de Granada, tomando informes del moro Ibn Ammar sobre los hermosos edificios de la ciudad. Luego continua:

Allí habla el rey don Juan;
bien veréis lo que decía:
«Granada, si tú quisieses,
contigo me casaría:
daréte en arras y dote
a Córdoba y a Sevilla
y a Jerez de la Frontera,
que cabe sí la tenía.
Granada, si más quisieses,
mucho más yo te daría».
Allí hablara Granada,
al buen Rey le respondía:
-Casada so, el rey don Juan;
casada, que no viuda;
el moro que a mí me tiene,
bien defenderme querría».

El que una ciudad, de que un conquistador anhela apoderarse, se presente como una novia cuya mano se aspira, es una imagen poco común y bastante extraña, y mucho más en un romance de carácter enteramente popular. Difícil sería hallar esta imagen en cualquiera otra composición poética del Occidente, durante la Edad Media, y si se hallara, yo le daría un origen oriental. Por el contrario, en el Oriente y entre los árabes españoles la imagen es muy usada. Una poesía arábiga a Granada dice así:

Entre las tierras del mundo,
Granada no tiene igual.
¿Qué valen, junto a Granada,
Egipto, Siria e Irak?
Luce cual hermosa novia
con vestidura nupcial:
aquellas otras regiones

todas su dote serán.

Ibn Batuta llama a Granada la novia o la recién desposada entre las ciudades de Andalucía, y al-Mutamid cantó, después que hubo conquistado a Córdoba:

Mira a Córdoba la bella,
la cual con lanzas y alfanjes
desdeñosa rechazaba
de su seno a los amantes,
como la mano de esposa
al cabo promete darme.
Antes sin ornato estaba;
ya viste ropas nupciales,
de galas, al recibirme.
Y joyas haciendo alarde.
Hoy es mi esposa: en su alcázar
la boda va a celebrarse;
mueran de envidia, entre tanto,
y de celos, mis rivales.

También Muhammad, hijo de Abd al-Rahman II, en cierta poesía que compuso al volver de una expedición guerrera, presenta a su capital bajo la figura de una mujer amada:

Que yo junto a ti me llegue
permite, Córdoba mía;
no huyas; deja a mis ojos
que se gocen con tu vista.

También de Sevilla se dice en otra composición:

Es una novia Sevilla;
es su novio Ibn Abbad,

su corona el Ajarafe,
Guadalquivir su collar.

El historiador persa Mirchondo, cuando quiere decir que un príncipe abandona su corte o residencia, lo expresa en estas palabras, según su ampuloso estilo: «prendió a la regia esposa un triple divorcio en la orla de su velo».

¿Quién puede, pues, dudar de la procedencia oriental del romance citado? Ya se entiende que no afirmo que el romance español está traducido del árabe o que todo su contenido esté tomado de dicho idioma; pero sí creo, y debe creerse con seguridad, que el autor del romance había oído una poesía arábica, que tal vez no había entendido por completo, pero de la cual entendió la notable comparación referida, y la trasladó a sus versos.

Ya hemos hablado varias veces de un género de composiciones populares de que los árabes gustaban mucho: la muwaššaha y el zéjel. La primera se usaba ya en el siglo IX, la segunda en el XI, en tiempo de los almorávides. Se debe también hacer valer aquí que el poeta cristiano Margari, que vivió en Sevilla reinando al-Mutamid, era muy celebrado como autor de muwaššaha. Lo característico de ambas formas, tan semejantes entre sí, que no hallo modo de distinguirlas bien, consiste en que unas rimas, o una combinación de rimas, que se presentan en la estrofa que sirve de introducción, son interrumpidas por otras, y luego al fin de cada estrofa vuelven a repetirse. Pondremos aquí un zéjel, en el que imitamos enteramente la combinación de los consonantes, traduciéndole libremente del árabe en cuanto al sentido, pues la forma es ahora lo más importante.

Gloria al creador eternal,
que da el bien y envía el mal.
Formó las varias regiones,
y las pobló de naciones;
de Ad y de los Faraones
hundió el orgullo infernal.
Fue el mundo su pensamiento,
y le creó con su aliento.
E hizo con agua y con viento
tierra y cielo de cristal; etc., etc..

Ibn Jaldun trae otro zéjel precisamente de la misma estructura. Refiere que Ibn Quzman, natural de Córdoba, pero que a menudo residía en Sevilla, paseaba en cierta ocasión por el Guadalquivir con muchos amigos. Éstos se deleitaban pescando. En la barca había una

hermosa muchacha. Uno de la compañía propuso a los demás que todos improvisasen un zéjel sobre su situación. Él mismo empezó con el tema y la primera estrofa, y cada uno de los otros fue añadiendo otra estrofa nueva. No traduciré esta poesía literalmente, sino que con mucha libertad, conservando, empero, su estructura, que es de lo que aquí se trata:

En balde es tanto afanar,
amigos, para pescar.
En las redes bien quisiera
prender la trucha ligera;
mas esta niña hechicera
es quien nos debe pescar.
Los peces tienen recelos
y burlan redes y anzuelos,
pero en sus dulces ojuelos
van nuestras almas a dar; etc.

Tomemos ahora una de las más antiguas canciones que se conservan de la literatura española y veremos que la combinación de las consonantes es la misma. Es una canción de los estudiantes que iban pidiendo limosna:

Sennores, dat al escolar,
que vos vien demandar,
dat limosna o racion,
faré por vos oracion,
que Dios vos dé salvacion,
quered por Dios a mi dar.
El bien que por Dios fisierdes,
la limosna que por él dierdes,
cuando de este mundo salierdes,
esto vos habrá de ayudar.

Éste es también, como a primera vista aparece, un zéjel en lengua española, y tanto menos se puede poner en duda en esta ocasión la procedencia arábica de la forma, cuanto que el autor es el Arcipreste de Hita, quien, como ya hemos dicho, tenía bastantes conocimientos sobre los cantares arábigos.

De Alfonso Álvarez de Villasandino, poeta castellano de la segunda mitad del siglo XIV, es la siguiente cancioncilla, que concuerda con la anterior en la estructura:

Algunos profaçarán
después que esto oirán.
No será el alto ungido
rey de España esclarecido,
mas algún loco atrevido
rabiará como mal can.
No serán los muy privados
del rey e sus allegados,
mas algunos mal fadados
sin porque me maldirán; etc., etc..

Éste es también un zéjel español. El poeta vivía, como declaran algunos de los versos que de él se conservan, todos también en forma de zéjel o de muwaššaha, en íntimas relaciones con una hermosa morisca, por quien pudo instruirse en la manera de versificar arábigo, si ya ésta no hubiese estado trasplantada en la literatura española.

Ya hemos dicho también en otro lugar que a veces el estribillo o estrofa de introducción del zéjel se omitía por los árabes. Entonces tenía la composición la forma de las estrofas siguientes, que son el principio de un zéjel, destinado a que le recitasen en público:

De Dios sea el nombre alabada,
y sea el Profeta ensalzado;
permitid que a vuestro lado
hoy pueda yo reposar.
Vuestro soy, nobles señores;
oíd mis culpas, mis errores,
y una aventura de amores
que me propongo contar.

Es digno de notarse que esta forma, que rara vez aparece en la literatura española posterior, y que es sin duda de procedencia arábigo, se recordaba aún en tiempo de Calderón. En su drama Amar después de la muerte, donde pinta la sublevación de los moriscos en las Alpujarras, pone en boca de éstos, cuando celebran a puertas cerradas sus fiestas religiosas, el cantar siguiente:

UNO Aunque en triste cautiverio,
de Alá por justo misterio, 30
llore el africano imperio
su mísera suerte esquiva.

TODOS ¡Su ley viva!

UNO Viva la memoria extraña
de aquella gloriosa hazaña 35
que en la libertad de España
a España tuvo cautiva.

TODOS ¡Su ley viva!

Ahora voy a traducir aquí una muwaššaha arábica, siguiendo con toda exactitud la combinación de las consonantes en el texto original:

Huye del amor,
tirano traidor;
mas no, que si huyes,
mueres de dolor.

El amor es fuego,
que abrasa y halaga;
es mar sin sosiego,
que las almas traga.
Pierde el sueño luego
quien de amor se paga.
Amarga los días,
mas luz y alegrías
difunde en las noches
benéfico amor.

La niña hechicera
mi alma ha robado.
¡Cuanta pena fiera
su amor me ha costado!
No quiera quien quiera
vivir sin cuidado;
pues si te engolfares
de amor por las mares,
podrás, naufragando,
morir de dolor.

Al lado de este cantar pondré otro antiguo español, cuyas consonantes están casi en el mismo orden:

Cerca de Tablada,
la sierra pasada,
falléme en Aldara
a la madrugada.

Encima del puerto
coydé ser muerto
de nieve e de frío
e dese rosío
e de gran elada.
A la decida,
di una corrida,
fallé una serrana,
fermosa, lozana
e bien colorada, etc., etc..

Aquí tenemos una muwaššaha española, y por cierto del Arcipreste de Hita, que, según él mismo afirma, había compuesto muchos cantares para cantadoras moriscas y judías.

A fin de prevenir toda objeción, vuelvo a declarar aquí que esta clase de composiciones no se distinguen, ni por el metro, ni por el número y el orden de sus consonantes en lo interior del cantar, sino sólo por la repetición de uno o demás consonantes, los cuales aparecen en la estrofa que sirve de introducción, y se repiten siempre al fin de las siguientes estrofas. Y no es esto un estribillo, o la repetición de la misma palabra o de un verso entero, como se nota a menudo en las canciones provenzales. Canciones que en su estructura sean como éstas de que hablamos, no he llegado a verlas ni en los trovadores ni en los antiguos poetas franceses. Con todo, si se hallasen entre sus obras canciones parecidas, yo afirmaré que habrían tomado su forma de donde los españoles la han tomado. Nadie ignora cuánto comercio había entre la Francia meridional y las comarcas españolas cercanas a los Pirineos, y cuántos poetas y juglares de Provenza anduvieron, no sólo por Aragón, sino también por Castilla, y cuánto han imitado de éstos los del norte de Francia. Este género de composiciones, tan predilecto entre los musulmanes de España, pudo tanto más fácilmente ser conocido de los provenzales, cuanto que también los judíos hicieron versos en forma de zéjel y de muwaššaha, y se sabe, por el Itinerario de Benjamín de Tudela, las muchas y frecuentes relaciones que había entre los israelitas de España y los del sur de Francia.

Aun más claro se ve el camino por donde este modo de versificar pudo venir de los árabes a los españoles, en la vida y los cantares de Garci Ferranz, poeta castellano del tiempo de D. Juan I. Habiéndose enamorado este poeta de una juglaresa, morisca bautizada, o creyendo, más bien, que era muy rica, obtuvo del rey el permiso para casarse con ella. Como, después de la boda, no encontrase los esperados tesoros, y se juzgase deshonorado por un enlace tan desigual, abandonó la corte, se fue a hacer vida de ermitaño y compuso en el yermo muchos cantares penitentes. Sin embargo, su ánimo intranquilo no le dejó descansar allí. Pronto, con el intento de ir en peregrinación a Jerusalén, se embarcó con su mujer para Málaga, que aún era tierra de moros; allí se detuvo algún tiempo, y al cabo fue a establecerse en Granada, con su mujer y sus hijos. Ya en aquella capital del Islam, se hizo musulmán, se enamoró de una hermana de su mujer, y se casó también con ella, siguiendo la costumbre de su religión nueva. Trece años más tarde, pobre y con muchos hijos, se volvió a Castilla, donde se hizo de nuevo cristiano. Un poeta español, que estuvo casado con una cantadora arábiga, y que vivió tantos años entre los moros, no es de admirar que llegara a familiarizarse con la poesía arábiga y que la imitara en sus obras. Así es que se encuentran entre ellas muchas muwaššahas, una de las cuales ofrece la extraña circunstancia de ser un canto cristiano de devoción.

El Cancionero de Baena, las obras del Marqués de Santillana, en suma, todas las colecciones de los antiguos poetas de Castilla están llenas de composiciones semejantes en su estructura a las ya mencionadas del Arcipreste de Hita y de Garci Ferranz, denotando que son como las muwaššahas arábigas. También las imitaron los españoles por aquella otra manera, según la cual, no ya una sola rima se repite, sino toda una combinación de rimas. Presentaremos un ejemplo. De Abu-l-Hasan es esta muwaššaha arábiga:

Cabe arroyo cristalino,
bajo una verde enramada,
con música, amor y vino,
el censor me importa nada.
Mientras la juventud dura,
del placer sigo el sendero:
con aquel que me censura
justificarme no quiero.
Vino en el vaso fulgura,
y ya en el cercano otero
mueve el viento matutino
la viña de uvas cargada,
que promete dulce vino,
pronto en sazón vendimiada.
No debiera el tiempo huir,
que estoy con mi niña bella;
o cerca de ella vivir,
o suspirando por ella;
quíéranos de nuevo unir,
propicia al amor, mi estrella.

Vago color purpurino
deja la huella estampada
en su rostro peregrino,
de mi beso y mi mirada.

Véase ahora una serranilla del Marqués de Santillana, que se parece en la combinación de los consonantes a la anterior muwaššaha:

Mozuela de Bores,
allá de la Lama
pusom'en amores.

Dijo: Caballero,
tiratvos afuera,
dejat la vaquera
pasar al otero;
ca dos labradores
me piden de Frama,
entrambos pastores.

«Señora, pastor
seré si queredes:
mandarme podedes
como a servidor.
Mayores dulçores
será a mí la brama
que oír rui señores».

Así concluimos
el nueso proceso,
sin facer exceso,
e nos avenimos:
e fueron las flores
de cabe Espinama
los encombridores.

Por último, debemos decir aquí que poseemos un zéjel en castellano, recientemente publicado, en cuyo epígrafe se declara terminantemente que está traducido del árabe. Forma parte de las poesías moriscas y es en elogio del Profeta.

Donde se trata de la relación entre la poesía oriental y la occidental, no es posible dejar de hablar de la Historia de las guerras civiles de Granada, de Ginés Pérez de Hita. Que esta obra dista mucho de ser una traducción, y menos aún una traducción literal del árabe, es cosa evidente. La alusión a los cronistas cristianos, el empleo de la mitología de los antiguos, a que los árabes fueron siempre extraños, y otras varias señales lo denotan. Con todo, me atrevo a contradecir la opinión, tan a menudo anunciada, que supone que esta obra es una invención literaria, una novela de un autor cristiano, cuyo contenido es de mera fantasía. No sólo sostengo que lo esencial de esta obra está fundado sobre hechos históricos, que se han transformado en leyenda al pasar por la boca del vulgo, sino también que el autor ha traducido o imitado en parte originales arábigos, aunque muy libremente.

Expondremos aquí primero los principales rasgos de esta famosa narración, celebrada por los poetas de todos los países, según se encuentra en Pérez de Hita, que es la versión más antigua. En la corte del rey Boabdil (así y aún peor se había adulterado el nombre de Abu Abd Allah) había enemistad entre las dos ilustres familias de los abencerrajes y los zegríes. Un torneo en la plaza de Bivarrambla, en el cual aquellos vencieron a éstos, encendió más los celos entre unos y otros, e hizo imaginar a los vencidos una traición para vengarse de sus rivales. Un zegrí acusó a los abencerrajes de estar en inteligencia con los cristianos, y a un caballero de aquella estirpe, llamado Ibn al-Hamat, de tener relaciones amorosas con la reina. Con motivo de esta calumnia, Boabdil atrajo a los abencerrajes a la Alhambra por medio de una astucia, y allí, en una sala que está junto al patio de los Leones, los hizo decapitar a todos, salvo algunos, que lograron fugarse. La reina fue condenada a morir en una hoguera. En el día designado para el cumplimiento de esta sentencia aparecieron cuatro caballeros cristianos como campeones de la calumniada, cuya inocencia demostraron en solemne combate contra los traidores zegríes.

En toda esta historia debe presumirse que el combate de los caballeros cristianos por el honor de la reina es una invención del autor español; pero en lo demás se reconoce un fondo de verdad histórica, si bien envuelto en el velo de la leyenda. Hubo sucesos, no en la corte de Boabdil, sino en la de su padre Abu-l-Hasan, que sirvieron de base a la narración susodicha. Según el historiador Mármol Carvajal (que era natural de Granada, que escribió antes de Pérez de Hita, y que a menudo se apoya en dichos y noticias de moriscos ancianos) enamorado el viejo rey Abu-l-Hasan de una renegada, a quien los árabes llaman Zoraya, esto es, la constelación de las siete estrellas o pléyades, y los cronistas españoles doña Isabel de Solís, se separó de su mujer Aixa, e hizo degollar a los hijos de ésta en una taza de mármol de la sala que está junto al patio de los leones, a fin de asegurar la sucesión del trono a los hijos de Zoraya. Aixa procuró la fuga de su hijo primogénito Abu Abd Allah, haciendo una como sogá de vestido de mujer, atados unos a otros, por donde se desprendió su hijo desde la torre de Comares. Desde allí fue el fugitivo a salvarse en Guadix, escoltado por muchos caballeros de la estirpe de los abencerrajes, los cuales aborrecían al rey, porque el rey había hecho matar a algunos de su familia. El pretexto que tuvo Abu-l-Hasan para cometer este crimen fue que una de sus hermanas fue seducida por un abencerraje. Estos sucesos excitaron en los habitantes de Granada tal odio contra el rey, que llamaron de Guadix a su hijo primogénito, allí refugiado, y le aclamaron rey. En todas estas circunstancias Mármol conviene sustancialmente con la narración histórica de Maqqari. El historiador arábigo da también noticia del amor de Abu-l-Hasan por Zoraya, de la fuga de sus hijos, y de los partidos que se levantaron entre sus súbditos, siguiendo unos a los hijos

de su esposa legítima, y otros favoreciendo a los de Zoraya. Asimismo refiere Maqqari que Abu-l-Hasan había hecho matar a algunos de los más notables capitanes de su ejército.

Puede inferirse de aquí que dos crímenes sangrientos del viejo Abu-l-Hasan se han juntado en uno solo, que Pérez de Hita atribuye a Boabdil, y que una aventura amorosa de la hermana de Abu-l-Hasan se supone ocurrida a la mujer del hijo.

La historia del asesinato de los abencerrajes tiene, pues, por fundamento un hecho histórico, si bien en sus pormenores ha tomado un carácter fabuloso. El hecho de que los caballeros fueron llamados uno a uno al palacio y degollados, recuerda mucho una antigua historia o tradición oriental sobre la degollación de la tribu de Temin por un rey de Persia. Ya en España se había localizado esta leyenda, pues los historiadores arábigos refieren un caso idéntico, ocurrido en Toledo, en el siglo XI, bajo el reinado de al-Hakan. Mucho tiempo hacia, dice la narración, que los habitantes de la mencionada ciudad se mostraban rebeldes a los mandatos del príncipe. Para domar esta resistencia apeló al-Hakan a una espantosa astucia. Su hijo Abd al-Rahman fue mandado por él a Toledo, donde, después de haberse ganado la confianza de los habitantes con afabilidad y buenos modos, convidó a una fiesta a los más notables de la ciudad. En gran número se presentaron los convidados a la puerta del palacio, a la hora convenida; pero no a la vez, sino uno en pos de otro, se les permitió la entrada. Conforme iban entrando por la puerta principal, los caballos en que habían venido eran conducidos a otra puerta, que daba a la espalda del palacio, para que, como se dijo, aguardasen allí a sus dueños. Pero en el patio del palacio, al borde de un hoyo o zanja, estaban los verdugos, que cortaban la cabeza a cada uno de los que entraban. Este horrible degüello duró lo bastante para que cinco mil y trescientas víctimas perdiesen allí la vida. Cuando pasaron algunas horas, advirtió un toledano que ninguno de los convidados salía por la puerta de atrás, y comunicó a otros sus sospechas. Entonces, mirando hacia lo alto, vio el vapor de la sangre derramada, que se alzaba sobre el edificio, y exclamó: «¡Ay! ese vapor, me atrevo a jurarlo, no proviene de los husmeantes manjares del festín, sino de la sangre de nuestros asesinados hermanos». Los circunstantes retrocedieron, llenos de terror, y Toledo, desde aquel punto, consagró una obediencia sin límites a los soberanos mandatos de los califas.

Como todas las circunstancias de esta narración concuerdan con las de la otra sobre la destrucción de la tribu Temin, y luego aparecen de nuevo en la del asesinato de los abencerrajes, bien se puede conjeturar que la antigua leyenda oriental se ha trasplantado por la tradición, primero a Toledo, y después a Granada, apoyándola sin duda en hechos históricos, a la manera que la antigua leyenda escandinava del tiro de la manzana se ha aplicado a la guerra de la independencia de Suiza.

La forma del libro de Pérez de Hita es enteramente la de las novelas o historias heroicas de los orientales. Así como, en los antiquísimos tiempos, los árabes tenían la costumbre de citar alguna poesía para testimonio de la verdad de cualquiera suceso que contaban, y de este modo intercalaron muchos versos en la prosa, ya en la historia de Antar, ya en la de Du-l-Hima, ya en otras, así también el autor español entretejió en su narración gran número de romances y cantares, en parte como adorno, en parte para que viniesen en apoyo de la certidumbre de sus noticias. En algunas particularidades se reconocen fácilmente los modelos orientales. Un par de ejemplos lo demostrará.

Véase el principio de una lamentación en prosa rimada, en la cual el poeta árabe Ibn al-Abbar deplora la suerte de Valencia: «¿Dónde está Valencia, con su laberinto de casas, con el arrullo y los besos de sus palomas, con el adorno de su Ruzafa y de sus puentes, con sus tesoros y el esplendor de sus victorias? ¿Dónde está al botín que hacía en la guerra, y su sol, que se alzaba resplandeciendo de los mares? ¿Dónde sus corrientes arroyos, orlados de guirnaldas de árboles frutales? ¿Dónde sus jardines, llenos de aroma y brillo? De su cuello, hoy sin ornato, se desprende la cadena de flores; su luz refulgente reposa ya en el seno de los mares». Compárese ahora con el siguiente pasaje del capítulo XIV de las Guerras civiles de Pérez de Hita: «¡Oh Granada! ¿qué desgracia te ha ocurrido? ¿Qué ha sido de tu elevación? ¿Qué de tu riqueza? ¿Qué de tus deleites, y tu pompa, combates, torneos y juegos de sortija? ¿Dónde están ahora tus regocijos y fiestas de San Juan, tus músicas acordadas y tus zambras? ¿Cómo se desvanecieron tus espléndidos y pomposos juegos de cañas, y los cantares sonoros, que se oían de mañana en los jardines del Generalife? ¿Qué fue de aquellos trajes guerreros y brillantes de los valerosos abencerrajes? ¿Qué de las ingeniosas invenciones de los gazules? ¿Qué de la bizarría y destreza de los alabeses? ¿Qué de las lujosas vestiduras de los zegríes, gomeles y mazas? ¿Qué fue, por último, de tu nobleza toda? ¡Todo lo veo trocado en tristes lamentos, en dolorosos suspiros, en cruda guerra civil, y en un mar de sangre, que corre por tus calles y plazas». Puede tenerse por seguro que a este texto español ha servido de modelo otro árabe, aunque su colorido oriental está algo empañado.

Del mismo modo se piensa en un original árabe al leer el capítulo XVI, cuando Hita describe por vez primera el combate en las calles de Granada, y luego prosigue: «Al terminar aquella tempestad y civil contienda, un alfaquí o morabito hizo un largo razonamiento en la plaza Nueva, razonamiento que por haber salido de los labios de un varón tan respetado entre los de su secta, quiso el cronista árabe poner aquí». El razonamiento o discurso, que después inserta el autor, está en verso y tomado sin duda de un modelo árabe, si bien modificado al gusto de los españoles, suavizando un poco su carácter extraño. Tales improvisaciones son muy frecuentes entre los árabes; pero no se explica cómo un español que desconociese los escritos orientales acertaría a componerlas por el estilo.

Los muchos romances entretnejidos por Pérez de Hita en su narración son, por la mayor parte, de autores cristianos, y ya se encuentran casi todos en las más antiguas colecciones de romances. Es más: el autor mismo sostiene que, fuera del argumento general, no es su libro de origen árabe. Sólo de uno de aquellos romances, del que habla del paseo del rey moro por las calles de su capital, cuando le trajeron nuevas de la pérdida de la Alhama, dice expresamente lo que sigue: «Este romance fue escrito en árabe con ocasión de la pérdida de la Alhama, y era tan lastimero y triste en aquel idioma, que fue prohibido en Granada, porque cada vez que se cantaba, movía a gran dolor y tristeza». Los que tienen por imposible que la poesía española haya tomado nada de la árabe, consideran como una invención este dicho de Pérez de Hita. Pero, ¿con qué propósito había de haber afirmado tal cosa de esta poesía, y sólo de esta poesía, si en realidad no hubiese tenido presente un cantar árabe? Ni la afirmación de que los árabes fueron siempre extraños a la poesía narrativa podría aducirse aquí en contra del origen oriental, porque en el romance hay una viva pintura de la situación, donde el lirismo con que el dolor se expresa, deja por completo

en la sombra la parte narrativa. Sin duda que el poeta español no ha traducido literalmente el cantar arábigo (esto lo demuestra la mención de Marte, aunque Marte tenía entonces en verso castellano el mismo significado que guerra); pero el haber traducido en un romance el cantar no es razón en contra, pues poseemos otro romance que indudablemente está traducido. Hablo del que en el Romancero del Cid empieza Apretada está Valencia. Es una traducción de la elegía arábica, que ya hemos traducido en páginas anteriores, como Dozy lo advirtió antes que nadie. El romance dice:

¡Oh Valencia! ¡Oh Valencia,
digna de siempre reinar!
Si Dios de ti no se duele
tu honra se va a apocar,
y con ella las holganzas
que nos suelen deleitar.
Las cuatro piedras caudales
do fuiste el muro a sentar,
para llorar, si pudiesen,
se querrían ayuntar.
Tus muros tan preeminentes,
que fuertes sobre ella están,
de mucho ser combatidos,
todos los veo temblar;
las torres, que las tus gentes
de lejos suelen mirar,
que su alteza ilustre y clara
las solía consolar,
poco a poco se derriban,
sin podellas reparar;
y las tus blancas almenas,
que lucen como el cristal,
su lealtad han perdido,
y todo su bel mirar.
Tu río tan caudaloso,
tu río Guadalaviar,
con las otras aguas tuyas,
de madre salido ha; etc.

Del mismo modo que este romance está tomado de la traducción antigua castellana que del texto arábigo se conserva, pudo Pérez de Hita, en aquella historia sobre los últimos tiempos de Granada, compuesta en castellano por un judío, y a la que apela y se refiere, haber hallado en prosa la lamentación poética de los granadinos sobre la pérdida de Alhama, y haberla puesto en verso. Parece también que la otra versión que da de la misma poesía, así

como la ya contenida en el Cancionero de romances, son sólo diferentes arreglos del mismo cantar elegíaco de los árabes.

El original ha desaparecido; pero de que existían cantares populares arábigos de esta clase, acerca de la desgracia de Granada, y de que se conservaban entre la población musulímica de dicha ciudad, da testimonio un cantar que Argote de Molina oyó a los moriscos, y que cita en el texto arábigo vulgar. A fin de poner claro de qué modo es probable que los traductores o arregladores españoles refundiesen los cantares arábigos, voy a trasladar aquí dicho cantar en forma de romance. No me tomo, al traducirle, más libertad que aquella que es permitida generalmente en toda traducción poética:

Alhambra amorosa, lloran tus castillos,
¡oh Muley Vuabdeli! que se ven perdidos.
Dadme mi caballo y mi blanca adarga
para pelear y ganar la Alhambra.
Dadme mi caballo y mi adarga azul
para pelear y librar mis hijos.
Guadix tiene mis hijos,
Gibraltar mi mujer,
señora Malfata, hicísteme perder.
En Guadix mis hijos, y yo en Gibraltar,
señora Malfata, hicísteme errar.

Estos versos son sin duda de origen arábigo. Quizás un examen más detenido demostraría la verosimilitud de que muchos otros romances moriscos, así de los que van incluidos en las obras de Ginés Pérez de Hita como de los que hay en colecciones generales, proceden, en parte o en todo, de fuentes arábigas. Así, por ejemplo, el de la muerte de los abencerrajes, que empieza:

En las torres del Alhambra
sonaba gran vocería,
y en la ciudad de Granada
grande llanto se hacía,
porque sin razón el rey
hizo degollar un día
treinta y seis abencerrajes
nobles y de gran valía.

Lo mismo puede afirmarse de los lamentos de Boabdil por la pérdida de su reino, en un romance de Sepúlveda, que manifiesta ser refundición de otro más antiguo:

¡Oh mi ciudad de Granada,
sola en el mundo y sin par,
donde toda la morisma
se solía contigo honrar! etc.

Lo cierto es que apenas se concibe que los cristianos españoles, que debían estar llenos de orgullo y de alegría por las victorias conseguidas sobre los infieles, se hiciesen eco, de una manera tan sentida, de los lamentos del pueblo vencido y despojado. De aquí se puede inferir que las poetas españolas poseían, por medio de los moriscos, cantos populares arábigos, y que con más o menos libertad, los trasformaron en romances.

Aún poseemos, de Alonso del Castillo, mahometano convertido, muchas traducciones españolas de poesías arábigas, como, v. gr., una elegía al rey Abu-l-Hayyan de Granada, y una lamentación sobre los infortunios de los musulimes. Estas traducciones en prosa son las que Mármol Carvajal ha publicado; y sin duda que otras por el estilo, o bien interpretaciones orales, pueden haber sido puestas en romances por los españoles. Por otra parte, como los moriscos compusieron muchos versos en lengua española, según lo demuestra un considerable número de ellos que se conservan aún, no es de extrañar que no sólo en árabe, sino también en castellano, compusiesen o reprodujesen cantares sobre los sucesos de Granada.

Pero ya debo terminar esta cuestión, que me ha llevado por largo espacio más allá de los límites de este escrito, mas no sin advertir antes lo siguiente, a fin de evitar toda equivocación, Yo no afirmo en manera alguna que la forma del romance sea de origen arábigo; antes entiendo que es exclusivamente castellana. El mayor número de los romances españoles está del todo exento de influjo oriental. Mi afirmación se limita sólo a sostener que algunos de dichos romances, pongo por caso aquel en que se pinta a Granada como una novia pretendida por varios amantes, son refundiciones de cantares arábigos, y otros parece en extremo verosímil que lo sean. Por último, a los que sostienen que la poesía arábica es esencialmente lírica, y que, por lo tanto, no tiene afinidad alguna con los romances, les debo recordar lo dicho en el capítulo anterior acerca de la poesía popular y narrativa de los árabes. Conviene notar asimismo que si los romances son poesía épico-lírica, a menudo el carácter lírico prevalece en ellos. Haré notar, en fin, que algunos versos de una composición de poesía erudita arábica, la ya citada a la batalla del Wadi Salit, o Guadalete, no distan tanto de la manera de los romances, que no puedan compararse con ellos. Es curioso comparar dicha composición con un antiguo romance español que describe un caso parecido. Aunque el romance español, es, por lo menos, seis siglos posterior a la poesía arábica, la cual pertenece al siglo IX, no parece inverosímil que el romance tenga en sí alguna reminiscencia de origen oriental:

¡Río-verde, Río-verde!
¡Cuánto cuerpo en ti se baña
de cristianos y de moros
muertos por la dura espada!
Y tus ondas cristalinas
de roja sangre se esmaltan;
que entre moros y cristianos
se trabó muy gran batalla,
murieron duques y condes,
grandes señores de salva;
murió gente de valía
de la nobleza de España; etc.

Del mismo modo que en España, se mezcló en Sicilia la cultura cristiana con la musulímica. Ya hemos mencionado cómo los reyes normandos sostenían su palacio y corte de Palermo al uso de los príncipes orientales, cómo se rodeaban de mahometanos, y cómo adoptaron el idioma arábigo para lengua oficial. A fines del siglo XII, Ricardo de Inglaterra y Felipe Augusto hallaron a Mesina en gran parte poblada aún por sarracenos, quienes tenían en sus manos toda la riqueza. Cuando de resultas del enlace de la princesa Constanza, de la casa de Hauteville, cayó la isla en poder de los Hohenstaufen, y Enrique VI vino a Sicilia a tomar posesión de su nuevo reino, era tan grande la población musulímica, que Falcando, el acérrimo enemigo de los alemanes, pudo decir: «¡Ojalá que los caudillos de cristianos y sarracenos se concertasen entre sí, olvidasen por un momento sus rivalidades y odios, y se eligiesen un rey, bajo cuyo cetro aunasen sus fuerzas! Entonces los alemanes, arrojados por el pueblo todo, pronto se verían forzados a volverse a sus selváticas comarcas del Norte». En Palermo, en medio de una población aún casi mahometana, en los salones de los alcázares normando-sarracenos, se crió nuestro grande emperador Federico II. La lengua arábigo le era familiar desde la niñez. Su grande espíritu volaba con predilección, desde la estrechez y limitación monástica de su época, a los claros reinos del Oriente, de cuya elevada cultura científica le hacia digno aquella gran libertad de pensar que entonces sólo se hallaba entre los mahometanos. Un árabe de Sicilia, que le había enseñado la dialéctica, le acompañó en su peregrinación a Jerusalén, y él se deleitó, durante su permanencia en la ciudad santa, con notable escándalo de las personas piadosas, en discusiones filosóficas con los sabios mahometanos y con el embajador de Saladino. Más tarde dirigió Federico II a un filósofo arábigo-hispano, llamado Ibn Sabin, una serie de preguntas metafísicas sobre el ser de la Divinidad, las categorías, la naturaleza del alma, la existencia del mundo desde la eternidad o su creación, etc, etc. El filósofo respondió en un tratado, que se conserva aún, lleno de tanta escolástica sutileza, y de tal dificultad, así por la forma como por el contenido, que se requiere para entenderle el más profundo conocimiento de la lengua arábigo.

Hasta en la corte del Emperador se mostraba esta predilección por el Oriente. En sus palacios se veían astrólogos de Bagdad con luengas barbas y rozagantes vestiduras, judíos que percibían crecidos sueldos por traducir obras arábicas, bailarines y bailarinas sarracenos, y moros que, en las fiestas solemnes, hacían resonar trompetas y añafiles de plata. Jóvenes a quienes Federico, así para fines científicos como para que llevaran su correspondencia, había hecho aprender las lenguas de Oriente, conversaban con facilidad con los orientales en sus propios idiomas. Y árabes que el Emperador había sacado de Sicilia y de Apulia, donde principalmente tenían por residencia las ciudades de Lucera y Nocera, formaban en gran parte su ejército en su guerra contra la Santa Sede. Esta inclinación a los musulimes fue el principal punto de acusación contra él en el concilio de León de Francia, y el Papa le declaró pagano; que no edificaba monasterios, sino ciudades mahometanas; que respetaba los usos y costumbres de los infieles y que tenía trato íntimo con mujeres sarracenas.

En todo siguió las huellas de su padre el valeroso y amable Manfredo, a quien sus enemigos llamaban el sultán de Nocera. Para su uso escribió el sabio árabe Yamal al-Din un manual de lógica. Este mismo Yamal al-Din, que vino a su corte como enviado del Sultán de Egipto, hace una pasmosa pintura del carácter completamente oriental de cuanto al joven príncipe rodeaba. Recuerda primero que el mismo príncipe era hijo del emperador Federico, que había sido tan íntimo amigo del sultán Malik al-Karnil. Después pinta a Manfredo, que tan honrosamente le había recibido, como muy entendido, discreto y apasionado por las ciencias, y asegura que sabía de memoria los diez libros de Euclides. Su séquito, añade, se componía en su mayor parte de mahometanos, y en su campamento se oían en las horas prescritas las voces llamando a la oración, según la costumbre musulímica. La ciudad donde le había recibido Manfredo, cuando vino de embajador, estaba a cinco jornadas de Roma, y no lejos de ella había otra ciudad, llamada Lucera, cuyos habitantes, todos musulimes, tenían el libre uso de su religión y culto. Este Manfredo, a causa de su predilección por los mahometanos, estaba perseguido y descomulgado por el Papa, que era el califa de los francos, y la misma suerte había cabido ya a su hermano Conrado y a su padre Federico, en castigo de su inclinación al Islam.

Tanto Federico cuanto Manfredo eran grandes amigos de la poesía. En los palacios napolitanos y sicilianos del primero había muchos cantores, trovadores y judíos, y en Palermo reunía en torno suyo un círculo de poetas, cuyas obras se leían bajo su presidencia y eran premiadas según su mérito. Del mismo modo, la corte de Manfredo era el punto de reunión de innumerables cantores, músicos y poetas, y el joven príncipe, según refiere Mateo Spinello, recorría a menudo de noche las calles de Barletta, cantando canciones y estrambotes. En esto lo acompañaban dos músicos sicilianos, que eran grandes romanzatori. Si se tiene en cuenta, además, que ambos, padre e hijo, según el autor antes citado, sin duda poseían por completo la lengua arábica, que lo mismo se puede afirmar de la mayor parte de los italianos de su séquito, que se habían educado, como ellos, entre las ruinas de la civilización mahometana en Sicilia, y que, por último, gran parte de este séquito estaba compuesto de sarracenos, se debe tener por imposible que la poesía arábica fuese enteramente desconocida de ellos y de su corte. La poesía está íntimamente enlazada con toda la vida de los árabes, de suerte que quien vive largo tiempo con ellos y entiende su lengua, por necesidad debe saber de su poesía. Los cronistas que sólo de paso dan tales noticias, no dicen a la verdad claramente a que nación pertenecían los cantores de la corte

de los Hohenstaufen en Palermo y en Nápoles, pero todo induce a pensar que, a más de italianos, alemanes y provenzales, los había sarracenos. De que se oían cantares arábigos en el palacio imperial de la casa de Suavia, da además testimonio un pasaje de Mateo de París, donde se cuenta la visita que Ricardo de Cornwall hizo a Nápoles a su cuñado Federico II. Ricardo encontró en una sala del palacio a dos muchachas sarracenas, que bailaban y cantaban tocando el adufe.

La corte semiarábica de Federico II, en Palermo, tuvo la gloria, universalmente reconocida, de haber sido la cuna de la poesía italiana. El mismo gran Emperador, sus dos ilustres hijos Manfredo y Enzo, su canciller Pedro de la Viña, y los cantores sicilianos que en torno de ellos se reunían, fueron los primeros que poetizaron en el dialecto del pueblo. Dante dice además, en su escrito *De vulgari eloquentia*, que todo lo que los italianos produjeron en verso se llamaba siciliano, y Petrarca asegura que la rima había pasado de Sicilia a Italia. Los primeros cultivadores de este arte, como ya queda dicho, tuvieron muchas ocasiones de oír a los cantores arábigos, y como entendían bien su lengua, bien puede conjeturarse de tales indicios que la poesía italiana tuvo en sus orígenes relaciones con la oriental. El trato entre ambos pueblos, que en España duró siglos, se rompió, a la verdad, más temprano en Sicilia; pero consta de una carta del Petrarca que aún en su tiempo se oían los versos arábigos en su país. Este poeta, que por lo demás parece que no entendía el árabe, aunque juzgaba hartamente desfavorablemente la poesía arábica, escribe a su amigo el médico Juan Dondi: «Te ruego que no me hables tanto de tus árabes: a todos juntos los detesto. Sé que entre los griegos han vivido muy doctos y elocuentes varones. Muchos filósofos y poetas, grandes oradores y egregios matemáticos han nacido entre ellos, y aun los primeros padres de la medicina. Pero tú debes saber de qué género son los médicos de los árabes. Lo que yo sé es cómo son sus poetas. Nada puede imaginarse más muelle, más enervado, más inmoral ni más lascivo. Apenas puedo persuadirme de que algo bueno nos haya venido de los árabes, aunque vosotros, los eruditos y sabios, los llenáis de grandes y, a mi ver, innmerecidas alabanzas».

Si hojeamos ahora las colecciones de antiguos poetas italianos, se ha de confesar que difícilmente hallaremos en ellas imágenes o pensamientos que revelen un indudable origen arábigo, pero en cambio encontraremos muchas poesías que tienen la forma del zéjel y de la muwaššaha. Principalmente sorprende notar en los cantos espirituales del contemporáneo del Dante, del piadoso Jacopone da Todí, la misma forma de versos que usaban los mahometanos para cantar las alabanzas de Alá y los terrores del día del juicio. Una pequeña poesía, donde declara Jacopone su resolución de abandonar el mundo, y que tiene la forma de un zéjel, le abrió las puertas del convento de los franciscanos:

Oíd el nuevo desatino
que allá en la mente imagino,
porque mal la vida empleo,
tan sólo morir deseo,
y el mundano devaneo
dejar por mejor camino.

Otro cantar de la misma forma empieza así:

En la paz del cielo mora
quien la pobreza enamora.
va por la segura senda
sin envidia ni contienda;
no teme que nadie venda
o robe lo que atesora; etc.

También entre las obras de Ser Noffo, de Dante de Majano y de otros líricos de Italia en el siglo XIII, se hallan poesías, con el título de canzone, que empiezan con una estrofa corta y donde terminan siempre con el mismo consonante las demás estrofas más largas. Esta estructura tienen casi todas las canzoni a ballo de Lorenzo de Médicis. Lo mismo se advierte en la gran colección de antiguos cantares carnavalescos.

En la señal de que la rima del tema vuelve siempre al fin de cada estrofa concuerda asimismo la ballata de los italianos con los dos ya tan a menudo citados géneros de poesía popular árabe. Las poesías provenzales que llevan el mismo nombre no tienen dicha forma. Casi todos los poetas de los dos primeros siglos de la literatura italiana, como Lapo Gianni, Guido Cavalcanti, Dante, Petrarca y Boccaccio, han compuesto semejantes ballate.

En todos estos casos es indudable, a mi ver, la imitación por los italianos de aquella forma oriental, la que debió de llegar a ellos por tradición de los cantores sicilianos, quienes inmediatamente la tomaron de los árabes. El que no aparezca tal forma en los pocos cantos que aún se conservan de la corte de Hohenstaufen no es objeción suficiente. Pero aunque esta objeción se pusiera, todavía se señalaría otro camino por donde dicha forma hubiese podido venir de África o de España a Italia. Las relaciones entre los judíos andaluces y los italianos tenían además no pocas ocasiones de tratar directamente con los musulimes. Ya en el siglo IX se habían establecido numerosos musulimes en los principados de Benavento y de Salerni, y habían en parte abrazado el cristianismo. Otros como el sabio Constantino Africano, que fue monje de Salerno, y un príncipe de la casa soberana de Bujía, arrojados de su patria, desde el siglo X al XII, por las discordias civiles que desolaron las tierras musulímicas, buscaron un refugio en Italia; y otros, por último, en mayor número, vinieron por negocios de comercio a los puertos de Italia, y aun se establecieron allí. Así en los anales de Pisa y de Génova aparecen muchos nombres de familias árabes, y en Pisa hubo un barrio entero habitado por mahometanos. También, por medio de las factorías que Venecia, Pisa, Amalfi y Génova poseían, no sólo en Siria y en Egipto, sino en otros países sujetos al Islam, se mantuvo con los árabes un comercio constante. Por todos estos canales

pudo muy bien confluír en Italia el conocimiento de la forma de la muwaššaha, que después imitó.

Sé que esta última afirmación, así como la primera respecto a España, puede ser vivamente combatida. Se puede alegar que la misma forma se halla en alguna que otra poesía de la lengua d'Oc y aun de la lengua d'Oil, y tal vez en algún fragmeno latino de la Edad Media. Pero a esto respondo lo antes ya dicho. Aun en el caso referido, sería sólo valedera y firme la opinión de que se había tomado de los árabes la muwaššaha, entre quienes estaba en uso desde el siglo IX. No se disputa la posibilidad de que los italianos y los españoles, en vez de tomar esta forma de otros pueblos, la hubiesen inventado; pero esta forma tiene un carácter tan marcado, que si se negase que las naciones cristianas la han tomado de los árabes, entre los cuales es tan antigua y tan propia, suponiendo que la han hallado por sí, no se podría afirmar tampoco ninguna otra transmisión literaria de pueblo a pueblo, ni se podría impugnar a los que sostuvieron que, en vez de haber los italianos transmitido el soneto a las otras naciones, cada uno halló por sí el soneto.

- XV -

Del arte, y especialmente de la arquitectura de los árabes españoles hasta el siglo XIII

En todas las historias del arte se halla la afirmación de que la escultura y la pintura han sido siempre extrañas a los árabes; de que la prohibición de las imágenes, hechas por Mahoma, secó en germen dichas artes, y entre las del dibujo no dejó más que la arquitectura a los pueblos del Islam. Pero por muy universalmente difundida que pueda estar esta opinión, siempre parece infundada a quien ha estudiado un poco la literatura y la historia del Oriente. Por lo tocante a la supuesta prohibición, no puede citarse y alegarse otro pasaje del Corán que el siguiente de la sura V: «¡Oh creyentes, en verdad que el vino, las estatuas y los juegos de azar son abominables!» Sobre el sentido de esta sentencia han prevalecido muy diversas opiniones entre los comentadores, y las más de las veces se han entendido sólo que se trataba de los ídolos. Es cierto que se cuentan entre los dichos del Profeta, los cuales se han transmitido por la tradición oral, y nunca han alcanzado una autoridad completa, muchos otros que desaprueban la representación de seres vivos; pero nunca ha subsistido semejante precepto religioso; nunca han sido terminantemente prohibidas las imágenes, ni aun de la misma figura humana, como, por ejemplo, lo ha sido el beber vino. Y ¿qué ha ocurrido con esta última prescripción, tan reiteradamente inculcada en el Corán? Ya los poetas cortesanos de los omíadas de Damasco hicieron del vino el asunto principal de sus cantares; y aun cuando siempre se encontraban rigoristas que huían de este deleite, bien puede afirmarse que, en general, los mahometanos de todos los países mostraron desde el principio una predilección disoluta por este licor y se dieron a él sin recelo. También las

canciones, la música y la danza están condenadas por el Corán y por las sentencias orales del profeta, y sin embargo, los tocadores de cítara, los cantores y las bailarinas, desde antes que terminase el primer siglo de la Égira, llenaban los palacios de los Califas, y ni en las cortes ni entre el vulgo había fiesta donde ellos no asistiesen. Lo cierto es que los musulimes, desde los primeros tiempos, sólo han observado estrictamente aquellos preceptos de su religión que se avenían cómodamente y estaban en consonancia con sus inclinaciones. Nunca pasó por un artículo de fe que debieran abstenerse los musulimes del uso de imágenes, y si bien había contra ellas cierta preocupación entre los más rígidos creyentes, esto no impidió que se usasen desde el comienzo del Islam. Los califas omiadas Muawiya y Abd al-Malik hicieron acuñar monedas, en las cuales están representados de cuerpo entero y con la espada ceñida. Chomarujah adornó una sala suntuosa, toda cubierta de oro y azul, de su palacio en el Cairo, con su propia efigie en estatua y con las de sus mujeres y cantarinas. Estas figuras eran de madera, muy esmeradamente esculpidas, y pintadas con vistosos colores: en las cabezas tenían coronas de oro purísimo y turbantes que resplandecían con piedras preciosas. Era muy común hermohear con figuras los tapices, cuyo uso estaba muy extendido por todo el Oriente. Los fatimitas los poseían con retratos de reyes, de varones célebres y aún de dinastías enteras; en las paredes de sus tiendas se veían figuras de hombres y de animales y en sus tesoros se guardaban vasos de porcelana, que se sostenían sobre piernas de animales, artísticamente formadas, y otros donde brillaban esmaltadas imágenes de seres vivos de toda laya, como caballeros con yelmos y espadas. Las estatuas que se hacían en la fábrica del Cairo representaban gacelas, leones, elefantes o jirafas. En los festines se presentaban estas figuras con los manjares, y sólo el primero de los cadíes y los jueces se abstenían de este adorno de la mesa a fin de no dar, escándalo contra la ortodoxia. Un celoso protector de las artes del dibujo fue el visir Bazuri o Jasuri, el cual vivió a mediados del siglo IX de nuestra era, en la corte del califa Mustazhi. Jasuri tenía grande afición a las pinturas y a los libros con miniaturas. Entre los artistas que atrajo a su lado y empleó en su servicio fueron los más famosos los pintores Kaszhir e Ibn Abd al-Aziz. Éste había venido del Irak al Cairo; pero Kaszhir era egipcio, aunque tan superior en mérito a los demás pintores compatriotas suyos, que se hacía pagar un precio enorme por cada una de sus obras. Entre los dos era natural que hubiese, y había en efecto, gran rivalidad. Una vez, encontrándose ambos con otros convidados en los salones del visir, ofreció Ibn Abd al-Aziz pintar una figura que apareciese como saliendo fuera de la pared, y Kaszhir, por el contrario, se comprometió a pintar otra, en competencia, que hiciese el efecto de ir internándose por la pared. Todos los presentes declararon que lo último era una obra de arte más difícil, y ambos pintores, requeridos por el visir, empeñaron su palabra para hacer lo prometido. Kaszhir pintó en un lienzo de pared una bailarina con vestidura blanca, la cual parecía que penetraba en el muro a través de un arco negro. Ibn Abd al-Aziz, en competencia, pintó otra bailarina con vestidura encarnada, que producía la ilusión de salir fuera del muro a través de un arco amarillo. Contentó de tal suerte al visir la perfección con que ambas pinturas fueron terminadas, que regaló a ambos artistas sendos trajes de honor y una considerable suma de dinero. El califa Ibn Hakan Allah hizo edificar un mirador y pintar en él retratos de poetas. Sobre cada retrato se escribieron versos del poeta a quien representaba. En el Dar al-Numan, en el Cairo, había una pintura del artista al-Kutama, que representaba a Josef en el pozo. Era de maravillar la viveza de colorido con que el cuerpo desnudo sobresalía en el fondo oscuro del pozo. Como los ejemplos aducidos hasta ahora son, en su mayor parte, de Egipto, en tiempo de los fatimitas, tal vez pueda alguien creer que sólo bajo aquella dinastía herética faltaron tan descaradamente los

mahometanos a las prescripciones del Islam; pero ¿no hemos visto ya que un príncipe de la antigua dinastía de los tulonitas mandó hacer estatuas icónicas de él y de sus mujeres? Puede añadirse que en el palacio de Ahmad Ibn Tulun había una puerta, llamada de los Leones, porque delante de ella había dos figuras de leones. Pero no sólo de Egipto, sino de muchos otros países, puede afirmarse lo mismo. En un vaso, fabricado en Mesopotamia en el siglo XIII, están representados cazadores a caballo, con halcones en la mano, toda clase de fieras, y músicos, cantores y bailarines. El pintor Ibn Abd al-Aziz, como ya hemos mencionado, fue llamado del Irak a Egipto. En uno de los cuentos de Las mil y una noche se dice de una casa de Bagdad: «En medio del jardín había un muro, pintado con todo género de imágenes, como, por ejemplo, con las de dos reyes que peleaban; y además había otras muchas pinturas, como hombres a pie y a caballo y pájaros dorados». Al-Maqrizi cita una obra suya, que probablemente se ha perdido, sobre las clases o escuelas de pintores. Ibn Battuta vio en el palacio de un príncipe del Asia Menor, una fuente que descansaba sobre leones de bronce que echaban agua. Refiere el mismo autor que en África Oriental había un rey mahometano, el cual, siempre que iba a la mezquita, hacía que llevasen sobre su cabeza cuatro baldaquines o palios, cada uno de los cuales estaba adornado con la imagen dorada de un pájaro. Por último, los manuscritos arábigos suelen contener con frecuencia miniaturas donde se pintan las más variadas situaciones de la vida.

Así es el manuscrito Sentencias políticas del siciliano Ibn Zafir, perteneciente a la biblioteca del Escorial, el cual está adornado con pinturas, ya de reyes, generales y jurisconsultos, ya de reinas con corona y pomposas galas, descansando sobre orientales alcatifas, ya de monjes con sus hábitos, y ya de obispos en toda la pompa sacerdotal, con mitra y con cruz. También no pocos ejemplares de las Sesiones del Hariri tienen que lucir muchas pinturas, las cuales ilustran los diversos capítulos de la novela, ora representando una recepción en la corte del califa, ora un mercado de esclavos, ora el descanso de una caravana en el desierto, ora una asamblea de sabios.

Ningún obstáculo exterior se oponía tampoco al desenvolvimiento de la pintura y de la escultura. Si ambas artes, a pesar de todo, permanecieron en un grado inferior de florecimiento, el motivo debe buscarse en otra razón. Tal vez dependa ésta, menos de la abstracta naturaleza del Islam y de su monoteísmo desnudo de toda imagen, que de aquella falta intrínseca en el espíritu de los árabes, la cual, a pesar de todas sus brillantes dotes, les ha impedido también llegar a un más alto desarrollo en aquellas formas de la poesía que describen y representan figuras. Las creencias del Corán, así como la historia del Profeta y de sus primeros prosélitos, hubieran podido prestar lucidos asuntos para la pintura. Imagínese, por ejemplo, la felicidad de los elegidos en el paraíso entre los brazos de las huríes oji-negras, representada por el pincel de un Tiziano muslim, o las penas de los condenados, representadas por un Rembrandt. Pero los árabes se diría que no ven los objetos del mundo exterior con claros y determinados contornos, sino envueltos en una niebla luminosa, que desvanece y esfuma las líneas, haciendo que ni se sienta el deseo de darles forma consistente. Cuando los árabes quieren describir escenas de la naturaleza o de la vida humana, muestran mucho más la impresión que de ellas han recibido que lo que han visto realmente; por lo que sus descripciones carecen tanto de seguridad y firmeza en los perfiles, cuanto se distinguen por un brillante colorido. La aptitud para comprender y reproducir la fisonomía propia de cada objeto es un requisito capital para cualquiera que anhele representarle con el pincel o con el cincel. Se ha menester asimismo el don de

comprender un objeto en su conjunto, y todas sus partes en relación con él; y en este punto no están los árabes dichosamente organizados, prevaleciendo en ellos la inclinación a fijarse en particularidades, cuya relación y armonía desatienden. En todo esto están los árabes y los demás pueblos semíticos en marcadísima contraposición con los griegos. Así como a éstos les fue concedida en alto grado la virtud plasmante, y pudieron dar forma sensible a cada uno de los sueños de una fantasía con claridad, firmeza, perfecta y arreglada medida y sujeción armónica de las partes al todo, calidades que resplandecen en sus obras de arte o de poesía, así los árabes, comprendiendo el mundo exterior de un modo subjetivo, no tuvieron la inteligencia de los contornos y líneas, de las superficies y del conjunto, por lo que nunca lograron elevarse más allá de los principios, ni en pintura, ni en escultura, ni en poesía épica ni dramática.

La misma condición natural de la mente no consintió que los árabes compitiesen en arquitectura con los pueblos que han creado las más altas formas de aquel arte. En la traza de un gran plan, en la sujeción de todas sus partes a un pensamiento dominante, quedaron muy por bajo, así de los autores de los antiguos teatros, templos, hipódromos y termas, como de los artífices que hicieron las catedrales góticas. Sin embargo, como la arquitectura no exige la penetración de extrañas individualidades, ni la inteligencia y la reproducción perceptible de determinados fenómenos de la vida, este arte abrió a las facultades de los árabes un campo más apropiado. Si bien sus fuerzas no les suministraban los medios conducentes a crear un conjunto armónico, todavía en este arte lograron mostrar su propensión y su talento a la primorosa ejecución de los pormenores. Los árabes han creado obras de arquitectura que, si bien en el todo no contienen un plan extenso y perfecto ejercen un poderoso encanto por la graciosa maestría, la armoniosa forma y la exuberante riqueza de los detalles.

Es problemático hasta qué punto la arquitectura de los árabes ante-islámicos ha influido en la de las épocas posteriores. Entre las tribus nómadas que, yendo de lugar en lugar, llevaban consigo sus móviles tiendas; ninguna arquitectura podía desenvolverse. Pero lo contrario sucedía en ciertas fértiles regiones. Allí había florecientes ciudades y residencias de reyes, cuyo maravilloso lujo ha llegado a ser proverbial, como se lee de los palacios de Javarnak y de Sedir, y de otros alcázares y castillos de los reyes de Hira. Sin embargo, en parte alguna queda la menor indicación sobre el estilo de estos edificios. No es posible, por lo tanto, seguir los pasos al desenvolvimiento de la arquitectura arábiga antes del principio del Islam. En este principio hubo de ser muy poco su progreso a causa de la agitación de las guerras de conquista, de la severidad de costumbres y de la sencillez de los primeros califas. La necesidad de edificios que tuviesen por objeto el culto divino, hubo de ser satisfecha a poca costa. Del mismo modo que los cristianos de los primeros tiempos dedicaban a su culto los templos y las basílicas de los romanos gentiles, los musulimes victoriosos adaptaban a las necesidades de sus ritos y ceremonias los monumentos religiosos de los países que sometían. Más tarde, cuando el imperio de los sasánidas conquistado y las subyugadas provincias del imperio bizantino infundieron su cultura a los vencedores, y aquel pueblo errante desechó su vida intranquila y adoptó viviendas fijas, se desenvolvió también en él el gusto a las artes que hermocean la vida. La afición al lujo que empezó a manifestarse, así en las cortes de los califas como entre los ricos habitantes de las ciudades sirias, procuró satisfacerse construyendo suntuosos palacios y casas; y la religión asimismo anheló más espacioso y elegante local para sus propósitos piadosos. Los árabes

hallaron en las comarcas conquistadas del Asia Menor muchos monumentos griegos y romanos; en Persia los brillantes palacios de los sasánidas, y por todas partes arquitectos que seguían trabajando, como antes, según su manera y estilo de construir y adornar, por donde mucho de esto pasó a la arquitectura arábica. La necesidad de edificar hizo que se aprovecharan de varios modos las ruinas de las destruidas ciudades, y no pocos arquitectos bizantinos ayudaron a levantar las mezquitas del islamismo; pero las creencias y las costumbres de los conquistadores eran bastante poderosas para subordinar aquella extraña cooperación a sus propias necesidades, y para hacer que concurriese al plan y al intento de sus nuevas construcciones.

La forma que se nos ofrece primero es la de un espacio cuadrilongo con columnas, rodeado de un muro, y con un patio en el centro. Esta forma puede considerarse como el punto de partida de las ulteriores creaciones arquitectónicas de los árabes. Tal era el fundamento, como circunstanciadamente diremos después, de la construcción de sus casas y palacios, formando el patio, con su pórtico en torno, el centro de las salas y columnas que a los lados se agrupaban. De aquí dimanó también la estructura de la mezquita, la cual no contenía las más veces sino dicho pórtico, que extendiéndose por un lado en muchas hileras de columnas, formaba el sitio propio para el culto.

Con frecuencia se ha sostenido que la forma de la mezquita es una imitación de la antigua basílica cristiana; y por cierto no puede negarse que ésta última ha ejercido algún influjo sobre el templo musulmán; pero este influjo ha sido sólo en los pormenores, porque la mezquita y la basílica son esencialmente diversas en cuanto a la forma fundamental. En la basílica forma el pórtico de columnas un atrio, el cual, en relación con lo principal del edificio, tiene menos extensión, y desde el cual se pasa al templo por alguna puerta. Por el contrario, la mezquita arábica es, en su forma primordial, y aun a veces en la más perfeccionada, un atrio circundado de pórticos, uno de los cuales suele dilatarse por un lado en más profundas naves. Así, por ejemplo, la mezquita de Tulun, en el Cairo (obra del siglo IX) tiene por tres lados una doble hilera de columnas, y por el cuarto lado cinco: en medio está el atrio. El origen de esta forma se aclara sencillamente por la que tiene y tuvo desde muy antiguo la mezquita de la Meca, la más santa entre todos los templos mahometanos. El segundo sucesor del Profeta, el califa Omar, hizo circundar de un muro el lugar en que está la Caaba. En el año 66 de la Égira, Ibn al-Yubair puso un peristilo a lo largo del muro. Y en esta forma, salvo pequeñas modificaciones y aditamentos, ha permanecido hasta el día siendo un recinto abierto entre pórticos, en cuyo centro están la Caaba y la Fuente Zernzen. Es evidente que este venerado santuario de los musulimes, el cual debe ser visitado por cada creyente al menos una vez en la vida, hubo de presentarse a los ojos como modelo de los otros templos. Pero como está prescrito que se dirija la mirada a la Meca cuando se ore, y esta misma dirección, la kibra (véase el Corán, sura X, 87) está señalada en un lugar, el mihrab (Corán, sura III, 33), la afluencia de los fieles en aquella parte del edificio es tan grande que ha obligado a ensanchar aquel espacio y a extender las hileras de columnas. Parece a propósito ofrecer aquí una corta descripción de las partes principales de una mezquita grande o djami (las pequeñas se llaman mesdjid), destinada al culto divino los viernes. Cualquiera de estas mezquitas es el punto céntrico de varios establecimientos de beneficencia y de enseñanza. En torno suyo se agrupan el hospital, el caravanseraíl para los peregrinos, el hospicio para los pobres, la casa de baños, la escuela de los muchachos y la escuela superior, o madraza. La misma mezquita, la casa de Dios, se divide en atrio, sahn, y

en santuario o djami en sentido estricto. Desde el centro del atrio o patio, donde suele haber fuentes, cubiertas de un techo en forma de cúpula para las purificaciones prescritas, siguiendo la dirección de la Meca, y entrando en el santuario, se ve al extremo de las hileras de columnas el mihrab, primorosamente adornado, el cual es un nicho o pequeña capilla, en su parte superior por lo común en forma de concha, y que tal vez es una imitación del ábside en las basílicas cristianas. Detrás del mihrab está a veces la raudha o sepulcro del fundador. A la derecha del que ora, el cual se dirige al mihrab, se halla el púlpito o alminbar, donde todos los viernes se pronuncia la Jutba, o dígase la oración por el príncipe supremo de los creyentes, va se llame califa, como en lo antiguo, va sultán, como ahora. En frente del mihrab, en la línea anterior del atrio, hay, sostenido sobre cuatro columnas, un balcón (dahfil o mikkeh); de un lado y otro están dos sillas para lectores, con atriles para sostener el Corán. Hasta más tarde no fue parte esencial de una mezquita el alminar, desde cuya altura, en horas señaladas, debía llamar a la oración el almuédano. Las mezquitas principales solían tener muchas de estas torres, así como también el mihrab se multiplicaba. Además del alminbar para la plegaria del viernes, había otro púlpito para predicaciones, llamado kursi. Sobre la parte más santa de la galería de columnas se levantaba una cúpula, según las reglas.

Inútil es decir que aquí sólo se habla del estilo arquitectónico de aquellas mezquitas que han sido edificadas por los árabes mismos, y no de otros edificios para los cuales han sido aprovechadas o puntualmente imitadas las obras de otras naciones. A este género pertenecen, por ejemplo, casi todas las mezquitas turcas, incluso la de Omar, en Jerusalén, que se cuenta entre las más antiguas.

Entre los monumentos más notables que la arquitectura árabe ha ido levantando en su camino hacia Europa, están las mezquitas de Medina, Damasco y Cairvan. La primera es, sin duda, la más antigua, ya que su fundación se atribuye al mismo Mahoma. El Profeta, en efecto, hubo de fundar, durante su permanencia en Medina, un templo del género más sencillo, en el cual trabajó en parte con sus propias manos. Para columnas de este templo servían troncos de palmas, y la techumbre estaba sostenida sobre ramos. Posteriormente vino a ser este edificio, merced a que allí reposaba el cuerpo de su fundador, uno de los más santos lugares del Islam. Los sucesores de Mahoma le edificaron de materiales más sólidos y le dieron la forma, que conserva aún, de un recinto cuadrado descubierto, cercado de un pórtico, el cual se prolonga considerablemente hacia la parte del Sur, donde están los sepulcros de Mahoma y de los primeros califas. Quien concluyó la obra fue Walid I, uno de los más notables edificadores, el cual reinó del año 705 al 715 de Cristo y mandó edificar también el templo de Damasco, el más celebrado del Islam. Aquí se sirvieron los mahometanos por vez primera para su culto de la mitad de la iglesia de San Juan; pero cuando Walid dispuso que en el mismo lugar se edificase una magnífica mezquita, tomó a los cristianos la otra mitad también y mandó derribar el antiguo edificio. La soberbia fábrica nueva, que se levantó sobre aquel solar, consta de tres grandes naves en dirección de Occidente a Oriente. Delante está el atrio, cercado de un pórtico por los otros tres lados. Obreros de Constantinopla, que el Califa hizo venir por medio de una embajada al Emperador bizantino, y asimismo otros obreros que, según Abu-l-Fida, vinieron de otras tierras del Islam, se emplearon en la construcción del edificio. Extraordinariamente rico es el adorno de lo interior; el pavimento es todo de mosaico, y la parte inferior de los muros está revestida de mármol, sobre el cual serpentea una vid dorada, y más alto hay aquel

género de mosaico que llaman fesifiza, con el cual, por medio de pequeños pedazos de vidrio, ya dorados, ya de colores, se ven figuradas imágenes de árboles, ciudades y otros objetos. La techumbre está incrustada de oro y azul celeste, y aún con más ricos adornos resplandece el mihrab principal. Sobre él se levanta la gallarda y poderosa cúpula. Setenta y cuatro ventanas de vidrio dan luz al edificio. Los escritores arábigos no saben poner término en sus descripciones del maravilloso esplendor de esta mezquita. Los creyentes del Oriente y del Ocaso la consideran como uno de los más grandes santuarios del Islam. Semejante a una ciudad, tiene sus habitantes propios, quienes jamás traspasan los umbrales de sus puertas, y alaban a Dios de continuo. Una oración en aquel templo equivale a treinta mil oraciones en otro templo cualquiera, y, según la tradición testifica, después del fin del mundo, Alá ha de ser adorado allí por espacio de cuarenta años.

La historia de la arquitectura se convierte en leyenda cuando refiere la fundación de la mezquita de Cairvan. Luego que el gran guerrero Okba hubo conquistado con rápida victoria toda el África septentrional, determinó fundar una ciudad que fuese, hasta el día del juicio, como la fortaleza y el baluarte del Islam. A este fin eligió un bosque, y ordenó, en nombre de Dios, que se alejase de él a las fieras y serpientes que le habitaban. Éstas huyeron al punto, y entonces el primer cuidado de Okba fue edificar una mezquita. Sólo le quedaba duda sobre el lugar de la Kibla. Considerando el piadoso guerrero que todas las otras casas de Dios, en África, habrían de construirse según el modelo de aquella, tomó grande pesar de la incertidumbre en que se hallaba, y rogó a Alá que le diese a conocer el santo lugar. Entonces vio, en sueños, una figura que le dijo: «¡Oh favorito del Señor de los mundos! En cuanto amanezca tomarás el estandarte y te lo echarás al hombro; en seguida oirás una voz que dirá: Alah akbar; y de nadie sino de ti será la voz oída. En el sitio donde la voz resuene, edificarás el mihrab y la kibla». Okba obedeció el mandato, y clavando en tierra su estandarte en el lugar designado, gritó: «Éste es vuestro mihrab». La mezquita así edificada de la naciente capital del norte de África, constaba en un principio de cuatro naves, un patio pequeño y un alminar bajo; pero, en el año 836 de Cristo, fue renovada por completo, y vino a ser un soberbio edificio de diez y siete naves, cuya techumbre estaba sostenida por cuatrocientas catorce columnas. Su mihrab era de mármol blanco, prolijamente labrado y cubierto de esculturas, arabescos e inscripciones. Mil setecientas lámparas iluminaban aquel recinto durante la fiesta del Ramadhan.

Los monumentos arquitectónicos de Bagdad no pertenecen a los que antecedieron a los monumentos andaluces, pues al mismo tiempo que los abasidas empezaron a hermoear con templos y palacios aquella capital de su imperio, los omiadas, habiéndose hecho independientes, desplegaron en Occidente la misma actividad. Desde su primera invasión en España hallaron los mahometanos multitud de brillantes edificios de los romanos y de los visigodos. Sus historiadores dan testimonio de los admirables monumentos, puentes, palacios e iglesias, cuya vista llenó de pasmo a los conquistadores. Sin embargo, estos monumentos, que prestaron muchos materiales para las obras arquitectónicas de los árabes, raras veces les sirvieron de modelo. Bastante tiempo transcurrió antes de que los árabes pensasen en tales empresas de alguna importancia. Sin duda que el Islam, así en Andalucía como por donde quiera, había marcado su irrupción erigiendo mezquitas, las cuales solían ellos plantar a par de sus banderas en el suelo conquistado; pero estas mezquitas fueron, sin disputa en su mayor parte, iglesias cristianas, adaptadas por una parcial transformación al culto de los vencedores. Las turbaciones, que inmediatamente siguieron a la conquista de la

tierra extraña, no consiguieron que se erigiese por lo pronto ningún edificio de consideración. Antes de que empezase Andalucía a gozar de cierta quietud bajo el dominio del primer omíada, no se pudo pensar en grandes construcciones artísticas. Gracias a la inmigración de muchos partidarios de la dinastía derribada en Oriente, la población de Córdoba creció de tal suerte que las mezquitas de allí no bastaban a la concurrencia de los fieles. Hasta entonces habían conservado los cristianos la catedral de aquella ciudad mientras que las demás iglesias habían sido destruidas; pero los árabes sirios propusieron que se les quitase, como se había hecho en Damasco, la mitad del edificio, para trasformarla en mezquita. Abd al-Rahman aceptó la proposición; la realizó, y pronto deseó también la otra mitad del edificio, la cual obtuvo de los cristianos a trueque de cierta suma de dinero y dándoles permiso de reedificar las otras iglesias. Después de derribada la catedral toda, se comenzó en el mismo sitio, en el año 785 ó 786, la construcción de una gran mezquita. Natural era que se aprovecharan para esto las piedras y otros materiales de más antiguos edificios. Sirvieron especialmente las columnas de diversos órdenes, y cuando unas de acá y otras de acullá fueron empleadas, las que faltaban aún se hicieron según los mismos modelos, a fin de guardar cierta simetría. La falta de conocimiento, o quizás la precipitación de los arquitectos, fue causa de que sobre las columnas se pusiesen a menudo capiteles que no correspondían a todos los fustes. Después que esta mezquita, en el breve término de un año estuvo terminada, por decirlo así, de un modo preliminar y provisorio, la ensancharon y la hermosearon casi todos los califas posteriores. Hishan, hijo de Abd al-Rahman, le añadió un alminar, y obligó a los cristianos a traer no pocos restos de los muros de la ciudad de Narbona, por él conquistada, hasta las puertas de su palacio en Córdoba, donde los empleó en otras construcciones de la mezquita. Abd al-Rahman II agrandó aún más el edificio. Su hijo Muhammad le hermoseó con ricos ornamentos en lo interior y erigió una maksura, o dígase circundó con una balaustrada la parte más santa de la mezquita. El emir Abd Allah hizo un camino cubierto, por el cual se iba desde el palacio a la mencionada maksura. Por Abd al-Rahman III, que mereció bien el sobrenombre de Grande, fue edificado un nuevo suntuoso alminar, en el lugar del antiguo, que fue echado por tierra. Al lado de este alminar se construyó asimismo una habitación para los almuédanos o muecines. Un más importante engrandecimiento y trasformación tuvo todo el edificio en el tiempo de Hakan II. Este califa extendió las once largas naves, que halló construidas, con ciento cinco toesas más de fábrica hacia el Sur, para donde se convino en edificar un nuevo mihrab y una nueva makshura. A esta construcción hacia el Sur se, añadió, por último, otra hacia el Oriente por el gran regente al-Mansur, el cual construyó, a más de las once naves ya existentes, otras ocho de la misma extensión. El material en esto empleado consistía en restos de las iglesias destruidas por al-Mansur en el norte de España, los cuales fueron traídos a Córdoba en hombros de los cristianos cautivos.

La obra completa, tal como vino a terminarse en más de un siglo por el esfuerzo de muchos príncipes, formaba un paralelogramo que se extendía de Norte a Sur. Una alta muralla almenada le rodeaba como a la fortaleza de la Fe. Veinte puertas, revestidas de planchas de bronce de un trabajo admirablemente hermoso, daban entrada al amurallado recinto. Por el lado del Norte descollaba el alminar de Abd al-Rahman, en cuya cumbre, sobre el pabellón de almuédano, brillaban más que el resplandor del sol de Andalucía tres granadas, dos de oro puro, y de plata la tercera. Cerca de este alminar estaba la principal entrada al patio, circundado por tres lados de columnatas, y donde, entre umbríos naranjos, se veía la fuente para abluciones. A lo largo del cuarto costado del patio, que era el del Sur, se extendía la

parte techada del templo con sus innumerables calles de columnas no como puede creerse, según su estado actual, cerradas por un muro, sino según el uso primitivo, como en las más de las mezquitas de Oriente, abierto todo hacia el patio, de suerte que la vista podía penetrar desde la claridad del día en la santa oscuridad de los arcos y bóvedas. Avanzando más se cree uno como perdido en un primitivo bosque de piedra que por todos lados parece extenderse hasta lo infinito. Más de mil cuatrocientas columnas, reposando sobre pedestales de mármol, tomadas de antiguos edificios y notables por la variedad de los capiteles, sustentaban sobre pilares cuadrados la primorosa techumbre ricamente esmaltada y cubierta de escultura. Esta escultura estaba hecha en una clase de pino, peculiar de Berbería y muy duradero y resistente. A lo largo del muro había ventanas, y placas de mármol, prolijamente esculpidas, revestían el muro hasta el techo. De una columna a otra se extiende un arco de herradura, y por encima, yendo de pilar a pilar, se alza un segundo arco redondo. Andando por este laberinto de diez y nueve largas naves, que otras treinta y tres atraviesan, se llegaba a un muro ricamente pintado y adornado de pequeñas almenas, tal vez calado como una verja, el cual circundaba la parte más santa de la mezquita. Este muro estaba al Sur, en lo edificado por Hakan II, y abrazaba las cinco naves del medio, de las once que en un principio formaban el edificio, de modo que de un lado y de otro quedaban tres largas naves. El espacio cercado así contenía ciento y nueve columnas, y se extendía de Occidente a Oriente setenta y cinco toesas, y desde el Norte hasta el muro del Sur de la mezquita, veintidós. Esto era la maksura.

El califa llegaba hasta ella desde su palacio por un camino cubierto y una puerta que se hallaba en la muralla del Sur. En medio de la maksura tenía el califa su asiento. Mientras tanto, estaba sin duda alguna para el pueblo también la entrada libre. Tres preciosísimas puertas conducían desde lo restante del templo a lo interior de la maksura. Las miradas de quien las atravesaba eran limitadas al punto por la muralla del Sur de la mezquita y deslumbradas por la rica pompa de mosaicos y de mármol dorado, de que estaba cubierta. Allí se veía, si es lícito valernos de esta expresión, el Sancta Sanctorum, consistente en tres capillas contiguas con arcos de herradura dentellados, de una labor maravillosamente rica. Estas capillas estaban, principalmente en el muro del Sur, cubiertas de refulgentes y preciosos mosaicos, hechos con piedrecillas o pedazos de vidrio dorados o de colores, donde había, ya sentencias del Corán u otras inscripciones en letras cúficas, ya lazos de flores y otros encantadores arabescos de esplendente colorido sobre fondo de oro. La mayor y más deslumbradora de estas capillas era la del medio, techada por una grande cúpula de mármol blanco, de la cual pendía una enorme lámpara. Al lado del Sur se hallaba el mihrab principal. Era éste un nicho que tenía por base un octógono y que por encima terminaba en una gigantesca concha de mármol; todo lo cual reflejaba en torno los resplandores de sus adornos de mosaico. La nave que desde la puerta del Norte conducía a este santuario supremo era más ancha que las otras y se distinguía por una más rica ornamentación en los arcos y en los capiteles de las columnas. A la derecha del mihrab se veía el almimbar o púlpito, suntuoso y bello por su artística labor y por las preciosas maderas de que estaba formado. Enfrente del mihrab, algo hacia el Norte, había una tribuna o balcón, sostenido en columnas, llamado mahfil o dikke, con dos atriles a los lados. Innumerables lámparas, unas de plata pura, otras de bronce fundido de las iglesias cristianas, colgaban de las bóvedas. Pródigamente estaban difundidos el mármol de diversos colores, el oro y los mosaicos por todo el edificio.

Ni faltaban tampoco figuras esculpidas o pintadas. En dos columnas rojas se veían representaciones o imágenes de la Sagrada Escritura, y de las tradiciones mahometanas. En otros puntos estaban figurados los siete Durmientes de Efeso y el cuervo de Noé. Esto daba claro testimonio de que el Islam no prohíbe en absoluto la representación de seres vivos, ya que las había en aquella mezquita, por cierto una de las más santas del mundo musulámico.

No se puede desconocer que el edificio, así en su conjunto como en los pormenores, muestra muchos defectos y lleva el sello de un arte poco adelantado. No se nota aquí aquella armonía nacida del más alto sentimiento de la belleza, e iluminada por la divina serenidad del templo griego, que por todos lados manifiesta la perfección en la arquitectura; ni se advierte tampoco la creación maravillosa de la catedral gótica, levantada sobre colosales pilares de piedra, la cual arrebató la mente hacia los cielos con raptó poderoso, porque de todas sus partes traspira una vida arcana, y todas concurren a formar como un gran símbolo de la fe, propio y adecuado centro de la piedad y de las profundas meditaciones, lleno de severas imágenes de mármol y de flotantes figuras luminosas en las ventanas, a través de las cuales se difunde sobre los fieles que oran un resplandor místico; algo como un rayo de la gloria divina. Pero si bien la mezquita de Córdoba no compite en perfección artística ni con el Partenón ni con la catedral de Strasburgo, siempre debe ser tenida por una de las obras más admirables de las manos del hombre; fábrica imponente, así por su majestad, magnitud y vigor, como por el brillo con que deslumbra y por el espíritu fantástico que la anima, discurriendo por su seno cual por las suras del Corán, y ejerciendo un encanto irresistible. Es digno de admiración el que con materiales en gran parte extraños, con antiguas columnas de diversos órdenes y con mosaicos bizantinos, se haya erigido el Islam un santuario que retrata y patentiza su más propio e íntimo ser. Así como los árabes, anhelantes de sombra y de bebida, habían fantaseado su paraíso como un lugar de delicias, lleno de frescura y de fuentes murmuradoras, así también quisieron hacer de este templo de Alá un trasunto de aquel Edén, dotándole de cuantos bienes y excelencias ha prometido Mahoma a los bienaventurados. Por esto hay en el patio, a la sombra de árboles frondosos, sonoras fuentes, semejantes a aquellas en cuya orilla han de reposar los elegidos; y por esto el que entra bajo la techumbre del santuario siente una impresión parecida a la del que penetra en la oscuridad de una selva sagrada; acá y acullá rayos de luz que atraviesan el ambiente difunden un suave crepúsculo, y luego vuelve la profunda oscuridad del bosque. Como troncos de árboles se levantan las columnas; como las ramas entrelazan los arcos y forman la umbría techumbre, al modo del tooba, árbol maravilloso del paraíso, el cual pulula de la misma suerte que el sicomoro índico, cada una de cuyas ramas, no bien penetra en el suelo, se convierte en un nuevo tronco. Adornan además los muros, en pintados arabescos y caprichosos laberintos, plantas enredaderas, flores y frutas, que, trepando por las paredes, serpentean a lo largo de la techumbre, y se diría que están pendientes sobre las cabezas de los fieles.

Un pueblo, de muy diversas creencias y costumbres, ha consagrado ya a su culto este santuario del Islam, al cual peregrinaban en otro tiempo musulimes como a una segunda Caaba. Las puertas, conservadas antes como trofeo en la mezquita y que fueron traídas a Córdoba en hombros de los cristianos, volvieron a su antiguo lugar por mandato del rey San Fernando, llevadas a hombros de los esclavos musulimes. Sólo rara vez, y como un extranjero extraviado, penetra hoy un muslim en aquel recinto, bajo cuyas bóvedas tan a menudo oraron sus padres; y si este muslim hubiera visto la mezquita en su prístino estado,

apenas la reconocería. Desfigurada y despojada de sus adornos, sólo débilmente deja conjeturar ahora lo que en el principio era. El cornisamento está afeado por bóvedas que no se avienen con el estilo del todo; y los preciosos mosaicos del pavimento se han trocado en rudos ladrillos, que en parte elevan el piso, y cubren los basamentos de las columnas; y por último, el coro, edificado en el centro de la mezquita interrumpe la extensión de las largas naves. Sólo en la hora del crepúsculo, cuando las sombras se extienden sobre los sitios más ruinosos y ocultan la obra de la destrucción, logra la fantasía reedificar el maravilloso edificio en su pompa primera y llenarle con la vida que antes le animaba. Entonces se le ve en las noches del Ramadá, cuando las luces de millares de candelabros y de lámparas, semejantes a un sistema solar, iluminaban las interminables calles de columnas, y el resplandor, reflejándose y quebrándose en las columnas, arcos y muros, formaba un encantado juego de colores y destellos, haciendo fulgurar los mosaicos de vidrio y el lapislázuli, como otras tantas piedras preciosas. Ya nos imaginamos el templo en el Viernes Santo. A uno y otro lado del almimbar ondean sendos estandartes, como signos de que el Islam ha triunfado del Judaísmo y del Cristianismo, y el Corán ha vencido al Antiguo y al Nuevo Testamento. Los almuédanos suben a la galería del alto alminar y entonan el selam o salutación al Profeta. Entonces se llenan las naves de la mezquita de creyentes, los cuales, con vestiduras blancas y festivo continente, acuden a la oración. A poco rato, sólo descubren los ojos personas arrodilladas por toda la extensión del edificio. Por el camino oculto, que une el templo con el alcázar, sale el Califa y va a sentarse a su elevado lugar. Un lector del Corán recita una sura en el atril que está en la tribuna. La voz del muecím resuena nuevamente y excita a las plegarias del mediodía. Todos los fieles se alzan y murmuran sus rezos, haciendo reverencias. Un servidor de la mezquita, o murakki, abre las puertas del almimbar y empuña una espada, con la cual, volviéndose hacia la Meca, induce y amonesta a que se alabe a Mahoma, mientras que ya desde la tribuna o mahfil le celebran cantando los mubaliges. Luego sube el predicador o jatib al almimbar, tomando de mano del murakki la espada, que recuerda y simboliza la sujeción de España al poder del Islam y la difusión de éste por fuerza de armas. Es el día en que debe proclamarse el Djihad o la guerra santa, el llamamiento de todos los hombres capaces de ir a la guerra, para que salgan al campo en contra de los cristianos. Con devoción silenciosa escucha la multitud el discurso que, entretejido casi todo de textos del Corán, empieza de esta manera: «Alabado sea Alá, que ha ensalzado la gloria del Islam, gracias a la espada del campeón de la fe, y que en su santo libro ha prometido al creyente el auxilio y victoria. Así difunde sus beneficios sobre los mundos. Si no impulsara a los hombres a ir en armas contra los hombres, la tierra se perdería. Alá ha ordenado combatir contra los pueblos hasta que conozcan que no hay más que un Dios. La llama de la guerra no se extinguirá hasta el fin del mundo. La bendición divina caerá sobre los crines del corcel guerrero hasta el día del juicio. ¡Completamente armados, o armados a la ligera, alzaos, marchad! ¡Oh creyentes! ¿qué será de vosotros si, cuando se os llama a la pelea, permanecéis con el rostro inclinado hacia el suelo? ¿Preferiréis la vida de este mundo a la vida futura? Creedme, las puertas del paraíso están a la sombra de las espadas. El que muere en la lid por la causa de Dios, lava todas las manchas de sus pecados con la sangre que derrama. Su cuerpo no será lavado como otros cadáveres, porque sus heridas olerán como el almizcle, el día del juicio. Cuando llamen después los guerreros a las puertas del paraíso, una voz exclamará desde dentro: «¿Dónde está la cuenta de vuestra vida?» Y ellos responderán: «¿No hemos blandido la espada en la lid por la causa de Dios?» Las puertas eternas se abrirán entonces y los guerreros entrarán cuarenta años antes que los otros. Sus, pues, creyentes; abandonad

mujeres, hijos, hermanos y bienes, y salid a la guerra santa! ¡Y Tú, oh Dios, Señor del mundo presente y del venidero, combate por los ejércitos de los que reconocen tu unidad! ¡Aterra a los incrédulos, a los idólatras, a los enemigos de tu santa fe! ¡Oh Dios, derriba sus estandartes, y entrégalos, con cuanto poseen, como botín, a los musulimes!» El jatib, apenas terminaba su plática, exclamaba, dirigiéndose a la congregación: «¡pedid a Dios!», y oraba en silencio. Todos los fieles, con la frente tocando en el suelo, seguían su ejemplo. Los mubaliges cantaban: «¡Amén! ¡Amén! ¡Oh Señor de todos los seres!» Ardiente como el calor que precede a la tempestad que va a desencadenarse, el entusiasmo de la multitud, contenido en un silencio maravilloso, rompía luego en sordos murmullos, los cuales, alzándose como las olas y desbordándose por todo el templo, hacían resonar al fin las calles de columnas, las capillas y las bóvedas, con el eco de mil voces que gritaban: «¡No hay más Dios que Alá!»

Antes de que abandonemos la más famosa obra de arquitectura que por mano de los árabes se ha llevado a cabo en España, conviene tocar dos puntos muy importantes de la historia de dicho arte. Así como los materiales de esta mezquita fueron tomados en parte de antiguos edificios, y las columnas de orden corintio sirvieron para sustentar la techumbre del templo de Alá, así también tomaron los árabes algo, en su modo de construir, de la arquitectura de los romanos, si bien trasformándolo todo, según estilo propio de ellos. Como lo primitivamente arábigo y tan original que da a todo lo restante un carácter distinto, debe notarse en primer lugar la posición de las columnas en forma de cuadro y de cruz, de suerte que se ven en líneas oblicuas y más espesas que lo están en realidad, y asimismo el enlace de las columnas por dobles arcos y la forma peculiar que en los arcos predomina. Esta peculiaridad consiste en parte en que los arcos están picados o recordados en una serie de semicírculos, y en parte en que tienen la forma de herradura, de manera que en sus extremos inferiores se acercan de nuevo, y propenden a formar el círculo. Por lo que toca a los adornos, principalmente en los tan pródigamente esparcidos en toda la parte edificada por Hakan II, no es difícil de reconocer un origen bizantino. La fesifisa, esto es, el mosaico, labrado con piedrecillas y pedazos de vidrio del mihrab, es enteramente obra griega, como se halla en las iglesias de Rávena, y aun se dice explícitamente que la fesifisa que hemos citado fue un regalo del Emperador de Constantinopla. Por lo demás, este adorno de mosaico hubo de acomodarse singularmente al gusto de los árabes; y, después de haberle empleado en la mezquita de Damasco y en otras de sus más antiguas casas de Dios, extendiéndose su uso a objetos muy distintos, hasta llegar a hacer con él pavimentos. En Andalucía hubo fábricas de fesifisa, y el arte de representar en ella lazos, grecas, flores y plantas trepadoras, llegó allí a su más alta perfección. Propio por completo de los árabes es el uso de la escritura como ornamentación, poniendo a lo largo de las paredes sentencias del Corán, proverbios y poesías en letras de oro sobre un fondo de color vivo, azul por lo común. En los tiempos más antiguos se servían para esto de las severas letras cúficas; pero más tarde se usó también la escritura cursiva, entretejiéndola a menudo con arabescos, y extendiéndola por paredes, arcos, ventanas y columnas, a guisa de guirnalda.

No es éste el lugar de entrar en pormenores técnicos sobre el modo de edificar de los árabes, que Ibn Jaldun tan cuidadosamente ha especificado. Basta hacer notar que ya se servían de pedernal y otras piedras trituradas y mezcladas en un mortero, como material para los muros, ya de una composición, hecha principalmente de tierra y cal, que formaba

una argamasa de extraordinaria resistencia. El primer material se empleaba generalmente en las fortalezas y templos; el segundo en los palacios y demás viviendas.

Fuera de la mezquita, que, como monumento de una edad remota, aún subsiste en la nuestra son pocos los edificios arábigos de Córdoba y sus cercanías que el tiempo y las guerras destructoras han perdonado. Del palacio de los califas (Qasr en lengua árabe, de donde alcázar en español) sólo se ha conservado una masa informe, no lejos del Guadalquivir y al oeste de la mezquita. Era éste el antiguo palacio de los reyes godos. Elegido por los omiadas para su residencia, fue agrandado con nuevas construcciones y jardines, adornado lujosamente, y sin duda alguna transformado en su interior según lo requerían las costumbres de sus nuevos moradores. Más que un todo dotado de cierta unidad, debe considerarse como un conjunto de edificios, patios y jardines, cada uno de cuyas partes, según habían sido edificadas por diversos califas, tenían también diversos nombres, llamándose, por ejemplo, el palacio del Jardín, el palacio del Favorito, el de la Corona, el de la Alegría, etc., etc.. Eran principalmente ensalzados los juegos de aguas del palacio. Traídas por medio de un acueducto desde la montaña, corrían las aguas en todos los patios, cayendo en estanques, pilones y tazas de mármol griego, y manando de estatuas o figuras de oro, de plata y de bronce. Muy de lamentar es que el abad Juan de Gorz, que tuvo ocasión, como embajador de Otón el Grande en la corte de Abd al-Rahman III, de ver de cerca las maravillas de Córdoba, no haya puesto en su historia de la embajada ninguna noticia sobre estas cosas. Del alcázar, donde parece que tuvo lugar la audiencia que le dio el califa, sólo cuenta que ya desde el patio exterior encontró extendidas las más costosas alfombras, y que el salón separado, donde el califa con las piernas cruzadas estaba en un lecho de reposo, estaba cubierto, así el pavimento como las paredes, de preciosísimos tapices.

Casi todos los soberanos omiadas procuraban dar lustre a su reinado por medio de brillantes monumentos de arquitectura; pero quien más edificó entre todos fue Abd al-Rahman III, bajo cuyo dominio floreció con mayor prosperidad que nunca el imperio andaluz. En unos versos, que se conservan aún, el mismo califa expone de qué modo consideraba él sus numerosas empresas de esta clase:

El rey que busca la gloria,
monumentos edifica
que hasta después de su muerte
dan de su poder noticia.
Mil y mil reyes pasaron
ignorándose su vida,
y yertas, inquebrantables,
aún las Pirámides miras.
Sobre su sólida base
un gran edificio afirma
que su grande fundador
grandes ideas tenía.

Como la más notable de todas las obras de arquitectura llevadas a cabo por Abd al-Rahman III, y también, como la más bella, es encomiada Medina Azahara, o dígase la ciudad floreciente, que se parecía cerca de Córdoba. Cuando se leen las elocuentes descripciones de las maravillas de dicha ciudad, y singularmente de la quinta-palacio que en ella había, se cree uno transportado al reino de los ensueños por la extravagante fantasía de un poeta. La ocasión de que todo aquello se edificase, fue como sigue. Una esclava favorita de Abd al-Rahman dejó a su muerte una gran fortuna, y el rey mandó que se empleara en el rescate de musulimes cautivos. En consecuencia, se buscaron cautivos en las tierras de los francos, pero ninguno se halló. El rey dio gracias a Alá por esta noticia, y entonces su favorita Azahara, a quien él amaba extraordinariamente, le propuso edificar con aquella suma una ciudad que llevase su nombre. En el año de 936 hizo el califa Ichar los cimientos, a la falda del monte Alarus, la Novia, unas tres millas al norte de Córdoba. Durante veinte y cinco años se emplearon en la construcción diez mil obreros y mil quinientas acémilas. El mismo califa inspeccionaba la hábil y artística ejecución de las obras. Sobre la gran puerta se colocó la estatua de su querida Azahara. La ciudad, extendiéndose por grados en la ladera de una montaña, estaba dividida en tres partes. En la parte inferior había un huerto, rico en los más hermosos árboles frutales, donde en grandes jaulas y en sitios cercados de verjas había pájaros y raros cuadrúpedos; la parte del medio estaba destinada a las habitaciones de los empleados de palacio, y en la parte superior, desde donde se gozaba una espléndida vista de los jardines, se ostentaba el alcázar de los califas. Ibn Baškuwal califica este alcázar de uno de los edificios más famosos, brillantes y grandes que han sido jamás edificados por manos humanas; y otro escritor arábigo dice que el alcázar de Azahara es de tal esplendor y magnificencia, que, después de terminado, unánimemente declaraban cuantos le veían que desde la difusión del Islam por el mundo no se había construido fábrica igual en ninguna parte. Los viajeros de las más diversas y apartadas regiones, cuando visitaban el palacio, concordaban todos en afirmar que nunca habían visto ni oído cosa semejante, y que ni siquiera habían podido presentir ni soñar la existencia de tamaña grandeza. La solidez y el orden artístico del edificio, la suntuosidad de sus adornos de mármol y oro, sus lagos artificiales, estanques y fuentes, sus estatuas y demás labores de escultura, todo se adelantaba a cuanto puede crear la fantasía. En lo más alto del palacio había una azotea que daba al jardín, encomiada como una de las maravillas del mundo, y en el centro de la azotea se alzaba un gran salón, llamado el del Califato, que sobresalía entre todos por su exorbitante riqueza. Su techo era de oro y de bruñidos mármoles de colores varios; las paredes eran del mismo material. En medio del salón estaba colocada una gruesa perla, que León, emperador de Constantinopla, había regalado al califa. Allí se hallaba, un poco más distante, un estanque lleno de azogue, y a un lado y otro ocho puertas en arcos, hechas de marfil y de ébano, cubiertas de joyas, y descansando sobre pilares de mármol de colores y de limpio cristal. Siempre que el sol penetraba por estas puertas y vertía sus rayos sobre el techo y las paredes del salón, el resplandor cegaba la vista; y si el azogue se ponía en movimiento, causaba vértigos. Según Ibn Hayyan, ni en los tiempos del paganismo, ni nunca después, se había edificado nada comparable a este salón. Casi tan famosas eran, en la parte oriental del palacio, la sala de Almunia y la alcoba del califa. Allí se hallaba una taza o pila para una fuente, adornada con figuras humanas de piedra verde, la cual era de un valor imponderable, y, según unos, había sido traída de Siria, y, según otros, de Constantinopla. Sobre esta pila había Abd al-Rahman hecho erigir doce estatuas de oro, las

cuales, fabricadas por artífices cordobeses, representaban un león, una gacela, un cocodrilo, un águila, un elefante, una serpiente, una paloma, un halcón, un pavo real, un gallo, una gallina y un buitre. Todos estos animales eran de oro, como ya hemos dicho; estaban adornados con ricas incrustaciones de piedras preciosas, y vertían agua por las fauces. La longitud del alcázar de Este a Oeste era de dos mil setecientas toesas, y de mil quinientas su anchura de Norte a Sur.

El número de las puertas pasaba de mil quinientas, y todas ellas estaban guarnecidas con hierro o con cobre dorados. Las columnas, de las cuales se contaban cuatro mil y trescientas en el palacio, unas habían venido de África, otras del país de los francos, otras habían salido de las canteras de Andalucía, y otras, por último, eran regalo del Emperador de Grecia. El mármol jaspeado de varios colores vino de Rajali, o provincia de Málaga, el blanco de otros puntos, el color de rosa y el verde de la iglesia de Isfakus, en África. A fin de ponderar la magnificencia y desmedida suntuosidad del palacio y de los jardines que le rodeaban, mencionan los escritores árabes el precio de cada uno de los materiales y lo que costó el traerlos de todas las regiones del mundo. Para la manutención de los peces que vivían en los artísticos estanques se gastaban diariamente ocho mil bodigos o panecillos. El número de los criados en el alcázar llegaba a trece mil setecientos cincuenta esclavos, que eran la guardia del califa. El harén contenía seis mil trescientas mujeres.

La gallarda Azahara, concluido ya el maravilloso edificio, del cual podía considerarse como fundadora, dijo al califa, mirando cierto día desde su estancia de Córdoba la blanca y refulgente ciudad nueva, edificada en medio de un monte sombrío: «Señor, ¿no ves la gentil y amable doncella que descansa en el seno de un negro?» Abd al-Rahman ordenó al punto que allanasen el monte, pero uno de la comitiva exclamó: «¡Por los santos cielos, oh Príncipe de los creyentes, no pienses siquiera en semejante propósito; pues sólo de oírlo, se estremece cualquiera! ¡Aunque todos los hombres del mundo se aunasen para ello, no lograrían demoler ese monte, por más que excavarán y minarán! ¡Eso puede hacerlo sólo el mismo que le crió!» Entonces se limitó el califa a desmontar el terreno y a plantar en el monte higueras y almendros, lo cual hubo de proporcionar desde la ciudad, colocada en la llanura, una vista incomparablemente hermosa, sobre todo en la época de florecimiento, cuando los capullos se abren.

Por la realización de este paraíso encantado, y por el buen éxito que coronó casi todas sus empresas durante un reinado de cincuenta años, fue Abd al-Rahman ensalzado como el más dichoso de los mortales; más, a pesar de todo, se halló, después de su muerte, un escrito de su puño, donde declaraba que él, entre todos los soberanos de su tiempo el más poderoso, brillante y querido, durante una tan larga vida sólo había disfrutado catorce días de un contento no turbado. «¡Alabado sea, añade aquí su biógrafo, Aquél cuyo señorío eternamente dura!»

La hechicera Medina Azahara no fue sólo un monumento de la grandeza omiada y del esplendor pasmoso del califato de Occidente, sino un ejemplo también de lo efímero y caduco de todas las cosas terrenales. Setenta y cuatro años después de colocada la primera piedra de sus cimientos, Medina Azahara fue devastada por salvajes hordas berberiscas, entregada a las llamas y reducida en su mayor parte a un montón de escombros.

A las ruinas de Medina Azahara ha compuesto un, árabe los siguientes versos:

La ciudad que antes brillaba
por su lujo y sus delicias,
ya con muros derribados,
y ya desierta se mira.
Alzan las aves en torno
melancólica armonía,
y ora enmudecen cansadas
ora de nuevo principian.
A la que más se lamenta,
y del corazón envía
quejas a mi corazón,
abriendo profunda herida,
le pregunto: «¿Qué te apena?
Y me responde: «La impía
fuga del tiempo que nunca
vuelve, y matando camina».

Aún existían, con todo, en la segunda mitad del siglo XI, algunas partes de este palacio. Al presente toda aquella fábrica maravillosa ha desaparecido como un ensueño. Sólo algunos montones de escombros, a cosa de una legua al Norte de Córdoba, en la pendiente de la sierra, en un sitio que llaman Córdoba la Vieja, indican el lugar que Medina Azahara ocupó un día. Recientemente se han encontrado allí fragmentos de mármol y pedazos de mosaico y de fesifisa, pero las empezadas excavaciones no han continuado, por desgracia.

Más corta fue aún la duración de la ciudad de Zahira, que el poderoso al-Mansur, gobernador del reino, edificó al oriente de Córdoba, a orilla del Guadalquivir, y adornó con un gran palacio, con deleitosos jardines y maravillosos juegos de aguas. A una de aquellas fuentes compuso el poeta Said lo siguiente:

¡Oh Príncipe del Yemen, cuya gloria
tanto triunfo alimenta;
cuyos claros blasones la victoria
sin cesar acrecienta!
Tú, que infundes terror en el combate
al idólatra fiero,
cuando de lanzas mil siega y abate
la espesa miés tu acero!
Mira en taza de mármol esa fuente
que brota y que murmura,

circundando su seno transparente
con zona de verdura.

Como tú entre enemigos sobresaes,
¡oh señor poderoso!
Se alza sobre sus líquidos cristales
un pabellón airoso.

Y cual lanzando flechas a porfía,
armígero escuadrón,
el agua bulle y salta, y se diría
que ataca el pabellón.

Plácida sombra sobre el agua pura
de la espesa enramada,
y es de esmeralda y plata la verdura
y la fruta dorada.

Fuente, bosque y jardín del paraíso
las maravillas son;
del onda mansa el murmurar sumiso
convida a la oración.

Genio será, por mucho que se esmere,
en la futura edad,
quien como el tuyo otro jardín hiciera
amena soledad.

En cierta ocasión, según se cuenta, estaba al-Mansur sentado en medio de sus jardines de al-Zahira, respirando el aroma de las flores que le cercaban y oyendo el canto de los pájaros. Tendía la vista con gran complacencia sobre los mil encantos y el lujo de aquellas maravillas que él mismo había creado, cuando de pronto se llenaron sus ojos de lágrimas, y exclamó: «¡Ay de ti, Zahira mía! Si al menos supiese yo por manos de qué traidor has de ser devastada...» Uno de los familiares del príncipe le preguntó la causa de aquel presentimiento y trató de desvanecer aquellas tristes ideas; pero al-Mansur replicó: «Por cierto que vosotros habréis de ver cumplido mi vaticinio. Para mí es como si viera ya a la gala de Zahira derribada por tierra, hasta su rastro borrado, caídos y destrozados sus edificio!, saqueados sus tesoros y sus patios asolados por el fuego de la devastación». No mucho después de haber pronunciado estas palabras murió al-Mansur y el cumplimiento de la profecía siguió pronto a su muerte. Zahira fue entrada a sangre y fuego por una cuadrilla de rebeldes, que la transformaron en un montón de ruinas.

Otra residencia de al-Mansur, la quinta del emir o la Almunia, ha sido celebrada singularmente por los poetas a causa del encanto de sus jardines. Amr Ibn al-Habbab improvisó estos versos cuando entró en dicha quinta a visitar a al-Mansur:

En tus jardines y arboleda umbría,

rica en fuentes sonoras,
dejándonos con calma y alegría,
van pasando las horas.

Cuando la tempestad brama por fuera,
sólo el céfiro leve
dentro de esta morada placentera
hojas y flores mueve.

Contéplalas el sol enamorado,
ya su luz posa en ellas:
parece el cielo aquí más azulado
y más lleno de estrellas.

Said celebró la misma quinta en estos versos:

Como serpiente el arroyo
entre flores se desliza,
y a Dios ensalzan las aves
con sus dulces melodías.
Mil enramadas frondosas
mansamente el aura agita,
como si por ser tan bellas
se irguiesen envanecidas.
Contempla, amante, el narciso,
las anémonas altivas,
y aromas esparce el viento
que en bosque de mirtos gira.
Goza en paz, señor ilustre,
goza en paz tanta delicia,
y el cielo, porque la goces,
dilata tu noble vida.

También en los alrededores de Valencia poseía al-Mansur un palacio rodeado de preciosos jardines. Un escritor árabe que más tarde le visitó, cuando ya estaba en gran decadencia, dice de él en estilo florido: «Cierta día recibí un convite en la Almunia de al-Mansur, en Valencia, la cual es de la más perfecta hermosura, y en cuyos encantos los vientos del Norte y del Oriente se embriagan, aunque el edificio está medio arruinado, y el infortunio hace tiempo ha violentado las puertas y ha entrado en aquella vivienda deleitosa. Cuando yo penetré en ella acababa el alba de revestirla con sus velos de luz, y la belleza ponía en ella

su poder todo. Había en el centro una sala cuyas puertas doradas daban al jardín, donde se veía un arroyo como una espada desnuda, que iba serpenteando, y en cuyas frescas márgenes había muchos árboles plantados. La sala resplandecía como una novia que es conducida a su esposo, y en su alabanza uno de los mejores poetas de Valencia, hallándose allí con algunos visires, hizo los siguientes versos:

¡Hola! Escanciadme vino
mientras que los jardines
se coronan de perlas
y de flores se visten.
En esta sala hermosa
que en resplandor compite
con el sereno cielo,
rico vino servidme.
En él los lindos ojos
de mi dueño se fijen,
y cual rayo de luna
suaves le iluminen.
El sol, que va naciendo,
en el aire deslíe
oro, púrpura y nácar,
porque las flores brillen;
y quebrando sus rayos
en el rocío, finge
sobre la verde yerba
diamantes y rubíes.
Cual la que muestra el cielo
en noches apacibles,
fúlgida y blanca senda
el arroyo describe;
y al borde del arroyo,
en años juveniles
mancebos como estrellas
alegran el convite.

En esta sala hallé una multitud de jóvenes, gallardos como mancebos del paraíso, que llevaban una vida dichosa, como en los jardines del Edén. Allí detuve yo mi camello de viaje, y me pareció, con la satisfacción de todos mis deseos, estar adornado como con un collar. Durante el día entero gozamos la dicha de aquella mansión, y cuando ya anocheecía, nos defendimos contra la invasión del sueño. Así es que pasamos una noche tan bella como si la aurora fuese de ella formada. Las ramas de los árboles se alzaban acá y acullá como esbeltas figuras de lindas mujeres, la vía láctea asemejaba un claro río, las estrellas del cielo

se diría que eran flores, las Pléyades eran como una mano que nos hacía señas, y Utarid (mercurio) nos enviaba en sus rayos blanda alegría. Al día siguiente visité yo al rais Abu Abd al-Rahman, y en el discurso de nuestra conversación mencioné las delicias de la última noche. Entonces él respondió: «¿Qué han de valer los encantos de un lugar cuyos habitantes han desaparecido, cuya hermosura ha destruido la suerte, y del que sólo quedan ya algunos restos? Yo he conocido esa quinta cuando aún estaban completos todos sus edificios. Cierta día en que el sol se había ya alzado hasta el cénit y la tierra se adornaba con su oro, recibí un convite de al-Mansur para ir allí. Aceptándole, vi yo en aquel lugar árboles cimbreantes y airosos, y flores cuya hermosura quedaba avergonzada por la de aquellas personas que en guirnaldas las entretejían. El vino circulaba allí como un sol, y los más nobles linajes de Arabia componían la sociedad. Espiaban la más ligera insinuación de al-Mansur cien esclavos, de los cuales, exceptuando a cuatro, ninguno pasaba de diez años. Estos escanciaban el vino, el cual brillaba en los vasos como perlas y rubíes. Nosotros nos solazábamos allí como en el cielo, mientras que los pabilitos de las estrellas nos acariciaban. Al-Mansur repartió en aquel día más de veinte mil presentes, y dio asimismo bienes en feudo». Así habló Abu Abd al-Rahman; luego rompió en lamentos al recordar aquel tiempo, y mostró toda la pena de su corazón».

Estaba, además, el valle del Guadalquivir, en torno de Córdoba, sembrado de multitud de palacios, quintas de recreo de los califas y de los grandes, jardines públicos y deleitosas huertas. Aún viven muchos de aquellos sitios agradables en los cantos de los poetas y en las descripciones encomiásticas de los historiadores. Así pueden citarse el palacio de Damasco, el palacio del Persa, la quinta de Ruzafa, edificada por Abd al-Rahman I y circundada de jardines llenos de plantas exóticas, la casa de la Noria, obra de Abd al-Rahman III, el alcázar de Abu Yahya, que descansaba en arcos sobre el Guadalquivir, la quinta de Zubayr y otras muchas.

No se conservan descripciones contemporáneas de las obras de arquitectura últimamente mencionadas, y las muchas noticias que hay sobre Azahara, aunque entran en pormenores, nada dicen claramente sobre el estilo que se empleaba en los edificios de lujo del tiempo de los omiadas. Con todo, confrontando los pasajes dispersos de diversos escritores arábigos, se puede hacer con bastante seguridad una afirmación sobre esta materia. Es indudable que en ciertas particularidades de dichas fábricas se dejaba sentir el influjo bizantino. Se confirma esto con la misma historia de la construcción de Azahara y con la noticia de que Abd al-Rahman III tenía empleados en las obras de sus palacios arquitectos venidos de Constantinopla. Este influjo se limitaba, no obstante, en lo esencial; al decorado, al empleo o imitación de las columnas antiguas, a los adornos de mosaicos, etc.; mientras que la traza fundamental y la forma arquitectónica eran determinadas por las exigencias de las costumbres orientales. Se debe calcular por mil motivos que los árabes españoles se sintieron desde muy temprano inspirados, así por aquellas necesidades como por la inclinación propia de su fantasía, para inventar y construir aquella clase de edificios, de los cuales nos queda aún en la Alhambra el más perfecto modelo. El rasgo característico de esta clase de edificios consiste en los patios, rodeados de galerías, que dan entrada a salas y habitaciones, y así como en el variado empleo del agua, que ya forma pequeños lagos o estanques en medio de los patios, ya brota en surtidores y se derrama en tazas de mármol que adornan los salones. Bajo el cielo casi tropical de Andalucía los árabes ansiaban tener viviendas que les brindasen un refugio en umbrías mansiones contra los ardores del sol, y

que al mismo tiempo dejasen libre entrada al tibio soplo de las auras; y patios descubiertos donde reposar en las horas más frescas del día, oyendo el murmullo de los surtidores y mirándose en el espejo de las aguas cristalinas. Que los palacios de la época de los omiadas respondían ya a estas exigencias se deduce de la descripción del alcázar de Córdoba, al cual habían sido traídas, para todos los patios, aguas que se repartían en cisternas, estanques y tazas de mármol. Así como los árabes reprodujeron de esta suerte un recuerdo vivo de su primera vida en el desierto, dotando sus tiendas fijas de Occidente con las fuentes deseadas, todavía eternizaron en sus palacios otra reminiscencia del mismo género. Salta a los ojos de cualquiera que discurre por el recinto de los palacios arábigo-hispanos que aún se conservan, cuanto sus corredores y estancias imitan en la forma las tiendas. Aunque en el día no queda ningún testimonio evidente de que esta particularidad debe atribuirse a los más antiguos edificios, parece probable que así fuese, si se considera que cuando los nómadas cambiaron sus movibles viviendas por moradas fijas, tomaron las primeras como modelo de estas últimas.

Corroboración también la idea de la semejanza entre los palacios omiadas y los que existen aún, la mención de las torres, que hace pensar enseguida a la de Comares, en la Alhambra, y la mención de la kubba o sala con cúpula o techo abovedado, como el de la sala de las Dos Hermanas. De ambas cosas habla Ibn Zaydun cuando describe Azahara. La kubba parece haber sido generalmente destinada a la sala de audiencia. Cuando los príncipes, según el uso oriental, oían las quejas de sus súbditos y daban sus sentencias, tomaban asiento en dicha sala, rodeados de sus cortesanos. La kubba estaba cerrada por una verja o cancela, delante de la cual aguardaba el pueblo, o se esparcía, mientras llegaba la audiencia, por los circunstantes corredores, patios y jardines.

Acerca de los ornamentos empleados, parte tan esencial de la arquitectura arábica, sólo muy poco puede decirse con completa seguridad. Que el mosaico de pequeños cubos de piedra y vidrio de colores formaba la parte principal de dichos ornamentos, puede deducirse en vista de los pedazos de fesifisa que se han encontrado entre las ruinas de Azahara. De la mención que hace Ibn Jayyan de una gran cantidad de yeso empleado en el edificio, se conjetura que verosímelmente este yeso sirvió del modo que más tarde en la Alhambra para adornos y estucados del mismo género que los que describe Ibn Jaldun cuando dice que se adornaban las paredes con figuras de yeso, el cual, cuando estaba aún húmedo y blando, se modelaba con instrumentos de hierro, dándole diversas formas. Podemos, pues, representarnos las paredes, los techos y los arcos de los palacios, en la época de los omiadas, como ricamente cubiertos de mosaico de fesifisa. Estrellas, ramos, hojas y otros dibujos, prolijamente entrelazados y combinados con inscripciones del Corán, o con poesías, ornaban alrededor toda la pared con brillantes colores, mientras que el yeso, dado de diversos colores, o bien dorado, en las bóvedas de las galerías de columnas, en las cúpulas y en las salas y patios, imitaba los tapices bordados y las telas de seda de las tiendas de los príncipes. No nos atrevemos a asegurar que los azulejos se usasen ya en aquellos primeros tiempos, como se usaron más tarde, para ornato de las paredes, principalmente en la parte inferior. En la mezquita de Córdoba se ven ya azulejos en la capilla de Villaviciosa, donde forman, como se advierte en la Alhambra, con sus variados colores y dibujos, merced a una artística combinación, estrellas, hexágonos y otras vistosas figuras geométricas; pero es harto difícil señalar con exactitud la época en que fue adornada esta capilla; sólo puede tenerse como probable que pertenece al período de la dominación

del grande al-Mansur (hacia el fin del siglo X), ya que los autores arábigos, que tan detenidamente dan cuenta de todos los cambios y mejoras de la mezquita, no dan noticia de ninguna obra posterior.

Una desgracia sin ejemplo ha cabido en suerte a los monumentos de la época de los omiadas, y parece como milagroso que hayan desaparecido sin dejar huellas tantos edificios magníficos, a cuya existencia en otras edades nos obligan a dar crédito los testimonios concordes de los historiadores, de los libros de viajes y de la numismática. Tal vez se ha querido suponer que la falta de solidez de los materiales y los defectos en la construcción han hecho más fácil la ruina; pero la consideración de la enorme fortaleza de los muros que rodean la mezquita de Córdoba, con sus refuerzos salientes, invalida la suposición mencionada; y no puede alegarse que los palacios no estaban fabricados como las mezquitas con piedras y ladrillos, sino de una mezcla de cal y arena, llamada tapia, pues los muros de la Alhambra tienen una firmeza de hierro, que debe atribuirse a dicha mezcla. Es menester, por lo tanto, atribuir la destrucción a la mano asoladora del hombre y a las huestes guerreras de conquistadores africanos y cristianos. En Córdoba, por ejemplo, quedaron reducidos muchos edificios a un montón de escombros después de la conquista de dicha ciudad por los berberiscos, en 1013. Los más bellos palacios fueron devorados por las llamas. «Recientemente he sabido, dice Ibn Hazm, qué ha sido de mi suntuoso palacio en Balat-Mugit. Alguien, que venía de Córdoba, me contó que nada quedaba de él sino un montón de escombros. ¡Ah! También sé lo que ha sido de mis mujeres; unas reposan en el sepulcro; otras llevan una vida errante en comarcas remotas». El alcázar de los califas parece asimismo que era ya una ruina mucho antes de la toma de la ciudad por los cristianos, pues sabemos que el poeta Abu-l-Aziz Galib, estando un día en un banquete, en las orillas del Guadalquivir, improvisó los versos siguientes:

¡Oh alcázar! ¡Cuánta grandeza
has encerrado en tu seno!
En escombros y ruinas
tu fábrica se ha deshecho.
Muchos reyes te habitaron:
hoy la bóveda del cielo
gira sobre sus cabezas,
rotos y hundidos tus pechos
¿qué más queréis? Gozad ora
de los deleites terrenos,
ya que al cabo todo pasa
y se acaba con el tiempo.

También la multitud de palacios y quintas en los alrededores de Córdoba eran ya ruinas en su mayor parte, en el siglo XI, como lo demuestra este pasaje del Comentario a las poesías de Ibn Zaydun: «En estos deliciosos lugares, refieren, pasaron los omiadas días y noches

felices: en Šarq al-Uqab se reposaban en días tempestuosos, viendo los relámpagos que atravesaban las nubes; en el valle de Ruzafa llevaban una vida tan alegre como una eterna fiesta de boda; en Mahbas Nasih cerraban los oídos a los anuncios amenazadores de la desgracia; y en Azahara se cegaban con el lujo resplandeciente de que se veían cercados, y eran sordos a las advertencias de cualquier peligro cercano, hasta que al fin los arrebató la muerte, y en vez de las delicias de aquellas mansiones, les daba las aromáticas esencias, con las que se bañaban los cadáveres. Ahora están desolados aquellos hermosos sitios; sólo los visitan, al anochecer, las aves nocturnas; los búhos y los lobos hacen allí su nido y su guarida, y entre sus ruinas se oyen las voces de los espíritus malos; de modo que el valiente, lo mismo que el miedoso, apresura, aterrado, el paso para alejarse de allí. Tan deleznales son las obras todas de la mano del hombre. Quien se confía en las cosas terrenas pone su esperanza en una niebla matutina o en una imagen vana».

A pesar de todas estas devastaciones de los primeros tiempos, la capital de los califas debió poseer aún muchas obras notables de arquitectura arábiga cuando la conquistó San Fernando.

Quien transita hoy por las calles desoladas de la empobrecida Córdoba, ve sin duda allá y acullá un montón de escombros, un baño derruido, un adorno de muralla del tiempo de los árabes; pero en vano pregunta dónde ha desaparecido aquella inmensa ciudad, que se extendía en otro tiempo por las orillas del Guadalquivir, conteniendo 130000 casas, 3000 mezquitas, 300 casas de baños y 28 arrabales; y en vano busca los mil esbeltos alminares, con sus balcones redondos, sobresaliendo por encima de un mar de casas, y los palacios, las azoteas y los patios llenos de palmas y de cipreses gallardos, y las quintas y alquerías que se alzaban entre los olivares y los viñedos. Los campos de alrededor, poblados en otro tiempo de 3000 aldeas, y que eran un jardín de la vegetación más lozana, se han transformado casi en un yermo, donde sólo de vez en cuando alguna noria que extrae agua para los sedientos campos recuerda la actividad de los árabes.

Más raros aún que en la capital del imperio de los califas son los monumentos de la época de los omíadas que en el resto de España se han conservado. Ni rastro queda de los suntuosos palacios que, a mediados del siglo IX, sirvieron de morada en el sur de Andalucía a poderosas familias, casi independiente del califato. Así, por ejemplo, los palacios de Ibn al-Yahya, de los cuales dijo un poeta: «Los palacios de nuestro dueño han sido construidos según la traza y modelo de los palacios del Paraíso, y encierran en sí todos los deleites: en ellos se ven salas que no descansan sobre pilar alguno, salas cuyos mármoles están engarzados en oro. Una famosa fábrica era la gran mezquita que Abd al-Rahman II había edificado en Sevilla, hacia la mitad del siglo IX. No bien estuvo terminada, cuentan los árabes, soñó Abd al-Rahman que entró en el santo edificio y que en la alquibla encontró al Profeta muerto y envuelto en un sudario. Lleno, al despertar, de tristeza, preguntó a los adivinos sobre la significación de su sueño, y éstos le contestaron que las fiestas del culto divino cesarían pronto en aquella mezquita. Poco después tomaron los normandos a Sevilla, y se cumplió la significación del sueño; pero aquellos feroces conquistadores quisieron además destruir la mezquita, arrojaron dardos inflamados en su techo y amontonaron combustibles en una de las naves. Entonces, cuando ya todo iba a arder, vino un ángel por el lado del mihrab, en figura de un mancebo de peregrina hermosura, y lanzó de allí a los incendiarios. Así se salvó la mezquita, y los normandos

abandonaron la ciudad en breve. Quizás estuvo este edificio en el mismo lugar en que más tarde levantaron una gran mezquita los m^hahidas y donde también fue construida la catedral, y así pueden verse aún restos de la mezquita primera en los muros del atrio, donde sin duda se han conservado, pues en parte manifiestan ser de arábica arquitectura.

Probablemente pertenecen también a la época de los omiadas algunos antiguos baños de Valencia, Barcelona, Murcia y Granada. Los últimos, aunque muy derruidos, dan aún una idea clara de la construcción de un baño árabe. Había un patio a la entrada, circundado de pequeñas estancias, que servían para desnudarse, y de ellas se pasaba a varias salas donde había estanques, y por cuyo techo, abovedado, penetraba una luz crepuscular por medio de pequeñas aberturas. Si los pesados capiteles de las columnas de estas salas acreditan que son de los primeros tiempos del arte arábigo, lo mismo demuestran los no menos pesados arcos de herradura y las columnas de antigua forma de la ermita del Cristo de la luz en la ciudad de Toledo, la cual ermita parece una reproducción en miniatura de la mezquita de Córdoba. Del mismo modo debe pertenecer a los primeros tiempos la antigua puerta de Visagra, por la cual entraron los cristianos cuando conquistaron dicha ciudad. Aún se conserva en la catedral de Tarragona un nicho con rico adorno de arabescos, anterior al año de 960, época de su fundación. Es probable que este nicho fuese el mihrab de la mezquita.

Casi con mayor ímpetu ha echado por tierra la devastación los numerosos edificios de los magníficos y generosos príncipes que después de la caída de los omiadas dominaron en España. En Sevilla, sobre todo, es donde más se ha perdido. Mientras que la capital de los califas iba decayendo cada vez más, Sevilla se levantaba hasta llegar a ser la más brillante ciudad de Andalucía. De la hermosura de sus alrededores hablan los árabes con entusiasmo. En una extensión de veinte y cuatro millas arábicas se podía navegar por el río, animado por barquillas elegantes y botes de pescadores, y que merecía ser comparado al Tigris, al Éufrates y al Nilo, siempre a la sombra de las alamedas y de los árboles frutales, que resonaban con el canto de las aves. No menos que los alrededores era ensalzada la ciudad misma en tiempo de los árabes por sus variados encantos. Diez paransangas a lo largo del Guadalquivir se veía en ambas orillas una no interrumpida multitud de edificios, lujosas quintas y elevadas torres. Las casas de lo interior de Sevilla eran famosas por la solidez de su construcción y elegancia de su traza: casi todas tenían fuentes en sus patios, naranjos y limoneros. Muchas de estas casas, que se conservan hasta el día en bastante buen estado, pueden dar una idea de la antigua casa árabe, la cual en el orden de sus partes tiene gran semejanza con las modernas. Primero un recinto, *ustuwanen* árabe, *zaguán* en español, y luego un patio interior, en árabe *saha*, en cuyo centro se halla una fuente de mármol con un surtidor, rodeada de árboles siempre verdes, y por cuyos corredores, *ánditos* o galería de columnas, que están en torno, se pasa a las diversas habitaciones, son las condiciones peculiares de estas casas. En las más grandes suele haber muchos de estos patios.

Un extraordinario florecimiento alcanzó Sevilla bajo el dominio de la dinastía de *Abbad* y singularmente, según testimonio de un escritor arábigo, en el reinado del noble rey *al-Mutamid*, que hizo de ella la más hermosa de las ciudades. En la vida y en las poesías de este príncipe están descritos con encantados colores los palacios de los *Abadidas*; y todavía pensaba en ellos con saudades melancólicas, en su sombrío calabozo de *Agmat*, aquel destronado monarca. Entre estos palacios deben contarse el de *al-Zahi*, en medio de alamedas y olivares, a la orilla del río; el de *al-Zahir* también en la ribera, y el de *al-*

Mubarak, en medio de la ciudad, y tal vez en el mismo sitio donde hoy se ve el Alcázar, en el cual pueden haberse conservado partes de aquel antiguo edificio. Más lejos de Sevilla estaban los palacios llamados al-Tay, al-Wahid, al-Zoraya y al-Muzayniya. Sobre la fundación de todos estos palacios no cabe en general la menor duda, según las indicaciones anteriormente hechas. Por lo que se refiere de fuentes cerca de las cuales el rey descansaba, de torres en cuyas estancias vivía y de la kubba o pabellón con cúpula, se puede conjeturar que había patios con largos corredores, por los cuales se iba a torres con habitaciones regias y a salas con techos abovedados. La mención de jardines cerca de las habitaciones, demuestra que la naturaleza había quedado en cierta libertad, como se advierte aún en el Generalife. La imaginación se finge estos jardines llenos de aroma y de verdura, con enramadas de arrayán, jazmines, rosales, naranjos y granados, en medio de los cuales había claros y sonoros surtidores y tazas de mármol, en cuyas puras ondas se reflejaba todo aquel esplendor. En torno de los patios lucían los arcos de las galerías, los techos y los primorosos capiteles de las columnas, todo cubierto de los más ricos arabescos, rojos, azules y dorados, de figuras poligónicas, entrelazadas en caprichosos laberintos, de flores y de hojas verdes. El suelo resplandecía con azulejos o con losas de mármol; y los pórticos, los arcos, los ángulos de las salas y los techos estaban revestidos de variados adornos de estuco, que a veces pendían como estalactitas. Sobre un fondo azul brillaban en el muro, escritos con letras de oro, los versos de los más ilustres poetas. Aún conservamos una de estas inscripciones. Es una poesía de Ibn Handis el siciliano, que adornaba un palacio de al-Mutamid, y dice de esta manera:

¡Yo te saludo, oh palacio!
Por Alá dispuesto estaba
que tu beldad con los años
creciera y se renovara.
El mismo Moisés, que pudo
mirar a Dios cara a cara,
no entraría en tu recinto
sin descalzarse las plantas.
En ti mora un rev, a quien
cuantos por el mundo vagan
buscando mejor fortuna,
afable y propicio hallan,
y ante él de sus dromedarios
deponen luego la carga.
Cuando tus puertas resuenan,
abriéndoles franca entrada,
dicen: «¡Bienvenidos sean
peregrinos a esta casa!»
Se diría que el artista
con las calidades raras
que al alto Príncipe adornan
construyó tan bella fábrica.
De su fuerte y ancho pecho
hizo la exterior muralla,

la luz que dora el recinto
de la luz de su mirada,
el eminente almenaje
de sus hechos con la fama,
y los sólidos cimientos
con su largueza magnánima,
que a tantos sostener sabe
y en la que tantos descansan.
A la gran sala de audiencia,
que la bóveda estrellada
hacer olvidar pretende
con la cúpula gallarda,
dio, por último, el artista
la elevación de su alma.
Los alcázares de Persia,
donde Cósroes moraba,
oscurece con su brillo
este portentoso alcázar.
Para alzarle y terminarle
con perfección soberana,
cual Salomón, nuestro rey
ha recurrido a la magia,
de los duendes y los gnomos
sin esquivar la alianza.
Así liquidado el sol,
sus rayos puso en las tazas
y dio tinta a los pinceles
que pintaron estas salas.
Vida y movimiento tienen
sus mil imágenes varias.
Inclina, pues, a la tierra
la vista ya fatigada,
que en la dulce luz amiga
del Príncipe se restaura.

Como se deduce de la última parte de la anterior composición, las pinturas que representaban seres vivos eran un adorno no extraño de los palacios. Ibn Jaldun dice que en su tiempo los mahometanos de Andalucía, de resultas de su constante trato y comercio con los cristianos, habían contraído la costumbre de adornar con pinturas las paredes de sus casas y palacios. Sin embargo, aunque se conceda que por imitación del pueblo vecino tomase crecimiento entre los árabes españoles la afición a esta clase de adornos, es menester convenir en que desde muy temprano se había perdido entre ellos todo escrúpulo religioso respecto a las imágenes. A mediados del siglo IX se erigió una estatua en una

puerta de Toledo. En la mezquita de Córdoba, en la llamada capilla de Villaviciosa, se ven aún las figuras de dos leones echados, que sirven de sostén al arco, y sobre cuyo origen arábigo no cabe la menor duda. Ya hemos mencionado, además, que en esta santa y antigua mezquita se veían las imágenes de los Siete Durmientes de Efeso y del cuervo de Noé; que Abd al-Rahman III adornó su quinta de Azahara con los retratos de sus queridas; y que en una taza de una fuente que allí había, hizo poner doce figuras de animales esculpidas en Córdoba misma. Una bandera descubierta recientemente en San Esteban de Gormaz, y que lleva en una inscripción el nombre de Hişan II, está adornada con las imágenes de un hombre y de una mujer, y asimismo con figuras de cuadrúpedos y de aves. En su palacio, al oeste de Córdoba, se halló un maravilloso león de oro, en quien resplandecían en vez de ojos dos piedras preciosas, y entre las ruinas de Azahara se ha descubierto un ciervo de bronce, que hoy se conserva en el museo de Córdoba. Las figuras de fieras, que vertían agua por la boca, son mencionadas con tanta frecuencia, que casi deben considerarse como imprescindible requisito de los palacios. En una poesía de Ibn Razman se habla de un león que vierte agua por la boca. Uno de los palacios de al-Mutamid tenía un elefante de plata al borde de un estanque, y en el palacio de al-Sarayib, en Silves, se veían estatuas de caballos, leones y hermosas mujeres. También las otras muchas dinastías, que en el siglo XI se repartieron el desmembrado califato, así como los grandes señores de los respectivos reinos, poseían palacios y quintas que competían en lujo y magnificencia con los de los abadidas. Entre estos palacios deben contarse el que al-Mutasim, rey de Almería, construyó en su capital, entonces una de las más florecientes y populosas ciudades de España; la Almunia, o quinta de Ibn Abd al-Aziz, en Valencia, que los árabes describen como uno de los sitios más encantadores del mundo, y que fue largo tiempo la vivienda del Cid; la casa de la Alegría, Dar al-Surur, en Zaragoza; y finalmente, el maravilloso edificio, el palacio levantado con enormes gastos por al-Mamun, último rey de Toledo. En medio de un estanque que estaba en un patio de este edificio, construyó al-Mamun un pabellón. Merced a una ingeniosa maquinaria se hacía subir el agua de suerte que al caer se derramaba por todos los lados del kiosco. En este pabellón solía reposar al-Mamun, rodeado de las aguas, y sin mojarse. Se podían asimismo encender luces debajo de las aguas. En cierta ocasión sorprendió al Rey el sueño en aquel lugar, cuando oyó una voz que recitaba los siguientes versos:

¿Por qué construyes sólida vivienda,
si tu vida fugaz hizo el destino?
Una movable tienda
le basta al fatigado peregrino.
El arbusto de Irak sombra bastante
al que ignora concede,
si mañana dormir un solo instante
bajo sus ramas puede.

Poco después perdió el Rey su reino, y la ciudad de Toledo fue conquistada por los cristianos.

No solamente los príncipes, sino también muchos particulares erigieron suntuosos palacios, gastando enormes sumas, como, por ejemplo, la consumida en Valencia por un particular, evaluada en cien mil monedas de oro. Un lujo notable había asimismo en las puertas, que a veces estaban revestidas de oro.

Ha sido muy usual llamar estilo morisco al de la arquitectura del período que empieza con la conquista de Andalucía por los almorávides y termina con la conquista de Granada por los Reyes Católicos; pero está mal empleada. El nombre de moros fue dado por los cristianos españoles, que vivían en una ignorancia completa de sus contrarios en creencias, a todos los musulimes, sin distinguir la nación a que pertenecían, y con el mismo significado pasó dicho nombre a las demás lenguas europeas. Pero cuando se habla de una arquitectura morisca, debe entenderse que se trata de distinguirla de la árabiga y que se designa aquélla que emplearon los mauritanos y berberiscos. Es indudable que la población mahometana de España fue muy mezclada desde el principio, y que ya entre los primeros conquistadores había numerosas tribus y castas del África del Norte; que más adelante vivieron éstas, en gran número, junto a los árabes, en toda la Península; y que entre las pequeñas dinastías del siglo XI no pocas eran de estirpe berberisca. No obstante, así en los campos como en las ciudades, prevalecía por toda España la civilización árabiga. Los príncipes berberiscos, que presumían de cultos, como los aftasidas de Badajoz y el rey de Granada se arabizaban y se avergonzaban de su origen. Lo que se producía en literatura o en arte procedía de los árabes. Jamás se dio una actividad de este género que fuese propia y original de los bereberes, los cuales tenían fama de bárbaros; y si los moros han de ocupar un puesto en la historia del arte, deben tomar sólo el de asoladores de Córdoba y saqueadores y destructores de Azahara. Las empresas arquitectónicas de algunos príncipes de dicha casta son siempre en el estilo y según el modelo de los edificios árabigos, y verosímilmente llevadas a cabo también por artífices árabes. Con las invasiones y el dominio de los almorávides vino a España un nuevo aluvión de gente mauritana; pero en el mencionado modo de ser artístico no hubo cambio alguno. Los flamantes conquistadores, por razón de su barbarie, no trajeron arte alguno, y tuvieron que valerse, cuando quisieron edificar, de los antiguos habitantes del país, los cuales permanecieron naturalmente fieles a sus pasados usos y procedimientos. Lo mismo sucedió después de la conquista de España por los almohades. Éstos, y particularmente los grandes príncipes Abd al-Mumin y Yusuf, se hicieron, además, al instante los más celosos amigos y protectores de la cultura árabiga, y no hay el más leve indicio para que pueda sospecharse con fundamento que hicieron construir sus edificios por rudos africanos, y no por los ilustrados arquitectos de Andalucía, cuyo crédito y gloria tantos habían levantado y sostenido. Mucho menos aún puede calificarse de morisco el período artístico que empieza con el reinado de los nazaritas de Granada. Esta familia real era de antiquísima estirpe árabiga. Su fundador Ibn al-Ahmar contaba entre sus antepasados a uno de los compañeros del Profeta. Los sucesores de Ibn al-Ahmar hicieron de Granada el asiento de la cultura árabiga; y si bien en la ciudad no faltaban habitantes africanos, todavía no puede atribuirse a éstos más parte en la construcción de la Alhambra que la de meros peones. Los mismos historiadores orientales distan tanto de atribuir a dicho edificio un origen africano, que siempre que hablan de algún

palacio parecido al de la Alhambra y edificado en África, dicen que es un palacio por el estilo andaluz.

Las calidades propias del llamado estilo morisco, que se supone introducido poco antes de empezar el siglo XII, consisten en la riqueza de la ornamentación, en el empleo de los azulejos y del estuco, y en la caprichosa y variada forma de los arcos, los cuales no eran sólo de herradura, sino también puntiagudos por el centro, recortados y dentellados. Sin embargo, los adornos de estuco aparecen ya sobre las puertas de aquella parte de la mezquita de Córdoba que edificó al-Mansur: el yeso o espejuelo en enormes masas fue empleado para la construcción de Azahara, y se debe presumir que hizo un papel muy principal en la ornamentación de dicho palacio; y por último, los mismos estucos, así como los azulejos, se hallan en abundancia en el rico decorado de la Capilla de Villaviciosa, que no puede suponerse muy anterior al fin del siglo X. Por lo tocante a los arcos, ya los hay dentellados y con multitud de recortes en la parte de la susodicha mezquita edificada por Hakan II. No hay, pues, motivo para hablar de una variación fundamental en el carácter de la arquitectura árabe del siglo XII en adelante: más bien debe afirmarse que, vencedora del influjo bizantino, fijó los rasgos esenciales de su carácter en la segunda mitad del siglo X. Es verdad que después, con el transcurso del tiempo, hubo cambios y mejoras en la ligereza de los arcos, en el primor, en la elegancia, en ciertas singularidades del gusto y en algunas modificaciones que en los detalles se fueron introduciendo; pero estos cambios y mejoras estaban en la misma naturaleza de las cosas. Nada puede objetarse, sin embargo, a los que hablan de las diversas fases del estilo arquitectónico árabe; pero es lo cierto que no es dable seguir con certeza la historia de estas variaciones, al menos en sus pormenores, ya que sólo nos quedan en España tres monumentos importantes y bien conservados del arte árabe, sobre la época de cuya fundación no cabe duda: una mezquita de la primera época, un alminar de la segunda y un palacio de la tercera.

La más notable empresa arquitectónica del siglo XII, de que tenemos noticia, fue la construcción de una gran mezquita, con un alto alminar, en Sevilla, para Yacub al-Mansur, el Muwahida. Un historiador árabe refiere: «En el año 593 (1196-97 de Cristo) volvió a Sevilla el príncipe de los creyentes, y terminó allí la construcción de la mezquita y del alminar, cuyos cimientos había echado tres años antes, adornando la cima del alminar con muy hermosas bolas, en forma de frutos. De la magnitud de estas bolas se tiene idea con decir que la de tamaño mediano no pudo entrar por la puerta del muecim hasta que se ensanchó la parte inferior de dicha puerta, arrancando algunas piedras. El artista que fabricó estas bolas y las elevó y colocó en su sitio fue Abu Lais el siciliano: el dorarlas costó cien mil dineros de oro. En consonancia con esto habla Maqqari del alminar de Sevilla, que construyó Yacub al-Mansur, y dice que en todo el Islam no había otro que le sobrepusiera en altura y magnificencia. La Crónica del Santo rey D. Fernando describe el alminar tal como le encontró el conquistador. «La torre, dice, es por muy sutil y maravilloso arte labrada. Tiene en anchura sesenta brazas, e doscientas e cuarenta en altura. Tiene otra gran excelencia, que tiene la escalera por donde suben a ella muy ancha, e tan llana e tan compasada, que todos los reyes e reinas y grandes señores que a ella quieren subir a mula o a caballo, pueden muy bien subir hasta encima. Y encima de la torre está otra que tiene ocho brazas en alto, hecha por maravilloso arte, y encima de ella están cuatro manzanas, una sobre otra, tan grandes y de tan grande obra y hermosura, que no creo que se hallen otras tales en todo el mundo. La que está sobre todas es la menor. Y luego la segunda es

mayor, e la tercera es muy mayor. De la cuarta no se puede decir su grandeza ni su extraña obra, que es cosa increíble a quien no la vido. Ésta es labrada por muy gentil arte. Tiene doce canales, cada uno de ellos de cinco palmos en ancho, y cuando la metieron en la ciudad no pudo caber por la puerta, y fue menester que quitasen las puertas y que ensanchasen la entrada para metella. Cuando el sol da en estas manzanas, resplandecen tanto, que se ven de más lejos que una jornada».

Este alminar se conserva, y es hoy la célebre Giralda, torre cuadrada que ha perdido ya su primitivo adorno de las bolas, y que ha sido algo desfigurada por un nuevo capitel o remate. La parte inferior de esta torre es de piedra de cantería, la del medio de ladrillo y la superior de tapia. Para ornamento de la parte exterior hay muchos elegantes ajimeces, cuyos arcos variados y recortados descansan sobre pequeñas columnas de mármol, entre las cuales, pulidos ladrillos o azulejos forman en el muro un rico tejido de varias y primorosas labores. La descripción de la gran torre de la mezquita de Córdoba, que construyó Abd al-Rahman III, y que era asimismo cuadrada y tenía muchos arcos en las ventanas, sostenidos por columnas de jaspe, sin que faltasen las bolas en el extremo superior, hace ver que era muy semejante a la Giralda, y nos deja conjeturar que dicha Giralda en su parte inferior y legítima nos ofrece la forma exacta del alminar que desde el principio estuvo en uso en España.

Los arcos de los ajimeces en la torre de Sevilla se elevan un poco hacia la clave, formando punta; manera que más tarde aparece con frecuencia; pero que no fue extraña en las épocas anteriores, según se nota en los costados de la interesante antigua puerta de Visagra, en Toledo. Estos arcos apuntados se usaron ya en el siglo IX en la mezquita de Tulun en el Cairo, y desde entonces, si no antes, según parece, fueron propiedad común del arte mahometano. Los árabes fabricaban a menudo los arcos como mero ornato, y los formaban de una masa de estuco que colocaban entre los pilares verticales o jambas. De aquí debió pronto y fácilmente nacer el deseo de dar al arco variedad y diversas formas, y sería ciertamente de extrañar que no se hubiese ocurrido el cambiar y alterar la forma redonda con la del arco apuntado. Sin embargo, nunca el arco apuntado se empleó por ningún pueblo mahometano como parte esencial de un sistema arquitectónico, y, si bien afirma, su importancia en la arquitectura la aplicación frecuente que de él se hizo, sería caer en error dejándose llevar de las apariencias, el atribuir a su aparición entre los árabes más importante significado y el poner esto en relación con el origen del estilo gótico.

La gran mezquita de Sevilla, de la cual aún se conservan algunos restos en la parte inferior de los muros de la catedral, y que sirvió para el culto cristiano hasta el siglo XV, estaba por fuera coronada de soberbias almenas y revestida en lo interior de blancas placas. Su techo, muy artísticamente adornado., descansaba, como el de la mezquita de Córdoba, sobre antiguas columnas de mármol, por donde se podía inferir que aquel edificio había sido también construido en los primeros tiempos de la dominación musulímica, y por Yacub al-Mansur sólo restaurada.

En muchos lugares esparcidos por toda la Península Ibérica se encuentran aún edificios o ruinas que en su estructura o adornos revelan la mano o el influjo de los árabes; más raras veces hay datos seguros por donde se pueda averiguar la época de su fundación. En las regiones que fueron arrebatadas a los mahometanos se conservó aún largo tiempo la antigua

manera de edificar. No sólo los moriscos edificaban y adornaban sus casas al uso de sus padres, sino que también los cristianos se complacían en la comodidad de tales viviendas y hacían construir las suyas según el mismo estilo y traza. Todavía en el siglo XVI eran proverbiales entre los españoles el lujo encantador y el atractivo con que los palacios arábigos robaban los sentidos; y el ascético Fray Luis de León los encomia al considerarse dichoso de hallarse tan aperebido contra las seducciones del mundo, que:

Ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspe sustentado.

A menudo estas obras de los tiempos posteriores a la reconquista son difíciles de distinguir de las que construyeron antes de la dominación cristiana. Ni las mismas inscripciones del Corán prueban otra cosa, sino que los moriscos, mientras se les permitió el libre ejercicio de su religión y el uso de su lengua nativa, siempre adornaban las paredes de sus moradas con piadosas sentencias. La distinción es aún más difícil de hacer cuando los nuevos edificios se han levantado sobre el solar de otros más antiguos y aprovechando sus materiales. A este género pertenece el alcázar de Sevilla, que en su estado actual es un laberinto de patios, salas, corredores y estancias, en donde la traza en general, y no pequeña parte de los adornos y detalles, revelan el gusto y la manera arábigos. La inscripción de la fachada principal dice que el rey D. Pedro ha construido aquel alcázar, pero es evidente que su obra no es ninguna construcción fundamentalmente nueva, sino sólo una restauración de muchas partes antiguas con la adición de otras. Ya, según parece, los omíadas tuvieron un palacio en Sevilla; también hemos hablado de los diversos palacios de los abadidas, y por último, entre las construcciones de los muwahidas, se menciona una fortaleza con palacios y kubba; pero de ninguno de estos edificios se puede afirmar con certidumbre que estuvo en el mismo sitio que el alcázar actual, Después de la conquista de Sevilla fijó el rey San Fernando su residencia en el alcázar, y parece indudable que este alcázar es el mismo que D. Pedro restauró y renovó.

La ciudad de Toledo es asimismo riquísima en restos de arquitectura arábica; pero ni los mejor conservados, como la hermosa puerta del Sol y la antigua sinagoga de Santa María la Blanca, consienten que se diga con seguridad que pertenecen a épocas anteriores a la reconquista. En el cerro más alto que domina la ciudad, y donde ahora está: el alcázar, había ya sido edificado en el siglo VIII un fuerte castillo; con ocasión de la reconquista de Toledo, se habla también de un castillo que dominaba todos los contornos; pero en las hoy destrozadas ruinas del palacio de Carlos V apenas se advierten ya partes de muros arábigos. Del mismo modo ha desaparecido la obra maravillosa de las dos cisternas, las cuales se iban regularmente llenando de agua conforme crecía la luna, y se iban quedando vacías cuando la luna menguaba, señalando así el número y la hora de cada día del mes. Las ruinas cerca del Tajo, que llevan el nombre de Palacios de Galiana, son más interesantes por las románticas tradiciones con ellas enlazadas, que por sus adornos y arcos recortados. En

balde se busca hoy algún rastro del alcázar, del arsenal, de las torres, mezquitas y casas de municiones que había en Gibraltar, obras todas que aún a mediados del siglo XIV llenaban de admiración y de orgullo a los creyentes cuando visitaban aquel baluarte del Islam. En los alcázares de Segovia y de Cintra quedan aún algunos restos de su primitiva arquitectura; y Alcalá de Guadaíra, cerca de Sevilla, puede jactarse de su castillo árabe, bien conservado aún.

Entre las más importantes ciudades, singularmente en los últimos tiempos de la dominación mahometana, se contaba la fuerte y poderosa Málaga, puerto principal del reino granadino. Los escritores cristianos que la visitaron en tiempo de los musulimes, o inmediatamente después de la reconquista, hablan con admiración de sus edificios y fortificaciones y del encanto de sus alrededores. Cercaba la ciudad una muralla con muchas fuertes torres, cuyos parapetos estaban coronados de muchas almenas. Fuera de la ciudad y en la falda de un monte se veía la Alcazaba, que era un fuerte castillo, cercado de dobles muros y de treinta y dos gigantescas torres. Más alto aún, en la cumbre del monte, estaba el castillo de Gibralfaro, que se tenía por inexpugnable. En la parte llana de la ciudad había otra notable fortaleza con seis altas torres, que se llamaba el castillo de los Genoveses, y además, más cerca de la playa, otro gran edificio, igualmente con torres, que era el arsenal o atarazana (Dat al-Saana). «Y las muchas torres y los grandes edificios, dice Hernando del Pulgar, que están hechos en los adarves, y estas cuatro fortalezas, muestran ser obra de varones magnánimos, en muchos y antiguos tiempos edificados, para guarda de sus moradores. Y allende de la hermosura que le da la mar y los edificios, representa a la vista una imagen de mayor hermosura con las muchas palmas y cidros y naranjos, y otros árboles, y huertas, que tiene en gran abundancia dentro de la ciudad y en los arrabales, y en todo el campo que es en su circuito».

Los restos que en Málaga se conservan aún de la época árabe, se reducen a las atarazanas, en cuyo costado del mediodía se halla un elegante arco de herradura con la inscripción Solo Dios es vencedor; las ruinas de la Alcazaba y de Gibralfaro o monte del faro, y la torre de la iglesia de Santiago, que fue una mezquita. De la mezquita principal, cuyo patio era célebre por su hermosura y estaba lleno de naranjos de extraordinaria altura, no queda el menor resto, como se nota al visitar la catedral, que ocupa hoy el lugar mismo. Interesantes restos de un castillo, fundado encima de una escarpada peña, tal vez del mismo castillo en que los hijos de al-Mutamid se defendieron tan valerosamente, se hallan aún en Ronda, «aquella egregia y encumbrada ciudad, a quien las nubes sirven de turbante, y de talabarte los torrentes».

En varias ciudades de España se han conservado algunos alminares convertidos en campanarios; así en Carmona el de Santa María, y en Sevilla los de Santa Catalina y San Marcos. En la iglesia de San Salvador se ve una losa de mármol, empotrada en los muros de lo interior de la torre, con una inscripción que dice que el rey al-Mutamid hizo reedificar, en el año 472, la parte superior de aquel alminar que un terremoto había derribado. En las iglesias de San Andrés y de San Lorenzo, también en la misma ciudad, parecen ser restos de mihrabs las pequeñas construcciones con cúpula que están al mediodía. Por último, San Juan de la Palma, en Sevilla, fue primitivamente una mezquita, cuyo alminar hizo construir una de las mujeres de al-Mutamid, como lo declara una inscripción cúfica que se halla en el muro exterior. Además de este recuerdo de la época,

brillante de la ciudad bajo el dominio de los Abadidas, despierta esta iglesia otro recuerdo de los días más terribles de la Inquisición. Cuenta la leyenda que un cadáver depositado en aquella iglesia se alzó del sepulcro para acusar a un rico judío a quien oyó negar la Inmaculada Concepción de la Virgen: la Inquisición se apoderó del pecador y le quemó vivo.

- XVI -

La arquitectura de los árabes en Sicilia

Cuatrocientos años antes que en España acabó la dominación de los árabes en Sicilia. Si esta isla había sido un gran campo de batalla de los antiguos pueblos donde combatieron siracusanos y atenienses, cartagineses y griegos, romanos y bárbaros, también hubo en ella desoladoras guerras en las edades sucesivas entre normandos, alemanes, aragoneses y franceses. Pero, aunque se salvaron de aquellas primeras tempestades y combates restos importantes siempre del arte dórico, los templos sublimes de Agrigento y Segestes y los teatros de Siracusa y de Taormina, los edificios de los árabes, con ser más de mil años más modernos, han desaparecido casi por completo, sin dejar rastro alguno. Sólo poseemos de ellos escasas y vagas noticias, pero las suficientes para que no quede la menor duda sobre su abundancia y grandeza. La vida de San Filaretos, nacido en Sicilia (1020-1070), obra compuesta en tiempo aún de la dominación mahometana, encomia los muchos templos, la admirable magnificencia y hermosura de los edificios que había en las ciudades principales de la isla,-si bien añade que,entre todos descollaban las obras de los antiguos. Según Ibn Hawqal, tenía Palermo, a mediados del siglo X, más de trescientas mezquitas, entre ellas una capaz de contener 7000 personas. Un diploma de Roger, del año de 1090, habla de las extensas y muchas ruinas de ciudades y palacios sarracenos y de los escombros de tantos edificios construidos con maravilloso artificio para usos elegantes y superfluos. Grandes fueron después las devastaciones de una guerra de conquista de tres años; mas, a pesar de ello, se deduce de las obras de Idris, Ibn Yubayr y Hugo Falcando, escritores los tres del tiempo de los normandos, que todavía, a mediados y hacia el fin del siglo XII, una gran parte de Sicilia conservaba el sello de la cultura árabe. Los dos primeros ensalzan, al mentar casi todas las ciudades, las mezquitas, los baños y otros suntuosos edificios; y es difícil suponer que todos o la mayor parte fuesen construidos en el corto tiempo que medió desde la conquista de la isla. La pintura que hace Falcando de Palermo recuerda vivamente, por la semejanza, las que se conservan de Granada y de Sevilla, y designa a los árabes como principales autores de aquellos celebrados encantos. «¿Quién, dice, podrá encomiar como es justo, los pasmosos edificios de esta magnífica ciudad, la belleza de sus árboles

siempre verdes, la dulce abundancia de sus fuentes y surtidores, y los acueductos que traen agua de sobra para todas las necesidades de los ciudadanos? ¿Quién acertará a ponderar la gloria de la espléndida vega, que se extiende cuatro millas entre los muros de la ciudad y las montañas? ¡Oh venturoso valle, digno de alabanza en todos los tiempos, el cual contiene en sí toda clase de árboles y de frutos, y encierra solo todos los bienes de la tierra! Con el encanto que ejerce su deleitosa vista, de tal suerte se apodera de las almas, que el que una vez le vio, apenas si podrá dejarse arrastrar a otra parte por el más poderoso atractivo. Allí se ven viñedos que, merced a la pujante fertilidad del suelo, se dilatan con viciosa lozanía; allí hay jardines con una inmensa riqueza de variada fruta; allí torres, así para guardar los jardines como para deleite de los sentidos extasiados; allí también rápidas norias, por medio de cuyos arcaduces, que alternativamente suben y bajan, se extrae el agua de los veneros Y se llenan los aljibes y estanques que están cerca, y desde los cuales corre el agua hacia todos lados. Si se atiende después a la copia variada de árboles frutales, se ve la granada, que ocultando sus delicados granos en ruda corteza, los preserva de la intemperie; limones de tres diversas sustancias, pues mientras que su cáscara, por el color y el aroma, parece arder, la jugosa pulpa interior con su agrio zumo está llena de frescura, y la parte que está en medio conserva una temperatura templada. Estos limones sirven para sazonar los manjares. Hay también naranjas, que, si deleitan con su dulce zumo refrigerante, encantan aún más por su hermosura, cual si hubieran sido creadas para deleite de los ojos. Éstas caen de su peso cuando están ya maduras, porque no pueden sostenerlas las ramas, y porque crecen otras nuevas a las cuales es menester dejar sitio; de tal suerte se ven a la vez en el mismo árbol el fruto ya con vivo color de la primera cosecha, el verde aún de la segunda y el azahar de la tercera. Este árbol, resplandeciendo constantemente con las galas y lozanía de la juventud, no es despojado de ellas por la infructífera vejez del invierno, ni la helada le roba su follaje, sino que siempre lleva sus hojas verdes, y nos muestra a la vista la dulzura de la primavera. ¿Qué diré yo de las nueces, de las almendras, de los higos de varias clases, y de las olivas, cuyo aceite sazona los manjares y alimenta la llama de las lámparas? ¿Qué diré de los altos algarrobos de larga vida, cuya innoble fruta lisonjea con dulce insipidez el paladar de los rústicos y de los muchachos? Más bien me pararé a considerar las sublimes cabezas de las palmas y los dátiles que cuelgan en racimos de los altos cogollos. Si bajas luego la vista, descubres extensos campos plantados de aquella maravillosa caña, que estos naturales llaman de azúcar, a causa de lo dulce de su jugo interior. De otros frutos comunes que se dan entre nosotros me parece superfluo añadir nada».

Si este verde y florido edén nos le imaginamos coronado de palacios y de castillos de altas almenas, de cúpulas de mezquitas y de esbeltos y ligeros alminares, emergiendo de un mar de verdura, y de quintas con fuentes y sonoros surtidores ocultos entre la espesura de los naranjos y los bosquecillos de arrayán, y luego miramos al mar azul profundo desde las escarpadas peñas cubiertas de pitas, áloes y nopales, tendremos una idea de Sicilia en tiempo de los árabes y aun de los normandos. Así fue que, seducidos por la encantadora belleza de esta tierra meridional, pronto trataron los últimos de fijarse en la isla en estables viviendas, se arrepintieron de aquella furia bárbara, con que habían arrasado tantos soberbios edificios, y empezaron a restaurar o reedificar los palacios derruidos y a levantar otros nuevos. En Italia asimismo, y singularmente en la costa del Sur, que tenía frecuente trato y comercio con Sicilia, halló la gente tan cómodas las viviendas sarracenas, que procuró imitarlas. Así es, por ejemplo, que en la pequeña ciudad de Ravello, cerca de

Amalfi, población poderosa en otras edades, se ven aún muchos palacios derruidos, completamente en estilo oriental.

Es indudable que fueron arquitectos arábigos los que hicieron para los normandos aquellos palacios dispuestos para el goce de la vida sensual más elegante. Ni tuvieron el menor motivo para apartarse del antiguo estilo conocido, o modificarle, ya que los que les encomendaban trabajo habían desde luego adoptado las costumbres orientales. Siguieron, pues, en la traza y plan de los nuevos edificios, como en los detalles y adornos, el ejemplo y modelo de las antiguas quintas sarracenas; y si no se ha conservado en la isla un solo edificio que pueda con seguridad completa hacerse remontar a la época de los árabes, todavía nos atrevemos a conjeturar del modo de ser de los más tarde edificadas, como eran los primeros.

Los grandiosos monumentos antiguos de Sicilia, que aún excitaban hoy nuestra admiración, y que entonces debían subsistir aún en mayor perfección, no parece que sirviesen en manera alguna de modelo a los mahometanos. Fácil les hubiera sido aprovecharse de las columnas y de otras partes esenciales de los templos griegos, pero es indudable que no lo hicieron. El material de construcción que emplearon con preferencia, fue una clase de piedra que llamaban kiddan. De estas piedras talladas estaba hecho todo Palermo. Parece, además, según se infiere de la inspección de muchos restos de murallas, que emplearon el ladrillo. Los edificios sicilianos tenían, por la altura, solidez y espesor de los muros, y por el uso del arco unas veces más y otras menos, pero siempre propendiendo a ser apuntado, cierta afinidad en el estilo arquitectónico con los del Cairo, lo cual se explica fácilmente por las íntimas relaciones políticas de aquella isla con Egipto. En el orden interior y en la traza las quintas se asemejaban a las de España que ya hemos dado a conocer: patios rodeados de corredores con arcos y columnas, y estancias circunstantes con tazas de mármol y surtidores, formaban aquí, como allí, una mansión deliciosa entre jardines que ostentaban flores y frutas de una vegetación casi tropical. En la ornamentación hallamos también dibujos multicolores de mosaico, bóvedas en forma de colmenas, inscripciones entrelazadas, y estucados y resaltos de mil formas caprichosas cubriendo las paredes.

Un trasunto del lujo y de los encantos de las quintas de Sicilia brilla aún en los versos de Abd al-Rahman de Trapani en elogio de Villa-Favara, que ya dimos a conocer en páginas anteriores. La poesía no da, sin embargo, más noticia sobre su disposición sino que nueve arroyos corrían por los jardines, en medio de los cuales había un lago con una isla plantada de naranjos y con un pabellón o kiosko en medio de la isla. Esta quinta estaba cerca de Palermo, a la falda del monte Grifone, no lejos de dos manantiales, que en tiempo de los árabes se llamaban la pequeña y la grande Favara (esto es, manantial). Ibn Yubayr habla de esta quinta llamándola Qasr Safar, por donde puede inferirse que fue edificada por el emir Safar Yusuf (998-1019), o por otro sarraceno del mismo nombre, y que el rey Roger, a quien Fazellus considera como el fundador, no hizo más que restaurarla. Según todas las apariencias, también Benjamín de Tudela, que visitó a Sicilia en el año de 1170, habla de Favara, cuando dice: « En Palermo tiene su residencia el virrey, cuyo palacio se llama al-Hisn, o sea el fuerte castillo. Este palacio contiene en sí todo género de árboles frutales y un arroyo grande encauzado por un muro, y un estanque que se llama al-Bayra, donde hay muchos peces. Las barcas del rey están adornadas de plata y de oro, y siempre prontas para su solaz y recreo y el de sus mujeres. Interesantes restos de esta quinta pueden verse aún a

una media legua de Palermo, cerca de la iglesia de San Ciro. Allí, donde la gran Favara brota de un peñasco horadado por muchas cuevas, hay aún tres arcos de ladrillo, bajo los cuales se advierte la cerca de piedra de un lago o gran estanque. De este gran estanque proviene sin duda el nombre de Mare dolce, que equivocadamente se da hoy al manantial. Aún en el día los depósitos públicos de agua, así como también las pilas de mármol y los estanques de las casas, se llaman en Damasco Baharat, esto es, mar. Al lado opuesto de este lago artificial, ahora seco, más hacia la orilla del mar, se hallan las extensas ruinas del palacio. El pueblo de Palermo supone que por un camino subterráneo se va desde él al palacio real, que está en el centro de la ciudad, y le conoce con el nombre de Castello di Barbarossa. Es una gran fábrica cuadrangular con un ancho patio y con nichos en el lado exterior de los muros. Algunas habitaciones medio arruinadas con techos de bóveda indican haber sido estufas de baños termales.

Entre los palacios que, según Ibn Yubayr, hacían semejante la capital de Sicilia a una hermosa doncella, circundado el cuello de un espléndido collar de perlas (de modo que el rey de los normandos podía trasladarse siempre de un jardín a otro, pasando por pabellones, kioskos y belvederes), debe contarse también el palacio de al-Mansuryya. Sobre el sitio en que estaba este palacio no se puede afirmar nada con certeza, pues sólo le conocemos por dos poesías arábigas que se conservan en su elogio, y que demuestran cuanto los palacios sarracenos de Sicilia se parecían a los palacios de los árabes andaluces, así en el plan y traza general, como en las particularidades. Y digo con intención palacios sarracenos, ya que edificados en estilo oriental, y más que probablemente por arquitectos mahometanos, tienen derecho a este nombre, aunque pertenezcan a la época de los normandos. Una de las mencionadas poesías viene incluida ya en este libro; la otra, de Ibn Bayrun, es como sigue:

¡Oh santo Alá, qué soberana gloria
este alcázar rodea,
a quien da nombre digno la victoria!
La vista se recrea
contemplando la fábrica esplendente,
cuyas columnas y altos torreones
destácanse en el cielo transparente.
El agua que derraman los leones
que brota se diría
de la fuente Kauser. El rico huerto
La primavera pródiga ha cubierto
con fúlgido brocado;
y el huerto, acariciado
del aura por el beso,
olor de ámbar envía,
mientras los ramos de la selva umbría
de la fruta en sazón ceden al peso.
El canto de las aves siempre suena,
como si convidara
a penetrar en la floresta amena.
Tal es la mansión cara

del gran Roger; Roger, que sobresale
entre reyes y Césares, y quiso
aquí su trono levantar ahora.
De su esfuerzo y su dicha se prevale,
y en este paraíso,
que es obra suya,
descuidado mora.

Había, pues, jardines en la inmediata cercanía, si no en el centro del palacio, y leones que arrojaban agua como en la Alhambra. La imaginación completa esto con patios circundados de pórticos y salas adyacentes, cuyas paredes resplandecían con azulejos, y de cuyas bóvedas pendían figuras caprichosas, a modo de estalactitas.

El boloñés Leandro Alberti, en su descripción de Sicilia, menciona tres palacios sarracenos, situados a una milla de Palermo, de los cuales dos, en la primera mitad del siglo XVI, época en que él los visitó, eran ya ruinas; pero el tercero se conservaba. Dicho Alberti describe circunstanciadamente este último. Por una puerta con arco dorado se entraba en un vestíbulo, desde donde, por otra puerta semejante, se pasaba a un recinto cuadrado, en tres de cuyos costados había pequeños nichos u hornacinas, y sobre el cual se extendía un techo en forma de bóveda. En este recinto, cuyo suelo y paredes estaban cubiertos de mármol, había una fuente que vertía su agua en una taza de mármol también. Sobre la fuente se veían en mosaico un águila y dos pavos reales, y dos hombres que con arcos y flechas apuntaban a las aves. Graciosos arroyuelos llevaban estas aguas a otros vasos que estaban más allá, hasta que iban a dar en un estanque con peces que había delante del palacio. Deleitosa sobremanera, según la descripción de Alberti, era ver y oír estas claras y frescas ondas, que con perpetuo murmullo y raudo curso iban descendiendo por un canal de primorosa piedra labrada, cuyas lindas figuras de mosaico, que en gran parte representaban peces, al través del agua relucían. En esta pintura no deja de reconocerse la villa que aún existe con el nombre de La Zisa, corrupción del verdadero nombre arábigo al-Aziza, o sea La Magnífica. En la aldea de Olivuzza, contiguo a los soberbios jardines de Butera y de Serradifalco, se encuentra este palacio, que es cuadrilongo y alto. Las paredes exteriores están divididas en tres pisos, señalados por ventanas y nichos, en cuyos vanos hay arcos que se acercan a la forma del arco apuntado. La antigua inscripción que en otro tiempo circundaba el cornisamento, hoy roto en muchas partes como un adarve, deja aún ver, a pesar de la roturas, el origen del edificio anterior a los normandos. El edificio, con todo, ha perdido tanto de su primitiva forma, que su principal encanto, para quien hoy la visita, consiste en las maravillosas vistas que se gozan desde su cima, a las cuales sólo sobrepujan las más espléndidas de Granada. Quien esperase hallar en el al-Aziza una Alhambra siciliana, quedaría desengañado. Sólo el pórtico del piso bajo, aunque muy derruido, coincide en lo esencial con la pintura que hace de él Alberti. Los adornos que en forma de estalactitas penden en las bóvedas de los nichos que están sobre la fuente, la inscripción de una pared a la entrada y varios arabescos, pueden ser sin duda del tiempo de los árabes; pero decididamente son obras de la época de los normandos los mosaicos que representan

pavos reales y cazadores. El piso superior tenía antes un gran salón cuadrado con columnas que comunicaba con varias estancias; pero toda esta parte del edificio conserva muy poco de su primitiva construcción. En medio del estanque, también destruido, que estaba delante de la puerta principal, y al que iban las aguas de la fuente del patio, había según Alberti, un pabellón cuadrado unido a la orilla por un puente de piedra. Este pabellón contenía una pequeña sala con dos ventanas, y asimismo otro cuarto para mujeres, con tres ventanas, y en el centro de cada ventana había una columna de mármol que sostenía dos arcos. Una magnífica cúpula morisca cubría el cuarto, y su pavimento era de mármol. Por una gradería, de mármol también, se podía bajar al agua. En torno del estanque se veían un delicioso jardín con limoneros, cidros, naranjos y otros frutales. «Todavía, añade nuestro boloñés, se ven en aquellos contornos otras muchas ruinas y algunos cuartos y muros en pie, por donde puede inferirse que allí hubo en otra época un suntuoso edificio. En verdad yo creo que todo hombre que piense con nobleza ha de mirar con dolor estos monumentos, en parte arruinados, en parte próximos a la total ruina».

Por todo lo expuesto parece más probable que la quinta de al-Aziza era sólo el resto de unos grandiosos palacios que encerraban en sí muchas habitaciones, pabellones, torres, jardines y patios. A falta de noticias más inmediatas acerca de la disposición de aquellos palacios de Sicilia en la época en que aún existían en un estado perfecto, puede dar una noción aproximada de ellos la pintura que hace Mármol Carvajal de varios palacios en el África septentrional, ya que nadie ignora que en lo esencial no se diferenciaban mucho los palacios arábigos-sicilianos de los españoles ni de los marroquíes.

«Todos estos edificios, dice Mármol, y la casa real antigua, ha incorporado Mulay Abd Allah de poco acá en unos soberbios palacios que ha hecho, los cuales toman a lo largo del muro de la Alcazaba, desde el palacio viejo, que está detrás de la mezquita que dijimos, hasta la casa real, que sale a la plaza del Cereque, en el cual ámbito ha hecho grandes patios y aposentos muy ricos, donde tiene sus mujeres y las mancebas, apartadas unas de otras, y los palacios y aposentos de su persona y para las armas y tesoros. En un cuarto de éstos tiene hechas tres salas bajas con sus alcobas doradas, y en la del medio hay tres fuentes de agua y dos puertas que responden a dos hermosos vergeles de jazmines, laureles y arrayanes y de otras muchas flores olorosas, con las calles cubiertas de parras y de árboles fructíferos, cercados de cancelas de reja hechos de madera con puntas de hierro por encima. En uno de estos vergeles tiene hecho un estanque de agua a manera de alberca, de cuarenta varas en largo y más de diez en ancho, con muchos azulejos, a donde va el rey a bañarse de verano. Este estanque era muy hondo, y un día, estando Mulay Abd Allah, que ahora reina, borracho, cayó dentro, y se hubiera de ahogar si no le socorrieran sus mujeres; y por esto mandó hacerlo tan bajo que un hombre puede andar a gatas por él sin que le cubra el agua. Tiene también en este palacio dos alcobas, que llaman mexuares, donde se pone a dar audiencia. En la una oye en público de manera que todos le puedan ver, y en la otra se juntan a consejo de cosas importantes los principales de la corte en presencia del rey. Y entrambas están hechas de manera que, alzando compuertas al derredor, quedan a la parte de dentro hermosos corredores dorados, donde se arrima la gente para negociar y oír lo que se provee en sus negocios; mas no se puede entrar dentro sino por dos pequeñas puertas, donde están los porteros y los gazules de la guardia del rey, y al derredor de ellas hay hermosas fuentes de agua y muchos naranjos, limones y arrayanes en grandes patios, donde se pasea la gente el día de audiencia pública».

A la izquierda del camino que va de Palermo a Monreales hay un cuadrado de altos muros, hechos de gruesas piedras de cantería y adornados en la parte exterior con hornacinas, algunos de cuyos arcos propenden a ser apuntados. La tradición lo hace pasar por un edificio sarraceno, y ya fue designado por Boccaccio en la Novela Sexta del quinto día con el nombre de Kubba o pabellón de Cúpula. Su interior, casi del todo asolado y desfigurado, apenas ofrece aún algo notable, si se exceptúa un fragmento estalactítico que ha quedado de la cúpula destruida. Ya en la segunda mitad del siglo XVI el antiguo esplendor de esta kubba había desaparecido en su mayor parte; sólo de oídas la describe así Fazello: «El palacio en lo interior de Palermo se extendía fuera de los muros de la ciudad en una huerta de unos dos mil pasos de circuito. Resplandecían aquellos jardines con toda clase de árboles y con inexhaustas fuentes. Acá y acullá había fragantes bosquecillos de arrayán y laurel. Allí se prolongaba, desde la entrada hasta la salida, un larguísimo pórtico con muchos pabellones, abiertos por todos lados, para que el rey se solazase. Uno de estos pabellones se conserva aún en un estado perfecto. En medio del jardín había un gran estanque, construido con poderosos sillares, donde estaban encerrados muchos peces. Allí cerca descollaba, y descuella aún, la suntuosa quinta del rey, con una inscripción sarracena en la cima. De nada carecía aquel sitio para completar el lujo regio: hasta se guardaban en un lado de la huerta fieras de todas las especies para esparcimiento de la gente de palacio. Pero todo está hoy destruido, y el terreno está plantado de viñas y de hortaliza para los particulares. Sólo se reconoce aún muy bien la cerca de la huerta, pues la mayor parte del muro se conserva casi sin menoscabo. Como en lo antiguo, los palemitanos llaman hoy a este lugar, con un vocablo sarraceno, kubba».

La inscripción neski, recientemente descifrada sobre el friso del muro, lleva el nombre de Guillermo II y la fecha de 1182. Queda aún en duda, sin embargo, si el rey normando no hizo más que restaurar un antiguo edificio y adornarle con dicha inscripción, o si lo demás del grande edificio, del que esta kubba era sólo una parte, había sido obra de los árabes.

Baños sarracenos en más que mediano estado de conservación se ven aún en Cefalá, a diez y ocho millas de Palermo. Hay asimismo ruinas de una quinta arábiga en Boccadifalco. Por último, un antiguo edificio en el valle de Guadagna, junto a Palermo, llamado comúnmente Torre del Diábol, es atribuido a los árabes por el pueblo. En un muro alto con cuatro arcos apuntados de ventanas, pero que no tiene ningún signo característico de la arquitectura oriental.

Mucho más raras que las noticias que tenemos sobre los palacios y quintas de los árabes en Sicilia, son las que nos quedan acerca de las casas de Dios o de sus restos. Ibn Yubayr describe una mezquita situada no lejos de Palermo, como de forma cuadrilonga y rodeada de extensos pórticos de columnas. Por más insuficiente que sea esta descripción, todavía creemos reconocer en sus vagos contornos la figura primitiva de las mezquitas de que ya hemos hablado; esto es, un gran patio circundado de un ándito con arcos y columnas. De la disposición de la mezquita principal de Palermo no sabemos nada. Idris ensalza, no obstante, la riqueza de su ornamentación con pinturas, dorados e inscripciones. Así como las de Damasco y de Córdoba, fue esta mezquita en su origen un templo cristiano; pero sin disputa, reedificada, como aquéllas, y después consagrada al culto cristiano por los normandos, siendo, por último, derribada en la segunda mitad del siglo XIV. En la catedral

de ahora, que ocupa el mismo lugar, y que ha sufrido muchas modificaciones y cambios, sobre todo en el interior, no queda parte alguna esencial del antiguo edificio, a no ser quizás algunas columnas en los lados del Sur y del Oeste.

Merced a la tolerancia que Roger y sus sucesores se vieron precisados a adoptar en su tierra, en gran parte poblada de mahometanos, muchas de las mezquitas de Sicilia quedaron en poder de éstos durante la primera época después de la conquista. Otras, por el contrario, de la misma suerte que la mezquita principal, por medio de ciertas mudanzas interiores a fin de adaptarlas al culto divino, fueron transformadas en iglesias. Fácil es, por lo tanto, que en las actuales iglesias de Sicilia queden aún partes de las antiguas mezquitas. Esta presunción toca casi en la certidumbre con respecto a la iglesia de San Giovanni degli Eremiti, cerca del palacio real en Palermo. Las cuatro pequeñas cúpulas de esta iglesia llevan por completo el sello oriental, y las circunstancias de que las cúpulas eran antes cinco, y que en lugar de una de ellas se puso un campanario, parece confirmar la idea de su origen arábigo. Es cierto que han quedado documentos que llaman al rey Roger su fundador, pero no tienen mucho peso semejantes afirmaciones. Nadie ignora cuán frecuente era en la Edad Media, atribuir la fundación de un edificio al que sólo le ensanchaba, reparaba o hermoseaba.

La ciudad de Palermo poseía en tiempo de los mahometanos dos castillos principales. El más antiguo, llamado por excelencia al-Qasr, era la mansión de los aglabidas, estaba situado en el sitio que ocupa ahora el palacio real, y se unía a la gran mezquita, como el de Córdoba, por medio de un camino cubierto. El otro, apellidado Jalisa por los árabes, y por Falcando Maris Castellum, había sido construido y fue habitado por los kalbidas, y estaba situado en la orilla del mar. Después de la conquista de la ciudad, escogió el conde Roger para su morada el más antiguo castillo de los aglabidas, que luego siguió siendo la residencia de sus sucesores. Como no nos queda ninguna descripción de este palacio en su primitivo estado en tiempo de los árabes, nos parece que una narración de Guillermo de Tito nos puede ofrecer, en general, una idea de la disposición de los alcázares regios orientales. El historiador de las Cruzadas se expresa así sobre el alcázar del califa en el Cairo: «Tiene la casa de este príncipe un especial arreglo como no se sabe que le haya en otra alguna de nuestros días, por lo cual queremos apuntar aquí cuidadosamente todo aquello que hemos llegado a entender por relaciones fidedignas acerca de sus enormes riquezas, de su lujo y varia magnificencia, ya que no ha de ser desagradable entender de esto con más exactitud. Hugo de Cesarea, y con él el templario Godofredo, cuando en cumplimiento de su embajada fueron por vez primera al Cairo con el sultán, fueron introducidos por una gran multitud de siervos, que iban delante de ellos armados y con mucho estruendo, al través de unos pasadizos estrechos y de sitios enteramente oscuros; y en cada nuevo pasadizo hallaban turbas de etíopes armados que saludaban a porfía al sultán, hasta que al cabo llegaron al palacio, que en la lengua de ellos se llama Qasr. Luego que hubieron pasado más allá de la primera y de la segunda guardia, vinieron a hallarse en lugar más ancho y espacioso, que estaba al aire libre y donde el sol penetraba. Allí encontraron pórticos para pasear, que descansaban sobre columnas de mármol, tenían la techumbre dorada, estaban adornados con preciosas labores, y el piso con dibujos de color vario, de suerte que todo manifestaba una regia magnificencia. Y todo era tan hermoso por la materia y el trabajo, que forzosamente los ojos se inclinaban a mirarlo, y no podían hartarse de contemplar aquellas obras, cuya belleza sobrepujaba a cuanto hasta entonces habían visto. Había allí albercas de mármol llenas de agua cristalina y pájaros de todas

clases, que entre nosotros no se conocen, de extraña forma y plumaje, y sobre todo, una vista altamente maravillosa para los nuestros. Desde allí los llevaron los eunucos a otras estancias, que se sobreponían tanto en hermosura a las anteriores, como éstas a las que habían visto primero. Allí había una pasmosa multitud de fieras y otros cuadrúpedos de distintas especies, como sólo el caprichoso pincel de un artista, la libertad de un poeta o un espíritu que sueña, puede formarlos en nocturnas visiones, y como sólo se producen en las tierras del Oriente y del Mediodía, sin que jamás se vieran en las de Occidente, donde apenas si alguna vez se habla de ellos. Después de muchos rodeos, al través de diferentes estancias, llegaron, por último, al propio palacio real, donde había grandes turbas de armados y no menos apiñada multitud de siervos y otros satélites, los cuales, por su número y por sus vestiduras, anunciaban la incomparable magnificencia de su señor, y donde todo patentizaba sus riquezas e inmensos tesoros. Cuando fueron introducidos de esta suerte y se hallaron en el centro del palacio, el sultán mostró a su amo el acostumbrado respeto, echándose por tierra una y dos veces, y venerándole y reverenciándole como nunca mostró nadie su veneración. Luego se echó por tierra la tercera vez y depuso el alfanje que del cuello le colgaba, de repente las cortinas, que estaban bordadas de oro y de gran variedad de perlas, y que pendían en medio ocultando el trono, se descorrieron con maravillosa rapidez, y el califa quedó visible. Estaba sentado, con el rostro descubierto y con un traje más que regio, sobre un trono de oro, y le circundaba un corto número de eunucos que le servían. Entonces el sultán se aproximó a él con profunda reverencia y le besó humildemente los pies». No parece probable que el palacio de los aglabidas, en Palermo, tuviera el lujo fantástico del de los califas del Cairo. Probablemente se hallaba en un estado algo ruinoso cuando Roger tomó posesión de él, y Roger y sus sucesores hicieron en él muchas restauraciones, cambios y mejoras; pero la afinidad del palacio de los normandos con los palacios orientales resalta con más viveza en otras descripciones que de él se han conservado. Así, por ejemplo, de las noticias del viaje de Ibn Yubayr, donde cuenta este escritor los muchos jardines, pórticos, pabellones, azoteas y patios, como también habla de un recinto circundado de una galería de columnas y arcos, en cuyo centro había una sala. Con esto coincide Falcando en su descripción del mismo palacio. «Todo él, dice, está hecho de sillares, labrados con notable esmero y arte pasmoso. Espesos muros le cercan en lo exterior: por dentro resplandece del modo más lujoso con oro y pedrería. Acá se levanta la torre pisana, donde se custodian los tesoros reales; acullá la torre griega, que domina la parte de la ciudad llamada Jemonia. Adorna el centro aquella parte que llaman Yawhara y que está ricamente adornada. En esta parte, refulgente con tantos primores, suele el rey pasar sus horas de ocio. El restante espacio que hay alrededor está dividido en varias habitaciones para las mujeres, muchachas y eunucos que sirven al rey y a la reina. Asimismo se encuentran allí otros muchos pequeños palacios de gran lujo, donde el rey conferencia en secreto con sus validos sobre los negocios de Estado».

Pero también toda esta magnificencia debía desaparecer pronto. Poco después que Falcando hizo su brillante pintura de la pompa arábigo-normanda de Palermo, se suscitó la tempestad de la guerra, que había de cubrir a Sicilia de nuevas ruinas. El bárbaro furor con que Enrique VI hizo valer las pretensiones de los Hohenstaufen al trono de Sicilia, y la inmediata espantosa dominación de los franceses, con las revoluciones y trastornos que trajo consigo, destruyeron cuanto los normandos habían conservado del arte arábigo, de modo que sus restos descansan hoy sepultados bajo una doble capa de escombros y ruinas. Previendo esta tempestad, escribe el gran historiador de Sicilia las palabras que sirven de

introducción a su Historia: «Bien hubiera yo querido, amigo mío, ahora que la aspereza del invierno ha cedido el paso a las dulces auras, escribir algo de alegre y agradable para que llegase a ti como las primicias de la reciente primavera. Pero con la nueva de la muerte del rey de Sicilia, y con la consideración de los muchos males que ha de traer en pos de sí tan triste suceso, sólo puedo prorrumpir en lamentos. En balde me excitan a la alegría la serenidad del cielo, que de nuevo se aclara, y la amable vista de florestas y jardines. Como el hijo que no puede ver con los ojos enjutos la muerte de la madre, no puedo yo pensar sin lágrimas en la próxima desolación de esta Sicilia, que con tanto amor me ha recibido y criado en su seno. Ya creo ver las hordas impetuosas de los bárbaros que la invaden con violencia codiciosa, y nuestras ricas ciudades, nuestras florecientes comarcas yerman con la matanza, devastan con el robo y manchan con sus delitos. ¡Ay de ti, oh Catania, tan a menudo herida por el infortunio! Tus dolores no han podido calmar su furia. Guerra, peste, terremotos, erupciones del Etna, todo lo has sufrido, y ahora, después de todo, padeces el peor de los males: la servidumbre. ¡Ay de ti, oh famosa fuente de Aretusa! ¡Qué ignominia pesa sobre ti! Tú, que un día acompañaste con tu murmullo los cantos de los poetas, ahora tienes que refrescar la disoluta embriaguez de los alemanes y prestarte a sus abominaciones. Y ahora me vuelvo a ti, ¡oh celebrada ciudad, cabeza y gloria de toda Sicilia! ¡Cómo he de pasar en silencio tus encantos y cómo he de poder encomiarte lo bastante!» Aquí pone Falcando aquel elogio de su querida Palermo, que ya en otro lugar hemos copiado. Termina, por último, con estas palabras: «Todo lo que brevemente he referido es para que se sepa cuántos lamentos y qué abundancia de lágrimas son menester para que sea como debe deplorada la infelicidad de esta isla».

También en la vecina Malta, la cual, como las islas de Gozzo, Pantelaria y otras, inmediatamente después de la conquista de Sicilia, cayó en poder de los mahometanos, erigió la arquitectura arábiga mezquitas y palacios. Aun bajo la misma dominación de los normandos, cuya sabia política dejó a los musulimes la completa posesión de sus propiedades, y no les puso la menor limitación en el ejercicio de su culto, floreció allí el arte oriental. Pero apenas si ha quedado en nuestros días como recuerdo de esto otra cosa más que una losa sepulcral, con arcos de herradura muy exornados, la cual se custodia en el museo de La Valette. Sobre esta losa se lee una inscripción que habla de un palacio y de una espléndida sala, inscripción que por su singular belleza no está de más trasladar aquí:

«En el nombre de Dios, clemente y misericordioso. La salud y la bendición de Dios sobre el profeta Mahoma y su familia. De Dios son la soberanía y la duración eterna; Dios ha destinado a perecer a sus criaturas; pero tenéis un buen modelo en su profeta.

Ésta es la tumba de Maimuna, hija de Hassan. Murió, Dios se apiade de ella, el martes, 16 del mes de Saban, año de 569, reconociendo que no hay más que un Dios, que no tiene compañeros.

Oh tú, que consideras este sepulcro, aquí me he sumido yo. El polvo ha cubierto mis párpados y lo interior de mis ojos.

En este lecho mío, en esta morada del aniquilamiento y en mi resurrección, cuando mi Creador la ordene, hallarás asunto de meditaciones sublimes. Piensa, pues, en ello, ¡oh hermano mío! y toma ejemplo de mí.

Vuelve la vista a los tiempos pasados a ver si por acaso hay alguien que permanezca en la tierra, a ver si por acaso hay alguien que pueda desafiar a la muerte y alejarla de sí.

La muerte me ha arrojado de mi palacio. ¡Ay! Ni mi espléndida sala ni mis riquezas me han valido contra ella.

¡Mira! Aquí estoy como prenda o gaje de mis propias acciones, las cuales están escritas en mi cuenta, pues nada creado subsiste».

- XVII -

Granada. Caída de la cultura arábica últimos monumentos del arte de los árabes en Europa

En la falda noroeste de Sierra Nevada, que es, después de los Alpes, la más alta cordillera de Europa, se extiende una elevada llanura, que por la abundancia y variedad de sus encantos apenas tiene igual. Aunque sólo poseyese aquel sitio la hermosura que la naturaleza ha derramado pródiga sobre él, pasaría siempre por uno de los más notables del mundo; pero, a fin de realzar más aún el hechizo con que se apodera del viajero, la historia ha puesto en él sus imperecederos recuerdos, la poesía ha extendido sobre él su velo vaporoso, y el arte le ha adornado con una de sus creaciones más bellas. ¿Quién no se ha transportado alguna vez en sueños a Granada, bajo los pórticos de hadados palacios, o en jardines pendientes de las rocas sobre cerros y cañadas cubiertos de alamedas? Hay palabras cuyo mero sonido da alas a la fantasía. Tales son los nombres de Alhambra y Generalife, los cuales resuenan en el alma como un poderoso conjuro, y levantan y traen ante ella una turba de imágenes: esbeltos pilares, extendiéndose en alto como las líquidas columnas de los surtidores; fiestas y torneos bajo arcadas aéreas; paseos nocturnos entre cristalinos y sonoros arroyos, mientras que el aroma del mirto embalsama el ambiente, y suena en la espesura el blando adormecido eco de los romances. Al lado de estas escenas apacibles aparecen otras trágicas de la caída de la dominación arábica, y otras grandiosas de los heroicos combates donde el cristiano denuedo se probó contra la mahometana valentía. Esta guerra granadina es como el último gran poema caballeresco de la Edad Media, colocado en los mismos confines que de la edad moderna la separan, y, si bien penetrando tan de lleno en el claro día de la historia, medio velado aún por la vaga y nebulosa luz de la poesía. Para sublimar más aún la importancia histórica de aquellos lugares se trazó en ellos a la vez la señal y el término que marca del modo más distinto el advenimiento de una época nueva, no sólo para España, sino también para toda Europa; pues allí recibió Colón el encargo de armar aquella flota que, poco después de la toma de Granada, descubrió la América; y así, sobre las ruinas del palacio real de los árabes

columbramos ya el Nuevo Mundo, que tal vez guarda en su seno los destinos por venir del género humano. Treinta años después, Carlos V, dominador entonces de uno de los más extensos imperios que jamás han estado sujetos bajo el cetro de mortal alguno, fijó allí su residencia, y en la puerta de la Alhambra, junto al lema de los nazaritas, «Sólo Dios es vencedor», resplandeció el águila imperial germánica, como lo requerían entonces el poderío y la significación de nuestra patria.

No nos incumbe hablar aquí de otras cosas que pudieron contribuir también a realzar el interés de aquellos lugares; sólo nos toca describirlos en su carácter local y en los más importantes elementos de su historia, como el sitio donde germinó y se desarrolló el último florecimiento de la cultura árabe, para marchitarse luego para siempre.

En la falda de la sierra del Sol, de cuyos costados, rompiendo por las aberturas de las peñas, se precipitan hacia el valle el Genil y el Darro, se halla esta ciudad, en parte en la llanura, en parte sobre colinas. Entre éstas se notan principalmente dos, divididas entre sí por el profundo valle del Darro: la altura que por causa del castillo que hay en su cima se llama comúnmente la Alhambra, y el escarpado Albaicín, en cuya cumbre se parecía la antigua alcazaba. En torno de la ciudad, hasta donde no llega la zona de montañas que la circunda, se dilata la verde vega, perfumada de rosas, entre cuyos espesos bosquecillos resplandece serpenteando el plateado Genil, y forma con las colinas y cañadas, así como también con las crestas de Sierra Nevada, coronadas de blanca y reluciente nieve, un paisaje de tan apacible amenidad como de subyugadora y noble gentileza. Como si la naturaleza hubiese querido desplegar toda su fuerza creadora en una obra maestra y amontonar en un punto todas las riquezas de sus tesoros, ha unido en esta afortunada región de la tierra cuanto suele estar dividido y esparcido por diversas y apartadas regiones, encantando el alma y los sentidos del viajero. La fresca y jugosa verdura que gozan los países del Norte a costa de la triste oscuridad de su atmósfera nebulosa, merced a la alta situación y a la cercanía de grandes masas de nieve que nunca del todo se liquidan, se da aquí, bajo el azul profundo de un cielo sin nubes. Entre encinas, olmos y chopos, que esparcen su grata sombra en las colinas y laderas, se desenvuelve, la más lozana vegetación del Sur: el naranjo luce con su corona de hojas verde-oscuras; grupos de pinos y de cipreses alzan las gallardas y ligeras copas sobre un mar de verdura; nobilísimos laureles y densas matas de adelfas brotan espontáneos en las hendiduras de las rocas; y el granado crece con tal vigor y llega a tan gigantesca altura, que parece aquí consagrado a cubrir y esfumar con relucientes enramadas de verde oro los contornos suaves de las colinas. Por donde quiera se divisan blancos caseríos entre los emparrados, y por donde quiera, a través de la espesura, van murmurando los cristalinos arroyos y las sonoras cascadas; mas lo que acrecienta hasta lo infinito el encanto del paisaje, es que aquella pompa de vegetación y la abundancia de aguas que le da vida están acompañadas por la gloriosa luz de un sol casi tropical y por la singular formación del terreno sobre el cual solamente puede mostrarse en todo su esplendor tan maravilloso colorido. Es verdad que no hay bosques en las alturas, las cuales son calvas masas de peñascos; pero esto mismo se presta a quebrar los rayos de la luz matinal y de la luz vespertina, dándoles aquel profundo brillo y produciendo aquel rosicler y aquellos ricos cambiantes que visten las auroras y el anochecer del Mediodía como con los destellos de otro mundo encantado. Un anfiteatro de estas desnudas montañas rodea en ancho cerco el alto y risueño valle del Genil; y aquí, empinándose bruscamente y forjando con fantástica aspereza como quebradas torres; y allí, alzándose en blandas líneas y ofreciendo en su

conjunto una marcada variedad de contornos, componen las sierras de Moclín y de Elvira; pero sobre todas Sierra Nevada alza pujante y coronada de nieve la cumbre de rotos obeliscos y gigantescas pirámides y de almenas y agujas separadas entre sí por hendiduras profundas. Imagínese ahora el sol de Andalucía cuando declina hacia el ocaso, derramando el raudal de sus rayos sobre tan portentoso panorama. Su áureo resplandor se trueca en encendida lumbre purpúrea, y recorre estremeciéndose toda la escala de los matices y tonos, hasta que ya las sombras cubren la llanura y los alcores, y todavía, al empezar la noche, los nevados picos de Veleta y Mulhacén, faros invisibles para los bajeles que surcan a lo lejos el Mediterráneo, despiden refulgentes destellos.

Hermosa en todos los tiempos es esta comarca; pero lo es sobre toda comparación en la primavera, cuando, derritiéndose la nieve de las montañas, da más crecida corriente a los ríos, arroyos y acequias, y suscita una viciosa abundancia de vegetación. No bien la flor del almendro llamada por los poetas árabes «la primera sonrisa de la primavera en la boca del mundo», anuncia la venida de la más suave estación del año, se engalanan los valles y los collados con verde esmeralda, donde relucen, compitiendo en colores y aromas, las flores de todos los climas; sobre espumosas cascadas extiende el granado sus ramas, ya cubiertas de nuevas hojas, entre cuyo verdor se destaca el rojo brillo de los capullos entreabiertos; en torno resuenan las castañuelas y el adufe, y en las copas de los árboles entonan los ruiseñores los cantos del tiempo de los árabes, que no han olvidado todavía. El puro ambiente embalsamado y el fresco aliento de Sierra Nevada hacen de la mera respiración, bajo el cielo granadino, un deleite, como la tierra apenas brinda con otro igual en parte alguna.

No es una predilección apasionada, como alguien pudiera creer, la que induce a escribir estas palabras y a dotar al valle del Genil con encantos que sólo existan en la fantasía. Desde muy antiguo es famosa su belleza, y los orientales le han ensalzado como un paraíso más ameno y grande que los de Damasco, Cachemira y Samarcanda. El infatigable viajero Ibn Battuta, que había recorrido la mitad del mundo, desde los extremos orientales de India y de China hasta el océano Atlántico, dice que los alrededores de Granada, en una extensión de cuarenta millas, regados por el Genil y otros ríos, y cubiertos de jardines, huertas, praderas, caseríos, quintas y viñedos, no tienen nada semejante sobre la tierra. No bien penetraron los cristianos en la capital del último reino musulmático de la Península, Pedro Mártir, cronista de Fernando e Isabel, se expresó con la misma admiración en un escrito, con fecha de allí: «A todas las ciudades que el sol alumbra, es, en mi sentir, preferible Granada; en primer lugar por la blandura del clima, que antes que nada se requiere para que sea grata la estancia en un punto. Aquí, en verano, no son muy fatigosos los calores, ni es el frío excesivo en invierno. Constantemente se ve desde la ciudad, a una distancia de poco más de seis millas, la nieve sobre la cumbre de las montañas; pero rara vez en el ardiente mes de Julio se dejan sentir con fuerza los calores, aquella nieve, que se trae pronto, refresca el agua, con la cual se temple el vino, poniéndole más fresco que ella. Si hay, por acaso, durante algunos días un frío inusitado, los espesos bosques de las cercanas montañas ofrecen pronto auxilio. Por otra parte, ¿qué comarca hay como ésta con tan bellos paseos para solaz y deleite del ánimo cansado de cuidados y fatigas? La admirable Venecia está cercada del mar por todas partes, a la rica Milán sólo le cupo en suerte una llanura; Florencia, cercada de altas sierras, tiene que sufrir todos los horrores del invierno; y Roma, oprimida por las exhalaciones de las lagunas del Tíber, y constantemente

visitada por los vientos del Sur, que le traen los pestilentes miasmas de África, deja que lleguen pocos a una larga vejez, y hace sufrir en verano un calor que fatiga a los habitantes y los incapacita para todo. En cambio, en Granada, merced al Darro, que atraviesa la ciudad, el ambiente es puro y saludable. Granada goza a la vez de montañas y de una extensa llanura; puede jactarse de una cosecha perpetua, resplandece con cedros y con pomos doradas de todo género; tiene amenísimos huertos, y compiten sus jardines con el de las Hespérides. Las cercanas montañas se extienden en torno en gallardas colinas y suaves eminencias, cubiertas de olorosos arbustos, de bosquecillos de arrayán y de viñedos. Todo el país, en suma, por su gala y lozanía, y por su abundancia de aguas, parece ser los Campos Elíseos. Yo mismo he probado cuánto estos arroyos cristalinos, que corren por entre frondosos olivares y fértiles huertas, refrigeran el espíritu cansado y engendran nuevo aliento de vida».

No con menos entusiasmo se expresa el noble veneciano Andrés Navagero, que en 1526 residió largo tiempo en Granada como embajador cerca de Carlos V: «En torno de la ciudad, dice, es todo el terreno, así lo quebrado como lo llano, que se llama la Vega, de pasmosa amenidad y por extremo hermoso. En donde quiera hay abundancia, que no puede ser mayor, y todo está tan lleno de árboles frutales, como cerezos, nogales, albaricoques, membrillos e higueras, que apenas si se ve el cielo por entre la espesura de las ramas. También hay allí tantos y tan soberbios granados, que no se pueden imaginar mejores, y uvas extrañas de todas las especies posibles, y olivos tan espesos y coposos que parecen juntos un encinar. Por todas partes en torno a Granada, en los muchos por allí esparcidos jardines, se ven, o, mejor dicho, casi no se ven por la abundancia de árboles, tantas casas de moriscos, acá y acullá situadas, que, si se acercasen y juntasen, formarían otra ciudad no menor. Cierto es que son pequeñas las más de estas casas; pero todas poseen sus fuentes, rosales y arrayanes, todas son ricas de adorno y todas atestiguan que aquel país, cuando aún estaba en poder de los moros, era mucho más bello que en el día. Hoy se ven allí muchas casas derruidas y no pocos jardines abandonados y sin cultivo; porque los moriscos más bien disminuyen que aumentan, y son ellos los que plantan y edifican».

Cuando, después de la pérdida del rey de los godos D. Rodrigo, invadieron sin demora los musulimes toda la Península, y cada una de las tribus eligió para vivienda una de las comarcas conquistadas, los árabes sirios se fijaron en el valle del Genil y del Darro, a causa de su verde y feraz suelo, dominado por nevados montes que les recordaban el Líbano y las campiñas de Damasco. A una milla de la antigua Ilíberis edificaron, en un punto que se llama la alcazaba vieja, la fortaleza Hisn al-Rumman, esto es, el castillo del Granada. Este castillo dio nombre a la ciudad que dominaba, por donde vino a llamarse Granada. Poco se sabe de Granada en los primeros tiempos. Sólo hay noticias de que, a más de los árabes, tenía una población judía muy numerosa, y además muchos habitantes cristianos, los cuales poseían no pocas iglesias, y entre ellas una suntuosa junto la puerta de Elvira.

En la segunda mitad del siglo IX se hace mención por vez primera de la Alhambra o castillo rojo. Durante unas sangrientas guerras que los árabes y los naturales del país entre sí traían, sirvió esta fortaleza de refugio ya a la una, ya a la otra de las dos parcialidades. Asaltada muchas veces, era ya casi un montón de escombros, cuando, según cuentan, los árabes, perseguidos por mayor número de contrarios, se refugiaron de nuevo en ella. La situación de los sitiados era muy mala, pero con prodigiosos esfuerzos procuraron a la vez

rechazar los asaltos del enemigo y volver a levantar los muros de la Alhambra. En cierta ocasión, cuando estaban por la noche, a la luz de las antorchas, trabajando en las fortificaciones, y el ejército enemigo acometía con furia y amenazaba enseñorearse de la altura, vieron una piedra que vino lanzada por encima del muro y que cayó a sus pies. Uno de los árabes la levantó, y halló una hoja de papel asida a la piedra, donde estaban escritos los siguientes versos, que leyó a sus compañeros:

Son un desierto aterrador ahora
la ciudad, vuestros campos y mansiones;
es en balde la fuga que os desdora;
no reedificaréis los torreones
y muros del Alhambra derruida,
porque el filo tremendo de la espada,
cual vuestros padres ya la tienen dada,
pronto daréis la vida.

Estos versos, leídos por la noche a la luz oscilante de las antorchas, llenaron a los árabes de un espanto supersticioso. No pocos imaginaron que la piedra con el papel había caído del cielo, pero otros procuraron tranquilizar a los temerosos, afirmando que los enemigos habían lanzado la piedra, y que los versos eran de su poeta Abli. Esta opinión vino poco a poco a prevalecer, y el poeta Asad, que entre los sitiados se hallaba, fue requerido para escribir una contestación en el mismo metro y con las mismas consonantes. Asad, aunque sobresaltado por aquella terrible situación, y no libre de sombríos presentimientos, trató de dominarse, y empezó:

No está desierta la ciudad ahora,
ni lo están nuestros campos y mansiones;
la esperanza del triunfo corrobora
en la Alhambra los nobles corazones.
Esa hueste engreída
a vuestros pies caerá pronto humillada...

Pero al llegar aquí, el poeta se cortó y buscó inútilmente los versos que le faltaban. Cuando los árabes vieron esta turbación del poeta, la tuvieron a mal agüero, y el miedo se apoderó de ellos nuevamente. Asad se retiró avergonzado. Entonces oyó una voz que decía:

De vuestros hijos la cabeza amada
por el terror veréis encanecida.

Eran los dos versos que faltaban. Asad miró en torno, más no pudo descubrir a nadie. Persuadido entonces de que un espíritu celestial había pronunciado aquellas palabras, se apresuró a volver donde estaban sus compañeros y les contó lo ocurrido. Todos le oyeron con asombro, considerando el caso como milagro, y se dieron por convencidos de que Dios iba a auxiliarlos para conseguir la victoria. Luego fueron los versos escritos en un papel, y atado éste a una piedra, que arrojaron al enemigo. La profecía se cumplió pronto también. Llenos de nuevo valor los sitiados, hicieron una salida y lograron la victoria más brillante.

Si la Alhambra, de que hablan los versos, estaba situada en el mismo lugar que el famoso regio alcázar de época posterior, o tal vez no muy lejos de allí, donde se ven hoy las Torres Bermejas, es duda que difícilmente puede aclararse.

Al principio del siglo XI se convirtió Granada en capital de un Estado independiente. En la lucha entre árabes y berberiscos, que llenó el último período de la dominación de los omiadas, la cabeza del caudillo berberisco Ziri, del linaje de los sinhayas, fue elevada en el adarve del castillo de Córdoba. Ardiendo en sed de venganza, el hijo de Ziri, Zawi, marchó contra Córdoba con numerosa hueste, tomó por asalto la ciudad, la entregó a la devastación y al saqueo, quitó la cabeza de su padre del adarve y la envió a sus parientes, a África, para que la colocasen en el sepulcro que guardaba el cadáver. Durante la creciente decadencia del califato, fundó este Zawi un señorío en el sudeste de Andalucía y fijó su residencia en Granada. Bajo su sobrino y sucesor Habbus, que para ser de origen berberisco poseía una instrucción insólita, y también trató de atribuirse una prosapia arábiga, así como bajo Badis, cruel tirano que le sucedió en el trono, creció notablemente la ciudad. Éste último la cercó de fortificaciones, la adornó con palacios, y edificó una nueva alcazaba o ciudadela, que se extendía desde la antigua hasta el Darro. El alcázar de esta dinastía estaba situado en la altura cerca de la alcazaba antigua. En una de sus torres había una figura de un caballero de bronce, que giraba con el viento, y que tenía una misteriosa inscripción que profetizaba la caída de Granada. Según Maqqari, terminaba la inscripción: «Sólo corto tiempo durará el caballero; grandes adversidades vendrán sobre él, y reino y alcázar caerán en ruinas». Una posición elevada bajo Badis, como ya bajo sus antecesores, tuvieron el judío Samuel Leví y su hijo Josef. Dotados ambos de brillantes prendas intelectuales y de esmerada educación literaria, así como de rara destreza y agilidad para los negocios, supieron ganarse la confianza absoluta del príncipe, y todo el poder del gobierno descansó casi por completo en sus manos. Pero en el pueblo fermentaba el rencor contra aquellos infieles, que hacían aguardar a la puerta de sus dorados palacios, regados por fuentes de limpias aguas, a los musulimes, a quienes afrentaban, escarneciendo sus santas creencias.

Por medio de una poesía llena de inventivas vehementes, un alfaquí árabe atizó aquel odio hasta encenderle en vivas llamas, y causó un motín que acabó, en 1066, con el dominio de los judíos, de los cuales fueron degollados un gran número. No mucho después tuvo

también su término la dinastía de los Sinhayas. Yusuf Ibn Tasufin, el morabito, derribó del trono, así como a los demás pequeños soberanos de la Península, al nieto de Badis, Abd Allah, y tomó posesión de su palacio. Inmensos eran los tesoros que en él halló. Todas las estancias estaban adornadas con techos, tapices y cortinas de extraordinario precio. Por todas partes rubíes, esmeraldas, diamantes y perlas, y vasos de cristal, plata y oro deslumbraban la vista. Singularmente fue admirado un rosario o collar de cuatrocientas perlas, cada una de las cuales valían cien ducados.

En los tiempos que inmediatamente siguieron, Granada se eclipsa de nuevo y vuelve a ser una ciudad de provincia. Durante la atrevida expedición del rey aragonés D. Alfonso I, estuvo ya en peligro de ser arrebatada a los mahometanos. Los numerosos cristianos que allí residían, oprimidos por la intolerancia de los almorávides, enviaron una embajada secreta al rey de Aragón, excitándole a una excursión de conquista en el Mediodía: «Le pintaron, dice Ibn al-Jatib, todas las excelencias que había en Granada, y que la convertían en el más hermoso sitio del mundo; le hablaron de su extensa vega, de sus cereales y linos, de su abundancia de seda, vino, aceite y frutas de todas clases, de su riqueza en fuentes y ríos, del bien fortificado alcázar, de la cultura de sus moradores, etc. En consecuencia de esta excitación, emprendió Alfonso I, en el año 1125, una expedición, penetrando hasta cerca de Granada y permaneciendo acampado delante de la ciudad durante diez días. Circunstancias desfavorables le obligaron, con todo, a desistir de sus planes de conquista y a emprender la retirada. En vez de caer en manos de cristianos antes de otras principales ciudades musulimes, debía ser Granada el último baluarte del Islam en la Península Ibérica. Cuando ya no parecía estar muy lejos la completa ruina de los mahometanos en España; cuando ya habían sido conquistadas Sevilla por San Fernando y Valencia por Jaime I de Aragón, y cuando una fortaleza en pos de otra caía en poder de los cristianos, se alzaron tres valerosos adalides de antigua estirpe arábiga, Ibn Hud, Ibn Mardaniš e Ibn al-Ahmad, en defensa del Corán, a par que en empeñada contienda por el predominio sobre la España musulímica. Muhammad ibn Ahmad, del linaje de los nazaritas y natural de Arjona, consiguió al fin la victoria sobre sus rivales. En el año de 1238 había fundado un reino en las pendientes de Sierra Nevada y de las Alpujarras, contra el cual se estrelló aún durante siglos el poder de los cristianos. Como asilo abierto a los fugitivos de las diversas provincias que los cristianos poseían, ganó este reino no sólo una población extraordinaria por su número, sino también las fuerzas más eficaces para proporcionar el bienestar. El comercio tomó un incremento prodigioso con los productos de la industria y de la agricultura granadinas, y trajo a los puertos de las costas meridionales buques de todas las naciones. La capital creció en extensión y en población de un modo gigantesco, y la arquitectura, favorecida por los nazaritas, tan amantes del lujo y de las artes, floreció con sus formas más ricas y bellas. Probablemente en la cumbre del mismo monte, donde, como ahora lo vemos, ya en el siglo IX, había habido una fortaleza llamada Alhambra, edificó el fundador de esta dinastía el castillo real del mismo nombre, famoso en todo el mundo, y fijó su residencia. Estas últimas palabras deben tenerse en cuenta, pues como por el nombre de Alhambra se designa todo el conjunto de fortificaciones que hay en la colina que domina a Granada, sin la adición susodicha podría dudarse aún si Muhammad Ibn al-Ahmad había poseído allí un palacio. Su lema o divisa: «Sólo Dios es vencedor», que resplandece en todos los muros del alcázar, lo era también de su dinastía. El sucesivo ensanche, embellecimiento y terminación del edificio fue obra de sus sucesores, los cuales adornaron asimismo los otros cerros de Granada y la vega con palacios y quintas, y erigieron

mezquitas, escuelas, hospitales, baños y lonjas de mercaderes. El más encomiado entre los nazaritas por las grandes obras arquitectónicas que llevó a cabo, fue Yusuf Abu-l-Hayyay (1333-54). Fueron tan colosales sus empresas, que le dieron la reputación de poseer los secretos de la crisopeya. Siguió los pasos de Yusuf su hijo Muhammad V, y el tiempo que media entre la fundación de aquel reino y la muerte de este último soberano, en 1390, debe considerarse como el período más floreciente de la arquitectura granadina. También en este período vino a terminarse la Alhambra, tal como en sus partes principales la vemos hoy.

Por largo tiempo estuvo el reino de Granada sin ser amenazado seriamente por los príncipes cristianos, divididos entre sí; pero fue muy otra la situación de las cosas cuando Isabel, fundadora de la monarquía española, por su casamiento con Fernando de Aragón, dispuso de todo su poder para destruir aquel baluarte de los infieles. Intestinas discordias habían ya conspirado al mismo fin que las armas de Castilla: a la pérdida de Granada. Cuando vamos a llegar a esta pérdida, nos vemos de súbito trasportados al país de las leyendas desde la claridad de la historia. Así como sobre Rodrigo, último rey de los godos, hay sobre las figuras de los dos últimos reyes de Granada, Abu-l-Hasan y su hijo Abu Abd Allah, Boabdil, extendido un mítico velo, al través de cuya luz indecisa los hechos históricos sólo difícilmente se perciben. De aquella tradición famosa, tan variamente narrada en novelas y poesías, ya hemos hablado en páginas anteriores. Basta recordar aquí la enemistad entre abencerrajes y zegríes, con la cruel decapitación de aquéllos, y afirmar el hecho de que ambos reyes, padre e hijo, luchaban entre sí por el poder supremo, destrozando el reino todo estas regias contiendas, los bandos y las guerras civiles. Fatal fue para los mahometanos que ocurrieran estos infelices accidentes en el mismo tiempo en que, para resistir al poder cristiano fortalecido, se requería la unión más estrecha. Sin embargo, Abu-l-Hasan mismo provocó la guerra con el mayor aturdimiento. La toma del castillo de Zahara por sus soldados, que pasaron a cuchillo a toda la guarnición, dio la señal de la lucha. Ya entonces corrían los alfaqués por las calles pronosticando desventuras y prediciendo la caída del reino. Pronto se arrepintió el rey de su mala acción, cuando le llegó la noticia de la pérdida de Alhama, su principal fortaleza. Iba cabalgando, como el romance le describe,

Desde la puerta de Elvira
hasta la de Bivarrambla;

y se lamentó diciendo:

¡Ay de mi Alhama!
Cuando en la Alhambra estuvo
manda que toquen al arma,
y que suenen las trompetas,
los añafiles de plata.

Pero entonces se llegó a él un alfaquí

De barba crecida y cana,

y le dijo:

Bien se te emplea, buen rey,
buen rey, bien se te empleara.
Mataste los Bencerrajes,
que eran la flor de Granada...
por eso mereces, rey,
una pena muy doblada:
que te pierdas tú y el reino,
y que se pierda Granada.

Sin embargo, el último golpe cayó sobre la cabeza de su hijo. Mientras que la sangre de sus propios ciudadanos corría por las calles de Granada, era tomada una fortaleza en pos de otra, y cuando al cabo, por muerte de Abd al-Hasam Boabdil se vio solo en el trono, no le quedó más que defender que su capital misma. A dos millas de sus puertas habían asentado sus reales Isabel y Fernando, en la ciudad de Santa Fe, edificada por ellos.

El éxito final de la lucha no podía ser dudoso. Boabdil, que desde el principio había mostrado su timidez, hizo una capitulación para la entrega de la ciudad, y en la mañana del día 2 de Enero de 1492, plantó el cardenal don Pedro González de Mendoza la cruz de plata sobre la más alta torre de la Alhambra. El grueso del ejército español, así como los mismos Reyes Católicos, acampaban aún en los llanos de Armilla. Cuando la santa seña se hizo visible, relumbrando herida por los rayos del sol naciente, cayeron todos de rodillas, dando gracias al Señor y cantando el Te Deum. Luego se dirigieron lentamente las huestes hacia la ciudad. Boabdil, en tanto, tomó el camino de las Alpujarras, donde le habían dejado algunas tierras. En lo alto del cerro de Padul tiró de las riendas a su caballo y miró por última vez a Granada, que desde allí se descubre en toda su magnífica extensión, en medio de la verde vega. A esta vista, prorrumpió, suspirando, en estas palabras: «Alah Akbar», y empezó a

llorar amargamente; pero su madre, que le acompañaba, le dijo: «Razón tienes de llorar como mujer por lo que no supiste defender como hombre». Desde entonces se llama aquel sitio último suspiro del Moro, y también Cerro de Alah Akbar.

Sobre los ulteriores sucesos de la vida del último monarca granadino, se sabe que, después de una corta permanencia en las Alpujarras, pasó con su familia a las costas africanas, y vivió hasta su muerte en la ciudad de Fez, donde hizo edificar muchos palacios en estilo andaluz. Descendientes suyos quedaban aún en Fez en el siglo XVII, pero sumidos en tan grande pobreza, que se veían forzados a vivir de limosna.

Así acabó, después de una duración de cerca de 800 años, la dominación arábiga en España. La ulterior permanencia de los mahometanos en el suelo andaluz, y su final expulsión, forman una serie de infortunios que sólo pueden mirarse con dolor y con mala voluntad contra ellos que los hicieron pesar sobre un pueblo vencido y desdichado. Bien pueden considerarse con interés y contento las atrevidas hazañas de los caballeros cristianos en la guerra de Granada, mientras que estuvieron acompañadas del fiel cumplimiento de lo pactado, de blandura y de miramientos con el contrario caído; para el verdadero cristianismo, cuya doctrina de caridad, dulzura, justicia y pureza de corazón lleva en sí misma el sello de un origen divino sin necesidad del testimonio de los milagros, bien puede desearse el triunfo sobre el Islam; pero de la religión que violenta a los que creen otros dogmas a fin de que acepten los suyos por medio de amenazas y a hierro y fuego, se aparta la vista con horror y con odio. A los mahometanos se les concedió por la capitulación de Granada la posesión de sus mezquitas y la completa libertad de su culto. Debían ser juzgados según sus propias leyes y por sus magistrados propios, no perturbados en el pleno goce de sus propiedades ni molestados en sus antiguos usos, idioma y traje. Durante los ocho primeros años no pudieron quejarse de la infracción de este pacto. El verdaderamente piadoso arzobispo de Talavera, cuya es aquella famosa sentencia de que a los moros faltaba la fe de los españoles, y a los españoles las buenas obras de los moros, para ser todos buenos cristianos, hizo a la verdad muchos prosélitos, así por su bondad, que ganaba los corazones, como por la fuerza de su elocuencia; pero desechó siempre toda tentativa de atraer por violencia a los infieles, así por ilícita como por inútil, también del Conde de Tendilla, gobernador de Granada, tuvieron los moriscos que felicitarse. Sin embargo, ya entonces los más sombríos presentimientos se habían apoderado de sus ánimos. El recuerdo de muchos actos de crueldad y deslealtad perpetrados ya por los Reyes Católicos, por ejemplo, el condenar a la esclavitud a la población entera de Málaga, estaba muy reciente en la memoria de ellos para que pudiesen mirar con confianza en el porvenir. De esto da testimonio un notable manuscrito, en letras arábigas o aljamiado, que he visto en la Biblioteca Nacional de Madrid. Su autor, que es un mahometano, refiere que visitó a su correligionario José Benegas en su casa de campo, a una legua de Granada, y allí le habló de la siguiente manera: «Bien sé, hijo mío, que los sucesores de Granada te lastiman el corazón; pero no te maravilles si hablo de ellos porque no pasa un solo instante sin que me estremezcan lo íntimo de mi ser, ni un solo día en que no destrocen mi corazón. Nadie ha llorado jamás infortunio mayor que el de los hijos de Granada. No dudes de mis palabras, pues yo soy uno de ellos y fui testigo de vista. Yo vi con mis propios ojos que todas las nobles damas, así casadas como viudas, fueron cubiertas de ultrajes, y que más de trescientas doncellas fueron vendidas en público mercado. Yo mismo perdí tres hijos. Los tres murieron en defensa de la fe. Mi mujer y dos hijas me fueron arrebatadas, y sólo me

quedó para consuelo esta única hija, que entonces tenía siete años. Me he quedado solo y como desterrado en el mundo. Cúmplase la voluntad de Dios. Así me conceda la gracia de llevarme pronto de aquí. ¡Oh hijo mío! No lloro yo por lo pasado. No conseguiría, llorando, que no hubiera pasado. Lloro por lo que has de padecer si quedas con vida y permaneces en esta tierra, en esta isla de España. Permita Alá, merced a la santidad de nuestro reverenciado Corán, que mi predicción no se cumpla, que no salga verdadera como la veo ante mis ojos. Pero todavía ha de venir tal oposición sobre nuestra religión, que preguntarán los nuestros: ¿Qué es de la voz que nos llamaba a orar? ¿Qué de la fe de nuestros antepasados? Todo para quien tenga sentimiento ha de ser tristeza y luto, y mayor dolor es pensar aun que los musulimes serán como los cristianos y no desdeñarán sus trajes ni repugnarán sus comidas. No consienta al menos el bondadoso Alá que acepten sus obras y que reciban en el corazón sus creencias religiosas».

Estas profecías no tardaron en cumplirse. El partido más celoso y fanático, muy fuerte entre el clero, supo encomendar el negocio de la conversión a un hombre que no tenía en la elección de los medios los escrúpulos de Talavera. Era éste el célebre Jiménez, el cual, no bien se vio en Granada, empezó a emplear todo linaje de corrupciones y de astucias para que renegasen de su fe los creyentes en el Corán. No sólo trató de destruir la doctrina del Profeta, sino también los escritos que por acaso pudieran tener con ella alguna relación. En Granada se habían reunido los restos de las inmensas bibliotecas que hubo en otro tiempo en Córdoba, Sevilla y otras ciudades florecientes en musulímica cultura. El Arzobispo creyó hacer una obra meritoria acabando de aniquilar lo que había podido salvarse del furor de los berberiscos y de los primeros conquistadores cristianos. Por orden suya todos los manuscritos arábigos de que pudieron apoderarse sus arqueros se hacinaron en un gran montón en una plaza principal de la ciudad. Ni el asunto, que a menudo nada tenía que ver con el Corán, ni el primor de la caligrafía, ni la suntuosidad de la encuadernación, hallaron gracia a sus ojos. La quema de la gran biblioteca de Alejandría, que se dice haber sido ejecutada por Omar en el primer período tempestuoso del Islamismo, no es un hecho probado, y más bien la tienen casi generalmente por una fábula los historiadores circunspectos; pero es indudable que un prelado cristiano, en la edad del renacimiento de las ciencias, entregó a las llamas sobre cien mil obras de sabios y de poetas arábigos, fruto de ocho siglos de alta cultura intelectual. Sólo fueron perdonadas algunas obras de medicina. Para realzar el merecimiento de aquel santo varón, suponen sus admiradores que el número de los volúmenes que hizo quemar llegó a un millón cinco mil.

Por su violento modo de proceder, a fin de realizar sus planes de conversión, suscitó Jiménez un alzamiento en el Albaicín, barrio de la ciudad sólo habitado por moriscos. Cuando Fernando e Isabel tuvieron noticia de esto, desaprobaron vivamente el celo excesivo del Arzobispo; pero éste, luego que la rebelión fue sofocada, supo con sofística elocuencia calmar el disgusto de los reyes. Aunque no obtuvo un expreso consentimiento, tampoco halló oposición alguna a la realización de sus miras, y dio por sentado que los moriscos se habían hecho reos de alta traición, y que era un acto de clemencia dejar que eligiesen entre el destierro y la conversión al cristianismo. Muchos de aquellos infelices se decidieron entonces a la expatriación; los demás, que no quisieron o no pudieron abandonar el suelo patrio, se resignaron al bautismo.

De este modo faltaron abiertamente los españoles a lo pactado, mientras que ellos mismos ponían una confianza absoluta en la palabra de los moriscos. El Conde de Tendilla había procurado calmar la insurrección del Albaicín, prometiendo a los descontentos acabar con la causa de sus quejas y observar la capitulación, y como fianza del cumplimiento de esta promesa, dejó en poder de ellos a su mujer y dos hijos. En vez de la regia confirmación de la promesa llegó el anuncio de la ya mencionada resolución, por lo cual quedaba hollada y rota la capitulación toda; sin embargo, los moradores del Albaicín devolvieron al Conde sus rehenes. Subleva más aún la conducta de los cristianos y se manifiesta más a las claras cuando se reflexiona que ellos mismos habían gozado casi siempre bajo el dominio mahometano de libertad religiosa, y salvo raras excepciones, que tuvieron lugar por sus provocaciones mismas o bajo el dominio de los berberiscos, no sufrieron persecución alguna.

Evidentemente el Islam es intolerable por principios. Su primera prescripción fue, de acuerdo con el mandato del Profeta, emplear la fuerza de las armas; pero a los vencidos los trató con indulgente dulzura. Los judíos, mientras que en toda Europa eran asesinados y quemados, hallaron libertad en la Andalucía musulímica. Con el cristianismo ocurre lo contrario. El amor y la dulzura son los preceptos principales de su fundador; pero los cristianos por donde quiera han cumplido con dichos preceptos sólo mientras eran débiles. Bien puede hacerse a todas las comuniones cristianas la grave acusación de que, no bien han obtenido el poder, todas ellas, con su intolerancia contra los que pensaban de otro modo, han contradicho y negado el espíritu de Aquel de quien procedían.

Con la violenta conversión de los musulimes granadinos desaparece el nombre de moros de la historia de España y es sustituido con el de moriscos. Naturalmente esta conversión fue en un principio, y siguió siendo, nada más que exterior. Los mahometanos conservan por lo común con gran firmeza las creencias que en su primera juventud les fueron inculcadas. Hasta hoy mismo es muy raro entre ellos un cambio de religión. Con más dificultad aún podían decidirse a adoptar el cristianismo: en primer lugar, porque la doctrina de que Dios ha engendrado un hijo está declarada de un modo enfático como una blasfemia en la sura 19 del Corán, y en segundo lugar, porque el dogma de la Trinidad les parece en contradicción con la afirmación fundamental del Islam, la unidad de Dios; tanto, que acusan de politeísmo a los cristianos. Salvo, pues, el bautismo, que se vieron obligados a recibir por fuerza, los moriscos permanecieron en secreto fieles al Islam. Considérese que apenas esquilado campo debió de encontrar la Inquisición en Granada.

En el año de 1526 el espantoso tribunal, que hasta entonces sólo desde lejos había lanzado sus rayos, hizo su entrada en la capital de Boabdil. Desde luego apareció un decreto, en el cual se prohibía a los moriscos el empleo de la lengua arábica, escrita y hablada, sus apellidos y su traje nacional. Poco después vino también la prohibición de los baños, que son una necesidad para los orientales, de las zambras o fiestas y danzas nocturnas, de los cantares arábigos y de los instrumentos músicos moriscos. Con la mayor severidad, y citándolos por sus nombres, fueron amonestados para que asistiesen al servicio divino católico, que en su corazón detestaban. Esta violencia sirvió sólo para que ellos se uniesen con más firmeza a la fe de sus padres. Anualmente se daba lectura en las iglesias de un edicto llamado de delación, en el cual la Inquisición ordenaba a los fieles, bajo las penas más severas, denunciar toda acción y hasta todo gesto que pudiera excitar sospechas de

mahometismo. A pesar de eso, y a pesar del ejército de espías del santo tribunal que los rodeaba, los moriscos siguieron en silencio con sus creencias, y los que llevaban en vida la máscara del catolicismo, la arrojaban al menos en la hora de la muerte, y morían, con gran dolor de los clérigos, confesando altamente al Profeta. Así fue que los calabozos se llenaron, se emplearon los instrumentos de tortura, y parecía que no había de haber bastante leña en los bosques de Andalucía para quemar a los secretos sectarios del Corán.

De este tiempo de infortunio y desesperación nos queda aún un canto elegíaco, probablemente la última poesía arábiga nacida en el suelo español. Ya que hemos trasladado a este libro tantos versos inspirados por las fiestas, el amor y el vino, o que resonaron bajo las bóvedas de los alcázares de los califas para celebrar sus triunfos y su magnificencia, no creemos que deban suprimirse estos otros, que fueron compuestos al son de las cadenas y el resplandor de las hogueras, y que parecen el canto fúnebre de un pueblo que muere. «Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Antes de hablar y después de hablar sea Dios loado para siempre. Soberano es el Dios de las gentes, soberano es el más alto de los jueces, soberano es el uno sobre toda la unidad, el que crió el libro de la sabiduría; soberano es el que crió a los hombres, soberano es el que permite las angustias, soberano es el que perdona al que peca y se enmienda, soberano es el Dios de la alteza, el que crió las plantas y la tierra, y la fundó y dio por morada a los hombres; soberano es el Dios que es uno, soberano el que es sin composición, soberano es el que sustenta a las gentes con agua y mantenimientos, soberano el que guarda, soberano el alto Rey, soberano el que no tuvo principio, soberano el Dios del alto trono, soberano el que hace lo que quiere y permite con su providencia, soberano el que crió las nubes, soberano el que impuso la escritura, soberano el que crió a Adán y le dio salvación, y soberano el que tiene la grandeza y crió a las gentes, y a los santos y escogió de ellos los profetas y con el más alto de ellos concluyó. Después de magnificar a Dios, que está solo en su cielo, la santificación sea con su escogido y con sus discípulos honrados». Comienzo a contar una historia de lo que pasa en Andalucía, que el enemigo ha sujetado, según veréis por escrito. El Andalucía es cosa notoria ser nombrada en todo el mundo, y el día de hoy está cercada y rodeada de herejes, que por todas partes la han cercado. Estamos entre ellos, avasallados como ovejas perdidas o como caballero con caballo sin freno; hannos atormentado con la crueldad; enséñannos sutilezas y engaños; hasta que hombre querría morir con la pena que siente. Han puesto sobre nosotros a los judíos, que no tienen fe ni palabra; cada día nos buscan nuevas mentiras, astucias, abatimientos, menosprecios y venganzas. Metieron a nuestras gentes en su ley, hiciéronles adorar con ellos las figuras, apremiándolos a ello, sin osar nadie hablar. ¡Oh cuántas personas están afligidas entre los descreídos! Llámannos con campana para adorar la figura; mandan al hombre que vaya presto a su ley revoltosa; y después se han juntado en la iglesia, se levanta un predicador con voz de cábaro y nombra el vino y el tocino, y la misa se hace con vino. Y si le oís humillarse diciendo: ésta es la buena ley, veréis después que el abad más santo de ellos no sabe qué cosa es lo lícito y lo ilícito. Acabando de predicar se salen, y hacen toda la reverencia a quien adoran, yéndose tras de él sin temor ni vergüenza. El abad se sube sobre el altar y alza una torta de pan que la vean todos, y oiréis los golpes en los pechos y tañer la campana del fenecimiento. Tienen misa cantada y otra rezada, y las dos son como el rocío en la niebla. El que allí se hallare veráse nombrar en un papel, que no queda chico ni grande que no le llamen. Pasados cuatro meses va el enemigo del abad a pedir las albalás en la casa de la sospecha, andando de puerta en puerta con tinta, papel y pluma, y al que faltare la cédula ha de pagar un cuartillo

de plata por ella. Tomaron los enemigos un consejo: que paguen los vivos y los muertos. ¡Dios sea con el que no tiene qué pagar! ¡Oh qué llevará de saetadas! Zanjaron la ley sin cimientos y adoran las imágenes estando asentados. Ayunan mes y medio, y su ayuno es como el de las vacas, que comen a mediodía. Hablemos del abad del confesar, y después del abad del comulgar; con esto se cumple la ley del infiel, y es cosa necesaria que se haga, porque hay entre ellos jueces crueles que toman las haciendas de los moros y los trasquilan como trasquiladores que trasquilan el ganado. Y hay otros entre ellos examinados, que deshacen todas las leyes. ¡Oh cuánto corren y trabajan con acuerdo de acechar las gentes en todo encuentro y lugar. Y cualquiera que alaba a Dios por su lengua no puede escaparse de ser perdido, y al que hallan una ocasión, envían tras de él un adalid, que aunque esté a mil leguas, le halla, y preso, le echan en la cárcel grande, y de día y de noche le atemorizan diciendo: «¡acordaos!» Queda el mezquino pensando con sus lágrimas, de hilo en hilo, en diciéndole: «¡acordaos!» y no tiene otro sustento mayor que la paciencia. Métenle en un espantoso palacio, y allí está mucho tiempo y le abren mil piélagos, de los cuales ningún buen nadador puede salir, porque es mar que no se pasa. Desde allí le llevan al aposento del tormento, y le atan para dársele, y se le dan hasta que le quiebran los huesos. Después desto, están de concierto en la plaza del Hatabín, y hacen allí un tablado que lo semejan al día del juicio, y el que dellos se libra aquel día le visten una ropa amarilla, y a los demás los llevan al fuego con estatuas y figuras espantosas. Este enemigo nos ha angustiado en gran manera por todas partes, y nos ha rodeado como fuego. Estamos en una opresión que no se puede sufrir. La fiesta y el domingo guardamos, y el viernes y el sábado ayunamos, y con todo aún no los aseguramos. Esta maldad ha crecido cerca de sus alcaldes y gobernadores, y a cada uno le pareció que se haga la ley una; y añadieron en ella, y colgaron una espada cortadora, y nos notificaron unos escritos el día de año nuevo en la plaza de Bib al-Bonid, los cuales despertaron a los que dormían, y se levantaron del sueño en un punto, porque mandaron que toda puerta se abriese. Vedaron los vestidos y baños y los alárabes en la tierra. Este enemigo ha consentido esto y nos ha puesto en manos de los judíos para que hagan de nosotros lo que quisieren, sin quedello tengan culpa. Los clérigos y frailes fueron todos contentos en que la ley fuese toda una y que nos pusiesen debajo de los pies. Esto es lo que ha cabido a nuestra nación, como si le diesen por honra toda la infidelidad. Está sañado sobre nosotros, hase embravecido como dragón, y estamos todos en sus manos, como la tórtola en manos del gavilán. Y como todas estas cosas se hayan permitido, habiéndonos determinado con estos males a buscar en los pronósticos y juicios, para ver si hallaríamos en las letras descanso; y las personas de descripción que se han dado a buscar los originales nos dicen que con el ayuno esperemos remediarnos; que afligiéndonos con la tardanza habrán encanecido los mancebos antes de tiempo; mas que después de este peligro, de necesidad nos han de dar el parabién y Dios se apiadará de nosotros. Esto es lo que tengo que decir, y aunque toda la vida contase el mal, no podría acabar. Por tanto, en vuestra virtud, señores, no tachéis mi orar, porque hasta aquí es lo que alcanzan mis fuerzas; desechad de mí toda calumnia, y el que endecharé estos versos ruegue a Dios que me ponga en el paraíso de su holganza».

Esta poesía, destinada a ganar la voluntad de los moros de la costa de África, así como también una carta que pedía directamente auxilio, fue cogida por los agentes del gobierno español a un cierto Ibn Dawd, cuando ya éste quería pasar a la otra orilla del Mediterráneo. La misma desesperada situación de los moriscos los excitaba tiempo hacia a la insurrección. Para provocarla más, principalmente entre los moradores de las Alpujarras,

que seguían casi todos el Islam, se habían divulgado profecías que anunciaban el restablecimiento del imperio árabe-andaluz, y la libertad de los esclavizados sectarios del Profeta. Con el más profundo sigilo se reunieron los conjurados, en parte vecinos del Albaicín, en parte caudillos en las Alpujarras, y eligieron por rey a un mancebo de veintidós años, llamado Ibn Umayya, que descendía de los califas de Córdoba. Según costumbre de los antiguos árabes, recibió el nuevo rey la consagración religiosa. Vestido con un manto de púrpura, con el rostro hacia la Meca, se arrodilló sobre cuatro estandartes, cuyas puntas estaban dirigidas hacia las cuatro partes del mundo. De esta suerte hizo su plegaria y pronunció el juramento de vivir o morir en defensa de su fe, de su reino y de su pueblo. Entonces se levantó el nuevo rey, y como señal de general obediencia se echó a tierra uno de los que presentes estaban, y en nombre de los que presentes estaban, y en nombre de todos besó el sitio donde se habían posado sus pies. A éste nombró su justicia mayor. Lléronle los otros en hombros, y le levantaron, diciendo: «¡Dios ensalce a Muhammad Ibn Umayya, rey de Granada y de Córdoba!»

Pronto ardió en vivas llamas la rebelión; todas las Alpujarras se cubrieron de moriscos armados, y aun pudieron anunciar los muecines desde los alminares que Mahoma es el profeta del único Dios. Pero el fin de esta tentativa desesperada para restablecer un reino musulmánico era de prever. En lugar de referir cómo fue ahogada la rebelión en un torrente de lágrimas y de sangre, dejemos caer el telón de esta tragedia. Luego que D. Juan de Austria tomó la villa de Galera e hizo pasar a cuchillo a sus habitantes, sin distinción de sexo ni edad, y después que las demás plazas fuertes de la Serranía, muchas de ellas por traición, cayeron en poder de los españoles, todos los moriscos del reino de Granada que se sometieron fueron trasladados a otras distantes comarcas, y los que se ocultaron fueron cazados como fieras y entregados al verdugo. Muchos lograron escaparse por mar; pero el amor de la patria los trajo de nuevo a Andalucía, donde cayeron en las garras de la Inquisición y proporcionaron un espectáculo edificante en los autos de fe de la católica ortodoxia. La situación de aquellos que fueron llevados al interior de España fue peor que la esclavitud. Hablar la lengua árabe, tocar un instrumento morisco, etc., eran crímenes que se castigaban con galeras. Se reconoció, con todo, que no había medio de apartar a los moriscos de sus antiguas costumbres, y de obligarlos a una conversión sincera. Si llevaban a uno a la cárcel, éste solía, con la esperanza de la libertad, no resistirse a la reconciliación con la Iglesia; pero de seguro que en el patíbulo renegaba con voz firme del catolicismo y moría con las doctrinas musulmanas en los labios. El gobierno vio, pues, a las claras que la religión del Profeta no podía ser extirpada de la Península sino con el aliento del último morisco. Entonces un piadoso hombre de Dios, en un memorial dirigido al rey, manifestó su convicción de que era lícito y conveniente matar a todos los moriscos. El no menos religioso Arzobispo de Valencia compuso asimismo una Memoria en la cual hizo patente el santo deber de acabar con los infieles, y todas las desgracias que habían caído sobre España durante medio siglo aseguró que eran justo castigo del cielo por la impía tolerancia que hasta entonces se había usado con ellos. Concluía de todo que, sin bien era impracticable el dar muerte a tantos millares de hombres, el rey debía, o bien desterrar a todos los moriscos, o bien, si le parecía mejor, condenarlos a galeras o a trabajos forzados en las minas de América. Y que esto era obrar con blandura, pues mirado el asunto con severidad, todos eran merecedores de la muerte. Siguió a esto, reinando Felipe III, la expulsión de todos los descendientes de los moros, y España, con la pérdida de sus más activos agricultores, se convirtió en un yermo que sólo servía para mansión de católicos ortodoxos.

Después que fueron así borradas las últimas huellas del Islam de la Península, se podría sostener que todo lo que la historia refiere de su dominación en España era una fábula, si las piedras, como testigos mudos, no ofreciesen a nuestros ojos, aún en el día, la brillantez y la cultura de los árabes españoles. Estos monumentos que han quedado de los musulimes, a pesar de la destrucción del tiempo y de los hombres, no son tan numerosos en parte alguna como en Granada. Apenas hay sitio en la gran ciudad y en sus alrededores donde no haya restos de la época arábiga. En manera alguna podemos aquí mencionar todos, pero los más importantes deben tanto más hacerse notar, cuanto que, hasta ahora, salvo la Alhambra y el Generalife, ninguno ha sido descrito por los viajeros. Empezaremos por la encantadora colina de Dinadamar (esto es, Ain ad Dama, fuente de las lágrimas), sitio de recreo de los árabes, junto a la puerta de Elvira, donde había jardín y huerta, que Ibn Battuta pinta como sin par en el mundo, y desde cuya altura, vista la ciudad con sus azoteas, adarves, palacios, cúpulas, mezquitas y alminares, debía presentar una magnífica vista. Allí afluían reunidas las aguas que, traídas desde la sierra, abastecían la parte más alta de la ciudad. Una grande alberca, formada con fuertes muros, servía para paseos por agua y para baños, y tenía en sus ángulos cuatro torres, llamadas menazires, o miradores, como se encuentran aún en muchas casas de la ciudad. Aún se ven ruinas de estas torres, así como de la alberca, pero gayumba e hiedra las cubren en torno, y el centro de la alberca está seco. Desde esta colina, que está cerca de la Cartuja actual, se llega a la célebre puerta de Elvira, que conducía a la antigua Iliberis; y no bien se pasa su colosal arco de herradura, coronado de almenas, queda en una altura a la izquierda la antigua alcazaba, cuyos muros en gran parte están firmes aún, si bien todo aquel barrio está desolado. En la mencionada altura, cerca de la antigua alcazaba, en la parroquia de San Miguel, según Mármol, estaban los palacios de Ibn Habbus, el fundador de la primera dinastía granadina; pero apenas queda resto de ellos, aunque se señala como tal la llamada Casa del Gallo o de la Lona.

Dos puertas de la época de los árabes, que se conservan aún, son la de Fajalauza (Faqš al-Lawz; esto es, camino de los almendros), y la Puerta Bonaita (Bab al-Anadir, o dígase Puerta de las Eras). Penetramos más en el Albaicín, barrio de los de Baeza, los cuales, arrojados de su patria por los cristianos, se establecieron allí. En ningún punto se ha mantenido tan invariable el carácter oriental como en esta parte de la ciudad, que se levanta y extiende por las escarpadas laderas de un cerro. Es cierto que de la mezquita principal del Albaicín, que estaba situada donde hoy la iglesia de San Salvador, sólo quedan restos de poca importancia; pero en cambio se encuentran muchas casas particulares en el estado todavía en que las dejaron los árabes. El ustuwán, zaguán en español, y la saha, o patio interior, con su surtidor o fuente cercada de verdura; las habitaciones, en cuya entrada hay una o más concavidades en forma de nichos para guardar cántaros con agua o grandes vasos; las primorosas šamsiyas, ajimeces en español, esto es, ventanas con dobles arcos; y la hania, en español alhania, o pequeña alcoba todo se ha conservado, todo parece aún dispuesto para recibir a sus antiguos moradores. Sin embargo, la arquitectura arábiga sólo se muestra allí en su decadencia. Como ya queda dicho, los moriscos tuvieron aún largo tiempo el Albaicín como principal residencia bajo la dominación cristiana, y sus casas llevan el sello de aquel tiempo de infortunio. En balde se buscan lujosos adornos en las paredes; inscripciones arábigas se hallan rara vez.

Dejando el Albaicín y caminando en dirección del sitio donde el Genil se une con el Darro, se llegan a ver notables restos de un palacio árabe con jardines. Al otro lado de la magnífica alameda, llena de frescas y sonoras fuentes, el más hermoso paseo del mundo, y más allá del puente del Genil, en el camino de Armilla, y en una posesión del Duque de Gor conocida con el nombre de Huerta de la Reina, se ve una torre cuadrada de notables dimensiones, y en ella un salón alto que en toda su estructura se asemeja a la torre de Comares de la Alhambra. Sus inscripciones arábigas, resaltando y enlazándose con elegantes adornos de estuco, contienen la divisa de los nazaritas: «sólo Dios es vencedor», y a menudo las palabras «bendición y perpetua dicha y salud a nuestro dueño el sultán, el rey justo y constante». No lejos de allí, en la parte baja de la huerta, hay un gran estanque, y cerca de él se observan las ruinas de un pabellón, el cual servía probablemente para casita de baño. Entre los árabes hubo de llevar el palacio, al que estos restos pertenecían, el nombre de Qasr Said. Como está probado, dicho palacio existía ya en tiempo de los almohades. Reinando el fundador de la dinastía nazarita, dio alojamiento al infante D. Felipe, quien, con otros caballeros cristianos, residió largo tiempo en Granada.

Volviendo luego atrás, por el puente del Genil, y yendo hacia el convento de Santo Domingo, vemos cerca de él rastros de jardines y edificios, los cuales estaban probablemente unidos a la Alhambra por camino subterráneo, y formaban en conjunto con otros palacios una residencia para los reyes, que variaba en todas las estaciones del año. Un camino cubierto por una espesa y sombría enramada de laurel, al través de la cual los rayos del sol jamás penetran, conduce al llamado Cuarto Real, que está en una torre de aspecto firme y severo, en cuyo interior hay un alto salón cuadrado, lleno de hermosos mosaicos y de otros ornatos arábigos. Se asegura por tradición que los soberanos de Granada se retiraban allí durante el Ramadán para entregarse en soledad y silencio a los rezos y ayunos de aquel santo mes, y los versos del Corán y las sentencias piadosas que hay en las paredes de la sala, parecen corroborar esta idea. Además del principio de la Sura XLVIII, que se repite muchas veces, se lee: «¡Oh alma mía! ¡Oh esperanza mía! ¡Tú eres mi refugio, tú eres mi protector! ¡Imprime en mis obras el sello del bien! ¡Alabado sea Dios por sus beneficios!»; y, «No hay auxilio alguno sin el que viene de Dios todopoderoso y sabio. No tengo protección alguna sino la que Dios me concede; en él confío, a él me vuelvo».

Es de maravillarse que, a pesar de la furia de la Inquisición contra todos los recuerdos del Islam, no se hayan destruido estas inscripciones arábigas y otras muchas que se conservan en Granada.

Dirigiéndonos ahora hacia aquella parte de la ciudad, que aún en el día de hoy, como en tiempo de los mahometanos, es la más animada y como el centro del comercio, entramos en la famosa plaza de Bivarrabla, que toma su nombre de la cercana Bab al-Raml, o Puerta de Arenas. Si bien la rodean aún muchas antiguas casas, esta espaciosa plaza dista en gran manera de ser la misma que vio en otra edad los torneos y cañas de abencerrajes y zegríes, y en balde se buscan los ajimeces, aquellas primorosas ventanas con dobles arcos sostenidos por una columnita, a través de cuyas rejas y celosías miraban las fiestas las hermosas damas. Siguiendo la larga calle llamada Zacatín, esto es, calle de los Prenderos, que desde la citada plaza sube paralela al Darro, se ve primero, a mano izquierda, la Alcaicería, ancho espacio con galerías, donde hay tiendas y habitaciones para los mercaderes; la cual Alcaicería, hasta un incendio ocurrido en 1843, contenía restos de los

más notables de la arquitectura arábiga en Granada. La cercana catedral señala el sitio donde estuvo la principal mezquita, y en la capilla donde está el sepulcro de Hernán Pérez del Pulgar recuerda una inscripción la hazaña de este héroe, quien, dos años antes de la conquista, entró solo en la ciudad, y en señal de posesión clavó con su puñal el Ave María sobre la misma puerta.

El Zacatín desemboca en la Plaza Nueva, desde donde se sube a la Alhambra por la pendiente cuesta o calle de los Gomeles. Pero si se continua el camino por la orilla del Darro, se descubre pronto una vista magnífica. Sobre un cerro, lleno de arroyos y de verdura, y cubierto de avellanos, nogales y otros árboles, que ha sido encomiado por los árabes como el asiento de la bienaventuranza terrena, y que ha sido visitado por gentes venidas desde lejanas tierras, a causa de su ambiente vivificante y salubre, descuellan en los enhiestos peñones los rojos muros y torres de la Alhambra, y más allá, en más elevada ladera, entre la espesura de granados y arrayanes, relumbra el Generalife con la hermosura pasmosa de un ensueño.

Esta quinta de verano de los reyes granadinos no parece ser de la misma época que la dinastía de los nazaritas, porque una inscripción que aún se conserva, nos dice que el edificio ha sido renovado por el rey Abu-l-Walid en el año de la gran victoria de la fe, lo cual se refiere a Abu-l-Walid I, y a la batalla del año de 1319, en que perecieron los infantes D. Pedro y D. Juan.

En un friso de la galería que conduce a la quinta, hallan los que entran sentencias del Corán, en las cuales son ensalzadas las dichas del paraíso que se guardan para los creyentes: «Yo me refugio en Dios delante de Satanás el apedreado. ¡En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso! ¡La bendición de Dios sobre nuestros señores y príncipes Muhammad y su familia! ¡Salud, y paz! Te hemos dado una manifiesta victoria para que Dios te perdone tus primeros y últimos pecados, y cumpla en ti su gracia, y te conduzca por el camino recto y te auxilie con poderoso auxilio. Dios es quien envía la tranquilidad a los corazones de los creyentes, a fin de que la fe de ellos siempre crezca. Porque a Dios pertenecen los ejércitos de la tierra y del cielo, y Dios es omnisciente y pródigo. Él dejará entrar a los creyentes en jardines que claros arroyos riegan. Allí deben permanecer y Dios borrará sus pecados, porque de Dios es la gran bienaventuranza».

En una faja que forma el recuadro de los arcos que dan entrada al interior del edificio se encuentran los versos siguientes:

En este alcázar, dotado
de incomparable hermosura,
resplandece del sultán
la magnificencia augusta.

Es su bondad cual las flores
que los jardines perfuman,
y sus dones se derraman
como fecundante lluvia.

Son como florido huerto

los resaltos y pinturas
que los dedos del artista
en las paredes dibujan.

Bella novia es el estrado
con galanas vestiduras,
que a la nupcial comitiva
al presentarse deslumbra.

Mas lo que a tan regio alcázar
de mayor gloria circunda,
es el clemente califa
cuando en su centro fulgura:

Abu-l-Walid, rey de reyes,
lleno de piedad profunda,
que de Cahtánla prosapia
con sus virtudes ilustra;

gloria de Adnan, y que sigue
siempre con planta segura
la huella de los Ansares,
en quien su casa se funda.

Este alcázar al califa
debe su belleza suma:
él renueva los adornos
y primores en que abunda,
el año de la victoria
cuando los musulimes triunfan,
de nuestra fe sacrosanta
con la milagrosa ayuda.

Y pues del recto camino
no se aparta el sultán nunca,
que por la fe protegido
goce perpetua ventura.

Como el Generalife ha padecido tanto por los estragos del tiempo y la incuria y mal gusto de los hombres que apenas da en el día una idea de lo que era en buen estado, viene bien la descripción de Navagero, quien vio el palacio y los jardines en el año 1526, ya algo decaídos por cierto, pero aún mucho mejor conservados que ahora. De la descripción mencionada resulta una viva imagen del arte arábigo de la construcción de jardines y de su enlace con la arquitectura. «Saliendo, dice el noble veneciano, de los muros que cercan la Alhambra por una puerta falsa que hay a la espalda, se entra en los hermosísimos jardines de otro palacio, que está más alto, y que llaman Generalife. Este palacio, aunque no es muy grande, es, con todo, un excelente edificio, y con sus magníficos jardines y juegos de aguas, lo más hermoso que he visto en España. Tiene muchos patios, todos ricamente provistos de aguas, siendo el mejor uno con un canal de agua corriente que va por medio, y lleno de

hermosos naranjos y arrayanes. Allí hay una loggia o gran mirador cubierto que ofrece una hermosa vista, y bajo el cual crecen arrayanes tan altos, que casi llegan hasta el balcón. Estos arrayanes están tan espesos y frondosos y se levantan a una altura tan igual sobre el cerro, que parecen ser un suelo verde y llano. El agua corre por todo el palacio, y, si se quiere, por las habitaciones mismas, algunas de las cuales se prestan a ser la más deliciosa residencia de verano. En uno de los patios, que está lleno de verdura y hermosos árboles, hay un ingenioso juego de aguas. Algunos conductos se hallan cerrados, hasta que de repente el que está sobre el verde césped ve que el agua brota entre sus pies y que todo se baña, hasta que de nuevo, con la misma ligereza y sin que se note, los conductos se cierran. Además hay otro patio bajo, no muy grande, tan circundado de hiedra densa y lozana, que apenas si se ven los muros. Está el patio sobre un peñasco y tiene muchos balcones, desde donde se extiende la vista a una gran profundidad, por la cual va corriendo el Darro: es vista deleitosa y encantadora. En el centro de este patio se halla una magnífica fuente con una grandísima taza. El caño, que está en medio, arroja el agua a una altura de más de diez toesas. La abundancia de agua es pasmosa, y nada puede ser más agradable que ver caer el surtidor deshecho en gotas. Sólo con verle como se desparrama por todos lados y se desmenuza y difunde en el ambiente, se goza de una grata frescura. En la parte más elevada de este palacio hay en un jardín una hermosa y ancha escalera, por donde se sube a una meseta, a la cual viene de un peñasco cercano toda la masa de agua que por el palacio y los jardines se reparte. Allí está el agua encerrada por medio de muchos tornillos o llaves, de suerte que en cualquier tiempo, de cualquier modo, y en la cantidad que conviene, puede soltarse. la escalera está construida por tal arte, que cada uno de los escalones es más ancho que el anterior, según se va bajando, y en todos los escalones hay una cavidad en el centro, donde el agua puede juntarse en remanso. También las piedras de las balaustradas que hay a ambos lados de la escalera, tienen encima un hueco que forma sendos cauces o canales. En lo alto hay su llave respectiva para cada una de estas divisiones, de modo que el agua puede soltarse a placer o por los cauces de las balaustradas, o por las concavidades de los anchos escalones, o por ambos caminos a la vez. También se puede, si se quiere, aumentar tanto el caudal e ímpetu del agua, que se desborde de los dichos cauces, bañando todos los escalones, de modo que se moje quien esté en ellos. Así pueden aún hacerse con el agua otros mil juegos. En suma, me parece que a este sitio nada le falta de gracia y de belleza, y cualquiera que entienda de gozar y de estimar lo bueno, si vive allí en reposo, solazándose en los estudios y deleites que a un noble convienen, no sentirá ningún otro deseo».

Sobre la cumbre del cerro, hoy descarnado que se alza a espaldas de Granada, y en el pico más alto y escarpado, que llaman Silla del Moro, se notan aún muchos restos de antiguos muros y de albercas derruidas, que indican el sitio de otros palacios o quintas de los nazaritas. Allí estaba el castillo roquero, célebre por su esplendor, llamado en árabe Qars al-Hiyar, y por los españoles los Alijares; y otra quinta rodeada de risueños jardines, que se decía Dar al-Arus, o Casa de la Novia.

Es de maravillar cuán pronto se destruyeron estos edificios y jardines. Ya en el año de 1526 sólo vio Navagero las ruinas de su primitiva grandeza. Su descripción, sin embargo, es muy interesante, pues que marca con bastante exactitud los puntos en que ambas quintas estaban situadas, y asimismo porque la destrucción no era entonces tan completa como en el día. «Subiendo más allá del Generalife, se entraba, en tiempo de los reyes moros, en otros hermosísimos jardines de un palacio que llamaban los Alijares. Desde allí se iba a los

jardines de otro palacio, que entonces apellidaban Daralharoza y hoy es Santa Elena. Todos los caminos por donde se pasaba de lugar a lugar estaban de un extremo a otro plantados de arrayanes. Ahora está todo casi destruido y no se ven más que algunos restos y el estanque sin agua, porque los acueductos han sido rotos. Quedan algunos rastros del jardín, y a los lados del sendero retoñan un poco los arrayanes, pues, aunque han sido rozados, guardan aún las raíces. Daralharoza está por encima del Generalife, en la pendiente que da sobre el Darro. Los Alijares, por lo contrario, conforme se viene por detrás de la Alhambra, se hallan a la derecha, en una eminencia que da sobre el llano por donde corre el Genil; de suerte que se disfruta desde ellos una espléndida vista de la vega. Más lejos aún, en aquella misma dirección, prosigue Navagero, en un collado, en el valle del Genil, a eso de media milla o más de los Alijares, hay otro mejor conservado palacio, que perteneció a los reyes moros, en muy hermosa posición, más solitario que los otros, y cerca del río. En resolución, si hemos de juzgar por tantos restos de lindas quintas y palacios, debe conjeturarse que aquellos reyes moros no carecían de nada de lo que alegra y hace agradable la vida». Pocos restos de este último palacio, cuyo nombre era Dar al-Wad, la Casa del Río, se ven aún en un sitio, como no puede imaginarse nada más pintoresco y romántico, en el camino de Cenes. Una casa casi moderna en todo y de pobre apariencia, que se llama la Casa de las Gallinas, está edificada sobre el derruido palacio, pero los cimientos y parte inferior de los muros y el arco de una puerta, sobre el cual se descubren aún huellas de labores de estuco, nos indican la mano del artífice árabe.

Volvamos a la ciudad, después de esta excursión, para mencionar algunos edificios notables, que por la mayor parte están situados no lejos del Darro. Una hermosa fachada arábiga se conserva aún en la Casa de la Moneda, y una inscripción allí encontrada declara que en tiempo de los musulmanes era aquello un hospital. En el patio se guardaron hasta hace poco fragmentos de dos leones colosales de piedra, que derramaban agua por las fauces en una gran taza. En muy mal estado de conservación se encuentra la Casa del Carbón, no lejos de la plaza de Bivarrambla; pero en su elevado arco de la entrada, con adornos de estuco, y en su bóveda en forma de estalactitas aún se reconoce que fue en otro tiempo un brillante dechado del arte arábigo. Sobre el arco está inscrita en grandes letras cúficas la sura CXII, dirigida contra el dogma de la Trinidad: «Dios es el único y eterno Dios; ni engendra ni fue engendrado, y ningún otro ser se le iguala». Sólo por la ignorancia de los cristianos puede explicarse que estas palabras, que a cualquiera que las hubiese pronunciado en lengua inteligible le hubieran llevado al quemadero, estuviesen, sin oponerse la Inquisición, en medio de la calle, a la vista de todo el mundo.

Un pequeño alminar, semejante a la Giralda, aunque en menores proporciones, se conserva aún en la iglesia de San Juan de los Reyes. En cambio, en el convento de Santa Isabel la Real, del que sabemos con certeza que está edificado sobre el solar de un palacio y de unos jardines de los nazaritas, no han quedado restos importantes de arquitectura arábica.

Por último, la llamada Casa del Chapiz tiene aún un gran patio, circundado de una galería de dos pisos con columnas de mármol, primorosos ajimeces, y techos, arcos y paredes llenos de hermosas labores y azulejos.

Aún tenemos que hablar del más interesante de todos los monumentos arábigos de Granada: de la Alhambra. Esta fortaleza, por el color de sus muros llamada al-Hanira, la

roja, es el único alcázar o castillo bien conservado que subsiste entre tantos por el mismo orden que había antes en España, y que hoy en Jaén, Málaga, Tarifa, Almuñécar, Gaucin, Loja, Játiva, Almería y Murviedro, yacen más o menos en ruinas. Tales ciudades solían tener en el recinto de sus muros, flanqueados de torres, el palacio del príncipe, gobernador o comandante, las habitaciones de los empleados superiores, una mezquita, cuarteles, arsenales, etc.

La posición de la Alhambra sobre la ciudad recuerda la del castillo de Heidelberg: como éste, sobre una altura escarpada a orillas del Neckar, así la Alhambra domina todo el hondo valle del Darro, resplandeciendo a lo lejos sus rojas murallas. Los materiales de que están hechas las diferentes construcciones no son los mismos en general: en parte hay cantería y ladrillos, colocados con argamasa; en parte, y esta clase de construcción es la más común, los muros están fabricados de la llamada tapia (en árabe tabia), mezcla de tierra, cal y piedras pequeñas. Este último modo de edificar era ya empleado en África y en España en tiempo de los romanos, y Plinio encomia la solidez de las murallas, hechas de tierra, «las cuales duran siglos, resistiendo a las lluvias, a los vientos y al fuego, más firmes que toda argamasa».

Para visitar el célebre alcázar regio se sube por la pendiente calle de los Gomeles y se llega a la puerta de las Granadas. Luego que esta puerta se pasa hay un gran recinto lleno de sombrías alamedas y calles de árboles y de fuentes y arroyos. Los muros que le circundan, coronados de almenas, se extienden en torno de la colinas y están defendidos a trechos por una considerable cantidad de torres. Estas torres servían en parte para defensa; en parte, como las que están en lugar escarpado, defendidas por la misma naturaleza del terreno, para habitación de los reyes y de su servidumbre. La entrada principal en lo interior de la fortaleza es por la puerta de la Justicia (Bab al-Šaria), ancho recinto bajo dos torres, donde públicamente, y tal vez, según las antiguas costumbres orientales, el rey mismo dictaba sus fallos. Este destino, atribuido por la tradición a dicha puerta, se confirma por una inscripción que dice: «Permita Alá que por esta puerta prospere la ley del Islam». Esto recuerda las palabras del Deuteronomio, c. XVI, v. 18: «Establecerás jueces y maestros en todas tus puertas para que juzguen al pueblo con justo juicio». La mano de piedra sobre el portal alude verosímilmente a los cinco preceptos principales del Islam (oración, ayuno, dar limosna, peregrinación a la Meca y Guerra Santa). El mismo símbolo en más pequeño tamaño se usaba como amuleto. La llave, que asimismo está allí figurada, no tiene otra significación sino la de que la puerta es la llave de la fortaleza. Resulta de la inscripción que el edificio fue erigido en el año de 749 (del 1347 al 1348 de nuestra era) por el sultán al-Hayyay Yusuf. Sobre las columnas se leen estas palabras: «No hay más Dios que Ala, y Mahoma es el enviado de Alá. ¡No hay poder ni fuerza fuera de Alá!».

Luego que hemos pasado por esta puerta, y un poco más allá, hemos dejado también detrás de nosotros la más pequeña Puerta del Vino, sobre la cual están esculpidos el nombre de Muhammad V, al-Gani Bilah, y una parte de la sura XLVIII, nos encontramos en la Plaza de los Algibes. A un lado está la alcazaba o ciudadela con muchas torres; y en el espacio del lado opuesto había en otro tiempo una gran mezquita (donde hay ahora una iglesia de la Santa Virgen), y estaba, además, la casa o palacio real; o mejor dicho, una larga serie o laberinto de torres, pabellones, patios, baños, habitaciones del harén, y otras varias estancias, así para la familia real como para las mujeres, séquito e inspectores. Una parte de

estos edificios fue destruida por Carlos V, con el fin de hacer lugar para un palacio en el estilo del Renacimiento, que empezó a construir allí en el año de 1525.

Parece, sin embargo, que la parte que echó por tierra el Emperador no era de grande importancia, ya que Navagero en su descripción de la Alhambra no la menciona, aunque esa descripción fue redactada antes de que el Emperador viniese a Granada la primera vez, y, seducido por los encantos de la antigua residencia de los nazaritas, se decidiese a construir allí un palacio para su morada. Otra parte de la Alhambra, que también ha desaparecido, debió extenderse en la dirección de la llamada Casa de Sánchez y de las otras torres del Norte y del Nordeste.

Es muy de lamentar que las muchas relaciones contemporáneas acerca de la toma de Granada por los Reyes Católicos no traigan descripción alguna de los edificios que allí había. En el año de 1526, según la descripción del mencionado noble veneciano, no subsistía ya ninguna otra parte principal de la Alhambra que las que subsisten hoy. Se reducen éstas, principalmente, prescindiendo de las torres que están situadas lejos, a dos grandes patios: el de la alberca con la torre de Comares, a que da entrada, y el de la fuente de los Leones con las salas circunstantes. Cada uno de estos patios, con sus respectivas torres, kubba y demás habitaciones, era llamado Qasr o palacio; de suerte, que la parte de la Alhambra que se conserva todavía, según el sentir de los árabes, consta de dos palacios. Las inscripciones tratan de dos distintos períodos ya del de origen y fundación, ya del de ornato. En el patio de los Arrayanes y torre de Comares prevalece el nombre de Yusuf I al-Hayyay; en los otros sitios, el de Muhammad V, al-Gani Bilah. Sin embargo, como el revestimiento de estuco de las paredes puede haber sido renovado, las inscripciones que hay en él no atestiguan de modo alguno que la construcción del edificio en que se encuentran se deba a los príncipes que en dichas inscripciones se mencionan.

La puerta principal del palacio estaba probablemente hacia el Mediodía, donde ahora está el lastimoso edificio de Carlos V. Sin duda que esta puerta, así como todo el muro exterior, según la manera usada en Oriente para las casas de los príncipes y de los particulares, dejaba sospechar poco la gran suntuosidad que había dentro. En más alto grado se nota esto en el muro y en la puerta por donde ahora se entra en el palacio. Pero el que adelantándose penetra en los patios por vez primera, no acierta a dominar su profunda admiración ante el mundo encantado, en medio del cual de repente se encuentra. Por más que se hayan admirado mil dibujos de la Alhambra, éstos sólo dan una idea de los contornos principales y de las formas arquitectónicas, pero no de las peculiaridades y detalles que concurren a formar un conjunto armonioso y lleno de vida. No se pueden tampoco añadir con la imaginación otras circunstancias que hacen de este edificio una obra única en el mundo. La situación del palacio sobre escarpadas peñas, en medio de un esplendente paisaje; los balcones suspendidos sobre hondas laderas, en el fondo de las cuales resuenan los arroyos de las montañas, y de donde sube el aroma de bosques floridos; y la vista, ya de relucientes montañas nevadas, ya de verdes praderas, desde los graciosos ajimeces o desde los balcones un poco salientes; todo esto es esencial para explicar el hechizo que se apodera de nuestros sentidos, y los arrebatada y domina tanto más, cuanto más nos detenemos a mirar, y volvemos allí con más frecuencia. Añádase a ésta la encantadora perspectiva de salones y galerías, los maravillosos destellos y cambiantes de la luz, que ya se difunden en los patios desde el profundo azul de un hermosísimo cielo, ya penetran con amortiguado brillo

crepuscular al través de las aberturas de las caladas cúpulas; la esbeltez de las columnas y arcos, que se diría que pueden deshacerse de un soplo, y sobre las cuales los techos de estalactitas parece más bien que penden que no por ellos estar sostenidos; y por último, el murmullo del agua y el leve aliento de las auras de estío, cargadas con el aroma de las rosas y del arrayán. Cuando no es dable al pincel de un artista dar una idea exacta y digna de este mundo encantado, ¿cómo ha de lograrlo la pobre palabra humana?

Si se atiende a la extraordinaria abundancia y delicadeza de los adornos y a los siglos que han pasado ya, parece milagro que el decorado en lo interior de la casa real árabe se conserve tan bien, aunque siempre ha padecido mucho por la inclemencia de las estaciones. No es, sin embargo, difícil, valiéndose de la imaginación y sirviendo de guía las partes que están sin deterioro, restablecer el conjunto en su estado primitivo. Losas de mármol blanco formaban el pavimento; a lo largo de la parte inferior de las paredes se extendía, hasta la altura de unos cuatro pies, un zócalo o cenefa de azulejos de colores; por encima estaban las paredes revestidas de estuco; luego había un friso, sostenido a veces por pequeñas columnitas, sobre el cual descansaba la techumbre; y ésta, ya era de pedacitos de madera embutidos y de otras incrustaciones, ya de celdillas y agujas de estuco sobrepuestas y combinadas y descendiendo en forma de estalactitas.

Columnas de mármol de la más primorosa forma, con capiteles de una infinita variedad de dibujo, sostenían ménsulas o cartelas, sobre las cuales estriba el cornisamento. Entre estas ménsulas se alzaban los arcos, hechos de un armazón de madera cubierto de yeso. La forma más común de los arcos era semicircular, algo elevada, pero sólo con poca inclinación a imitar el contorno de la herradura. Estos arcos, con todo, parecían apuntados muy a menudo, merced al estuco que se extendía sobre ellos. Nichos de varias clases estaban ahondados en las paredes; los mayores, cubiertos de reclinatorios y almohadas, servían para reposar y llamábanse hancias; en los más pequeños, taqas, había cántaros o jarros con agua. Por todas partes, en el palacio, en las paredes, techos, columnas, arcadas, nichos u hornacinas, había mil labores esparcidas en pródiga abundancia y con maravillosa variedad: los azulejos se juntaban y ajustaban, formando aliceres, cenefas y lacerías de mil colores; el mármol estaba cincelado en los más diversos acabados y relieves caprichosos; y el estuco de realce se veía labrado en prolijos laberintos de líneas, que ofrecían a la vista, como el caleidoscopio, toda clase de combinaciones simétricas: estrellas, octógonos, plantas y cristales. La copia verdaderamente inconcebible de estos adornos, y la asombrosa exactitud con que están ejecutados, hacen presumir que hayan sido hechos con molde; pero no tenemos de ello certidumbre. Ibn Jaldun, cuyo testimonio es de mucho peso, pues vivió largo tiempo en la corte de Muhammad V, el rey a quien en gran parte se debe la ornamentación de la Alhambra, describe en su capítulo sobre la arquitectura, el procedimiento que se solía emplear para hacer los adornos de realce de las paredes, pero se explica harto confusamente sobre este punto, al decir que se daba al yeso la forma conveniente, agujereándole con taladros hasta que tomaba un aspecto reluciente y vistoso.

A los mencionados adornos se unía además una pasmosa multitud de inscripciones, que ya se extendían a lo largo de los frisos, ya orlaban los arcos, ajimeces y hornacinas, y ya estaban en medallones simétricos. Estas inscripciones estaban ejecutadas por el estilo tan semejante al de los demás adornos, que los ojos poco ejercitados podían tomarlas por arabescos. Por último, la impresión brillante que todos estos adornos producían, era

realzada y extremada hasta deslumbrar, por medio de una pintura rica y del más exquisito gusto. Por todos los sitios del palacio había una gran riqueza de colores pródigamente difundida. En lo más alto predominaban, por su mayor viveza y fuerza, el carmín, el azul y naranja. Hasta las blancas losas de mármol del pavimento estaban pintadas, a lo que parece.

El patio de los Arrayanes, o de la Alberca, Sahat al-Rayahin o al-birka, recibe al que entra y le saluda con las palabras «Felicidad», «Bendición», «Prosperidad», «Salud eterna», «Alabado sea Dios por el beneficio del Islam», que relumbran en torno sobre los muros. Un grande estanque rodeado de un seto vivo de arrayan, refleja en su centro los arcos, que se extiende de pilar a pilar, el mosaico de las hornacinas y el resplandeciente ataurique calado de las paredes. Sólo los lados más pequeños del patio tienen arquería, y la hilera de columnas a la derecha de la entrada sostiene además una segunda galería, por donde se puede conjeturar que la parte del palacio que allí derribó Carlos V constaba de dos pisos. Las inscripciones, que, a semejanza de guirnaldas de hiedra, serpentean a lo largo de muros y arcos, son aquí, lo mismo que en los demás sitios del palacio, ya saludos como los citados, ya sentencias del Corán, como «Yo busco mi refugio en el Señor de la aurora», etc, de la sura CXIII; ya fórmulas de plegarias, como «¡Oh Dios! se te deben gracias eternas e imperecederas alabanzas»; ya versos, como los siguientes que están en la galería del Norte, y que encomian al reconquistador de Algeciras, que no se sabe de seguro que rey fue:

¡Bendito Alá, pues quiere que domines
sobre sus siervos fieles!

Por ti el Islam extiende sus confines
y aumenta sus laureles.

¡Cuánta ciudad, del día en los albores,
cercaste del cristiano!
Por la tarde sus fuertes moradores
cayeron en tu mano.

El yugo les pusiste de cautivos,
a tu puerta acudieron;
labrando tus alcázares altivos
sus bríos consumieron.

Algeciras, por ti reconquistada,
es de auxilio puerta;
rompiste los cerrojos con tu espada,
y la dejaste abierta.

De veinte pueblos el botín cediste
a tu hueste aguerrida;
el bien más caro del Islam consiste
en tu salud y vida.

La esplendidez en tu mansión florece;
su faz gozo destella;
como sarta de perlas resplandece
en tus actos su huella.

¡Hijo de excelsitud y de dulzura,
son tus virtudes tantas,

que vences a los astros en altura
y en brillo te adelantas!

Te alzaste del imperio en el Oriente,
lucero de clemencia:
las tinieblas del mal profusamente
iluminó tu ciencia.

De las auras la débil enramada
no tiene ya recelo:
temerosos están de tu mirada
los astros en el cielo.

Es trémula su luz por el sagrado
pavor que les domina;
el ban, a darte gracias obligado,
a tu paso se inclina.

Estas inscripciones, para las divisas, saluciones, etc., que sólo constan de pocas palabras, están en caracteres cúficos; para las poesías y versículos del Corán, en escritura cursiva y con puntos diacríticos.

En el lado del Norte del patio de los Arrayanes está la poderosa torre de Comares, Sarh Qomareš, la cual tomó este nombre del lugar de Qomareš, cerca de Málaga, porque los habitantes de dicho lugar, o bien la edificaron, o bien estuvieron encargados de su custodia.

Para entrar en esta torre debemos primero atravesar un portal, a cuyos lados hay pequeños nichos. Se piensa generalmente que estos nichos estaban destinados para guardar las babuchas que, según la usanza oriental, se quitaban los visitantes de palacio antes de entrar en las habitaciones; pero la certidumbre que tenemos de que tales nichos no están sólo en las entradas y portales, sino también en los arcos que hay entre las diferentes salas, ofrece una grave objeción contra dicho aserto; y si se considera, además, que las inscripciones que orlan los nichos hablan a menudo de vasos o jarros, de apagar la sed, etc., aparece indudable que en aquellos huecos se ponían cántaros o jarros con agua.

Ocupa la parte inferior de la torre el pórtico o galería de la bendición, llamado generalmente Antesala de la Barca, del vocablo arábigo baraqa, que significa bendición. Allí están repetidas muchas veces las palabras de la sura LXI: «Auxilio viene de Dios y la victoria está cerca. Anuncia esta alegre noticia a los creyentes». En toda esta magnífica galería no puede descubrirse una sola pulgada de espacio que no esté llena de adornos. Es como si los genios hubiesen bordado la piedra, tejídola como una alfombra, y caládola como un encaje. Frisos, paredes, arcos y techumbre están cubiertos de guirnaldas, de rosetones de varias formas, y de hojas y ramos, todo de la más primorosa perfección artística. Creación de las hadas parece desde allí la vista del patio de los Arrayanes, con el claro espejo de sus aguas y con sus aéreas columnas de mármol, sobre las cuales, más que sustentarse, se diría que se ciernen los arcos, semejantes a una cortina, maravillosa y

ricamente bordada, que pende de la techumbre. Más allá hay una suntuosa tarbea o kubba, que ahora llaman vulgarmente Salón de Embajadores. Aquél era propiamente el salón de audiencia o del trono, cuyo balcón está suspendido sobre el valle y profundo barranco del Darro, y ofrece vistas de indescriptible belleza. Reina allí una misteriosa media luz, que suavemente se esparce por las paredes ricamente ornadas, cuyas líneas, entrelazándose en mil dibujos caprichosos, burlan todo conato de describirlas. La espesura de los muros es asombrosa, y presta a los nueve huecos de ventanas, que ocupan tres lados del salón, la apariencia de pequeñas alcobas. Más alto penetra la luz estremeciéndose al través de una serie de pequeños ajimeces, y sobre ellos se eleva el alfarje o artesonado de cedro, entrecortado por muchas bovedillas y celdas, y de cuyos bordes, que se unen a las paredes de la sala, penden pedazos de estuco que parecen estalactitas y cristales. Entre las inscripciones de esta sala de audiencia, regia en verdad, merece ser citada la siguiente, que se halla al lado del Norte, enfrente del arco de entrada. Habla de alcoba del centro, donde estaba el trono:

Te saludan de mi parte,
por la tarde y la mañana,
voces de prosperidad,
de bendición y alabanza.

Las hijas somos nosotras
de esta cúpula gallarda;
pero yo soy entre ellas
la más gloriosa y preciada.

Estoy en el centro mismo,
cual corazón del alcázar,
y en el corazón reside
toda la fuerza del alma

las estrellas de este cielo
son mis menores hermanas;
mas el sol, de que yo gozo,
benéfica luz derrama.

Yusuf, mi excelente dueño,
a quien siempre Dios ampara,
me ha vestido como a nadie
con vestiduras de gala.

Puso en mí su trono excelso;
manténgale y no le abata
el Señor, que tiene el suyo
en las eternas moradas.

En otros versos disputan los nichos, que están a la entrada y en los cuales había antes jarros con agua, sobre el cual es más hermoso y excelente. Dice el de la derecha:

Aventajo a los más bellos
con mi adorno y mi diadema,
y desde el cielo me miran
amorosas las estrellas.

El vaso que hay en mi seno,
a un creyente se asemeja,
que en la alquibla del Aljama
a Dios fervoroso ruega.

Seguros están mis actos
de que el tiempo los ofenda
pues doy alivio al sediento
y socorro la indigencia.

De mi dueño Abu-l-Hayyay
imito así la largueza,
cuyas manos no se cansan
e tantas obras benéficas.

No deje de brillar nunca
en tal cielo su luz bella,
mientras la luna ilumine
de la noche las tinieblas.

El otro nicho se ensalza de esta suerte:

De artífice los dedos
tejieron esta corona
y labraron sutilmente
los dibujos que me adornan.

Más hermoso resplandezco
que el tálamo de la esposa,
y aún le venzo, pues la dicha
en mí perpetua se logra.

El que a mí llegue sediento
agua encontrará gustosa,
fresca, cristalina y pura,
como la luz del aurora.

Soy como el iris brillante
que en blancas nubes se forma,
y es el sol Abu-l-Hayyay,
cuyos rayos le coloran.

Guarde el cielo esta morada,

mientras que acuda devota
a la casa de la Meca
la multitud fervorosa.

Vencidos quedan aún los sitios del alcázar hasta aquí examinados, si se comparan con aquellos que se hallan al oriente de la entrada. No es fácil penetrar allí sin creerse y sentirse arrebatado al mundo de los ensueños, aunque pronto se disipa esta alucinación cuando se mira y se comprende que en todo el edificio demuestran sus sabias y claras proporciones que todas y cada una de sus partes concurren a la bella armonía del conjunto. El arquitecto que construyó aquellas salas debía, a la verdad, poseer algo de la maestría con que la naturaleza forma los cristales; sólo así le era dable traer con movimiento rítmico todos los miembros separados a la composición de un todo simétrico y de armoniosa unidad; evitar que el lozano esplendor de los adornos produzca la impresión de estar sobrecargado, y aunar los efectos de aquella exuberante multitud de menudencias y detalles para que produzcan una impresión total superior y predominante.

El patio de los Leones (Dar o Sahat al-Asad), tan celebrado en las leyendas poéticas, es un espacio cuadrangular largo, circundado de un pórtico de columnas. Para formar idea de su antiguo esplendor, debe restaurarse en la imaginación con los colores y el oro, que ya en gran parte han desaparecido, con los relucientes azulejos del zócalo de las paredes, y con los pintados y tal vez dorados embutidos de la techumbre. En medio del patio hay una gran taza de mármol que descansa sobre doce leones, de mármol también, cuya agua está en comunicación con la que corre en diversas cañerías por todo el palacio, y brota en un alto surtidor, cuyo caudal cae en la taza y vuelve a salir por las fauces de los leones. Tales leones, así como también otras imágenes de fieras, aparecen a menudo, según ya hemos visto, en los palacios mahometanos de España y de Sicilia; pero éstos son los únicos que aún se conservan. Columnas de mármol de extraordinaria esbeltez y ligereza, con capiteles cuya forma siempre nueva y siempre otra da claro testimonio de la invencible inventiva del artífice sostienen, ya separadas, ya agrupándose en templetos con cúpulas, la arquería que rodea el patio; y los techos y las paredes muestran en sus diversos rosetones, estrellas, escudos y figuras poligónicas de todo género, una tan rica combinación de contornos y dibujos, que apenas pueden seguir los ojos aquel laberinto de figuras entrelazadas.

En ambos lados, como ya hemos dicho, se agrupan las columnas y los arcos, formando sendos templetos o pabellones, con alto techo, cubierto todo de alharaca o ligero estuco calado, que parece filigrana por su delicadeza y deja que la luz le penetre y atravesase como si fuera transparente. A donde quiera que se dirige la mirada, los primorosos arabescos dan al yeso el aspecto de tapices artísticamente labrados, extendidos sobre la techumbre, y cuyos extremos, a modo de guirnaldas, penden de las paredes y ondean sobre los arcos. De una manera pasmosa se insinúa aquí, así como en el patio de los Arrayanes, la idea de que un recuerdo de la vida del beduino ha presidido a la creación de estos patios, con sus fuentes y estanques y las galerías de columnas que están en torno. Si la fantasía del poeta árabe se iba con predilección a morar en el desierto; si las inscripciones del salón de

Embajadores ensalzan como el más precioso refrigerio el agua clara, pareciendo que hablan a los habitantes de los áridos y ardientes arenales de Arabia o de Siria, y no a los de Granada, regada por tantas fuentes y ríos, no ha de extrañarse tampoco que se presentase a la mente de los arquitectos árabes la imagen del reposo de la tarde, o de la siesta, al borde de la cisterna, y así edificaran el palacio a semejanza de las tiendas del campamento. En vez de palos o estacas pusieron airoas y ligeras columnas; los tapices de mil colores, que revestían las tiendas de los príncipes orientales, fueron transformados en paredes llenas de arabescos; y con el estuco calado que revestía los arcos imitaron las franjas y pliegues de los chales y telas que pendían del techo. Las fuentes murmuradoras en medio, cuyas ondas cristalinas iban corriendo por todas las salas, y el claro espejo del estanque, circundado de verdura y de arbustos olerosos, imitaban, por último, el manantial del oasis. Pero la Alhambra no debía ser meramente un lugar de descanso temporal y turbado por el ruido del mundo, sino que debía tener algo de celestial. Por eso fue edificada sobre la encumbrada cima de los peñascos, donde no sube ningún sonido o estruendo de la tierra; donde ningún vapor turba la pura y diáfana claridad del aire; y donde baja como un torrente, desde la inflamada cúpula de éter, una luz tan hermosa como la del más alto de los siete cielos.

En el costado del norte del patio de los Leones está la perla de todo el palacio; una tarbea, a la cual, ora sea por las dos alhambas que contiene, ora por dos grandes losas de mármol que hay en su pavimento, llaman sala de las Dos Hermanas. Ya las puertas de madera de cedro, pintadas y doradas en otro tiempo, son, por la riqueza y el delicado primor de la taracea, lo más perfecto que en este género se conoce. Lo interior de la sala sobrepuja en abundancia de mosaicos y en lindas incrustaciones a todo lo demás del alcázar. Los aliceres, las paredes revestidas de estuco, sus diversas fajas o zonas, los pilares y los frisos, todo está cuajado de fantásticas figuras, de estrellas, de festones, de flores y de polígonos, cuyos contornos y perfiles, que todo lo cubren, cruzándose y enlazándose, crean nuevas y nuevas formas, que se diría que no llegan a agotarse nunca, y que todas compiten en elegancia y gracia. Cuando se persigue con la mente y se viene a comprender esta portentosa multitud de figuras, donde luce una exquisita y rica imaginación unida a un discreto entendimiento del orden y de la medida, se cree a cada momento que se han agotado y consumido todas las combinaciones imaginables, y se ve siempre con sorpresa que brotan de las antiguas otras nuevas combinaciones. Encima se levanta la tarbea por medio de columnitas, arcos y pechinas de la más artística manera, en la forma de un octógono. Una serie de detalles, de los cuales no hay uno que no compita con los otros por la riqueza y primor de los adornos, lleva, por último, los ojos hasta la bóveda en forma de estalactitas; y la luz mitigada, que penetra trémula y quebrándose por los ajimeces de la cúpula, completa el mágico hechizo del conjunto. No se sabe qué deba admirarse más en cada sala, si la inmensa abundancia de hermosos pormenores y de brillantes adornos, a la atinada y sabia consonancia a que todos ellos conspiran; pero bien puede afirmarse resueltamente que nunca la arquitectura ha producido obra alguna que exceda y se adelante en brillo deslumbrador, delicadeza y armonía de todas sus partes, a la sala de las Dos Hermanas.

Más hacia el norte está el llamado cuarto de las Infantas o del Mirador de Lindaraja, a causa de un precioso ajimez o ventana con doble arco y riquísimos adornos que da vista al lindo jardincito de Lindaraja, con su fuente cercada de limoneros. Difícil es hallar un retiro más apacible y ameno que éste. El murmullo de las fuentes, la grata frescura del umbrío, mientras que la luz del sol penetra apenas por la delicada filigrana de los arcos, el aura que

susurra y el aroma de las flores que esparce en torno, todo arrulla aquí el espíritu, y le convida a poéticos ensueños, haciéndole entrar en un mundo fantástico de cuentos y consejas.

Enfrente de la sala de las Dos Hermanas está otra sala, construida por el mismo estilo, aunque no tan bien conservada en su antiguo estado, la cual se llama de los abencerrajes, porque la tradición pone allí la escena de la muerte de aquellos nobles caballeros, y porque se supone que la mancha roja que muestra el blanco mármol de la fuente ha quedado allí como rastro y señal de aquella inocente sangre derramada.

Al sur del patio de los Leones, inmediatos a los salones en que los reyes granadinos gozaban los más fastuosos deleites de la vida, se hallaban también sus sepulcros, enteramente destruidos en el día.

Al este del mismo patio, se pasa por tres grandes arcos a la sala del Tribunal o de la Justicia, notable por su rica y pintoresca arquitectura así como por las labores de estuco que penden como nubes de sus arcos, y más aún, por tres pinturas que adornan los tres camerinos o alcobas de la pared del fondo o del Mediodía. Estas pinturas están sobre cuero y colocadas en las bóvedas o inclinación del techo. La pintura del medio representa sobre un fondo de oro diez figuras de hombres, con vestiduras blancas, las cabezas cubiertas de capuces, apoyando una mano en el alfanje, y sentados sobre almohadones bordados. Mendoza, que nació sólo trece años después de la conquista de Granada y que sabía el árabe vulgar, y que debía y podía tener noticias auténticas sobre las cosas de su ciudad natal, dice que en una sala de la Alhambra se ven los retablos de diez reyes granadinos: algunos ancianos del país habían conocido a algunos de ellos. De acuerdo con esto habla Argote de Molina del cuarto donde están en la Alhambra los retratos de los reyes granadinos y sus escudos de armas. En efecto, hay en los extremos dos escudos rojos con fajas doradas, cuya pintura subsiste y no deja duda acerca del objeto que representa. El nombre que hoy se da a la sala, y la suposición de los cicerone y de los turistas de que aquellas figuras representan los jueces de un tribunal, sólo se fundan en un error.

Las otras dos pinturas contienen muy curiosas escenas de aventuras de caza y de amor, en las cuales aparecen cristianos y musulimes. En la pintura de la derecha manifiesta la arquitectura de un castillo con torreones en estilo gótico, que la escena se pasa en tierra de cristianos. Allí se ve una dama que tiene encadenado un león. Un monstruo, de figura humana, aunque todo peludo como una fiera; se apodera de la dama, pero un caballero cristiano viene a libertarla, hiriendo al monstruo. Hay también un castillo con muros y torres. Desde un balcón está mirando una dama a un caballero muslim que atraviesa a otro cristiano con una lanza. Luego se ven dos caballeros cristianos, uno de los cuales combate a pie con un león, y el otro, a caballo, mata a un oso. Más allá se levanta otro edificio a modo de palacio, en cuyas torres aparecen un caballero y una dama, y delante del cual hay dos personas sentadas que juegan al ajedrez. Por último hay un árabe a caballo que va cazando un venado.

La pintura del camerín de la izquierda representa primero tres caballeros cristianos que cazan leones y osos. Uno de estos caballeros se arrodilla delante de una dama y le ofrece el oso que ha cazado. Enfrente vemos, junto a una fuente elegante, a otra dama con las manos

cruzadas, que habla con un hombre. Más allá, un caballero árabe que mata un jabalí; sus monteros cargan el muerto jabalí sobre una mula; por último, el mismo caballero, llevando del diestro la mula, viene a poner el jabalí a los pies de otra dama. Detrás de ésta hay un palacio con almenas, cúpulas y torres, y la dama, así como otras mujeres que forman su séquito, parecen salir de dicho palacio.

Difícil es determinar la significación y el asunto de estas pinturas, en las cuales, además de las ya mencionadas escenas principales, se hallan otras varias, así de objetos vivos como de objetos inanimados. Debe, con todo, presumirse como probable que el asunto de las pinturas está tomado de conocidos cuentos granadinos. Sabido es cuanto han gustado siempre los árabes de tales narraciones. En España la afición de oír cuentos parece haber sido mucho mayor, y Maqqari dice que el arte de referir consejas entretenidas era un medio seguro de introducirse en la sociedad de los reyes y de los grandes de Andalucía. Las escenas y grupos de nuestras pinturas: árabes que dan muerte en duelo a caballeros cristianos, cacerías en común de sectarios de distintas creencias, doncellas en peligro y caballeros que corren a salvarlas, son asuntos sin duda del género de aquellas que debían tener más frecuente cabida en un cuento arábigo-español. Tanto el dibujo cuanto el colorido no manifiestan por cierto un arte muy adelantado, y en punto a perspectiva apenas si se nota rastro alguno; pero las cabezas no carecen de expresión, y los contornos de las figuras indican cierta destreza, que suele ser extraña a los primeros comienzos de la práctica del arte.

La opinión, difundida en mil libros, de que entre los mahometanos existía un precepto terminante y reconocido por todos, que prohibía la representación de seres vivos, ha dado motivo a la creencia de que estas pinturas era imposible que fuesen obra de musulimes. El error de dicha opinión no necesita aquí ser refutado de nuevo, ya que en otras partes de éste libro hemos demostrado con numerosos ejemplos que los musulimes de todas las épocas no tuvieron el menor escrúpulo de tales representaciones. Ejemplos de esta clase ocurren con facilidad pasmosa; pero sólo voy a traer aquí dos más, como por complemento de los ya aducidos. Entre los magníficos presentes que Harun al-Rasid envió a Carlomagno, había un reloj, en el cual al fin de cada hora aparecían doce caballeros en otras tantas ventanas. El califa Mutadid Ibn Abbad tenía en su sala del trono un árbol artificial, hecho de oro y de plata, en cuyas ramas había diversas especies de pájaros, asimismo de plata y oro, cuyo canto se hacía que sonase. Ibn Handis describe un árbol semejante a éste, en el palacio del príncipe al-Mansur en Bugia, diciendo:

Un árbol luce con frutos
entre tantas maravillas,
medio metal, medio planta,
de una labor exquisita.

Con resplandor nunca visto
todos los ojos hechiza,
y en el ramaje flexible
que blandamente se cimbra,
colúmpianse varias aves
de forma y pluma distinta,

sin querer abandonar
el sitio donde se anidan.

Por lo tocante a Andalucía, ya hemos visto como en lo interior de la misma mezquita de Córdoba había imágenes en columnas rojas, entre otras las de los siete durmientes; como Abd al-Rahman III adornó la puerta de su palacio de Azahara con la estatua de su querida; como relucía en el palacio del rey Badis, en Granada, la figura de bronce de un caballero armado, y como adornaban casi siempre los palacios de los príncipes andaluces figuras de leones o de otros animales, hechas de metal o de piedra. Contra el uso de las pinturas había que alegar menos razones aún que contra el de las estatuas, porque en el versículo 92 de la sura V, sólo están anatematizadas por el Profeta las estatuas (entendiendo muchos que el anatema no se refiere sino a los ídolos), así que entre no pocos musulimes prevalece la opinión de que sólo son dignas de reprobación aquellas representaciones de seres vivos que proyectan sombra. Si, pues, contra lo que más claramente está reprobado (así como contra beber vino, que está prohibido terminantemente en el mismo versículo), se formaron cuerpos de hombres y de fieras con piedra, mucha menor dificultad se ofrecía para pintar los mismos objetos. No cabe duda, además, de que los árabes emplearon con frecuencia la pintura para ornato de sus palacios y casas, y no se limitaron a pintar cosas inanimadas. Ya en el siglo XI da claro testimonio de esto el siciliano Ibn Handis, el cual dice de un palacio de al-Mutamid en Sevilla:

Así liquidado el sol,
Sus rayos puso en las tazas,
Y dio tinta a los pinceles
Que pintaron estas salas.
Vida y movimiento tienen
Sus mil imágenes varias.

De otra qasida del mismo poeta a un palacio de al-Mansur en Bugia, se infiere que estaba en uso adornar los techos con pinturas. Dice así:

Y parece que en los techos
se miran, por raro hechizo,
junto a la esfera celeste
los verdes prados floridos.
Esmaltadas golondrinas
en ellos hacen el nido,

y allí también se contemplan,
con magistral artificio,
fieras que acosa en los bosques
el cazador atrevido.
La enramada y las figuras
vierten rutilante brillo.

En los techos, pues, precisamente donde se hallan las pinturas de la Alhambra, había ya en el siglo XI, pintadas por mano de artífices muy ensalzados, cacerías semejantes a las que ocupan mucha parte de los cuadros que hemos descrito.

No hay por lo tanto motivo alguno para impugnar la idea de que fueron mahometanos los pintores. El fundamento de la impugnación viene a tierra con lo dicho, y no hay para qué atribuir las tales pinturas a otros autores que no sean árabes; antes bien las circunstancias que concurren a hacernos creer que lo serían, adquieren mayor fuerza. Son estas circunstancias que los mahometanos aparecen como vencedores de los cristianos; que las pinturas, según un procedimiento no conocido de los pintores cristianos, están ejecutadas sobre pieles, cosidas a otras, y pegadas al techo; y que los adornos que rodean las imágenes, así como algunos que están en el mismo centro, convienen del todo por el estilo con los demás adornos de la Alhambra. Todo nos induce a atribuir las a la misma gente a quien pertenece la construcción y la ornamentación toda de la parte antigua y legítima del palacio.

La contraria opinión sólo se funda en la errónea creencia, que ya hemos desvanecido, de que el Islam prohíbe la representación de seres animados. La grande perfección del dibujo en las pinturas, si se compara con la ruda escultura de los leones en la fuente de este nombre, no da tampoco verosimilitud a la suposición de que los pintores fuesen extranjeros, ya que la escultura de los leones puede ser más antigua u obra de un artista menos hábil; o, lo que es mucho más probable, porque estando los leones destinados a sostener la fuente, no pareció necesario imitar en ellos con exactitud la naturaleza, sino darles sólo cierto carácter típico. Por lo demás, la celebrada perfección de estas pinturas no demuestra, por mucho que se pondere, que dejen de ser la infancia del arte; y en vez de negar que son los árabes sus autores a causa de lo bien que están, puede maravillarse cualquiera de que los árabes, después de tantos siglos de practicar este arte, no hubiesen llegado a un grado superior de habilidad artística. No son, por último, muy de envidiar los conocimientos en pintura de aquellos que piensan descubrir en estas de la Alhambra, ya el estilo de los pintores italianos del siglo XIV, ya el de los españoles del siglo XV, ya la mano misma de determinado maestro. Por lo contrario, a primera vista se nota la semejanza de estos cuadros con las pinturas y miniaturas de los manuscritos orientales, como, por ejemplo, de Nisami o de Firdusi. En el cuadro del medio, sobre todo, se advierte esta semejanza en lo vivo y caliente del colorido y en la falta de claroscuro y de perspectiva. También en el dibujo, singularmente en el de los caballos, se notan dichas analogías. Las pinturas de la Alhambra, por consiguiente, si no son obras arábigas, como parece lo más verosímil, sin que haya en contra argumento alguno de valor, pueden tenerse por de origen persiano.

Entre los persas había sido desde muy antiguo cultivada la pintura con gran celo y afición, y empleada en aquel género de representaciones, y según Ibn Battuta, muchos individuos de aquella nación se habían establecido en Granada.

No todos los sitios de la Alhambra pueden ser mencionados aquí, sino sólo los más dignos de atención. Una pequeña excursión a algunos de los edificios aislados que están dentro del recinto de la fortaleza, y que verosímilmente estaban en lo antiguo unidos al palacio. Los más de ellos esconden aún en su interior suntuosos adornos arquitectónicos. Tal es la llamada Casa de Sánchez (También Mirador del Príncipe), delante de la cual había antes una alberca, semejante a la del patio de los Arrayanes, y desde cuyo piso alto, ricamente exornado de azulejos y estuco, se disfruta una vista deliciosa del valle del Darro y del cercano Generalife. Las inscripciones que allí hay, a más de las con tanta frecuencia repetidas fórmulas de «Prosperidad», «Prosperidad continuada», tienen las exclamaciones u oraciones jaculatorias: «¡Oh esperanza y confianza mía! tú eres mi refugio, tú eres mi sostén». Y, «¡Oh mi profeta! ¡oh mi nuncio! sella con la bondad mis obras». Las paredes están, además, cubiertas de muchos versos medio borrados, y que ya no es dable descifrar. Desde el susodicho edificio, subiendo por la pendiente del norte de la colina en que está la Alhambra, hay otras varias torres, entre las cuales son las más notables la de las Infantas y la de la Cautiva. Ambas contienen en sus interiores habitaciones adornos que compiten con los más bellos de la Alhambra. La torre de la Cautiva contiene, además, una multitud de inscripciones, que declaran ser el sultán al-Hayyay Ibn Yusuf, o quien la edificó, o quien hizo exornar sus paredes. Hay, además, versículos del Corán y versos como los siguientes:

Nada con obra tan bella
es posible que compita:
su fama cundió en el mundo
no bien se vio concluida.

¡Por Dios que es torre tan fuerte
como el león que la habita!
¡Su enojo no provoquéis!
¡Guardaos de su acometida!

Con más hermosura y gala
por ella el Alhambra brilla.
Los luceros la respetan
y las pléyades la admiran.

El espesor de sus muros,
sus mil labores prolijas,
y la amplitud de sus mármoles
causan asombro y envidia.

Allí el rostro de Yusuf
difunde su luz benigna.
Feliz y triunfante siempre,
es sol que nunca declina.

Volviendo ahora a la Casa Real, debemos decir algo de la mezquita y de los baños. La mezquita, transformada en capilla por Carlos V, está muy desfigurada; pero el frente, conforme se ve desde el patio, deja conocer aún su origen en la multitud de primorosos adornos que conserva.

En más lastimoso estado de ruina se hallan los baños. Solo por algunos restos puede ya inferirse con cuanta prodigalidad el mármol, los mosaicos y azulejos estaban allí invertidos. En el orden y disposición de los cuartos se reconocen los mismos usos que hay en el día de los baños de Oriente. Allí se nota el cuarto de reposo, con una galería encima, donde quizás se ponían músicos, y el espacio enlosado de mármol blanco para baños de vapor, en cuyo techo se advierten muchas aberturas en forma de estrellas. Una serie de habitaciones y corredores entre la sala de Comares y la de las Dos Hermanas, es completamente moderno, y también el llamado Tocador de la Reina, pertenece en su estado actual a la época de Carlos V. Este tocador es un pabellón abierto, lleno de indecible encanto, que se levanta como un nido de águilas sobre la muralla de circunvalación de la Alhambra, por el lado del norte, y que parece estar colgado en la cumbre de una torre, la cual estriba a su vez sobre altos y tajados peñones, a cuyos pies, en honda profundidad, el Darro murmura. La vista, que desde allí se disfruta, del escarpado Albaicín, que se extiende sobre una ladera, del airoso Generalife, que reluce entre granados y laureles, y de la nevada cima del Pico la Velea, que se diría que toca al cielo, tiene todo el hechizo fantástico de una visión o de un ensueño.

No revela y descubre la Alhambra todos sus encantos sino después de repetida contemplación. Se debe morar aquella vivienda de las hadas, se debe soñar en sus frescas grutas de piedra y entre sus enramadas y columnas, y abandonarse a las sucesivas impresiones de sus varios hechizos, ya sea cuando el alba vierte la celestial frescura del rocío sobre sus azoteas y corredores, y difunde rayos de luz voladores y trémulos sobre sus paredes, como si las bordara de perlas; ya sea cuando la tarde dora todo el palacio con la luciente gloria del Mediodía, y le hace fulgurar con un resplandor que parece de este mundo. Con los poetas del Oriente entre las manos, se debe respirar desde los elevados balcones el aroma de aquellas balsámicas soledades, o sentarse junto a la fuente de los Leones, dar oído al murmullo misterioso de las aguas subterráneas, mientras que la luna de una noche de estío en Andalucía va posando y esparciendo sus rayos de columna en columnas, y llena los pórticos y tarbeas de sombras vagorosas y fugitivas, que son cual los espíritus y los genios de las edades pasadas. Sólo quien de esta suerte llega a confiarse al numen tutelar de aquel sitio, acierta también a penetrar y descifrar sus arcanos; y entonces a los versos de las inscripciones, que orlan y cubren los muros y pilares como signos mágicos, levantan para él una viviente armonía y un hermoso cántico, y todo el edificio se convierte en ritmo y poesía. La fuente de los Leones habla primero. La inscripción de la taza dice así:

Incomparable es la fuente!
¡De Dios el poder bendiga
quien de estos bellos palacios

contemple las maravillas!

Cual diamantes que recaman
de regio manto la fimbria,
cual blanca plata sonora
que entre joya se liquida,
y como perlas relumbra,
por la luz del sol herida,
el agua que va corriendo
hasta tocar en la orilla,
el agua y el limpio mármol
se confunde a la vista
y a declarar no te atreves
cuál de los dos se desliza.

Deshecha en el aire, cae
la clara lluvia en la pila,
y en ocultos atanores
al cabo se precipita.

Así de una hermosa baña
llanto de amor las mejillas,
que el rubor o la prudencia
inducen a que reprima.

¿Viene del cielo esta agua,
o de las entrañas mismas
de la tierra? Representa
la esplendidez del califa.

Su mano dones sin cuento,
al rayar la luz del día,
vierte sobre los leones
de sus huestes aguerridas.

De sus garras espantosas
no receles; que la ira,
por respeto al soberano,
hasta los monstruos mitigan.

Vástago de los Ánsares,
tu pujanza y tu hidalguía
al engreído desprecian
y a los soberbios humillan.

Quiera el ciclo mil deleites
darte y ventura cumplida
y dulce paz; quiera el cielo
que a tus contrarios aflijas.

La sala de las Dos Hermanas se ensalza a sí propia de esta suerte:

Soy un jardín delicioso
adornado de hermosura;
reconóceme en el brillo
y gala que me circunda.

Para erigir este alcázar
no bastó la humana industria;
el cielo influyó en la obra
con presagios de ventura.

Las pléyades cautivadas
me hacen visitas nocturnas,
y un aura sana me orea
no bien el alba fulgura.

De mí se prenden los ojos
que de mi aspecto disfrutan,
y a toda ilusión o ensueño
mi realidad sobrepuja.

De este salón primoroso
es admirable la cúpula,
con bellezas manifiestas
y con bellezas ocultas.

Los astros del zodiaco
con respeto me saludan,
y para hablarme en secreto
baja del cielo la luna.

Los luceros refulgentes
enamorado me buscan,
su carrera interrumpiendo
en la bóveda cerúlea.

Abandonan los caminos
en que por el cielo cruzan,
y cual humildes esclavos
a servirme se apresuran.

Es tan brillante esta sala,
que su brillantez deslustra
el sendero luminoso
que en los cielos se dibuja.

Las galas que el rey me viste,
con mayor pompa relumbran
que del Arabia dichosa
las preciadas vestiduras.
Y los arcos que se extienden
sobre ligeras columnas
son como la luz del alba
cuando en Oriente se anuncia.

Desiertos están hoy estos palacios. La alegre vida, que en otra edad los llenaba, ha desaparecido. El adufe no llama va a la zambra bulliciosa; ya nunca escucha Zayda desde su balcón el prelude del laúd de su enamorado; pero a veces, en días festivos, corren todas las fuentes y se reanima aún el silencioso palacio. Por donde quiera, poderoso e irresistible, como los sentimientos que por largo tiempo comprimidos arrancan del corazón, brota entonces el claro elemento, aquí deslizándose como cintas de plata, y allí derramándose en cascadas, por canales de bruñido jaspe o empinándose en corimbo relucientes y viniendo a caer en limpias tazas de mármol. Se diría que de las entrañas de la tierra se alza con el agua el antiguo esplendor, que estaba allí sepultado largo tiempo hacía, como si del fondo de los aljibes surgieran evocados los espíritus tutelares de aquella mágica mansión, las peris y los genios de Arabia, con sus escondidos tesoros, para adornar de nuevo con toda su pasada pompa tan predilectos lugares. Un florecimiento de primavera oriental penetra y anima las piedras, prestándoles luz y calor, y no parece sino que todo retoña, reverdece y se agita; que se abren las flores y que destilan rocío. El euro difunde por las tarbeas los perfumes que ha recogido en el país de las palmas, las bóvedas delicadas, heridas por la luz inquieta que se quiebra y refracta en los surtidores, flotan y relucen como la niebla vagarosa del alba, y en todos los pórticos y galerías se levantan voces sonoras de los antiguos tiempos, que prorrumpen en un concepto de júbilo.

Dichoso el que logra visitar la Alhambra en días tales. También en su alma se despiertan y se alzan entonces los sepultados sueños y las esperanzas en sus profundidades perdidas, como se han levantado alrededor las pasadas alegrías del medio destruido palacio árabe. Harto sé que no todos ven estas cosas y las sienten, pero nunca debe penetrar en aquel santuario quien sólo estima y reconoce en la piedra la piedra, y no comprende ni se apodera de la grande alma del Oriente, que en aquel floreciente mundo de mármol circula y respira.

Subamos otra vez por el sendero pedregoso y pendiente, entre olorosos arbustos y lozanas y frondosas mosquetas y madreSelva, a la altura desde donde el Generalife con sus aéreas columnatas está mirando la honda llanura. Esta casa de recreo ha padecido incomparablemente más que las partes mejor conservadas de la Alhambra. Casi todo el Generalife está ruinoso o transformado en fábrica moderna. Los aliceres, el ataurique y los demás adornos de sus paredes y arcos, sus galerías de columnas y sus estancias, han sido en gran parte destruidas por la ruda mano del hombre, y sólo se adquiere, en vista de su presente estado, una ligera idea del modo en que los árabes combinaban la arquitectura con la construcción de jardines, a fin de seducir los sentidos con sus patios primorosos y sus gallardos pórticos unidos a juegos de aguas, macizos de flores, bosquecillos de árboles frutales y densas y umbrías enramadas. Sin embargo, el hechizo de su incomparable posición se conserva aún; y a pesar de su actual decadencia, parece la residencia de verano de los reyes granadinos, con sus patios regados por arroyos, con los laureles que le dan fresca sombra, y con las espléndidas vistas, superiores a toda descripción, que se disfrutaban desde sus miradores y suspendidos jardines, la visión fantástica de un poeta que ha penetrado por encanto en el mundo de las realidades. Quien nunca ha pasado una tarde de primavera en el Generalife no puede decir que ha visto la creación en su completa

magnificencia. Aquella soledad idílica; aquella sombra apacible de los granados; el perfume que de mil y mil rosales trasciende; y la vista de aquel edén florido en la más hermosa región de la tierra; un valle de los Alpes bajo un cielo de los trópicos, con riquísima vegetación meridional; todo esto llena el alma de un dulce y religioso pasmo, cual si penetrase en el reservado y santísimo templo de la naturaleza. A través de laureles y de árboles en que la vid trepa, se ciñe o pende en festones, se tiende la mirada por verdes laderas, donde pulula la higuera indica y abre y dilata la pita sus grandes y anchas hojas, y donde el arrayán y el limonero entretejen su ramaje, y sonoros arroyuelos se precipitan a la hondonada entre matas de adelfas. Ya proyectan los cipreses sus más largas sombras, ráfagas de luminosa púrpura se dilatan sobre la vega, y mientras que el sol oculta su disco entre los quebrados picos de la montañas, relucen en inflamado carmín las almenas de la Alhambra y los olmos que coronan sus alturas. Mientras que el fulgor vespertino reverbera aún en las cimas de granito y en la diadema dentellada y cubierta de nieve de la excelsa sierra, reproduciendo todos los colores del iris, inunda la llanura como una niebla de luz ondulante y vaga, que se transforma en vapor azulado, y que se desvanece, por último, en las sombras. En los cien campanarios de la ciudad resuena el Ave-María; y, al oscurecer, soñadora como una princesa de los cuentos orientales, se levanta de todos los senos la noche de Mediodía, y hace brotar más ardientes aromas del cáliz de las flores. Susurrando sobre las copas de los cipreses, penetra también la noche en el Generalife, más brillantes relucen entonces flores y frutas entre las verdes hojas, y los blandos rayos de la luna, atravesando por los claros del ramaje, se mecen en los surtidores y rielan en los arroyos. Melodiosamente gorjean en tanto los ruiseñores en la espesura; tal vez se oye el son lejano de la guitarra, y un voluptuoso estremecimiento se difunde por galerías y jardines. Las fuentes parece entonces que corren con más abundancia, como si el aliento de la noche acreciese y atrajese aspirando el ya cansado golpe del agua; y se cree que se ve sobre las barandas de los balcones el blanco velo de las sultanas que escuchan la música con que Suhra, el genio del lucero vespertino, guía el luminoso coro de las estrellas.

Pero en medio de los encantos con que la naturaleza ha engendrado los alcázares reales de Granada, apenas es posible reprimir un profundo sentimiento de tristeza. Los solos, los últimos, y quizás los menos importantes entre tantas obras maravillosas de los árabes, subsisten aún aquellos edificios. ¿Dónde está Córdoba, la reina de las ciudades, la Meca del Occidente, a donde los fieles peregrinaban en largas caravanas? ¿Qué es de sus bibliotecas y escuelas, primer foco del saber europeo, manantial a que acudían los sedientos de ciencia de todas las regiones? ¿Dónde está Azahara, la ciudad de las hadas, a la que prodigaron los Banu omeyas todo el lujo y toda la pompa del Oriente? Hundido en la tierra, aniquilado está todo aquel mundo. El tiempo ha roto el talismán a que estaba ligada su existencia. Las cenizas de los califas han sido esparcidas a todos los vientos, y las grandezas de su imperio aparecen sumidas en un pasado más hondo que las de las antiquísimas ciudades del mundo primitivo, que había ya miles de años que no existían cuando ellas florecieron. Todavía están erguidas las columnas de Tebas, la ciudad de las cien puertas; los templos de Nínive emergen con sus ídolos colosales del seno oscuro de la historia y de un sueño de muchos siglos; pero, si se pregunta por los palacios de Abd al-Rahman, nadie sabe ni señalar el sitio donde estuvieron. Sin embargo, más melancólico aún que el pensamiento de la pérdida de tantos monumentos del arte, es el de la mísera suerte del pueblo que heroseó con ellos la Península; porque aflige más que los escombros y ruinas, en una comarca desolada, donde en otro tiempo floreció la vida, la contemplación de las ruinas del espíritu del hombre, que

nos ofrece este pueblo en su situación actual. Perseguidos, lanzados de la patria por el mar, los árabes han vuelto a caer en una barbarie más profunda que la de sus antiguos progenitores. Hasta sus sepulcros han desaparecido en la tierra que durante ocho siglos poseyeron, y quien recorre España busca en balde al menos monumentos fúnebres de ellos, tales como aquellas tumbas silenciosas y sin nombre que en Asia revelan la cuna de nuestra especie; los restos de pueblos ignorados del mundo primitivo. De los millares de obras de sus sabios y poetas, el tiempo y la furia destructora han aniquilado las más; las restantes están esparcidas por las bibliotecas de Oriente y de Europa, y su inteligencia no es para los árabes. Ellos mismos, nuestros maestros en tantas ciencias, vagan como bárbaros nómadas por los africanos desiertos. Es verdad que aún vive entre ellos, como una tradición confusa, el recuerdo de la hermosa Andalucía, y de padres a hijos se transmiten las llaves de sus casas para volver a vivirlas cuando el estandarte del Profeta ondee de nuevo sobre las torres de Granada; pero este tiempo no llega nunca. Cada día se levantan y declinan los astros en la bóveda celeste, pero la media luna de Mahoma palidece en el horizonte, para no levantarse hacia el zenit ni volver a relucir jamás. Tal vez, en un porvenir no muy lejano, el torrente impetuoso de los siglos barra y arroje de sobre la haz de la tierra la religión del Islam, y sus pueblos y su cultura, que han sobrevivido; pero pronto desaparecerán sus últimos monumentos en Europa. Como se divisa sobre las olas la única torre de una ciudad que en el mar se ha sumergido, así descuella la Alhambra en medio de la avenida furiosa que ha anegado y hundido los otros monumentos. Sus muros, no obstante, caen piedra a piedra a los golpes de la destrucción. Es una creencia popular entre los orientales, que la luciente estrella de Suhayl o Canopo posee fuerzas mágicas y que el brillo del imperio de los árabes ha sido obra suya. En tiempo de Abd al-Rahman aún se alzaba dicha estrella en el horizonte de la España del norte, y resplandecía con viva luz roja sobre los refulgentes alcázares y sobre los vistosos alminares; pero, al compás que esta estrella va lentamente inclinándose hacia el sur, por la precesión de los equinoccios, los maravillosos edificios desaparecen uno a uno.

Aún se levanta dicha estrella sobre las espumas del mar en las costas meridionales de Andalucía, y baña con amortiguado fulgor las ruinosas almenas del último palacio árabe. Cuando se pierda por completo para Europa, el palacio árabe será también un montón de ruinas.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.